IRENE VALLEJO

El infinito en un junco

La invención de los libros en el mundo antiguo



Este es un libro sobre la historia de los libros. Un recorrido por la vida de ese fascinante artefacto que inventamos para que las palabras pudieran viajar en el espacio y en el tiempo. La historia de su fabricación, de todos los tipos que hemos ensayado a lo largo de casi treinta siglos: libros de humo, de piedra, de arcilla, de juncos, de seda, de piel, de árboles y, los últimos llegados, de plástico y luz.

Es, además, un libro de viajes. Una ruta con escalas en los campos de batalla de Alejandro y en la Villa de los Papiros bajo la erupción del Vesubio, en los palacios de Cleopatra y en el escenario del crimen de Hipatia, en la primeras librerías conocidas y en los talleres de copia manuscrita, en las hogueras donde ardieron códices prohibidos, en el gulag, en la biblioteca de Sarajevo y en el laberinto subterráneo de Oxford en el año 2000. Un hilo que une a los clásicos con el vertiginoso mundo contemporáneo, conectándolos con debates actuales: Aristófanes y los procesos judiciales contra humoristas, Safo y la voz literaria de las mujeres, Tito Livio y el fenómeno fan, Séneca y la posverdad…

Pero sobre todo, esta es una fabulosa aventura colectiva protagonizada por miles de personas que, a lo largo del tiempo, han hecho posibles y han protegido los libros: narradoras orales, escribas, iluminadores, traductores, vendedores ambulantes, maestras, sabios, espías, rebeldes, monjas, esclavos, aventureras… Lectores en paisajes de montaña y junto al mar que ruge, en las capitales donde la energía se concentra y en los enclaves más apartados donde el saber se refugia en tiempos de caos. Gente común cuyos nombres en muchos casos no registra la historia, esos salvadores de libros que son los auténticos protagonistas de este ensayo.

Irene Vallejo

El infinito en un junco

La invención de los libros en el mundo antiguo

ePub r1.0
Titivillus 05.12.2020

Título original: *El infinito en un junco*
Irene Vallejo, 2019
Diseño de cubierta: Gloria Gauger

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

A mi madre,
mano firme de algodón

«Parecen dibujos,
pero dentro de las letras están las voces.
Cada página es una caja infinita de voces».

MIA COUTO,
Trilogía de Mozambique

«Los signos inertes de un alfabeto
se vuelven significados llenos de vida en la mente.
Leer y escribir alteran nuestra organización cerebral».

SIRI HUSTVEDT,
Vivir, pensar, mirar

«Me gusta imaginar lo pasmado que se quedaría
el bueno de Homero, quienquiera que fuese,
al ver sus epopeyas en las estanterías
de un ser tan inimaginable para él como yo,
en medio de un continente del que no se tenía noticia».

MARILYNNE ROBINSON,
Cuando era niña me gustaba leer

«Leer es siempre un traslado, un viaje,
un irse para encontrarse. Leer,
aun siendo un acto comúnmente sedentario,
nos vuelve a nuestra condición de nómadas».

ANTONIO BASANTA,
Leer contra la nada

«El libro es, sobre todo,
un recipiente donde reposa el tiempo.
Una prodigiosa trampa con la que la inteligencia
y la sensibilidad humana
vencieron esa condición efímera, fluyente,
que llevaba la experiencia del vivir
hacia la nada del olvido».

EMILIO LLEDÓ,
Los libros y la libertad

I

GRECIA IMAGINA EL FUTURO

La ciudad de los placeres y los libros

1

La mujer del mercader, joven y aburrida, duerme sola. Hace diez meses que él zarpó de la isla mediterránea de Cos rumbo a Egipto y desde entonces no ha llegado ni una carta desde el país del Nilo. Ella tiene diecisiete años, todavía no ha dado a luz y no soporta la monotonía de la vida apartada en el gineceo, esperando acontecimientos, sin salir de casa para evitar murmuraciones. No hay mucho que hacer. Tiranizar a las esclavas parecía divertido al principio, pero no es suficiente para llenar sus días. Por eso le alegra recibir visitas de otras mujeres. No importa quién llame a la puerta, necesita desesperadamente distraerse para aligerar el peso de plomo de las horas.

Una esclava anuncia la llegada de la anciana Gílide. La mujer del mercader se promete un rato de diversión: su vieja nodriza Gílide es deslenguada y dice obscenidades con mucha gracia.

—¡Mamita Gílide! Hace meses que no vienes a mi casa.

—Sabes que vivo lejos, hija, y tengo ya menos fuerzas que una mosca.

—Bueno bueno —dice la mujer del mercader—, a ti aún te quedan fuerzas para darle un buen achuchón a más de uno.

—¡Búrlate! —contesta Gílide—, pero eso queda para vosotras las jovencitas.

Con una sonrisa maliciosa, con astutos preámbulos, la anciana desembucha por fin lo que ha venido a contar. Un joven fuerte y guapo que ha ganado dos veces el premio de lucha en los Juegos Olímpicos se ha fijado en la mujer del mercader, se muere de deseo y quiere ser su amante.

—No te enfades y escucha su propuesta. Lleva el aguijón de la pasión clavado en la carne. Concédete una alegría con él. ¿Te vas a quedar aquí, calentando la silla? —pregunta Gílide, tentadora—. Cuando quieras darte cuenta, te habrás hecho vieja y las cenizas se habrán zampado tu lozanía.

—Calla calla…

—¿Y a qué se dedica tu marido en Egipto? No te escribe, te tiene olvidada, y seguro que ya ha mojado los labios en otra copa.

Para vencer la última resistencia de la chica, Gílide describe con labia todo lo que Egipto, y especialmente Alejandría, ofrecen al marido lejano e

ingrato: riquezas, el encanto de un clima siempre cálido y sensual, gimnasios, espectáculos, manadas de filósofos, libros, oro, vino, adolescentes y tantas mujeres atractivas como estrellas brillan en el cielo.

He traducido libremente el principio de una breve pieza teatral griega escrita en el siglo III a. C. con un intenso aroma de vida cotidiana. Pequeñas obras como esta seguramente no se representaban, salvo algún tipo de lectura dramatizada. Humorísticas, a veces picarescas, abren ventanas a un mundo proscrito de esclavos azotados y amos crueles, proxenetas, madres al borde de la desesperación a causa de sus hijos adolescentes, o mujeres sexualmente insatisfechas. Gílide es una de las primeras celestinas de la historia de la literatura, una alcahueta profesional que conoce los secretos del oficio y apunta, sin dudar, al resquicio más frágil de sus víctimas: el miedo universal a envejecer. Sin embargo, a pesar de su talento cruel, Gílide fracasa esta vez. El diálogo acaba con los insultos cariñosos de la chica, que es fiel a su marido ausente, o tal vez no quiere correr los terribles riesgos del adulterio. ¿Se te ha reblandecido la mollera?, le pregunta la mujer del mercader a Gílide, pero, por otra parte, la consuela ofreciéndole un trago de vino.

Junto al humor y el tono fresco, el texto es interesante porque nos descubre la visión que la gente común y corriente tenía de la Alejandría de su época: la ciudad de los placeres y de los libros; la capital del sexo y la palabra.

2

La leyenda de Alejandría no dejó de crecer. Dos siglos después de que se escribiera el diálogo de Gílide y la chica tentada, Alejandría fue el escenario de uno de los grandes mitos eróticos de todos los tiempos: la historia de amor de Cleopatra y Marco Antonio.

Roma, que para entonces se había convertido en el centro del mayor imperio mediterráneo, era todavía un laberinto de calles tortuosas, oscuras y embarradas cuando Marco Antonio desembarcó por primera vez en Alejandría. De pronto, se vio transportado a una ciudad embriagadora cuyos palacios, templos, amplias avenidas y monumentos irradiaban grandeza. Los romanos se sentían seguros de su poder militar y dueños del futuro, pero no podían competir con la seducción de un pasado dorado y del lujo decadente. Con una mezcla de excitación, orgullo y cálculos tácticos, el poderoso general y la última reina de Egipto construyeron una alianza política y sexual que escandalizó a los romanos tradicionales. Para mayor provocación, se decía

que Marco Antonio iba a trasladar la capital del imperio de Roma a Alejandría. Si la pareja hubiera ganado la guerra por el control del Imperio romano, hoy tal vez los turistas acudiríamos en manadas a Egipto para fotografiarnos en la Ciudad Eterna, con su Coliseo y sus foros.

Al igual que su ciudad, Cleopatra encarna esa peculiar fusión de cultura y sensualidad alejandrina. Dice Plutarco que en realidad Cleopatra no era una gran belleza. La gente no se paraba en seco a mirarla por la calle. Pero a cambio rebosaba atractivo, inteligencia y labia. El timbre de su voz poseía tal dulzura que dejaba clavado un aguijón en todo aquel que la escuchara. Y su lengua, continúa el historiador, se acomodaba al idioma que quisiese como un instrumento musical de muchas cuerdas. Era capaz de hablar sin intérpretes con etíopes, hebreos, árabes, sirios, medos y partos. Astuta, bien informada, ganó varios asaltos en el combate por el poder dentro y fuera de su país, aunque perdió la batalla decisiva. Su problema es que solo han hablado de ella desde el bando enemigo.

También en esta historia tempestuosa juegan un papel importante los libros. Cuando Marco Antonio se creía a punto de gobernar el mundo, quiso deslumbrar a Cleopatra con un gran regalo. Sabía que el oro, las joyas o los banquetes no conseguirían encender una luz de asombro en los ojos de su amante, porque se había acostumbrado a derrocharlos a diario. Cierta vez, durante una madrugada alcohólica, en un gesto de provocativa ostentación, ella disolvió en vinagre una perla de tamaño fabuloso y se la bebió. Por eso, Marco Antonio eligió un regalo que Cleopatra no podría desdeñar con expresión aburrida: puso a sus pies doscientos mil volúmenes para la Gran Biblioteca. En Alejandría, los libros eran combustible para las pasiones.

Dos escritores muertos durante el siglo XX se han convertido en nuestros guías por los entresijos de la ciudad, añadiendo capas de pátina al mito de Alejandría. Constantino Cavafis era un oscuro funcionario de origen griego que trabajó, sin ascender nunca, para la Administración británica en Egipto, en la sección de Riegos del Ministerio de Obras Públicas. Por las noches se sumergía en un mundo de placeres, gentes cosmopolitas y mala vida internacional. Conocía como la palma de su mano el dédalo de burdeles alejandrinos, único refugio para su homosexualidad «prohibida y severamente despreciada por todos», como él mismo escribió. Cavafis era un lector apasionado de los clásicos y poeta casi en secreto.

En sus poemas hoy más conocidos reviven los personajes reales y ficticios que poblaban Ítaca, Troya, Atenas o Bizancio. En apariencia más personales, otros poemas escarban, entre la ironía y el desgarro, en su propia experiencia

de madurez: la nostalgia de su juventud, el aprendizaje del placer o la angustia por el paso del tiempo. La diferenciación temática es en realidad artificial. El pasado leído e imaginado emocionaba a Cavafis tanto como sus recuerdos. Cuando merodeaba por Alejandría, veía la ciudad ausente latir bajo la ciudad real. Aunque la Gran Biblioteca había desaparecido, sus ecos, susurros y bisbiseos seguían vibrando en la atmósfera. Para Cavafis, aquella gran comunidad de fantasmas volvía habitables las frías calles por donde rondan, solitarios y atormentados, los vivos.

Los personajes de *El cuarteto de Alejandría*, Justine, Darley y sobre todo Balthazar, que dice haberlo conocido, recuerdan constantemente a Cavafis, «el viejo poeta de la ciudad». A su vez, las cuatro novelas de Lawrence Durrell, uno de esos ingleses asfixiados por el puritanismo y el clima de su país, amplían la resonancia erótica y literaria del mito alejandrino. Durrell conoció la ciudad en los años turbulentos de la Segunda Guerra Mundial, cuando Egipto estaba ocupado por tropas británicas y era un nido de espionaje, conspiraciones y, como siempre, placeres. Nadie ha descrito con más precisión los colores y las sensaciones físicas que despertaba Alejandría. El silencio aplastante y el cielo alto del verano. Los días calcinados. El luminoso azul del mar, las escolleras, la ribera amarilla. En el interior, el lago Mareotis, que a veces aparece borroso como un espejismo. Entre las aguas del puerto y del lago, calles innumerables donde se arremolinan el polvo, los mendigos y las moscas. Palmeras, hoteles lujosos, hachís, embriaguez. El aire seco cargado de electricidad. Atardeceres de color limón y violeta. Cinco razas, cinco lenguas, una docena de religiones, el reflejo de cinco flotas en el agua grasienta. En Alejandría, escribe Durrell, la carne despierta y siente los barrotes de la prisión.

La Segunda Guerra Mundial arrasó la ciudad. En la última novela del *Cuarteto*, Clea describe un melancólico paisaje. Los tanques varados en las playas como esqueletos de dinosaurios, los grandes cañones como árboles caídos de un bosque petrificado, los beduinos extraviados entre las minas explosivas. La ciudad, que siempre fue perversa, ahora parece un enorme orinal público —concluye—. Lawrence Durrell nunca volvió a Alejandría después de 1952. Las milenarias comunidades judía y griega huyeron después de la guerra del canal de Suez, el fin de una época en el Medio Oriente. Viajeros que regresan de la ciudad me cuentan que la ciudad cosmopolita y sensual ha emigrado a la memoria de los libros.

Alejandro: el mundo nunca es suficiente

3

Alejandría no hay solo una. Un reguero de ciudades con ese nombre señalan la ruta de Alejandro Magno desde Turquía hasta el río Indo. Los distintos idiomas han desfigurado el sonido original, pero a veces se distingue todavía la lejana melodía. Alejandreta, Iskenderun en turco. Alejandría de Carmania, actual Kermán, en Irán. Alejandría de Margiana, ahora Merv, en Turkmenistán. Alejandría Eschate, que se podría traducir como Alejandría en el Fin del Mundo, hoy Juyand en Tayikistán. Alejandría Bucéfala, la ciudad fundada en recuerdo del caballo que había acompañado a Alejandro desde niño, después llamada Jelapur, en Pakistán. La guerra de Afganistán nos ha familiarizado con otras antiguas Alejandrías: Bagram, Her¯at, Kandahar.

Plutarco cuenta que Alejandro fundó setenta ciudades. Quería señalar su paso, como esos niños que pintan su nombre en las paredes o en las puertas de los baños públicos («Yo estuve aquí». «Yo vencí aquí»). El atlas es el extenso muro donde el conquistador inscribió una y otra vez su recuerdo.

El impulso que movía a Alejandro, la razón de su energía desbordante, capaz de lanzarlo a una expedición de conquista de 25.000 kilómetros, era la sed de fama y de admiración. Creía profundamente en las leyendas de los héroes; es más, vivía y competía con ellos. Tenía un vínculo obsesivo con el personaje de Aquiles, el guerrero más poderoso y temido de la mitología griega. Lo había elegido de niño, cuando su maestro Aristóteles le enseñó los poemas homéricos, y soñaba con parecerse a él. Sentía la misma admiración apasionada por él que los chicos de hoy en día por sus ídolos deportivos. Cuentan que Alejandro dormía siempre con su ejemplar de la *Ilíada* y una daga debajo de la almohada. La imagen nos hace sonreír, pensamos en el chaval que se queda dormido con el álbum de cromos abierto en la cama y sueña que gana un campeonato entre los aullidos enfervorizados del público.

Solo que Alejandro hizo realidad sus fantasías de éxito más desenfrenadas. El historial de sus conquistas, logradas en solo ocho años —Anatolia, Persia, Egipto, Asia Central, la India—, lo catapulta a la cumbre de las hazañas bélicas. En comparación con él, Aquiles, que se dejó la vida en el asedio de una sola ciudad que duró diez años, parece un vulgar principiante.

La Alejandría de Egipto nació, no podía ser menos, de un sueño literario, de un susurro homérico. Estando dormido, Alejandro sintió acercarse a un anciano de pelo cano. Al llegar a su lado, el misterioso desconocido recitó unos versos de la *Odisea* que hablan de una isla llamada Faro, rodeada por el sonoro oleaje del mar, frente a la costa egipcia. La isla existía, estaba situada en las cercanías de la llanura aluvial donde el delta del Nilo se funde con las aguas del Mediterráneo. Alejandro, según la lógica de aquellos tiempos, creyó que su visión era un presagio y fundó en ese lugar la ciudad predestinada.

Le pareció un sitio hermoso. Allí, el desierto de arena tocaba el desierto de agua, dos paisajes solitarios, inmensos, cambiantes, esculpidos por el viento. Él mismo dibujó con harina el trazado exterior en forma de rectángulo casi perfecto, mostrando dónde debería construirse la plaza pública, qué dioses deberían tener templo y por dónde correría el perímetro de la muralla. Con el tiempo, la pequeña isla de Faro quedaría unida al delta con un largo dique y albergaría una de las siete maravillas del mundo.

Cuando empezaron a construir, Alejandro continuó su viaje, dejando una pequeña población de griegos, de judíos y de pastores que durante mucho tiempo habían vivido en aldeas de los alrededores. Los nativos egipcios, según la lógica colonial de todas las épocas, fueron incorporados como ciudadanos de estatus inferior.

Alejandro no volvería a ver la ciudad. Menos de una década más tarde, regresaría su cadáver. Pero en el año 331 a. C., cuando fundó Alejandría, tenía veinticuatro años y se sentía invencible.

4

Era joven e implacable. De camino a Egipto, había vencido dos veces seguidas al Ejército del Rey de Reyes persa. Se apoderó de Turquía y Siria, declarando que las liberaba del yugo persa. Conquistó la franja de Palestina y Fenicia; todas las ciudades se le rindieron sin ofrecer resistencia, salvo dos: Tiro y Gaza. Cuando cayeron, después de siete meses de asedio, el libertador les aplicó un castigo brutal. Los últimos supervivientes fueron crucificados a lo largo de la costa —una hilera de dos mil cuerpos agonizando junto al mar —. Vendieron como esclavos a los niños y las mujeres. Alejandro ordenó atar al gobernador de la torturada Gaza a un carro y arrastrarlo hasta morir, igual que el cuerpo de Héctor en la *Ilíada*. Seguramente le gustaba pensar que estaba viviendo su propio poema épico y, de vez en cuando, imitaba algún gesto, algún símbolo, alguna crueldad legendaria.

Otras veces, le parecía más heroico ser generoso con los vencidos. Cuando capturó a la familia del rey persa Darío, respetó a las mujeres y renunció a usarlas como rehenes. Ordenó que siguieran viviendo sin que las molestaran en sus propios alojamientos, conservando sus vestidos y joyas. También les permitió enterrar a sus muertos caídos en batalla.

Al entrar en el pabellón de Darío vio oro, plata, alabastro, percibió el olor fragante de la mirra y los aromas, el adorno de alfombras, de mesas y aparadores, una abundancia que no había conocido en la corte provinciana de su Macedonia natal. Comentó a los amigos: «En esto consistía, según parece, reinar». Le presentaron entonces un cofre, el objeto más precioso y excepcional del equipaje de Darío. «¿Qué podría ser tan valioso como para guardarlo aquí?», les preguntó a sus hombres. Cada uno hizo sus sugerencias: dinero, joyas, esencias, especias, trofeos de guerra. Alejandro negó con la cabeza y, tras un breve silencio, ordenó que colocaran en aquella caja su *Ilíada*, de la que nunca se separaba.

5

Nunca perdió una batalla. Siempre afrontó como uno más, sin privilegios, las penalidades de la campaña. Apenas seis años después de suceder a su padre como rey de Macedonia, a los veinticinco, había derrotado al mayor ejército de su época y se había apoderado de los tesoros del Imperio persa. No era suficiente para él. Avanzó hasta el mar Caspio, atravesó los actuales Afganistán, Turkmenistán y Uzbekistán, cruzó los pasos nevados de la cordillera del Hindu Kush, y luego un desierto de arenas movedizas hasta el río Oxus, el actual Amu Daria. Siguió adelante por regiones que ningún griego había pisado antes (Samarcanda y el Punyab). Ya no conseguía victorias brillantes, sino que se desgastaba en una agotadora lucha de guerrillas.

La lengua griega tiene una palabra para describir su obsesión: *póthos*. Es el deseo de lo ausente o lo inalcanzable, un deseo que hace sufrir porque es imposible de calmar. Nombra el desasosiego de los enamorados no correspondidos y también la angustia del duelo, cuando añoramos de manera insoportable a una persona muerta. Alejandro no encontraba reposo en sus ansias de ir siempre más allá para escapar al aburrimiento y la mediocridad. Todavía no había cumplido treinta años y empezaba a temer que el mundo no sería lo suficientemente grande para él. ¿Qué haría si un día se acababan los territorios que conquistar?

Aristóteles le había enseñado que el extremo de la tierra se encontraba al otro lado de las montañas del Hindu Kush, y Alejandro quería llegar hasta el último confín. La idea de ver el borde del mundo le atraía como un imán. ¿Encontraría el gran Océano Exterior del que le habló su maestro? ¿O las aguas del mar caerían en cascada sobre un abismo sin fondo? ¿O el final sería invisible, una niebla espesa y un fundido en blanco?

Pero los hombres de Alejandro, enfermos y malhumorados bajo las lluvias de la estación de los monzones, se negaron a seguir adentrándose en la India. Les habían llegado noticias de un enorme reino indio desconocido más allá del Ganges. El mundo no daba señales de terminar.

Un veterano habló en nombre de todos: a las órdenes de su joven rey, habían recorrido miles de kilómetros, masacrando por el camino al menos a setecientos cincuenta mil asiáticos. Habían tenido que enterrar a sus mejores amigos caídos en combate. Habían soportado hambrunas, fríos glaciales, sed y travesías por el desierto. Muchos habían muerto como perros en las cunetas por enfermedades desconocidas, o habían quedado horriblemente mutilados. Los pocos que habían sobrevivido ya no tenían las mismas fuerzas que cuando eran jóvenes. Ahora, los caballos cojeaban con las patas doloridas, y los carros de abastecimiento se atascaban en los caminos embarrados por el monzón. Hasta las hebillas de los cinturones estaban corroídas, y las raciones se pudrían a causa de la humedad. Calzaban botas agujereadas hacía años. Querían volver a casa, acariciar a sus mujeres y abrazar a sus hijos, que apenas les recordarían. Añoraban la tierra donde habían nacido. Si Alejandro decidía continuar su expedición, que no contase con sus macedonios.

Alejandro se enfureció y, como Aquiles al comienzo de la *Ilíada*, se retiró a su tienda de campaña entre amenazas. Empezó una lucha psicológica. Al principio, los soldados guardaron silencio, después se atrevieron a abuchear a su rey por haber perdido los estribos. No estaban dispuestos a dejarse humillar después de haberle regalado los mejores años de su vida.

La tensión duró dos días. Después, el formidable ejército dio media vuelta, rumbo a su patria. Alejandro, después de todo, perdió una batalla.

El amigo macedonio

6

Ptolomeo fue compañero de expedición y amigo íntimo de Alejandro. Por sus orígenes, no tenía ni el más remoto vínculo con Egipto. Nacido en una familia noble pero sin brillo en Macedonia, nunca imaginó que un día llegaría a ser faraón del rico país del Nilo, que pisó por primera vez con casi cuarenta años, sin conocer su lengua, costumbres y compleja burocracia. Pero las conquistas de Alejandro y sus enormes consecuencias fueron una de esas sorpresas históricas que ningún analista predice, al menos antes de que sucedan.

Aunque los macedonios eran orgullosos, sabían que el resto del mundo consideraba su país atávico, tribal e insignificante. Dentro del mosaico de estados independientes griegos, desde luego, estaban muchos peldaños por debajo del pedigrí de los atenienses o los espartanos. Mantenían la monarquía tradicional mientras que la mayoría de ciudades-estado de la Hélade habían experimentado con formas de gobierno más sofisticadas y, para empeorar la situación, hablaban un dialecto que resultaba difícil de comprender para los demás. Cuando uno de sus reyes quiso competir en los Juegos Olímpicos, le dieron permiso después de un cuidadoso escrutinio. En otras palabras, se les admitía a regañadientes como parte del club griego. Para el resto del mundo, simplemente no existían. En aquel entonces, Oriente era el foco de la civilización, bien iluminado por la historia; y Occidente, el territorio oscuro y salvaje donde vivían los bárbaros. En el atlas de las percepciones y los prejuicios geográficos, Macedonia ocupaba la periferia del mundo civilizado. Probablemente, pocos egipcios sabían situar en el mapa la patria de su próximo rey.

Alejandro acabó con esa actitud de menosprecio. Fue un personaje tan poderoso que todos los griegos lo adoptaron como suyo. De hecho, lo han convertido en un símbolo nacional. Cuando Grecia estuvo sometida durante siglos a la dominación turca otomana, los griegos tejieron leyendas en las que el gran héroe Alejandro volvía a la vida para liberar a su patria de la opresión extranjera.

También Napoleón ascendió de provinciano corso a francés sin paliativos a medida que conquistaba Europa: el triunfo es un pasaporte al que nadie

pone objeciones.

Ptolomeo siempre estuvo cerca de Alejandro. Escudero del príncipe en la corte macedonia, lo acompañó en su meteórica campaña de conquistas, encuadrado en el exclusivo regimiento de caballería de los Compañeros del Rey, y fue uno de sus guardaespaldas personales de confianza. Tras el motín del Ganges, conoció las penalidades del viaje de regreso, que superaron las peores previsiones: sufrieron la agresión conjunta de la malaria, la disentería, tigres, serpientes e insectos venenosos. Los pueblos rebeldes de la región del Indo atacaban a un ejército exhausto por las marchas bajo el húmedo calor tropical. En el invierno del retorno, solo quedaba la cuarta parte de los efectivos que llegaron a la India.

Después de tantas victorias, sufrimientos y muertes, la primavera del año 324 a. C. fue agridulce. Ptolomeo y el resto de las tropas disfrutaban de un breve descanso en la ciudad de Susa, en el sudeste del actual Irán, cuando el imprevisible Alejandro decidió celebrar una fiesta grandiosa que, por sorpresa, incluía en el programa unas bodas colectivas para él y sus oficiales. En unos festejos espectaculares que duraron cinco días, casó a ochenta generales y allegados con mujeres, o más probablemente niñas, de la aristocracia persa. Él mismo añadió a su nómina de esposas —sus costumbres macedonias permitían la poligamia— a la primogénita de Darío y a otra mujer de un poderoso clan oriental. En un gesto teatral y muy calculado, extendió las ceremonias a su tropa. Diez mil soldados recibieron una dote real por casarse con mujeres orientales. Fue un esfuerzo por favorecer los matrimonios mixtos a una escala que nunca más se volvió a intentar. En la mente de Alejandro bullía la idea de un imperio mestizo.

Ptolomeo tuvo su parte en las bodas masivas de Susa. Le correspondió la hija de un rico sátrapa iranio. Como la mayoría de los oficiales, tal vez hubiera preferido una condecoración por los servicios prestados y cinco días de juerga sin complicaciones. En general, los hombres de Alejandro no tenían el menor deseo de confraternizar, y mucho menos de emparentar, con los persas, a los que poco tiempo antes masacraban en el campo de batalla. En el nuevo imperio se estaban fraguando tensiones, que pronto estallarían, entre los nacionalismos y la fusión cultural.

Alejandro no tuvo tiempo de imponer su visión. Murió al principio del verano siguiente en Babilonia, con treinta y dos años, abrasado por la fiebre.

7

Mientras dicta sus memorias en Alejandría, un anciano Ptolomeo con los rasgos de Anthony Hopkins confiesa a su escriba el secreto que lo persigue y atormenta: la muerte de Alejandro no tuvo causas naturales. Él mismo y otros oficiales lo envenenaron. La película —*Alexander* (*Alejandro Magno*, en la traducción al español), de 2004, dirigida por Oliver Stone— convierte a Ptolomeo en un hombre oscuro, un Macbeth griego, el guerrero leal a las órdenes de Alejandro, y más tarde su asesino. Al final del largometraje, el personaje se arranca la máscara y descubre un rostro oscuro. ¿Es posible que sucediera así? ¿O hay que pensar que Oliver Stone se permite aquí un guiño, como en *JFK*, a las teorías conspirativas y a la fascinación popular por los líderes asesinados?

Seguramente los oficiales macedonios de Alejandro estuvieran nerviosos y resentidos en el año 323 a. C. Para entonces, la mayoría de los soldados de su ejército eran iranios o indios. Alejandro estaba permitiendo el ingreso de bárbaros incluso en los regimientos de élite, y ennobleciendo a algunos de ellos. Obsesionado por la exaltación homérica del valor, pretendía reclutar a los mejores, al margen de su origen étnico. Sus antiguos compañeros de armas encontraban ofensiva y detestable esa política. Pero ¿era motivo suficiente para quebrar una lealtad profunda y correr el enorme peligro que implicaba eliminar a su rey?

Nunca sabremos con certeza si Alejandro fue asesinado o si murió debido a un proceso infeccioso (como la malaria o una simple gripe) que acabó con un cuerpo agotado, herido de gravedad en nueve sitios diferentes durante sus campañas y sometido a un sobreesfuerzo casi inhumano. En la época, su muerte repentina se convirtió en un arma arrojadiza que los sucesores del rey usaron sin escrúpulos en su lucha por el poder, culpándose unos a otros del supuesto magnicidio. El rumor del envenenamiento se extendió rápidamente; era la versión de los hechos más impactante y dramática. En medio de la maraña de panfletos, acusaciones e intereses sucesorios, los historiadores no pueden resolver el enigma, sino solo valorar los pros y contras de cada hipótesis.

La figura de Ptolomeo, amigo fiel o tal vez traidor, queda atrapada en un territorio de penumbra.

8

Frodo y Sam, los dos hobbits, han llegado al siniestro paraje de las escaleras de Cirith Ungol, en las montañas occidentales de Mordor. Para sobreponerse

al miedo, charlan sobre su inesperada vida de aventuras. Todo ocurre cerca del abrupto final de *Las dos torres*, la segunda parte de *El Señor de los Anillos*, de J. R. R. Tolkien. Samsagaz, cuyos mayores placeres en el mundo son una comida sabrosa y una gran historia, dice: «Me pregunto si algún día apareceremos en las canciones y las leyendas. Estamos envueltos en una, por supuesto; pero quiero decir si la pondrán en palabras para contarla junto al fuego o para leerla en un libraco con letras rojas y negras, muchos muchos años después. Y la gente dirá: sí, es una de mis historias favoritas».

Era el sueño de Alejandro: tener una leyenda propia, entrar en los libros para permanecer en el recuerdo. Y lo consiguió. Su breve vida es un mito en Oriente y Occidente, el Corán y la Biblia se hacen eco de él. En Alejandría, durante los siglos posteriores a su muerte, se fue tejiendo un relato fantástico sobre sus viajes y aventuras, escrito en griego y luego traducido al latín, al siriaco y a decenas de lenguas más. Lo conocemos como *La novela de Alejandro*, y ha llegado hasta nuestros días con sucesivas variaciones y supresiones. Delirante y disparatada, algunos estudiosos piensan que, al margen de ciertos textos religiosos, fue el libro más leído en el mundo premoderno.

En el siglo II, los romanos añadieron a su nombre el apodo Magno («el grande»). En cambio, los seguidores de Zoroastro lo llamaban Alejandro el Maldito. Nunca le perdonaron que prendiera fuego al palacio de Persépolis, donde ardió la biblioteca del rey. Allí se quemó, entre otros, el libro sagrado de los zoroastrianos, el Avesta, y los fieles tuvieron que reescribir la obra de memoria.

Los claroscuros y contradicciones de Alejandro se reflejan ya en los historiadores del mundo antiguo, que ofrecen una galería de retratos diferentes. A Arriano le fascina, Curcio Rufo descubre zonas de sombra, Plutarco no puede resistirse a una anécdota emocionante, sea oscura o luminosa. Todos ellos fantasean. Dejan que la biografía de Alejandro se deslice hacia la ficción, cediendo a sus instintos de escritores que olfatean una gran historia. Un viajero y geógrafo de la época romana dijo con ironía que quienes escriben sobre Alejandro siempre prefieren lo maravilloso a la verdad.

La visión de los historiadores contemporáneos depende de su grado de idealismo y de la época en que escriben. A principios del siglo XX, los héroes todavía gozaban de buena salud; después de la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto, la bomba atómica y la descolonización, nos hemos vuelto más escépticos. Ahora hay autores que tumban a Alejandro en el diván y le

diagnostican megalomanía furiosa, crueldad e indiferencia hacia sus víctimas. Algunos lo han comparado con Adolf Hitler. El debate continúa, matizado por sensibilidades nuevas.

A mí me sorprende y me fascina que la cultura popular no lo abandone como un fósil de otros tiempos. En los lugares más inesperados, me he tropezado con incondicionales de Alejandro capaces de dibujar sobre una servilleta un croquis rápido de los movimientos de tropas de sus grandes batallas. La música de su nombre sigue sonando. Caetano Veloso le dedica «Alexandre» en su disco *Livro*, mientras que los británicos Iron Maiden titularon «Alexander the Great» uno de sus temas más legendarios. El fervor por esta pieza de *heavy metal* es casi sagrado: la banda de Leyton nunca la interpreta en vivo, y entre los fans circula el rumor de que solo sonará en su último concierto. En casi todo el mundo, la gente sigue llamando a sus hijos Alejandro —o Sikander, que es la versión árabe del nombre—, en memoria del guerrero. Cada año se imprime su efigie en millones de productos que el auténtico Alejandro ni siquiera sabría usar, como camisetas, corbatas, fundas de móvil o videojuegos.

Alejandro, el cazador de la inmortalidad, ha irradiado la leyenda que soñaba. Sin embargo, si me preguntaran —como decía Tolkien— cuál es mi historia favorita para contar junto al fuego, no elegiría las victorias ni los viajes, sino la extraordinaria aventura de la Biblioteca de Alejandría.

9

«El rey ha muerto», apuntó en su tablilla astrológica un escriba babilonio. Por una casualidad, el documento ha llegado casi intacto hasta nosotros. Era el día 10 de junio del año 323 a. C., y no hacía falta leer los renglones de las estrellas para adivinar que empezaban tiempos peligrosos. Alejandro dejaba dos herederos frágiles: un hermanastro al que todos consideraban medio idiota y un hijo todavía no nacido en el vientre de Roxana, una de sus tres esposas. El escriba babilonio, instruido en historia y en los mecanismos de la monarquía, quizá reflexionara, en aquella tarde cargada de augurios, sobre el caos de las sucesiones que desencadenan guerras confusas y crueles. Eso es lo que mucha gente temía entonces y eso es exactamente lo que sucedió.

La cosecha de sangre empezó pronto. Roxana asesinó a las otras dos viudas de Alejandro, para asegurarse de que su hijo no tendría competidores. Los generales macedonios más poderosos se declararon la guerra unos a otros. A lo largo de los años, en una metódica carnicería, irían matando a

todos los miembros de la familia real: al hermanastro idiota, a la madre de Alejandro, a su mujer Roxana y a su hijo, que no llegó a cumplir doce años. Mientras, el imperio se desintegraba. Seleuco, uno de los oficiales de Alejandro, vendió los territorios conquistados en la India a un caudillo nativo por el increíble precio de quinientos elefantes de guerra, que empleó en seguir luchando contra sus rivales macedonios. Ejércitos de mercenarios se ofrecieron durante décadas al mejor postor. Después de años de combates, ferocidad, venganzas y muchas vidas segadas, quedaron tres señores de la guerra: Seleuco, en Asia; Antígono, en Macedonia, y Ptolomeo, en Egipto. De todos ellos, Ptolomeo fue el único que no tuvo una muerte violenta.

Ptolomeo se instaló en Egipto, donde pasaría el resto de su vida. Durante décadas, peleó a sangre y fuego contra sus antiguos compañeros para mantenerse en el trono. Y, en los momentos de respiro que le dejaban las guerras civiles entre macedonios, intentaba conocer el inmenso país que estaba gobernando. Todo era allí asombroso: las pirámides; los ibis; las tormentas de arena; las olas de dunas; el galope de los camellos; los extraños dioses con cabeza de animal; los eunucos; las pelucas y las cabezas afeitadas; las riadas humanas en los días de fiesta; los gatos sagrados, que era delito matar; los jeroglíficos; el ceremonial de palacio; los templos de escala sobrehumana; el enorme poder de los sacerdotes; el negro y fangoso Nilo arrastrándose por su delta rumbo al mar; los cocodrilos; las llanuras donde las abundantes cosechas se nutren de los huesos de los muertos; la cerveza; los hipopótamos; el desierto, donde nada permanece salvo el tiempo destructor; el embalsamamiento; las momias; la vida ritualizada; el amor al pasado; el culto a la muerte.

Ptolomeo tuvo que sentirse desorientado, confuso, aislado. No entendía la lengua egipcia, era torpe en las ceremonias y sospechaba que los cortesanos se reían de él. No obstante, había aprendido de Alejandro a comportarse con atrevimiento. Si no consigues entender los símbolos, invéntate otros. Si Egipto te desafía con su antigüedad fabulosa, traslada la capital a Alejandría —la única ciudad sin pasado— y conviértela en el centro más importante de todo el Mediterráneo. Si tus súbditos desconfían de las novedades, haz que toda la audacia del pensamiento y la ciencia confluyan en su territorio.

Ptolomeo destinó grandes riquezas a levantar el Museo y la Biblioteca de Alejandría.

Equilibrio al filo del abismo: la biblioteca y el museo de Alejandría

10

Aunque no queda constancia, me atrevo a imaginar que la idea de crear una biblioteca universal nació en la mente de Alejandro. El plan tiene las dimensiones de su ambición, lleva la impronta de su sed de totalidad. «La Tierra», proclamó Alejandro en uno de los primeros decretos que promulgó, «la considero mía». Reunir todos los libros existentes es otra forma —simbólica, mental, pacífica— de poseer el mundo.

La pasión del coleccionista de libros se parece a la del viajero. Toda biblioteca es un viaje; todo libro es un pasaporte sin caducidad. Alejandro recorrió las rutas de África y de Asia sin separarse de su ejemplar de la *Ilíada*, al que acudía, según dicen los historiadores, en busca de consejo y para alimentar su afán de trascendencia. La lectura, como una brújula, le abría los caminos de lo desconocido.

En un mundo caótico, adquirir libros es un acto de equilibrio al filo del abismo. A esta conclusión llega Walter Benjamin en su espléndido ensayo titulado *Desembalo mi biblioteca*. «Renovar el viejo mundo: este es el deseo más profundo del coleccionista cuando se ve impulsado a adquirir nuevas cosas», escribe Benjamin. La Biblioteca de Alejandría era una enciclopedia mágica que congregó el saber y las ficciones de la Antigüedad para impedir su dispersión y su pérdida. Pero también fue concebida como un espacio nuevo, del cual partirían las rutas hacia el futuro.

Las bibliotecas anteriores eran privadas y estaban especializadas en las materias útiles para sus dueños. Incluso las que pertenecían a escuelas o grupos profesionales amplios eran solo un instrumento al servicio de sus necesidades particulares. La antecesora que más se le aproximó —la biblioteca de Asurbanipal en Nínive, al norte del actual Irak— se destinaba al uso del rey. La Biblioteca de Alejandría, variada y completísima, abarcaba libros sobre todos los temas, escritos en todos los rincones de la geografía conocida. Sus puertas estaban abiertas a todas las personas ávidas de saber, a los estudiosos de cualquier nacionalidad y a todo aquel que tuviera

aspiraciones literarias probadas. Fue la primera biblioteca de su especie y la que más cerca estuvo de poseer todos los libros entonces existentes.

Además, se aproximó al ideal mestizo del imperio que soñaba Alejandro. El joven rey, que se casó con tres mujeres extranjeras y tuvo hijos semibárbaros, planeaba, según cuenta el historiador Diodoro, trasplantar población de Europa en Asia, y en sentido inverso, para construir una comunidad de amistad y vínculos familiares entre los dos continentes. Su súbita muerte le impidió realizar este proyecto de deportaciones, curiosa mezcla de violencia y deseos fraternales.

La Biblioteca se abrió a la amplitud del mundo exterior. Incluyó las obras más importantes de otras lenguas, traducidas al griego. Un tratadista bizantino escribió sobre aquel tiempo: «De cada pueblo se reclutaron sabios, los cuales, además de dominar la propia lengua, conocían a la maravilla el griego; a cada grupo le fueron confiados sus textos respectivos, y así se preparó de todos una traducción». Allí se realizó la conocida versión griega de la Torá judía conocida como Biblia de los Setenta. La traducción de los textos iranios atribuidos a Zoroastro, de más de dos millones de versos, se recordaba todavía siglos después como una empresa memorable. Un sacerdote egipcio llamado Manetón compuso para la Biblioteca una lista de las dinastías faraónicas y sus hazañas desde tiempos míticos hasta la conquista de Alejandro. Para escribir ese compendio de la historia egipcia en lengua griega, buscó, consultó y extractó documentos originales conservados en decenas de templos. Otro sacerdote bilingüe, Beroso, conocedor de la literatura cuneiforme, volcó al griego las tradiciones babilonias. No faltaría en la Biblioteca un tratado sobre la India que escribió, basándose en fuentes locales, un embajador griego en la corte de Pataliputra, ciudad del noreste de la India localizada a orillas del Ganges. Nunca antes se había emprendido una labor de traducción de esa envergadura.

La Biblioteca hizo realidad la mejor parte del sueño de Alejandro: su universalidad, su afán de conocimiento, su inusual deseo de fusión. En los anaqueles de Alejandría fueron abolidas las fronteras, y allí convivieron, por fin en calma, las palabras de los griegos, los judíos, los egipcios, los iranios y los indios. Ese territorio mental fue tal vez el único espacio hospitalario para todos ellos.

11

También Borges estaba hechizado por la idea de abrazar la totalidad de los libros. Su relato *La biblioteca de Babel* nos adentra en una biblioteca prodigiosa, el laberinto completo de todos los sueños y palabras. Enseguida percibimos, sin embargo, que el lugar es inquietante. Allí experimentamos cómo nuestras fantasías se tiñen de pesadilla, transformadas en oráculo de los miedos contemporáneos.

El universo (que otros llaman la Biblioteca), dice Borges, es una especie de colmena monstruosa que existe desde siempre. Se compone de interminables galerías hexagonales idénticas comunicadas por escaleras en espiral. En cada hexágono encontramos lámparas, anaqueles y libros. A derecha e izquierda del rellano hay dos cubículos, uno sirve para dormir de pie y el otro es un urinario. A eso se reducen todas las necesidades: luz, lectura y letrinas. En los pasillos viven extraños funcionarios que el narrador, uno de ellos, define como bibliotecarios imperfectos. Cada uno está a cargo de un determinado número de galerías del infinito circuito geométrico.

Los libros de la Biblioteca contienen todas las combinaciones posibles de veintitrés letras y dos signos de puntuación, o sea, todo lo que se puede imaginar y expresar en todos los idiomas, recordados u olvidados. Por tanto, nos dice el narrador, en algún lugar de los anaqueles se encuentra la crónica de tu muerte. Y la historia minuciosamente detallada del porvenir. Y las autobiografías de los arcángeles. Y el catálogo verdadero de la Biblioteca, así como miles y miles de catálogos falsos. Los habitantes de la colmena tienen las mismas limitaciones que nosotros: dominan apenas un par de lenguas, y el tiempo de su vida es breve. Por tanto, las posibilidades estadísticas de que alguien localice en la inmensidad de los túneles el libro que busca, o simplemente un libro comprensible para él, son remotísimas.

Y esa es la gran paradoja. Por los héxagonos de la colmena merodean buscadores de libros, místicos, fanáticos destructores, bibliotecarios suicidas, peregrinos, idólatras y locos. Pero nadie lee. Entre la agotadora sobreabundancia de páginas azarosas, se extingue el placer de la lectura. Todas las energías se consumen en la búsqueda y el desciframiento.

Podemos entenderlo sencillamente como un relato irónico urdido a partir de mitos bíblicos y bibliófilos que discurren por arquitecturas inspiradas en las prisiones de Piranesi o en las escaleras sin fin de Escher. Sin embargo, a los lectores de hoy, la biblioteca de Babel nos fascina como alegoría profética del mundo virtual, de la desmesura de internet, de esa gigantesca red de informaciones y textos, filtrada por los algoritmos de los buscadores, donde nos extraviamos como fantasmas en un laberinto.

En un sorprendente anacronismo, Borges presagia el mundo actual. El relato contiene, es cierto, una intuición contemporánea: la red electrónica, el concepto que ahora denominamos web, es una réplica del funcionamiento de las bibliotecas. En los orígenes de internet latía el sueño de alentar una conversación mundial. Había que crear itinerarios, avenidas, rutas aéreas para las palabras. Cada texto necesitaba una referencia —un enlace—, gracias a la cual el lector pudiera encontrarlo desde cualquier ordenador en cualquier rincón del mundo. Timothy John Berners-Lee, el científico responsable de los conceptos que estructuran la web, buscó inspiración en el espacio ordenado y ágil de las bibliotecas públicas. Imitando sus mecanismos, asignó a cada documento virtual una dirección que era única y permitía alcanzarlo desde otro ordenador. Ese localizador universal —llamado en lenguaje de computación URL— es el equivalente exacto de la signatura de una biblioteca. Después, Berners-Lee ideó el protocolo de transferencia de hipertexto —más conocido por la sigla http—, que actúa como las fichas de solicitud que rellenamos para pedirle al bibliotecario que busque el libro deseado. Internet es una emanación —multiplicada, vasta y etérea— de las bibliotecas.

Imagino la experiencia de entrar en la Biblioteca de Alejandría en términos parecidos a lo que yo sentí cuando navegué por primera vez en internet: la sorpresa, el vértigo de los espacios inmensos. Me parece contemplar a un viajero que desembarca en el puerto de Alejandría y apresura el paso hacia el reducto de libros, alguien parecido a mí en el apetito de lectura, invadido, casi cegado, por las emocionantes posibilidades de la abundancia que empieza a vislumbrar desde los pórticos de la Biblioteca. Cada uno en nuestra época, pensaríamos lo mismo: en ningún lugar había existido tanta información reunida, tanto conocimiento posible, tantos relatos con los que experimentar el miedo y el deleite de vivir.

12

Volvamos atrás. La biblioteca no existe todavía. Las bravatas de Ptolomeo sobre la gran capital griega en Egipto chocaban con una realidad cochambrosa. Dos décadas después de su fundación, Alejandría era una pequeña ciudad en construcción poblada por soldados y marineros, un reducido grupo de burócratas en lucha contra el caos y esa peculiar fauna de negociantes astutos, delincuentes, aventureros y estafadores con labia que buscan una oportunidad en una tierra virgen. Las calles rectas, trazadas por un

arquitecto griego, estaban sucias y olían a excrementos. Los esclavos tenían la espalda cosida a latigazos. Se respiraba un ambiente de *western*, de violencia, energía y depredación. El letal *khamsin*, el viento del este que siglos después atormentaría a las tropas de Napoleón y de Rommel, sacudía la ciudad al llegar la primavera. En la distancia, las tormentas del *khamsin* parecían manchas sangrientas en el cielo lejano. Después, la oscuridad borraba la luz, y la arena empezaba su invasión, levantando sofocantes y cegadores muros de polvo que entraban por las rendijas de las casas, secaban la garganta y la nariz, inyectaban los ojos, provocaban locura, desesperación y crímenes. Tras horas de tromba opresiva, se derrumbaban en el mar, acompañados por un sollozo del aire áspero.

Ptolomeo decidió que se instalaría precisamente allí con toda su corte y que atraería a los mejores científicos y escritores de la época hasta aquel páramo en la periferia de la nada.

Empezaron las obras frenéticas. Hizo construir un canal para unir el Nilo con el lago Mareotis y el mar. Diseñó un puerto grandioso. Y ordenó levantar un palacio junto al mar protegido por un dique, una enorme fortaleza donde atrincherarse en caso de asedio, una pequeña ciudad prohibida a la que muy pocos tendrían acceso, el hogar del rey inesperado en su ciudad improbable.

Para edificar sus sueños gastó mucho mucho dinero. Ptolomeo no se había quedado con la tajada más grande, pero sí la más jugosa del Imperio de Alejandro. Egipto era sinónimo de riqueza. En las orillas fértiles del Nilo crecían fabulosas cosechas de cereal, la mercancía que permitía dominar los mercados en aquella época como hoy el petróleo. Además, Egipto exportaba el material de escritura más utilizado en la época: el papiro.

El junco de papiro hunde sus raíces en las aguas del Nilo. El tallo tiene el grosor del brazo de un hombre y su altura se eleva entre tres y seis metros. Con sus fibras flexibles, las gentes humildes fabricaban cuerdas, esteras, sandalias y cestas. Los antiguos relatos lo recuerdan: de papiro, embadurnado con brea y asfalto, era el canastillo donde su madre abandonó al pequeño Moisés a orillas del Nilo. En el tercer milenio a. C. los egipcios descubrieron que con aquellos juncos podían fabricar hojas para la escritura, y en el primer milenio ya habían extendido su hallazgo a los pueblos de Próximo Oriente. Durante siglos, los hebreos, los griegos y luego los romanos escribieron su literatura en rollos de papiro. A medida que las sociedades mediterráneas se alfabetizaban y se volvían más complejas, necesitaban cada vez más papiro, y los precios subían al calor de la demanda. La planta era muy escasa fuera de Egipto y, como el coltán de nuestros teléfonos inteligentes, se convirtió en un

bien estratégico. Llegó a existir un poderoso mercado que distribuía el papiro en rutas comerciales a través de África, Asia y Europa. Los reyes de Egipto se apropiaron el monopolio de la manufactura y el comercio de las hojas; los expertos en lengua egipcia creen que la palabra «papiro» tiene la misma raíz que «faraón».

Imaginemos una mañana de trabajo en los talleres faraónicos. Un grupo de operarios del rey llega de madrugada a las riberas del río para segar juncos, y el susurro de sus pasos despierta a los pájaros dormidos, que levantan el vuelo desde el cañaveral. Los hombres trabajan en la frescura de la mañana y a mediodía depositan en el taller grandes brazadas de juncos. Con movimientos precisos, los descortezan y cortan el tallo triangular en delgadas tiras de unos 30-40 centímetros de altura. Colocan sobre una tabla plana la primera capa de tiras verticales y después otra capa de fibras horizontales en ángulo recto con la primera. Golpean con un mazo de madera las dos capas superpuestas de forma que la savia segregada actúe como pegamento natural. Alisan la superficie de las hojas desbastándolas con piedra pómez o conchas. Por último, encolan las láminas de papiro una a continuación de la otra por los bordes con una pasta de harina y agua, hasta formar una larga tira que guardan enrollada. Lo habitual es unir unas veinte láminas y pulir con cuidado las junturas hasta conseguir una superficie lisa en la que no tropiece la caña del escriba. Los mercaderes no venden hojas sueltas, sino rollos; quien necesite escribir una carta o un documento breve cortará el trozo deseado. Los rollos miden entre 13 y 30 centímetros de alto, y su longitud más habitual oscila entre los 3,2 y 3,6 metros. Pero la extensión es tan variable como la cantidad de páginas de nuestros libros. Así, por ejemplo, el rollo más largo de la colección egipcia del Museo Británico, el papiro Harris, medía originalmente 42 metros.

El rollo de papiro supuso un fantástico avance. Tras siglos de búsqueda de soportes y de escritura humana sobre piedra, barro, madera o metal, el lenguaje encontró finalmente su hogar en la materia viva. El primer libro de la historia nació cuando las palabras, apenas aire escrito, encontraron cobijo en la médula de una planta acuática. Y, frente a sus antepasados inertes y rígidos, el libro fue desde el principio un objeto flexible, ligero, preparado para el viaje y la aventura.

Rollos de papiro que albergan en su interior largos textos manuscritos trazados con cálamo y tinta: este es el aspecto de los libros que empiezan a llegar a la naciente Biblioteca de Alejandría.

13

Los generales de Alejandro quedaron hechizados por él tras su muerte. Empezaron a imitar sus gestos, su vestimenta, el gorro que solía llevar, su forma de inclinar la cabeza. Seguían celebrando los banquetes como a él le gustaba y reproducían su imagen en las monedas que acuñaban. Uno de los Compañeros del Rey se dejó crecer una melena ondulada que llevaba descuidadamente suelta por parecerse a él. El comandante Eumenes afirmaba que Alejandro se le aparecía en sueños y hablaba con él. Ptolomeo hizo correr el rumor de que era hermanastro de Alejandro por vía paterna. En cierta ocasión, varios herederos rivales accedieron a reunirse en una tienda de campaña presidida por el trono vacío y el cetro del difunto rey; al deliberar, tuvieron la sensación de que el ausente los seguía guiando.

Todos añoraban a Alejandro y acariciaban a su fantasma, pero al mismo tiempo andaban ocupados en hacer pedazos el imperio mundial que les había legado, en liquidar uno detrás de otro a sus familiares más cercanos y en traicionar las lealtades que les unieron. En amores de este tipo pensaba Oscar Wilde cuando escribió, en *La balada de la cárcel de Reading*: «Cada hombre mata lo que ama».

También en la lucha por el recuerdo de Alejandro, Ptolomeo tomó la delantera con astucia. Una de sus jugadas más brillantes consistió en apoderarse del cadáver del joven rey. Había comprendido mejor que nadie el incalculable valor simbólico de exhibir sus restos mortales.

En el otoño del año 322 a. C., una comitiva partió desde Babilonia rumbo a Macedonia para enterrar a Alejandro en su país natal. Llevaban el cuerpo, embalsamado con miel y especias, dentro de un ataúd de oro, en un carro fúnebre que las fuentes describen como un enternecedor despliegue *kitsch* de baldaquines, cortinas púrpura, borlas, esculturas doradas, bordados y coronas. Ptolomeo se había hecho amigo del oficial que estaba al mando del cortejo. Con ayuda de ese cómplice, logró que la ruta se desviase hacia Damasco, salió a su encuentro con un gran ejército y secuestró el féretro. El comandante Pérdicas, que ya tenía lista la tumba real en Macedonia, rechinó de dientes al enterarse del rapto y lanzó un ataque contra Egipto, pero acabó ejecutado por sus propios hombres después de una campaña desastrosa. Ptolomeo ganó la partida. Trasladó el cadáver a Alejandría y lo expuso en un mausoleo abierto al público que, como la tumba de Lenin en la Plaza Roja de Moscú, se convirtió en una gran atracción y foco de turismo necrófilo. Allí lo vio

todavía el primer emperador romano, Augusto, que depositó una guirnalda sobre la tapa de cristal del sarcófago y pidió tocar el cuerpo. Según las malas lenguas, al darle un beso le rompió accidentalmente la nariz —besar a una momia encierra ciertos riesgos—. El sarcófago fue destruido en alguna de las grandes revueltas populares que sacudieron Alejandría y, a pesar de los rumores, los arqueólogos no consiguen encontrar el rastro de la tumba. Hay quien piensa que el cadáver pudo tener un final digno del cosmopolita Alejandro (troceado y convertido en miles de amuletos diseminados por el ancho mundo que una vez conquistó).

Cuentan que, cuando Augusto homenajeó a Alejandro en su mausoleo, le preguntaron si también quería ver el sepulcro de los Ptolomeos. «He venido a ver a un rey, no a muertos», contestó. Esas palabras condensan el drama de los diádocos, los sucesores de Alejandro —todo el mundo los consideraba una banda de mediocres suplentes, un gris apéndice de la leyenda—. Les faltaba la legitimidad del carisma, y solo al entroncar con un muerto podían infundir auténtico respeto. Por eso se disfrazaban de Alejandro de todas las maneras posibles, deseando que los confundieran con él, como esos concienzudos imitadores de Elvis de nuestros días.

Dentro de este juego de parecidos y analogías, el rey Ptolomeo quiso a Aristóteles para maestro de sus hijos, como lo fue de Alejandro. Pero el filósofo había muerto en el año 322 a. C., solo unos meses después de su famoso alumno. Un tanto decepcionado por tener que rebajar el listón, Ptolomeo envió a sus mensajeros a la escuela de Aristóteles en Atenas, el Liceo, para ofrecer trabajo en Alejandría, generosamente pagado, a los sabios más brillantes del momento. Dos de ellos aceptaron la oferta; uno educaría a los príncipes, y el otro organizaría la Gran Biblioteca.

El nuevo encargado de la adquisición y el orden de los libros se llamaba Demetrio de Falero. Él inventó el oficio, hasta entonces inexistente, de bibliotecario. Sus años jóvenes le habían preparado para las tareas intelectuales y para el mando. Fue estudiante del Liceo y luego, durante una década, entró en el torbellino de la política. En Atenas había conocido la primera biblioteca organizada aplicando un sistema racional: la colección del mismísimo Aristóteles, apodado «el lector». Aristóteles, en más de doscientos tratados, buscó la estructura del mundo y la parceló (física, biología, astronomía, lógica, ética, estética, retórica, política, metafísica). Allí, entre los anaqueles de su maestro y el sosiego de sus clasificaciones, Demetrio debió de comprender que poseer libros es un ejercicio de equilibrio sobre la cuerda floja. Un esfuerzo por unir los pedazos dispersos del universo hasta formar un

conjunto dotado de sentido. Una arquitectura armoniosa frente al caos. Una escultura de arena. La guarida donde protegemos todo aquello que tememos olvidar. La memoria del mundo. Un dique contra el tsunami del tiempo.

Demetrio trasplantó a Egipto el modelo de pensamiento aristotélico, que en aquella época estaba en la vanguardia de la ciencia occidental. Se decía que Aristóteles había enseñado a los alejandrinos a organizar una biblioteca. La frase no se puede interpretar de manera literal, porque el filósofo nunca viajó al país del Nilo. Su influjo llegó por caminos indirectos, a través de su alumno aventajado, que desembarcó en la joven ciudad huyendo de los sobresaltos de la política. Sin embargo, a pesar de sus buenas intenciones, Demetrio sucumbió a las intrigas de la corte de Ptolomeo. Conspiró, cayó en desgracia y fue arrestado. Pero su paso por Alejandría dejó huellas duraderas. Gracias a él, un fantasma protector se instaló en la Biblioteca, el de Aristóteles, el apasionado de los libros.

14

Cada cierto tiempo, Demetrio debía enviar a Ptolomeo un informe sobre el progreso de su tarea, que empezaba así: «Al gran rey, de parte de Demetrio. Obedeciendo su orden de añadir a la colección de la Biblioteca, para completarla, los libros que todavía faltan, y de restaurar adecuadamente aquellos que fueron maltratados por los azares de la fortuna, he puesto gran cuidado en mi tarea y ahora le hago rendición de cuentas».

Y no era una tarea sencilla. Apenas se podían conseguir libros griegos sin recorrer largas distancias; en los templos, palacios y mansiones del país abundaban los rollos, pero en egipcio, y Ptolomeo no se rebajaría a aprender el idioma de sus súbditos. Solo Cleopatra, la última de la estirpe y, según los testimonios, asombrosa políglota, llegó a hablar y leer la lengua faraónica.

Demetrio envió agentes con la bolsa repleta y armas al cinto, rumbo a Anatolia, las islas del mar Egeo y Grecia, a la caza de obras en griego. Por aquella misma época, como ya he contado, los oficiales de aduanas recibieron instrucciones de registrar todos los barcos que anclaban en el puerto de Alejandría y requisar cualquier texto que encontrasen a bordo. Los rollos recién comprados o confiscados iban a parar a unos almacenes donde los ayudantes de Demetrio los identificaban y hacían inventario. Aquellos libros eran cilindros de papiro sin portada ni lomo —y sin esas contracubiertas y fajas rojas que nos recuerdan lo aclamada, vibrante y magistral que es la obra en cuestión—. Era difícil reconocer el contenido a primera vista y, cuando

alguien poseía más de una docena de libros y pretendía consultarlos a menudo, era un verdadero incordio. Para una biblioteca, este problema planteaba un gran desafío, que se resolvía de manera imperfecta. Antes de apilar los libros en los anaqueles, colocaban en el extremo de cada rollo un pequeño letrero —muy propenso a caerse— con la indicación del autor, la obra y la procedencia del ejemplar.

Cuentan que, en una visita del rey a la Biblioteca, Demetrio propuso incorporar a la colección los libros de la ley judía, en una versión cuidada. «¿Qué te impide hacerlo?», preguntó el rey, que le había dado carta blanca. «Se necesita una traducción, porque están escritos en hebreo».

Pocos entendían ya el hebreo incluso en Jerusalén, donde la mayoría de la población hablaba arameo, la lengua en la que siglos después predicaría Jesús. Los judíos de Alejandría —una comunidad poderosa que ocupaba un barrio entero de la ciudad— empezaron entonces a traducir sus escrituras sagradas al griego, pero de forma lenta y fragmentaria, porque los fieles más ortodoxos se oponían a las innovaciones. Era un debate candente en las sinagogas de la época, como fue para los católicos el fin de las misas en latín. Por tanto, si el encargado de la Biblioteca quería una versión completa y cuidada de la Torá, tendría que encargarla.

Según la tradición, Demetrio pidió permiso para escribir a Eleazar, sumo sacerdote de Jerusalén. En nombre de Ptolomeo, le pidió que enviase a Alejandría eruditos expertos en la Ley y capaces de traducirla. Eleazar respondió con alegría a la carta y a los regalos que la acompañaban. Tras un mes de viaje a través de las arenas abrasadoras del Sinaí, llegaron a Egipto setenta y dos sabios hebreos, seis por cada tribu, la flor y nata de la doctrina rabínica, y fueron alojados en una mansión de la isla de Faro, junto a la playa, «inmersa en una paz profunda». Demetrio los visitaba a menudo con su personal para comprobar el avance del trabajo. En ese retiro tranquilo, se dice que acabaron la traducción del Pentateuco en setenta y dos días, y después volvieron a su ciudad. En recuerdo de esta historia, la Biblia griega se conoce como «Biblia de los Setenta».

Quien cuenta estos acontecimientos, un tal Aristeas, asegura haber asistido en persona. Hoy sabemos que el documento es una falsificación, pero hay datos reales agazapados entre el ramaje de esta fábula. El mundo estaba cambiando y Alejandría era su espejo. La lengua griega se estaba convirtiendo en la nueva lengua franca. No era, claro, el idioma de Eurípides y Platón, sino una versión asequible que llamaban *koiné,* algo parecido a ese inglés renqueante con el que nos entendemos en los hoteles y aeropuertos en

vacaciones. Los reyes macedonios habían decidido imponer el griego en todo el imperio, como símbolo de dominio político y supremacía cultural, dejando al prójimo el esfuerzo de aprenderlo si querían hacerse atender. No obstante, algo de la universalidad de Alejandro y Aristóteles había calado en su orgullosa mollera chovinista. Sabían que necesitaban comprender a sus nuevos súbditos para poder gobernarlos. Desde esa óptica se explican los esfuerzos económicos e intelectuales por traducir sus libros, y especialmente sus textos religiosos, que son mapas de las almas. La Biblioteca de Alejandría no nació solo para ofrecer un refugio al pasado y su herencia. Era también la avanzadilla de una sociedad que podríamos considerar globalizada, como la nuestra.

15

Esa primitiva globalización se llamó «helenismo». Costumbres, creencias y formas de vida comunes arraigaron en los territorios conquistados por Alejandro desde Anatolia hasta el Punyab. La arquitectura griega era imitada en lugares tan remotos como Libia o la isla de Java. El idioma griego servía para comunicarse a asiáticos y africanos. Plutarco asegura que en Babilonia leían a Homero, y que los niños de Persia, de Susa y de Gedrosia —región hoy repartida entre Pakistán, Afganistán e Irán— cantaban las tragedias de Sófocles y Eurípides. Por los caminos del comercio, la educación y el mestizaje, una gran parte del mundo empezó a experimentar una llamativa asimilación cultural. El paisaje desde Europa a la India estaba salpicado de ciudades con rasgos reconocibles (calles amplias que se cruzaban en ángulo recto según el trazado hipodámico, ágoras, teatros, gimnasios, inscripciones en griego y templos con frontones decorados). Eran los signos distintivos de aquel imperialismo, como hoy lo son la Coca-Cola, los McDonald’s, los anuncios luminosos, los centros comerciales, el cine de Hollywood y los productos de Apple, que uniformizan el mundo.

Igual que en nuestra época, había fuertes corrientes de descontento. En los pueblos conquistados, muchos súbditos se resistían a que los colonizaran los invasores. Pero también había cascarrabias griegos que recordaban tiempos de aristocrática independencia y no se adaptaban a la nueva sociedad cosmopolita. Ah, la pureza perdida del pasado. De repente, surgían extranjeros piojosos en todos los rincones. En un mundo de horizontes ampliados, la emigración crecía mientras los salarios del trabajo libre se resentían por la competencia de los esclavos orientales. Aumentó el miedo al

otro, al diferente. Un gramático llamado Apión rezongaba porque los judíos ocupaban el mejor barrio de Alejandría, junto al palacio real, y Hecateo, un griego que visitó Egipto en época de Ptolomeo, deploraba la xenofobia judía. También hubo fricciones, a veces sangrientas, entre comunidades. El historiador Diodoro relata que una multitud furiosa de egipcios linchó a un extranjero por matar a un gato, animal sagrado para los egipcios.

Los cambios provocaban ansiedad. Muchos griegos que durante siglos habían vivido en pequeñas ciudades administradas por sus propios ciudadanos de pronto se vieron incorporados a extensos reinos. Empezó a cundir el desarraigo, la sensación de estar desplazados, de vivir perdidos en un universo demasiado grande, gobernados por poderes lejanos e inaccesibles. Se desarrolló el individualismo; se agudizó la sensación de soledad.

La civilización helenística —angustiada, frívola, teatral, convulsa, aturdida por las rápidas transformaciones— albergaba impulsos contradictorios. Parafraseando a Dickens, «era el mejor de los tiempos; era el peor de los tiempos». Florecieron al mismo tiempo el escepticismo y la superstición; la curiosidad y los prejuicios; la tolerancia y la intolerancia. Algunas personas empezaron a considerarse ciudadanas del mundo, mientras que en otras se exacerbaba el nacionalismo. Las ideas reverberaban y viajaban más allá de las fronteras, entremezclándose con facilidad. Triunfaba el eclecticismo. El pensamiento estoico, que se impuso durante todo el helenismo y la época imperial romana, enseñaba a evitar el sufrimiento a través de la serenidad, la ausencia de deseos y el fortalecimiento interior. Los budistas orientales se podían sentir identificados con ese programa de autoayuda.

El fracaso de los ideales del pasado desató entre los griegos una intensa nostalgia de otros tiempos, y, a la vez, la diversión de parodiar los viejos relatos heroicos. Si Alejandro había conquistado el mundo aferrado a su ejemplar de la *Ilíada*, poco tiempo después un poeta anónimo puso en solfa aquellas leyendas en una epopeya cómica, la *Batracomiomaquia*, que narraba la batalla entre las tropas de Hinchamejillas, rey de las ranas, y Robamigas, príncipe de los ratones. La fe en los dioses y en los mitos se extinguía dejando atrás una estela mixta de irreverencia, desconcierto y añoranza. Décadas más tarde, Apolonio de Rodas, nostálgico bibliotecario de Alejandría, homenajeó la épica antigua en su poema sobre las aventuras de Jasón y los Argonautas. Los cinéfilos de hoy descubrirán la misma tensión en el *western* crepuscular *Sin perdón* de Clint Eastwood, frente a la sonrisa iconoclasta e irónica de Tarantino dinamitando el género en *Django desencadenado*. El chiste y la

melancolía convivían en una amalgama que resulta muy reconocible en nuestros días.

16

Ptolomeo había cumplido sus propósitos. Hasta que Roma la desbancó, Alejandría fue el centro de esa civilización que traspasaba fronteras. Era además la capital del poder económico. El flamante Faro, una de las maravillas del mundo, desempeñaba la misma función simbólica que las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York.

Al sur de Alejandría, enormes graneros oscuros quebraban la línea del horizonte. Allí se almacenaban las cosechas de las ricas llanuras de aluvión bañadas por el Nilo. Millares de sacos eran transportados a los muelles a través de una red de canales. Los barcos egipcios zarpaban llenos a rebosar rumbo a las principales ciudades portuarias de la época, donde esperaban con ansiedad sus cargamentos para conjurar el fantasma del hambre. Los grandes centros urbanos de la Antigüedad habían crecido más allá de las posibilidades de las zonas rurales circundantes. Alejandría garantizaba el pan, que era sinónimo de estabilidad y condición indispensable del poder. Si los egipcios decidían subir los precios o reducir el suministro, un país entero podía hundirse en la violencia y los motines.

Aunque sea una ciudad joven y poderosa, la nostalgia se agazapa en los mismos cimientos de Alejandría. El rey añora tiempos pasados que no ha conocido, pero le obsesionan —la época dorada de Atenas, los días efervescentes de Pericles, los filósofos, los grandes historiadores, el teatro, los sofistas, los discursos, la concentración de individuos extraordinarios en una pequeña capital orgullosa que se proclamó «la escuela de Grecia»—. Durante siglos, los macedonios, en su país casi bárbaro al norte de Grecia, oían hablar del esplendor de Atenas, y esas noticias y rumores les fascinaban. Invitaron al viejo Eurípides a pasar sus últimos años con ellos, y también consiguieron atraer a Aristóteles a la corte. Esos invitados ilustres eran su esperanza. Intentaban imitar los refinamientos de Atenas, querían sentirse cultos y perder la fama humillante de ser menos griegos que los demás. Su mirada fronteriza, periférica, admirativa, agrandaba el mito.

En este punto, recuerdo el jardín de los Finzi-Contini en la novela de Giorgio Bassani. La he leído y releído muchas veces, y creo que es uno de mis libros favoritos. La gran mansión de los judíos ricos de Ferrara, con su jardín, su pista de tenis y los altos muros que la rodean, representa ese lugar

donde quieres ser admitido, pero, cuando te invitan, te sientes un advenedizo inseguro. No perteneces a ese mundo, por muy enamorado de él que estés. Te dejarán entrar durante un solo verano encantado, disfrutar de largos partidos de tenis, explorar el jardín, caer en la red del deseo, pero las puertas volverán a cerrarse. Y ese espacio quedará unido para siempre a tu melancolía. Casi todos nosotros, en algún momento de la vida, hemos espiado desde fuera un jardín de los Finzi-Contini. Para Ptolomeo, era Atenas. Con la memoria herida por la ciudad inalcanzable, fundó el Museo de Alejandría.

Para un griego, un museo era un recinto sagrado en honor de las musas, las hijas de la Memoria, las diosas de la inspiración. La Academia de Platón y, más tarde, el Liceo de Aristóteles tenían su sede en bosquecillos consagrados a las musas porque el ejercicio del pensamiento y la educación podían entenderse como actos metafóricos y luminosos de culto a las nueve diosas. El Museo de Ptolomeo llegó más lejos: fue una de las instituciones más ambiciosas del helenismo, una primitiva versión de nuestros centros de investigación, universidades y laboratorios de ideas. Se invitaba al Museo a los mejores escritores, poetas, científicos y filósofos de la época. Los elegidos mantenían el puesto de por vida, liberados de cualquier preocupación material, de forma que pudieran dedicar todas sus energías a pensar y crear. Ptolomeo les asignaba un salario, vivienda gratuita y un puesto en un lujoso comedor colectivo. Además, los eximía de pagar impuestos, quizá el mejor regalo en tiempos de voracidad de las arcas reales.

Durante siglos, el Museo reunió, como deseaba Ptolomeo, una rutilante constelación de nombres: el matemático Euclides, que formuló los teoremas de la geometría; Estratón, el mejor físico de la época; el astrónomo Aristarco; Eratóstenes, que calculó el perímetro de la Tierra con pasmosa exactitud; Herófilo, pionero de la anatomía; Arquímedes, inventor de la hidrostática; Dionisio de Tracia, que escribió el primer tratado de gramática; los poetas Calímaco y Apolonio de Rodas. En Alejandría nacieron teorías revolucionarias, como el modelo heliocéntrico del sistema solar, que, rescatado en el siglo XVI, provocaría el giro copernicano y la condena de Galileo. Se rompió el tabú de las disecciones de cadáveres —y también, según las malas lenguas, de presos vivos de las cárceles—, que permitieron avanzar a la medicina. Se desarrollaron nuevas ramas de saber, como la trigonometría, la gramática y la conservación de manuscritos. Allí, el estudio filológico de los textos desplegó las alas. Se hicieron grandes descubrimientos, como el tornillo sin fin, que todavía se utiliza para el bombeo. Y, diecisiete siglos antes del caballo de fuerza de Watt, Herón de

Alejandría describió una máquina de vapor, aunque solo la utilizó para propulsar el movimiento de muñecos mecánicos y otros juguetes. Su obra sobre los autómatas es considerada un temprano precedente de la robótica.

La Biblioteca ocupaba un lugar esencial en aquella pequeña ciudad de sabios. Pocas veces en la historia se ha hecho un esfuerzo parecido, consciente y deliberado, por reunir en un único lugar a la mentes más brillantes de la época. Y nunca antes los mejores pensadores habían tenido acceso a tantos libros, a la memoria del saber anterior, a los susurros del pasado con los que aprender el oficio de pensar.

El Museo y la Biblioteca formaban parte del recinto del palacio, protegidos por los muros de la fortaleza. La vida de aquellos primeros investigadores profesionales discurría en el aislamiento del espacio fortificado. Su rutina consistía en celebrar conferencias, clases y discusiones públicas, pero, por encima de todo, dominaba la silenciosa investigación. El director de la Biblioteca era además el maestro de los hijos del rey. Al caer el sol, cenaban todos juntos en una sala donde a veces el propio Ptolomeo se unía al banquete para escuchar sus conversaciones, sus duelos de ingenio, sus hallazgos y sus vanidades. Quizá pensaba que había conseguido crear su propia Atenas, su jardín amurallado.

Gracias a un autor satírico de la época conocemos las costumbres de los miembros del Museo, tranquilos estudiosos aliviados de toda preocupación, protegidos de la intemperie de sus tiempos. «En la populosa tierra de Egipto —dice el poeta y humorista— engordan muchos eruditos que garabatean libros y se dan picotazos en la jaula de las musas». Otro poema hacía regresar a un escritor del mundo de los muertos para aconsejar a los habitantes del Museo que no sintiesen tanto resentimiento unos hacia otros. En efecto, los picotazos eran un asunto corriente entre aquellos sabios de descansada vida, retirados del mundanal ruido. Las fuentes históricas reflejan discordias, celos, cólera, rivalidades y maledicencia entre ellos. Nada que no suceda en nuestros actuales departamentos universitarios, con sus pequeñas e interminables contiendas.

17

En nuestros días, se ha desatado una enfurecida competición por levantar el rascacielos más alto del mundo. Alejandría, en su momento, entró en la lucha: el Faro de la ciudad fue, durante muchos siglos, una de las construcciones más altas del mundo. Era el emblema de la vanidad real, ese edificio icónico,

como la Ópera de Sidney o el Museo Guggenheim de Bilbao, que es el sueño erótico de los gobernantes. Y se convirtió, además, en el símbolo de una época dorada de la ciencia.

Al principio «Faro» era un lugar; así se llamaba la isla del delta del Nilo con la que soñó Alejandro y donde decidió fundar la ciudad. En el mar Báltico, otra pequeña isla se llama Fårö. Allí rodó Ingmar Bergman su película *Como en un espejo* —entre muchas otras— y allí se retiró para vivir como un ermitaño abismado. Pero nosotros ya no nos acordamos del topónimo original; el edificio se ha apropiado del nombre geográfico y, por herencia del griego, la palabra pervive aún en las lenguas actuales.

Antes de empezar la construcción, Ptolomeo encargó a un ingeniero griego unir la isla de Faro a los muelles a través de un dique de más de un kilómetro de largo, que dividió el puerto en dos dársenas separadas para los barcos mercantes y los militares. En el centro del enjambre de barcos, se alzó la gran torre blanca. Los árabes que todavía la vieron en pie en época medieval describen una estructura de tres cuerpos —cuadrado, octogonal y cilíndrico—, comunicados por rampas. En la cima, a una altura de unos ciento veinte metros, había un espejo que reflejaba el sol de día y el resplandor de una hoguera por la noche. En el silencio nocturno, los esclavos subían por las rampas con cargas de combustible que mantenían vivo el fuego.

La leyenda envuelve al espejo del Faro. En aquel tiempo, las lentes eran alta tecnología, objetos fascinantes capaces de transformar la mirada y el mundo. Entre los científicos del Museo, que intentaban abrir todos los caminos del conocimiento, también hubo expertos en óptica; bajo sus órdenes se labraría el gran espejo. Aunque no se puede saber con certeza lo que consiguieron, muchos siglos después, los relatos de los viajeros árabes hablan de lentes que permitían vigilar desde el Faro a gran distancia los barcos que navegaban hacia Alejandría. Se contaba que desde lo más alto del Faro se podía ver la ciudad de Constantinopla reflejada en la luna del espejo. A partir de esos confusos recuerdos —ciertos en parte, en parte exagerados—, podríamos encontrar tal vez en el Faro al antepasado del telescopio, un gran ojo capaz de adentrarse en la lejanía del mar y las estrellas.

Fue la última y la más moderna de las siete maravillas de la Antigüedad. Simbolizaba lo que Alejandría quería ser: la ciudad-faro, el centro del eje de coordenadas, la capital de un mundo ampliado, la señal luminosa que guiaba y dirigía el rumbo de todas las navegaciones. Y, aunque lo destruyeron las sacudidas de sucesivos terremotos desde el siglo X al XIV, podemos intuir su

huella en todos los faros posteriores, que han seguido su modelo arquitectónico.

La Biblioteca, que también era en cierto sentido un faro, es sin embargo un lugar que ningún autor antiguo nos ayuda a imaginar. En todos los textos, permanecen imprecisos los detalles sobre el espacio, la distribución de salas y patios, las atmósferas y los rincones, como reflejados en un espejo a oscuras.

18

Leer es un ritual que implica gestos, posturas, objetos, espacios, materiales, movimientos, modulaciones de luz. Para imaginar cómo leían nuestros antepasados necesitamos conocer, en cada época, esa red de circunstancias que rodean el íntimo ceremonial de entrar en un libro.

El manejo de un rollo no se parece al de un libro de páginas. Al abrir un rollo, los ojos encontraban una hilera de columnas de texto, una detrás de otra, de izquierda a derecha, en la cara interior del papiro. A medida que avanzaba, el lector iba desenroscándolo con la mano derecha para acceder al texto nuevo, mientras con la mano izquierda enrollaba las columnas ya leídas. Un movimiento pausado, rítmico, interiorizado; un baile lento. Al terminar de leerse, el libro quedaba enrollado al revés, desde el final hacia el principio, y la cortesía exigía rebobinarlo —como las cintas casetes— para el próximo lector. La cerámica, las esculturas y los relieves representan a hombres y mujeres, atrapados por la lectura, reproduciendo esos gestos. Están de pie, o sentados con el libro en el regazo. Tienen ocupadas las dos manos; no pueden desplegar el rollo con solo una. Sus posturas, actitudes y gestos son distintos de los nuestros y al mismo tiempo los recuerdan: la espalda se comba ligeramente, el cuerpo se agazapa sobre las palabras, el lector se ausenta de su mundo por un momento y emprende un viaje, transportado por el movimiento lateral de sus pupilas.

La Biblioteca de Alejandría acogió a muchos de aquellos viajeros inmóviles, pero no sabemos con certeza qué marco y qué lugares ofrecía para la lectura. Apenas hay descripciones, y las que tenemos son extrañamente vagas. Solo podemos conjeturar lo que ocultan esos silencios. La información más decisiva procede de un autor nacido en la actual Turquía, Estrabón, que llegó a Alejandría desde Roma en el año 24 a. C. para trabajar en un gran tratado geográfico con el que quería complementar sus investigaciones sobre historia. En la crónica de su paso por la ciudad —donde conoció el Faro, el gran dique, el puerto, las calles en damero, los barrios, el lago Mareotis y los

canales del Nilo—, dice que el Museo forma parte del enorme palacio real. Con el paso de los siglos, el palacio se había ido ampliando, ya que cada rey le había añadido nuevas dependencias y edificios, hasta que el conjunto llegó a ocupar, según Estrabón, un tercio de la ciudad. En esa extensa fortaleza prohibida, a la que pocos tenían acceso, Estrabón contempló un atareado microcosmos. Después de recorrerlo con mirada atenta, redactó una descripción del Museo y del mausoleo de Alejandro, sin mencionar una sola palabra sobre la Biblioteca.

El Museo —explica— comprende el perípato (una galería cubierta y adornada con columnas), la exedra (una zona semicircular al aire libre, con asientos) y una sala grande, en la cual comen juntos los sabios. Viven en comunidad de bienes y tienen un sacerdote, que es jefe del Museo, antiguamente nombrado por los soberanos y ahora por Augusto.

Eso es todo.

¿Dónde estaba la Biblioteca? Tal vez la hemos buscado en vano y, aunque la tenemos ante los ojos, no la vemos porque no se parece a nuestras expectativas. Algunos expertos suponen que Estrabón no menciona la Biblioteca, donde sin duda trabajó, porque no era un edificio independiente. Quizá era un conjunto de nichos abiertos en los muros de la gran galería del Museo. Allí, apilados en baldas, se encontrarían los rollos, al alcance de los investigadores. En habitaciones anexas se almacenarían documentos y libros de uso menos frecuente, los más valiosos y raros.

Es la hipótesis más verosímil sobre las bibliotecas griegas, que no eran salas, sino estantes. Carecían de instalaciones para los lectores, que debían trabajar en un pórtico contiguo, soleado y protegido de las inclemencias, muy semejante al claustro de un monasterio. Si todo sucedía como imaginamos, aquellos lectores del Museo de Alejandría escogerían un libro y buscarían un asiento en la exedra. O se retirarían a sus alojamientos para recostarse. O leerían paseando lentamente entre las columnas y ante la mirada ciega de las estatuas. Y así transitarían por los caminos de la invención y las rutas de la memoria.

19

En nuestro tiempo, en cambio, algunos de los edificios más fascinantes de la arquitectura contemporánea son precisamente bibliotecas, espacios abiertos a la experimentación y al juego con la luz. Pensemos en la admirada Staatsbibliothek de Berlín, diseñada por Hans Scharoun y Edgar Wisniewski.

Allí filmó Wim Wenders una escena de *El cielo sobre Berlín*. La cámara se desliza por la enorme sala de lectura abierta, asciende por las escaleras y se asoma al impresionante espacio vertical desde las pasarelas superpuestas que flotan como los palcos de un auditorio. La gente hormiguea bajo la luz cenital, entre los bloques paralelos de estanterías, cargando pilas de libros pegados al vientre. O permanece sentada con variados gestos de concentración (la mano bajo el mentón, el puño sosteniendo la mejilla, un bolígrafo que gira entre los dedos como una hélice…).

Sin que nadie llegue a percibirlo, entra en la biblioteca un grupo de ángeles ataviados con esa memorable estética de los años ochenta: amplios abrigos oscuros, jerséis de cuello alto y, en el caso de Bruno Ganz, el pelo recogido en una pequeña coleta. Como los humanos no pueden verlos, los ángeles se acercan con libertad, se sientan a su lado o les colocan una mano en el hombro. Intrigados, se asoman a los libros que están leyendo. Acarician el lápiz de un estudiante, sopesando el misterio de todas las palabras que salen de ese pequeño objeto. Junto a unos niños, imitan sin comprenderlo el gesto de rozar las líneas con el dedo índice. Observan a su alrededor, con curiosidad y asombro, rostros ensimismados y miradas sumergidas en las palabras. Quieren entender qué sienten los vivos en esos momentos y por qué los libros atrapan su atención con tal intensidad.

Los ángeles poseen el don de escuchar los pensamientos de las personas. Aunque nadie habla, captan a su paso un murmullo constante de palabras susurradas. Son las sílabas silenciosas de la lectura. Leer construye una comunicación íntima, una soledad sonora que a los ángeles les resulta sorprendente y milagrosa, casi sobrenatural. Dentro de las cabezas de la gente, las frases leídas resuenan como un canto a capela, como una plegaria.

Al igual que en esta secuencia de la película, la Biblioteca de Alejandría estaría poblada de rumores y bisbiseos a media voz. En la Antigüedad, cuando los ojos reconocían las letras, la lengua las pronunciaba, el cuerpo seguía el ritmo del texto, y el pie golpeaba el suelo como un metrónomo. La escritura se oía. Pocos imaginaban que fuera posible leer de otra manera.

Hablemos por un momento de ti, que lees estas líneas. Ahora mismo, con el libro abierto entre las manos, te dedicas a una actividad misteriosa e inquietante, aunque la costumbre te impide asombrarte por lo que haces. Piénsalo bien. Estás en silencio, recorriendo con la vista hileras de letras que tienen sentido para ti y te comunican ideas independientes del mundo que te rodea ahora mismo. Te has retirado, por decirlo así, a una habitación interior donde te hablan personas ausentes, es decir, fantasmas visibles solo para ti (en

este caso, mi yo espectral) y donde el tiempo pasa al compás de tu interés o tu aburrimiento. Has creado una realidad paralela parecida a la ilusión cinematográfica, una realidad que depende solo de ti. Tú puedes, en cualquier momento, apartar los ojos de estos párrafos y volver a participar en la acción y el movimiento del mundo exterior. Pero mientras tanto permaneces al margen, donde tú has elegido estar. Hay un aura casi mágica en todo esto.

No creas que siempre ha sido así. Desde los primeros siglos de la escritura hasta la Edad Media, la norma era leer en voz alta, para uno mismo o para otros, y los escritores pronunciaban las frases a medida que las escribían escuchando así su musicalidad. Los libros no eran una canción que se cantaba con la mente, como ahora, sino una melodía que saltaba a los labios y sonaba en voz alta. El lector se convertía en el intérprete que le prestaba sus cuerdas vocales. Un texto escrito se entendía como una partitura muy básica y por eso aparecían las palabras una detrás de otra en una cadena continua sin separaciones ni signos de puntuación —había que pronunciarlas para entenderlas—. Solía haber testigos cuando se leía un libro. Eran frecuentes las lecturas en público, y los relatos que gustaban iban de boca en boca. No hay que imaginar los pórticos de las bibliotecas antiguas en silencio, sino invadidos por las voces y los ecos de las páginas. Salvo excepciones, los lectores antiguos no tenían la libertad de la que tú disfrutas para leer a tu gusto las ideas o las fantasías escritas en los textos, para pararte a pensar o a soñar despierto cuando quieras, para elegir y ocultar lo que eliges, para interrumpir o abandonar, para crear tus propios universos. Esta libertad individual, la tuya, es una conquista del pensamiento independiente frente al pensamiento tutelado, y se ha logrado paso a paso a lo largo del tiempo.

Quizá por esa razón, los primeros en leer como tú, en silencio, en conversación muda con el escritor, llamaron poderosamente la atención. En el siglo IV, Agustín se quedó tan intrigado al ver leer de esta forma al obispo Ambrosio de Milán, que lo anotó en sus *Confesiones*. Era la primera vez que alguien hacía algo así delante de él. Es obvio que le pareció algo fuera de lo corriente. Al leer —nos cuenta con extrañeza—, sus ojos transitan por las páginas y su mente entiende lo que dicen, pero su lengua calla. Agustín se da cuenta de que ese lector no está a su lado a pesar de su gran proximidad física, sino que se ha escapado a otro mundo más libre y fluido elegido por él, está viajando sin moverse y sin revelar a nadie dónde encontrarlo. Ese espectáculo le resultaba desconcertante y le fascinaba.

Eres un tipo muy especial de lector y desciendes de una genealogía de innovadores. Este diálogo silencioso entre tú y yo, libre y secreto, es una

asombrosa invención.

20

Al morir, Ptolomeo dejó resueltas las incertidumbres profesionales para más de diez generaciones de sus herederos. La dinastía que él había iniciado duraría casi trescientos años, hasta que los romanos anexionaron Egipto a su imperio. Todos los reyes de la familia —llegó a haber catorce— se llamaron Ptolomeo, y los autores antiguos no siempre se esfuerzan en diferenciar uno de otro (o quizá pierden la cuenta). Leyendo las fuentes, se tiene el espejismo de un solo soberano vampírico que vive durante tres siglos mientras a su alrededor el mundo helenístico —hedonista, nostálgico y sojuzgado— se tambalea y cambia de manos.

La época dorada de la Biblioteca y el Museo coincide con el reinado de los cuatro primeros Ptolomeos. En los oasis entre batallas y conspiraciones de corte, todos ellos disfrutaron de la compañía un tanto excéntrica de su particular colección de sabios. Tenían aficiones intelectuales: Ptolomeo I quiso ser historiador de la gran aventura que había vivido y escribió una crónica de las conquistas de Alejandro; Ptolomeo II se interesó por la zoología; Ptolomeo III, por la literatura; y Ptolomeo IV era dramaturgo en su tiempo libre. Después, el entusiasmo fue decayendo poco a poco, y la espléndida Alejandría empezó a agrietarse ligeramente. De Ptolomeo X se cuenta que sufrió apuros económicos y, para pagar el salario a sus soldados, ordenó sustituir el sarcófago de oro de Alejandro por un ataúd más barato de alabastro o cristal de roca. Fundió el metal para acuñar moneda y salió del aprieto, pero los alejandrinos nunca le perdonaron el sacrilegio. Por ese puñado de dracmas acabó, algún tiempo después, asesinado en el exilio.

Los buenos tiempos, sin embargo, duraron décadas, y los libros siguieron llegando en cascada a Alejandría. De hecho, Ptolomeo III fundó una segunda biblioteca fuera del distrito del palacio, en el santuario del dios Serapis. La Gran Biblioteca quedó reservada a los estudiosos, mientras que la biblioteca filial se puso a disposición de todos. Como dijo un profesor de retórica que la conoció poco antes de su destrucción, los libros del Serapeo «ponían a toda la ciudad en condiciones de filosofar». Quizá fue la primera biblioteca pública realmente abierta a ricos y pobres; élites y desfavorecidos; libres y esclavos.

La filial se alimentaba de copias de la biblioteca principal. Al Museo llegaban miles de rollos, de todas las procedencias, que los sabios estudiaban, cotejaban y corregían, preparando a partir de ellos ejemplares definitivos y

cuidadísimos. Los duplicados de esas ediciones óptimas iban a nutrir los fondos de la biblioteca hija.

El templo de Serapis (el Serapeo) era una pequeña acrópolis, encaramada en un estrecho promontorio con vistas sobre la ciudad y el mar. Se llegaba a la cumbre sin aliento después de subir una escalera monumental. Una larga galería cubierta rodeaba el recinto, y a lo largo de ese corredor, en hornacinas o pequeñas habitaciones abiertas al público, aguardaban los libros. La biblioteca hija, como probablemente la madre, no tuvo un edificio propio; era la inquilina del pórtico.

Tzetzes, un escritor bizantino, afirma que la biblioteca del Serapeo llegó a reunir cuarenta y dos mil ochocientos rollos. Nos encantaría conocer las cifras reales de libros que albergaban las dos bibliotecas. Es una cuestión apasionante para historiadores e investigadores. ¿Cuántos serían por aquel entonces todos los libros del mundo? Es difícil creer a los autores antiguos, porque las cifras varían escandalosamente de unos a otros, igual que los cálculos de las manifestaciones en nuestra época cuando hace las cuentas el Gobierno y después contraatacan los organizadores. Repasemos rápidamente los números precisos del desacuerdo. Sobre la Gran Biblioteca, Epifanio menciona la cifra sorprendentemente exacta de cincuenta y cuatro mil ochocientos rollos; Aristeas, doscientos mil; Tzetzes, cuatrocientos noventa mil; Aulo Gelio y Amiano Marcelino, setecientos mil.

Algo sabemos con certeza: la unidad de medida de los cálculos bibliotecarios era el rollo. Es un sistema de cómputo ambiguo —habría muchos títulos repetidos y además la mayoría de las obras no cabían en un único rollo, de forma que abarcaban varios—. Por otro lado, la cantidad de rollos sería cambiante —aumentaría con las adquisiciones, y disminuiría a causa de incendios, accidentes y pérdidas—.

Las bibliotecas antiguas —cuando aún no se habían desarrollado métodos de inventario y no se contaba con ayuda tecnológica— no podían saber con exactitud (y tal vez no les preocupaba demasiado) cuántos títulos distintos poseían en cada momento. Las cifras que han llegado hasta nosotros son, creo, solo proyecciones de la fascinación por la Biblioteca de Alejandría. Nacida como un sueño —el deseo de albergar todos los saberes conocidos—, terminó adquiriendo proporciones de leyenda.

Una historia de fuego y pasadizos

21

Viví una de las etapas más extrañas de mi vida en una ciudad habitada por millones de libros. Una ciudad que, quizá por inspiración de esa peculiar comunidad de papel, ha decidido existir en un pasado inventado.

Recuerdo mi primera mañana en Oxford. Con todas las credenciales en orden, orgullosa de mi beca de investigación, pretendía entrar directamente en la Biblioteca Bodleiana y dedicar unas horas al placer de la primera exploración. Sin embargo, me interceptaron en el vestíbulo, donde un empleado de la biblioteca, después de escuchar mis explicaciones, me hizo pasar a un despacho apartado, como si mi comportamiento fuese tan sospechoso y mis pretensiones tan turbias que conviniese tratarlos a puerta cerrada, sin contaminar la inocencia de los turistas y los estudiosos. Sentado al otro lado de un escritorio había un hombre calvo que me interrogó sin establecer contacto visual conmigo. Contesté a sus preguntas, justifiqué mi presencia y enseñé todos los documentos que me pidió con cortesía un tanto intimidatoria. Hubo un largo silencio, mientras él iba introduciendo información sobre mí en sus vastas bases de datos, y después, con los dedos todavía sobre el teclado, en una sorprendente pirueta en el tiempo, se instaló en el pasado medieval al anunciarme pomposamente que había llegado el momento del juramento. Me tendió una pequeña baraja de tarjetas plastificadas que recogían, cada una en un idioma distinto, las palabras que debía pronunciar. Lo hice. Juré que obedecería las normas. Que no robaría ni dañaría ni desfiguraría ningún libro. Que no prendería fuego a la biblioteca ni ayudaría a provocar un incendio para contemplar con placer diabólico cómo las llamas rugientes engullían sus tesoros hasta reducirlos a cenizas. Todos los preliminares parecían gobernados por la lógica distorsionada de los territorios fronterizos; igual que en los vuelos a los Estados Unidos, cuando te entregan esos surrealistas formularios de inmigración en los que preguntan si pretendes atentar contra la vida del presidente.

De todas formas, mi juramento no bastó; tuve que someterme a los detectores, dejar que inspeccionasen el contenido de mis bolsas y entregar mi mochila en consigna antes de atravesar por fin el torniquete metálico de la

entrada. Mientras me sometían al resto de controles, me acordé de aquellas bibliotecas de la Edad Media en la que se encadenaban los libros a las estanterías o a los escritorios para evitar robos. Pensé en las fantásticas maldiciones lanzadas a lo largo de la historia contra los ladrones de libros, textos oscuramente imaginativos que me atraen de forma inexplicable, quizá porque idear una buena maldición no está al alcance de cualquiera. Una antología todavía por escribir debería empezar por las amenazadoras palabras inscritas en la biblioteca del monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona, que encuentro citadas en *Una historia de la lectura*, de Alberto Manguel: «Para aquel que roba, o pide prestado un libro y a su dueño no lo devuelve, que se le mude en sierpe en la mano y lo desgarre. Que quede paralizado y condenados todos sus miembros. Que desfallezca de dolor, suplicando a gritos misericordia, y que nada alivie sus sufrimientos hasta que perezca. Que los gusanos de los libros le roan las entrañas como lo hace el remordimiento que nunca cesa. Y que cuando, finalmente, descienda al castigo eterno, que las llamas del infierno lo consuman para siempre».

Aquel primer día me asignaron una tarjeta que, como supe más tarde, era de nivel lumpen en la escala oxoniense. Me daba derecho a entrar a las bibliotecas y *colleges*, pero solo por determinadas zonas y en horarios autorizados; a consultar libros y revistas, aunque no a pedirlos prestados; a contemplar —sin osar tomar parte en ellas— las extravagantes liturgias de la vida académica. Pronto averigüé que Lewis Carroll estudió y dio clases durante veintiséis años en Oxford. Entonces comprendí un gigantesco malentendido: *Alicia en el País de las Maravillas* es puro realismo literario. De hecho, describe a la perfección mis experiencias durante aquellas primeras semanas. Los lugares tentadores que podía entrever por el hueco de la cerradura, donde habría necesitado una pócima mágica para cumplir los requisitos de acceso. Mi cabeza chocando contra los techos. Habitaciones tan asfixiantes que sentía deseos de sacar los brazos por las ventanas y asomar el pie por la chimenea. Túneles, letreros, meriendas de locos, conversaciones de una lógica escurridiza. Y personajes anacrónicos absortos en ceremoniales imprevisibles.

También descubrí que en Oxford las relaciones —de amistad, de colaboración doctoral o plagio, de servidumbre feudal, sexuales y otras variantes— son estacionales y sus ritmos se acompasan al calendario del curso. Yo había cometido el error de llegar a mitad de trimestre, cuando los estudiantes ya habían finalizado la fase de tanteo y tenían resueltas sus necesidades esenciales. La residencia calvinista donde estaba alojada tampoco

contribuía a mi integración. Sus normas de comportamiento eran tan inhóspitas como la ciudad misma, y los horarios de regreso, conventuales. Recuerdo la tristeza de la cocina colectiva a las siete de la tarde, con sus ocho frigoríficos alineados; en uno de ellos, había un espacio etiquetado con el número de mi habitación, como la signatura del lomo de un libro, y hasta los huecos de la huevera estaban equitativamente repartidos de dos en dos. Todo dispuesto para que cada uno permaneciera en su recinto numerado, sin invadir el territorio ni los comestibles ajenos. Bajabas a cenar, hacías tu pequeña aportación a la bolsa de basura común y volvías a la estrecha habitación enmoquetada que te correspondía.

Tenía tanta necesidad de hablar que empecé a mendigar palabras. Lancé mis primeros abordajes lingüísticos en la Biblioteca Sackler, que era mi cuartel general. Había observado que el portero tenía una cara jovial y enrojecida —seguramente por el alcohol— en la que se podía confiar. Asalté también, atraída por sus ojos escépticos, a una de las vigilantes del Museo Ashmolean. Les preguntaba por los secretos de la ciudad, por los entresijos desconocidos de las bibliotecas, por la explicación de los misterios que abundaban alrededor y de los que ellos eran centinelas. Así escuché historias fascinantes.

Pedí explicaciones sobre el sorprendente ritual que se seguía para solicitar libros: los bibliotecarios tomaban nota de tu petición y te citaban uno o dos días después, en una sala de lectura específica, a una hora precisa, para entregarte el material. Si se acercaba el fin de semana, el plazo podía alargarse a tres o incluso cuatro días. ¿Dónde están los libros?, pregunté. Y entonces me hablaron de las dos ciudades superpuestas.

Cada día, me respondieron, los bibliotecarios de la Bodleiana reciben mil nuevas publicaciones. Deben hacerles sitio, porque la mañana siguiente llegarán, inmisericordes, otras mil. Cada año, la colección aumenta en unos cien mil libros y doscientas mil revistas, es decir, más de tres kilómetros anuales de estanterías. Y los estatutos no permiten eliminar ni una página de papel. A principios del siglo XX, los edificios del circuito bibliotecario quedaron desbordados por el alud de libros. En aquella época, dijeron, se empezaron a construir almacenes subterráneos y una red de túneles provistos con cintas transportadoras por debajo de la ciudad. En tiempos de la Guerra Fría, cuando se pusieron de moda los refugios nucleares, aquel laberinto del subsuelo alcanzó su esplendor mítico. Pero la avalancha de papel desbordó los sótanos y amenazó con su presión el alcantarillado de la ciudad. Entonces empezaron a mandar libros a otros lugares, fuera de la ciudad —a una mina

abandonada y a naves industriales de las inmediaciones—. Hay bibliotecarios que se encargan del transporte, añadieron, aunque tienen más bien el aspecto de operadores de grúa con trajes fluorescentes.

Gracias a esas conversaciones —las primeras corrientes de simpatía que percibí—, empecé a reconciliarme con Oxford. Cuando paseaba sola, creía escuchar el eco de las cintas transportadoras que movían los libros bajo mis pasos, haciéndome compañía. Los imaginaba allá en sus túneles húmedos y secretos, como las criaturas de *Fraggle Rock* de mi infancia, o como los personajes de la película *Underground*. Me relajé. Bajé la guardia. Acepté que en Oxford las extravagancias tenían razones objetivas. Me sentí más cómoda, incluso libre, en mi posición marginal de torpe forastera. Y, con paciencia, conseguí encontrar a otros memorables inadaptados.

En la bruma de cada mañana, cuando me aventuraba a las calles borrosas, sentía que la ciudad entera gravitaba sobre un mar de libros, igual que una alfombra mágica en pleno vuelo.

22

Una mañana de lluvia monótona y sombras de agua en las paredes, mi amiga la vigilante me explicó que el Museo Ashmolean, donde ella trabajaba y yo acudía a verla, había sido el primer museo público en un sentido moderno. Me gustó saberlo. Siempre me emociona estar en los lugares donde algo comienza; en los territorios de las primeras cosas.

Fue un pequeño vuelco histórico, casi imperceptible en su momento: en 1677, Elías Ashmole regaló su gabinete de curiosidades —monedas antiguas, grabados, muestras geológicas curiosas, animales exóticos disecados— a la ciudad de Oxford. Ya no sería una colección privada, un lujo familiar que heredarían sus hijos y sus nietos como símbolo de su privilegiada posición social, sino que pertenecería a los estudiantes y a todas las personas curiosas que quisieran visitarlo.

En aquella época, las innovaciones, que en un mundo decididamente conservador no tenían muy buena fama, solían disfrazarse siempre de tradición recuperada. Con el afán de revivir antiguas glorias, la colección pública regalada por Ashmole, una novedad sin nombre ni precedentes, se llamó «museo». Era una manera de trazar un eje imaginario entre Alejandría y Oxford. Ya existía una Gran Biblioteca; necesitaban su Museo. Creyendo restaurar el pasado, habían creado algo distinto, que triunfaría: una aleación de ideas antiguas e inquietudes contemporáneas. Fue este concepto de museo

como lugar de exhibición el que terminó por asentarse en Europa, y no el modelo alejandrino de comunidad de sabios.

En 1759 se inauguró el Museo Británico de Londres. Y en la Francia de 1793, la Asamblea Nacional revolucionaria confiscó a la monarquía el palacio del Louvre con todas sus obras de arte para convertirlo en un museo. Fue un nuevo símbolo radical. Los revolucionarios querían abolir la idea de que el pasado era propiedad de una sola clase social. Las cosas antiguas no podían seguir siendo solo un capricho de la nobleza, la Revolución francesa expropió la historia a los aristócratas. A finales del siglo XIX, acudir a exhibiciones de baratijas antiguas, cuadros de viejos maestros, manuscritos y primeras ediciones de libros se convirtió en un pasatiempo de moda para los europeos. Y atravesó el océano, hacia los Estados Unidos. En 1870, un grupo de empresarios fundó el Metropolitan de Nueva York; el MoMA sería el primer museo privado de arte moderno. Un empresario minero llamado Solomon R. Guggenheim y sus herederos seguirían esa estela, que hoy ha gestado un gran negocio turístico, comercial e incluso inmobiliario. La herencia de Alejandría, por una insólita decisión de Elías Ashmole, ha irradiado hasta formar una poderosa red. Los museos han sido llamados «las catedrales del siglo XXI».

Se esconde aquí una atractiva paradoja: que todos podamos amar el pasado es un hecho profundamente revolucionario.

23

Las bibliotecas más antiguas de las que hay noticia, en el Próximo Oriente —Mesopotamia, Siria, Asia Menor y Persia— también lanzaron maldiciones contra los ladrones y destructores de textos.

«A aquel que se apropie la tablilla mediante robo o se la lleve por la fuerza o haga que su esclavo la robe, que Shamash le arranque los ojos, que Nabu y Nisaba lo vuelvan sordo, que Nabu disuelva su vida como el agua».

«A quien rompa esta tablilla o la ponga en agua o la borre hasta que no pueda entenderse, que los dioses y diosas del cielo y de la tierra lo castiguen con una maldición que no pueda romperse, terrible y sin piedad, mientras viva, para que su nombre y su simiente queden borrados de la tierra y su carne sea pasto de los perros».

Al leer las espeluznantes amenazas que profieren, podemos intuir la importancia que aquellas remotas colecciones tenían para sus propietarios. En

aquel tiempo no existía todavía el comercio de libros, y solo podías conseguirlos copiándolos tú mismo (y para eso necesitabas ser un escriba profesional) o arrebatándoselos a otros como botín de guerra (y para eso necesitabas derrotar al enemigo en peligrosas batallas).

Inventados hace cinco mil años, los libros de los que estamos hablando, en realidad los antepasados de los libros —y de las tabletas—, eran tablillas de arcilla. En las riberas de los ríos de Mesopotamia no había juncos de papiro, y escaseaban otros materiales como la piedra, la madera o la piel, pero la arcilla era abundante. Por eso los sumerios empezaron a escribir sobre la tierra que sostenía sus pasos. Conseguían una superficie para escribir modelando pequeñas masas de arcilla de unos veinte centímetros de longitud, con forma rectangular y aplanada, parecidas a nuestras tabletas de siete pulgadas. Y desarrollaron un estilo de escritura a base de hendiduras de punzón en la arcilla blanda. El agua borraba las letras escritas sobre el barro pero, a cambio, el fuego, que ha sido verdugo de tantos libros, cocía las tablillas de arcilla igual que un horno de alfarero, haciéndolas más duraderas. La mayoría de las tablillas que los arqueólogos han rescatado se conservan precisamente porque ardieron en las llamas de un incendio. Los libros ocultan historias increíbles de supervivencia; en raras ocasiones —los incendios de Mesopotamia y Micenas, los vertederos de Egipto, la erupción del Vesubio—, las fuerzas destructivas los han salvado.

Las primeras bibliotecas del mundo fueron lugares humildes, pequeños almacenes con estantes adosados a las paredes y filas de tablillas colocadas de pie, en posición vertical, una junto a otra, sobre las baldas. En realidad, los especialistas en Próximo Oriente antiguo prefieren llamarlas «archivos». Allí se guardaban facturas, albaranes de entrega, recibos, inventarios, contratos matrimoniales, acuerdos de divorcio, actas de juicios, códigos legales. Y, en un pequeño porcentaje, también literatura, sobre todo poemas e himnos religiosos. En las excavaciones del palacio de Hattusa, la capital hitita, en la actual Turquía, se han encontrado varios especímenes de un curioso género literario: oraciones para combatir la impotencia sexual.

En la Biblioteca de Hattusa —y antes en Nipur, al sur de Mesopotamia— han aparecido tablillas que contienen catálogos de las colecciones. En ellos, como todavía no era costumbre dar título a los libros, cada obra se identificaba por la primera línea o por un breve resumen del contenido. Para evitar la dispersión de los textos que eran muy extensos, se mencionaba el número de tablillas que los formaban. A veces figuraba el nombre del autor y otros datos accesorios. La existencia de esos inventarios nos demuestra que

allá en el siglo XIII a. C. las bibliotecas empezaban a crecer y los lectores ya no podían abarcarlas con una simple ojeada al estante de las tablillas. Además revela un gran avance teórico: la conciencia de la unidad de la colección como logro y como aspiración. Un catálogo no es un simple apéndice de la biblioteca; es su concepto, su nexo y su apogeo.

Las bibliotecas del Próximo Oriente nunca fueron públicas. Pertenecían a las elitistas escuelas de escribas, que necesitaban textos como modelo para el aprendizaje, o eran prerrogativa exclusiva de los reyes. El monarca asirio Asurbanipal, que vivió durante el siglo VII a. C., fue el mayor coleccionista de libros antes de Ptolomeo. Asurbanipal dice en una tablilla que creó la Biblioteca de Nínive para su «real contemplación y lectura». Tenía un talento poco corriente en la monarquía de aquella época y del que le gustaba jactarse: conocía el arte de escribir, «que entre los reyes, mis predecesores, ninguno aprendió». En su biblioteca, los arqueólogos han desenterrado alrededor de treinta mil tablillas, de las que solo cinco mil son literarias. Se ha encontrado la habitual mezcla de documentos de archivo, libros sobre augurios, religión y magia, junto a las obras más famosas de la literatura del Próximo Oriente.

La Biblioteca del orgulloso rey Asurbanipal, el precedente más próximo de la Gran Biblioteca de Alejandría, no poseyó su universalidad. Era un conjunto de documentos y textos útiles para las ceremonias y rituales públicos. Incluso las obras literarias tenían su lugar allí por motivos prácticos, porque el rey necesitaba conocer los mitos fundacionales de su pueblo. Sin excepción, todas las bibliotecas del Próximo Oriente dejaron de existir y se hundieron en el olvido. Los escritos de aquellos grandes imperios permanecieron enterrados en las arenas de los desiertos junto a sus ciudades destruidas, y los restos descubiertos de su escritura resultaban indescifrables. El olvido fue tan completo que cuando los viajeros encontraron inscripciones cuneiformes en las ruinas de las ciudades aqueménidas muchos pensaron que eran simples adornos de las jambas de ventanas y puertas. Después de siglos de silencio, fue la pasión de los investigadores la que desenterró sus vestigios y consiguió descifrar las lenguas olvidadas de sus tablillas.

En cambio, los libros de Atenas, Alejandría y Roma nunca han callado del todo. A lo largo de los siglos han mantenido una conversación en susurros, un diálogo que habla de mitos y leyendas, pero también de filosofía, ciencia y leyes. De alguna forma, quizá sin saberlo, nosotros formamos parte de esa conversación.

24

La Biblioteca de Alejandría también tenía antepasados egipcios, pero son los que aparecen más borrosos en la foto de familia. Durante los siglos faraónicos hubo bibliotecas particulares y bibliotecas en los templos, pero nuestras noticias sobre ellas son vagas. Las fuentes mencionan casas de libros, archivos en los que se guardaba la documentación administrativa, y casas de la vida, depósitos de la milenaria tradición, donde copiaban, interpretaban y protegían los textos sagrados. Los detalles más precisos sobre una biblioteca egipcia los relata un viajero griego, Hecateo de Abdera, que en tiempos de Ptolomeo I consiguió una visita guiada por el templo de Amón en Tebas. Describe como una experiencia exótica su recorrido por el laberinto de salas, patios, pasillos y habitaciones del recinto. En una galería cubierta dice haber visto la biblioteca sagrada sobre la cual se hallaba escrito: «Lugar de cuidado del alma». Más allá de la belleza de esa idea —la biblioteca como clínica del alma—, apenas sabemos nada sobre las colecciones de libros egipcios.

Igual que la escritura cuneiforme, los signos jeroglíficos quedaron olvidados durante más de un milenio. ¿Cómo pudo suceder? ¿Por qué se convirtió el largo pasado escrito en una maraña de dibujos incomprensibles? En realidad, muy pocos individuos sabían leer y escribir en Egipto (solo los miembros de la casta de los escribas, el grupo más poderoso del país después del rey y su familia). Para llegar a ser escriba hacía falta dominar cientos y, con el paso del tiempo, miles de signos. Era un lento aprendizaje que solo podían permitirse los más ricos en escuelas exclusivas, parecidas a nuestros MBA para formar altos ejecutivos. Entre los escribas formados allí se elegía a los altos funcionarios y sacerdotes del reino, que luego intervenían en las luchas sucesorias de los faraones y aprovechaban para imponer sus criterios y conveniencias. No me resisto a citar un texto egipcio muy lejano en el tiempo y, sin embargo, extrañamente familiar. En él, un maduro señor adinerado, Dua-Hety, lanza una de esas inconfundibles filípicas paternas a su hijo Pepy por hacer el vago en la escuela de escribas que está costando a la familia un ojo de la cara: «Aplícate a los libros. He visto al herrero en su trabajo. Sus dedos son como garras de cocodrilo. El barbero está afeitando hasta el final de la tarde y tiene que ir de calle en calle buscando a quién afeitar (…) El cortador de cañas ha de viajar al delta, después de hacer más de lo que sus brazos pueden hacer, los mosquitos lo han destrozado, y las moscas lo han matado. (…) Mira, no hay profesión que esté libre de director, excepto la de

escriba. Él es el jefe. Si conoces la escritura, te irá mejor que en las profesiones de las que te he hablado. Únete a gentes distinguidas».

No sabemos si Pepy se tomó en serio las parrafadas de su padre y, rezongando, estudió para abrirse camino en la élite social egipcia. En ese caso, después de unos años duros de ensayar los trazos y de aguantar los mamporros de los profesores, conocidos por su mano dura, Pepy se habría ganado el derecho a exhibir los distinguidos utensilios del escriba: pinceles con cerdillas de distinto grosor, una paleta con ranura, bolsas de pigmentos, un caparazón de tortuga para mezclarlos, y una tabla de madera noble para colocar encima el papiro y tener un soporte firme, porque no era costumbre utilizar mesas para escribir sino apoyarse sentado sobre las piernas cruzadas.

Conocemos, en cambio, la historia de los últimos escribas egipcios, que fueron testigos del naufragio de su civilización. A partir del edicto de Teodosio I, en el año 380, el cristianismo se convirtió en religión de Estado, única y obligatoria, y fueron prohibidos los cultos paganos en el Imperio romano. Todos los templos de los antiguos dioses se cerraron, salvo el templo de Isis de la isla de Filas, al sur de la primera catarata del Nilo. Allí se refugió un grupo de sacerdotes, que eran depositarios de los secretos de su sofisticada escritura y a los que habían prohibido transmitir su saber. Uno de ellos, Nesmet-Ajom, grabó sobre los muros del templo la última inscripción jeroglífica jamás escrita y que acaba con las palabras «para siempre eternamente». Unos años después, el emperador Justiniano recurrió a la fuerza militar para cerrar el templo donde los sacerdotes de Isis resistían, haciendo prisioneros a los rebeldes. Egipto enterró a sus viejos dioses, con los que convivía desde hacía milenios. Y, con sus dioses, sus objetos de culto y el lenguaje mismo. En tan solo una generación todo desapareció. Y han sido necesarios catorce siglos para volver a descubrir la clave de ese lenguaje.

A principios del siglo XIX comenzó una apasionante carrera por descifrar los jeroglíficos egipcios. Los mejores orientalistas europeos se enfrentaron al reto de recuperar la lengua perdida, vigilándose de reojo unos a otros. Fueron unas décadas de exaltación y suspense en el mundo científico, y también de envidias y sed de gloria. El disparo de salida de la competición sonó a cuarenta y ocho kilómetros de Alejandría, en julio de 1799. El año anterior, Napoleón, que soñaba con seguir los pasos de Alejandro, había llevado a sus tropas a calcinarse en el desierto de Egipto con la sana intención de molestar a sus enemigos británicos. La expedición fue un fiasco, pero sirvió para que los europeos se enamorasen de las antigüedades faraónicas. En las cercanías del puerto de Al Rashid, que los franceses llamaban Rosetta, un soldado encontró

—mientras trabajaba en las obras de construcción de una fortaleza militar— una losa con extrañas inscripciones. Cuando su pala chocó contra el pesado trozo de basalto oscuro hundido en el lodo, el soldado mascullaría seguramente una sarta de maldiciones. No sabía que estaba a punto de sacar a la luz algo extraordinario. Ese trozo de piedra sería universalmente conocido tiempo después con el nombre de piedra de Rosetta.

Esta pieza memorable es un fragmento de una antigua estela egipcia donde el rey Ptolomeo V ordenó grabar un decreto sacerdotal traducido a tres tipos de escritura —jeroglífica, demótica (la última fase de la escritura egipcia) y griega—, algo parecido a la publicación de una ley autonómica de nuestros días en las tres lenguas cooficiales de la región. Un capitán del cuerpo de Ingenieros que trabajaba en Rosetta comprendió que aquella estela rota era un descubrimiento valioso e hizo trasladar sus 760 kilogramos de peso hasta el Instituto Egipcio de El Cairo, recién fundado por el enjambre de sabios y arqueólogos que viajaban junto a las tropas de la expedición francesa. Ellos realizaron impresiones con tinta, que más adelante distribuirían entre los estudiosos atraídos por el desafío. Cuando el almirante Nelson expulsó al Ejército napoleónico de Egipto, se apoderó de la piedra de Rosetta entre un rechinar de dientes franceses, y la trasladó al Museo Británico, donde hoy es la pieza más visitada.

Era el año 1802. Entonces empezó un duelo de inteligencias.

Quien intenta descifrar una lengua desconocida se adentra en un caos de palabras, persiguiendo sombras. Es una tarea casi imposible si no hay un asidero para comprender el sentido, si se ignora incluso el asunto del que tratan las frases enigmáticas. En cambio, cuando existe una traducción del texto misterioso en un idioma conocido, el investigador ya no está perdido porque tiene entre las manos un mapa del territorio inexplorado. Por eso, los lingüistas intuyeron enseguida que el fragmento griego de la piedra de Rosetta abriría las puertas del idioma perdido del antiguo Egipto. La aventura de su desciframiento despertó un nuevo interés por la criptografía, que a finales del siglo XIX y principios del XX invadiría la imaginación de Edgar Allan Poe en su cuento «El escarabajo de oro», y de Conan Doyle en «La aventura de los bailarines».

Durante los primeros años del siglo XIX, el enigma egipcio resistió los asaltos de los lingüistas, desorientados por la mutilación de las inscripciones. Roto el principio de la escritura jeroglífica y el final de la griega, era casi imposible establecer correspondencias claras entre el texto egipcio y su traducción. Pero en torno a la década de los años veinte del pasado siglo las

piezas empezaron a encajar, y los nombres propios de los reyes macedonios fueron la clave. En la inscripción jeroglífica, varios signos aparecían esculpidos dentro de unos anillos ovalados que los expertos llaman «cartuchos». El primer paso hacia delante fue suponer que los cartuchos albergaban los nombres propios de los faraones. El británico Thomas Young consiguió descifrar el nombre de Ptolomeo, y más tarde el francés Jean-François Champollion leyó el de Cleopatra. Gracias a ese primer grupo de sonidos desvelados, Champollion, fabuloso políglota, descubrió semejanzas entre el enigmático idioma egipcio y la lengua copta, que él dominaba. A partir de esa intuición, durante unos años de trabajo obsesivo comparando inscripciones y esforzándose por traducirlas, elaboró un diccionario de jeroglíficos y una gramática del egipcio. Murió poco después, a la edad de cuarenta y un años, con la salud destrozada por décadas de sobriedad, frío, pobreza y largas jornadas de estudio.

El nombre de Ptolomeo fue la llave que abrió la cerradura. Después de siglos de sigilo, los papiros y los monumentos egipcios volvieron a hablar.

Hoy existe una iniciativa llamada Proyecto Rosetta que aspira a proteger de la extinción a las lenguas humanas. Los lingüistas, antropólogos e informáticos responsables del proyecto, con sede en San Francisco, han diseñado un disco de níquel donde se las han ingeniado para grabar a escala microscópica un mismo texto en su traducción a mil idiomas. Aunque muriese la última persona capaz de recordar alguna de esas mil lenguas, las traducciones paralelas permitirían rescatar los significados y las sonoridades perdidas. El disco es una piedra de Rosetta universal y portátil, un acto de resistencia frente al olvido irrevocable de las palabras.

La piel de los libros

25

Antes de la invención de la imprenta, cada libro era único. Para que existiera un nuevo ejemplar, alguien debía reproducirlo letra a letra, palabra por palabra, en un ejercicio paciente y agotador. Había pocas copias de la mayoría de las obras, y la posibilidad de que un determinado texto se extinguiese por completo era una amenaza muy real. En la Antigüedad, en cualquier momento, el último ejemplar de un libro podía estar desapareciendo en un anaquel, devorado por las termitas o destruido por la humedad. Y, mientras el agua o las mandíbulas del insecto actuaban, una voz era silenciada para siempre.

De hecho, esa pequeña obra de destrucción sucedió muchas veces. En aquel tiempo, los libros eran frágiles. Todos tenían, de partida, mayores probabilidades de desvanecerse que de permanecer. Su supervivencia dependía del azar, de los accidentes, del aprecio que sentían sus propietarios hacia ellos y, mucho más que hoy, de su materia prima. Eran objetos endebles, fabricados con materiales que se deterioraban, se rompían o se disgregaban. La invención del libro es la historia de una batalla contra el tiempo para mejorar los aspectos tangibles y prácticos —la duración, el precio, la resistencia, la ligereza— del soporte físico de los textos. Cada avance, por ínfimo que pudiera parecer, incrementaba la esperanza de vida de las palabras.

La piedra es duradera, por supuesto. Los antiguos grabaron sus frases en ella, como seguimos haciendo nosotros en esas placas, lápidas, bloques y pedestales que habitan en nuestras ciudades. Pero un libro solo metafóricamente puede ser de piedra. La piedra de Rosetta, con sus casi ochocientos kilos de peso, es un monumento y no un objeto. El libro debe ser portátil, debe favorecer la intimidad de quien escribe y lee, debe acompañar a los lectores y caber en su equipaje.

El antepasado más cercano de los libros fueron las tablillas. He hablado ya de las tablillas de arcilla de Mesopotamia, que se extendieron por los actuales territorios de Siria, Irak, Irán, Jordania, Líbano, Israel, Turquía, Creta y Grecia, y en algunas zonas siguieron en uso hasta comienzos de la era

cristiana. Las tablillas se endurecían, como los adobes, secándolas al sol. Mojando la superficie, era posible borrar los trazos y escribir de nuevo. Rara vez se cocían en hornos, como los ladrillos, porque entonces la arcilla quedaba inutilizada para nuevos usos. Se guardaban, al resguardo de la humedad, apiladas en estanterías de madera y también en cestas de mimbre y jarras. Eran baratas y ligeras, pero quebradizas.

Hoy se conservan tablillas del tamaño de una tarjeta de crédito o de un teléfono móvil y toda una gama de tamaño creciente hasta los grandes ejemplares de 30 y 35 centímetros. Ni siquiera aunque se escribiera por los dos lados cabían textos extensos. Este era un grave inconveniente: cuando una sola obra quedaba repartida en varias piezas, había muchas posibilidades de que se extraviasen tablillas y, con ellas, partes del relato.

En Europa, fueron todavía más habituales las tablillas de madera, metal o marfil cubiertas con un baño de cera y resina. Se escribía sobre la superficie de cera con un instrumento afilado de hueso o metal, que acababa por el extremo opuesto en forma de espátula para borrar fácilmente las equivocaciones. Esas piezas enceradas acogieron la mayoría de las cartas de la Antigüedad y también los borradores, las anotaciones y todos sus textos efímeros. Con ellas se iniciaban los niños en la escritura, igual que nosotros en nuestros inolvidables cuadernos pautados.

Las tablillas rectangulares fueron un hallazgo formal. El rectángulo produce un extraño placer a nuestra mirada. Delimita un espacio equilibrado, concreto, abarcable. Son rectangulares la mayoría de las ventanas, de los escaparates, de las pantallas, de las fotografías y de los cuadros. También los libros, después de sucesivas búsquedas y ensayos, han terminado por ser definitivamente rectangulares.

El rollo de papiro supuso un fantástico avance en la historia del libro. Los judíos, griegos y romanos lo adoptaron con tanto entusiasmo que llegaron a considerarlo un rasgo cultural propio. En comparación con las tablillas, las hojas de papiro son un material fino, ligero y flexible y, cuando se enrollan, una gran cantidad de texto queda almacenado en muy poco espacio. Un rollo de dimensiones habituales podía contener una tragedia griega completa, un diálogo breve de Platón o un evangelio. Eso representaba un prodigioso adelanto en el esfuerzo por conservar las obras del pensamiento y la imaginación. Los rollos de papiro relegaron a las tablillas a un uso secundario (a las anotaciones, los borradores y los textos perecederos). Eran como esas hojas desechadas de la impresora —a las que llamamos «papel sucio»— que

utilizamos para hacer listas de propósitos que incumpliremos, o se las ofrecemos a los niños para que dibujen.

Sin embargo, los papiros tenían inconvenientes. En el clima seco de Egipto, conservaban su flexibilidad y blancura, pero la humedad de Europa los ennegrecía, volviéndolos frágiles. Si las hojas de papiro se humedecen y se secan varias veces, se deshacen. Durante la Antigüedad, los rollos más preciados se guardaban protegidos en jarras, en cajas de madera o en bolsas de piel. Además, solo se aprovechaba un lado del rollo, la cara en la que las fibras vegetales corrían horizontales, en paralelo a las líneas de escritura. En el otro lado, los filamentos verticales estorbaban el avance del cálamo. La cara escrita quedaba en el interior del rollo, para protegerla de la luz y del roce.

Los libros de papiro —ligeros, bellos y transportables— eran objetos delicados. La lectura y el uso habitual los consumían. El frío y la lluvia los destruían. Al ser materia vegetal, despertaban la glotonería de los insectos, y ardían fácilmente.

Como ya he dicho, los rollos solo se fabricaban en Egipto. Eran productos de importación sostenidos por una pujante estructura comercial que continuó viva, incluso bajo la dominación musulmana, hasta el siglo XII. Los faraones y reyes egipcios, señores del monopolio, decidían el precio de las ocho variedades de papiro que circulaban en el mercado. Y, de forma parecida a los países exportadores del petróleo, los soberanos egipcios aplicaban a su gusto medidas de presión o sabotaje.

Así sucedió, con inesperadas consecuencias para la historia del libro, a principios del siglo II a. C. El rey Ptolomeo V, corroído por la envidia, buscaba la manera de perjudicar a una biblioteca rival fundada en la ciudad de Pérgamo, en la actual Turquía. La había creado un rey helenístico de cultura griega, Eumenes II, reproduciendo un siglo más tarde la avidez y los métodos poco escrupulosos de los primeros Ptolomeos a la hora de conseguir libros. También se lanzó a la caza de lumbreras intelectuales, y atrajo a un grupo de sabios que formaron una comunidad paralela a la del Museo. Desde su capital, Eumenes intentaba eclipsar el brillo cultural de Alejandría en un momento en que declinaba el poder político egipcio. Ptolomeo, consciente de que los mejores tiempos habían quedado atrás, enfureció ante el desafío. No estaba dispuesto a soportar afrentas contra la Gran Biblioteca, que simbolizaba el orgullo de su estirpe. Se cuenta que hizo encarcelar a su bibliotecario Aristófanes de Bizancio cuando descubrió que planeaba

instalarse en Pérgamo bajo la protección del rey Eumenes, acusando al uno de traición y al otro de robo.

Además de encarcelar a Aristófanes de Bizancio, el contraataque de Ptolomeo a Eumenes fue visceral. Interrumpió el suministro de papiro al reino de Eumenes, para doblegar a la biblioteca enemiga privándola del mejor material de escritura existente. La medida podría haber resultado demoledora pero —para frustración del vengativo rey— el embargo impulsó un gran avance que, además, inmortalizaría el nombre del enemigo. En Pérgamo reaccionaron perfeccionando la antigua técnica oriental de escribir sobre cuero, una práctica cuyo uso hasta entonces había sido secundario y local. En recuerdo de la ciudad que lo universalizó, el producto mejorado se llamó «pergamino». Unos cuantos siglos más tarde, ese hallazgo cambiaría la fisonomía y el futuro de los libros. El pergamino se fabricaba con pieles de becerro, oveja, carnero o cabra. Los artesanos las sumergían en un baño de cal durante varias semanas antes de secarlas tensadas en un bastidor de madera. El estiramiento alineaba las fibras de la piel formando una superficie lisa, que luego raspaban hasta alcanzar la blancura, la belleza y el grosor deseados. El resultado de ese largo proceso de elaboración eran láminas suaves, delgadas, aprovechables por ambas caras para la escritura y, sobre todo —esa es la clave—, duraderas.

El escritor italiano Vasco Pratolini dijo que la literatura consiste en hacer ejercicios de caligrafía sobre la piel. Aunque no pensaba en el pergamino, la imagen es perfecta. Cuando triunfó el nuevo material de escritura, los libros se transformaron en eso precisamente: cuerpos habitados por las palabras, pensamientos tatuados en la piel.

26

Nuestra piel es una gran página en blanco; el cuerpo, un libro. El tiempo va escribiendo poco a poco su historia en las caras, en los brazos, en los vientres, en los sexos, en las piernas. Recién llegados al mundo, nos imprimen en la tripa una gran «O», el ombligo. Después, van apareciendo lentamente otras letras. Las líneas de la mano. Las pecas, como puntos y aparte. Las tachaduras que dejan los médicos cuando abren la carne y luego la cosen. Con el paso de los años, las cicatrices, las arrugas, las manchas y las ramificaciones varicosas trazan las sílabas que relatan una vida.

Vuelvo a leer el *Réquiem* de la maravillosa poeta Anna Ajmátova, donde describe las largas filas de mujeres delante de la cárcel de Leningrado. Ana

conoció a fondo la desgracia: su primer marido fue fusilado; el segundo murió de extenuación en un campo de trabajo del Gulag; su único hijo fue detenido varias veces y pasó diez años preso. Un día, al enfrentarse en el espejo con su aspecto demacrado y los surcos que el sufrimiento estaba abriendo en su cara, ella recordó la imagen de las antiguas tablillas mesopotámicas. Y escribió un verso triste e inolvidable: «Ahora sé cómo traza el dolor rudas páginas cuneiformes en las mejillas». Yo también, en ciertas ocasiones, he encontrado gente cuyas caras parecen arcilla incisa por la pena. Y, después de leer el poema de Ajmátova, ya no puedo evitarlo: las tablillas asirias me sugieren rostros de personas que han vivido —han sufrido— mucho.

Pero no solo el tiempo escribe en la piel. Algunas personas se hacen tatuar frases y dibujos para adornarse como pergaminos iluminados. Nunca lo he hecho y, sin embargo, comprendo esa pulsión por dejar huella, colorear y convertir en texto el propio cuerpo. Recuerdo las semanas extasiadas que viví con una amiga adolescente cuando ella decidió hacerse su primer tatuaje. Levantó delante de mí la gasa que lo cubría. Miré fijamente las letras todavía tiernas y la carne enrojecida del brazo; cuando el músculo se tensaba, las palabras parecían temblar con un sutil movimiento propio. Me sentí fascinada por aquella frase capaz de palpitar, de sudar, de sangrar (un libro vivo).

Siempre me ha intrigado saber qué escribe la gente en el libro de su piel. Una vez conocí a un tatuador y hablamos sobre su oficio. La mayoría, me dijo, se tatúa con el deseo de recordar para siempre a una persona o un suceso. El problema es que nuestros «siempres» suelen ser efímeros, y este tipo de tatuajes son los que estadísticamente provocan más arrepentimientos. Otros clientes eligen frases positivas, letras de canciones pop, poemas. Incluso cuando los textos son clichés, malas traducciones o textos sin mucho sentido, tenerlos grabados en el cuerpo les hace sentir únicos, especiales, hermosos y llenos de vida. Creo que el tatuaje es una supervivencia del pensamiento mágico, el rastro de una fe ancestral en el aura de las palabras.

El pergamino vivo no es solo una metáfora, la piel humana puede transportar mensajes escritos y ser leída. En situaciones excepcionales, los cuerpos sirven como canal oculto de información. El historiador Heródoto cuenta una estupenda historia —basada en hechos reales— sobre tatuajes, intrigas y espías de tiempos antiguos. En una época de grandes turbulencias políticas, un general ateniense llamado Histieo quería azuzar a su yerno Aristágoras, tirano de Mileto, para hacer estallar una revuelta contra el Imperio persa. Se trataba de una conspiración altamente peligrosa en la que ambos se iban a jugar la vida. Los caminos estaban vigilados y

previsiblemente a los mensajeros de Aristágoras los registrarían antes de llegar a Mileto, en la actual Turquía. ¿Dónde llevar escondida una carta que les condenaba a la tortura y a la muerte lenta si se descubría? El general tuvo una idea ingeniosa: le afeitó la cabeza al más leal de sus esclavos, le tatuó un mensaje en el cuero cabelludo y esperó a que le creciese de nuevo el pelo. Las palabras tatuadas eran: «Histieo a Aristágoras: subleva Jonia». Cuando el pelo nuevo despuntó cubriendo la consigna subversiva, envió al esclavo a Mileto. Para mayor seguridad, el esclavo no sabía nada de la conjura. Solo tenía órdenes de afeitarse el cabello en casa de Aristágoras y decirle que echase una ojeada a su cráneo pelado. Sigiloso como un espía de la Guerra Fría, el mensajero viajó, se mantuvo tranquilo mientras lo cacheaban, llegó a su destino sin que el complot se descubriera y se rapó. El plan siguió adelante. Él nunca supo —nadie puede leer en su propia coronilla— qué decían las palabras incendiarias tatuadas para siempre en su cabeza.

Esa misteriosa red que traman el tiempo, la piel y las palabras está en el centro del *thriller Memento*, dirigido por Christopher Nolan. Su perplejo protagonista, Leonard, sufre amnesia anterógrada a causa de un trauma. No puede almacenar los recuerdos recientes; la conciencia de todos sus actos se desvanece al poco tiempo sin dejar huellas. Cada mañana se despierta sin recordar nada del día anterior, de los meses anteriores, de todo el tiempo transcurrido desde el trágico accidente que le provocó el daño cerebral. A pesar de su enfermedad, Leonard pretende encontrar al hombre que violó y mató a su mujer, y vengarse. Ha creado un sistema que le permite moverse por un mundo que se borra, sembrado de intrigas, manipulaciones y trampas: se hace tatuar en las manos, los brazos y el pecho la información esencial sobre sí mismo, y todos los días reencuentra allí su propia historia. Con una identidad amenazada por el olvido, solo la lectura de sus tatuajes le permite mantener su búsqueda y su propósito. La verdad del relato se nos escapa entre la maraña de mentiras de los personajes, incluido Leonard, de quien acabamos sospechando. La película está construida con la estructura de un puzle fragmentario, como la mente de su protagonista y como el mismo mundo contemporáneo. Indirectamente, es también una reflexión sobre la naturaleza de los libros: extensiones de la memoria, los únicos testigos —imperfectos, ambiguos pero insustituibles— de los tiempos y los lugares adonde no llega el recuerdo vivo.

Varias veces al mes entraba por una puerta trasera del palacio Medici Riccardi en la Via de’ Ginori, justo a continuación del muro almenado del jardín. La fachada tenía el color vainilla tan típico de Florencia. Necesitaba respirar la sencillez de esas casas y esos patios antes de afrontar la embestida barroca y la asfixiante cascada de dorados que me aguardaban en el interior de la Biblioteca Riccardiana. Allí tuve por primera vez entre mis manos un manuscrito de pergamino realmente valioso.

Durante mis largas horas de estudio en la lujosa sala de lectura, pude tramar con cuidado cada detalle del plan para atrapar mi presa. Lo cierto es que no necesitaba consultar ningún manuscrito para mi investigación, pero adopté mi mejor expresión de honradez académica ante los responsables de la biblioteca. El objetivo de mi incursión era exclusivamente hedonista: quería rozar y acariciar ese libro, deseaba experimentar el goce sensual tan severamente custodiado por los guardianes del patrimonio. Me excitaba tocar una obra de arte nacida para el placer de un aristócrata y su pandilla de amigos privilegiados; aquello era la deliciosa transgresión de una pobre chica que hacía malabarismos para pagar el alquiler en Florencia. Nunca olvidaré aquellos minutos de intimidad —casi erótica— con un Petrarca del siglo XIV. Mientras cumplía con el ritual de acceso a los manuscritos de valor incalculable —entregar mi mochila a los bibliotecarios, conservar solo una hoja de papel y un lápiz, colocarme los guantes de algodón, someterme a la vigilancia de los guardianes del tesoro—, confieso que sentí unas agradables punzadas de mala conciencia por los incordios que estaba provocando mi extravagante fetichismo librario. A veces imaginaba que en castigo se iba a abalanzar sobre mí alguna de las alegorías que flotaban en las pinturas del techo entre nubes y escudos heráldicos. Resultaba especialmente amenazadora la mujer rubia y rolliza que levitaba en lo más alto; si no me equivoco, era la Sabiduría blandiendo la esfera del orbe.

Pude gozar los frutos de mi impostura durante casi una hora, y las notas que tomé —representando el papel de una paleógrafa aplicada— describían solo mis felices impresiones sensoriales. Al pasar las hojas, el pergamino crepitaba. El susurro de los libros, pensé, es distinto en cada época. Me impresionó la belleza y la regularidad de la escritura trazada por una mano experta. Vi los rastros del tiempo, esas páginas salpicadas de manchas amarillentas como las manos pecosas de mi abuelo.

Tal vez el impulso de escribir este ensayo nació entonces, al calor de aquel libro de Petrarca que susurraba como una suave hoguera. Después he

tenido otros manuscritos de pergamino entre las manos, y he aprendido a mirarlos mejor, pero la memoria siempre se aferra a la primera vez.

Al acariciar las páginas del códice, vino a mi mente la idea de que aquel maravilloso pergamino había sido un día el lomo de un animal después degollado. En solo unas semanas, el ganado podía pasar de la vida en el prado, el establo o la pocilga a convertirse en la página de una biblia. Durante el periodo mejor documentado, la Edad Media, los monasterios compraban pieles de vaca, oveja, cordero, cabra o cerdo, elegidas en vida del animal para poder apreciar la calidad del ejemplar. Como en los seres humanos, las pieles de los animales varían según la edad y la especie. La piel de un cordero lechal es más tersa que la de una cabra de seis años. Algunas vacas tienen el pellejo más deteriorado porque les gusta frotarse contra la corteza de los árboles o porque los insectos se ensañan con ellas a picotazos. Todos estos aspectos, junto con la habilidad del artesano, tenían importancia para el resultado final. Para pelar y retirar la carne del pergamino, se extendía la piel, tensa como en un tambor, y se raspaba de arriba abajo con gran cuidado utilizando un cuchillo de hoja curva. En la gigantesca tensión del bastidor, un corte demasiado profundo del cuchillo, un folículo de pelo mal cicatrizado o el orificio diminuto de una antigua picadura podían crecer hasta convertirse en agujeros del tamaño de una pelota de tenis. Los copistas aguzaban la imaginación para reparar los desperfectos de la materia prima y a veces su ingenio embellecía aún más el manuscrito. Un hueco en el pergamino podía convertirse en una ventana por la que asomaba la cabeza de una miniatura de la página siguiente. También conozco el curioso caso de un boquete reparado por las monjas de un convento sueco con una labor de ganchillo que teje una hermosa celosía de hilos entre las letras.

Mientras sostenía aquel delicado pergamino entre las manos enguantadas para no dañarlo, pensé en la crueldad. Igual que en nuestra época las crías de foca mueren a bastonazos sobre la nieve para que podamos arrebujarnos en cálidos abrigos de pieles, también los manuscritos más lujosos del medievo exigían considerables dosis de sadismo. Existieron ejemplares bellísimos fabricados con pieles de color blanco profundo y textura sedosa, llamadas «vitelas», que procedían de crías recién nacidas o incluso de embriones abortados en el seno de su madre. Imagino los gemidos de los animales y su sangre derramada durante siglos para que las palabras del pasado hayan llegado hasta nosotros. Detrás del exquisito trabajo del pergamino y la tinta se esconden, como hermanos gemelos rechazados, la piel herida y la sangre —la barbarie que acecha en los ángulos ciegos de la civilización—. Preferimos

ignorar que el progreso y la belleza incluyen dolor y violencia. En consonancia con esa extraña contradicción humana, muchos de esos libros han servido para difundir por el mundo torrentes de palabras sabias sobre el amor, la bondad y la compasión.

Un gran manuscrito podía causar la muerte de un rebaño entero. De hecho, hoy no habría animales suficientes en el mundo para la descomunal matanza que exigirían nuestras publicaciones. Según los cálculos del historiador Peter Watson, si suponemos que cada piel ocupara un área de medio metro cuadrado, un libro de ciento cincuenta páginas exigiría el sacrificio de entre diez y doce animales. Otros expertos asignan cientos de pieles a un solo ejemplar de la biblia de Gutenberg. Producir copias en pergamino de una obra, que era la única forma de favorecer su supervivencia, suponía un gasto enorme, al alcance de muy pocos. No es extraño que poseer un libro, incluso un ejemplar corriente, fuera durante largo tiempo privilegio exclusivo de nobles y órdenes religiosas. En una biblia del siglo XIII, el escriba, agobiado por la escasez de material, anota al margen: «Oh, si el cielo fuera de pergamino y el mar fuera de tinta».

28

Durante un año viví en Florencia. Era extraño ir cada mañana a trabajar protegiendo el ordenador portátil de los codazos y acometidas de las multitudes turísticas. En mi ruta, esquivaba la histeria fotográfica de cientos de personas posando con sonrisa congelada. Veía filas perpetuas —ondulantes ciempiés humanos— ante los mismos museos. Sentada en la calle, la gente comía alimentos envasados. Los guías conducían sus rebaños, vociferando a través de sus micrófonos en todas las lenguas posibles. Algunas veces la muchedumbre bloqueaba el paso, como hordas de fans esperando la llegada de una estrella del pop. Todo el mundo empuñaba su móvil. Gritos. Había que abrir paso a las calesas tiradas por caballos apáticos. Olor a sudor, a boñigas, a café, a salsa de tomate. Sí, era extraño ir al trabajo en medio de ese festival de aglomeración humana y selfis. Cuando me acercaba al edificio de la universidad y veía desde lejos el mural del Guernica pintado en la pared, respiraba con el alivio de quien emerge, un poco magullado, de una estación de metro en hora punta.

La paz y el recogimiento también son posibles en Florencia, pero hace falta salir a buscarlos, dejando los circuitos trillados: hay que ganárselos. Yo los encontré por primera vez una luminosa mañana de diciembre en el

Convento de San Marcos. Por la planta baja merodeaban un par de visitantes silenciosos, pero en el primer piso me encontré sola, incrédula como alguien que ha escapado a una feroz estampida de animales en la sabana. Sedada por la atmósfera cristalina, visité una a una las celdas de los monjes, donde Fra Angelico pintó frescos de una dulzura franciscana que parecen una declaración de amor a los seres humildes, a los inocentes, a los esperanzados, a los mansos, a los ilusos. Cuentan que precisamente allí, rodeado por ese desfile de hermosísimos pánfilos, Cosme, patriarca de la familia Médici, se retiraba a hacer penitencia por los atropellos que cometía para multiplicar su fortuna y extender sus filiales bancarias por toda Europa. El gran hombre de negocios se había reservado una celda doble; los poderosos, ya se sabe, necesitan más comodidades que el resto del mundo incluso en sus horas de expiación.

Entre dos celdas, en el arranque de un amplio corredor, descubrí un rincón extraordinario del convento. Los expertos creen que ese lugar acogió la primera biblioteca moderna. Allí recalaron los espléndidos libros que el humanista Niccolò Niccoli legó a la ciudad «para el bien común, para el servicio público, para que permanezcan en un lugar abierto a todos, donde las personas hambrientas de educación puedan cosechar en ellos, como en campos fértiles, el rico fruto del aprendizaje». Por su parte, Cosme financió la construcción de una biblioteca renacentista, diseñada por el arquitecto Michelozzo, que reemplazó las habitaciones oscuras y los libros encadenados del mundo medieval por un emblema de los nuevos tiempos: una sala amplia, bañada en luz natural, diseñada para facilitar el estudio y la conversación. Las fuentes describen con admiración el aspecto original de la biblioteca: una arcada aérea sostenida por dos filas de delicadas columnas, ventanales a ambos lados, piedra serena, paredes de color verde agua para inspirar sosiego, anaqueles cargados de libros, y sesenta y cuatro bancos de madera de ciprés para los frailes y visitantes que acudían a leer, escribir y copiar textos. Un acceso desde el exterior hacía realidad el sueño de Niccolò: su colección de cuatrocientos manuscritos permanecía abierta a todos los letraheridos florentinos y extranjeros. Inaugurada en 1444, fue, tras la destrucción de sus antepasadas helenísticas y romanas, la primera biblioteca pública del continente.

Caminé lentamente por la alargada sala. Han desaparecido las mesas, sustituidas por vitrinas donde se exponen valiosos manuscritos. Ya nadie viene a leer a este espacio renacentista de luz y silencio, convertido en museo, y, sin embargo, entre estas paredes se respira la atmósfera cálida de los

espacios habitados. Tal vez se han refugiado aquí los fantasmas, que, como todo el mundo sabe, son criaturas asustadizas que prefieren los lugares solitarios porque temen a las terroríficas hordas de los vivos.

Una tarea detectivesca

29

Hacer a mano una copia fiel de un texto no es tarea fácil. Exige una serie de operaciones repetitivas y agotadoras. El copista debe leer en el libro que le sirve de modelo un trozo de texto, retenerlo en la memoria, reproducirlo con una caligrafía hermosa y después volver al original engarzando la mirada en el punto exacto donde se había detenido. Hacía falta una enorme concentración para llegar a ser un buen escriba. Incluso la persona más entrenada y atenta introduce fallos (errores de lectura, lapsus por cansancio, traducciones mentales, malinterpretaciones y correcciones equivocadas, sustituciones de palabras y saltos en el texto). De hecho, la personalidad del copista se retrata en las faltas que comete. Aunque la mano que copió un libro fuese anónima, a través de los errores hemos podido saber dónde nació el escriba, qué nivel cultural tenía, su agilidad mental y sus gustos, hasta su psicología aflora en sus omisiones y en palabras intercambiadas.

Es un hecho comprobado que toda copia siembra errores en el texto que reproduce. Una copia de la copia reproducirá los fallos del modelo y siempre añadirá otros nuevos de su propia cosecha. Los productos artesanos nunca son idénticos. Solo las máquinas pueden reproducir en serie. Los libros manuscritos variaban a medida que se iban multiplicando, como ese juego que consiste en ir contándose la misma historia al oído de persona a persona y comprobar que, al pasar de boca en boca, termina por convertirse en un cuento diferente del original.

La apasionada y enloquecida competición entre reyes coleccionistas había convertido Alejandría en el mayor arsenal de libros jamás conocido. En la Gran Biblioteca se podían encontrar muchas obras repetidas, sobre todo de Homero. Los sabios del Museo tuvieron la oportunidad de comparar versiones y detectar las alarmantes diferencias entre ellas. Observaron que el proceso de copias sucesivas estaba alterando sigilosamente los mensajes literarios. En muchos pasajes no se entendía lo que el autor quería decir, y en otros lugares se decían cosas diferentes dependiendo de la copia. Al darse cuenta de la dimensión del problema, comprendieron que, con el transcurso de los siglos, los textos se erosionarían por la fuerza silenciosa de la falibilidad humana —

como las rocas se erosionan por la acometida constante de las olas—, y los relatos se volverían cada vez más incomprensibles, hasta la disolución del sentido.

Los guardianes de la Biblioteca se embarcaron entonces en una tarea casi detectivesca, comparando todas las versiones que, de cada obra, tenían al alcance, para reconstruir la forma original de los textos. Buscaban los fósiles de palabras perdidas y estratos de significado por debajo de la falta de sentido de las capas superiores. Ese esfuerzo hizo avanzar los métodos de estudio e investigación y sirvió de entrenamiento a una gran generación de críticos. Los filólogos alejandrinos prepararon ejemplares corregidos y cuidadísimos de las obras literarias que consideraban más valiosas. Esas versiones óptimas estaban a disposición del público como matriz para sucesivas copias e incluso para el mercado de libros. Las ediciones que hoy leemos y traducimos son hijas de los detectives de palabras de Alejandría.

Además de restaurar los textos en circulación, el Museo de Alejandría —también llamado la jaula de las musas— produjo toneladas de erudición, disquisiciones y tratados sobre literatura. Sus contemporáneos respetaban el descomunal trabajo alejandrino, pero al mismo tiempo les encantaba burlarse de aquellos sabios, cómicos a su pesar. La diana favorita de los chistes fue un estudioso llamado Dídimo, que llegó a publicar el fantástico número de tres o incluso cuatro mil monografías. Dídimo trabajó sin descanso en la Biblioteca durante el siglo I a. C., escribiendo comentarios y glosarios, mientras el mundo a su alrededor se desgarraba a raíz de las guerras civiles de Roma. Dídimo era conocido por dos motes: Tripas de Bronce (*Chalkénteros*), porque hacía falta tener las entrañas de metal para poder escribir sus innumerables y prolijos comentarios sobre literatura; y el Olvida-Libros (*Bibliioláthas*), porque cierta vez dijo en público que una teoría era absurda y entonces le mostraron un ensayo suyo donde la defendía. El hijo de Dídimo, llamado Apión, heredó el infatigable oficio paterno, y se cuenta que el emperador Tiberio lo llamaba Pandero del Mundo. Los filólogos alejandrinos —apasionados, detallistas, cultos, y a veces pedantes y farragosos— cubrieron rápidamente un trayecto que, con sus éxitos y excesos, también hemos realizado nosotros —durante el helenismo, y por primera vez en la historia, la bibliografía sobre literatura empezó a llenar más libros que la literatura misma—.

Homero como enigma y como ocaso

30

La Gran Biblioteca lo adquiría todo, desde poemas épicos a libros de cocina. En medio de ese océano de letras, los estudiosos debían elegir a qué autores y obras dedicaban su esfuerzo. No había discusión posible sobre el gran protagonista de la literatura griega, y en él se especializaron. Alejandría se convirtió en la capital homérica.

Homero está envuelto en el misterio. Es un nombre sin biografía, o tal vez solo el mote de un poeta ciego —el nombre «Homero» se puede traducir como «el que no ve»—. Los griegos nada sabían con certeza sobre él y ni siquiera se ponían de acuerdo cuando intentaban situarlo en el tiempo. Heródoto creía que había vivido en el siglo IX a. C. («cuatro siglos antes de mi época y no más», escribió), mientras que otros autores lo imaginaban contemporáneo a la guerra de Troya, en el siglo XII a. C. Homero era un vago recuerdo sin contornos, la sombra de una voz a la que atribuían la música de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Todo el mundo en aquella época conocía la *Ilíada* y la *Odisea*. Quienes sabían leer habían aprendido a hacerlo leyendo a Homero en la escuela, y los demás habían escuchado contar de viva voz las aventuras de Aquiles y Ulises. Desde Anatolia hasta las puertas de la India, en el mundo helenístico expandido y mestizo, ser griego dejó de ser un asunto de nacimiento o de genética; tenía mucho más que ver con amar los poemas homéricos. La cultura de los conquistadores macedonios se resumía en una serie de rasgos distintivos, que las poblaciones nativas estaban obligadas a adoptar si querían ascender: la lengua, el teatro, el gimnasio —donde los hombres se ejercitaban desnudos, para escándalo de los demás pueblos—, los juegos atléticos, el simposio —una forma refinada de reunirse para beber— y Homero.

En una sociedad que nunca tuvo libros sagrados, la *Ilíada* y la *Odisea* eran lo más parecido a la Biblia. Fascinados por Homero o enfurecidos con él, pero sin la vigilancia de una clase sacerdotal, los escritores, artistas y filósofos griegos se sintieron libres para explorar, cuestionar, satirizar o ensanchar los horizontes homéricos. Se cuenta que Esquilo dijo humildemente que sus tragedias eran solo «las migajas del gran banquete de Homero». Platón dedicó

largas páginas a atacar la presunta sabiduría del poeta, y lo expulsó de su república ideal. Cierta vez desembarcó en Alejandría un sabio ambulante llamado Zoilo, que promocionaba sus conferencias declarándose subversivamente «el fustigador de Homero», y el rey Ptolomeo acudió en persona a su espectáculo para «acusarlo de parricidio». Nadie permanecía indiferente ante las epopeyas de Aquiles y Ulises. Los papiros desenterrados en Egipto confirman que la *Ilíada* fue con diferencia el libro griego más leído en la Antigüedad, y se han encontrado pasajes de los poemas en los sarcófagos de momias grecoegipcias —personas que se llevaron consigo versos homéricos rumbo a la eternidad—.

Los poemas homéricos eran más que un entretenimiento para un público hechizado, expresaban los sueños y las mitologías de los pueblos antiguos. Desde tiempos remotos, de generación en generación, los seres humanos nos relatamos los hechos históricos que han dejado huella en la memoria de las generaciones, pero tenemos la manía reincidente de convertirlos en leyenda. En el siglo XXI, la invención de gestas heroicas puede parecernos un mecanismo primitivo y ya superado. Sin embargo, no es así: cada civilización elige sus episodios nacionales y consagra a sus héroes para enorgullecerse de un pasado legendario. Tal vez el último país en forjar su universo mítico haya sido los Estados Unidos, con el *western*, y ha logrado exportar su fascinación al mundo globalizado contemporáneo. John Ford reflexionó sobre la mitificación de la historia en *El hombre que mató a Liberty Valance*, donde el director de un periódico, rasgando el artículo sólidamente documentado de su reportero de investigación, concluye: «Esto es el Oeste, señor. Y, en el Oeste, cuando los hechos se convierten en leyenda, hay que imprimir la leyenda». No importa que la época añorada (los tiempos del genocidio indio, la guerra civil, la fiebre del oro, el poder de los salvajes vaqueros, las ciudades sin ley, la apología del rifle y la esclavitud) fuese en realidad poco gloriosa. Algo parecido podría afirmarse —y algunos griegos tuvieron el coraje de decirlo— acerca del gran acontecimiento fundacional heleno, la sangrienta guerra de Troya. Pero, igual que el cine nos ha enseñado a enamorarnos de los paisajes polvorientos y grandiosos del Lejano Oeste, de los territorios fronterizos, del espíritu pionero y del afán de conquistar la tierra, Homero emocionaba a los griegos con sus violentos y vibrantes relatos del campo de batalla y del regreso de los veteranos al hogar.

Como las mejores películas del Oeste, Homero es más que un mero panfleto patriótico. Es cierto que sus poemas representaban al mundo aristocrático sin rebelarse contra sus injusticias ni ponerlo en entredicho, pero

también sabía captar los claroscuros de sus historias. Allí reconocemos una mentalidad y unos conflictos no tan lejanos de los nuestros —o, para ser exactos, dos mentalidades, porque la *Odisea* es muchísimo más moderna que la *Ilíada*—.

La *Ilíada* narra la historia de un héroe obsesionado por la fama y el honor. Aquiles puede elegir entre una vida sin brillo, larga y tranquila, si se queda en su país, o una muerte gloriosa, si se embarca hacia Troya. Y decide ir a la guerra, aunque las profecías le advierten de que no regresará. Aquiles pertenece a la gran familia de las personas deslumbradas por un ideal, valientes, comprometidas, melancólicas, insatisfechas, empecinadas y propensas a tomarse muy en serio a sí mismas. Alejandro soñó desde la infancia con parecerse a él, y buscó inspiración en la *Ilíada* durante los años de su fulgurante campaña militar.

En el cruel universo bélico, los jóvenes mueren y los padres sobreviven a sus hijos. Una noche, el rey de Troya se aventura a solas hasta el campamento enemigo, para rogar que le devuelvan el cadáver de su hijo, con el fin de enterrarlo. Aquiles, el asesino, la máquina de matar, se compadece del viejo y, ante la imagen de dolorida dignidad del anciano, recuerda a su propio padre, a quien no volverá a ver. Es un momento conmovedor, en el que el vencedor y el vencido lloran juntos y comparten certezas: el derecho a sepultar a los muertos, la universalidad del duelo y la belleza extraña de esos destellos de humanidad que iluminan momentáneamente la catástrofe de la guerra. Sin embargo, aunque la *Ilíada* no lo cuenta, sabemos que la tregua será breve. La guerra continuará, Aquiles morirá en combate, Troya será arrasada, sus hombres, pasados a cuchillo, y sus mujeres, sorteadas como esclavas entre los vencedores. El poema termina al borde del abismo.

Aquiles es un guerrero tradicional, habitante de un mundo severo y trágico; en cambio, el vagabundo Ulises —una criatura literaria tan moderna que sedujo a Joyce— se lanza con placer a aventuras fantásticas, imprevisibles, divertidas; a veces eróticas, a veces ridículas. La *Ilíada* y la *Odisea* exploran opciones vitales alejadas, y sus héroes afrontan las pruebas y azares de la existencia con temperamentos opuestos. Homero deja claro que Ulises valora intensamente la vida, con sus imperfecciones, sus instantes de éxtasis, sus placeres y su sabor agridulce. Es el antepasado de todos los viajeros, exploradores, marinos y piratas de ficción —capaz de afrontar cualquier situación, mentiroso, seductor, coleccionista de experiencias y gran narrador de historias—. Añora su hogar y su mujer, pero se entretiene a gusto por el camino. La *Odisea* es la primera representación literaria de la nostalgia,

que convive, sin demasiados conflictos, con el espíritu de navegación y aventura. Cuando su barco encalla en la isla de la ninfa Calipso de lindas trenzas, Ulises se queda con ella durante siete años.

En ese pequeño edén mediterráneo donde florecen las violetas y el suave oleaje baña las playas paradisiacas, Ulises goza del sexo con una diosa, disfrutando a su lado de la inmortalidad y la eterna juventud. Sin embargo, después de varios años de placer, tanta felicidad le hace desgraciado. Se cansa de la monotonía de esas vacaciones perpetuas y llora a orillas del mar recordando a los suyos. Por otra parte, Ulises conoce lo suficiente a la raza divina como para pensárselo dos veces antes de confesarle a su poderosa amiga que se ha cansado de ella. Será Calipso quien aborde la peliaguda conversación: «Ulises, ¿así que quieres marcharte a tu casa en tu tierra natal? Si supieras cuántas tristezas te deparará el destino, te quedarías aquí conmigo y serías inmortal. Yo me precio de no ser inferior a tu esposa ni en el porte ni en estatura, pues ninguna mujer puede rivalizar con el cuerpo y con el rostro de una diosa».

Es una oferta muy tentadora: vivir para siempre como amante de una voluptuosa ninfa, en la plenitud del cuerpo, sin vejez, sin enfermedades, sin malas rachas, sin problemas de próstata ni demencia senil. Ulises contesta: «Diosa, no te enfades conmigo. Sé muy bien que Penélope es inferior a ti, pero aun así deseo marcharme a mi casa y ver el día del regreso. Si alguno de los dioses me maltrata en el mar rojo como el vino, lo soportaré con ánimo paciente. He sufrido ya tanto entre las olas, en la guerra…». Y, después de decidir su ruptura —dice el poeta con encantadora naturalidad—, el sol se puso, llegó el crepúsculo y los dos se fueron a deleitarse con el amor en mutua compañía. Cinco días después, él zarpó de la isla, feliz de desplegar las velas al viento.

El astuto Ulises no fantasea, como Aquiles, con un destino grandioso y único. Podría haber sido un dios, pero opta por volver a Ítaca, la pequeña isla rocosa donde vive, a encontrarse con la decrepitud de su padre, con la adolescencia de su hijo, con la menopausia de Penélope. Ulises es una criatura luchadora y zarandeada que prefiere las tristezas auténticas a una felicidad artificial. El regalo que le ofrece Calipso es demasiado parecido a un espejismo, a una huida, al sueño de una droga alucinógena, a una realidad paralela. La decisión del héroe expresa una nueva sabiduría, alejada del estricto código de honor que movía a Aquiles. Esa sabiduría nos susurra que la humilde, imperfecta y efímera vida humana merece la pena, a pesar de sus

limitaciones y sus desgracias, aunque la juventud se esfume, la carne se vuelva flácida y acabemos arrastrando los pies.

El mundo perdido de la oralidad: un tapiz de ecos

31

La primera palabra de la literatura occidental es «cólera» (en griego, *ménin*). Así empieza el hexámetro inicial de la *Ilíada*, sumergiéndonos de golpe, sin contemplaciones, en el ruido y la furia. Con la ira de Aquiles se inicia la ruta que nos lleva a los territorios de Eurípides, a Shakespeare, a Conrad, a Faulkner, a Lorca, a Rulfo.

Sin embargo, más que un principio, Homero es un final. En realidad, es la punta de un iceberg sumergido casi por completo en el olvido. Cuando escribimos su nombre junto al de los escritores de la literatura universal, estamos mezclando dos universos incomparables. La *Ilíada* y la *Odisea* nacieron en otro mundo distinto del nuestro, en un tiempo anterior a la expansión de la escritura, cuando el lenguaje era efímero (gestos, aire y ecos). Una época de «aladas palabras», como las llama Homero, palabras que se llevaba el viento y solo la memoria podía retener.

El nombre de Homero está asociado a dos textos épicos que proceden de un periodo en el que tiene poco sentido hablar de autoría. Durante la etapa oral, los poemas se recitaban en público, perpetuando una costumbre heredada de las tribus nómadas, cuando los ancianos recitaban junto al fuego los viejos cuentos de sus ancestros y las hazañas de sus héroes. La poesía estaba socializada, era de todos y no pertenecía a nadie en concreto. Cada poeta podía usar libremente los mitos y cantos de la tradición, retocándolos, desembarazándose de lo que considerase irrelevante, incorporando matices, personajes, aventuras inventadas y también versos que había escuchado a sus colegas de profesión. Detrás de cada relato había toda una galaxia de poetas que no habrían entendido el concepto «derechos de autor». Durante los largos siglos de oralidad, el romancero griego fue cambiando y expandiéndose, estrato a estrato, generación tras generación, sin que los textos alcanzasen nunca una versión cerrada o definitiva.

Los poetas analfabetos crearon cientos de poemas que se han perdido para siempre. Algunos de ellos dejaron una sombra de recuerdo en los escritores antiguos y por sus alusiones —resúmenes y breves fragmentos— conocemos su argumento por encima. Además del ciclo de Troya, hubo al menos otro

sobre la ciudad de Tebas, donde nació el desgraciado Edipo. Un canto antiquísimo, anterior a la *Ilíada* y la *Odisea*, estaba protagonizado por el guerrero Memnón, nacido en Etiopía. Si las conjeturas sobre su antigüedad son ciertas, significaría, sorprendentemente, que el cantar de gesta más antiguo que conocemos en Europa narraba las hazañas de un héroe negro.

En la sociedad oral, los bardos actuaban en las grandes fiestas y en los banquetes de los nobles. Cuando un profesional de las aladas palabras interpretaba su repertorio de narraciones ante un auditorio, por pequeño que fuera, estaba «publicando» su obra. Si queremos imaginar aquella forma de contar y escuchar historias —que no es todavía literatura porque no conoce las letras ni la escritura—, tenemos dos cauces de información. La *Ilíada* y la *Odisea* ofrecen pinceladas de la vida, el oficio (y también las penurias) de los aedos griegos. Además, los antropólogos han estudiado otras culturas en las que la épica oral ha subsistido —conviviendo con la imprenta y las nuevas tecnologías de la comunicación— hasta tiempos actuales. Aunque nos parezcan visitantes del pasado, los cantos tradicionales se niegan a morir y en algunos rincones del planeta sirven para relatar las nuevas guerras y las peligrosas vidas del presente. Los estudiosos del folclore han grabado la canción de un bardo cretense que relata el ataque de los paracaidistas alemanes en Creta en 1941, y se emociona tanto al recordar a los amigos caídos que de pronto su voz falla, titila y enmudece.

Imaginemos una escena de la vida cotidiana en el pequeño palacio de un señor local del siglo X a. C. Se celebra un banquete y, para alegrar la noche, el anfitrión ha contratado a un cantor ambulante. Junto al umbral, en el lugar de los mendigos, el forastero espera hasta que lo invitan a sentarse en el salón donde los más ricos del lugar engullen carne asada y beben, con las gotas de grasa escurriéndoles por la barbilla. Cuando las miradas se clavan en él, se avergüenza de su túnica gastada y no demasiado limpia. Templa en silencio su instrumento, la cítara, mientras se prepara para el esfuerzo de la actuación. Es un gran narrador de historias, ha practicado desde niño el oficio de trenzar palabras. Con voz clara acompañada por el rasgueo de las cuerdas, sentado solo, como un cantautor con su guitarra, envuelve a todo el mundo en la magia de un relato apasionante entretejido de aventuras y combates. Los convidados al banquete sacuden la cabeza, asienten, siguen el ritmo con el pie. Enseguida quedan hechizados. El cuento los arrastra a su interior, les brilla la mirada y empiezan a sonreír sin darse cuenta. En eso coinciden los griegos antiguos y los modernos testigos de recitaciones de las aldeas eslavas: la canción épica atrapa, invade y fascina a quien la escucha.

No solo actúa el conjuro del relato, el astuto bardo tiene también un repertorio de trucos. Al llegar a la localidad, se ha informado sobre los antepasados de la familia que lo contrata, ha aprendido sus nombres y peculiaridades, para introducirlos en la trama codeándose con los héroes legendarios. Siempre desliza en la narración un episodio que casualmente glorifica a los paisanos de sus clientes. Acorta o alarga la canción dependiendo del humor y el ambiente de la sala. Si al auditorio le gustan las descripciones del lujo, adorna la armadura del guerrero, los arreos de sus caballos y las joyas de las princesas —como suele decir, esas riquezas no tiene que pagarlas con su dinero—. Domina el arte de las pausas y el suspense, y siempre interrumpe la historia en un momento muy calculado para que lo inviten a continuar al día siguiente. El recital prosigue noche tras noche, a veces durante una semana o más, hasta que el interés de sus anfitriones empieza a disminuir. Entonces, el músico viajero vuelve a los caminos, a la vida vagabunda, en busca de un nuevo refugio.

En tiempos de palabras aladas, la literatura era un arte efímero. Cada representación de esos poemas orales era única y sucedía una sola vez. Como un músico de jazz que a partir de una melodía popular se entrega a una apasionada improvisación sin partitura, los bardos jugaban con variaciones espontáneas sobre los cantos aprendidos. Incluso si recitaban el mismo poema, narrando la misma leyenda protagonizada por los mismos héroes, nunca era idéntico a la vez anterior. Gracias a un entrenamiento precoz y disciplinado, aprendían a usar el verso como un lenguaje vivo, moldeable. Conocían los argumentos de cientos de mitos, dominaban las pautas del lenguaje tradicional, tenían un arsenal de frases preparadas y de comodines para rellenar los versos, y con esos mimbres tejían para cada recitación un canto a la vez fiel y diferente. Pero no había ningún afán de autoría: los poetas amaban la herencia del pasado y no veían razones para ser originales si la versión tradicional era bella. La expresión de la individualidad pertenece al tiempo de la escritura; por aquel entonces, el prestigio de la originalidad artística estaba en horas bajas.

Por supuesto, para dominar su oficio era necesario poseer una memoria prodigiosa. El etnólogo Mathias Murko —que abrió la senda continuada luego por Milman Parry y Albert Lord— comprobó a principios del siglo XX que los cantores bosnios musulmanes dominaban treinta o cuarenta cantos orales; algunos más de cien, y otros incluso hasta ciento cuarenta. Los cantos podían durar siete u ocho horas —como los poemas griegos, cada vez eran versiones distintas de un mismo relato—, y se necesitaban varias noches

completas (hasta el alba) para recitarlos enteros. Cuando Murko preguntó a qué edad empezaban a aprender, le contestaron que tocaban el instrumento ya en brazos de sus padres y relataban leyendas desde los ocho años. Había niños prodigio, pequeños Mozart de la narración. Uno de ellos recordaba que a los diez años acompañaba a su familia a los cafés del bazar, donde absorbía todos los cantos; no podía dormir hasta haber repetido las historias escuchadas y, cuando se dormía, quedaban guardadas en su memoria. A veces, los bardos viajaban durante horas para poder escuchar a un colega de profesión. Una sola audición de un canto —dos, si estaban muy borrachos— les bastaba para poder interpretarlo ellos mismos. Así sobrevivía la herencia de los poemas.

Probablemente en Grecia sucediera algo parecido. Los poetas épicos conservaban el recuerdo del pasado porque desde la infancia crecían en un mundo doble —el real y el de las leyendas—. Cuando hablaban en verso, se sentían transportados al mundo del pasado, que solo conocían a través del sortilegio de la poesía. Ellos —como libros de carne y hueso, vivos y palpitantes, en tiempos sin escritura y, por tanto, sin historia— impedían que todas las experiencias, las vidas y el saber acumulado acabasen en la nada del olvido.

32

Un nuevo invento empezó a transformar silenciosamente el mundo durante la segunda mitad del siglo VIII a. C., una revolución apacible que acabaría transformando la memoria, el lenguaje, el acto creador, la manera de organizar el pensamiento, nuestra relación con la autoridad, con el saber y con el pasado. Los cambios fueron lentos, pero extraordinarios. Después del alfabeto, nada volvió a ser igual.

Los primeros lectores y los primeros escritores eran pioneros. El mundo de la oralidad se resistía a desaparecer —ni siquiera hoy se ha extinguido del todo—, y la palabra escrita sufrió al principio cierto estigma. Muchos griegos preferían que las palabras cantasen. Las innovaciones no les gustaban demasiado, refunfuñaban y gruñían cuando las tenían delante. A diferencia de nosotros, los habitantes del mundo antiguo creían que lo nuevo tendía a provocar más degeneración que progreso. Algo de esa reticencia ha perdurado en el tiempo; todos los grandes avances —la escritura, la imprenta, internet…— han tenido que enfrentarse a detractores apocalípticos. Seguro que algunos cascarrabias acusaron a la rueda de ser un instrumento decadente y hasta su muerte prefirieron acarrear menhires sobre la espalda.

Sin embargo, era difícil resistirse a la promesa del nuevo invento. Toda sociedad aspira a perdurar y ser recordada. El acto de escribir alargaba la vida de la memoria, impedía que el pasado se disolviera para siempre.

En los primeros tiempos, los poemas aún nacían y viajaban por cauces orales, pero algunos bardos aprendieron el trazado de las letras y empezaron a transcribirlos en hojas de papiro (o los dictaron) como pasaporte hacia el futuro. Quizá entonces algunos empezaron a tomar consciencia de las inesperadas implicaciones de aquella osadía. Escribir los poemas significaba inmovilizar el texto, fijarlo para siempre. En los libros, las palabras cristalizan. Había que elegir una sola versión de los cantos, lo más bella posible, para que sobreviviera a las demás. Hasta aquel momento, el canto era un organismo vivo que crecía y cambiaba, pero la escritura lo iba a petrificar. Optar por una versión del relato significaba sacrificar todas las demás y, al mismo tiempo, salvarlo de la destrucción y el olvido.

Gracias a ese acto audaz, casi temerario, han llegado hasta nosotros dos obras memorables que han conformado nuestra visión del mundo. Los 15.000 versos de la *Ilíada* y los 12.000 versos de la *Odisea* que ahora leemos como si fueran dos novelas son un territorio fronterizo entre la oralidad y el nuevo mundo. Un poeta, seguramente educado en la fluidez de las recitaciones, pero en contacto con la escritura, enhebró varios cantos tradicionales en el hilo de una trama coherente. ¿Fue Homero ese personaje en el umbral de dos universos? Nunca lo sabremos. Cada investigador imagina su propio Homero: un bardo analfabeto de tiempos remotos; el responsable de la versión definitiva de la *Ilíada* y de la *Odisea*; un poeta que les dio un último toque; un copista aplicado que firmó el manuscrito con su nombre; o un editor seducido por esa estrafalaria invención de los libros, aire escrito. No deja de fascinarme que un autor tan trascendente para nuestra cultura sea solo un fantasma.

Con la escasa información disponible, es imposible aclarar el misterio. La sombra de Homero desaparece en tierras de penumbra. Y eso vuelve todavía más fascinantes a la *Ilíada* y la *Odisea* —son documentos excepcionales que nos permiten acercarnos al tiempo de los relatos alados y las palabras perdidas—.

33

Tú, que lees este libro, has vivido durante algunos años en un mundo oral. Desde tus balbuceos con lengua de trapo hasta que aprendiste a leer, las palabras solo existían en la voz. Encontrabas por todas partes los dibujos

mudos de las letras, pero no significaban nada para ti. Los adultos que controlaban el mundo, ellos sí, leían y escribían. Tú no entendías bien qué era eso, ni te importaba demasiado porque te bastaba hablar. Los primeros relatos de tu vida entraron por las caracolas de tus orejas; tus ojos aún no sabían escuchar. Luego llegó el colegio: los palotes, los redondeles, las letras, las sílabas. En ti se ha cumplido a pequeña escala el mismo tránsito que hizo la humanidad desde la oralidad a la escritura.

Mi madre me leía libros todas las noches, sentada en la orilla de mi cama. Ella era la rapsoda; yo, su público fascinado. El lugar, la hora, los gestos y los silencios eran siempre los mismos, nuestra íntima liturgia. Mientras sus ojos buscaban el lugar donde había abandonado la lectura y luego retrocedían unas frases atrás para recuperar el hilo de la historia, la suave brisa del relato se llevaba todas las preocupaciones del día y los miedos intuidos de la noche. Aquel tiempo de lectura me parecía un paraíso pequeño y provisional —después he aprendido que todos los paraísos son así, humildes y transitorios—.

Su voz. Yo escuchaba su voz y los sonidos del cuento que ella me ayudaba a oír con la imaginación: el chapoteo del agua contra el casco de un barco, el crujido suave de la nieve, el choque de dos espadas, el silbido de una flecha, pasos misteriosos, aullidos de lobo, cuchicheos detrás de una puerta. Nos sentíamos muy unidas, mi madre y yo, juntas en dos lugares a la vez, más juntas que nunca pero escindidas en dos dimensiones paralelas, dentro y fuera, con un reloj que hacía tictac en el dormitorio durante media hora y años enteros transcurriendo en la historia, solas y al mismo tiempo rodeadas de mucha gente, amigas y espías de los personajes.

En esos años, fui perdiendo los dientes de leche, uno a uno. Mi gesto favorito mientras ella me contaba cuentos era menear un diente tembloroso con el dedo, sentirlo desprenderse de sus raíces, bailar cada vez más suelto y, cuando finalmente se partía soltando unos hilos salados de sangre, colocármelo en la palma de la mano para mirarlo —la infancia se estaba rompiendo, dejaba huecos en mi cuerpo y añicos blancos por el camino, y el tiempo de escuchar cuentos acabaría pronto, aunque yo no lo sabía—.

Y, cuando llegábamos a episodios especialmente emocionantes —una persecución, la proximidad del asesino, la inminencia de un descubrimiento, la señal de una traición—, mi madre carraspeaba, fingía un picor de garganta, tosía; era la señal pactada de la primera interrupción. Ya no puedo leer más. Entonces me tocaba suplicar y desesperarme: no, no lo dejes aquí; sigue un poquito más. Estoy cansada. Por favor, por favor. Interpretábamos la pequeña

comedia, y luego ella seguía adelante. Yo sabía que me engañaba, claro, pero siempre me asustaba. Al final, una de las interrupciones sería de verdad, y ella cerraría el libro, me daría un beso, me dejaría a solas en la oscuridad y se entregaría a esa vida secreta que viven los mayores por la noche, sus noches apasionantes, misteriosas, deseadas; ese país extranjero y prohibido para los niños. El libro cerrado se quedaría sobre la mesilla, callado y terco, expulsándome de los campamentos del Yukón, o de las orillas del Misisipi, o de la fortaleza de If, de la posada del Almirante Benbow, del monte de las Ánimas, de la selva de Misiones, del lago de Maracaibo, del barrio de Benia Kirk, en Odesa, de Ventimiglia, de la perspectiva Nevski, de la ínsula Barataria, del antro de Ella Laraña en la frontera de Mordor, del páramo junto a la mansión de los Baskerville, de Nijni Nóvgorod, del castillo de Irás y No Volverás, del bosque de Sherwood, del siniestro laboratorio de anatomía de Ingolstadt, de la arboleda del barón Cosimo en Ombrosa, del planeta de los baobabs, de la misteriosa casa de Yvonne de Galais, de la guarida de Fagin, de la isla de Ítaca. Y, aunque yo abriese el libro en el lugar oportuno, señalado por el marcapáginas, no serviría de nada, pues solo vería líneas llenas de patas de araña que se negarían a decirme una mísera palabra. Sin la voz de mi madre, la magia no se hacía realidad. Leer era un hechizo, sí; conseguir que hablasen esos extraños insectos negros de los libros, que entonces me parecían enormes hormigueros de papel.

34

El tópico nos lleva a imaginar que las culturas orales son primitivas, rudimentarias y tribales. Si hoy medimos el desarrollo de un país en función del grado de alfabetización de su población, no es extraño que proyectemos a esa etapa prehistórica nuestro concepto de un mundo atrasado y extinto. Sin embargo, sabemos que no fue así —al menos, no necesariamente—. La cultura inca peruana, por ejemplo, conquistó y gobernó un poderoso imperio, sin apoyo de la escritura (más allá de un sistema de mensajes mediante nudos en cuerdas o *quipus*), y fue capaz de crear un arte propio y una arquitectura ciclópea que atrae cada año a masas de turistas hacia las alturas andinas de Cuzco y Machu Picchu.

Por supuesto, la ausencia de escritura era un inconveniente cultural. Cuanto mayor era la complejidad que alcanzaban las sociedades orales, más constante y angustiosa se volvía para sus habitantes la amenaza del olvido. Necesitaban preservar sus leyes, sus creencias, sus hallazgos, su conocimiento

técnico —su identidad—. Si no transmitían sus logros, cada generación tendría que volver a empezar fatigosamente desde el principio. Pero solo podían comunicarse a través de un sistema de ecos, ligero y fugaz como el aire. En la frágil memoria humana, encontraban su única esperanza de permanencia en el tiempo. Por eso, entrenaban la memoria hasta expandir al máximo su capacidad, eran atletas del recuerdo en lucha con sus propios límites.

En su esfuerzo por perpetuarse, los habitantes del mundo oral se dieron cuenta de que el lenguaje rítmico es más fácil de recordar, y en alas de ese descubrimiento nació la poesía. Al recitar versos, la melodía de las palabras ayuda a repetir el texto sin alterarlo, porque la música se quiebra cuando la secuencia falla. A todos nos hicieron aprender poemas en la escuela y ahora, pasados los años, después de haber olvidado tantas cosas, comprobamos que aún los recordamos con asombrosa nitidez.

No es casual que, en la mitología griega, las musas fueran hijas de la diosa Mnemosine (de donde proviene la palabra «mnemotecnia»), la personificación de la memoria como actividad: el recuerdo y la evocación. En aquella época —como en todas las épocas—, nadie podía crear sin ser capaz de recordar. A pesar de sus radicales diferencias, si algo tienen en común el bardo oral y el escritor posmoderno, es la forma de entender su obra como versión, nostalgia, traducción y constante reciclaje del pasado.

El ritmo no es solo un aliado de la memoria, sino que es también un catalizador de nuestros placeres —la danza, la música y el sexo juegan con la repetición, el compás y las cadencias—. También el lenguaje posee infinitas posibilidades rítmicas. La épica griega fluye en hexámetros, que crean un peculiar ritmo acústico a través de combinaciones de sílabas largas y breves. El verso hebreo, en cambio, prefiere los ritmos sintácticos: «Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el cielo: un tiempo para nacer y un tiempo para morir; un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado; un tiempo para matar y un tiempo para curar; un tiempo para destruir y un tiempo para edificar…». Se diría que estas frases del Eclesiastés cantan y, de hecho, el músico Pete Seeger compuso una canción, inspirada en ellas —*Turn! Turn! Turn! (To everything there is a season)*—, que encabezó las listas de éxitos en 1965. En el origen de la poesía, el placer del ritmo se puso al servicio de la continuidad cultural.

Junto a la música lingüística, descubrieron otras estrategias para la conservación del recuerdo. Los poemas orales transmitían sus enseñanzas en acción, en forma de relatos, y no de reflexiones; las frases abstractas son

propias del lenguaje escrito. Ningún poeta habría dicho a su público algo tan poco cautivador como: «las mentiras socavan la confianza». En su lugar, preferiría contar la historia del pastor bromista que se divertía alarmando a la gente de la aldea con sus gritos («¡Que viene el lobo!»). En el tiempo de la oralidad, siempre había alguna aventura en marcha, y los personajes se equivocaban y sufrían, en sus pellejos de ficción, las consecuencias para que la comunidad aprendiese las lecciones. La experiencia adquiría sentido y se transmitía en forma de relato —leyenda, cuento, fábula, caso, chiste, adivinanza o recuerdo—. El mundo quimérico de la oralidad imaginaba historias llenas de vitalidad y movimiento en las que los vivos se codeaban con los muertos, los humanos con los dioses, y los cuerpos con los fantasmas, y en las que la conexión entre el cielo, la tierra y el infierno permitía un camino de eterno retorno. De hecho, los cuentos tradicionales humanizaban incluso a los animales, a los ríos, a los árboles, a la luna o a la nieve, como si la naturaleza entera desease sumarse a la alegría y el vértigo de la narración. La literatura infantil aún mantiene vivo ese antiguo placer por la acción exuberante y la alegre convivencia entre animales parlantes y niños.

La *Ilíada* y la *Odisea* —como los poemas perdidos de aquella época— eran, en palabras de Eric A. Havelock, enciclopedias orales para los griegos que recopilaban su saber popular heredado. Contaban, con ritmo enérgico y apasionante, el mito de la guerra de Troya, seguido del difícil retorno a casa de los conquistadores griegos. La trama, el dramatismo y la aventura atrapaban la atención del público. Y, dentro del relato, camufladas en el rápido río de episodios, se sucedían breves enseñanzas en grupos de versos listos para ser memorizados. Quien escuchaba las recitaciones aprendía nociones de navegación y agricultura, procedimientos para construir barcos o casas, reglas para celebrar una asamblea, tomar una decisión colectiva, armarse para el combate o preparar un entierro. Interiorizaba cómo debe comportarse un guerrero en la batalla, cómo hay que hablarle a un sacerdote, cómo pronunciar un desafío o reparar una ofensa, cómo comportarse en el hogar, qué esperan los dioses de los humanos, qué dictan las leyes, las costumbres y el código del honor. En los versos homéricos no habla un individuo rebelde y bohemio que exprese su originalidad, sino la voz colectiva de la tribu.

Entre las enseñanzas heredadas encontramos valiosas dosis de sabiduría antigua, pero también expresiones de ideología opresiva. En el primer canto de la *Odisea*, Telémaco manda callar a su madre, Penélope, sin contemplaciones: «Madre, marcha a tu habitación y cuídate de tu trabajo, el

telar y la rueca, y vigila que las esclavas cumplan sus tareas. La palabra debe ser cosa de hombres, de todos, y sobre todo cosa mía, porque yo estoy al mando en este palacio». Al leer hoy este episodio, nos sobresalta la aspereza del adolescente que empieza a sentirse hombre y quiere tomar las riendas del hogar relegando a su madre a las labores de la rueca. Pero el poeta aprueba esta precoz afirmación del dominio masculino en boca del joven hijo de Ulises, y la propone a su público como ejemplo. Para los griegos, la palabra pertenecía a los hombres; era su prerrogativa. En la *Ilíada*, el mismísimo dios Zeus riñe a su mujer Hera durante un banquete por intentar sonsacarle sus intenciones, y la humilla en público con un grosero «¡calla la boca!», expresado en solemnes hexámetros épicos. Con sus actos y sus palabras, los personajes homéricos ofrecían constantemente modelos de comportamiento en el hogar, donde el cabeza de familia se erigía en dueño y señor.

Más adelante, la *Ilíada* nos ofrece un ejemplo de clasismo, también asociado a la cuestión candente del uso de la palabra. Cuando un hombre del pueblo, llamado Tersites —el único plebeyo que aparece en el poema, descrito como el más feo de los griegos que acudieron a Troya—, osa intervenir en la asamblea de guerreros, Ulises le empuja con el cetro y le dice en tono imperativo que deje hablar a quienes son mejores que él, es decir, a los reyes y generales. A pesar del desplante, el revoltoso Tersites tiene suficientes agallas para lanzar un discurso reivindicativo criticando la codicia del rey Agamenón: «¡Átrida! ¿De qué te quejas otra vez? Tus tiendas de campaña rebosan riquezas y mujeres. No está bien que quien es el jefe arruine a sus guerreros». El poema describe cómo Ulises hiere al deslenguado y cojo Tersites, mientras la concurrencia de soldados que presencia la escena aplaude, vitorea y estalla en carcajadas («Con el cetro la espalda y los hombros le golpeó. Se encorvó y una lágrima se le escurrió. Un cardenal sanguinolento le brotó en la espalda por obra del áureo cetro y se sentó y cobró miedo»).

Mientras disfrutamos de la épica homérica, con su poder de fascinación y sus instantes de apabullante belleza, debemos mantenernos en guardia como lectores, conscientes de que procede de un mundo dominado por la aristocracia patriarcal griega, a la que el autor ensalza sin cuestionar sus valores. La posibilidad de narrar una historia libre y transgresora es ajena a una época en la cual los poetas eran centinelas de la tradición. Habría que esperar hasta la invención de la escritura y de los libros para que algunos escritores —siempre en minoría— empezasen a hablar con la voz de los

díscolos, los rebeldes, los humillados y ofendidos, las mujeres silenciadas o los apaleados y feos Tersites.

35

Es una gran paradoja: provenimos de un mundo perdido al que solo podemos asomarnos cuando desaparece. Nuestra imagen de la oralidad procede de los libros. Conocemos las palabras aladas a través de su contrario, las palabras inmóviles de la escritura. Una vez transcritas, esas narraciones perdieron para siempre su fluidez, su elasticidad, la libertad de improvisación y, en muchos casos, su lenguaje característico. Salvar aquella herencia exigió herirla de muerte.

Herida y aun así fascinante, la gran riqueza del imaginario auroral de nuestra cultura ha sobrevivido sin desvanecerse del todo en los confines del tiempo. Escuchamos sus ecos distantes en la transcripción de mitologías, fábulas, sagas, canciones folclóricas y cuentos tradicionales. Transformada, refundida y reinterpretada, la encontramos en la *Ilíada* y la *Odisea*, en las tragedias griegas, en la Torá —y en el Antiguo Testamento—, en el Ramayana, en las Edda, en *Las mil y una noches*. Y precisamente esos relatos exiliados —refugiados literarios en el país extranjero de los textos escritos— son la espina dorsal de nuestra cultura.

Cuando la musa aprendió a escribir —en palabras de Havelock—, se desencadenaron cambios asombrosos. Los nuevos textos pudieron empezar a multiplicarse en infinita variedad porque ya no estaban sujetos a la economía de la memoria. El almacén del conocimiento dejó de ser exclusivamente acústico, se convirtió en un archivo material y por tanto se podía ampliar sin límites. Así, la literatura ganó la libertad de expandirse en todas las direcciones, ya no tenía que administrar con avaricia la acotada capacidad del recuerdo. Y esa libertad impregnó también los temas y puntos de vista del relato. Frente a la oralidad, que favorecía las formas e ideas tradicionales, reconocibles para su auditorio, el discurso alfabetizado podía abrirse a horizontes desconocidos porque el lector tenía tiempo para asimilar y meditar con tranquilidad las ideas novedosas. En los libros caben planteamientos excéntricos, voces de identidades individuales, desafíos a la tradición.

Al abandonar la oralidad, el lenguaje experimentó reajustes arquitectónicos: la sintaxis desplegó nuevas estructuras lógicas, y el vocabulario se volvió más abstracto. Además, la literatura encontró nuevos caminos fuera de la disciplina del verso. Como el burgués gentilhombre de

Molière, que un buen día se dio cuenta de que llevaba más de cuarenta años hablando en prosa sin saberlo, los autores griegos descubrieron que sus personajes podían dejar de dialogar en hexámetros.

La prosa se convirtió en el vehículo de un sorprendente universo de hechos y teorías. Los enunciados innovadores ensancharon el espacio del pensamiento. Esa ampliación de perspectivas estuvo en el origen de la historia, la filosofía y la ciencia. Para referirse a su labor intelectual, Aristóteles eligió la palabra *theoría* y el verbo correspondiente *theoreîn*, que en griego aluden al acto de mirar algo. Esa elección es muy reveladora: el oficio de pensar el mundo existe gracias a los libros y la lectura, es decir, cuando podemos ver las palabras, y reflexionar despacio sobre ellas, en lugar de solo oírlas pronunciar en el veloz río del discurso.

Todas estas transformaciones sucedieron a ritmo lento. Solemos imaginar que los nuevos inventos barren rápidamente a los antiguos hábitos, pero esos procesos no se miden en años luz, sino más bien en años «estalactita». Poco a poco, como gotas que resbalan en la piedra y dejan detrás finos regueros de calcita, las letras crearon nuevas conciencias y mentalidades. El abandono de la oralidad en la antigua Grecia fue una larga etapa que abarcó desde el siglo VIII al siglo IV a. C. Aristóteles, que reunió una amplia colección de libros —inspiradora de la ambiciosa Biblioteca alejandrina—, fue seguramente el primer hombre de letras europeo en sentido estricto.

En realidad, no deberíamos hablar de sustitución, sino de una curiosa trabazón entre la oralidad y el lenguaje escrito, un delicado entretejerse. Resulta paradójico, por ejemplo, que en las escuelas griegas los niños aprendieran a leer con la *Ilíada* y la *Odisea*. Homero conservó siempre su lugar central en la enseñanza; como en los tiempos de la enciclopedia oral, fue el maestro indiscutible de toda la Hélade. Por otro lado, es indudable que los grandes contadores de historias y los individuos hábiles componiendo discursos siguieron encandilando a los griegos, como demuestra su inagotable pasión por la retórica. En general, el liderazgo político de las ciudades-estado griegas recaía en personas dotadas de un verbo elocuente. Allí nunca existió esa división característica del mundo medieval entre señores feudales con mucho músculo pero poca sesera, y los cultos letrados que redactaban sus documentos. Los griegos adoraban la oratoria eficaz sazonada con un cierto gracejo expresivo. El estereotipo humorístico de la Antigüedad los presenta siempre galleando, parloteando, importunando. Por ese amor desaforado a la palabra y su frenesí de debate, los romanos que conquistaron Grecia los consideraban charlatanes sin remedio.

Afinando el oído, todavía escuchamos resonar las palabras aladas en los coros de la tragedia, en los himnos de Píndaro, en la historia cuajada de relatos que escribió Heródoto, en los diálogos de Platón. Al mismo tiempo, todas esas obras poseen un sesgo novedoso de lenguaje y de conciencia individual. Como suele suceder, no hubo una ruptura completa ni una continuidad absoluta. Incluso la apuesta literaria más novedosa contiene siempre fragmentos y despojos de innumerables textos previos.

El caso de Sócrates presenta una llamativa amalgama de lo nuevo y lo viejo. Sócrates, un pequeño artesano, pasó su vida merodeando por los gimnasios, por los talleres y por el ágora de Atenas para entablar conversaciones filosóficas con quien quisiera detenerse a hablar con él. Ese gusto por el vagabundeo parlanchín y su desinterés por el hogar, además de hacer desgraciado su matrimonio con Jantipa, le granjearon fama de excéntrico. Era un formidable conversador que siempre se negó a poner por escrito sus enseñanzas. Acusaba a los libros de obstaculizar el diálogo de ideas, porque la palabra escrita no sabe contestar a las preguntas y objeciones del lector. Seguramente se sintiera más próximo a los antiguos bardos de vida al aire libre que a los escritores de tez pálida y aspecto ojeroso. Sin embargo, la musa de la filosofía, que sedujo a Sócrates y le inspiró su feliz absentismo laboral, era hija de la escritura. En el mundo de las tradiciones, un personaje como él, con sus orígenes humildes y su impactante fealdad —era de baja estatura, nariz chata y barriga imponente—, no hubiera tenido derecho a tomar la palabra en público, sino que habría corrido la suerte de Tersites. Sin embargo, en la ilustrada Atenas de su tiempo, los aristócratas no solo renunciaron a apalearlo en público, sino que lo respetaron y costearon su actividad filosófica ambulante.

Sócrates no fue el único gran pensador que, en la encrucijada de la comunicación, se abstuvo de escribir. Como él, Pitágoras, Diógenes, Buda y Jesús de Nazaret optaron por la oralidad. No obstante, todos ellos sabían leer y dominaban la escritura. En el Evangelio de san Juan, Jesús se agacha y escribe con el dedo en la arena, justo antes de lanzar su famoso desafío: «El que de vosotros no tenga pecado, que tire la primera piedra». Juan no nos revela qué decía la frase escrita en la arena —tal vez el viento se llevó una máxima tan memorable como la anterior, o solo una lista de recados—, pero lo esencial es que leemos toda la escena. Los discípulos asumieron la tarea que sus mentores habían desestimado y, gracias a las crónicas de los apóstoles, persiste una imagen nítida de su paso por el mundo. Aunque aquellos maestros tomaron partido por la oralidad, los libros fueron el

vehículo decisivo para expandir su mensaje. Cuando la memoria era el único depósito de palabras, los discursos disidentes tenían muy escasas posibilidades de perpetuarse más allá del pequeño círculo de adeptos.

Es importante matizar: en la nueva civilización de la escritura, la oralidad perdió el monopolio de la palabra, pero no se extinguió y, de hecho, sigue viviendo entre nosotros. Hasta el siglo XX, quienes sabían leer eran minoría en todas las sociedades, y todavía hoy existen cientos de millones de analfabetos en el mundo. Como saben los antropólogos, la voz de los cantos y los mitos nunca ha callado del todo. En el periodo de Entreguerras, Milman Parry, investigador de la Universidad de Harvard, viajó a los Balcanes para ser testigo de recitaciones épicas a la usanza de Homero y tratar de desentrañar el enigma homérico. Para su asombro, la historia de su viaje científico se convirtió en una nueva epopeya de estilo antiguo. Un bardo analfabeto interpretó en 1933 un canto que ascendía al filólogo al inesperado rango de héroe mítico: «Un halcón gris voló desde los hermosos confines de América, sobrevolando países y ciudades, hasta llegar a la orilla de nuestro mar. Nuestra historia lo recordará a través del tiempo». Otro investigador estadounidense, Hiram Bingham, que un par de décadas antes dio a conocer el yacimiento de Machu Picchu, entraría en el imaginario popular convertido en Indiana Jones y blandiendo su famoso látigo. Durante un corto periodo, algunos profesores universitarios consiguieron plaza en la plantilla heroica del universo épico.

Aunque en apariencia pueda resultar paradójico, la oralidad debe enormes triunfos a los avances de la tecnología. Desde tiempos remotos, el poder de la voz humana solo podía alcanzar a las personas físicamente presentes. La radio y el teléfono fulminaron esas limitaciones —el sonido tanto de los discursos solemnes como de la cháchara cotidiana está en condiciones de alcanzar a toda la población del mundo—. Con la proliferación de los teléfonos móviles, los satélites y la cobertura, nuestras palabras viajan de un extremo a otro de la geografía planetaria con alas más largas que nunca.

El cine, que empezó siendo un espectáculo mudo, persiguió ansiosamente el tránsito al sonoro. Mientras duró la etapa silente, las salas dieron trabajo a unos curiosos personajes, los explicadores, que pertenecían a la antigua tribu de los rapsodas, trovadores, titiriteros y narradores. Su tarea consistía en leer los rótulos de las películas para el público analfabeto y animar la sesión. En los comienzos, su presencia era tranquilizadora porque la gente se asustaba al ver por primera vez una proyección. No entendían cómo podía brotar una calle —o una fábrica, un tren, una ciudad, el mundo— de una sábana. Los

explicadores ayudaban a suavizar el extrañamiento del cine, cuando las imágenes en movimiento entraron en nuestras vidas. Acudían provistos de artilugios como bocinas, carracas y cáscaras de coco para reproducir los sonidos que se veían en pantalla. Señalaban a los personajes con un puntero. Respondían a las exclamaciones del público. Improvisaban expresivos monólogos al hilo de la acción. Interpretaban, daban carácter a la silenciosa trama. Desataban carcajadas. En el fondo, intentaban llenar el inquietante vacío que creaba la ausencia de voces. Los explicadores más divertidos y elocuentes llegaron a ser anunciados en los programas de los cines porque muchos espectadores acudían a las salas atraídos por ellos, y no por las películas.

Heigo Kurosawa fue un admirado *benshi*, narrador de películas mudas para el público japonés. Se convirtió en una estrella; la gente acudía en masa a escucharlo. Introdujo a su hermano pequeño Akira, que por entonces quería ser pintor, en los ambientes cinematográficos de Tokyo. En torno a 1930, con la vertiginosa llegada del sonoro, los *benshi* perdieron su trabajo, su fama se eclipsó y fueron olvidados. Heigo se suicidó en 1933. Akira dedicó toda su vida a dirigir películas como las que aprendió a amar en la voz de su hermano mayor.

36

Mientras estoy sumergida en el capítulo anterior, concentrada en las voces distantes de tiempos remotos, me alcanza la onda expansiva de la agitada actualidad. Tras la noticia, se ha desatado el verborreico concierto de comentarios, indignaciones e ironía en las nerviosas redes sociales. Suenan los «¿será posible?» y los «ya era hora», la polémica alcanza el punto de efervescencia. Los periódicos y las emisoras de radio consultan a sus expertos habituales. No hay tregua. Twitter vomita la penúltima novedad inaudita: la academia sueca ha concedido el Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan.

Asisto divertida a la cacofonía mediática de apocalípticos e integrados. Los entusiastas celebran que las jerarquías y el esnobismo literario hayan saltado al fin por los aires. Los indignados desconfían del postizo vanguardismo del vetusto comité sueco. Sospechan que aquí no hay intención de desacralizar o expandir el concepto de escritor, ni una derrota de los aduaneros uniformados que vigilan las lindes de la literatura y solicitan visado de entrada; en esta elección ven simple oportunismo y sed de repercusión pública. Los más exaltados prefieren llamarlo banalización y se preguntan

escandalizados cuál será el siguiente paso tras tamaña insensatez. ¿Detrás del cantautor irrumpirán en el *sancta sanctorum* de la academia una jauría de hijos bastardos de la palabra —guionistas de cine y televisión, autores de cómics, monologistas, diseñadores de videojuegos y proyectos transmedia, epigramistas de Twitter—? ¿Son ellos las tribus del porvenir?

Yo, invadida por el libro que escribo, pienso en Homero. Pienso en la multitud de bardos itinerantes agazapados detrás de su nombre. Ellos fueron los primeros. Cantaban para entretener a los ricos en sus palacios y a la gente humilde en las plazas de las aldeas. Por aquel tiempo, ser poeta era un asunto de suelas gastadas, de polvo de los caminos, del instrumento a la espalda, de recitales al caer la noche y ritmo en el cuerpo. Aquellos artistas caminantes, los andrajosos enviados de las musas, sabios bohemios que explicaban el mundo en canciones, mitad enciclopedistas y mitad bufones, son los antepasados de los escritores. Su poesía vino antes que la prosa, y su música, antes que la lectura silenciosa.

Un Nobel para la oralidad. Qué antiguo puede llegar a ser el futuro.

37

De niña creía que los libros habían sido escritos para mí, que el único ejemplar del mundo estaba en mi casa. Estaba convencida: mis padres, que durante aquella época de su vida eran gigantes espléndidos y todopoderosos, se habían ocupado, en sus ratos libres, de inventar y fabricar los cuentos que me regalaban. Mis historias favoritas, que yo saboreaba en la cama, con la manta hasta la barbilla, en la voz inconfundible de mi madre, existían, claro está, solo para que yo las escuchase. Y cumplían su única misión en el mundo cuando yo le exigía a la giganta narradora: «¡Más!».

He crecido, pero sigo manteniendo una relación muy narcisista con los libros. Cuando un relato me invade, cuando su lluvia de palabras cala en mí, cuando comprendo de forma casi dolorosa lo que cuenta, cuando tengo la seguridad —íntima, solitaria— de que su autor ha cambiado mi vida, vuelvo a creer que yo, especialmente yo, soy la lectora a quien ese libro andaba buscando.

Nunca le he preguntado a nadie si siente algo parecido. En mi caso, todo se remonta al país de la infancia, y creo que hay un motivo esencial: mi primer contacto con la literatura fue como lectura en voz alta; como encrucijada donde confluyen todos los tiempos —el presente de la escritura y el pasado la oralidad—; como pequeño teatro con un solo espectador, como

cita fiel, como plegaria liberadora. Si alguien lee para ti, desea tu placer; es un acto de amor y un armisticio en medio de los combates de la vida. Mientras escuchas con soñadora atención, el narrador y el libro se funden en una única presencia, en una sola voz. Y, de la misma forma que tu lector modula para ti las inflexiones, las sonrisas tenues, los silencios y las miradas, también la historia es tuya por derecho inalienable. Nunca olvidarás a quien te contó un buen cuento en la penumbra de una noche.

Una mujer escucha leer a su amante adolescente en cada uno de sus encuentros eróticos. Me fascina imaginar esos momentos descritos en *El lector*, de Bernhard Schlink. Todo empieza con la *Odisea*, que el chico traducía en sus clases de griego del instituto. Léemelo, dice ella. Tienes una voz muy bonita, chiquillo. Cuando él intenta besarla, ella retira la cara: primero tienes que leerme algo. A partir de ese día, el ritual de sus encuentros incluye siempre la lectura. Durante media hora —antes de la ducha, el sexo y el reposo—, en la intimidad del deseo, él va desovillando historias mientras la mujer, Hanna, escucha con atención, a veces riéndose o bufando con desprecio, o haciendo exclamaciones indignadas. A lo largo de los meses y los libros —Schiller, Goethe, Tolstói, Dickens—, el chico de voz insegura aprende las habilidades del narrador. Cuando llega el verano y los días se alargan, dedican todavía más tiempo a la lectura. Una tarde de bochorno veraniego, recién acabado un libro, Hanna se niega a empezar otro. Es su último encuentro. Días después, el chico llega a la hora habitual y llama al timbre, pero la casa está vacía. Ella ha desaparecido de repente, sin explicaciones —el final de las lecturas ha marcado el final de su historia—. Durante años, él no puede ver un libro sin pensar en compartirlo con Hanna.

Tiempo después, mientras estudia Derecho en una universidad alemana, él descubre por azar la oscura historia de su antigua amante: fue guardiana en un campo de concentración nazi. También allí hacía que las prisioneras le leyeran libros, noche tras noche, antes de arrojarlas al tren que las conducía a una muerte segura en Auschwitz. Por ciertos indicios, atando cabos, comprende que Hanna es analfabeta. Reconstruye la historia de una joven emigrada del mundo rural, sin educación, acostumbrada a trabajos de poca monta, que se embriaga con el puesto de mando en un campo femenino cerca de Cracovia. Bajo esa nueva luz se explica la dureza de Hanna, que a veces rozaba la crueldad, sus mutismos, sus reacciones incomprensibles, su sed de lecturas en voz alta, su marginación, sus esfuerzos por ocultarse, su aislamiento. Los recuerdos amorosos del joven estudiante se tiñen de horror y, sin embargo, toma la decisión de grabar la *Odisea* en cintas de casete y

hacérselas llegar a la cárcel a ella para aliviar su soledad. Mientras Hanna cumple su larga condena, él no deja de enviarle grabaciones de Chéjov, Kafka, Max Frisch, Fontane. Atrapados en su laberinto de culpa, espanto, memoria y amor, los dos se resguardan en el antiguo refugio de las lecturas en voz alta. Esos años de narraciones compartidas reviven las mil y una noches en que Sherezade aplacó con sus relatos al sultán asesino. Náufragos de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial y con las heridas europeas todavía en carne viva, el protagonista y Hanna regresan a las antiguas historias en busca de absolución, de cura, de paz.

La revolución apacible del alfabeto

38

Nosotros, habitantes del siglo XXI, damos por hecho que todo el mundo aprende a leer y escribir en la infancia. Nos parece un conocimiento asequible, al alcance de cualquiera. Ni siquiera imaginamos que pueda haber entre nosotros personas analfabetas, como Hanna.

Pero existen (670.000 en España, en 2016, según datos del Instituto Nacional de Estadística). Yo conocí a una. Fui testigo de su impotencia ante situaciones cotidianas como orientarse por la calle, encontrar el andén correcto de una estación, descifrar la factura de la luz —aunque me pregunto si alguno de los que sabemos leer entendemos el embrollo de las tarifas eléctricas—, dar con la papeleta escogida para votar o elegir un plato en un restaurante. Tan solo los lugares conocidos y las rutinas repetidas tranquilizaban su angustia ante un mundo en el que era incapaz de desenvolverse como los demás. Dedicaba un esfuerzo agotador a ocultar su condición de analfabeta —he olvidado las gafas en casa; ¿podría leerme esto?—, y esa necesidad de fingir acababa marginándola de las relaciones normales con los demás. Recuerdo sobre todo el desamparo, el repertorio de pequeñas mentiras necesarias para pedir ayuda a los desconocidos sin pasar vergüenza, la minoría de edad sin fin. En *La ceremonia*, el cineasta Claude Chabrol captó el lado oscuro e inquietante de esta silenciosa exclusión, mostrando la violencia reprimida de la protagonista, irónicamente llamada Sophie. Se basaba en una novela negra de Ruth Rendell, *Un juicio de piedra*, que describe la obsesión desesperada —y, al final, sangrienta— de una mujer analfabeta por proteger su secreto.

Leemos más que nunca. Estamos cercados por carteles, rótulos, publicidad, pantallas, documentos. Las calles rebosan palabras, desde los grafitis de las paredes hasta los anuncios luminosos. Parpadean en los teléfonos móviles y las pantallas de los ordenadores. Textos en distintos formatos conviven con nosotros en nuestra casa como tranquilos animales de compañía. Nunca había habido tantos. Nuestros días están atravesados por continuas ráfagas de letras escritas y alarmas que anuncian su llegada. Dedicamos varias horas de nuestra jornada y de nuestro ocio a tamborilear

sobre distintos teclados. Cuando nos requieren rellenar un formulario ante una ventanilla, nadie tiene nunca la cortesía de preguntarnos si sabemos leer. Hasta en las situaciones más corrientes quedaríamos excluidos si no fuéramos capaces de escribir con rapidez.

Ana María Moix me contó una vez que en los años setenta, un mediodía quedó a comer con la prodigiosa camada del *boom* latinoamericano: Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Bryce Echenique, José Donoso, Jorge Edwards… Entraron en un restaurante de Barcelona donde había que apuntar el pedido y entregárselo por escrito al camarero. Pero ellos, bebiendo y conversando, se desentendieron del menú y de las aproximaciones interrogativas de los camareros. Al final tuvo que interrumpir el *maître*, irritado por tanta cháchara apasionada y tan poco interés gastronómico. Se les acercó y, sin reconocerlos, preguntó con voz enojada: «¿Es que nadie sabe escribir en esta mesa?».

Hoy asumimos que, a nuestro alrededor, la inmensa mayoría de la gente lee y escribe. Detrás de esta situación hay una larguísima ruta de siglos. Igual que la informática, la escritura fue al principio el coto cerrado de unos pocos expertos. Sucesivas simplificaciones han permitido que millones de personas utilicen esas herramientas en su vida cotidiana. Para esta progresión —que en el caso de los ordenadores se ha cumplido en solo unas décadas—, hicieron falta miles de años en la historia de la escritura. La rapidez de los cambios no es uno de los rasgos distintivos del pasado remoto.

Hace seis mil años, aparecieron los primeros signos escritos en Mesopotamia, pero los orígenes de esta invención están envueltos en el silencio y el misterio. Tiempo después, y de forma independiente, la escritura nació también en Egipto, la India y China. El arte de escribir tuvo, según las teorías más recientes, un origen práctico: las listas de propiedades. Estas hipótesis afirman que nuestros antepasados aprendieron el cálculo antes que las letras. La escritura vino a resolver un problema de propietarios ricos y administradores palaciegos, que necesitaban hacer anotaciones porque les resultaba difícil llevar la contabilidad de forma oral. El momento de transcribir leyendas y relatos llegaría después. Somos seres económicos y simbólicos. Empezamos escribiendo inventarios, y después invenciones (primero las cuentas; a continuación los cuentos).

Los primeros apuntes eran dibujos esquemáticos (una cabeza de buey, un árbol, una jarra de aceite, un hombrecillo). Con esos trazos, los antiguos terratenientes inventariaban sus rebaños, sus bosques, su despensa y sus esclavos. Al principio, imprimían esas formas en la arcilla con pequeños

sellos y más tarde las trazaban con cálamos. Los dibujos tenían que ser sencillos, y siempre los mismos, para que se pudieran aprender y descifrar. El siguiente paso fue dibujar ideas abstractas. En las primitivas tablillas sumerias dos rayas cruzadas describían la enemistad; dos rayas paralelas, la amistad; un pato con un huevo, la fertilidad. Me gusta imaginar a nuestros ancestros saboreando la excitación de plasmar por primera vez sus pensamientos; cuando descubriesen que el amor, el odio, el terror, el desaliento y la esperanza podían escribirse.

Pronto se planteó un problema: hacen falta demasiados dibujos para dar cuenta del mundo exterior e interior —desde las pulgas a las nubes, desde el dolor de muelas al miedo a morir—. El número de signos no dejaba de aumentar, sobrecargando la memoria. La solución fue una de las mayores genialidades humanas, original, sencilla y de incalculables consecuencias: dejar de dibujar las cosas y las ideas, que son infinitas, para empezar a dibujar los sonidos de las palabras, que son un repertorio limitado. Así, a través de sucesivas simplificaciones, llegaron a las letras. Combinando letras hemos conseguido la más perfecta partitura del lenguaje, y la más duradera. Pero las letras nunca han dejado atrás su pasado de dibujos esquemáticos. Nuestra «D» representaba en origen una puerta, la «M» el movimiento del agua, la «N» era una serpiente y la «O» un ojo. Todavía hoy, nuestros textos son paisajes donde pintamos —sin saberlo— el oleaje del mar, donde acechan peligrosos animales y miradas que no pestañean.

39

Los primitivos sistemas eran verdaderos laberintos de símbolos. Mezclaban dibujos figurativos —pictogramas e ideogramas—, signos fonéticos y marcas diferenciadoras que ayudaban a resolver ambigüedades. Dominar la escritura exigía conocer hasta un millar de símbolos y sus complicadas combinaciones. Ese conocimiento —intrincado y maravilloso— estaba solo al alcance de una selecta minoría de escribas que ejercían un oficio privilegiado y secreto. Los aprendices, de origen noble, tenían que sobrevivir a una despiadada enseñanza. Un texto egipcio dice: «el oído del muchacho está en su espalda; ¡solo escucha cuando le pegas!». En las escuelas de escribas, los chicos, con las espaldas cosidas a cicatrices, se endurecían durante años a fuerza de palizas y violenta disciplina. No se consentía remolonear, y el castigo para los malos estudiantes podía llegar a ser el encarcelamiento. Sin embargo, si soportaban la crueldad y la monotonía del aprendizaje, escalaban a la cumbre

de las jerarquías religiosas. Los maestros de la escritura formaban una aristocracia a veces más poderosa que la de los cortesanos analfabetos o el propio soberano. La consecuencia de ese sistema de enseñanza fue que, durante muchos siglos, la escritura dio voz solo al poder establecido.

La invención del alfabeto derribó muros y abrió puertas para que muchas personas, y no solo un cónclave de iniciados, pudieran acceder al pensamiento escrito. La revolución se gestó entre los pueblos semíticos. Partiendo del complicado sistema egipcio, llegaron a una fórmula de asombrosa simplicidad. Retuvieron únicamente los signos que representaban las consonantes simples, la arquitectura básica de las palabras. Los vestigios más antiguos del alfabeto se encontraron en una pared rocosa llena de grafitis, cerca de una árida carretera en Wadi el-Hol («el Valle Terrible»), que atraviesa el desierto entre Abidos y Tebas, en el Alto Egipto. Estas sencillas inscripciones de emigrantes, fechadas en el año 1850 a. C., están relacionadas con la antigua escritura alfabética de la península del Sinaí y del territorio cananeo en Siria-Palestina. Hacia 1250 a. C., los fenicios —cananeos que habitaban en ciudades costeras como Biblos, Tiro, Sidón, Beirut y Ascalón— llegaron a un sistema de veintidós signos. Atrás quedaron las escrituras antiguas que exigían una agotadora carga para la memoria y una larga especialización al alcance solo de mentes privilegiadas. Usar menos de treinta letras para representar todas las palabras de la lengua le parecería un método muy tosco a un escriba egipcio, acostumbrado a emplear centenares de signos. Habría arrugado la nariz y enarcado las cejas ante nuestra anodina letra «E», derivada de un bello jeroglífico egipcio —un hombre levantando los brazos— que tenía un poético significado: «das alegría con tu presencia». En cambio, para los astutos navegantes fenicios, la cuestión adquiría un cariz muy distinto. La simplificada escritura alfabética liberaba al comerciante del poder del escriba. Gracias a ella, cada uno podía llevar sus propios registros y dirigir sus negocios.

La onda expansiva del invento no afectó solo a los mercaderes, alcanzó también a muchos que, fuera de los círculos del gobierno y los colegios sacerdotales, lejos de los centinelas de la ortodoxia, pudieron por primera vez acceder a las historias de la tradición por escrito, distanciarse de su embrujo oral y empezar a dudar de ellas. Así nacieron el espíritu crítico y la literatura escrita. Ciertos individuos se atrevieron a dejar huella de sus sentimientos, sus incredulidades y su propia visión de la vida. Los libros se convirtieron poco a poco en vehículo de expresión individual. En Israel, las voces de los combativos profetas, que no eran necesariamente escribas ni sacerdotes,

irrumpieron en la Biblia; en Grecia, personas sin orígenes aristocráticos se convirtieron en buscadores curiosos de respuestas para explicar el mundo circundante. Aunque los rebeldes y revolucionarios seguían saliendo tan malparados como antes, sus ideales tenían nuevas posibilidades de sobrevivirles y difundirse. Gracias al alfabeto, algunas causas perdidas se han ganado con el paso del tiempo. Incluso si la mayoría de los textos continuaron apuntalando el poder de reyes y señores, se abrieron intersticios para voces indómitas. Las tradiciones perdieron algo de su solidez inamovible. Ideas novedosas sacudieron las vetustas estructuras sociales.

En torno al año 1000 a. C., encontramos la escritura fenicia en un poema esculpido en la tumba de Ahiram, rey de Biblos (hoy llamada Jubayl), ciudad famosa por su comercio de exportación de papiros, y de donde procede la palabra griega con la que se designa el libro: *biblíon*. De este sistema de los fenicios descienden todas las posteriores ramas de escritura alfabética. La más importante fue la aramea, de la cual a su vez provenían la familia hebrea, árabe e india. También derivó de esa misma matriz el alfabeto griego, y más tarde el latino, que ha arraigado en los territorios que se extienden desde Escandinavia hasta el Mediterráneo, así como en los grandes espacios antaño colonizados por occidentales.

40

Los griegos adoptaron la escritura fenicia en completa libertad, sin imposición alguna. Acomodaron el invento a sus necesidades y, al lento compás de un cambio deseado, fueron poniendo por escrito las tradiciones orales que más amaban, salvándolas de las fragilidades de la memoria. Disfrutaron de la misma independencia en su época oral y en su vida alfabética. Es un caso excepcional; muchas culturas orales, por el contrario, han terminado en una brusca colisión, cercadas o invadidas por pueblos que les han impuesto por la fuerza su lengua y la palabra escrita. Los antropólogos y etnólogos han podido encontrar testigos vivos de este cambio hacia la escritura en países colonizados donde la irrupción del alfabeto, unida al trauma de las invasiones, está recorrida por una estela de violencia.

La novela *Me alegraría de otra muerte*, del escritor nigeriano Chinua Achebe, reflexiona sobre ese conflictivo amor a las letras invasoras. Tras el desembarco occidental y los primeros vislumbres de la aniquilación del mundo milenario en el que nacieron, los personajes de esta historia descubren fascinados la escritura. Al mismo tiempo presienten con dolor que, en manos

de los colonos, ese mágico instrumento los despojaría de su propio pasado. La civilización extranjera posee el hechizo para perpetuarse; mientras tanto, el universo indígena se desmorona. «El símbolo del poder blanco era la palabra escrita. Una vez, antes de irse a Inglaterra, Obi había oído hablar con profunda emoción sobre los misterios de la palabra escrita a un pariente analfabeto: Nuestras mujeres antes se hacían dibujos negros en el cuerpo con la savia del *uli*. Era bonito, pero duraba poco. Si duraba dos semanas de mercado ya era mucho. Pero algunas veces nuestros mayores hablaban de un *ulique* no se decoloraba, aunque ninguno lo había visto. Hoy lo vemos en la escritura del hombre blanco. Si vas a los tribunales nativos y miras los libros de los escribanos de hace veinte años o más, están todavía como el día que los escribieron. No dicen una cosa hoy y otra mañana, o una cosa este año y otra el que viene. En un libro, Okoye hoy no puede ser Okonkwo mañana. En la Biblia, Pilatos dice: "Lo escrito, escrito está". Es un *uli* que nunca se destiñe».

41

No sabemos su nombre, ni dónde nació, ni cuánto tiempo vivió. Lo llamaré «él» porque lo imagino hombre. Las mujeres griegas de la época no tenían libertad de movimientos, les estaban prohibidas la independencia y la iniciativa para hacer algo así.

Él vivió en el siglo VIII a. C., hace veintinueve siglos. Cambió mi mundo. Mientras escribo estas líneas, me siento agradecida a ese desconocido olvidado que con su inteligencia consiguió un avance maravilloso, aunque quizá no fue consciente de la trascendencia de su hallazgo. Lo imagino viajero, tal vez isleño. Con seguridad fue amigo de curtidos mercaderes fenicios de rostro bronceado. Seguramente bebió con ellos en las tabernas de los puertos, de noche, aspirando el olor del salitre en el aire mezclado con el humo que subía de un platillo de sepia sobre la mesa, mientras escuchaba historias de mar. Barcos cabalgando en las tormentas, olas como cordilleras, naufragios, costas extrañas, misteriosas voces de mujer en la noche. Pero lo que a él le fascinaba sobre todo era un talento de los marinos en apariencia humilde y sin épica. ¿Cómo podían escribir tan deprisa unos sencillos mercaderes?

Los griegos habían conocido la escritura en la época del apogeo cretense y de los reinos micénicos, con sus constelaciones de signos arcanos al servicio solo de la contabilidad palaciega. Sistemas silábicos de gran complejidad y un uso muy limitado, elitista. Los tiempos de saqueos e invasiones, junto a la

pobreza de los últimos siglos, casi habían sepultado en el olvido aquellos laberintos de signos. Para él, para quien el arte de la escritura era un símbolo de poder, los rápidos trazos de los marinos fenicios fueron una revelación. Sintió asombro, vértigo, deseos de poseer su secreto. Decidió descifrar los misterios de la palabra escrita.

Consiguió uno o varios informantes letrados, tal vez pagándoles de su propia bolsa. El lugar donde sucedieron los encuentros probablemente fuera una isla (las mejores candidatas son Tera, Melos y Chipre) o incluso la costa libanesa (como, por ejemplo, el puerto de Al Mina, donde los mercaderes eubeos estaban en trato constante con los fenicios). Aprendió de sus improvisados maestros la mágica herramienta que permitía atrapar la huella de las infinitas palabras con solo veintidós simples dibujos. Supo apreciar la audacia del invento. Al mismo tiempo, descubrió que la escritura fenicia contenía acertijos: solo se anotaban las consonantes de cada sílaba, dejando al lector la tarea de adivinar las vocales. Los fenicios habían sacrificado la exactitud en aras de una mayor facilidad.

A partir del modelo fenicio, él inventó, para su lengua griega, el primer alfabeto de la historia sin ambigüedades —tan preciso como una partitura—. Comenzó por adaptar en torno a quince signos fenicios consonánticos en su mismo orden, con un nombre parecido (*aleph, bet, gimel*… se convirtieron en «alfa», «beta», «gamma»…). Tomó letras que no eran útiles para su lengua, las llamadas consonantes débiles, y usó sus signos para las cinco vocales que como mínimo se requerían. Solo fue innovador allí donde se vio capaz de mejorar el original. Su logro fue enorme. Gracias a él se difundió en Europa un alfabeto mejorado, con todas las ventajas del hallazgo fenicio y un nuevo avance añadido: la lectura dejó de estar sujeta a conjetura y, por tanto, se volvió todavía más accesible. Imaginemos cómo sería leer esta frase sin vocales: mgnms cm sr lr st frs sn vcls. Pensemos por un instante en la dificultad de identificar la palabra «idea» a partir de la consonante «D», o «aéreo» desde tan solo una «R».

No sabemos nada sobre ese desconocido; solo nos queda la fantástica herramienta que nos regaló. Su identidad es una huella borrada por las olas, pero no hay duda de que existió. Los expertos piensan que la invención del alfabeto griego no fue un proceso anónimo a cargo de una colectividad sin nombre ni rostro. Fue un acto individual, deliberado e inteligente que exigió una gran sofisticación auditiva para identificar las partículas básicas —consonantes y vocales— que componen las palabras. Un acontecimiento único que se realizó en un momento determinado y en un único lugar. En la

historia de la escritura griega no hay indicios de un tránsito gradual desde un sistema menos completo a uno más acabado. Tampoco hay rastros de formas intermedias, ensayos, vacilaciones ni de retrocesos. Hubo alguien —ya nunca averiguaremos quién—, un sabio anónimo, asiduo de tabernas hasta el amanecer, amigo de los navegantes forasteros en un lugar bañado por el mar, que se atrevió a forjar las palabras del futuro dando forma a todas nuestras letras. Y nosotros seguimos escribiendo, en esencia, de la misma manera que imaginó el creador de este instrumento prodigioso.

42

Gracias al alfabeto, la escritura cambió de manos. En la época de los palacios micénicos, un reducido grupo de expertos y escribas registraban en tablillas de barro la contabilidad de palacio. Los monótonos inventarios de riquezas son el único rastro escrito de aquella época. En cambio, en la Grecia del siglo VIII a. C., el nuevo invento reveló un paisaje distinto. Los primeros restos alfabéticos que conocemos aparecieron en vasos de cerámica o sobre piedra. Las palabras que los alfareros y canteros grabaron ya no hablan de ventas y posesiones —esclavos, bronce, armas, caballos, aceite o ganado—. Eternizan instantes especiales de las vidas de personas comunes que participan en banquetes, que bailan, beben y celebran sus placeres.

Han sobrevivido unas veinte inscripciones fechadas entre el año 750 y el 650 a. C. La más antigua es el vaso de Dípilon, encontrado en un antiguo cementerio de Atenas. El ejemplo más remoto de escritura alfabética, aunque incompleto, es un verso sensual y evocador: «El bailarín que dance con mayor destreza…». Esas sencillas palabras nos trasladan a un simposio celebrado en una residencia griega, con risas, juegos, vino y un concurso de baile para los invitados cuyo premio es el vaso mismo. Homero describió en la *Odisea* este tipo de competiciones festivas, que eran frecuentes en los banquetes y para los griegos formaban parte de su concepto de la buena vida. A juzgar por los términos de la inscripción, el tipo de danza sería acrobática, enérgica, cargada de erotismo. Por eso imaginamos que el ganador del concurso debía de ser muy joven, capaz de realizar el gran esfuerzo físico, las volteretas y los saltos que el baile exigía. Se sintió tan orgulloso que siempre conservó el recuerdo de aquel día feliz y, muchos años después, pidió que lo enterrasen con el trofeo de su victoria. En su tumba, tras veintisiete siglos de silencio, hemos encontrado el vaso y, grabado en él, ese verso que conserva ecos de música y huellas de unos bellos pasos de baile.

La segunda inscripción más temprana —de alrededor del 720 a. C.— fue hallada también en una tumba de la isla de Isquia, en el extremo oriental del mundo griego. Dice: «Yo soy la deliciosa copa de Néstor. Quien beba de esta copa pronto será presa del deseo de Afrodita, coronada de belleza». Es un homenaje a la *Ilíada*, escrito en hexámetros. La copa de Néstor demuestra que incluso en una isla periférica, en un mundo de comerciantes y navegantes, el conocimiento de Homero era impecable. Y nos revela que la magia de las letras convertía sencillos objetos cotidianos, como una copa o una vasija de cerámica, en posesiones valiosas que acompañaban a sus propietarios hasta la tumba. Una nueva época estaba empezando. El alfabeto sacó la escritura fuera de la atmósfera cerrada de los almacenes de palacio, y la hizo bailar, beber y sucumbir al deseo.

Voces que salen de la niebla, tiempos indecisos

43

En la infancia balbuceante de la escritura, las voces que narraban historias abandonaron la niebla del anonimato. Los autores deseaban ser recordados, vencer la muerte con la fuerza de sus relatos. Sabemos quiénes son. Nos dicen sus nombres para que los salvemos del olvido. A veces, incluso salen de los bastidores del relato para hablar en primera persona, un atrevimiento que nunca se permite el invisible narrador de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Percibimos el cambio al leer a Hesíodo, que creó sus principales obras en torno al cambio de siglo, es decir, alrededor del año 700 a. C. Sus hexámetros conservan el sabor de la oralidad, pero contienen un ingrediente nuevo: el germen de lo que hoy llamamos autoficción. A su manera abrupta y desinhibida, Hesíodo —autor, narrador y personaje— nos da detalles sobre su familia, sus experiencias y su forma de vida. Quizá podría decirse que es el primer individuo de Europa y un lejano abuelo literario de Annie Ernaux o Emmanuel Carrère. Hesíodo cuenta que su padre emigró desde Asia Menor a Beocia «huyendo no precisamente de la abundancia, la felicidad y la riqueza, sino de la escasez». Con su habitual humor ácido, despotrica del villorrio mugriento donde la familia se instaló, llamado Ascra, «aldea mísera, mala en invierno, dura en verano, y nunca buena».

Describe cómo nació su vocación poética. Hesíodo era un joven pastor que pasaba sus días en la soledad de la montaña, durmiendo en el suelo con el ganado de su padre. Mientras vagaba por los pastos de verano, se construyó un mundo imaginario hecho de versos, música y palabras. Un mundo interior a la vez celestial y peligroso. Un día, apacentando el rebaño al pie del monte Helicón, tuvo una visión. Se le aparecieron las nueve musas, le enseñaron un canto, le insuflaron su don y pusieron en sus manos una vara de laurel. Al adoptarlo, le dijeron una frase inquietante: «Sabemos contar mentiras que parecen verdades, y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad». Es una de las reflexiones más antiguas sobre la ficción —esa mentira sincera— y, tal vez, también una confesión íntima. Me gusta pensar que Hesíodo, el niño poeta rodeado de silencio, balidos y boñigas, como siglos más tarde Miguel Hernández, revela aquí su obsesión por las palabras. Las palabras que ama y

le aterran por el poder que tienen en el mundo, por el mal uso que se puede hacer de ellas.

En *Los trabajos y los días*, este pastor poeta relata la épica de su presente, no las hazañas del pasado. Describe un tipo distinto de heroísmo: la dura lucha por sobrevivir en condiciones difíciles. Usa los solemnes hexámetros homéricos para hablar de la siembra y la poda, de castrar cerdos y del graznido de las grullas, de espigas y de carrascas, de la puerca tierra, del vino que calienta las frías noches campesinas. Forja mitos, fábulas de animales y máximas de hosca sabiduría rústica. Arremete contra su hermano Perses, con quien se ha peleado a causa de la herencia. Airea sin pudor las escabrosas luchas familiares por el reparto del patrimonio y no le preocupa parecer avaricioso; todo lo contrario, es un labrador orgulloso de saber cuánto vale la tierra. Nos explica que el vago y sinvergüenza de su hermano ha puesto un pleito contra él y, no contento con esa tremenda maldad, está intentando sobornar al juez. A continuación, se lanza a denunciar la rapacidad de los pequeños caciques y los tejemanejes de los tribunales. Usa expresiones maravillosamente mordaces, como «jueces tragajamones». Furioso y sombrío al estilo de los profetas, amenaza con el castigo divino a las autoridades que, para engordar su bolsa, favorecen siempre a los poderosos y rapiñan a los campesinos pobres. Hesíodo ya no canta los ideales de la aristocracia. Es un heredero del feo Tersites, que en la *Ilíada* le recriminaba al rey Agamenón que medraba a costa del esfuerzo de todos en una guerra que solo a él le beneficiaba.

Muchos griegos de su época deseaban unos cimientos más justos para la vida en común y un reparto más equitativo de las riquezas. *Los trabajos y los días* hablaba a esas personas sobre el valor del trabajo paciente y laborioso, sobre el respeto al otro y la sed de justicia. El tiempo del alfabeto hizo posible que la ácida protesta de Hesíodo perdurase. A pesar de —o tal vez gracias a— sus palabras insultantes contra los reyes, el poema acabó por convertirse en un libro imprescindible y luego en texto escolar. Allá entre los surcos de una pequeña hacienda en litigio de la mísera Ascra, al noroeste del Ática, comienza la genealogía de la poesía social.

44

El alfabeto —según Eric A. Havelock— era en los comienzos un intruso sin posición social. La élite de la sociedad seguía recitando y actuando. El uso de la escritura se extendió a pasos lentos, paulatinos, suaves. Al principio y

durante siglos, los relatos tomaban forma en la hoja en blanco de la mente y se hacían públicos al leerlos en voz alta. Todavía estaban concebidos, en cierto sentido, para la comunicación oral. Las versiones escritas de los libros eran solo un seguro contra el olvido. Los textos más antiguos servían como partituras musicales del lenguaje, que solo los especialistas —autores e intérpretes— usaban y leían. Al público, la música de las palabras les llegaba a través de los oídos, no por la vista.

En torno al siglo VI a. C., nació la prosa y, con ella, los escritores propiamente dichos, que ya no construían sus obras en los misteriosos pasadizos de la memoria, sino que se sentaban a trazar letras en tablillas o papiros. Los autores mismos empezaron a escribir sus textos, o a dictarlos a un secretario. Las pocas copias que se hacían, si se hacía alguna, apenas circulaban. Por eso, no hay huellas de industria ni de comercio de libros en la época arcaica.

Sin embargo, la oralidad misma se transformó en contacto con el alfabeto. Una vez escritas, las palabras empezaron a quedar ancladas en su orden, como notas en un pentagrama. La melodía de las frases permanecía igual para siempre; el torrente espontáneo, la agilidad en la respuesta y la libertad del lenguaje hablado se desvanecieron. En la época micénica antigua, los aedos itinerantes acostumbraban a cantar las leyendas heroicas tañendo su instrumento y dejándose llevar por el duende de la improvisación; pero, con la aparición de los libros escritos, fueron sustituidos por los rapsodas, que recitaban textos memorizados —siempre idénticos y sin acompañamiento musical—, dando golpes de metrónomo con un bastón para marcar el ritmo.

En la época de Sócrates, los textos escritos aún no eran una herramienta habitual y todavía despertaban recelos. Los consideraban un sucedáneo de la palabra oral —liviana, alada, sagrada—. Aunque la Atenas del siglo V a. C. ya contaba con un incipiente comercio de libros, no sería hasta un siglo después, en tiempos de Aristóteles, cuando se llegase a contemplar sin extrañeza el hábito de leer. Para Sócrates, los libros eran ayudas de la memoria y el conocimiento, pero pensaba que los verdaderos sabios harían bien en desconfiar de ellos. Esta cuestión inspiró un diálogo platónico titulado *Fedro*, que transcurre a pocos pasos de las murallas de Atenas, bajo la sombra de un frondoso plátano a la orilla del río Iliso. Allí, en la hora cálida de la siesta, con el fondo sonoro de las cigarras, nace una conversación sobre la belleza que deriva misteriosamente hacia el ambiguo don de la escritura.

Hace siglos, le dice Sócrates a Fedro, el dios Theuth de Egipto, inventor de los dados, el juego de damas, los números, la geometría, la astronomía y

las letras, visitó al rey de Egipto y le ofreció estas invenciones para que las enseñase a sus súbditos. Traduzco las palabras de Sócrates: «El rey Thamus le preguntó entonces qué utilidad tenía escribir, y Theuth le replicó: —Este conocimiento, ¡oh rey!, hará más sabios a los egipcios; es el elixir de la memoria y de la sabiduría. Entonces Thamus le dijo: —¡Oh Theuth!, por ser el padre de la escritura le atribuyes ventajas que no tiene. Es olvido lo que producirán las letras en quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de los libros, llegarán al recuerdo desde fuera. Será, por tanto, la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que la escritura dará a los hombres; y, cuando haya hecho de ellos entendidos en todo sin verdadera instrucción, su compañía será difícil de soportar, porque se creerán sabios en lugar de serlo».

Tras escuchar el exótico mito egipcio, Fedro dice estar de acuerdo con su maestro. Es lo habitual en los modosos seguidores de Sócrates, que nunca osan llevarle la contraria. De hecho, en los diálogos de Platón, los discípulos dicen sin cesar frases como: «Muy cierto, Sócrates», «Te lo concedo, Sócrates», «Veo que otra vez tienes razón, Sócrates». Aunque su interlocutor ya se ha rendido, el filósofo lanza una última estocada: «La palabra escrita parece hablar contigo como si fuera inteligente, pero si le preguntas algo, porque deseas saber más, sigue repitiéndote lo mismo una y otra vez. Los libros no son capaces de defenderse».

Sócrates temía que, por culpa de la escritura, los hombres abandonasen el esfuerzo de la propia reflexión. Sospechaba que, gracias al auxilio de las letras, se confiaría el saber a los textos y, sin el empeño de comprenderlos a fondo, bastaría con tenerlos al alcance de la mano. Y así ya no sería sabiduría propia, incorporada a nosotros e indeleble, parte del bagaje de cada uno, sino un apéndice ajeno. El argumento es agudo, y todavía nos impacta. Ahora mismo estamos inmersos en una transición tan radical como la alfabetización griega. Internet está cambiando el uso de la memoria y la mecánica misma del saber. Un experimento realizado en 2011 por D. M. Wegner, pionero de la psicología social, midió la capacidad de recordar de unos voluntarios. Solo la mitad de ellos sabían que los datos a retener eran guardados en un ordenador. Quienes pensaron que la información quedaba grabada, relajaron el esfuerzo por aprenderla. Los científicos denominan «efecto Google» a este fenómeno de relajación memorística. Tendemos a recordar mejor dónde se alberga un dato que el propio dato. Es evidente que el conocimiento disponible es mayor que nunca, pero casi todo se almacena fuera de nuestra mente. Surgen preguntas inquietantes: bajo el aluvión de datos, ¿dónde queda el saber?

¿Nuestra perezosa memoria viene a ser una agenda de direcciones donde buscar información, sin rastro de la información misma? ¿Somos en el fondo más ignorantes que nuestros memoriosos antepasados de los viejos tiempos de la oralidad?

La gran ironía de todo este asunto es que Platón explicó el menosprecio del maestro por los libros en un libro, conservando así sus críticas contra la escritura para nosotros, sus lectores futuros.

45

Más allá de ciertos límites, la única posibilidad de expandir nuestra memoria depende de la tecnología. Esas transformaciones son a la vez peligrosas y fascinantes. La línea que separa nuestras mentes de internet se está volviendo cada vez más borrosa. Se ha instalado entre nosotros la impresión de que sabemos todo aquello que podemos localizar gracias a Google. Cuando se reúne un grupo de gente, suele haber alguien que se lanza a comprobar los datos de la conversación con su teléfono inteligente. Se zambulle en la pantalla como un ave acuática y, tras una consulta rápida, emerge con el pez en el pico, aclarando todas las dudas sobre el nombre de aquel actor o cuáles son los días perfectos para pescar el pez plátano.

Tras sus experimentos desde los años ochenta en adelante, Wegner piensa que si recordamos dónde encontrar informaciones importantes, incluso sin retener el conocimiento concreto, estamos ampliando las fronteras de nuestro territorio mental. Es el fundamento de su teoría de la memoria transactiva. Según Wegner, nadie recuerda todo. Almacenamos información en las mentes de otros —a quienes podemos acudir a preguntar—, en los libros y en la gigantesca cibermemoria.

El alfabeto fue una tecnología aún más revolucionaria que internet. Construyó por primera vez esa memoria común, expandida y al alcance de todo el mundo. Ni el saber ni la literatura completa caben en una sola mente pero, gracias a los libros, cada uno de nosotros encuentra las puertas abiertas a todos los relatos y todos los conocimientos. Podemos pensar, como vaticinaba Sócrates, que nos hemos vuelto un puñado de engreídos ignorantes. O que, gracias a las letras, formamos parte del cerebro más grande y más inteligente que ha existido nunca. Borges, que pertenecía al grupo de los que piensan de la segunda manera, escribió: «De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio y el telescopio son extensiones de su vista; el teléfono

es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación».

46

Sócrates dijo a Fedro, en aquel deslumbrante mediodía, a las afueras de Atenas, que las palabras escritas son signos muertos y fantasmales, hijas ilegítimas del único discurso vivo: el oral.

El poeta Friedrich Hölderlin, nacido veintitrés siglos más tarde, habría deseado viajar en el tiempo hasta aquel lejano día y aquel tranquilo prado «bajo la sombra de los plátanos, donde el Iliso corría entre las flores, donde Sócrates conquistaba los corazones y Aspasia paseaba entre los mirtos, mientras resonaba el ágora ruidosa y mi Platón forjaba paraísos».

Es algo que sucede con frecuencia: los tiempos que unos consideran decadentes mientras los viven son la región de la nostalgia para otros. Hölderlin creía ser un antiguo ateniense trasplantado a la inhóspita Alemania. Su verdadera patria era aquel siglo dorado contra el que Sócrates despotricaba por destruir la auténtica sabiduría.

Con apenas treinta años, el poeta alemán empezó a sufrir crisis mentales. Cuentan que padecía accesos de ira, agitación y ataques de verborrea que no podía controlar. Declarado enfermo incurable, sus parientes lo ingresaron en una clínica. En el verano de 1807, visitó a Hölderlin en su encierro un ebanista llamado Ernst Zimmer, entusiasmado por su libro *Hiperión*, y decidió llevárselo a vivir a su casa, junto al río Neckar. Allí permaneció el poeta hasta su muerte en 1843, siempre al cuidado de la familia de su lector.

Sin apenas conocerlo, Zimmer decidió recoger, alimentar y cuidar en su demencia al autor de la novela que amaba. Las calladas palabras de un libro forjaron, durante casi cuatro décadas, un vínculo más fuerte que el parentesco entre dos extraños. Tal vez las letras sean solo signos muertos y fantasmales, hijas ilegítimas de la palabra oral, pero los lectores sabemos insuflarles vida. Me encantaría contarle esta historia al viejo y gruñón Sócrates.

47

Fahrenheit 451 es la temperatura a la que arden los libros y el título que Ray Bradbury eligió para su fantasía futurista. O no tan futurista.

La historia sucede durante una época sombría en un país en el que está prohibido leer. Los bomberos ya no se ocupan de apagar incendios, sino de quemar los libros que algunos ciudadanos rebeldes esconden en sus casas. El Gobierno ha decretado que todo el mundo sea feliz. Los libros están repletos de ideas nocivas y, además, la lectura solitaria se presta a la melancolía. La población debe ser protegida de los escritores, que contagian pensamientos malignos.

Los disidentes son perseguidos. Se refugian en los bosques alrededor de las ciudades, en los caminos, a la orilla de los ríos contaminados, en las vías férreas abandonadas. Viajan todo el tiempo, bajo la luz de las estrellas, disfrazados de vagabundos. Han aprendido de memoria libros enteros y los guardan en sus cabezas, donde nadie puede verlos ni sospechar de su existencia. «Al principio, no se trató de un plan preconcebido. Cada hombre tenía un libro que quería recordar, y lo hizo. Luego fuimos entrando en contacto unos con otros, viajamos, creamos esta organización y establecimos un plan. Transmitiremos oralmente los libros a nuestros hijos y dejaremos que ellos esperen a su vez. Cuando la guerra haya terminado, algún día, algún año, los libros podrán ser reescritos. Las personas serán convocadas una por una, para que reciten lo que saben, y lo imprimiremos hasta que llegue otra Edad de Oscuridad, en la que quizá debamos repetir toda la operación». Estos fugitivos, que han visto cómo aquello que amaban acaba destruido, deben recorrer un largo camino de huida, siempre asustados, sin otra certeza que los libros archivados tras sus tranquilos ojos.

La novela parece una fábula distópica, pero no lo es. Algo muy semejante sucedió realmente. En el año 213 a. C., cuando un grupo de griegos intentaban reunir la totalidad de los libros en Alejandría, el emperador chino Shi Huandi ordenó que se quemasen todos los libros de su reino. Solo perdonó los tratados de agricultura, medicina y profecía. Quería que la historia comenzase con él. Pretendía abolir el pasado porque sus opositores lo invocaban en añoranza de los antiguos emperadores. Según un documento de la época, el plan se llevó a cabo sin piedad («Los que se sirvan de la Antigüedad para denigrar los tiempos presentes serán ejecutados junto a sus parientes. Quienes oculten libros serán marcados con un hierro candente y condenados a trabajos forzados»). El odio de Shi Huandi provocó la destrucción de miles y miles de libros —entre otros, todos los escritos del confucianismo—. Los esbirros del emperador fueron de puerta en puerta, apoderándose de los libros y haciéndolos arder en una pira. Más de cuatrocientos letrados reacios fueron enterrados vivos.

En el año 191 a. C., bajo una nueva dinastía, se pudieron reescribir muchos de aquellos libros perdidos. Corriendo increíbles riesgos, los profesionales de las letras habían conservado en la memoria obras enteras, en secreto, al abrigo de la guerra, las persecuciones y los hombres de las hogueras.

No fue la única vez que sucedió algo así. Cuando Alejandro ocupó la ciudad de Persépolis y le prendió fuego, ardieron todos los ejemplares del libro sagrado del zoroastrismo. Sus fieles lo reconstruyeron gracias a que lo recordaban palabra por palabra. Al mismo tiempo que Bradbury imaginaba su fantasía distópica, durante los años de crueldad del estalinismo, once amigos de Anna Ajmátova iban memorizando los poemas de su desgarrador libro *Réquiem* a medida que los escribía, para preservarlos de cualquier desgracia que pudiera ocurrirle a la autora. La escritura y la memoria no son adversarias. De hecho, a lo largo de la historia, se han salvado la una a la otra: las letras resguardan el pasado; y la memoria, los libros perseguidos.

Durante la Antigüedad, cuando todavía perduraban destellos de la cultura oral, cuando había menos libros y se releían más, no era extraño que los lectores aprendieran obras enteras de memoria. Sabemos que los rapsodas recitaban en varias sesiones los quince mil versos de la *Ilíada* y los doce mil de la *Odisea*. También personas corrientes eran capaces de repetir fielmente largos textos literarios. Agustín de Hipona recuerda en uno de sus libros a su compañero de estudios Simplicio, que recitaba discursos completos de Cicerón y todos los poemas de Virgilio —es decir, miles y miles de versos— desde atrás hacia adelante, en orden inverso. Al leer, tallaba las frases que le conmovían en «las tablillas enceradas de la memoria» para recordarlas y recitarlas a voluntad, como si estuviera mirando las páginas de un libro. Un médico romano del siglo II, llamado Antilo, llegó más lejos, afirmando incluso que memorizar libros era bueno para la salud. Sostenía una divertida y extravagante teoría al respecto. Quienes nunca han hecho el esfuerzo de memorizar un relato, unos versos, un diálogo —decía— tienen mayores dificultades para eliminar de su cuerpo ciertos fluidos perjudiciales. En cambio, los que pueden recitar largos textos de memoria expulsan sin problemas esas sustancias dañinas mediante la respiración.

Tal vez sin saberlo, nosotros —como los fugitivos de Bradbury, los letrados chinos, los seguidores de Zoroastro o los amigos de Anna Ajmátova — conservamos ciertas páginas que nos importan a salvo en la mente. «Yo soy *La República* de Platón», dice un personaje de *Fahrenheit 451*. «Yo soy Marco Aurelio». «El capítulo uno del *Walden* de Thoreau vive en Green

River; el capítulo dos, en Willow Farm». «Hay un pueblecito con solo veintisiete habitantes que alberga los ensayos completos de Bertrand Russell, divididos en tantas páginas como personas hay». Uno de los desharrapados rebeldes, con el pelo sucio y mugre en las uñas, bromea: «Nunca juzgue un libro por su cubierta».

En cierto sentido, todos los lectores llevamos dentro íntimas bibliotecas clandestinas de palabras que nos han dejado huella.

Aprender a leer sombras

48

Los libros tuvieron que crear a su público. Y, al hacerlo, transformaron la forma de vida de los griegos.

El alfabeto empezó a echar raíces en un mundo de guerreros. Solo recibían enseñanza —militar, deportiva y musical— los hijos de la aristocracia. Durante la niñez, les educaban sus ayos en palacio. Cuando llegaban a la adolescencia, entre los trece y los dieciocho años, aprendían el arte de la guerra de sus amantes adultos —la pederastia griega tenía función pedagógica—. Aquella sociedad consentía el amor entre combatientes maduros y sus jóvenes elegidos, siempre de alto rango. Los griegos creían que la tensión erótica incrementaba el valor de ambos: el guerrero veterano deseaba brillar ante su joven favorito, y el amado intentaba estar a la altura del prestigioso guerrero que lo había seducido. Con las mujeres relegadas a los gineceos, las ciudades-estado eran clubs de hombres que se observaban unos a otros, emulándose y enamorándose, obsesionados por el heroísmo bélico. En los paréntesis entre batalla y batalla, se dedicaban a banquetes, a torneos y a la caza. Ponían en práctica sus ideales caballerescos en las carnicerías más sangrientas. El historiador Tucídides cuenta que todos los habitantes de Grecia llevaban siempre armas encima, porque nadie podía sentirse seguro ni en las ciudades ni en los caminos. Dice también que los atenienses fueron los primeros que empezaron a dejar el armamento en casa y a comportarse de manera ligeramente menos ruda.

En algún momento del siglo VI a. C., la educación dejó de ser esencialmente militar y atlética. Aun así, el adiestramiento para el combate no desapareció, claro está, porque los habitantes de las ciudades antiguas vivían peleándose sin descanso con los estados vecinos y ensartando con sus lanzas a quienes habitaban un poco más allá de la frontera. Pero poco a poco empezó a ganar terreno la enseñanza de las letras y de los números. Solo en algunos reductos como la arcaizante Esparta se mantuvieron los trece años obligatorios de alistamiento y disciplina militar.

Y entonces sucedió lo inesperado. La fiebre del alfabeto se extendió más allá de los círculos nobles, que consideraban la educación como un privilegio

propio. Los orgullosos aristócratas tuvieron que soportar a un número creciente de advenedizos que, con atrevimiento insoportable, pretendían iniciar a sus hijos en los secretos de la escritura y estaban dispuestos a pagar para conseguirlo. Así nació la escuela. La enseñanza personal de un entrenador o un amante ya no era suficiente para cubrir las necesidades de todos, y fue convirtiéndose en una práctica minoritaria. Cada vez más jóvenes —libres pero sin apellidos nobles— reclamaban educarse, y, bajo la presión de sus aspiraciones, aparecieron los primeros lugares colectivos para el aprendizaje.

Para fechar ese acontecimiento decisivo, hay que rastrear los textos antiguos en busca de pistas. Descubrimos la existencia de una de las escuelas más tempranas, casi de refilón, en un texto de desasosegante actualidad. Se trata del relato de un suceso de crónica negra en la remota isla de Astipalea. El escritor Pausanias cuenta en su *Descripción de Grecia* un asesinato múltiple que conmocionó a las gentes del archipiélago del Dodecaneso en el año 492 a. C. El crimen todavía habitaba la memoria de los isleños durante el siglo II d. C., cuando el escritor viajero lo oyó contar. La lúgubre historia parece un cruce entre *Bowling for Columbine* y la leyenda de Sansón. Relata Pausanias que un joven resentido contra el mundo y con antecedentes violentos, irrumpió en una escuela para desahogar su odio perpetrando una matanza de niños: «Dicen que el púgil Cleomedes de Astipalea mató en un combate a su contrincante Ico de Epidauro. Por su brutalidad, los jueces olímpicos le retiraron la victoria. Cleomedes se volvió loco de rabia. Cuando regresó a Astipalea, entró en la escuela, donde había sesenta niños, y derrumbó con la fuerza de sus brazos la columna que sostenía el techo. El edificio cayó sobre sus cabezas y los mató a todos».

Más allá de su oscuro final, esta historia nos revela que un pequeño islote del mar Egeo, de apenas 13 kilómetros de ancho, poseía a principios del siglo V a. C. una escuela donde, en un día cualquiera, estudiaban sesenta alumnos. Otros testimonios parecen confirmar la verosimilitud del dato. Por aquellas fechas, el alfabeto estaba impregnando la vida griega incluso en esas remotas aldeas que solo abandonan la trastienda de la historia cuando las azota una catástrofe natural o si en ellas se comete un crimen espeluznante.

Mi madre quiso enseñarme a leer y yo me negué. Tenía miedo. En mi colegio había un niño llamado Alvarito, hijo de maestros, que había aprendido en casa. Cuando los demás todavía tartamudeábamos con los tarjetones de las sílabas, él leía de corrido con distraída perfección. Una facilidad pasmosa, difícil de soportar. La venganza se desencadenó en el patio de recreo. Lo perseguían. Gritaban: cuatro ojos, gordinflas. Le pisotearon la cartera. Le colgaron el anorak de las ramas de la higuera, donde no podía alcanzarlo porque no era ágil trepando. Alvarito había quebrantado el código de la escuela; se había pasado de listo. Sus padres tuvieron que cambiarlo de colegio.

A mí no me pasará, pensé con orgullo. Además, no me hacía ninguna falta tomarles la delantera a los demás. Mi madre me leía cuentos por la noche. Nuestro pequeño teatro nocturno no correría peligro mientras yo no supiera leer. Lo que de verdad quería era aprender a escribir. Ignoraba que ambas cosas van juntas y se necesitan.

Un día por fin tengo un lápiz entre los dedos. No se deja sujetar fácilmente, hay que domesticarlo. Lo aprieto con fuerza contra el papel para que no se escape, pero a veces se planta en rebelión, partiéndose las narices contra el cuaderno. Entonces necesito el tajador para afilar otra vez la punta. Puedo verme; estoy sentada con otros niños en una mesa redonda de color vainilla. Inclinada hacia delante, dibujo palotes, puentes, redondeles, curvas. La lengua me asoma entre los labios, siguiendo el desplazamiento de la mano. Filas de emes enganchadas con sus vecinas. Filas de bes con su barriguita. No me gusta la barra transversal de la t (complica el asunto).

Tiempo después, asciendo: ya puedo juntar letras. La eme extiende un rabito hacia la a. Al principio todo parece un embrollo, un lío de rayujos. Sigo adelante. Como soy zurda, restriego el puño por encima de los renglones al avanzar y los voy esfumando. Dejo una estela gris. Con la mano ennegrecida, continúo. Hasta que una mañana, sin darme cuenta, por sorpresa, le arranco el secreto a la escritura. Hago magia. Mamá. Los palitos y los redondeles cantan en silencio. He atrapado la realidad con una red de letras. Ya no hay solo líneas; es ella la que aparece de pronto en el papel: su voz tan bonita, las ondas de su pelo castaño, la mirada cálida, la sonrisa que enseña unos incisivos prominentes y, por eso, porque le dan vergüenza sus dientes desordenados, acaba siempre en un gesto tímido. La he llamado con mi lápiz, está ahí. ¡Mamá! Acabo de escribir y comprender mi primera palabra.

En todas las sociedades que utilizan la escritura, aprender a leer tiene algo de rito iniciático. Los niños saben que están más cerca de los mayores cuando

son capaces de entender las letras. Es un paso siempre emocionante hacia la edad adulta. Sella una alianza, desgaja una parte superada de la infancia. Se vive con felicidad y euforia. Todo pone a prueba el nuevo poder. ¿Quién iba a sospechar que el mundo entero estaba engalanado con cadenetas de letras, como una gran verbena? Ahora hay que descifrar la calle: far-ma-cia, pa-na-d…e-ro, se al-quiiii-la. Las sílabas estallan en la boca como fuegos artificiales, lanzando chispas. En casa, en la mesa, por todas partes te asaltan mensajes. Empiezan las ráfagas de preguntas: ¿qué significa bajoencalorías?, ¿y aguamineralnatural?, ¿consumirpreferentemente?

En la sociedad judía medieval se celebraba con una ceremonia solemne el momento del aprendizaje, cuando los libros hacían partícipes a los chiquillos de la memoria comunitaria y del pasado compartido. Durante la fiesta de Pentecostés, el maestro sentaba en su regazo al niño al que iba a iniciar. Le enseñaba una pizarra en la que estaban escritos los signos del alfabeto hebreo y a continuación un pasaje de las Escrituras. El maestro leía en voz alta, y el alumno repetía. Luego se untaba con miel la pizarra y el iniciado la lamía, para que las palabras penetrasen simbólicamente en su cuerpo. También se escribían letras en huevos duros ya pelados o en pasteles. El alfabeto se volvía dulce y salado, se masticaba y se asimilaba. Entraba a formar parte de uno mismo.

¿Cómo no va a ser mágico el alfabeto, que descifra el mundo y revela los pensamientos? Los griegos antiguos también sentían su hechizo. En aquel tiempo, las letras se utilizaban para representar, además de palabras, números y notas musicales. Cada una de sus siete vocales simbolizaba uno de los siete planetas y de los siete ángeles que los presiden. Se utilizaban para embrujos y amuletos.

En aquellas remotas escuelas griegas —tardes pardas, llovizna, monotonía tras las ventanas—, los niños cantaban a coro las letras: «Hay alfa, beta, gamma y delta, y épsilon, y también zeta…». Después, las sílabas: beta con alfa, ba. El maestro las dibujaba y luego, tomando la mano de su alumno con la suya, le hacía repasar el trazo por encima. Los niños repetían mil veces los modelos. Copiaban o escribían al dictado breves máximas de una línea. Como nosotros, aprendían poemas de memoria —sus «diez cañones por banda» y «asombrose un portugués»— y retahílas de palabras raras. Recuerdo una de esas cantilenas de infancia: brujir, grujir y desquijerar; nunca más he vuelto a tropezar con esos verbos chirriantes.

La didáctica era obsesiva y cansina. El maestro-domador recitaba, y los alumnos repetían. El aprendizaje avanzaba a ritmo lento (no era raro que

niños de diez o doce años todavía estuvieran aprendiendo a escribir). En cuanto eran capaces, empezaban a leer, repetir, resumir, comentar y copiar una selección de textos esenciales, casi siempre los mismos. Sobre todo de Homero, también de Hesíodo. Y de otros indispensables. Los antiguos, que veían a los niños como una especie de adultos en miniatura sin gustos ni talentos propios, les ofrecían los mismos libros que leían los adultos. No había nada parecido a la actual literatura infantil o juvenil, ninguna facilidad. Todavía no se había inventado la infancia, aún no había llegado Freud para atribuir una importancia crucial a los primeros años. Entonces, lo mejor que podías hacer por un niño era zambullirlo de cabeza en el mundo adulto y quitarle la niñez a restregones, como si fuera mugre.

El alfabeto podía ser mágico, pero el método de enseñanza era con frecuencia sádico. Los castigos corporales eran inseparables de la rutina escolar de los niños griegos, igual que lo habían sido para los escribas egipcios o judíos. En una obrita humorística de Herodas, el maestro brama: «—¿Dónde está el cuero duro, la cola de buey con la que azoto a los rebeldes? Dádmelo antes de que estalle mi cólera».

El éxito de las palabras díscolas

50

Durante los siglos de lenta expansión del alfabeto, los griegos siguieron cantando poemas, pero ya no de la misma manera. Ciertas voces se atrevieron a decir lo que ningún texto antiguo había osado antes. Por desgracia, nos quedan solo los añicos de aquellos versos. Hasta el año 500 a. C., no se conserva ningún libro completo de filosofía ni de poesía, y los poemas enteros o las citas textuales de los autores de prosa son la excepción. Pero esos pequeños fragmentos que se han salvado son tan poderosos que incluso incompletos nos conmueven.

Aquella fue la gran época de la lírica, cuando los poemas —breves en comparación con la *Ilíada*—, escritos para ser cantados, dejaron de mirar hacia el pasado, como las leyendas tradicionales de los viejos tiempos. Hablaban del oleaje de los días cercanos, se aferraban a las sensaciones que experimentaban. Ahora. Aquí. Yo.

Por primera vez, la escritura se alía con las palabras díscolas, irreverentes, que chocan contra los valores de su época. Esta asombrosa corriente empieza con Arquíloco —hijo bastardo de un griego noble y una esclava bárbara—, mercenario y poeta. Durante su corta vida —del 680 al 640 a. C.—, tuvo que arreglárselas solo, sin fortuna ni privilegios, alquilándose para combatir en guerras ajenas. Como él dijo, su lanza le daba cada día un chusco de pan y le servía el vino que bebía. Soldado de fortuna en las fronteras entre la cultura y la barbarie, conoció las realidades sórdidas detrás de los ideales bélicos.

Según el código del honor, había que aguantar la posición en el campo de batalla, sin retroceder ni huir. En una escaramuza contra los Ejércitos tracios, Arquíloco tuvo que elegir entre morir en el sitio, tras su alto y pesado escudo, o dejar este tirado y echar a correr para sobrevivir. Existía en la antigua Grecia un insulto gravísimo, ser un «arrojaescudos», *rhípsaspis*. Se dice que las madres espartanas, cuando despedían a sus hijos antes del combate, les advertían que volvieran «con el escudo o sobre él», es decir, llevándolo en el brazo por haber luchado con valor, o tendidos encima, convertidos en cadáveres.

¿Qué decidió Arquíloco? Poner pies en polvorosa y, además, proclamarlo en sus versos: «El escudo que arrojé a mi pesar en un arbusto, una pieza excelente, ahora lo blande un tracio. Pero salvé el pellejo. ¿Qué me importa ese escudo? Que se pierda. Otro tan bueno me compraré». Ningún guerrero homérico se habría atrevido a admitir algo semejante, ni hubiera tenido el sentido del humor necesario para ello. Pero a Arquíloco le divertía presentarse como antihéroe y ridiculizar con descaro las convenciones. Aunque era valiente —de lo contrario no habría podido ganarse el sustento en la guerra durante décadas—, amaba la vida «que ya no se puede recuperar ni comprar en cuanto el último aliento atraviesa la empalizada de los dientes». Sabía que el soldado que huye a tiempo sirve para otra batalla, y para escribir otros poemas. Precisamente por su sinceridad desafiante, me resisto a imaginarlo cobarde, sino más bien realista y cáustico.

En sus versos, el lenguaje es franco, sin tapujos, hasta rozar la brutalidad. Con él, un decidido realismo irrumpe en la lírica griega. Abre las puertas a una nueva poesía insolente. No oculta su temperamento vengativo, apasionado, burlón. Para su deseo sexual, encuentra palabras explícitas: «Ojalá pudiera tocar la mano de Neóbula… y abalanzarme, presto a la acción, sobre su odre y acomodar el vientre sobre el vientre y mis muslos a sus muslos». Un brevísimo fragmento conservado demuestra que no le acobardó hablar de sexo oral en su poesía: «como un tracio o un frigio que con una caña chupa la cerveza, ella, gacha la cabeza, se afanaba».

Arquíloco murió en el campo de batalla como Aquiles, pero dejó claro que la promesa de gloria póstuma le parecía otra fanfarronada más: «Nadie, después de muerto, es honrado por sus paisanos. Preferimos, vivos, la alabanza de los vivos». Richard Jenkyns, profesor de Oxford, lo considera «el primer incordio de Europa». Creo que a él ese epitafio le habría arrancado una carcajada.

El primer libro

51

No hay restos arqueológicos de los libros más antiguos de Europa. El papiro es un material perecedero y frágil que no sobrevive en climas húmedos más allá de unos doscientos años. Hoy solo podemos rastrear en los textos griegos las primeras menciones a libros concretos, reales, que alguien vio y tocó en un lugar de cuyo nombre quiso acordarse. Esa búsqueda me lleva al tránsito del siglo VI al V a. C. Se cuenta que en aquella época el filósofo Heráclito depositó un ejemplar de su obra *Sobre la naturaleza* en el templo de Artemisa en Éfeso.

Éfeso era una ciudad-estado situada en Anatolia, la antigua Asia Menor, hoy Turquía. Lo que ahora entendemos por filosofía brotó a comienzos del siglo VI a. C., de repente, sin ninguna causa visible, en aquella estrecha franja costera que ocupaban los griegos, al borde del mundo asiático. Los primeros filósofos fueron hijos de la frontera, de la mezcla de sangres, del umbral. Mientras la Grecia continental seguía anclada en el pasado, los habitantes de la periferia mestiza se aventuraron a idear novedades radicales.

El nacimiento de la filosofía griega coincidió con la juventud de los libros, y no por azar. Frente a la comunicación oral —basada en relatos tradicionales, conocidos y fáciles de recordar—, la escritura permitió crear un lenguaje complejo que los lectores podían asimilar y meditar con tranquilidad. Además, desarrollar un espíritu crítico es más sencillo para quien tiene un libro entre las manos —y puede interrumpir la lectura, releer y pararse a pensar— que para el oyente cautivado por un rapsoda.

A Heráclito lo apodaron «el enigmático» y, más tarde, «el oscuro». En su obra, la opacidad de la vida y sus asombrosas contradicciones parecen infiltrarse en el texto, impregnándolo. Con él empieza la literatura difícil, en la que el lector debe esforzarse por arrebatarle el significado a las frases. Es el padre de Proust, con sus oraciones laberínticas llenas de recovecos; de Faulkner y sus monólogos confusos, a menudo dislocados; y de Joyce, que en *Finnegan's Wake* da la impresión de escribir en varios idiomas a la vez —algunos de su invención—. No quiero decir que haya parentesco entre ellos porque sus estilos se parezcan. En realidad, de Heráclito ha llegado hasta

nosotros solo un conjunto de breves máximas, extrañas y poderosas. No, lo que tienen en común es su actitud hacia la palabra: si el mundo es críptico, el lenguaje adecuado para representarlo será denso, misterioso y difícil de descifrar.

Heráclito pensaba que la realidad se explica como tensión permanente. Él lo llamaba «guerra» o lucha entre contrarios. Día y noche; vigilia y sueño; vida y muerte se transforman uno en otro y solo existen en su oposición; son en el fondo las dos caras de la misma moneda («La enfermedad hizo buena y amable la salud; el hambre, la saciedad; el esfuerzo, el descanso… Inmortales mortales, mortales inmortales, viviendo la muerte de otros y la vida de otros muriendo»).

A Heráclito le correspondía por herencia el rango de rey de su ciudad. Cedió a su hermano menor el cargo, que, desde la llegada de la democracia, era en realidad un sacerdocio. Al parecer, consideraba meros «traficantes de misterios» a los magos, predicadores y adivinos. Cuentan que se negó a hacer leyes para los efesios, prefiriendo jugar con los niños en el templo. Dicen también que llegó a hacerse muy altanero y desdeñoso. No le importaban los honores ni el poder, estaba obsesionado por encontrar el *logos* del universo, que significaba «palabra» y también «sentido». En la primera frase del cuarto evangelio —«en el principio era el *logos*»—, habla Heráclito.

Para él, la clave de todo era el cambio. Nada permanece. Todo fluye. No nos bañaremos dos veces en el mismo río. Esa imagen acuática de un mundo siempre cambiante, que ya impresionó a Platón, forma parte de nosotros. La hemos reescrito y reformulado miles de veces. Desde Manrique —«nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir»— hasta Bauman y su modernidad líquida. Borges, fascinado por el río de Heráclito, le dedicó, entre otros, este poema: «Heráclito camina por la tarde de Éfeso. La tarde lo ha dejado, sin que su voluntad lo decidiera, en la margen de un río silencioso. Su voz declara: “Nadie baja dos veces a las aguas del mismo río”. Se detiene. Siente que él también es un río y una fuga. Quiere recuperar esa mañana y su noche y la víspera. No puede».

Creo que las frases extrañas de Heráclito atrapan el misterio y el asombro que dieron origen a la filosofía. Y también el presente. Para escribir este capítulo, he releído los escasos restos que han llegado hasta nosotros de sus pensamientos abruptos. Me han parecido una explicación de la actualidad que nos sacude como un seísmo. Al borde de la violencia, nos debatimos entre extremos opuestos: la globalización y la ley de la frontera; el mestizaje y el miedo a las minorías; el impulso de acogida y la furia de expulsar; el ansia de

libertad y el sueño de construir refugios amurallados; el afán de cambio y la nostalgia de la grandeza perdida.

La tensión de estas contradicciones puede llegar a ser casi insoportable. Por ese motivo, nos sentimos atrapados. Pero, según las tesis de Heráclito, una pequeña alteración en los dinámicos equilibrios de fuerzas lo cambia todo. También por eso, la esperanza de transformar el mundo siempre tiene razón.

52

Quiere ser famoso a cualquier precio. Nunca ha destacado en nada pero se rebela contra la idea de ser uno más. Sueña en secreto que la gente lo reconoce por la calle, cuchichea y lo señala. Una voz interior le susurra que algún día se convertirá en una celebridad, como los campeones olímpicos o los actores que seducen al público boquiabierto.

Ha decidido que hará algo grande; solo le falta descubrir qué.

Un día trama por fin un plan. Incapaz de realizar proezas, siempre puede pasar a la historia como destructor. En su ciudad se encuentra una de las siete maravillas del mundo, que vienen a visitar reyes y viajeros desde tierras muy lejanas. En un promontorio rocoso, encaramado entre nubes, el templo de Artemisa domina todos los barrios de Éfeso. Hicieron falta ciento veinte años para construirlo. La entrada es un espeso bosque de columnas. En su interior, forrado de oro y plata, descansa la imagen sagrada de la diosa que cayó del cielo, además de las valiosas esculturas de Policleto y Fidias, y fantásticas riquezas.

La noche sin luna del 21 de julio del año 365 a. C., mientras en la remota Macedonia nacía el gran Alejandro, él se desliza entre las sombras y trepa por los escalones que llevan al Artemisio. Los guardianes nocturnos duermen. En el silencio roto por los ronquidos, se apodera de una lámpara, derrama aceite y prende fuego a las telas que adornan el interior. Las llamas lamen el tejido y suben hacia el techo. Al principio, el incendio repta lentamente pero cuando consigue herir las vigas de madera empieza la rápida danza del fuego, como si el edificio llevase siglos soñando con arder.

Él mira hipnotizado las llamaradas que rugen y se enroscan. Luego sale tosiendo del edificio para ver cómo ilumina la noche. Allí, los guardias lo capturan sin problemas. Lo arrojan encadenado a un calabozo, donde es feliz durante unas horas solitarias, aspirando el olor a humo. Cuando lo torturan, confiesa la verdad: que había planeado incendiar el edificio más bello del

mundo para ser conocido en el mundo entero. Cuentan los historiadores que todas las ciudades de Asia Menor prohibieron, bajo pena de muerte, revelar su nombre, pero no lograron borrarlo de la historia. Figura en todas la enciclopedias, incluidas las virtuales. El escritor Marcel Schwob fue su biógrafo en un capítulo de las *Vidas imaginarias*. También Sartre le dedicó un relato corto. Ha prestado su nombre al trastorno psicológico de quienes, solo por aparecer unos minutos en televisión o ascender a los más vistos en YouTube, son capaces de hacer cualquier barbaridad gratuita. El exhibicionismo a toda costa no es un fenómeno exclusivamente contemporáneo.

Su nombre maldito era Eróstrato. En su memoria, el deseo patológico de popularidad ha venido a llamarse síndrome de Eróstrato.

El incendio que provocó para catapultarse a la fama dejó reducido a cenizas aquel rollo de papiro que Heráclito había regalado a la diosa. Irónicamente, el filósofo creía que de manera cíclica el fuego aniquila el universo y en su obra profetizaba una conflagración cósmica final. No sé el universo, pero los libros —que en todas sus formas arden bien— tienen un triste historial de destrucción entre las llamas.

Las librerías ambulantes

53

¿Cuántos libros existían en la edad dorada de Grecia? ¿Qué porcentaje de la población era capaz de leerlos? Nos falta información. Contamos con datos casuales, briznas de hierba que vuelan en el aire y no permiten calcular la extensión de la pradera. Además, la mayoría de ellos se refieren a un lugar excepcional, la ciudad de Atenas. El resto es penumbra.

Buscando huellas de aquella invisible alfabetización, acudimos a las imágenes de lectores representados en pinturas cerámicas. A partir del 490 a. C., los jarrones de figuras rojas aparecen decorados con escenas que representan a niños aprendiendo a leer y escribir en la escuela, o a personas sentadas en una silla con un rollo abierto sobre el regazo y leyendo. Con frecuencia, el artista traza letras o palabras de tamaño aumentado en los papiros que dibuja, a veces con tanta minuciosidad que pueden leerse —se trata de versos de Homero, de Safo…—. En casi todos los casos, el libro contiene poesía. También aparece un libro de texto sobre mitología. Lo más llamativo es que los protagonistas habituales de estos pequeños cuadros son mujeres pero, paradójicamente, en las escenas escolares no aparecen niñas. Esa contradicción nos coloca ante un misterio. Tal vez las mujeres lectoras pertenecían a familias de alcurnia y las educaban en casa. O quizá se trataba de un motivo iconográfico más que una realidad cotidiana. Nunca lo sabremos.

En una lápida fechada entre el año 430 y el 420 a. C. aparece esculpido un joven de perfil, absorto en las palabras de un rollo que despliega sobre sus rodillas, la cabeza en ligera inclinación, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos justo en la misma postura en la que yo escribo ahora mismo. Bajo el relieve que da forma a la silla, se ve un bulto de piedra desgastada con aspecto de perro que se refugia debajo de la silla. El relieve comunica el sosiego de las horas pasadas entre libros. Aquel ateniense fallecido amaba tanto la lectura que se la llevó a su tumba.

En el tránsito del siglo V al IV a. C., aparecen en escena por primera vez unos personajes hasta entonces desconocidos: los libreros. En esa época, la nueva palabra *bybliopólai* («vendedores de libros») asoma en los textos de los

poetas cómicos atenienses. Según nos cuentan, en el mercado del ágora se instalaban tenderetes de venta de rollos literarios entre puestos que ofrecían verdura, ajo, incienso y perfumes. Por un dracma, dice Sócrates en un diálogo de Platón, cualquiera puede comprar un tratado de filosofía en el mercadillo. Sorprende que existiera ya una disponibilidad tan fácil de libros y, más aún, de obras filosóficas difíciles. A juzgar por su reducido precio, seguramente se tratara de copias en formato pequeño o de segunda mano.

Poco sabemos sobre los precios de los libros. El coste de los rollos de papiro sugiere que la norma oscilaba entre dos y cuatro dracmas por ejemplar —el equivalente a la paga de un jornalero de uno a seis días—. Las altas cifras mencionadas de los ejemplares raros —Luciano de Samósata habla de un libro que rondaba los setecientos cincuenta dracmas— no son índice de los precios normales de los libros ordinarios. Para las clases prósperas, incluso en sus peldaños más modestos, los libros eran una mercancía relativamente asequible.

A finales del siglo V a. C., empezó ya la inmemorial tradición de burlas contra los ratones de biblioteca, cuyo arquetipo será don Quijote. Aristófanes, dando la bienvenida con sorna a la intertextualidad, se ríe de los escritores que «exprimen sus obras a partir de otros libros». Otro autor de comedia utilizó una biblioteca privada como decorado de una escena. En ella, un maestro enseña con orgullo al famoso héroe Heracles sus estantes repletos de libros de Homero, Hesíodo, los trágicos y los historiadores. «Coge cualquier libro que te guste y luego léelo; hazlo con calma, mira los títulos». Heracles, que en la comedia griega siempre aparece representado como un glotón, elige un libro de cocina. Sabemos, es cierto, que en aquella época circulaban manuales de las más variadas materias para satisfacer la curiosidad lectora y, entre ellos, el manual por excelencia, que era el libro de recetas culinarias a cargo de un chef siciliano de moda.

Los libreros atenienses contaban con clientes de ultramar. Se inició la exportación de libros. El resto del mundo griego buscaba la literatura creada en Atenas, en especial libretos de tragedias, que eran el gran espectáculo de la época. El teatro ático cautivaba incluso a quienes aborrecían el imperialismo ateniense, como sucede ahora con la poderosa industria del cine norteamericano. Jenofonte, que escribió en la primera mitad del siglo IV a. C., cuenta que en la peligrosa costa de Salmideso, hoy turca, encontró el litoral sembrado de despojos de naufragios. Había «camas, cajas pequeñas, muchos libros escritos y otras cosas de las que los mercaderes suelen transportar en cajas de madera».

Tuvo que existir una cierta organización para abastecer el mercado librario, y personas que regentaban talleres de copia. Pero no tenemos datos para reconstruir su envergadura y funcionamiento, y por tanto nos adentramos en el tembloroso territorio de la suposición. Seguramente los talleres harían copias de libros con el permiso de aquellos autores que buscasen un público algo más amplio que su círculo de amigos. Pero también reproducían textos sin consultar a los creadores. En la Antigüedad, desconocían los derechos de autor.

Un discípulo de Platón encargó copias de las obras de su maestro y se embarcó rumbo a Sicilia para venderlas. Tuvo la astucia de adivinar que allí había mercado para los diálogos socráticos. Sus contemporáneos dan a entender que esa iniciativa de venta le valió una pésima reputación en Atenas, pero no por apropiarse del *copyright* de su maestro, sino porque se había metido en negocios, algo absolutamente plebeyo e impropio de un hombre de buena cuna que, además, pertenecía al círculo de Platón.

La Academia platónica tuvo, sin duda, una biblioteca propia, pero la colección del Liceo aristotélico debió de superar con creces a todas sus predecesoras. Estrabón dice de Aristóteles que fue «el primero que sepamos que coleccionó libros». Se cuenta que Aristóteles compró todos los rollos que poseía otro filósofo por la inmensa suma de tres talentos (dieciocho mil dracmas). Lo imagino acumulando durante años, en un continuo goteo de dinero, los textos esenciales para abarcar todo el espectro de las ciencias y el arte de aquella época. No habría podido escribir lo que escribió sin una lectura constante.

Un pequeño rincón de Europa empezaba a ser devorado por la fiebre de los libros.

54

Aristóteles habla de autores de tragedia que escribían más para los lectores que para el público de los teatros. Añade que sus libros tienen «gran circulación». ¿Qué podría significar una gran circulación en aquella época germinal?

Otra frase atribuida a Aristóteles revela un mundo agazapado. Cuenta que los libreros transportaban grandes cantidades de libros en carros. Tal vez se refiera a buhoneros que llevan la literatura por los caminos, traqueteando de aldea en aldea a campo raso.

En realidad, como dice Jorge Carrión, las librerías sedentarias son una anomalía moderna en una tradición sobre todo nómada y poética. Fueron viajeros quienes nutrieron de manuscritos la Biblioteca de Alejandría; mercaderes de tinta y papel quienes empujaron ideas como ruedas por la Ruta de la Seda; vendedores ambulantes de libros usados —entre otras mercancías — quienes se instalaban en posadas y en ferias hasta ayer mismo, después de recorrer grandes distancias cargados con baúles, cajas voluminosas y tenderetes de quita y pon. Hoy son los bibliobuses y los biblioburros — dependiendo de la geografía— los que mantienen viva la vieja costumbre de los libros trotamundos.

La librería ambulante, de Christopher Morley relata esa existencia nómada. En los Estados Unidos, en los años veinte del pasado siglo, el señor Mifflin recorre el mundo rural norteamericano en un extraño carruaje con aspecto de tranvía tirado por un caballo blanco. Cuando levanta las cubiertas laterales, resulta que el alargado vagón es un puesto de libros —estanterías sobre estanterías, todas repletas—. Dentro de la caravana no faltan comodidades: una estufa de aceite, una mesa plegable, un catre para dormir, una silla de mimbre y geranios en las diminutas repisas de las dos ventanas.

Durante muchos años, el señor Mifflin había ejercido de maestro en una escuela rural, «partiéndose el lomo por un salario miserable». Por razones de salud, decide irse a vivir al campo. Construye con sus propias manos su carromato —al que bautiza como «Parnaso ambulante»— y compra una buena cantidad de libros en una tienda de segunda mano en Baltimore. Aunque no le faltan ni la picardía ni la labia del comerciante, Mifflin se considera un predicador de los caminos, llamado a divulgar el evangelio de los buenos libros. Zarandea su mercancía de granja en granja, por las rutas polvorientas donde conviven los carros de madera con los primeros automóviles fabricados en serie. Cuando llega junto al porche de una casa de campesinos, baja de un brinco desde el pescante, atraviesa el corral donde las gallinas rascan el suelo y se esfuerza por convencer a una mujer que pela patatas de la importancia de leer. Intenta convertir a los granjeros a su credo entusiasta. «Cuando le vendes un libro a alguien, no solamente le estás vendiendo doce onzas de papel, tinta y pegamento. Le estás vendiendo una vida totalmente nueva. Amor, amistad y humor y barcos que navegan en la noche. En un libro cabe todo, el cielo y la tierra, en un libro de verdad, quiero decir. ¡Repámpanos! Si en lugar de librero fuera panadero, carnicero o vendedor de escobas, la gente correría a recibirme, ansiosa por recibir mi mercancía. Y heme aquí, con mi cargamento de salvaciones eternas. Sí,

salvación para sus pequeñas y atribuladas almas. Y no vea cómo cuesta que lo entiendan».

Las gentes de tez curtida y manos amoratadas por la escarcha nunca han tenido oportunidad de comprar literatura, y menos de que alguien les explique lo que esta significa. Mifflin ha comprobado que, cuanto más se adentra en el campo, menos libros se ven y los que encuentra son peores. Con su peculiar elocuencia, clama que haría falta un ejército de libreros como él dispuestos a visitar en persona los hogares de los labradores, contar cuentos a sus hijos, hablar con los profesores de las pequeñas escuelas y presionar a los editores de revistas agrícolas hasta conseguir que los libros circulen por las venas del país; en resumen, llevar el Santo Grial a las remotas granjas de Maine.

Si esa era la situación en Norteamérica ya entrado el siglo XX, ¿cómo sería la de aquellos mercaderes que menciona Aristóteles, entre los olivares soleados, cuando los libros eran jóvenes y todo sucedía por primera vez?

La religión de la cultura

55

Alejandro había desencadenado el vértigo y los terrores de la globalización. Hasta entonces, la mayoría de los griegos habían sido ciudadanos de pequeñas naciones que abarcaban poco más que una población y sus inmediaciones. Cada uno de esos países mínimos se enorgullecían de su propia política y su propia cultura, eran fieramente independientes y se enzarzaban en escaramuzas frecuentes con sus vecinos en nombre del amor a la libertad. Cuando las ciudades de Grecia fueron anexionadas a las nuevas monarquías, sus habitantes quedaron huérfanos en masa. Las orgullosas comunidades se tambalearon al dejar de ser centros independientes para convertirse en una vasta periferia imperial. Los que el día anterior habían sido ciudadanos eran ahora súbditos. Siguieron combatiendo unos contra otros y entreteniéndose con alianzas, tratados, arbitrajes y declaraciones de guerra, pero tras perder la independencia las batallas ya no tenían un sabor tan intenso. Frente al vacío, las nuevas estructuras estatales —incipientes, autoritarias y volcadas en luchas dinásticas— no ofrecían ningún anclaje. A la deriva, los griegos buscaron otros asideros. Abrazaron credos orientales, rituales exóticos, filosofías salvadoras. Algunos se refugiaron en una religión recién creada: la religión de la cultura y el arte.

Ante el eclipse de la vida ciudadana, ciertas personas decidieron dedicar sus energías a aprender; a educarse con la esperanza de permanecer libres e independientes en un mundo sometido; a desarrollar hasta el máximo posible todos sus talentos; a conseguir la mejor versión posible de sí mismos; a modelar su interior como una estatua; a hacer de su propia vida una obra de arte. Era la estética de la existencia que tanto impresionó a Michel Foucault cuando estudiaba a los griegos para su *Historia de la sexualidad*. En la última entrevista que concedió, fascinado por esta idea antigua, Foucault dijo: «Me llama la atención el hecho de que en nuestra sociedad el arte se haya convertido en algo que atañe a los objetos y no a la vida ni a los individuos. ¿Por qué un hombre cualquiera no puede hacer de su vida una obra de arte? ¿Por qué una determinada lámpara o una casa pueden ser obras de arte y no puede serlo mi vida?».

Aunque esta idea no era nueva, en la época helenística se convirtió en un refugio para los desorientados huérfanos de las libertades perdidas. En ese periodo, la *paideía* —en griego, «educación»— se transforma para algunos en la única tarea a la que merece la pena consagrarse en la vida. El significado de la palabra se va enriqueciendo, y, cuando romanos como Varrón o Cicerón necesitan traducirla al latín, eligen el término *humanitas*. Es el punto de partida del humanismo europeo y sus irradiaciones posteriores. Los ecos de esta constelación de palabras no se han apagado todavía. La *Enciclopedia ilustrada* rescató la antigua *paideía* —que desciende de la expresión *en kýklos paideía*—, que todavía hoy resuena en el experimento global y políglota de la Wikipedia.

A veces se olvida que esta antigua fe en la cultura nació como un credo religioso, con su lado místico y su promesa de salvación. Los fieles creían que, en la vida de ultratumba, las almas de los elegidos vivirían en praderas regadas por frescos manantiales donde habría teatros para los poetas, coros de danza, conciertos y coloquios alrededor de la mesa de eternos banquetes —en este caso, regados con vino generoso—. Sería un lugar celestial para los filósofos más charlatanes: allí nadie se irritaría con ellos ni les pediría que cerrasen la boca de una vez.

Por eso encontramos en tantos monumentos funerarios —epitafios, bajorrelieves o estatuas— el recuerdo de la cultura de los difuntos. Se despiden de la existencia terrenal con la pose de hombres de letras, oradores, filósofos, aficionados al arte o músicos. Esas tumbas no pertenecen, como se creía en un principio, a intelectuales de oficio, profesores o artistas. Ahora sabemos que, en la mayoría de los casos, eran comerciantes, médicos o funcionarios. Pero querían ser recordados por un único motivo: porque se iniciaron en la labor de la inteligencia y las virguerías del arte, saberes protegidos por las musas.

«Lo único que merece la pena es la educación —escribe en el siglo II un seguidor de este culto—. Todos los otros bienes son humanos y pequeños y no merecen ser buscados con gran empeño. Los títulos nobiliarios son un bien de los antepasados. La riqueza es una dádiva de la suerte, que la quita y la da. La gloria es inestable. La belleza es efímera; la salud, inconstante. La fuerza física cae presa de la enfermedad y la vejez. La instrucción es la única de nuestras cosas que es inmortal y divina. Porque solo la inteligencia rejuvenece con los años y el tiempo, que todo lo arrebata, añade a la vejez sabiduría. Ni siquiera la guerra que, como un torrente, todo lo barre y arrastra, puede quitarte lo que sabes».

Las antiguas creencias se habían desmoronado, pero a cambio la inmortalidad se ponía al alcance de todos, a través de la cultura, la palabra y los libros. No olvidemos que el Museo de Alejandría, al que pertenecía la Gran Biblioteca, era un templo donde un sacerdote oficiaba los rituales de las musas. Es enternecedor pensar en aquellos griegos que soñaron con llamar a las puertas del cielo empuñando sus rollos.

56

Durante los siglos III a I a. C., el paisaje se transformó, y los libros encontraron cobijo en nuevos horizontes. Los papiros egipcios revelan que, sin llegar a ser total, en época helenística la alfabetización se extendió mucho, incluso más allá de la clase dirigente. Por supuesto, los ricos eran los primeros en entrar en la escuela y los últimos en abandonarla. No obstante, al menos en la Grecia europea, los niños de condición libre tenían más opciones que en ninguna otra época de recibir una educación primaria —las leyes escolares de Mileto o de Teos así lo dan a entender—. La legislación de esta última ciudad aclara que la enseñanza básica se dirigía por igual a los niños y a las niñas, y al parecer era un hecho extendido. Es más, en un gran número de ciudades del Egeo y Asia Menor hubo una floreciente oferta de enseñanza para chicas de familias adineradas —por fin se abren rendijas que permiten atisbar la entrada de niñas estudiantes en las aulas y las primeras generaciones de lectoras—.

La posibilidad de educarse estaba expandiéndose a través de inmensas extensiones geográficas. Se podría hacer una larga lista de intelectuales nacidos en ciudades insignificantes con nombres sonoros y lejanos como Cotieo, Eucarpia, Rodiápolis, Amasia, Seleucia del Euleo… No solo se fundaron bibliotecas en las capitales —la biblioteca de Alejandría y su rival de Pérgamo—. Instituciones culturales más modestas nacían también en la periferia. Una inscripción del siglo II a. C. encontrada en la pequeña isla de Cos recuerda las donaciones de varios patrocinadores privados a la biblioteca local.

A lo largo y ancho de los dos nuevos continentes invadidos por los macedonios —África y Asia—, los teatros, los gimnasios y los libros expresaban la conciencia de su identidad griega. Para los indígenas, dominar la lengua de sus gobernantes leyendo a Tucídides y a Platón ayudaba a escalar hasta posiciones de prestigio. Los conquistadores, claro, imponían su cultura convencidos de estar civilizando bárbaros. En un lugar tan remoto como Ai-

Khanoum, en Afganistán, se conservan textos griegos grabados en piedra, sin duda llegados hasta esas lejanías en el vehículo de los libros —cada vez más viajeros—.

Algo llama la atención: los escritores de esta enorme extensión geográfica leían y citaban a los mismos autores, empezando por Homero y llegando a Aristóteles y Menandro. Haber aprendido a escribir y leer con esos libros era casi lo único que tenía en común un griego nacido en el actual Irán y otro nacido en Egipto, los dos tan lejos de casa.

El rescate y el cuidado de esa literatura no podía dejarse al azar. Y de eso se ocuparon los sabios que poblaban el fantástico laberinto de libros erigido en Alejandría.

Un hombre de memoria prodigiosa y un grupo de chicas vanguardistas

57

Érase una vez, en la Gran Biblioteca, un hombre de memoria prodigiosa. Día tras día, se dedicaba a leer los rollos por su orden, de anaquel en anaquel. Y las palabras acariciadas por sus ojos se grababan en su mente, transformándola poco a poco en un archivo mágico de todos los libros.

Se llamaba Aristófanes de Bizancio. Su padre era comandante de mercenarios y lo había adiestrado para su oficio aventurero y peligroso. Él prefirió los viajes inmóviles, las múltiples vidas imaginarias del lector. En su frente, tras los mechones de pelo gris como liquen, se dibujaban unas arrugas paralelas que sugerían las líneas de un texto indescifrable. Se hubiera dicho que aquel hombre delgado y musgoso, siempre en silencio pero habitado por infinitos fantasmas susurrantes, se parecía cada vez más a los libros que devoraba.

Un día se celebró en Alejandría un concurso de poesía. El rey eligió a seis personajes ilustres de la ciudad como jueces literarios. Faltaba uno más para conseguir un número impar, y alguien deslizó el nombre de Aristófanes. Los siete jueces escucharon recitar a los poetas pero, mientras los demás aplaudían, Aristófanes se limitaba a callar con gesto inexpresivo. Dejó deliberar a los otros sin mezclarse en la discusión. Solo al final pidió que le permitieran hablar, para decir que todos los concursantes menos uno eran farsantes. Se levantó, entró en los pórticos de la biblioteca y, utilizando solo su memoria, extrajo una montaña de rollos de distintas estanterías. Allí estaban, palabra por palabra, recónditos, los poemas que los escritores tramposos habían saqueado. Los ladrones de palabras no pudieron engañar a Aristófanes. Para él, cada verso era tan inconfundible como un rostro, y recordaba su lugar en los anaqueles igual que otros conocen el puesto de cada estrella en el cielo nocturno.

Cuenta la leyenda que el rey de Egipto nombró director de la Biblioteca a aquel memorioso lector.

Esta anécdota, relatada por Vitrubio, demuestra que el plagio y los escándalos son tan antiguos como los propios concursos literarios —tal vez

por eso llamemos «fallos» a las decisiones de los jurados—. Además, la historia de Aristófanes de Bizancio nos revela el crecimiento de la Gran Biblioteca, que, un siglo después de su creación, ya solo podía tener cabida en una memoria fabulosa. Había llegado el tiempo de los catálogos y las listas.

En realidad, como explica el ensayista Philipp Blom, todo coleccionista necesita su inventario. Las cosas que se esfuerza en reunir pueden volver a dispersarse algún día, vendidas o saqueadas, sin dejar rastro de la pasión y los conocimientos que impulsaban a su anterior dueño. Incluso a los más humildes coleccionistas de sellos, libros o discos les duele imaginar que seguramente en el futuro esos objetos elegidos uno a uno por íntimos motivos volverán al revoltijo y la mezcolanza de las tiendas de viejo. Solo en su catálogo, la colección sobrevive a su propio naufragio. Es la prueba de que existió como conjunto, como plan cuidadoso, como obra de arte.

En el catálogo se manifiesta el poder del número. Ya conté antes que, según las fuentes, cada poco tiempo el rey Ptolomeo pasaba revista a los anaqueles de la Biblioteca y preguntaba a su encargado: «¿Cuántos libros tenemos ya?». La cifra que salía de la boca del bibliotecario resumía el éxito o el fracaso de su grandioso plan. Esta escena tiene un cierto parecido con un episodio protagonizado por Don Juan Tenorio, a quien se podría considerar el arquetipo literario del coleccionista insaciable. En la ópera *Don Giovanni*, Mozart y su libretista Da Ponte incluyeron la famosa «Aria del catálogo», donde el criado Leporello aporta un inventario de conquistas: «Este es el catálogo de las mujeres que amó mi señor, un catálogo que yo mismo he elaborado. Observad, leed conmigo. En Italia, seiscientas cuarenta, en Alemania doscientas treinta y una, cien en Francia, en Turquía noventa y una, ¡pero en España ya son mil tres!». Los Ptolomeos, como Don Juan, necesitaban servidores-contables que les garantizaran que la suma de sus logros seguía aumentando, que tenían derecho a sentirse cada vez más importantes y poderosos. De la misma forma, las redes sociales son los Leporellos de nuestro mundo virtual. Alimentando el narcisismo y la pulsión coleccionista que anida en nosotros, llevan la cuenta del número de amigos, seguidores y «me gusta» que somos capaces de conquistar.

La Biblioteca de Alejandría, que intentó rozar el infinito, también tuvo un gran catálogo. Sabemos que ocupaba al menos ciento veinte rollos, cinco veces más que la *Ilíada* de Homero. Por sí solo, ese dato conserva un destello de la magnífica colección perdida. Y prueba que, para entonces, el mar de libros había desbordado los diques de la memoria humana. Ya nunca

volverían a habitar en una sola cabeza —como se cuenta que habitó en la de Aristófanes— la suma del saber, la poesía y los relatos escritos.

58

Del gran catálogo se encargó en el siglo III a. C. un poeta nacido en territorio libio, Calímaco de Cirene, el primer cartógrafo de la literatura. En las galerías, pórticos, salas interiores y pasillos de la Biblioteca de Alejandría, con sus anaqueles llenos a rebosar, ya era posible perderse. Hacía falta un mapa del territorio, un orden y una brújula.

Se considera a Calímaco el padre de los bibliotecarios. Lo imagino rellenando las primeras fichas bibliográficas de la historia —que serían tablillas— e inventando algún remoto antecedente de las signaturas. Quizá conoció los secretos de las bibliotecas babilónicas y asirias, y se inspiró en sus métodos de organización, pero llegó mucho más lejos que ninguno de sus predecesores. Trazó un atlas de todos los escritores y de todas las obras. Resolvió problemas de autenticidad y falsas atribuciones. Encontró rollos sin título que era necesario identificar. Cuando dos autores se llamaban de la misma forma, investigó la identidad de cada uno para diferenciarlos. En algunos casos se confundían nombres y apodos. Por ejemplo, el verdadero nombre —hoy olvidado— de Platón era Aristocles. Hoy ya solo lo conocemos por lo que parece su apodo del gimnasio, Platón, que en griego significaba «espalda ancha» —el filósofo debía de estar muy orgulloso de sus habilidades pugilísticas sobre la arena—.

En resumen, el nuevo geógrafo de los libros tuvo que afrontar infinitos interrogantes con paciencia y amor por el detalle minucioso. De cada autor, Calímaco redactó una biografía brevísima, investigó los datos distintivos —el nombre del padre, el lugar de nacimiento, el apodo— y elaboró la lista completa de sus obras por orden alfabético. El título de cada libro iba seguido de una cita de la primera frase del texto —si se conservaba— para facilitar su identificación.

La idea de utilizar el alfabeto para ordenar y archivar textos fue una gran contribución de los sabios alejandrinos. En nuestra vida cotidiana, nosotros lo hemos asumido como algo tan corriente, tan claro y útil que ni siquiera nos parece un invento. Y, sin embargo, es una herramienta —igual que el paraguas, los cordones de los zapatos o el lomo de los libros— que alguien ideó en un momento de inspiración precedido por una larga búsqueda. Ciertos investigadores piensan que esta sencilla genialidad pudo ser precisamente lo

que Aristóteles enseñó a los bibliotecarios de Alejandría. La hipótesis es atractiva, aunque imposible de probar. En cualquier caso, el sistema se impuso gracias a los intelectuales del Museo. Nosotros, con un abecedario distinto, seguimos imitando sus gestos.

El catálogo de Calímaco —llamado los *Pínakes*, «las Tablas»— no se ha conservado, pero en textos de los siglos posteriores aparecen suficientes referencias y alusiones para tener una idea bastante aproximada de cómo fue. También han llegado a nosotros listas que seguramente fueron copiadas de los *Pínakes*. Por ejemplo, los títulos de setenta y tres piezas teatrales de Esquilo en orden alfabético, y más de cien de Sófocles. Estas enumeraciones son un auténtico inventario de pérdidas —hoy solo podemos leer siete tragedias completas de cada uno—.

En una de sus decisiones con mayor repercusión, Calímaco organizó la literatura por géneros. Clasificó —ya para siempre— los libros en dos grandes territorios: el verso y la prosa. Luego, parceló cada uno de estos países literarios en provincias: épica, lírica, tragedia, comedia; historia, oratoria, filosofía, medicina, derecho. Y, al final, una última sección miscelánea para las obras que no encajaban en ninguno de los principales géneros. Allí figuraban, por ejemplo, cuatro libros de repostería. La ordenación alfabética por géneros, que ha llegado hasta nuestras bibliotecas actuales, obedecía a criterios meramente formales, útiles, pero arbitrarios. Desde entonces, los libros mixtos, experimentales, fronterizos y desobedientes a las leyes de los géneros —también los hubo en la Antigüedad— han cargado con los inconvenientes de ser inclasificables.

A pesar de su formalismo, los *Pínakes* se convirtieron en una herramienta de búsqueda esencial, el primer gran mapa de la literatura, un portulano para navegar el gran océano de la Biblioteca de Alejandría. Y, en la estela de Aristóteles, una audaz taxonomía del saber y la invención. Durante toda la Antigüedad, el catálogo de Calímaco se consultaba y actualizaba constantemente. Tuvo un enorme éxito y colocó los cimientos de las ciencias bibliográficas y enciclopédicas, ramas del saber que están al servicio de todas las demás.

Adivino que Calímaco soñaría con salvar del olvido todos los pequeños mundos encapsulados en el interior de los libros, incluso los más recónditos, y de ahí extrajo fuerzas y paciencia para ese inmenso esfuerzo. Después de todo, él mismo era un escritor preocupado por el porvenir de las palabras. Ironías del destino, su propia obra se perdió casi por completo.

Por lo que sabemos, fue un poeta transgresor, que defendía con uñas y dientes la experimentación creativa. Le aburrían los fieles imitadores de un pasado literario irrecuperable. Amaba la brevedad, la ironía, el ingenio, la fragmentación. A veces, no hay nada como conocer bien a los clásicos para saber por dónde se pueden abrir nuevos caminos.

59

Silenciosamente, las bibliotecas han ido invadiendo el mundo.

Entre el año 1500 y 300 a. C., existieron 55 bibliotecas, solo para un público minoritario, en algunas ciudades de Próximo Oriente, y ninguna en Europa. Según datos del año 2014 en España, el 97 por ciento de la población dispone de al menos una biblioteca pública en el lugar donde vive —hay un total de 4.649 bibliotecas en todo el país—. Estas cifras cuentan la historia de un enorme cambio y de una fantástica multiplicación. Aunque ha pasado bastante desapercibida, se trata de una de las realidades antiguas que nos han colonizado con más eficacia. Si nos preguntáramos, como esos estrafalarios miembros del Frente Popular de Judea de *La vida de Brian,* ¿qué han hecho los griegos y romanos por nosotros?, contestaríamos sin dudarlo: calzadas, alcantarillas, leyes, democracia, teatro, acueductos. Tal vez incluiríamos en la lista la épica de los gladiadores, ese hatajo de ruidosos luchadores semidesnudos que tanto fascinan a los guionistas de Hollywood, o los conductores de cuadrigas, pero ni remotamente pensaríamos en el éxito sosegado de las bibliotecas públicas, hoy más vivas que nunca.

No olvido la primera biblioteca de mi infancia. Desde muy niña, sabía que en todos los cuentos hay un bosque; al entrar en sus misteriosos caminos, el protagonista siempre tropieza con la magia y acaba encontrando alguna maravilla. Yo también caminaba entre árboles, de la mano de mi padre, en las largas tardes de julio. Solíamos ir los dos juntos a una biblioteca pequeña en el Parque Grande. Era una casita que, por su aspecto y su tejado, a mí me parecía sacada de algún cuento o quizá de un país alpino. Entraba en su interior en penumbra, escogía un tebeo y volvía a salir al luminoso exterior del parque con el tesoro bien abrazado, hasta elegir un banco donde leerlo. Y lo leía a conciencia, desde la primera a la última letra, bebiendo los dibujos y las palabras, mientras la tarde declinaba lentamente y se escuchaba la música metálica de las bicicletas al pasar. Cuando terminaba, devolvía el tebeo que había sido mi botín durante unas horas, salía del bosque y volvía a casa con la imaginación bullendo en la frescura del anochecer.

Las maravillas de aquel parque ascendido a la categoría de bosque por mi mirada infantil eran, claro, pura fantasía; los libros y los héroes que los habitaban; el susurro de los álamos que con sus cuchicheos misteriosos parecían prometer un cuento; la biblioteca. Me había convertido en una yonqui de los tebeos, y cada tarde exigía dosis mayores.

Los más de diez mil bibliotecarios que trabajan en España —cientos de miles en todo el mundo— alimentan nuestra adicción a las palabras. Son los guardianes de la droga. A ellos les confiamos la suma de nuestros conocimientos y nuestros sueños, desde los cuentos de hadas a las enciclopedias, desde los opúsculos eruditos a los cómics más canallas. Ahora que muchas editoriales destruyen sus fondos para evitar los gastos de almacenamiento, allí encontramos un depósito de las palabras descatalogadas; el cofre del tesoro.

Cada biblioteca es única y, como alguien me dijo una vez, siempre se parece a su bibliotecario. Admiro a esos cientos de miles de personas que aún confían en el futuro de los libros o, mejor dicho, en su capacidad de abolir el tiempo. Que aconsejan, animan, urden actividades y crean pretextos para que la mirada de un lector despierte las palabras dormidas, a veces durante años, de un ejemplar apilado en una estantería. Saben que ese acto tan cotidiano es en el fondo —levántate, Lázaro— la resurrección de un mundo.

Los bibliotecarios tienen una larga genealogía que empieza en el Creciente Fértil de Mesopotamia, pero apenas sabemos nada sobre esos lejanos antepasados del gremio. El primero que nos habla con su propia voz es Calímaco, a quien podemos imaginar con un perfil nítido en su paciente trabajo de catalogación y en sus largas noches de escritura. Después de Calímaco, muchos escritores han ejercido de bibliotecarios durante alguna época de su vida, entre paredes de libros que a la vez convidan y paralizan. Goethe, Casanova, Hölderlin, los hermanos Grimm, Lewis Carroll, Musil, Onetti, Perec, Stephen King. «Dios me hizo poeta y yo me hice bibliotecaria», escribió Gloria Fuertes.

Y a Borges, el bibliotecario ciego que se ha convertido él mismo casi en un género literario. Cuenta un amigo del escritor que cierta vez recorrió con él la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Borges se movía entre los anaqueles como en su propio hábitat. Abrazaba con la mirada, ya sin verlos nítidamente, cada uno de los estantes. Sabía dónde se encontraba cada libro y, al abrirlo, encontraba enseguida la página precisa. Perdiéndose en corredores tapizados de libros, deslizándose por lugares casi invisibles, Borges se abría camino en la oscuridad de la biblioteca con la delicada precisión de un equilibrista; como

Jorge de Burgos, ese guardián ciego —y asesino sigiloso— de la biblioteca abacial de *El nombre de la rosa*, que Umberto Eco, entre el homenaje y la irreverencia, imaginó inspirándose en él.

A principios del siglo XX, este oficio desempeñado por hombres desde los tiempos de Nínive, Babilonia y Alejandría en adelante, empezó a transformarse en un territorio pacíficamente invadido por mujeres. En 1910, lo eran casi el 80 por ciento del total. Y, como solo las mujeres solteras tenían permitido trabajar, el imaginario colectivo forjó la caricatura de la bibliotecaria solterona, avinagrada, antipática, con moño gris, gafas, ropa anticuada y muchas ganas de gruñir. La mentalidad de esa época no tan lejana creía que una mujer que trabajase entre libros solo podía lamentarse con amargura por el novio que nunca le puso un anillo en el dedo y su prole inexistente. En *¡Qué bello es vivir!*, estrenada nada menos que en 1946, encontramos un reflejo de ese estereotipo. Me parece un momento insuperablemente paródico, pero por desgracia está rodado sin pizca de ironía. El personaje protagonista, George Bailey, interpretado por James Stewart, está al borde del suicidio en Nochebuena. Entonces interviene su ángel de la guarda para mostrarle cómo sería el mundo si él no hubiera nacido y así convencerlo de que su vida no es un inane despropósito. Tras contemplar cómo todos sus amigos y familiares habrían sido más desgraciados sin él, George pregunta por su mujer: ¿dónde está Mary? El ángel titubea; no…, no me pidas eso. George, angustiado, imaginándose lo peor, agarra al ángel por las solapas. Si sabes dónde está mi mujer, dímelo. No puedo decírtelo. Por favor. No te va a gustar, George. ¿Dónde está, dónde está?, pregunta George rozando la desesperación. Se quedó soltera, George… Está a punto de cerrar la biblioteca. George deja caer al ángel y corre a la biblioteca. Entonces, aparece en pantalla Mary, que en efecto está cerrando la puerta de la Biblioteca Pública de Pottersville. Viste el uniforme completo: traje monjil, moño, gafas gruesas. Camina con el bolso aferrado contra el pecho, acomplejada e infeliz. La banda sonora de la película crea una atmósfera lúgubre. Y, ante la horrorizada expresión de George, se espera que el espectador, echándose las manos a la cabeza, piense: ¡No, una bibliotecaria no!

Estos tópicos, como ha demostrado la investigadora Julia Wells, continúan presentes en el cine contemporáneo. Muchas bibliotecarias de ficción siguen apareciendo como mujeres cascarrabias que lanzan furibundos ¡tchsss! a quien se atreve a hablar en sus dominios. Y aquí tropiezo con una triste ironía histórica. Durante los años inmediatamente anteriores al rodaje de

la película de Frank Capra, en la España de posguerra, la mayoría de las bibliotecarias que ejercieron durante la República fueron consideradas peligrosas revolucionarias y sometidas a procesos de depuración. En general, eran el reverso del fantasma de Mary en *¡Qué bello es vivir!*: chicas modernas, vanguardistas, pioneras en las universidades españolas. Las autoridades franquistas investigaron sus actividades públicas, su vida profesional y su conducta privada. Las que pudieron mantener su trabajo en el Cuerpo público de Bibliotecarios y Archiveros sufrieron humillantes bajadas de sueldo, destinos forzosos y quedaron inhabilitadas para puestos de dirección. Pienso en María Moliner, a la que rebajaron dieciocho puestos en el escalafón, excluyéndola para toda su carrera de cargos de mando o confianza. Relegada primero al Archivo de Hacienda de Valencia y luego a la Escuela de Ingenieros de Madrid, elaboró a solas su fantástico diccionario. La biblioteca de la infancia de mi madre no era una casita encantada en el bosque, como la mía; era el edificio donde trabajaban dos mujeres represaliadas.

Las bibliotecas y los bibliotecarios tienen su propia historia universal de la infamia: ataques, bombardeos, censura, depuraciones, persecución. Han inspirado una galería de personajes fantásticos, como Jorge de Burgos en *El nombre de la rosa*, capaz de convertir un libro de Aristóteles en arma del crimen; o Mary, que vive a la vez en dos dimensiones espaciotemporales, como feliz madre de familia y como atormentada bibliotecaria (y no sabemos cuál de esas vidas prefiere). Pero lo más asombroso de todo es el camino recorrido desde los orígenes orientales —con sus gremios de escribas y castas de sacerdotes que mantenían el conocimiento vigilado— a las bibliotecas de hoy, abiertas a todo el que quiera leer y aprender.

En sus anaqueles aguardan juntos libros escritos en países enemigos, incluso en guerra unos con otros. Manuales de fotografía y de interpretación de los sueños. Ensayos que hablan de microbios o de galaxias. La autobiografía de un general al lado de las memorias de un desertor. La obra optimista de un autor incomprendido y la obra oscura de un autor de éxito. Los apuntes de una escritora viajera junto a los cinco tomos que necesita un escritor sedentario para contar con pelos y señales sus ensoñaciones. El libro impreso ayer y a su lado el que acaba de cumplir veinte siglos. Ahí no se conocen las fronteras temporales ni geográficas. Y, por fin, estamos todos invitados a entrar: extranjeros y locales, gente con gafas, con lentillas o con legañas, hombres que llevan moño o mujeres que llevan corbata. Eso se parece a una utopía.

60

Mallarmé, en el siglo XIX, escribió: «La carne es triste y, ay, he leído todos los libros». Probablemente, el poeta aludía al tedio de una existencia saturada y marchita. Sin embargo, leídas desde los tiempos de Amazon y el Kindle, sus palabras nos recuerdan con ironía que la aspiración a conocer todos los libros es solo el sueño imposible de los bibliófilos más locos. La humanidad publica un libro cada medio minuto. Suponiendo un precio de veinte euros y un grosor de dos centímetros, harían falta más de veinte millones de euros y unos veinte kilómetros de anaqueles para la ampliación anual de la biblioteca de Mallarmé.

El catálogo de Calímaco fue el primer atlas completo de los libros conocidos. El continente cartografiado resultó ser enorme, y los griegos se sintieron, por lo menos, tan sobrepasados como nosotros. Ninguna persona leería jamás la totalidad de los rollos guardados en la Biblioteca de Alejandría. Nadie lo sabría todo. Cada vez más, el conocimiento de cada uno sería un archipiélago mínimo en el inconmensurable océano de su ignorancia.

Nació entonces la ansiedad de seleccionar: ¿qué leer, ver, hacer antes de que sea demasiado tarde? Por el mismo motivo, hoy seguimos obsesionados por las listas. Hace solo unos años, Peter Boxall publicó el enésimo listado de los libros —en este caso, 1.001, como las noches de Sherezade— que hay que leer antes de morir. En la actualidad, proliferan las selecciones de los discos que merece la pena escuchar, de las películas que conviene no perderse o los lugares a los que deberíamos viajar. Internet es la gran lista de nuestros días, fragmentaria e infinitamente ramificada. Cualquier manual de autoayuda que se precie, encaminado a hacerte millonario, ayudarte a conquistar el éxito o redimirte de la obesidad, incorpora el consejo básico de hacer listas. Perserverarás en los propósitos inventariados, y tu vida mejorará. Las enumeraciones tienen que ver con el orden como ansiolítico, es decir, con nuestro sistema defensivo para neutralizar la expansión del caos. También tienen que ver con la angustia, con el miedo, con el doloroso convencimiento de que tenemos los días contados. De ahí que tratemos de reducir las cosas que nos desbordan a diez, cincuenta, cien epígrafes.

Al recorrer con la vista el desmesurado catálogo, sin duda los sabios de la Gran Biblioteca fueron infectados por el mismo virus invasor de las listas. ¿Cuáles eran los libros imprescindibles en cada género? ¿Qué narraciones, qué versos, qué ideas deberían llegar a las generaciones futuras?

En la época de la reproducción manuscrita, la supervivencia de un libro antiguo exigía un enorme esfuerzo porque el material se deterioraba y era necesario volver a copiarlo cada cierto tiempo. Estas copias sucesivas obligaban también a revisar la edición y comentarla para que el paso de los años no oscureciese su sentido. Los sabios de la Biblioteca, con sus días contados, no podían garantizarles esa dedicación a todos los libros del catálogo. Era necesario elegir. Sus listas fueron, como la mayoría de las nuestras, un programa de trabajo, pero además crearon un sistema de referencias que ha llegado hasta hoy. En *El vértigo de las listas,* Umberto Eco sostiene que las listas son en realidad el origen de la cultura, parte de la historia del arte y la literatura. Añade que en las enciclopedias y los diccionarios encontramos formas elaboradas de los listados. Y todos ellos —repertorios, bibliografías, índices, tablas, catálogos, diccionarios— hacen más comprensible el infinito.

Los griegos tenían una palabra para los autores incluidos en listas: *enkrithéntes*, «los que ha superado la criba, los tamizados». La palabra elegida sugiere la metáfora rural del cedazo, que separa y distingue el grano de la paja. A una escala menor que la de nuestros tiempos, también en la Antigüedad abundaban los listados de autores *enkrithéntes* a quienes era necesario leer antes de morir. Conocemos los títulos de unos manuales de época imperial que suenan tan actuales como las novedades contemporáneas: *Conocer los libros*, de Telefo de Pérgamo, *Sobre la elección y adquisición de libros*, de Erenio Filón o *El bibliófilo*, de Damófilo de Bitinia. Esos tratados encaminaban a los lectores en la elección de libros, señalando las obras esenciales. Algunas de aquellas listas antiguas han llegado hasta nosotros y, aunque presentan diferencias entre sí —las selecciones se actualizan constantemente—, mantienen un trasfondo común. Después de rastrearlas y compararlas, creo que todas se remontan a los sabios de Alejandría y al catálogo de Calímaco. Y pienso que el sentido originario de aquellas selecciones fue concentrar esfuerzos para impedir que un puñado de libros maravillosos, los preferidos, se desvaneciesen en el olvido.

Elegir es, de alguna forma, salvaguardar. Hoy seguimos elaborando listas de paisajes y monumentos, declarándolos Patrimonio de la Humanidad, para intentar protegerlos de las oleadas de destrucción.

Alejandría es un punto de partida. Allí el dinero de los reyes y el empeño de los estudiosos sostuvieron un gran trabajo de conservación y salvamento. Quizá por primera vez, los griegos entendieron que las frágiles palabras de los libros eran una herencia que sus hijos y los hijos de sus hijos necesitarían para

explicar la vida; que algo tan efímero —el dibujo de un soplo de aire, la vibración musical de nuestros pensamientos— tenía que ser preservado pensando en las generaciones futuras; que las antiguas historias, leyendas, cuentos y poemas son testimonio de unas aspiraciones y de una forma de entender el mundo que se niega a morir.

Creo que la gran originalidad de los sabios de la Biblioteca de Alejandría no tiene que ver con su amor por el pasado. Lo que los hizo visionarios fue entender que Antígona, Edipo y Medea —esos seres de tinta y papiro amenazados por el olvido— debían viajar a través de los siglos; que no se podía privar de ellos a millones de personas todavía por nacer; que inspirarían nuestras rebeldías, que nos recordarían lo dolorosas que pueden ser ciertas verdades, que revelarían nuestros pliegues más oscuros; que nos abofetearían cada vez que nos enorgulleciéramos demasiado de nuestra condición de hijos del progreso; que nos seguirían importando.

Por primera vez, contemplaron los derechos del futuro —los nuestros—.

61

Mientras escribo, termina diciembre en medio de la habitual neurosis de las listas —de los más vendidos a los mejor vestidos del año—. Los últimos doce meses quedan resumidos en estos listados-pódium que publican todos los periódicos y se vierten a las redes. La realidad se transforma en un gran torneo, y nos apasiona saber quiénes son los ganadores.

Por una vez, la culpa de esta pulsión no es de internet. Los griegos fueron pioneros de la clasificación con sus famosas listas: los siete sabios y las siete maravillas. Invadidos como nosotros por la fiebre culinaria, anticiparon la Guía Michelin elaborando su propio palmarés gastronómico. Encontramos una lista de los Siete Grandes Cocineros Griegos en un curioso ensayo del siglo II titulado *Deipnosofistas*. En él, un cocinero erudito enseña a su aprendiz los nombres de los siete chefs más ilustres y la especialidad de cada uno: Agis de Rodas y sus perfectos asados de pescado; Nereo de Quíos, que cocinaba un congrio digno de los dioses; Caríades de Atenas, el maestro de los huevos en salsa blanca; Lamprias y el caldo negro; Aftoneto, creador del embutido; Eutino, el gran cocinero de las lentejas; Aristón, el inventor de numerosos guisados; entre ellos la cocina por evaporación —lo que hoy llamaríamos cocina de autor—. Y concluye: «Ellos se han convertido en nuestros segundos siete sabios». No faltan rasgos de una ironía muy actual: en el mismo ensayo, un ilustre artista de los fogones afirma con mucha sorna

que, «de todos los condimentos, el más importante en la cocina es la fanfarronería».

Los escritores, claro, también fueron pasto de listas, incluso antes de la fundación de la Biblioteca en Alejandría. Ya en el siglo IV a. C., los grandes nombres de la tragedia eran un repertorio cerrado: Esquilo, Sófocles y Eurípides. Medio siglo después de la muerte del último de ellos, la reposición de sus célebres obras teatrales se había convertido en el ingrediente principal de los programas escénicos. Atraían a más público que sus sucesores vivos. El Gobierno ateniense decidió crear un archivo estatal para proteger —como bien público— las versiones genuinas de las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y solo de los tres.

Los trágicos griegos serían, ya para siempre, un trío. Seguramente fue en la Gran Biblioteca donde se forjaron otras listas famosas —los nueve poetas líricos, los diez oradores—. Desde aquellos tiempos remotos, los listados prefieren ciertos números dotados de un halo mágico (tres, siete, nueve, diez).

Existe, sin duda, el placer de enumerar. Lo sé; lo he vivido. Durante sus últimos meses, mi padre dedicó muchas horas, y las pocas fuerzas que le quedaban, a navegar por webs de deporte. Buscaba fotos de partidos de fútbol de la buena época —la suya, claro—, allá por los finales de los años cincuenta y los primeros sesenta del pasado siglo. Para mi padre, cualquier fútbol pasado fue mejor. Si algo le emocionaba era encontrar alguna vieja alineación que había memorizado de chico. Primero la cantaba en voz alta, leyéndola en la pantalla, saboreando el orden preciso de las palabras. Después la apuntaba en un cuaderno de espiral y hojas cuadriculadas que aún conservo. Me enseñaba con orgullo sus listas, equipos de fantasmas, filas y filas de nombres escritos con su bonita letra ya un poco temblorosa por el estrago de la enfermedad. Las estrofas de esas canciones —once apellidos aprendidos de carrerilla y luego olvidados— tenían el poder de devolverle a su infancia. Los listados son también parte íntima de la autobiografía de cada persona.

La escritura, dicen los expertos, nació para hacer contabilidad, es decir, listas de cabras, espadas y ánforas de vino. Tal vez por eso, la literatura siempre ha seguido inventando cómo inventariar. En el canto II de la *Ilíada* se desgrana una larguísima enumeración de las naves griegas que combaten contra los troyanos. La Biblia no sería la misma sin los diez mandamientos y las genealogías infinitas. Una escritora japonesa del siglo X, Sei Shonagon, introdujo 164 listas en su *Libro de la almohada*. Anotaba todo aquello que fuese posible catalogar en orden descendente y por escrito. Encabezaba sus enumeraciones con epígrafes sugerentes como «Cosas que aceleran los latidos

del corazón», «Cosas que deben ser breves», «Cosas que pierden al ser pintadas», «Cosas que están cerca aunque distantes», «Personas que parecen satisfechas de sí mismas», «Nubes y cosas que me gustan particularmente».

En el penúltimo capítulo de su *Ulises*, Joyce detalla una prolija lista de los utensilios que pueden encontrarse en el cajón de la cocina de Leopold Bloom. Tengo debilidad por las seis propuestas para el próximo milenio de Italo Calvino. Y por las enumeraciones de Borges, en particular sus poemas de los dones. Y por la tentativa de Perec, sentado en un café de la plaza Saint-Sulpice, de agotar un lugar parisino.

Joe Brainard publicó en 1975 el libro *Me acuerdo*, en el que enhebraba sus recuerdos en una emotiva lista a lo largo de ciento cincuenta páginas. «Me acuerdo de cuando creía que nada viejo podía tener valor». «Me acuerdo de leer doce libros todos los veranos para que me diesen un diploma de la biblioteca municipal. Me importaba una mierda leer pero me encantaba conseguir diplomas. Me acuerdo de que cogía libros con la letra grande y un montón de dibujos». «Me acuerdo de que tenía una lista en la que iba apuntando los estados visitados». «Me acuerdo de fantasear con llegar algún día a leerme una enciclopedia entera y saberlo *todo*».

No puedo omitir la «contribución a la estadística» de Wisława Szymborska: «De cada cien personas, las que todo lo saben: cincuenta y dos;/ las inseguras de cada paso: casi todo el resto;/ las prontas a ayudar, siempre que no dure mucho: hasta cuarenta y nueve;/ las buenas siempre, porque no pueden ser de otra forma: cuatro, o quizá cinco;/ las capaces de ser felices: como mucho, veintitantas;/ las inofensivas de una en una, pero salvajes en grupo: más de la mitad, seguro;/ las crueles cuando las circunstancias obligan, eso mejor no saberlo ni siquiera aproximadamente (…);/ las mortales: cien de cien./ Cifra que por ahora no sufre ningún cambio».

Nos pasamos la vida haciendo listas, leyéndolas, memorizándolas, rompiéndolas, arrojándolas a la basura, tachando los objetivos cumplidos, aborreciéndolas y amándolas. Las mejores son las que conceden importancia a lo que enumeran y tratan de darle sentido. Las que acarician los detalles y la singularidad del mundo, impidiendo que perdamos de vista aquello que es valioso. Aunque ahora, en pleno bombardeo de fin de año, nos saturan tanto que apetece ponerlas en la lista negra.

Tejedoras de historias

62

Solo hay una presencia femenina en el canon literario griego: Safo. Es tentador atribuir ese clamoroso desequilibrio a que las mujeres no escribían en la antigua Grecia. Solo es cierto en parte. Aunque para ellas era más difícil educarse y leer, muchas vencieron los obstáculos. De algunas, quedan fragmentos rotos de poemas; de la mayoría, apenas un nombre. Esta es mi lista provisional de escritoras casi borradas: Corina, Telesila, Mirtis, Praxila, Eumetis también llamada Cleobulina, Beo, Erina, Nóside, Mero, Ánite, Mosquina, Hédila, Filina, Melino, Cecilia Trebula, Julia Balbila, Damo, Teosebia.

Me intrigan los versos que ya nunca leeremos de cada una de ellas porque, para mí, el griego empezó con voz de mujer —la voz de mi profesora de instituto—. Recuerdo que, al principio, sus clases no me impresionaron demasiado —cuánto tardamos en reconocer a quienes nos van a cambiar la vida—. Entonces yo era una adolescente decidida a vender muy cara mi admiración. Esperaba profesores carismáticos, seguros de sí mismos, de esos que —los había visto en algunas películas— entran en el aula con aire rebelde, plantan el culo sobre el borde de su mesa y se lanzan a hablar, ingeniosos, brillantes, divertidos. Exteriormente, Pilar Iranzo no encajaba en esa fantasía. Altísima y delgada, encorvaba ligeramente los hombros como disculpándose por ganar en altura a todo el mundo. Vestía una convencional bata blanca. Al hablar, sus largas manos de pianista agitaban el aire con nerviosismo. A veces trastabillaba explicando la lección, como si de pronto las palabras huyesen en desbandada de su cabeza. Escuchaba con una atención intensa, hacía más preguntas que afirmaciones y parecía sentirse especialmente cómoda al amparo del signo interrogativo.

Pronto, la sorprendente Pilar rompió las alambradas de mi escepticismo. De aquellos dos años aprendiendo de ella, recuerdo el placer del descubrimiento, del vuelo, la asombrosa alegría del aprendizaje. Éramos un grupo tan pequeño de estudiantes que acabamos sentándonos todos alrededor de una mesa y formando corrillos como conspiradores. Aprendíamos por contagio, por iluminación. Pilar no se atrincheraba detrás de las declinaciones,

las frías fechas y cifras, las teorías abstractas, los artefactos conceptuales. Era transparente: sin tretas, sin alardes, sin poses, nos descubrió su pasión por Grecia. Nos prestaba sus libros favoritos, nos contaba las películas de su juventud, sus viajes, los mitos en los que se reconocía. Cuando hablaba de Antígona, ella misma era Antígona; y cuando hablaba de Medea, nos parecía el cuento más terrorífico que jamás habíamos escuchado. Al traducirlas, sentíamos que las obras clásicas se habían escrito para nosotros. Olvidamos el miedo a no entenderlas. Dejaron de ser losas pesadas, impuestas. Gracias a Pilar, algunos de nosotros anexionamos un país extranjero a nuestro mundo interior.

Años después, cuando yo misma me he tenido que enfrentar al vértigo de una clase, he comprendido que hace falta querer a tus alumnos para desnudar ante ellos lo que amas; para arriesgarte a ofrecer a un grupo de adolescentes tus entusiasmos auténticos, tus pensamientos propios, esos versos que te emocionan, sabiendo que podrían burlarse o responder con cara de piedra e indiferencia ostentosa.

Mientras estudiaba la carrera, solía visitar a Pilar durante sus horas de guardia, en el seminario de Griego. Cuando se jubiló, seguí viéndola en una cafetería cercana a su casa. Necesitaba agradecerle aquella forma tan imprudente de enseñar, confiando en todos nosotros. Creyendo que merecíamos saber. Compartiendo su manera íntima y misteriosa de escuchar las voces del pasado.

En aquellos encuentros, hablábamos durante horas, saltando en el tiempo desde el presente de nuestros asuntos a la Antigüedad griega que era nuestro nexo. Pero tropezábamos con una paradoja: comprender que habría sido terrible vivir en la época que tanto nos fascinaba, allí donde las mujeres permanecían alejadas del poder, donde no tenían libertad, donde nunca dejaban de ser menores de edad. Pilar, que había dedicado tantos años a transmitir la luminosa herencia de Grecia, sabía que aquella época la habría condenado a permanecer en la sombra. Echaba de menos las palabras de las escritoras perdidas y sus poemas nacidos en el silencio.

63

La historia de la literatura empieza de forma inesperada. El primer autor del mundo que firma un texto con su propio nombre es una mujer.

Mil quinientos años antes de Homero, Enheduanna, poeta y sacerdotisa, escribió un conjunto de himnos cuyos ecos resuenan todavía en los Salmos de

la Biblia. Los rubricó con orgullo. Era hija del rey Sargón I de Acad, que unificó la Mesopotamia central y meridional en un gran imperio, y tía del futuro rey Naram-Sim. Cuando los estudiosos descifraron los fragmentos de sus versos, perdidos durante milenios y recuperados solo en el siglo XX, la apodaron «la Shakespeare de la literatura sumeria», impresionados por su escritura brillante y compleja. «Lo que yo he hecho nadie lo hizo antes», escribe Enheduanna. También le pertenecen las más antiguas notaciones astronómicas. Poderosa y audaz, se atrevió a participar en la agitada lucha política de su época, y sufrió por ello el castigo del exilio y la nostalgia. Sin embargo, nunca dejó de escribir cantos para Inanna, su divinidad protectora, señora del amor y de la guerra. En su himno más íntimo y recordado, revela el secreto de su proceso creativo: la diosa lunar visita su hogar a medianoche y la ayuda a «concebir» nuevos poemas, «dando nacimiento» a versos que respiran. Es un suceso mágico, erótico, nocturno. Enheduanna fue —que sepamos— la primera persona en describir el misterioso parto de las palabras poéticas.

Este prometedor comienzo no tuvo continuación. La *Odisea,* como ya he contado antes, presenta al adolescente Telémaco mandando callar a su madre porque su voz no debe ser escuchada en público. Mary Beard ha analizado con fino humor este episodio del poema homérico. «La palabra debe ser cosa de hombres», dice Telémaco. Se refiere al discurso público con autoridad, no a la charla, el cotorreo o los chismes, que cualquiera —mujeres incluidas; sobre todo las mujeres— podían practicar.

El silenciamiento de Penélope inicia una larga lista de imperativos repetidos a lo largo de toda la Antigüedad grecolatina. Por ejemplo, el filósofo Demócrito, defensor de la democracia y de la libertad, tan subversivo en muchos aspectos de su pensamiento, no tenía inconveniente en recomendar «que la mujer no se ejercite en el hablar, pues eso es terrible». Callar en público, escribió, debía ser considerado el mejor adorno femenino. Aquella civilización tenía esta idea tatuada en su mente: la palabra pública pertenecía solo a los hombres. El territorio de la política, la oratoria y, en gran medida, la literatura eran sus dominios. No deberíamos olvidar que la democracia ateniense se cimentó en la exclusión de todas las mujeres —y de los extranjeros y los esclavos, es decir, de la mayor parte de la población—. Como decía el protagonista de la serie británica de los años ochenta *Sí, Ministro*: «Tenemos derecho a elegir al mejor hombre para el cargo, al margen de su sexo».

Es cierto que esa exclusión no se vivía igual en toda la geografía griega. Y aquí nace otra paradoja: Atenas, la capital de los experimentos políticos y la osadía intelectual, fue tal vez la ciudad griega más represiva con las mujeres. En ese lugar que tanto admiramos, ellas —si habían nacido en hogares ricos— apenas pisaban la calle; permanecían confinadas dentro de casa, tejiendo entre los muros del gineceo, lejos del espacio público y de la ebullición del ágora. Huelga decir que los pobres no tenían ni el dinero suficiente ni los medios necesarios para permitirse ese *apartheid* familiar; pero, por otra parte, esas vidas estrechas, la miseria, el sudor y la fuerza de las costumbres tampoco permitían grandes márgenes de libertad.

Como todas las diversiones áticas, el teatro era un club masculino. Los autores, los actores y los cantantes del coro eran hombres —por mucho que nos cueste hoy imaginar a un barbudo ateniense interpretando a Antígona o Electra—. En la época clásica, cuando Atenas lideraba Grecia, la ausencia de mujeres creadoras fue más estridente que nunca.

Existía otro mundo más abierto en la costa de Anatolia y las islas cercanas del Egeo (Lesbos, Quíos, Samos…), tierra de emigrantes griegos en la frontera con Asia. Allí las prohibiciones no eran tan estrictas, ni el encierro tan asfixiante. Las niñas recibían educación y, siempre que fueran ricas y nobles, algunas mujeres podían hacer oír su voz —ciertos investigadores pretenden descubrir en la zona los últimos rescoldos de un matriarcado perdido—. Según Platón, en la isla de Creta, «a la patria la llamaban *matria*». En la famosa batalla de Salamina, combatió al frente de una flotilla la única comandante en jefe conocida. Se llamaba Artemisia y venía de la ciudad costera de Halicarnaso, en Asia Menor, donde reinaba. Aunque era griega, se alió con los invasores persas. Se cuenta que los atenienses ofrecieron por su cabeza una recompensa de diez mil dracmas, «ya que consideraban algo inadmisible que una mujer hiciera la guerra a Atenas».

Y en Rodas, una isla cercana, nos sorprende un caso insólito: el de una chica joven que, sin dedicarse a la prostitución, participa en los banquetes masculinos. Se llamaba Eumetis, que significa «la de buena inteligencia», pero todos la conocían como Cleobulina porque era la hija de Cleóbulo, uno de los siete sabios. Como Enheduanna, hija de un rey. Cleobulina tenía inteligencia política y supo utilizar bien su influencia. Decían que había convertido a su padre en un gobernante más amable y solidario con sus súbditos. Desde niña, como jugando, inventaba adivinanzas, mientras trenzaba cintas y redecillas. Escribió un libro de acertijos en hexámetros que aún se recordaría siglos después. Un texto antiguo la sitúa en un simposio,

codeándose con toda libertad con los hombres. Se divierte, interviene en la conversación, bromea peinando y despeinando los cabellos de uno de los siete sabios. Como era ingeniosa y ocurrente en un época que quería mujeres silenciosas, Cleobulina se prestaba a la caricatura. Sabemos que un cómico ateniense la parodió en una obra de teatro titulada —en plural— *Las Cleobulinas*. Se puede suponer que la comedia, hoy perdida, fabricaría unos personajes parecidos a los de *Las preciosas ridículas* de Molière: jovencitas absurdas que pierden el seso por los juegos de palabras y, aunque se creen muy listas, en realidad resultan unas pedantes insoportables. Las mujeres que escribían se enfrentaban a la amenaza de la burla, de ese espejo deformante. Tal vez por eso amaban el secreto, sugerir sin llegar a decir, el acertijo, el interrogante. Como escribe Carlos García Gual, «expresarse por medio de enigmas era, en el ámbito griego, algo propio de las mujeres, tejedoras también con palabras».

64

Safo —lo cuenta ella misma— era bajita, morena y poco atractiva. Nació en una familia aristocrática venida a menos. A diferencia de Cleobulina, no era hija de reyes. Su hermano mayor dilapidó la fortuna familiar, o lo que quedaba de ella. La casaron con un extraño, como era habitual, y tuvo una hija. Todo la encaminaba a una vida anónima.

Las mujeres griegas no escribían poesía épica, claro. No conocían la experiencia de las armas porque las batallas eran el peligroso deporte de la aristocracia masculina. Además, ellas no podían llevar la vida libre e itinerante de los aedos, viajando de ciudad en ciudad para ofrecer su canto. Tampoco participaban en los banquetes, ni en las competiciones deportivas, ni en los asuntos políticos. ¿Qué podían hacer? Cobijaban recuerdos. Como esas niñeras y abuelas que contaban cuentos a los hermanos Grimm, transmitían de generación en generación leyendas viejísimas. También componían cantos para los coros femeninos (canciones de boda, canciones en honor de los dioses, canciones para bailar). Y hablaban de sí mismas en poemas para una sola voz, acompañados de la lira —de ahí proviene el término «poesía lírica»—. Se trataba de universos obligatoriamente pequeños y locales. Aún así, de forma casi milagrosa, algunas mujeres lanzan desde su rincón una mirada original y fulminan los muros que las aprisionan. Lo hizo Safo. Lo harían otras reclusas transgresoras como Emily Dickinson o Janet Frame.

Safo escribió: «Dicen algunos que nada es más hermoso sobre la negra tierra que un escuadrón de jinetes, o de infantes, o de naves. Pero yo digo que lo más bello es la persona amada». Estas palabras sencillas esconden una revolución mental. Cuando se escribieron, en el siglo VI a. C., rompieron los esquemas tradicionales. En un mundo profundamente autoritario, el poema sorprende porque contiene múltiples perspectivas, e incluso parece celebrar la libertad del desacuerdo. Además, se atreve a cuestionar aquello que la mayoría admira: los desfiles, los ejércitos, el despliegue y el alarde de poder. Seguramente Safo habría cantado lo mismo que Georges Brassens sobre su mala reputación: «Cuando la fiesta nacional/ yo me quedo en la cama igual,/ que la música militar/ nunca me supo levantar». Frente a las aburridas exhibiciones de músculo guerrero, ella prefería sentir y evocar el deseo. «Lo más bello es lo que cada uno ama». Inesperado, este verso afirma que la belleza está primero en la mirada del amante; que no deseamos a quien nos parece más atractivo, sino que nos parece atractivo porque lo deseamos. Según Safo, quien ama crea la belleza; no se rinde a ella como suele pensar la gente. Desear es un acto creativo, al igual que escribir versos. Favorecida con el don de la música, la menuda y fea Safo podía ataviar con sus pasiones el minúsculo mundo que la rodeaba, y embellecerlo.

En algún momento, la biografía de Safo dio un giro. Su matrimonio acabó y ella cambió las rutinas del hogar por una nueva actividad que no conocemos bien. Recurriendo a los deteriorados fragmentos que nos han llegado de sus versos y a través de noticias sobre ella, podemos reconstruir el ambiente poco convencional en el que vivió esos años. Sabemos que dirigió un grupo de chicas jóvenes, hijas de familias ilustres. Sabemos también que se enamoró en momentos sucesivos de algunas de ellas —Atis, Dica, Irana, Anactoria—, y que juntas componían poesía, hacían sacrificios a Afrodita, trenzaban coronas de flores, sentían deseo, se acariciaban, cantaban y bailaban, ajenas a los hombres. De vez en cuando, una de estas adolescentes se marchaba, quizá para casarse, y la separación hacía sufrir a todas. Por último, nos dicen que en la isla de Lesbos había otros grupos parecidos, dirigidos por mujeres a las que Safo considera enemigas. Y se siente dolorosamente traicionada por las chicas que la dejan para entrar en un círculo rival.

Se piensa —pero es solo conjetura— que eran *thíasoi* femeninos, una especie de clubs religiosos donde las adolescentes, bajo la dirección de una mujer carismática, aprendían poesía, música y danza, honraban a los dioses, y tal vez exploraban su erotismo poco antes del matrimonio. En todo caso, los amores de Safo por sus protegidas no eran sentimientos condenados, sino

reconocidos y deseados incluso. Los griegos creían que el amor era la principal fuerza educadora. No respetaban demasiado al maestro que enseñaba por dinero, corriendo detrás de la clientela y reclamando su pago. Para su mentalidad aristocrática, aceptar un trabajo remunerado era propio de desharrapados. Les gustaba más el profesor que escogía a nuevos discípulos solo al descubrir en ellos un destello especial y entregaba su sabiduría, sin el estorbo de peticiones salariales, enamorándose y seduciendo —ni más ni menos que lo que hacía Sócrates—. En Grecia, miraban ese tipo de homosexualidad pedagógica como algo incluso más digno y elevado que las relaciones heterosexuales.

El poema más conocido de Safo se desarrolla en la boda de una joven amiga que ya no volverá al grupo. Para Safo, es la fiesta del adiós: «Me parece igual que un dios ese hombre/ que está sentado frente a ti/ y cautivo te escucha/ mientras le hablas con dulzura. Tu risa encantadora/ me ha turbado el corazón en el pecho:/ Si te miro, la voz no me obedece;/ mi lengua se quiebra/ y bajo la piel, un tenue fuego me recorre,/ ya no veo, mis oídos zumban,/ brota el sudor, un temblor entera me sacude;/ y estoy pálida, más que la hierba./ Siento que me falta poco para morir».

Estos versos en los que palpita el deseo han escandalizado a muchos lectores. Siglo tras siglo, Safo ha sufrido un verdadero alud de incomprensión, caricaturas y comentarios malintencionados hurgando en su vida privada. Ya Séneca menciona un ensayo titulado «¿Fue Safo una puta?». En el otro extremo, un remilgado filólogo del siglo XIX escribió, para guardar las formas y proteger al mundo de las obscenidades paganas, que «dirigía un internado de señoritas». En el año 1073, el papa Gregorio VII había ordenado quemar todos los ejemplares de sus poemas, por su peligrosa inmoralidad.

En un fragmento de apenas una línea que, por azar, ha llegado hasta nosotros, leemos: «yo afirmo que alguien se acordará de nosotras». Y, aunque aquella posibilidad parecía rozar lo imposible, casi treinta siglos después seguimos escuchando la voz tenue de aquella mujer bajita.

65

Quiero imaginar que hubo en Atenas una corriente de rebeldía femenina de la que ningún autor griego nos habla y que no figura en los libros de historia. Para rastrear las huellas de este quimérico movimiento olvidado me he atrevido a bucear en los textos y leer entre líneas. Aunque nunca sabremos

con seguridad si existió, la suposición siempre me ha atraído. Esto que voy a exponer es solo una hipótesis, pero me fascina.

Las primeras en sublevarse habrían sido hetairas, es decir, prostitutas de lujo, las únicas mujeres verdaderamente libres de la Atenas clásica. Comparables en algunos aspectos a las *geishas* japonesas, ocupaban un lugar ambiguo dentro de la escala social, marcadas por las ventajas y los inconvenientes de su mala reputación: vivían a la intemperie pero se mantenían independientes. La mayoría de ellas eran griegas nacidas en Asia Menor y, por tanto, sin derechos de ciudadanía. En su tierra natal habían recibido una educación musical y literaria que Atenas negaba a sus hijas. Obligadas a pagar impuestos como los hombres, podían como ellos administrar sus propios bienes. Tenían acceso a los círculos de la política y la cultura a través de sus amantes. No estaban sometidas a la presión que soportaban las esposas atenienses, aunque a cambio se sabían doblemente excluidas (por extranjeras y por putas).

Estas mujeres emigrantes, minoritarias, deseadas y socialmente vulnerables, tenían más capacidad de protesta que las atenienses recluidas en sus gineceos. Y, durante algo más de una década, sus voces se escucharon gracias a un enamoramiento transgresor que sacudió las esferas del poder.

Para los atenienses del siglo V a. C., la distribución de funciones seguía un esquema incontestable. Un orador de la época lo describió sin rodeos: «Tenemos a las hetairas por placer, a las concubinas para el cuidado diario de nuestro cuerpo, a las esposas para darnos hijos legítimos y para que sean guardianas fieles de nuestra casa». Cuando el hombre más poderoso del Ática vulneró ese esquema de competencias, la ciudad hirvió de indignación.

Pericles estaba casado con una mujer «apropiada a su linaje», madre de sus dos hijos. Pero la convivencia era difícil y él rompió su matrimonio para unirse con Aspasia, una hetaira nacida en Asia Menor. Casi cinco siglos más tarde, el historiador Plutarco transcribe una retahíla de insultos contra la subversiva primera dama ateniense tomados de textos de la época, donde es tachada de impúdica, concubina con cara de perra y mujer de burdel, entre otras lindezas.

Durante la mayor parte de nuestra historia, el matrimonio ha sido ante todo una institución económica, una fusión de intereses compartidos. Para los políticos griegos, incluso en la democracia, las bodas sellaban alianzas entre grandes familias que mantenían bien sujetas las riendas del Gobierno. Y los casamientos se deshacían por motivos mercantiles o estratégicos, cuando había otro clan más pujante con el que emparentar. Pericles, en cambio,

escogió a Aspasia —una extranjera con mala reputación y sin pedigrí— por un motivo absolutamente ridículo: el amor. Plutarco dice que los ciudadanos contemplaban boquiabiertos cómo «al volver del ágora, cada día la abrazaba y la besaba dulcemente». Y, tal como lo cuenta Plutarco, entendemos que esa exhibición de amor conyugal era en la Atenas del momento una escandalosa inmoralidad. Podemos imaginar a los ciudadanos atenienses rezongando y riéndose de las perversiones de su líder. Si ya era bastante estúpido estar enamorado de su mujer, demostrarlo en público rayaba la obscenidad. Muchos pensaban que corrían malos tiempos y recordaban con nostalgia un pasado más sano. Aquel siglo V a. C. en Atenas, dorado para nosotros, les parecía una época oscura de contubernio, mestizaje y desenfreno.

Lo que no decían las habladurías es que la inteligencia de Aspasia ayudó a Pericles en su carrera política. Sabemos poco de ella porque su figura ha llegado envuelta en incógnitas y maledicencia, pero los textos dan a entender que era una auténtica oradora en la sombra. Sócrates solía visitarla con sus discípulos y disfrutaba de su brillante conversación; incluso llegó a llamarla «maestra». Según Platón, escribió discursos para su marido; entre ellos, el famoso discurso fúnebre donde defendía apasionadamente la democracia. Todavía hoy, los escritores de los discursos presidenciales de Obama, y antes los de Kennedy, se han inspirado en las palabras que probablemente enhebrara Aspasia. Sin embargo, ella no aparece en la historia de la literatura. Sus escritos se perdieron o se atribuyeron a otros.

Durante quince o veinte años, hasta la muerte de Pericles en el año 429 a. C., Aspasia tuvo una enorme influencia en los círculos del poder. Es un misterio cómo utilizó esa posición de inesperado protagonismo. Pero en ese periodo sucede algo sin precedentes: los textos de los trágicos, de los cómicos y de los filósofos empiezan a discutir —o ridiculizar— la extravagante idea de la emancipación femenina, una cuestión que antes de esa época ningún griego había mencionado.

En esas décadas fulgurantes, habló desde los escenarios Antígona, la chica que osa desafiar a solas la ley injusta de un tirano en nombre de los principios humanitarios, y Lisístrata, que en plena guerra tiene la fantástica ocurrencia de aliarse con las mujeres del bando enemigo para organizar una huelga sexual conjunta hasta que se firme la paz, y Praxágora, que, al frente de un grupo de vecinas atenienses, suplanta a los hombres en la asamblea y con los votos femeninos instaura un régimen comunista e igualitario, y la rebelde extranjera Medea.

Nadie llega más lejos que la *Medea* de Eurípides. Imagino el público de hombres que llenase el teatro en la mañana de la primera representación, en el año 431 a. C. Con los ojos fijos en el escenario, atrapados por el magnetismo del miedo, contemplaron cómo una mujer agraviada y vengativa desencadenaba el horror más absoluto. Vieron lo innombrable: una madre asesinando a sus hijos con sus propias manos para herir al marido que la abandonaba y la condenaba al exilio. Oyeron palabras absolutamente nuevas. Medea habló en voz alta, por primera vez, de la furia y la angustia que anidaba en los hogares atenienses: «Nosotras las mujeres somos el ser más desgraciado. Empezamos por tener que comprar un esposo con dispendio de riquezas y tomar un amo de nuestro cuerpo, y este es el peor de los males. Separarse del marido es escandaloso para las mujeres, no así para los varones. Cuando ellos se aburren en casa, salen a distraerse. Sin embargo, si hacemos lo mismo, no nos dejan salir diciendo que hay que cuidar a los hijos. Aseguran que, permaneciendo en casa, las mujeres evitamos peligros, mientras que el hombre, pobrecillo, ha de ir a batirse a la guerra». Medea, en conflicto con su encierro y su maternidad, acaba diciendo que preferiría librar tres guerras antes que parir una sola vez.

Contagiadas por Medea, las mujeres del coro van abandonando también su actitud modesta y atemorizada. En un momento dado, una de ellas se atreve a decir que las mujeres no deben quedar excluidas de la filosofía, de la política, de los razonamientos sutiles y de los debates: «Nosotras también poseemos una musa que nos acompaña en busca de la sabiduría». En la tragedia griega, el coro representaba la voz de la comunidad. Por tanto, allí no hablaba la extranjera díscola, sino las atenienses de vida ordenada y hogareña. Para rizar el rizo, todas las audacias de Medea y su coro femenino las pronunciaron sobre el escenario hombres travestidos con largas pelucas y encaramados sobre enormes zapatos con plataforma. Paradojas de la historia, en Grecia inventaron las *drag queens*, pero a ninguna mujer se le permitía ser actriz.

Quiero imaginar que las ideas nuevas flotaban en el aire, que algún tipo de movimiento social agitaba el debate en las plazas de Atenas. El teatro siempre ha sido un escenario de la discusión colectiva. Muy especialmente en Grecia, las comedias y las tragedias traslucían los conflictos más candentes. Buscaban su inspiración en el ágora, las calles y las asambleas, para llevar a la escena las inquietudes políticas del momento. Es verosímil imaginar que Antígona, Lisístrata, Praxágora y Medea eran presencias reales, de alguna manera, en la vida ateniense de aquellos años.

Me gustaría creer que esa corriente de cambio, seguramente sostenida por el carisma de Aspasia, impregnó incluso el pensamiento de Platón, que ni de lejos era un apóstol de la igualdad. De hecho, el filósofo sostuvo en uno de sus libros que, como castigo, los hombres injustos se reencarnaban en mujeres, y que por eso existía el sexo femenino. Resulta casi increíble que aquel mismo individuo, a quien leemos que nacer mujer es una condena y una expiación, escribiera estas líneas asombrosas en su *República*: «Ninguna ocupación en el gobierno del Estado corresponde a la mujer por ser mujer ni al hombre en cuanto hombre, sino que las dotes naturales están similarmente distribuidas entre ambos, y la mujer participa, por naturaleza, de todas las ocupaciones, lo mismo que el hombre».

Aspasia es uno de los mayores misterios y ausencias de los documentos antiguos. Lo que hizo, pensó y dijo nos llega filtrado por otros. Nos dicen que se dedicó a escribir y enseñar; quiero creer que además, con su poderosa oratoria, alentó el primer movimiento de emancipación del que hay noticia. Me gusta imaginar que gracias a ella las mujeres de Atenas y de otras ciudades se atrevieron a traspasar el umbral de las grandes escuelas filosóficas. En la Academia platónica hubo al menos dos discípulas: Lastenia de Mantinea y Axiotea de Fliunte. La última, según dicen, vestía de hombre. Una hetaira llamada Leoncia fue filósofa en el Jardín y amante de Epicuro. Escribió un libro sobre los dioses —hoy perdido sin dejar rastro—, donde intentaba derribar las tesis de filósofos muy respetados. Siglos después, Cicerón le lanzó una agria descalificación: «¿Incluso una putilla como Leoncia tuvo la audacia de escribir contra Teofrasto?».

La más conocida y transgresora de todas fue Hiparquia de Maronea, de la escuela de los cínicos. Que sepamos, es la única filósofa a la que los antiguos dedicaron una breve biografía. No dejó ningún escrito, pero fue célebre por dinamitar todas las convenciones en su conducta pública. Renunció a la fortuna familiar y vivió en la calle con su amante Crates, vistiendo harapos. Como ambos creían que las necesidades naturales eran buenas y no debían avergonzar a nadie, practicaban el sexo a la vista de todos, sin espantar a los mirones. Cierto día, un hombre señaló a Hiparquia y preguntó: «¿Es esta la que ha abandonado la lanzadera? Y ella contestó: Sí, soy yo. ¿Te parece que me equivoco dedicando a mi propia educación el tiempo que iba a gastar en el telar?».

Después de todo, quizá Hiparquia pensaba, con humor juguetón, que la mente es un gran telar de palabras. Todavía entre nosotros, en la terminología literaria se continúa empleando esa imagen de la narración como tapiz.

Seguimos hablando —con metáforas textiles— de tramas, de urdimbres, de hilar relatos, de tejer historias. ¿Qué es para nosotros un texto, sino un conjunto de hebras verbales anudadas?

Así se describía a sí misma la poeta portuguesa Sophia de Mello Breyner: «Pertenezco a la estirpe de aquellos que recorren el laberinto sin perder nunca el hilo de lino de la palabra».

66

Los mitos se tejen y se destejen, como cuenta la leyenda que hacía Penélope. Durante los veinte años que pasó esperando el regreso de Ulises, el palacio de Ítaca se llenó de pretendientes que querían declarar muerto al rey ausente y ocupar su lecho. Ella les prometió que escogería marido cuando terminase un sudario para su anciano suegro Laertes. Durante tres años, tejía el sudario durante el día y, astutamente, lo destejía por la noche. Sentada en el telar, movía la lanzadera y trenzaba un engaño salvador que cada mañana volvía a empezar.

Los escritores antiguos comprendieron muy pronto que los caminos más fascinantes son aquellos que nacen en las grietas, en los puntos ciegos y en las manipulaciones del relato. ¿Penélope esperó fielmente a Ulises o lo engañó en su ausencia? ¿Helena estuvo o no estuvo en Troya? ¿Abandonó Teseo a Ariadna, o fue raptada? ¿Orfeo amaba a Eurídice más que a su vida o fue el primer pederasta? Todas estas variantes coexistieron dentro del enmarañado laberinto de la mitología griega. Como en *Rashomon*, debemos elegir entre relatos incompatibles entre sí. Aquella primitiva literatura europea nos legó ese gusto por la multiplicación de los puntos de vista, por las variaciones y diferentes lecturas, por las narraciones tejidas y destejidas una y otra vez.

Siglo tras siglo, seguimos ovillando y devanando las leyendas que los griegos nos contaron en forma de caleidoscopio ambiguo. En el *Ulises* de Joyce, la cantante Molly Bloom, una peculiar y deslenguada Penélope, expone su versión del mito en una larga frase sin puntuación, que no se cuenta por líneas sino por páginas —más de noventa—, y salpicada de obscenidades. El libro se cierra con su atropellado monólogo íntimo, mientras yace en la cama junto a su marido. Recuerda la infancia en Gibraltar, sus amores, su maternidad, el deseo, cuerpos, voces, lo inconfesable. La última palabra de la novela le corresponde a ella. Y es la palabra «Sí». Penélope puede desplegar al fin un erotismo rotundo, afirmativo: «… primero le rodeé con los brazos sí

y le atraje encima de mí para que él pudiera oler mis pechos todos perfume sí y el corazón le corría como loco y sí dije sí quiero Sí».

También la canadiense Margaret Atwood ha viajado al paisaje homérico de la *Odisea*, donde los monstruos femeninos permiten una relectura humorística. Margaret presta voz a una sirena, una burlona mujer-pájaro que según el mito anida en una isla rocosa sin nombre, atiborrada de esqueletos y cadáveres. En el poema, la gran seductora revela su secreto mortal y dulce, las palabras con las cuales atrae hacia el naufragio y la muerte a los navegantes que osan acercarse a sus arrecifes. ¿En qué consiste su poderoso hechizo? «Esta es la canción que todo el mundo quisiera aprender, la canción que obliga a los hombres a saltar por la borda en escuadrones, aun cuando ven los cráneos varados en la playa, la canción que nadie conoce porque todos los que la oyeron están muertos… Voy a contarte el secreto a ti, a ti y solamente a ti. Acércate. Esta canción es un grito de ayuda: ¡Ayúdame! Solo tú, solo tú puedes, porque eres único. Ay, es una canción aburrida pero funciona siempre». Irónica, la sirena reconoce que no hace falta ser una criatura mitológica y fatal para engatusar a los héroes; basta llamarlos con voz susurrante, pedirles auxilio, halagar su vanidad.

La poeta Louise Glück le permite explicarse a la maga Circe, tía de Medea. Homero la acusó de usar sus ungüentos mágicos para convertir en cerdos a los compañeros de Ulises. Ella cuenta una historia infinitamente más sarcástica: «Jamás convertí a nadie en cerdo. Algunas personas ya son cerdos; yo hago que lo parezcan. Estoy harta de tu mundo, donde lo exterior disfraza lo interior». Y, cuando su amante Ulises decide abandonarla, la bruja, sola en la playa, dialoga con el mar de todos los relatos: «El gran hombre vuelve su espalda a la isla. Ahora, ya no morirá en el paraíso… Ahora es tiempo de que vuelva a escuchar el pulso del narrativo mar, al alba. Lo que nos trajo hasta aquí nos llevará de aquí; nuestra nave se mece sobre las tintas aguas del puerto. Se terminó el hechizo. Devuélvele su vida, mar que solo puedes marchar hacia delante».

Las leyendas proceden de un mundo arcaico, pero en nuestro telar volvemos a trenzarlas con hebras nuevas. Por mucho que se empeñe Telémaco en gobernar las palabras e imponer silencio, tarde o temprano nacen versiones del mito desde el punto de vista de Penélope y las demás mujeres, las tejedoras de historias.

Es el otro quien me cuenta mi historia

67

En los escenarios de Atenas se escucharon palabras asombrosas. Desde allí hablaron mujeres desesperadas, parricidas, enfermos, locos, esclavos, suicidas y extranjeros. El público no podía apartar los ojos de aquellos personajes insólitos. Precisamente, «teatro» significaba en griego «lugar para mirar». Los griegos habían escuchado relatos durante generaciones, pero asomarse a una historia mirándola como espías tras la rendija de una puerta era una experiencia muy distinta, de una extraña intensidad. Allí empezó a triunfar el lenguaje audiovisual que aún nos hipnotiza. Las tragedias, agrupadas en trilogías, creaban el mismo tipo de adicción que las actuales series y sagas. Eran obras de terror, como sabía Aristóteles, y las mejores son además viajes al fin de la noche, donde acechan los miedos ancestrales, los tabús, la sangre derramada, el crimen familiar, la angustia del conflicto sin salida, el silencio de los dioses.

Queda poco, poquísimo de aquellas obras escalofriantes (siete tragedias de Esquilo, siete de Sófocles y dieciocho de Eurípides). Se sabe que, sumados los tres, escribieron varios cientos de dramas, la mayoría de los cuales han desaparecido. Y conocemos, al menos, trescientos títulos perdidos de otros autores. El paisaje de la tragedia griega es hoy tierra arrasada. Solo nos ha llegado un puñado de obras, pero se cuentan entre las preferidas de los atenienses de entonces. Ellos no dudaban quiénes eran los mejores. Hacia el año 330 a. C., colocaron estatuas de bronce de los tres dramaturgos ante el gran teatro de Dioniso, en la falda de la Acrópolis. Y, como ya he dicho, decidieron conservar copias oficiales de sus textos, solo los suyos. La destrucción ha sido terrible, pero no indiscriminada.

Las tragedias supervivientes ofrecen una extraña fusión de violencia y debate verbal sofisticado. En ellas conviven las hermosas palabras con las armas ensangrentadas. De alguna forma misteriosa, las tragedias consiguen ser salvajemente delicadas. En general, cuentan mitos primitivos de un pasado legendario —la guerra de Troya, el destino de Edipo— cuyos ecos aún resonaban en el presente del siglo V a. C. Pero hay una curiosa excepción, una tragedia basada en hechos reales. Es además la obra teatral conservada más

antigua del mundo. Se trata de *Los persas*, donde Esquilo abrió camino a Shakespeare y quizá, sin saberlo, inventó la novela histórica.

Durante la vida de Esquilo, el Imperio persa lanzó varias expediciones de conquista contra el enjambre de minúsculas ciudades en perpetua disputa que por aquel entonces era Grecia. La defensa de Atenas dependía de un ejército ciudadano, así que Esquilo luchó en varios campos de batalla; entre ellos, el de Maratón, donde perdió a su hermano, y tal vez también en la batalla naval de Salamina. La guerra era muy distinta en aquellos tiempos. Intento imaginar aquella lucha cuerpo a cuerpo, a corta distancia, en una época en la que no se habían inventado las balas ni los explosivos. Los combatientes se miraban a los ojos mientras intentaban matarse. Hundían con fuerza lanzas y espadas en la carne del enemigo, mutilaban cuerpos, pisaban cadáveres, escuchaban gritos de muerte, se manchaban de tierra y vísceras. Cuentan que, en su epitafio, Esquilo mencionó sus batallas sin decir nada de su enorme obra literaria. Estaba más orgulloso de haber participado en la resistencia de la pequeña Grecia contra el poderoso invasor persa que de sus versos.

Creo que nuestra idea del choque de civilizaciones no hubiera sonado extraña en sus oídos. La lucha entre Oriente y Occidente es una vieja historia. Los atenienses sentían la amenaza constante de un estado dictatorial tiránico. Si ese enemigo lograba someter a Grecia, extinguiría para siempre su democracia y su forma de vida. Las llamadas guerras médicas fueron el gran conflicto de la época, y Esquilo decidió llevarlo a los escenarios cuando las victorias griegas aún seguían frescas en la memoria.

Podría haberse limitado a escribir un panfleto patriótico, pero el poeta excombatiente tomó una serie de decisiones inesperadas. La más sorprendente de todas fue adoptar el punto de vista de los derrotados, como Clint Eastwood en *Cartas desde Iwo Jima*. La acción sucede en Susa, la capital de los persas, y en la obra no aparece ningún personaje griego. Además, Esquilo parece haberse documentado sobre la sociedad persa —conoce genealogías reales, palabras iranias y rasgos de la pompa y el protocolo de la corte—. Pero lo más llamativo es que no detectamos ningún rastro de odio, sino una inesperada comprensión. La obra empieza en la explanada del palacio. Los persas están preocupados porque no reciben noticias de la expedición bélica. Entonces irrumpe un mensajero que cuenta la terrible derrota y habla de los héroes asiáticos caídos en combate. Al final llega el rey Jerjes, que ha perdido por el camino su arrogancia y regresa andrajoso a casa, con una inútil carnicería a sus espaldas.

Es una visión insólita del enemigo que ha estado a punto de destruir Grecia. Los persas no son descritos como parte de un eje del mal ni como criminales natos. Esquilo nos lleva a contemplar la impotencia de los ancianos consejeros que se oponían a la guerra y no fueron escuchados, la angustia de quienes esperan en casa el regreso de los ejércitos, las divisiones internas entre los halcones y las palomas del régimen, el dolor de las viudas y de las madres. Se intuye la desgracia de los soldados arrastrados al matadero por la megalomanía de su rey.

El mensajero de *Los persas* relata con dolorosa emoción la batalla de Salamina, que ha llegado a ser un símbolo contemporáneo. Los *Soldados de Salamina* a los que alude la novela de Javier Cercas son aquellos griegos que detuvieron la invasión del Imperio persa y también los soldados de la resistencia contra el nazismo. Cercas sabe que puede haber soldados de Salamina en todas las épocas: los que encaran una batalla decisiva —y en apariencia perdida— para defender su país, la democracia y sus aspiraciones. Salamina ha dejado de ser solo una pequeña isla del mar Egeo, a dos kilómetros del puerto del Pireo y, más allá de los mapas, existe en cualquier lugar donde alguien, en inferioridad numérica, se rebela contra una agresión avasalladora.

Las representaciones teatrales son más antiguas que Esquilo. Él mismo escribió otras piezas anteriores a *Los persas*. Pero todo se ha perdido, de manera que esta obra es para nosotros un comienzo. Siempre me ha fascinado que Esquilo, después de luchar contra los persas cara a cara, cuerpo a cuerpo y mirándoles a los ojos, después de ver morir a su hermano en combate, cerca de él, llevara al escenario la pena de sus enemigos derrotados. Sin burla, sin odio, sin generalizar las culpas. Y así, entre el duelo, las cicatrices y el afán de comprender al extraño, empieza la historia conocida del teatro.

68

Esquilo y sus contemporáneos pensaban que su guerra contra los persas formaba parte de un gran enfrentamiento entre Oriente y Occidente, con mayúsculas. Influidos por la trágica experiencia del combate, consideraban a sus enemigos gentes sanguinarias y ávidas de conquistas. Creían que su victoria sobre ellos era el triunfo de la civilización sobre la barbarie.

En la península de Anatolia, encrucijada de varias culturas, nació un griego de sangre mixta y mente inquieta a quien obsesionaba el viejo conflicto. ¿Por qué esos dos mundos —Europa y Asia— estaban enzarzados

en una lucha a vida o muerte? ¿Por qué se enfrentaban desde tiempos inmemoriales? ¿Qué buscaban, cómo se justificaban, cuáles eran sus razones? ¿Siempre había sido así? ¿Así sería siempre?

Aquel griego amigo de las preguntas dedicó su vida a buscar respuestas. Escribió una larga obra de viajes y testimonios a la que tituló *Historíai*, que en su lengua significaba «pesquisas» o «investigaciones». Nosotros todavía usamos, sin traducirla, la palabra que él redefinió al dar nombre a su libro y a su tarea: «historia». Con su obra nació una nueva disciplina y, tal vez, una forma diferente de mirar el mundo. Porque el autor de las *Historias* era un individuo de curiosidad incansable, un aventurero, un perseguidor de lo asombroso, un nómada, uno de los primeros escritores capaces de pensar a escala planetaria, casi diría que un adelantado de la globalización. Hablo, claro, de Heródoto.

En una época en la que la gran mayoría de los griegos apenas asomaban la nariz más allá de los límites de su aldea natal, Heródoto fue un viajero infatigable. Se enroló en barcos mercantes, avanzó en lentas caravanas, trabó conversación con muchas personas y visitó un gran número de ciudades dentro del Imperio persa, para poder relatar la guerra con conocimiento del terreno y amplitud de miras. Al conocer al enemigo en su vida cotidiana, en tiempos de paz, ofreció una visión diferente y más exacta que ningún otro escritor. En palabras de Jacques Lacarrière, Heródoto se esforzó por derribar los prejuicios de sus compatriotas griegos, enseñándoles que la línea divisoria entre la barbarie y la civilización nunca es una frontera geográfica entre diferentes países, sino una frontera moral dentro de cada pueblo; es más, dentro de cada individuo.

Es curioso comprobar que tantos siglos después de que Heródoto escribiese su obra el primer libro de historia empieza de forma rabiosamente actual: hablando de guerras entre orientales y occidentales, de secuestros, de acusaciones cruzadas, de distintas versiones sobre los mismos acontecimientos, de hechos alternativos.

En los primeros párrafos de su obra, el historiador se pregunta por el inicio de las luchas entre europeos y asiáticos. Encuentra ecos de ese conflicto originario en los antiguos mitos. Todo empezó con el secuestro de una mujer griega, llamada Ío. Un grupo de mercaderes, o, más bien, de traficantes —las diferencias entre unos y otros siempre fueron volátiles en la Antigüedad—, desembarcaron en la ciudad griega de Argos para exhibir su mercancía. Algunas mujeres se acercaron a la orilla atraídas por aquellos productos exóticos. Curioseaban arremolinadas junto a la popa de la nave extranjera

cuando, de repente, los vendedores, que eran de origen fenicio, se abalanzaron sobre ellas. La mayoría se defendió con uñas y dientes y consiguió escapar, pero Ío no tuvo tanta suerte. La capturaron y la llevaron a la fuerza hasta Egipto, convertida ella misma en mercancía. Este secuestro, según el relato de Heródoto, fue el principio de toda la violencia. Poco después, un destacamento de griegos en misión de castigo desembarcó en Fenicia —hoy Líbano— y raptó a Europa, la hija del rey de Tiro. El empate en los atropellos duró poco, porque los griegos secuestraron también a la asiática Medea en el territorio de la actual Georgia. En la generación siguiente, Paris decidió agenciarse mujer por el procedimiento del rapto, llevándose a la bella Helena por la fuerza rumbo a Troya. Esta agresión colmó la paciencia de los griegos: estalló la guerra y la enemistad incurable entre Asia y Europa.

El comienzo de las *Historias* contiene una fascinante mezcla de mentalidad antigua y asombrosa modernidad. Es evidente que Heródoto cree que las leyendas, los oráculos, los cuentos maravillosos y las intervenciones divinas deben figurar junto a los hechos documentados. Vivía en un mundo en el que la pesadilla que soñara un rey, provocada por una mala digestión, podía ser interpretada como un mensaje de los dioses y cambiar el rumbo de un imperio o la estrategia de una guerra. Las fronteras entre lo racional y lo irracional eran difusas. Sin embargo, Heródoto no fue un individuo crédulo ni reverente. Me fascina el descaro con el que convierte algunos de los grandes episodios míticos de su cultura —el rapto de Europa, el viaje de los argonautas, el comienzo de la guerra de Troya— en una serie de fechorías más bien mezquinas. Admiro la lucidez con la que elimina los oropeles legendarios para denunciar la facilidad con que las mujeres se convierten en víctimas en tiempos de guerra y de venganza, cuando se desencadena la violencia.

Acto seguido, Heródoto hace una inesperada afirmación acerca de sus fuentes. Dice que escuchó a gentes cultas de Persia las explicaciones que acaba de ofrecer sobre la génesis del conflicto. Los fenicios, en cambio, cuentan otra historia, «y no me meteré yo a decidir entre ellos, inquiriendo si la cosa pasó de este o de otro modo». Tras años de viajes y conversaciones, Heródoto comprobó que los testigos a los que interrogaba le facilitaban relatos contradictorios sobre los mismos acontecimientos, olvidaban muchas veces lo sucedido y en cambio recordaban sucesos que solo ocurrieron en el universo paralelo de sus deseos. Así descubrió que la verdad es huidiza, que es casi imposible desentrañar el pasado tal y como sucedió porque solo disponemos de versiones diferentes, interesadas, contradictorias e incompletas

de los hechos. En las *Historias* abundan frases como: «que yo sepa», «según creo», «de acuerdo con lo que averigüé por boca de…», «no sé si es verdad; solo escribo lo que se dice». Milenios antes del multiperspectivismo contemporáneo, el primer historiador griego comprendió que la memoria es frágil, evanescente, y que cuando alguien evoca su pasado deforma la realidad para justificarse o encontrar alivio. Por eso, como en *Ciudadano Kane,* como en *Rashomon,* nunca llegamos a conocer la verdad más profunda, sino solo sus atisbos, sus variantes, sus versiones, su alargada sombra, sus infinitas interpretaciones.

Y lo más increíble de todo: nuestro autor no consigna la versión de los griegos, solo la de los persas y fenicios. Así, la historia occidental nace explicando el punto de vista del otro, del enemigo, del gran desconocido. Me parece un planteamiento profundamente revolucionario, incluso veinticinco siglos después. Necesitamos conocer culturas alejadas y diferentes, porque en ellas contemplaremos reflejada la nuestra. Porque solo entenderemos nuestra identidad si la contrastamos con otras identidades. Es el otro quien me cuenta mi historia, el que me dice quién soy yo.

69

Muchos siglos más tarde, un pariente intelectual de Heródoto, el filósofo Emmanuel Levinas —lituano, francés adoptivo y judío—, que sobrevivió a un campo de concentración alemán tras perder a toda su familia en Auschwitz, escribiría: «Mi acogimiento del otro es el hecho decisivo por el cual se iluminan las cosas».

70

Quisiera hacer un alto en el camino y contar la versión griega del rapto de Europa. Para Heródoto es un simple episodio más en el bochornoso trasiego de secuestros legendarios, pero yo me siento atraída por la historia de la misteriosa mujer que dio nombre al continente donde habito.

Como todos los griegos sabían, Zeus era un dios mujeriego, siempre al acecho de jovencitas humanas. Cuando alguna le atraía, se vestía con los disfraces más disparatados para cobrarse su particular derecho de pernada. Son famosas sus violaciones en forma de cisne, de lluvia dorada o de toro.

Esta última transformación fue la trampa elegida para capturar a Europa, la hija del rey de Tiro.

No hay precisamente amor y armonía —escribe con ironía el poeta Ovidio— en la mansión del padre de los dioses. Zeus ha tenido una bronca doméstica con su esposa Hera y abandona el palacio dando un portazo. Ya fuera del monte Olimpo, decide concederse una aventura con una humana para borrar el regusto amargo de la discusión y de su matrimonio infeliz. Baja a la playa de Tiro, donde ya ha echado el ojo a la atractiva hija del rey, que pasea con su séquito de criadas. Para acercarse a su presa, el dios toma la apariencia de un toro blanco como la nieve, con cuello musculoso y —de nuevo según Ovidio— una majestuosa papada que le cuelga sobre las patas delanteras. Europa se fija en el animal de color lácteo y lo contempla pastar tranquilo cerca del mar, sin sospechar que ante sus ojos campa una criatura astuta y maligna, como la ballena blanca que muchos siglos después imaginará Herman Melville.

Empieza la seducción: el toro besa las manos de Europa con su blanco hocico, salta, retoza en la arena, le ofrece la tripa para que se la acaricie. La chica se ríe, pierde el miedo, le sigue el juego. Por el placer de desobedecer a sus viejas criadas, que le hacen señas y advertencias de que sea prudente, se atreve a montarse a caballo sobre el lomo del toro. En cuanto siente los muslos de la chica en sus costados, el toro corre hacia el mar, y galopa, sin inmutarse, sobre las aguas. Europa, aterrorizada, se vuelve a mirar a la playa. Su túnica ligera ondea con el soplo del viento. Nunca más volverá a ver su casa ni su ciudad.

El galope de Zeus sobre las aguas la conduce a la isla de Creta, donde los hijos de ambos forjarán la deslumbrante civilización de los palacios, del laberinto, del amenazador Minotauro y de las luminosas pinturas que los turistas actuales, vomitados por los cruceros, van a fotografiar entre las ruinas de Cnosos.

Un hermano de Europa, llamado Cadmo, recibe la orden de encontrarla dondequiera que esté. Su padre el rey le amenaza con el exilio si no la trae de regreso. Como Cadmo es solo un simple mortal, no consigue descubrir el escondite que ha elegido Zeus para sus fechorías clandestinas. Recorre Grecia de punta a punta, llamando a Europa hasta que su nombre queda tallado en las rocas, los olivares y los trigales del continente desconocido. Cansado de una búsqueda que no termina nunca, funda la ciudad de Tebas, cuna de la desgraciada estirpe de Edipo. La leyenda cuenta que fue Cadmo quien enseñó a escribir a los griegos.

Desde que el lingüista Ernest Klein propuso la etimología, muchos filólogos sostienen que la palabra «Europa» tiene, en efecto, origen oriental. La relacionan con el acadio *Erebu*, pariente del término árabe actual *ghurubu*. Ambos significan «el país donde muere el sol»; la tierra del ocaso; Occidente, desde el punto de vista de los habitantes del este del Mediterráneo. En el tiempo que evocan los mitos griegos, la tierra privilegiada de las grandes civilizaciones se extendía por la zona de levante, entre los ríos Tigris y Nilo. En comparación, nuestro continente era un territorio salvaje, el oscuro y bárbaro Lejano Oeste.

Si esa hipótesis es cierta, nuestro continente tiene un nombre árabe —paradojas del lenguaje—. Intento imaginar los rasgos de la mujer que se llamó Europa —una fenicia; hoy diríamos siriolibanesa, seguramente de piel oscura y facciones pronunciadas, con la melena ensortijada, el tipo de extranjera que en la actualidad despertaría recelos entre esos europeos que miran con el ceño fruncido las oleadas de refugiados—.

En realidad, la leyenda del rapto de Europa es un símbolo. Detrás de la historia de la princesa arrebatada de su hogar, late un lejano recuerdo histórico: el viaje del conocimiento y la belleza oriental desde el Creciente Fértil hacia Occidente y, en particular, la llegada del alfabeto fenicio a tierras griegas. Por tanto, Europa nació al acoger las letras, los libros, la memoria. Su existencia misma está en deuda con la sabiduría secuestrada de Oriente. Recordemos que hubo un tiempo en el que, oficialmente, los bárbaros éramos nosotros.

71

A mediados de los años cincuenta del siglo pasado, en una Europa dividida por el Telón de Acero, viajar más allá de los territorios aliados era una misión más difícil aún que en tiempos de Heródoto. En 1955, un joven periodista polaco llamado Ryszard Kapuściński anhelaba, por encima de todo, «cruzar la frontera». No le importaba cuál ni dónde, no ambicionaba lugares envueltos en el aura capitalista de lo inalcanzable, como Londres o París. No, él solo ansiaba el acto casi místico y trascendental de cruzar la frontera. Salir del encierro. Conocer el otro lado.

Tuvo suerte. Su periódico —que respondía al exaltado nombre de *Estandarte de la juventud*— lo envió como corresponsal a la India. Antes de marchar, la redactora jefe le regaló un grueso volumen de tapa dura: las *Historias* de Heródoto. Con sus muchos cientos de páginas, no era

precisamente un volumen liviano para arrastrarlo en el equipaje, pero Ryszard lo llevó consigo. Le transmitía seguridad en un momento en el que se sentía estupefacto, alarmado. La primera escala del vuelo hacia Nueva Deli iba a ser Roma. Estaba a punto de «pisar Occidente» y, según le habían enseñado en su patria comunista, a Occidente se le debía temer como a la peste.

El libro de Heródoto fue su vademécum y asidero en el descubrimiento de ese misterioso mundo exterior. Décadas después, con un largo deambular internacional a sus espaldas, Kapuściński escribió un libro maravilloso, *Viajes con Heródoto*, que rebosa simpatía hacia el inquieto griego en quien encontró a un compañero de camino y alma gemela: «Le estaba muy agradecido porque, allí en los momentos en que me había sentido inseguro y perdido, siempre había estado a mi lado, ayudándome (…) Juntos recorrimos el mundo durante largos años. Mi experimentado y sabio griego nunca dejó de ser un guía excepcional. Y, aunque la mejor manera de viajar es hacerlo en solitario, no creo que nos estorbásemos: nos separaba una distancia de dos mil quinientos años, a la que hay que añadir otra, fruto del respeto que me imponía. Nunca me abandonó la sensación de codearme con un gigante».

Kapuściński descubre en Heródoto el temperamento de un incipiente periodista, dotado de la intuición, la vista y el oído de un reportero. En su opinión, las *Historias* son el primer reportaje de literatura universal. Es la obra de un individuo intrépido que surca mares, recorre estepas y se interna en desiertos, un hombre poseído por la pasión, el ansia y la obsesión de conocimiento. Se había fijado un objetivo increíblemente ambicioso (inmortalizar la historia del mundo) y no dejaba que nada lo desanimase. En el remoto siglo V a. C. no era posible documentarse acerca de países extranjeros en archivos ni bibliotecas. Así que su método fue, en esencia, el del periodista: viajar, observar y preguntar; sacar conclusiones de lo que otros le contaban y de lo que él mismo veía. De esa forma atesoró sus conocimientos.

El periodista y escritor polaco imagina a su maestro griego en situaciones como esta: tras una larga jornada por caminos polvorientos, llega a una aldea junto al mar. Deposita a un lado su bastón, se sacude la arena de las sandalias y, sin más dilaciones, comienza una conversación. Heródoto era hijo de una cultura mediterránea de largas y hospitalarias mesas donde, en tardes y noches cálidas, se sientan muchas personas juntas para comer queso y aceitunas, tomar vino fresco y hablar. En esas charlas —cenando junto a una hoguera o al aire libre bajo un árbol milenario—, afloraban historias,

anécdotas, viejas leyendas, cuentos. Si aparecía un huésped, se le invitaba. Y si ese huésped tenía buena memoria, reuniría un sinfín de información.

Apenas sabemos nada sobre la vida privada del viajero Heródoto, y llama la atención que en su libro, rebosante de personajes y anécdotas, cuente tan poco sobre sí mismo. Se limita a consignar que era originario de Halicarnaso, la actual Bodrum, en Turquía, una ciudad asomada a una bellísima bahía, puerto populoso y lugar de paso de las rutas comerciales entre Asia, Oriente Medio y Grecia. A los diecisiete años, Heródoto tuvo que huir de su ciudad natal porque un tío suyo protagonizó una rebelión frustrada contra el tirano propersa. Desde muy joven, se convirtió en un apátrida, una de las peores cosas que le podía ocurrir a un griego de la época. Entonces, despreocupándose del futuro, decidió lanzarse a los mares y a los caminos para tratar de averiguar cuanto pudiera sobre el mundo conocido, desde la India al Atlántico, desde los Urales a Etiopía. No sabemos cuáles fueron sus medios de vida en el exilio. Viajó, dedicó una enorme energía a su tarea de investigador y se abandonó al hechizo de los países que iba recorriendo. Conoció extranjeros hospitalarios y refrescó su mente hablando con ellos sobre costumbres y tradiciones. Escribió sobre pueblos lejanos y adversarios, sin hacer ninguna alusión ofensiva ni juicio peyorativo acerca de ellos. Fue seguramente, como lo imagina Kapuściński, un hombre sencillo, cordial y comprensivo, abierto y parlanchín, alguien que siempre se las arregla para engatusar a los demás y tirarles de la lengua. Pese a su destierro forzado, no albergaba resentimiento ni rabia. Intentaba comprenderlo todo, entender por qué cada individuo actuaba de una manera y no de otra. Nunca culpaba a los seres humanos de las calamidades históricas, sino a la educación, las costumbres y el sistema político en el que les había tocado vivir. Por eso, como su tío insurgente, se convirtió en un defensor fervoroso de la libertad y la democracia, y enemigo del despotismo, la autocracia y la tiranía. Pensaba que solo en el primer sistema puede el individuo comportarse dignamente. Tomad nota —parece decir Heródoto—: un insignificante grupo de pequeños estados griegos ha vencido a la gran potencia oriental solo porque los griegos se sabían libres, y por esa libertad estaban dispuestos a darlo todo.

Hay un pasaje de las *Historias* que me atrapó y me maravilló desde la primera lectura. En él se sugiere que la personalidad de cada uno de nosotros está modelada —más de lo que nos gusta admitir— por los hábitos mentales, la repetición y el chovinismo: «Si a todas las personas se les diera a elegir entre todas las costumbres, invitándoles a escoger las más perfectas, cada cual escogería las suyas; tan sumamente convencido está cada uno de que sus

propias costumbres son las más perfectas. Durante el reinado de Darío, este monarca convocó a los griegos que estaban en su corte y les preguntó por cuánto dinero accederían a comerse los cadáveres de sus padres. Ellos respondieron que no lo harían a ningún precio. Acto seguido Darío convocó a los indios llamados calatias, que devoran a sus progenitores, y les preguntó, en presencia de los griegos, que seguían la conversación por medio de un intérprete, por qué suma consentirían en quemar en una hoguera los restos mortales de sus padres; ellos entonces se pusieron a vociferar, rogándole que no blasfemara. Píndaro hizo bien al decir que la costumbre es reina del mundo».

Algunos autores creen que este texto de Heródoto contiene la semilla de toda la tolerancia y la necesidad de comprender, saber y reflexionar que, siglos más tarde, serán el abecé de la etnología. En todo caso, revela una enorme perspicacia en la observación de los pueblos que visitó, y también de su patria griega. Las costumbres son muy distintas en cada cultura, pero su fuerza es gigantesca en todas partes. En el fondo, lo que las comunidades humanas tienen en común es aquello que inevitablemente las enfrenta: la tendencia a creerse mejores. Como descubrió la mirada irónica del griego nómada, todos estamos muy dispuestos a considerarnos superiores. En eso somos iguales.

Si para Kapuściński el libro de Heródoto fue un peso pesado en el equipaje, mucho más incómodo sería para sus lectores de la época. De hecho, fue uno de los primeros mamotretos de los que hay constancia y, con toda seguridad, la primera obra extensa que se escribió en prosa griega. Ha llegado hasta nosotros dividida en nueve partes con los nombres de las musas, y cada una de esas nueve partes ocuparía un rollo de papiro completo. Para acarrear juntos esos nueve tomos, prácticamente haría falta poseer un esclavo porteador.

Sin duda, la invención de los rollos significó un gran avance en su momento. Eran dispositivos librarios más prácticos que ninguno de sus precedentes. Desde luego, poseían mayor capacidad que las tablillas de barro y eran mucho más transportables que las señales de humo o las inscripciones en bloques de piedra; aun así, no dejaban de ser engorrosos. Como ya he explicado, se escribía solo en una de las caras del papiro, por lo que los rollos tendían a convertirse en tiras muy largas, repletas, en el lado utilizable, de columnas de una apretadísima escritura. Para abrirse paso a través de ese abigarrado laberinto de letras, el lector debía ejecutar un molesto tejemaneje, enrollando y desenrollando constantemente metros y metros de texto.

Además, para rentabilizar al máximo el caro material, los libros estaban escritos sin dejar espacios de separación entre las palabras ni entre las frases, y sin dividirlos en capítulos. Si, gracias a una máquina del tiempo, pudiéramos tener entre las manos algún ejemplar del siglo V a. C. de las *Historias* de Heródoto, nos parecería que una sola palabra ininterrumpida e interminable se expandía por casi una decena de rollos de papiro.

Solo textos breves, como una tragedia o un diálogo socrático, cabían cómodamente en un único rollo. Cuanto más largos eran los rollos, más frágiles e incómodos, y más propensos a romperse. Buscar un pasaje concreto en un ejemplar de cuarenta y dos metros —el más largo que se conoce— bien podría provocar calambres en los brazos y una leve tortícolis.

La gran mayoría de obras antiguas ocupaban, por tanto, más de un rollo cada una. En el siglo IV a. C., los copistas y libreros griegos desarrollaron un sistema de reclamos para asegurar la unidad de las obras distribuida en varios libros. El mismo sistema ya había sido practicado con las tablillas en Oriente Medio. Consistía en escribir al final de un rollo las primeras palabras del rollo siguiente, para ayudar al lector a localizar el nuevo tomo que estaba a punto de comenzar. A pesar de todas las precauciones que se pudieran idear, la integridad de las obras estaba siempre amenazada por una incontrolable tendencia a la disgregación, el desorden y la pérdida.

Había cajas preparadas para guardar y transportar rollos. Esos recipientes intentaban proteger a los libros de la humedad, de los mordiscos de los insectos, del colmillo del tiempo. En cada caja cabrían entre cinco y siete unidades, dependiendo de la extensión. Curiosamente, muchos textos conservados de numerosos autores antiguos son múltiplos de cinco y siete —tenemos siete tragedias de Esquilo y otras tantas de Sófocles, veintiuna comedias de Plauto, y partes de la historia de Tito Livio preservadas de diez en diez libros, por ejemplo—. Algunos investigadores piensan que, en el azaroso recorrido de la transmisión y las peripecias del tiempo, esas piezas se salvaron precisamente porque las guardaron juntas en una o varias de aquellas cajas.

Me he adentrado en estos detalles para explicar hasta qué punto eran frágiles y difíciles de proteger los libros por aquel entonces. Había pocos ejemplares en circulación de cada título, y su supervivencia exigía gigantescos esfuerzos. Los incendios y las inundaciones, que destruían los libros sin remedio, eran catástrofes relativamente frecuentes. El desgaste por el uso, el apetito de las polillas y los estragos del clima húmedo obligaban a volver a copiar cada cierto tiempo, uno por uno, todos los rollos de las

bibliotecas y de las colecciones privadas. Plinio el Viejo escribió que, en las mejores condiciones posibles y con los cuidados más escrupulosos, un rollo de papiro podía alcanzar una vida útil de doscientos años. En la inmensa mayoría de los casos duraría mucho menos. Las bajas eran constantes y, a medida que disminuía el número de ejemplares supervivientes de una obra concreta, resultaba cada vez más complicado volver a encontrarla para reponerla. A lo largo de toda la Antigüedad y la Edad Media, hasta la invención de la imprenta, continuamente estaban perdiéndose libros —o a punto de despeñarse al abismo de la desaparición—.

Imaginemos por un instante que cada uno de nosotros tuviéramos que dedicar meses enteros de nuestra vida a hacer copias a mano, palabra por palabra, de nuestros libros más queridos, para evitar su extinción. ¿Cuántos se salvarían?

Por eso, debemos considerar un pequeño milagro colectivo —gracias a la pasión desconocida de muchos lectores anónimos— que una obra tan extensa como las *Historias* de Heródoto, y por tanto tan vulnerable, haya llegado hasta nosotros bordeando el desfiladero de los siglos. Como escribe J. M. Coetzee, lo clásico es «aquello que sobrevive a la peor barbarie, aquello que sobrevive porque hay generaciones de personas que no se pueden permitir ignorarlo y, por tanto, se agarran a ello a cualquier precio».

El drama de la risa y nuestra deuda con los vertederos

72

Una serie de crímenes sobrecogedores empiezan a sucederse entre los muros de una abadía medieval encaramada en las montañas italianas. El rastro letal de esas muertes conduce a la gran biblioteca monástica donde, oculto como un árbol en un bosque o un diamante entre cubitos de hielo, descansa un manuscrito por el que los monjes están dispuestos a morir y matar. El abad encomienda la investigación del escabroso asunto a un visitante de paso en el monasterio, fray Guillermo de Baskerville, que ha aprendido el oficio del interrogatorio ejerciendo de inquisidor religioso. Todo ocurre en el tempestuoso siglo XIV.

El nombre de la rosa es una sorprendente novela negra ambientada en el mundo ritual, sigiloso y plagado de recovecos de un convento. Umberto Eco, jugando con los tópicos del género, en un guiño a los letraheridos de todas las épocas, sustituye la habitual *femme fatale* por un libro fatídico que tienta, pervierte y mata a quien osa leerlo. Y el lector se pregunta, claro está, qué peligrosos secretos oculta ese texto prohibido, del cual nos dicen que posee «el poder mortífero de cien escorpiones». ¿Un evangelio oculto y sedicioso, profecías catastróficas de algún Nostradamus medieval, nigromancia, pornografía, blasfemias, esoterismo, misas negras? No, ninguna de esas menudencias. Cuando Guillermo de Baskerville une las piezas del rompecabezas, averiguamos que se trata —oh, cielos— de un ensayo de Aristóteles.

¿En serio? Alguien podría sentirse timado. Después de todo, Aristóteles no es precisamente un escritor radical ni alguien conocido por sus ideas subversivas. Hoy es difícil imaginar al teórico del justo medio, al enciclopedista minucioso, al fundador de la Academia escribiendo un libro maldito. Sin embargo, Umberto Eco conjetura los peligrosos significados de una obra aristotélica que nunca leeremos: el tratado perdido sobre la comedia, la legendaria segunda parte de la *Poética*; es decir, el ensayo que —lo sabemos por alusiones del propio Aristóteles— se adentraba en el universo revolucionario de la risa.

Cuando nos acercamos al desenlace de *El nombre de la rosa*, topamos con una de esas típicas peroratas de asesino en serie, los minutos de gloria de todo villano que se precie, durante los cuales, pudiendo liquidar al detective y ganar la partida, prefiere dedicarse estúpidamente a alardear de inteligencia. Aquí es donde el monje homicida explica —con un sensacional estilo apocalíptico— por qué los escritos de Aristóteles sobre la risa son peligrosos y deben ser eliminados: «Este libro eleva la risa a arte, la convierte en objeto de filosofía y de pérfida teología. La risa libera al aldeano del miedo al diablo, porque en la fiesta de los tontos también el diablo parece pobre y tonto, y, por tanto, controlable. Pero este libro podría enseñar que liberarse del miedo es un acto de sabiduría. Cuando ríe, mientras el vino gorgotea en su garganta, el aldeano se siente amo, porque ha invertido las relaciones de dominación; pero este libro podría enseñar a los doctos a legitimar esta inversión. De este libro podría saltar la chispa luciferina que encendería un nuevo incendio en todo el mundo. Si algún día, confiada al testimonio indestructible de la escritura, el arte de la risa llegara a ser aceptable… entonces no tendríamos armas para detener la blasfemia, porque apelaría a las fuerzas oscuras de la materia corporal, las que se afirman en el pedo y en el eructo, ¡y entonces el pedo y el eructo se arrogarían el derecho de soplar donde quieran!».

El asesino imaginado por Umberto Eco nos da pistas para entender la aparente maldición que persigue a la comedia. El humor antiguo sufrió un gran naufragio. Desaparecieron todos los ejemplares del tratado aristotélico sobre la risa y, en cambio, ha sobrevivido sin problemas la otra mitad de la obra dedicada a la tragedia. Una multitud de comediógrafos griegos estrenaban en teatros repletos y entusiastas, pero solo se han salvado obras de uno de ellos: Aristófanes. La mayoría de los géneros literarios recogidos en el catálogo alejandrino (la épica, la tragedia, la historia, la oratoria, la filosofía) eran serios, solemnes incluso.

Todavía hoy el canon tiende a expulsar la risa. Una comedia tiene menos posibilidades que un drama de ganar Óscar. Nos sorprende que un escritor con vena humorística aterrice en Estocolmo. Los publicistas y los programadores de televisión saben que el humor vende, pero la academia se resiste a elevarlo al pódium del arte. La cultura de masas explota la risa, degradándola. Nos entretienen con *realities* y sainetes, mientras la alta cultura rechaza la estética cutre y enarca la ceja ante ella. Tanta diversión intrascendente —y el éxito de las sesiones de risoterapia— parece reducir la risa a un desahogo individual o una efímera distracción.

El investigador Luis Beltrán afirma que cometemos un error al considerar el humor como un fenómeno marginal y extraño. Lo extraño —añade— es la seriedad, que triunfó en este reciente periodo de desigualdad cultural y económica que llamamos «historia». No olvidemos que esta etapa es solo la punta visible del iceberg. Hemos vivido de otra forma durante cientos de miles de años. La cultura primitiva, anterior a la escritura, a las monarquías y a la acumulación de riqueza, sería esencialmente igualitaria y alegre. El teórico ruso Mijaíl Bajtín describe cómo en sus fiestas, cubiertos con máscaras y disfraces, nuestros remotos antepasados celebraban, todos juntos en una feliz confusión, sus triunfos en la lucha por la supervivencia. Semejante espíritu de igualdad existió mientras las sociedades fueron inevitablemente pobres y sus sistemas de organización, muy simples. Pero, en cuanto las nuevas civilizaciones agrícolas y monetarias hicieron posible enriquecerse, quienes tenían el granero más lleno se apresuraron a inventar las jerarquías. Los sectores que desde entonces han dirigido la sociedad desigual prefieren el lenguaje de la seriedad. Porque en la risa más genuina late aún la rebeldía ante la dominación, la autoridad y los rangos —el temido desacato—.

De esta teoría bajtiniana me atrae la reivindicación de la risa, pero no creo en ese mundo esencialmente igualitario y alegre. Yo lo imagino terrorífico, autoritario y violento. Coincido más bien con la escena imaginada por Kubrick en *2001: Una odisea del espacio*. Cuando el primer individuo primitivo descubrió que podía usar un hueso como herramienta, sin duda fue rápidamente a estrellarlo en la cabeza de un congénere. Las tribus no eran paraísos asamblearios, sino que tenían jefes. Es cierto que, en comparación con nuestra época, apenas habría diferencias de riqueza dentro de los grupos, pero me temo que eso no impediría las manifestaciones de despotismo: tú no entras aquí, yo me quedo el pedazo más grande de carne, la culpa de nuestra mala racha de caza la tenéis vosotros, os expulsamos de la tribu, os masacramos y cosas por el estilo. Tampoco creo que la risa intente siempre restaurar la igualdad; también la hay cruel y reaccionaria: las burlas de patio de colegio contra los más débiles o los chistes que se contarían los nazis en sus reuniones mientras echaban un cigarrillo. Y, sin embargo…

Sin embargo, existe un humor rebelde que desafía las relaciones de dominación, que resquebraja el aura de un mundo autoritario, que denuncia al emperador, desnudándolo. Como explica Milan Kundera en su novela *La broma,* la risa tiene una enorme capacidad de deslegitimar el poder, y por eso inquieta y es castigada. En general, los amados líderes de todas las épocas han aborrecido y perseguido a los cómicos que osaban ridiculizarlos. Los

humoristas suelen tropezar con los regímenes y con los individuos más intransigentes. Incluso en las democracias contemporáneas estallan polémicas acaloradas sobre los límites del humor y la ofensa. En general, las posturas sobre este asunto dependen de si las convicciones en juego son las nuestras o las de otros. La tolerancia tiene conjugación irregular: yo me indigno, tú eres susceptible, él es dogmático.

Aristófanes, como Chaplin, encarna la risa rebelde y disidente. De hecho, siempre he pensado que el humor de ambos tiene un aire de familia, una familia donde Charlie sería el primo bonachón y Aristófanes el abuelo sarcástico. A los dos les interesaba la gente corriente y vulnerable; sus héroes nunca son aristócratas. Según la ocasión, Charlot aparece como vagabundo, como preso fugado, como emigrante, como alcohólico, como parado o como famélico buscador de oro. Los protagonistas de las comedias de Aristófanes son tipos —hombres y mujeres— sin bienes ni nobleza, pícaros agobiados por las deudas que trampean para no pagar impuestos, hartos de guerras, con ganas de sexo y fiesta, deslenguados, tal vez no hambrientos pero siempre fantaseando con darse un buen atracón de lentejas, carne y pasteles. Charlot simpatiza con los huérfanos y las madres solteras, se enamora de otras mendigas y, en cuanto ve la ocasión, les propina una patada en el culo a los policías. Tiene el descaro de ridiculizar a los ricachones, a los grandes empresarios, a los agentes de inmigración, a los engolados militares de la Primera Guerra Mundial o al mismísimo Hitler. De parecida calaña, las criaturas de Aristófanes intentan detener la guerra mediante una huelga sexual, ocupan la Asamblea ateniense para decretar la comunidad de bienes, se mofan de Sócrates o se proponen curarle la miopía al dios de la riqueza para que reparta mejor los patrimonios. Después de una serie de desmadradas andanzas y chanchullos, todas las obras acaban en un banquete pantagruélico, multitudinario y festivo.

Tanto Aristófanes como Chaplin tuvieron problemas con la justicia.

Las comedias de Aristófanes estaban plagadas de alusiones personales y caricatura política, como los guiñoles de la televisión. Desde el escenario, los actores hacían bromas con nombre y apellido —o, más bien, con nombre y patronímico— sobre las personas que seguían el espectáculo desde sus asientos: se burlaban de alguien por legañoso y de otro por tacaño, por feo o por corrupto. La ciudad de Atenas, donde tenían lugar las representaciones, se consideraba la metrópolis del mundo y la ciudad más importante del planeta, pero con sus cien mil habitantes hoy nos parecería una pequeña capital de provincias. Allí todos se conocían y practicaban el deporte intemporal de la

murmuración. Aristófanes se codeaba con sus conciudadanos en el ágora, donde se reunían por la mañana para comprar, despotricar contra los gobernantes, vigilar al prójimo y chismorrear. Congeniaba sobre todo con los grupos de conservadores nostálgicos del pasado y poco amigos de las nuevas tendencias. Después, en el teatro, casi con la misma libertad de los mentideros callejeros, ponía en solfa a Pericles o apodaba el Salchichero a otro líder político. Los intelectuales, los nuevos educadores y los ilustrados que confluían en Atenas le parecían simples botarates, pero les estaba agradecido por el juego que le daban para las comedias. Poblaba sus obras con personajes prominentes a los que obligaba a cometer los actos más ridículos. Utilizaba el lenguaje de la calle y del campo, hasta que de pronto se lanzaba a parodiar las ampulosas frases de la tragedia o la épica. En palabras de Andrés Barba, daba respuestas materialistas a preguntas idealistas: «para nosotros, Aristófanes inauguró una nueva vía, establecida y creada a través de la magia del teatro: a la paz a través de la risa, a la libertad a través de la risa, a la acción política a través de la risa». Este tipo de comedia, llamada comedia antigua, duró lo que la democracia ateniense, contra la que tanto arremetió.

El humor de Aristófanes no tuvo sucesor. Podríamos decir que acabó, más que con él, antes que él. A finales del sigo V a. C., Atenas fue vencida por Esparta, que apoyó un golpe de estado oligárquico en la ciudad. Siguieron décadas de turbulencias políticas y ánimos quebrantados por la derrota. El tiempo de la crítica descarada había pasado. El mismo Aristófanes siguió escribiendo comedias, pero se volvieron cautas, con argumentos cada vez más alegóricos, sin alusiones personales ni sátira de los gobernantes.

En la siguiente generación, los griegos fueron anexionados al Imperio de Alejandro y a los reinos de sus sucesores. Aquellos monarcas no toleraban bromas. Nació entonces la comedia nueva, sentimental, costumbrista, de enredo, el tipo de humor en el que pensaba Ortega y Gasset al escribir: «la comedia es el género literario de los partidos conservadores». Por lo que sabemos, los ingredientes de las tramas eran repetitivos: protagonistas jóvenes, esclavos marrulleros, encuentros inesperados, gemelos que se confunden, padres severos, prostitutas de buen corazón. El autor más conocido y más aplaudido de aquella época fue Menandro.

Menandro es un caso único en la transmisión de la literatura antigua. Leído con entusiasmo durante largos siglos, acabó por desaparecer, gradual pero completamente. Hasta que los papiros egipcios nos devolvieron amplios fragmentos de sus comedias, solo conocíamos citas de sus piezas. Es el único autor esencial del canon que fue suprimido y extirpado de la tradición

manuscrita. Forma parte del territorio arrasado de la comedia, donde tantos autores se han perdido —hay una larga lista de nombres prácticamente mudos: Magnes, Mulo, Éupolis, Cratino, Epicarmo, Ferécrates, un tal Platón que no es el filósofo, Antífanes, Alexis, Difilo, Filemón, Apolodoro—.

Aunque los escritores de la comedia nueva intentaban divertir al público de forma inofensiva, acabaron por molestar. Cuando la sociedad antigua se volvió más puritana, la inmoralidad de aquellos argumentos repetitivos empezó a ofender. Los jóvenes con ganas de juerga, las putas y los padres engañados no enseñaban nada edificante a las nuevas generaciones. En las escuelas, los maestros elegían solo máximas sueltas de Menandro o fragmentos seleccionados de sus obras, con cuidado de no socavar la moralidad de los inocentes alumnos. Y así, lentamente censuradas, sus palabras se perdieron, como sucedió con la mayor parte del humorismo antiguo. El monje destructor de *El nombre de la rosa* ha tenido muchos ayudantes a lo largo del tiempo. Aquí tropezamos con la paradoja y el drama de la risa: la mejor es aquella que tarde o temprano encuentra enemigos.

73

Hablar de «libros de texto» es tan redundante como decir «tabla de madera», «salir al exterior», «desenlace final» o «crueldad innecesaria». A pesar del superfluo desdoblamiento, todos entendemos a qué se refiere la expresión: a los libros orientados a la enseñanza. Los griegos ya los conocían, y tal vez los inventaron. En ellos recopilaban pasajes literarios para dictados, comentarios y ejercicios de escritura. Este tipo de antologías jugaba un papel muy importante en la supervivencia de los libros, porque la gran mayoría de las obras llegadas hasta hoy fueron, en un momento u otro, textos escolares.

Los afortunados niños de la globalización helenística que podían permitirse estudiar más allá de los rudimentos básicos, recibían una educación esencialmente literaria. En primer lugar, porque sus padres valoraban las palabras —la capacidad de comunicar, diríamos ahora—, la fluidez de discurso y la riqueza verbal que se aprenden leyendo a los grandes escritores. Los habitantes del mundo antiguo estaban convencidos de que no se puede pensar bien sin hablar bien: «los libros hacen los labios», decía un refrán romano.

En segundo lugar, por nostalgia. Tras los pasos de Alejandro, muchos griegos se habían instalado en territorios ignotos, desde el desierto de Libia hasta las estepas de Asia Central. Allí donde aparecían y se afincaban griegos,

ya fuera en las aldeas del Fayum, Babilonia o Susiana, enseguida asentaban sus instituciones, sus escuelas primarias y sus gimnasios. La literatura ayudaba a los emigrados a mantener un lenguaje común, un sistema de referencias compartidas, una identidad. Era el instrumento más seguro de contacto y de intercambio entre los griegos dispersos por la vasta geografía del imperio. Extraviados en la inmensidad, encontraban una patria en los libros. Y no faltaban los indígenas que querían medrar adoptando la lengua y la forma de vida griega. Quien mejor resumió el nuevo concepto de ciudadanía cultural fue el orador Isócrates: «Nosotros llamamos griegos a quienes tienen en común con nosotros la cultura, más que a los que tienen la misma sangre».

¿Qué tipo de educación recibían aquellos griegos? Un baño de cultura general. A diferencia de lo que nos sucede a nosotros, no les interesaba en absoluto especializarse. Menospreciaban la orientación técnica del conocimiento. No estaban obsesionados por el empleo; después de todo, para trabajar ya tenían a los esclavos. Todo el que podía permitírselo, evitaba aprender algo tan envilecedor como un oficio. Lo elegante era el ocio —es decir, el cultivo de la mente, la amistad y la conversación; la vida contemplativa—. Solo la medicina, incuestionablemente necesaria para la sociedad, logró imponer un tipo de formación propia. A cambio, los médicos padecían un claro complejo de inferioridad cultural. Desde Hipócrates a Galeno, todos repetían en sus textos el mantra de que un médico también es un filósofo. No querían dejarse encerrar dentro de su esfera particular, sino que se esforzaban por mostrarse cultos y calzar en sus escritos alguna cita de los poetas imprescindibles. Para los demás, las enseñanzas y las lecturas eran en esencia las mismas a lo largo y ancho del imperio, lo que creaba un poderoso factor de unidad colonial.

Este modelo educativo permaneció vigente durante muchos siglos —el sistema romano fue solo una adaptación del mismo concepto—, y se halla en la raíz de la pedagogía europea. El emperador Juliano el Apóstata explicó en un ensayo las salidas profesionales que se abrían ante un estudiante formado según la tradición grecolatina de los conocimientos amplios. Dice Juliano que quien ha recibido una educación clásica, es decir, literaria, podrá contribuir al avance de la ciencia, ser líder político, guerrero, explorador y héroe. Por aquel entonces, los lectores aplicados gozaban de amplios horizontes laborales.

Ya he dicho que durante los siglos III a I a. C. la alfabetización ganó terreno, incluso más allá de las clases dirigentes. El Estado empezó a preocuparse por reglamentar la educación, pero su estructura era demasiado

arcaica y los mecanismos administrativos demasiado enclenques como para asumir el reto de una auténtica enseñanza pública. Los establecimientos educativos se incluyeron dentro de las competencias municipales, y las ciudades recurrían a la generosidad de los benefactores —ellos los llamaban *evergetes*— para financiar este y otros servicios de interés general. La civilización helenística, como después la romana, fue esencialmente personalista y liberal. Por aquel entonces abundaban los Bill Gates que exhibían el músculo de sus enormes fortunas haciendo donaciones para obras públicas —caminos, escuelas, teatros, baños, bibliotecas o salas de conciertos — y financiando los gastos de las fiestas patronales. El evergetismo se consideraba una obligación moral de la gente rica, especialmente cuando aspiraban a cargos políticos.

Una inscripción del siglo II a. C., hallada en Teos, una ciudad de la costa de Asia Menor, recuerda a un benefactor que cedió una suma capaz de asegurar «que todos los niños nacidos libres reciban educación». El donante dejó establecido que se contrataría a tres maestros, uno para cada grado de instrucción, y además especificaba que los tres debían enseñar a niños y niñas. En Pérgamo se descubrió una inscripción, fechada en el siglo III o II a. C., que también documenta la presencia de niñas en la escuela, ya que figuran entre las ganadoras en las competiciones escolares de lectura y caligrafía. Me gusta imaginar a esas chiquillas mientras dibujaban las letras con gesto serio, con la lengua asomándoles entre los labios entreabiertos, a punto de conseguir uno de los primeros premios de la historia para niñas. Me pregunto si sabían que eran pioneras, si en sus fantasías más osadas soñaron que veinticinco siglos más tarde seguiríamos recordando sus victorias contra la ignorancia.

Una apasionada relación con las palabras

74

Gracias a los antiguos vertederos, podemos asomarnos a los textos escritos por gente corriente en Egipto. Ya he explicado que el papiro, el material de escritura habitual en aquel tiempo, se conserva en climas muy secos, mientras que la humedad de un régimen normal de lluvias lo destruye. En algunas zonas egipcias —por desgracia, no en la región del delta, donde está Alejandría—, se han podido recuperar escritos abandonados o arrojados a la basura hace dos mil años. Esos textos permanecieron donde estaban, sin deteriorarse ni desintegrarse, cubriéndose poco a poco, a lo largo de los siglos, con la capa protectora de la arena ardiente del país. Y se conservaron intactos. De ahí que miles y miles de papiros, descubiertos por campesinos o excavados por arqueólogos, hayan llegado a nuestras manos, a veces con la tinta casi tan fresca como el día en que una mano antigua escribió en ellos. El contenido de los textos es muy variado —desde la correspondencia de un orgulloso oficial hasta sus listas de ropa sucia para lavar—. Casi todos los papiros están escritos en griego, la lengua del Gobierno y la población culta. Las fechas abarcan desde el año 300 a. C. hasta el 700 d. C., desde la ocupación griega de Egipto, pasando por los años de dominación ptolemaica y romana, hasta la conquista árabe.

Los papiros demuestran que muchos griegos sin cargos en la Administración sabían leer y escribir, se ocupaban personalmente de sus trámites, redactaban documentos mercantiles y atendían su correspondencia sin recurrir a escribas profesionales. Y además leían por placer. En una carta a un amigo, un hombre, aburrido, escribe desde la monotonía de una aldea egipcia: «Si ya has copiado los libros, envíamelos, para tener algo que nos ayude a pasar el rato, porque no tenemos a nadie con quien hablar». Sí, había gente que buscaba en los libros un salvavidas frente al tedio rural. Hemos desenterrado restos de lo que leían, trozos de libros o incluso obras enteras. No se han encontrado papiros en la húmeda Alejandría, que se jactaba de tener más lectores que ningún otro lugar del mundo pero, aun así, los hallazgos de las zonas secas nos permiten curiosear las lecturas de la época. Y, si nos fiamos de las estimaciones basadas en el número de restos

encontrados de cada obra, incluso podemos saber cuáles eran los libros favoritos de aquellos lectores.

Reconozco que, ante las lecturas ajenas, siento una curiosidad sin freno. En los autobuses, en el tranvía y en el tren, retuerzo el cuello en contorsiones inverosímiles intentando fisgonear qué leen los viajeros a mi alrededor. Creo que los libros describen a las personas que los tienen entre las manos. Por eso me parece emocionante curiosear en la intimidad de aquellos lectores de la periferia egipcia a través de la distancia de los siglos. A juzgar por la cronología, serían esos mismos hombres y mujeres que nos interpelan con sus grandes ojos nostálgicos desde los retratos del Fayum, y están tan vivos que nos recuerdan vagamente a alguien conocido.

¿Qué revelan los papiros sobre ellos? Su poeta preferido, con diferencia, era Homero. Les gustaba más la *Ilíada* que la *Odisea*. También leían a Hesíodo, Platón, Menandro, Demóstenes y Tucídides, pero el segundo en el pódium era Eurípides, lo que me recuerda una anécdota maravillosa sobre el poder de los libros.

Volvamos la vista atrás, hacia los años convulsos de la guerra del Peloponeso. Los gobernantes de la imperialista Atenas, como si no les bastase con pelear contra la poderosa Esparta, lanzaron una expedición surcando los mares hasta Sicilia para sitiar Siracusa. La campaña fue un fracaso devastador: unos siete mil atenienses, con sus aliados, cayeron prisioneros y fueron condenados a trabajos forzados en las canteras —llamadas «latomías»— de la *pólis* vencedora. Allí, según cuenta Tucídides, se dejaron las manos y la vida a golpe de martillo. Encerrados en las profundidades, expuestos al calor abrasador o al frío, enfermos, conviviendo con cadáveres, hediondos por sus propias heces y orines, alimentados con un solo cuartillo de agua y dos de cebada al día, fueron muriendo gradualmente. Plutarco cuenta que a los siracusanos les gustaba tanto la poesía que perdonaron la vida y dejaron marchar a quienes fueron capaces de recitar de memoria algún verso de Eurípides. «Se dice que muchos de los que por fin pudieron volver sanos y salvos a sus casas visitaron con la mayor gratitud a Eurípides, y algunos le contaron que se habían librado de la esclavitud recitando fragmentos de sus obras que sabían de memoria, y otros, que, dispersos y errantes después de la batalla, habían conseguido que les dieran comida y agua después de cantar sus versos». Por cierto, en esas mismas latomías sicilianas hoy abarrotadas de turistas, san Pablo predicó la palabra de Jesús, y Churchill pintó acuarelas.

Homero y Eurípides eran los ganadores de la competición, los escritores que esculpían los sueños de los griegos. En la infancia, todos aprendían a leer

y escribir copiando sus versos, lo que explica la cantidad de papiros descubiertos. No se introducía a los niños en la lectura con frases fáciles como «Mi mamá me ama». El método educativo consistía en una brusca inmersión. Casi desde el principio los agarraban del pescuezo, y los sumergían en las frases bellas y difíciles de Eurípides, que apenas podrían entender («Bálsamo precioso del sueño, alivio de los males, ven a mí» o «No desperdicies lágrimas frescas en dolores pasados»). Muchos fragmentos encontrados serían, con gran probabilidad, copias de estudiantes. Pero también había lectores enamorados de la música de aquellos versos. Hay un caso especialmente conmovedor. Los arqueólogos han encontrado un rollo de papiro bajo la cabeza de una momia femenina, casi en contacto con su cuerpo. Ese rollo contiene un canto particularmente hermoso de la *Ilíada*. Supongo que aquella lectora entusiasta quiso asegurarse de tener libros en la otra vida y de poder recordar las aladas palabras de Homero más allá del río del olvido, que, según sus creencias, cruzaría para llegar al mundo de los muertos.

Bajo las arenas de Egipto han aparecido docenas de escritos que pertenecieron a coleccionistas privados —comedias, obras filosóficas, estudios históricos, tratados de matemáticas y música, manuales técnicos e incluso textos de autores desconocidos para nosotros hasta el hallazgo—. Pienso en aquellos bibliófilos anónimos y me pregunto cómo consiguieron todos esos libros minoritarios. Seguramente, los rollos de Homero, de Eurípides y de algún otro autor famoso se podían conseguir sin dificultades en las librerías de Alejandría. Pero las copias de libros poco comunes debían de hacerse por encargo. Es el caso de un ejemplar de *La Constitución de Atenas*, de Aristóteles. Lo más probable es que su dueño encargase la copia a un taller, y posiblemente el establecimiento que realizó el trabajo tuvo que enviar a un copista a la Biblioteca de Alejandría para trabajar a partir del original depositado allí. Dichos desplazamientos sin duda aumentarían vertiginosamente el precio del encargo. En aquellos tiempos, conseguir un libro raro podía convertirse en una pequeña odisea y, con seguridad, en una sangría para la bolsa.

Los lectores con la faltriquera llena de telarañas tenían que consolarse con acudir a bibliotecas. Las hubo incluso fuera de Alejandría y Pérgamo. Pequeñas y locales, no podrían compararse con las asombrosas colecciones reales, pero al menos ofrecerían a sus visitantes los obras fundamentales de los grandes autores. Conocemos la existencia de estos establecimientos, una vez más, gracias a inscripciones en piedra. Sabemos, por ejemplo, que hubo una biblioteca en la isla de Cos, cerca de la actual Turquía. Ha sobrevivido un

fragmento de inscripción que enumera una serie de donaciones privadas. Un padre y su hijo sufragaron el edificio y además donaron cien dracmas. Otras cuatro personas regalaron doscientos dracmas y cien libros cada una. Dos más aportaron doscientos dracmas. El dinero estaría destinado, sin duda, a comprar libros. Hay evidencias parecidas en Atenas y en otros lugares.

Es muy posible que aquellas bibliotecas estuvieran asociadas al *gymnasium* local de su ciudad. En su origen, los jóvenes practicaban allí atletismo y lucha. «Gimnasio» deriva de la palabra «desnudez», porque la costumbre griega era —para escándalo de los bárbaros— ejercitarse enseñando sin pudor ni tapujos el esplendor del cuerpo masculino embadurnado en aceite. En la época helenística, los gimnasios ya se habían transformado en centros de educación, con aulas, recintos para conferencias y salas de lectura. Sabemos que al menos el *gymnasium* de Atenas poseía una biblioteca, porque se conserva parte de un catálogo en piedra. Al parecer, esa lista de fondos estaría grabada en la pared de la biblioteca, donde los lectores podían consultarla rápidamente sin el engorro de tener que abrir y plegar un rollo que, además, correría el peligro de deteriorarse rápidamente por el uso continuo. Según el catálogo, la biblioteca estaba especializada en comedia y tragedia. De Eurípides había más de dos docenas de títulos, y de Sófocles más de una docena. También figuran quince comedias de Menandro. Solo constan dos libros en prosa, uno de los cuales es un discurso de Demóstenes. En cambio, la biblioteca de Rodas, un conocido centro de estudios retóricos, apenas poseía obras teatrales —estaba especializada en ensayos de política e historia—.

Si las evidencias de Atenas y Rodas se pueden extrapolar a todas las ciudades con gimnasios, durante el helenismo habría más de cien bibliotecas, una delicada red venosa que bombeaba el oxígeno de las palabras y de los relatos de ficción hacia todos los rincones del territorio.

75

Demóstenes quedó huérfano a los siete años. Su padre, fabricante de armas, le dejó un patrimonio suficiente para vivir sin angustias económicas, pero sus tutores derrocharon la herencia. Su madre, arruinada, no tenía dinero para pagarle una buena educación. Pasaban apuros. Los chicos del barrio se reían de él por su aspecto flaco, enclenque y delicado. Incluso le pusieron un apodo: *bátalo*, que significaba «ano», es decir, «maricón». Además, sufría un

penoso defecto que le acomplejaba y le paralizaba al hablar. Seguramente tartamudeaba o tenía dificultad para pronunciar ciertas consonantes.

Cuentan que Demóstenes venció sus problemas con sádica disciplina. Se obligaba a hablar con guijarros en la boca. Salía a correr por el campo para fortalecer sus pulmones y recitaba versos con el aliento cansado, jadeando cuesta arriba. Paseaba a orillas del mar en días de tormenta para mejorar su capacidad de concentración entre el rugido de las olas. Ensayaba en casa frente a un espejo de cuerpo entero, repitiendo frases desafiantes y haciendo poses. La escena, contada por Plutarco, parece preparar el terreno al «You talkin' me?» de Robert De Niro en *Taxi Driver*. Pobre, huérfano, tartamudo y humillado, años después se convertiría en el orador más famoso de todos los tiempos. Los antiguos griegos, como los norteamericanos de hoy, adoraban una buena historia de superación.

El número diez simboliza la perfección. Está en la base de nuestro sistema decimal. En el mundo académico representa la calificación máxima, o sea, la excelencia. Para los pitagóricos era una cifra mágica y sagrada. No es casual que fueran diez los oradores áticos canónicos cuyas obras merecían ser conservadas y estudiadas. Los antiguos creían que el fascinante poder de las palabras encontraba su máxima expresión —precisamente— en los discursos.

Los griegos siempre tuvieron fama de grandes charlatanes y de litigantes inagotables. Los héroes de sus mitos no eran, como en el imaginario de otras culturas, meros guerreros brutos y musculosos, sino que todos sabían lanzar, cuando se terciaba, una arenga bien adornada, pues habían sido educados para ser expertos en la palabra. Las instituciones democráticas de Atenas ensancharon la esfera de los discursos: todos los atenienses —entiéndase: los que cumplían los requisitos de ser libres y hombres— tenían la posibilidad de hablar ante sus conciudadanos en la Asamblea, donde se votaban las decisiones políticas, y decidir, como miembros de jurados populares, sobre la solidez de los discursos ajenos. Al parecer, adoraban el parloteo ininterrumpido que era el ingrediente principal de su vida cotidiana, desde el ágora al parlamento. Aristófanes escribió una comedia paródica sobre un individuo llamado Filocleón, un auténtico yonqui de los juicios. Para ayudarle a superar la compulsión fiscal, su hijo monta un juzgado en su propia casa y le ofrece la presidencia al padre. A falta de alguien a quien acusar, juzgan al perro de la familia por haberse comido un pedazo de queso en la cocina, improvisando largos alegatos en su favor y en su contra. La pantomima alivia a Filocleón como un chute de metadona a un yonqui.

Heródoto relata que, la noche anterior a la crucial batalla de Salamina, a la que debían llegar frescos y descansados, los generales griegos se enzarzaron en una riña tumultuaria que se prolongó hasta altas horas de la madrugada, mientras los soldados rasos rezongaban y criticaban la insensatez de sus superiores. El altercado no les impidió ganar la batalla, pero Heródoto parece lamentar ese temperamento peleón suyo, que en su opinión fue la causa de que los griegos nunca consiguieran construir un estado fuerte y unitario. Sí, amaban las palabras y los argumentos incisivos. Por eso eran capaces de crear poemas de bellísima orfebrería verbal, pero también de convertir cualquier discusión en una riña estéril y destructiva.

La oratoria de los abogados y estadistas griegos era bastante diferente de la actual. En ausencia de leyes contra los libelos y agravios, los oradores se maltrataban unos a otros con un verdadero lujo de injurias. Las interminables acusaciones personales y la imputación de bajos motivos al adversario añadían un interés morboso, casi pugilístico, a los debates. Llegaron a perfeccionar hasta tal punto el arte de vapulearse unos a otros con ingeniosos insultos que el espectáculo debía de ser hipnótico. En los tribunales —todos compuestos por jurados—, las cuestiones legales importaban menos que la astucia de la argumentación. Para los procesos privados, la práctica jurídica exigía que el propio litigante defendiera su caso ante el tribunal con dos discursos sucesivos. No existían abogados que ejercieran la representación de sus clientes como se hace en la actualidad. Lo habitual era que los litigantes no confiasen en sí mismos para componer su defensa o la parrafada de acusación, y en general acababan contratando los servicios de un personaje llamado «logógrafo» que estudiaba el caso y escribía un discurso convincente, lo más coloquial y sencillo posible. El cliente lo aprendía de memoria para recitarlo ante el tribunal. Así se ganaban la vida la mayoría de los oradores. Por lo demás, procuraban defender casos que incrementasen su prestigio y contribuyesen al despegue de su carrera política.

Los mejores discursos políticos y judiciales se publicaban poco después de ser pronunciados, cuando la polémica todavía estaba candente, y la gente los leía con el mismo placer con el que ahora nos enganchamos a las series de abogados. Por cierto, una de mis películas judiciales favoritas, *Matar a un ruiseñor*, contiene un guiño a aquella época. El abogado protagonista, imaginado por Harper Lee y al que siempre recordaremos con el rostro maduro, sudoroso y paternal de Gregory Peck, responde al nombre de Atticus Finch, una referencia evidente a los diez grandes oradores áticos del canon clásico. Y, por supuesto, como todo buen ático que se precie, el héroe de la

pequeña Scout sabe pronunciar un vibrante alegato —a favor de un hombre negro— ante un jurado hostil, en la Alabama racista y empobrecida por la Gran Depresión de los años treinta del pasado siglo.

Aquellos diez oradores míticos nacieron en el transcurso de un siglo —entre el V y el IV a. C.— y prácticamente todos pudieron conocerse entre sí y vituperarse con saña. Sus años de esplendor coincidieron con la democracia ateniense, y la era de las monarquías helenísticas marcó el fin. De hecho, entre los discursos más famosos de Demóstenes figuran las *Filípicas*, una serie de ataques furibundos y apocalípticos contra el imperialismo de Filipo, el padre de Alejandro. Todos los que desde entonces hemos echado alguna filípica somos meros aprendices del apabullante Demóstenes.

Otro de los diez oradores, Antifonte, fue un auténtico pionero que podría figurar en la vanguardia del psicoanálisis y las terapias de la palabra. El ejercicio de su profesión le había enseñado que los discursos, si son efectivos, pueden actuar poderosamente sobre el estado de ánimo de la gente, conmoviendo, alegrando, apasionando, sosegando. Entonces tuvo una idea novedosa: inventó un método para evitar el dolor y la aflicción comparable a la terapia médica de los enfermos. Abrió un local en la ciudad de Corinto y colocó un rótulo anunciando que «podía consolar a los tristes con discursos adecuados». Cuando acudía algún cliente, lo escuchaba con profunda atención hasta comprender la desgracia que lo afligía. Luego «se la borraba del espíritu» con conferencias consoladoras. Usaba el fármaco de la palabra persuasiva para curar la angustia y, según nos dicen los autores antiguos, llegó a hacerse famoso por sus razonamientos sedantes. Después de él, algunos filósofos afirmaron que su tarea consistía en «expulsar mediante el razonamiento el rebelde pesar», pero Antifonte fue el primero que tuvo la intuición de que sanar gracias a la palabra podía convertirse en un oficio. También comprendió que la terapia debía ser un diálogo exploratorio. La experiencia le enseñó que conviene hacer hablar al que sufre sobre los motivos de su pena, porque buscando las palabras a veces se encuentra el remedio. Muchos siglos después, Viktor Frankl, un discípulo de Freud superviviente de los campos de concentración de Auschwitz y Dachau, desarrollaría un método similar para superar los traumas de la barbarie europea de su época.

Seducidos por la belleza de las palabras, los griegos inauguraron el género de la conferencia, que tuvo una asombrosa fortuna ya durante la Antigüedad. Los sofistas, maestros itinerantes que viajaban de ciudad en ciudad a la caza de alumnos, ofrecían exhibiciones para darse a conocer, demostrar la calidad

de su enseñanza y probar ante el auditorio sus habilidades. A veces eran discursos preparados y, otras veces, improvisaciones acerca de temas sugeridos sobre la marcha por el público —cosas tan descabelladas como el elogio de los mosquitos o de la calvicie—. En algunas de aquellas conferencias las puertas permanecían abiertas a todo tipo de curiosos, pero en general las conferencias solían estar reservadas a un público más selecto que pagaba una entrada. Los sofistas cuidaban con mimo la escenografía de sus discursos y llegaban incluso a comparecer ante sus oyentes con la extravagante indumentaria de los antiguos aedos andariegos, declarándose herederos de aquellos poetas que fascinaban a reyes y a campesinos por igual con el hechizo de sus versos. En época helenística, el fenómeno se expandió. Había una verdadera tropa de intelectuales errantes —por supuesto oradores, pero también artistas, filósofos o médicos higienistas— que pateaban los caminos del imperio, llevando de aquí para allá su baqueteado talento con la seguridad de encontrar un auditorio solícito incluso en los rincones más polvorientos del mundo conocido. La conferencia se convirtió en el género literario más vivo, el que, según algunos especialistas, mejor define la originalidad de la cultura de aquella época. Allí empieza la ruta que conduce a nuestras TED Talks y al negocio multimillonario de los expresidentes conferenciantes.

En el siglo V a. C., el formidable sofista Gorgias escribió: «la palabra es un poderoso soberano; con un cuerpo pequeñísimo y del todo invisible, ejecuta las obras más divinas: quitar el miedo, desvanecer el dolor, infundir alegría y aumentar la compasión». El eco de estas ideas griegas resuena en la que me parece una de las frases más bellas del evangelio: «una palabra tuya bastará para sanarme».

Sin embargo, aquella genuina pasión por el lenguaje gestó toda una serie de técnicas retóricas que acabaron gangrenando su espontaneidad. Los oradores se aplicaron a construir un método atiborrado de fórmulas, principios y procedimientos elaborados hasta el mínimo detalle. Todas esas disquisiciones sobre estilo, junto al asfixiante aparato de exordios, pruebas y refutaciones, tuvieron consecuencias en general nefastas. Por desgracia, durante toda la Antigüedad abundaron los maestros pedantes de elocuencia y los artistas de la vana palabrería. El amor a las florituras invadió y echó a perder demasiada literatura. A veces, traduciendo textos griegos o romanos, he tenido que soltar una carcajada. El escritor está hablando de sus emociones más hondas y esenciales —dolor, deseo, abandono, exilio, soledad, miedo, tentaciones de suicidio— cuando, en el momento más inoportuno, asoma la

pezuña el alumno aplicado que se aprendió de memoria las figuras de estilo. Y la magia se rompe. El mundo está hundiéndose bajo sus pies y él lo cuenta con antítesis, homoteleutos y paronomasias.

Desde aquel tiempo hasta el presente, nuestra fe candorosa en las recetas para la vida ha dado de comer a muchos charlatanes de la retórica. Hoy nos inundan decálogos de autoayuda que ofrecen sus milagrosas listas del éxito: diez fórmulas para salvar nuestro matrimonio, para esculpir nuestro cuerpo o para convertirnos en personas altamente efectivas; diez claves para ser buenos padres, diez trucos para hacer el chuletón perfecto, diez frases brillantes para acabar un capítulo. El último, por desgracia, no lo compré.

76

En 2011, una editorial de Louisville editó las dos novelas más famosas de Mark Twain, *Las aventuras de Huckleberry Finn* y *Las aventuras de Tom Sawyer*, eliminando la despectiva palabra *nigger* —que se podría traducir como «negrata»— y sustituyéndola por la más neutral «esclavo». El responsable de esta profilaxis literaria, un profesor universitario especialista en Mark Twain, declaró haber tomado la difícil decisión de enmendar el texto a petición de numerosos profesores de instituto para quienes *Huck Finn*, en su forma genuina, ya no es aceptable en las aulas por su «lenguaje racial ofensivo», que les despierta reacciones de visible incomodidad a muchos alumnos. En su opinión, realizar esa somera cirugía es la mejor forma de evitar que los clásicos de la literatura norteamericana queden definitivamente relegados de las escuelas actuales. No es un hecho aislado. En los últimos años se ha producido un constante goteo de polémicas relacionadas con los clásicos juveniles, sobre todo los que forman parte de los programas escolares.

Una legión de padres angustiados por los traumas incurables que los hermanos Grimm o Andersen pueden ocasionar a sus frágiles vástagos se preguntan qué valores —y terrores— inoculan *La Cenicienta*, *Blancanieves* o *El soldadito de plomo* a los niños del siglo XXI. Estos apóstoles de la protección de menores prefieren las edulcoradas adaptaciones de la factoría Walt Disney a los cuentos originales, tan crueles, violentos, patriarcales y trasnochados. Muchos de ellos son partidarios, si no de eliminar la literatura tradicional de nuestro imperfecto pasado, al menos de adaptarla a la buena conciencia posmoderna.

El humorista y escritor James Finn Garner publicó a mediados de los noventa del pasado siglo un libro titulado *Cuentos de hadas políticamente correctos*. Fue su aportación cómica a este debate. La sátira de Finn Garner no está dirigida a los niños, sino que es más bien un monólogo cómico entretejido con los eufemismos que utilizamos los adultos del siglo XXI. Con impecable ironía siempre al borde del despropósito, reformulaba el comienzo de *Caperucita Roja* en estos términos: «Érase una vez una persona de corta edad llamada Caperucita Roja que vivía con su madre en la linde de un bosque. Un día, su madre le pidió que llevase una cesta con fruta fresca y agua mineral a casa de su abuela, pero no porque lo considerara una labor propia de mujeres, atención, sino porque ello representa un acto generoso que contribuía a afianzar la sensación de comunidad».

En realidad, la controversia es más antigua de lo que creemos, y las legiones de fervorosos partidarios de la furia censora y demás ligas de la decencia pueden esgrimir a un correligionario enormemente prestigioso: el filósofo Platón. La educación de los jóvenes siempre fue una de las grandes preocupaciones del aristócrata ateniense, y acabó convirtiéndose en su oficio. Tras salir malparado en sus intentos de hacer carrera política o, al menos, de influir en los gobernantes, se dedicó de lleno a enseñar en la Academia, la escuela que había fundado en un bosquecillo a las afueras de Atenas. Según nos cuentan, daba sus clases sentado en un asiento alto, la *kathédra*, rodeado de sillas simbólicamente más pequeñas ocupadas por sus discípulos, un pizarrón blanco, un globo del cielo, un modelo mecánico de los planetas, un reloj que se jactaba de haber construido él mismo y mapas con las representaciones de los principales geógrafos. Su escuela pretendía ser un centro para la formación de las élites gobernantes de las ciudades griegas —hoy lo consideraríamos más bien un *think tank* antidemocrático—.

Las enseñanzas de Platón siempre me han parecido asombrosamente esquizofrénicas en su explosiva mezcla de libre pensamiento e impulsos autoritarios. Entre sus pasajes más leídos se encuentra el mito de la caverna, un relato ideal de lo que debería ser un proceso educativo crítico. En el interior de una gruta, unos individuos permanecen encadenados de espaldas a una hoguera llameante. Los reclusos solo ven los movimientos de las sombras proyectadas sobre las paredes de la caverna, y esas sombras constituyen su única realidad. Finalmente, uno de ellos se libera del encierro y se aventura a salir de la cueva, rumbo al mundo que se extiende más allá de las hipnóticas proyecciones. Hay en este relato una bellísima invitación a dudar, a no conformarse con las apariencias, a romper las ataduras y a abandonar los

prejuicios para mirar la realidad cara a cara. La saga cinematográfica *Matrix* adaptó el mensaje rebelde de esta alegoría al mundo contemporáneo de la realidad virtual, la aldea mediática, los mundos paralelos de la publicidad y el consumismo, los bulos de internet y las autobiografías maquilladas que fabricamos para las redes sociales.

Sin embargo, en la más famosa utopía platónica, *La República*, el mismo ensayo que acoge el mito de la caverna, acecha la oscura antítesis de su mensaje ilustrado. El libro tercero podría ser el manual de prácticas de un dictador en ciernes. Allí se afirma que, en una sociedad ideal, la educación debería inculcar ante todo seriedad, decoro y valor. Platón es partidario de una rígida censura sobre la literatura que leen los jóvenes y la música que pueden escuchar. Las madres y las niñeras deben contar a los niños solo cuentos autorizados, y hasta los juegos infantiles están reglamentados. Homero y Hesíodo han de ser prohibidos como lectura infantil por varias razones. Primero, porque presentan a unos dioses frívolos, hedonistas y propensos a la mala conducta, lo cual no es edificante. A los jóvenes hay que enseñarles que el mal nunca procede de los dioses. En segundo lugar, porque algunos versos de los dos poetas hablan del miedo a la muerte, algo que inquieta a Platón ya que, en su opinión, se debe procurar que los jóvenes mueran gustosamente en la batalla. «Haremos muy bien —afirma— en suprimir los lamentos de los hombres ilustres, para atribuírselos en cambio a las mujeres». Platón tampoco tiene buena opinión sobre el teatro. En su opinión, la mayoría de las obras trágicas y cómicas contienen en sus tramas a malas personas y, por tanto, los actores —todos hombres, igual que en la Inglaterra isabelina— tienen que meterse en la piel de gente indeseable, como criminales, o seres inferiores, como mujeres o esclavos. Esa identificación con las emociones de la chusma no puede ser nada bueno para la formación de los niños y jóvenes. Las obras de teatro, si se toleran, solo deberían incluir personajes heroicos, masculinos, intachables y de alta alcurnia. Como ninguna pieza cumple los requisitos, Platón procede a desterrar de su estado perfecto a los dramaturgos, junto a los demás poetas.

El paso de los años no apaciguó los bríos censores de Platón. En su último diálogo, *Las Leyes*, propone prácticamente la creación de una Policía poética para vigilar la nueva literatura: «El poeta no podrá componer nada que contradiga lo que la ciudad considera legal, justo, bello o bueno; una vez escrito su poema, no podrá darlo a conocer a ningún particular, antes de haber sido leído y aprobado por los jueces que para ello hubieran designado los guardianes de las leyes (…) y aquel al que escogimos como director de

educación». El mensaje queda enfáticamente claro: hay que someter los textos poéticos a una severa censura; a veces suprimirlos, otra veces expurgarlos, aplicarles correcciones y, siempre que sea preciso —lo será muchas veces—, reescribirlos.

La utopía de Platón es hermana melliza de la distopía *1984*. La Sociedad del Partido Único imaginada por George Orwell alberga un Departamento de Ficción, donde se produce toda la nueva literatura. Allí trabaja la protagonista, Julia, a la que vemos merodear por la oficina con las manos siempre grasientas y una llave inglesa en la mano. Se ocupa del mantenimiento de las máquinas que escriben novelas según las directrices ministeriales. El régimen tampoco se desentiende de las obras clásicas. Aquí es donde Orwell parece hacer realidad los sueños húmedos del autoritario Platón: su Ministerio de la Verdad ha puesto en marcha un gran proyecto destinado a reescribir toda la literatura del pasado. Está previsto que la fabulosa tarea acabe en el año 2050. «Para entonces —dice entusiasmado uno de sus artífices—, Chaucer, Shakespeare, Milton, Byron… solo existirán en versiones neolingüísticas, convertidos en lo contrario de lo que eran. Todo el clima del pensamiento será distinto. En realidad, no habrá pensamiento en el sentido en que ahora lo entendemos. La ortodoxia significa no pensar, no necesitar el pensamiento. Nuestra ortodoxia es la inconsciencia».

Aunque las afirmaciones de Platón no pueden ser más contundentes y drásticas, detecto cierta resistencia a tomar al pie de la letra sus palabras. Cuando los admiradores del ateniense tropiezan con pasajes como este, empiezan a mirar a un lado y a otro, buscando escapatoria. Whitehead escribió esa famosa frase, tantas veces repetida, que despacha toda la filosofía occidental como notas a pie de página de la filosofía platónica. Para salvar los trastos, nos dicen que Platón se ha acalorado mientras escribía, que extrema sus posturas como hacemos todos durante las discusiones políticas en la sobremesa de los domingos en familia.

Sin embargo, Platón sabía muy bien lo que decía. Nunca le gustó la democracia ateniense, que en su opinión quedó retratada con el asesinato de Sócrates. Quería instaurar un modelo político inmutable, en el que no hicieran falta nunca más cambios sociales ni impúdicos relatos que socavasen los cimientos morales de la sociedad. Había vivido tiempos convulsos y traumáticos en Atenas. Deseaba estabilidad, deseaba el gobierno de los sabios y no el de la necia mayoría. Si ese inmovilismo solo podía ser defendido por un régimen represivo, adelante. Así lo entendió Karl Popper cuando tituló «El

influjo de Platón» a la primera parte de su ensayo *La sociedad abierta y sus enemigos*.

Las lecturas de los jóvenes preocupaban a Platón por motivos tanto pedagógicos como pecuniarios. Maestro fundador de la primera academia para los hijos de las élites, intentaba desacreditar a la competencia. No le gustaba el sistema educativo de su tiempo, en el que los poetas —gente de ideas erráticas y escasamente edificantes— eran los educadores de los griegos. Los nuevos profesores debían ser filósofos —es decir, él—. En su diálogo *Las Leyes* dice que proponer el estudio de los poetas a la juventud «es un gran riesgo» y a cambio sugiere —en un asombroso ejercicio de la virtud de la humildad— sus propias obras como texto para explicar en clase: «Al volver a ver con una mirada de conjunto estos pensamientos que son obra nuestra, he sentido una fuerte impresión de placer, pues, de los múltiples razonamientos que he podido leer en los poemas, ninguno me ha parecido más sensato y más conveniente para hacerlo leer a los jóvenes. No tendría ningún modelo mejor que este para presentar al legislador y al educador, y lo mejor sería que los maestros enseñen a los niños estos discursos, así como otros que se relacionen con estos y se les parezcan». En el fondo, se trata de una lucha por las mentes de los griegos, con la educación como campo de batalla. Y, de paso, de hacer negocio.

A estas alturas ya no necesito advertir que Platón me interesa y me irrita por partes iguales. Ante sus ideas, a menudo tengo ganas de lanzar alguna de esas fantásticas ristras de insultos que aprendí del Capitán Haddock: ¡grumetillo! ¡filoxera! ¡anacoluto! ¡bachi-buzuk! ¡ectoplasma! Me pregunto cómo es posible que un filósofo de inteligencia tan irreverente defienda un sistema educativo que condena a los alumnos a conocer solo textos esterilizados y fábulas de virtud. Su programa suprime de la literatura todos los claroscuros, las excursiones al abismo, la inquietud, el dolor, las paradojas, las intuiciones perturbadoras. La poda es escalofriante. Si él mismo hubiera escrito según esos principios estéticos, ahora nos aburriría soberanamente. Y, en cambio, sigue fascinándonos porque, al contrario de lo que prescribe, es agudo, paradójico e inquietante.

Pero hoy el desafío sigue en el aire, como saben los profesores de Louisville que quisieron borrar el insulto *nigger* de la obra de Mark Twain. ¿Los libros infantiles y juveniles son obras literarias complejas o manuales de conducta? Un *Huck Finn* saneado puede enseñar mucho a los jóvenes lectores, pero les hurta una enseñanza esencial: que hubo un tiempo durante el cual casi todo el mundo llamaba «negratas» a sus esclavos y que, debido a esa

historia de opresión, la palabra se ha convertido en tabú. No por eliminar de los libros todo lo que nos parezca inapropiado salvaremos a los jóvenes de las malas ideas. Al contrario, los volveremos incapaces de reconocerlas. Al contrario de lo que cree Platón, los personajes malvados son un ingrediente crucial de los cuentos tradicionales, para que los niños aprendan que la maldad existe. Tarde o temprano tendrán noticias de ella (desde los matones que les acosan en el patio del colegio a los tiranos genocidas).

La maravillosa y perturbadora Flannery O'Connor escribió que quien «solo lee libros edificantes está siguiendo un camino seguro, pero un camino sin esperanza, porque le falta coraje. Si alguna vez por azar leyera una buena novela, sabría muy bien que le está sucediendo algo». Sentir cierta incomodidad es parte de la experiencia de leer un libro; hay mucha más pedagogía en la inquietud que en el alivio. Podemos hacer pasar por el quirófano a toda la literatura del pasado para someterla a una cirugía estética, pero entonces dejará de explicarnos el mundo. Y si nos adentramos por ese camino no debería extrañarnos que los jóvenes abandonen la lectura y, como dice Santiago Roncagliolo, se entreguen a la PlayStation, donde pueden matar a un montón de gente sin que nadie ponga problemas.

Tengo ante los ojos un último artículo de prensa. Resulta que, en la Universidad de Londres, el sindicato de estudiantes de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos exige que desaparezcan del programa filósofos como Platón, Descartes o Kant —por racistas y colonialistas—.

Es irónico: Platón, el cazador cazado.

El veneno de los libros. Su fragilidad

77

Los bibliotecarios de Alejandría no expulsaron a los poetas griegos, ni tampoco a Platón. A orillas del Nilo, el palacio de los libros ofrecía hospitalidad a los dos bandos adversarios. Sus anaqueles crearon uno de esos insólitos espacios de armisticio donde las hostilidades cesan, los enemigos se rozan en la promiscuidad de los estantes, las fronteras se difuminan y la lectura se convierte en una forma más de reconciliación.

Sabemos que la Gran Biblioteca acogió las ideas, los hallazgos y los gruñidos de Platón. No sin cierta dosis de ironía, pues el sabio Calímaco, autor de los *Pínakese* ilustre miembro del Museo, quiso dejar constancia del cariz asesino que podían llegar a tener los libros platónicos.

La anécdota figura en un brevísimo texto en verso. Tal vez Calímaco, como poeta que era, quería lanzar un dardo a Platón en nombre del gremio. Su poema describe el suicidio de un tal Cleómbroto de Ambracia, que se lanzó al vacío desde lo alto de una muralla. Nos dice que a este joven no le había sucedido nada capaz de empujarlo a la muerte, salvo que «había leído un tratado, uno solo, de Platón: Sobre el alma». Nosotros conocemos el diálogo que se llevó por delante al pobre Cleómbroto con el título de *Fedón*. Muchos se han preguntado por qué se suicidaría tras leer esa obra, que relata las últimas horas de Sócrates antes de tomar su ración de cicuta. Algunos sostienen que no pudo soportar la muerte del sabio, pero otros argumentan que su salto al vacío se debió a un razonamiento del propio Platón, que afirma que la plenitud de la sabiduría nos llegará solo tras la muerte. En todo caso, Calímaco dejó caer sibilinamente su crítica: quizá los jóvenes peligran más, después de todo, leyendo a Platón que a los poetas.

No sabemos si el de Cleómbroto fue un caso aislado, o si tal vez el *Fedón* sembró un reguero de suicidios parecido al que dejaría siglos más tarde *Los sufrimientos del joven Werther*. Desde su publicación en 1774, la atormentada novela de Goethe arrastró a muchos jóvenes europeos con penas de amor a descerrajarse un tiro, imitando al protagonista. El autor vivió con alarma el fenómeno social —y funerario— en el que, reedición tras reedición, se iba

convirtiendo su libro. Se sabe que las autoridades de algunos países llegaron a prohibirlo por motivos de salud pública.

Goethe se había inspirado en el suicidio real de un amigo, y en sus propias fantasías adolescentes de muerte. Más de cincuenta años después, en su biografía *Poesía y verdad* reconoce que solo pudo apaciguar esa pulsión autodestructiva haciendo que Werther se disparase simbólicamente en su lugar. Pero el fantasma que el escritor logró expulsar con ese exorcismo literario pasó a atormentar a sus lectores, algunos de los cuales sucumbieron a su macabro influjo. Doscientos años después, en 1974, el sociólogo David Phillips acuñó el término «efecto Werther» para describir el misterioso reflejo de imitación que presenta la conducta suicida. Incluso un personaje de ficción puede ser el agente de contagio, desencadenando casos idénticos. Otra maravillosa novela desasosegante, *Las vírgenes suicidas*, de Jeffrey Eugenides, indaga en el profundo enigma psicológico de las muertes imitativas.

Sea como sea, el caso del lector del *Fedón* que saltó desde una muralla —la versión griega del viaducto— iba a inaugurar sin pretenderlo un nuevo filón literario: los relatos sobre libros que causan la muerte. No es extraño que el más famoso de todos, el *Necronomicón*, tenga nombre griego. Este volumen maldito, cuya sola lectura provoca la locura y el suicidio, es una invención de H. P. Lovecraft para el universo terrorífico de sus *Mitos de Cthulhu*. Del *Necronomicón*, por supuesto, nunca llegamos a conocer el contenido porque nadie ha sobrevivido para revelarlo. Se rumorea persistentemente que alberga saberes arcanos y hechizos de brujería que permiten entablar contacto con seres alienígenas de malignos poderes, los Antiguos. Expulsados en tiempos inmemoriales de nuestro planeta por practicar la magia negra, estos seres yacen aletargados en el espacio a la espera de una oportunidad de apoderarse del mundo, que ya una vez fue suyo.

Lovecraft se divirtió escribiendo una minuciosa historia del *Necronomicón* y sus traducciones con tal lujo de detalles bibliográficos que algunos lectores han creído ciegamente en su existencia, y ciertos anticuarios estafadores han fingido que poseían un ejemplar, poniéndolo a la venta para incautos. La broma bibliófila comienza por el nombre mismo del autor, un supuesto poeta árabe loco llamado Abdul Al Hazred. En realidad, se trata de un apodo infantil del propio Lovecraft, inspirado por los cuentos de *Las mil y una noches*. Al Hazred es un guiño al inglés *all has read*, «el que todo lo ha leído».

Los relatos de *Los mitos de Cthulhu* son pródigos en avisos sobre las consecuencias funestas de leer el *Necronomicón*. Se nos advierte que en la Edad Media, debido a su influencia, sucedieron hechos espantosos, y el libro fue condenado por la Iglesia en el año 1050. Siempre según la versión de Lovecraft, pese a las maldiciones se imprimió una traducción al latín del libro sacrílego en la España del siglo XVII. Subsistirían cuatro ejemplares de esa edición, uno en el Museo Británico, otro en la Biblioteca Nacional de París, otro en Harvard, y el último en la ficticia Universidad estadounidense de Miskatonic, en la también ficticia ciudad de Arkham. Seguidores bromistas de Lovecraft han falsificado fichas del libro para los catálogos de diversas bibliotecas del mundo, atribuyendo la procedencia de la edición prohibida a la ciudad de Toledo. Allí donde aflora un presunto ejemplar, se disparan las peticiones de préstamo —al parecer, la curiosidad puede más que el miedo a la estela de demencia y muerte que deja a su paso el *Necronomicón*—.

Platón, el árabe loco Al Hazred y Goethe escribieron libros capaces de arrastrar a la perdición con el hechizo oscuro de sus palabras. Otra curiosa faceta de la muerte lectora son los libros envenenados. Que yo sepa, la aparición más antigua de estos volúmenes asesinos se remonta a *Las mil y una noches*. Al final de la noche cuarta y durante toda la quinta, Sherezade narra la historia del rey Yunán y el médico Ruyán. Tras curar la lepra del rey, el médico Ruyán descubre que el desagradecido monarca pretende deshacerse de él, así que urde un plan para castigarlo. Le regala un libro, «extracto de los extractos, rareza de las rarezas, que contiene maravillas inestimables». Sucede que las hojas están impregnadas de veneno y el rey acaba muriendo: «Yunán se asombró hasta el límite del asombro. Lleno de impaciencia, tomó el libro y lo abrió, pero encontró las hojas pegadas. Entonces metiendo su dedo en la boca, lo mojó con saliva y logró despegar la primera hoja. Lo mismo tuvo que hacer con la segunda y la tercera, y cada una se abría con mayor dificultad. De ese modo el rey abrió seis hojas y trató de leerlas, pero no pudo hallar ninguna escritura. Apenas algunos instantes después el veneno circuló por su organismo, pues el libro estaba envenenado».

Si después de ver *Psicosis* muchas personas hemos sentido un escalofrío al ducharnos a solas en un hotel, este cuento de *Las mil y una noches* puede provocar similares estremecimientos a los lectores acostumbrados a humedecer la yema del dedo para pasar las hojas. Varias veces en mis lecturas he vuelto a tropezar con el libro embadurnado en veneno, como si empezase a convertirse en un clásico del terror bibliófilo. Recuerdo el bellísimo tratado de cetrería con el que la malvada reina Catalina de Médici mata por error a su

hijo Carlos en *La reina Margot*, de Alexandre Dumas, y el tratado sobre la risa de Aristóteles —del que ya he hablado—, que provoca una cosecha roja en la tétrica abadía de *El nombre de la rosa*. Me gusta especialmente la escena de la revelación del secreto: cuando el detective franciscano Guillermo de Baskerville resuelve el misterio de los crímenes, no puede evitar un instante de admiración hacia el asesino. Reconoce que el libro es un arma ejemplar y sigilosa con la cual «la víctima se envenena sola, justo en la medida que quiere leer».

Por desgracia, el último capítulo de esta historia de los libros homicidas es estrictamente verídico. Pienso en los libros-bomba, volúmenes en cuyo interior se colocan explosivos de gran potencia para matar a su destinatario al abrirlo. La Casa Blanca recibe año tras año cientos de libros con bombas, que desactivan los organismos de seguridad. Cientos de empleados de correos, periodistas, porteros, secretarias, y hombres y mujeres de los más variados oficios han muerto en todo el mundo por esta causa. Cualquiera podría ser víctima de este tipo de ataque. El estudioso Fernando Báez afirma que decenas de manuales clandestinos en internet enseñan a fabricar libros-bomba. Al parecer, los terroristas expresan preferencias por ciertos autores y abundan las listas de títulos, categorías y tamaños. Algunos grupos consideran inadecuada la Biblia y, en cambio, quién sabe por qué, encuentran muy útil *Don Quijote*. El 27 de diciembre de 2003 estuvo a punto de morir Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, cuando abrió un ejemplar-bomba de *El placer*, de Gabriele D'Annunzio. Como es evidente, los políticos y altos cargos que no leen están más protegidos.

78

Nos gusta imaginarlos peligrosos, asesinos, inquietantes, pero los libros son, sobre todo, frágiles. Mientras lees estas líneas, una biblioteca arde en algún lugar del mundo. Una editorial destruye ahora mismo sus fondos no vendidos para volver a fabricar pulpa de papel. No lejos de ti, una inundación sumerge en el agua alguna valiosa colección. Varias personas se deshacen de una biblioteca heredada en un contenedor cercano. Te rodea un ejército de insectos cuyas mandíbulas están abriendo túneles de papel para depositar sus larvas en un universo de pequeños laberintos en infinitas estanterías. Alguien está ordenando una purga de obras molestas para el poder. Un saqueo destructivo sucede ahora mismo en un territorio inestable. Alguien condena una obra por inmoral o blasfema y la lanza a una hoguera.

Hay una larga historia de horror y fascinación que relaciona el fuego y los libros. Galeno escribió que los incendios, junto con los terremotos, son las causas más frecuentes de su destrucción. Las llamas que aniquilan palabras estallan a veces de forma accidental, pero en muchas ocasiones son intencionadas. Quemar libros es un empeño absurdo que se repite con terquedad a lo largo de los siglos, desde Mesopotamia hasta el presente. La coartada es asentar los cimientos de un nuevo orden sobre las cenizas del anterior, o regenerar y purificar un mundo que los escritores han contaminado.

Cuando las autoridades censoras se empeñaban en hacer arder ejemplares del *Ulises*, Joyce comentó irónico que, gracias a esas llamas, sin duda tendría un purgatorio menor. En aquellos mismos años, la barbarie nazi ejecutaba su operación *Bücherverbrennung* («quema de libros») en las plazas públicas de decenas de ciudades alemanas. Miles de libros eran trasladados en camiones y apilados para su destrucción. Se formaban cadenas humanas para llevarlos de mano en mano hasta la hoguera. Los investigadores calculan que durante el bibliocausto nazi ardieron las obras de más de 5.500 autores a quienes los nuevos líderes consideraban degenerados, un prólogo de los hornos crematorios que llegarían después, como había profetizado Heinrich Heine en 1821, al escribir: «Allí donde queman libros, acaban quemando personas». La famosa frase, por cierto, pertenece a una obra de teatro titulada *Almanzor*, donde la obra quemada era el Corán, y los pirómanos, inquisidores españoles.

En el año 2010, cuando la comunidad internacional se preparaba para conmemorar nueve años de duelo por los atentados del 11 de septiembre, el pastor de una pequeña iglesia cristiana de Florida anunció que iba a quemar ejemplares del Corán en el aniversario de los ataques terroristas —para ser exactos entre las seis y las nueve de la noche, en la franja horaria de máxima audiencia televisiva—. El rostro de Terry Jones, un sañudo ministro religioso con bigote en forma de herradura, con su aire indeciso entre prócer decimonónico y bronceado ángel del infierno, empezó a aparecer a diario en la prensa mundial y en los telediarios durante aquellas jornadas inflamables. Anunció que quería convertir el 11-S en el día internacional de la quema del Corán y llamaba a celebrar en familia esa alegre fiesta vandálica: el *Burn a Koran Day*. Las autoridades no podían detener su provocador llamamiento —ninguna ley impide prender fuego en terreno privado a un libro adquirido legalmente—. Para evitar un estallido de protestas y disturbios en países islámicos, el presidente Barack Obama y el presidente de la CIA intentaron disuadirle en nombre de la seguridad de las tropas desplegadas en Afganistán

e Irak. El asunto se convirtió en una emergencia internacional. El reverendo Jones cedió en un primer momento a las presiones, pero en marzo de 2011 no pudo soportar el peso de la capitulación. Como ese personaje de Aristófanes que organiza un tribunal en casa para procesar a su perro por haberse zampado un queso, Terry Jones escenificó una pantomima de juicio al Corán. Tras ocho minutos de deliberación, el autoproclamado tribunal condenó al libro por crímenes contra la humanidad y procedió a quemar un ejemplar, mostrando las imágenes al mundo a través del correspondiente vídeo de YouTube. Varias personas murieron o sufrieron heridas graves en Afganistán durante los tumultos que desencadenó la grabación.

El rápido ascenso a la fama —y a la infamia— del reverendo Jones demuestra que arrojar un libro a la hoguera, incluso si la obra no corre el más mínimo riesgo de desaparecer, es un poderoso acto simbólico, casi mágico. Nuestra sociedad global, sofisticada y tecnológica, todavía puede tambalearse por la onda expansiva de un gesto de tan antigua barbarie.

Las hogueras de papiro, pergamino y papel son el emblema de un viejo naufragio repetido. La historia de los primeros libros concluye a menudo en el fuego. Un melancólico personaje de Borges reflexiona: «Cada tantos siglos hay que quemar la Biblioteca de Alejandría». Es la breve crónica de un desastre inmenso: en la capital del delta ardió varias veces, hasta su completa devastación, un gran sueño de la Antigüedad. Y aquellas llamas alimentadas por libros sembraron oscuridad.

Las tres destrucciones de la biblioteca de Alejandría

79

Cleopatra fue la última reina de Egipto, y la más joven. Se ciñó la corona de las Dos Tierras con apenas dieciocho años. Para que una mujer gobernase el país del Nilo, tenía que cumplir un insignificante requisito tradicional: casarse con su hermano, como Isis con Osiris. Sin dejarse desanimar por nimiedades, Cleopatra celebró sus bodas con uno de los pequeños de la familia, Ptolomeo XIII, de diez años, al que creyó dominar. A pesar de los largos años de convivencia previa, no fue un matrimonio bien avenido. Los reyes niños pronto se enzarzaron a reñir por el poder. Cleopatra intrigó peor que el pequeño faraón, y fue derrocada y expulsada del país bajo pena de muerte. La joven exiliada aprendió una valiosa lección de convivencia familiar: sus parientes eran tan capaces de asesinarla como cualquiera.

Ese mismo año, Julio César llegó a Alejandría. Roma era ya una gran potencia que se arrogaba el papel de policía mundial y mediadora en los conflictos ajenos. Cleopatra comprendió que si quería volver a reinar necesitaba el apoyo de César. Viajó a escondidas desde Siria, esquivando a los espías de su hermano, que tenían orden de matarla si volvía a poner los pies en Egipto. Plutarco cuenta con gracia el cómico episodio del encuentro entre la reina destituida y César. En el anochecer de un cálido día de octubre del año 48 a. C., una embarcación atracó silenciosa en el puerto de Alejandría. De ella bajó con grandes precauciones un mercader de alfombras que cargaba un fardo alargado. Ya en palacio, pidió ver a César para entregarle un regalo. Admitido en la habitación del general romano, desenrolló el envoltorio. Del interior emergió —acalorada, menuda y sudorosa— una chica de veintiún años que se estaba jugando la vida en el epicentro del peligro por pura ambición de poder. Dice Plutarco que César quedó «fascinado por el descaro de la joven». Era un hombre de cincuenta y dos años con cicatrices de mil batallas. No fue el deseo lo que llevó a Cleopatra hacia él, sino el instinto de supervivencia. Tenía poco tiempo: si su hermano la encontraba, moriría; si César no se ponía de su parte, moriría. Esa misma noche, Cleopatra llegó, vio y sedujo.

Julio César se instaló a sus anchas en el palacio. Protegida por su poderoso amante, Cleopatra recuperó el trono. Mantuvo al pequeño Ptolomeo a su lado, más como rehén que como rey. Fueron días de vino e intrigas en Alejandría. Como el faraón niño no se resignaba a ser un títere, empezó a tramar una revuelta egipcia contra los soldados romanos. Cuando saltó la chispa de la insurrección, el huésped extranjero quedó encerrado en el palacio real con su escasa tropa. El palacio ptolemaico, como ya he dicho, ocupaba todo un barrio amurallado junto al mar, donde se alzaban, entre otros edificios, el Museo y su Biblioteca. Los sabios de la jaula de las musas —acostumbrados a que los dejasen tranquilos para investigar y despellejarse entre ellos sin compasión— se encontraron de repente asediados junto al general romano en una posición estratégica muy desfavorable. Los sitiadores atacaban desde tierra y mar, con sed de destrucción. Los ojos alarmados de los estudiosos vieron dibujarse en el aire la curva brillante de los proyectiles incendiarios que aterrizaban, uno tras otro, amenazadores, cerca de su tesoro de libros.

Los hombres de César contratacaron lanzando antorchas impregnadas de pez sobre los barcos preparados para el ataque. El fuego no tardó en prender en las cubiertas calafateadas con cera y las maromas de las naves, que se hundieron hipnóticamente en el mar, envueltas en llamas. La devastación se extendió al puerto y a las casas próximas. El fuego, empujado por el viento, brincaba sobre los tejados con la rapidez de una estrella fugaz. Las tropas egipcias corrieron a sofocar el incendio. César aprovechó ese respiro para correr a la isla de Faro y controlar la entrada marítima a la ciudad, a la espera de refuerzos. Como siempre, el brillante general romano acabó ganando la partida táctica. Ptolomeo XIII se ahogó oportunamente en el Nilo, dejando viuda y todopoderosa a su hermana.

Plutarco, que escribió siglo y medio después de que tuvieran lugar los hechos, asegura que el fuego de aquel incendio provocado por los secuaces de César saltó desde las naves a la Gran Biblioteca y la dejó reducida a cenizas, un rotundo réquiem por el sueño alejandrino. ¿Así acabó todo?

Hay motivos para dudarlo. César, en su *Guerra civil*, habla de la quema de los barcos, pero no menciona la destrucción de la Biblioteca, ni siquiera para justificarse. Tampoco dice nada su lugarteniente Hircio, que escribió una crónica de *La guerra de Alejandría*. Por el contrario, afirma que los grandes edificios de la ciudad eran incombustibles, porque los habían construido con mármol y argamasa, sin madera en los techos y suelos. Ningún personaje contemporáneo llora por la aniquilación del palacio de los libros. Y el

geógrafo Estrabón, que visitó Alejandría solo unos lustros después de la revuelta contra César, describió con detalle el Museo sin aludir a ningún desastre reciente. También callan otros escritores romanos y griegos (Lucano, Suetonio, Ateneo). Sin embargo, el filósofo Séneca complica el puzle al escribir: «Ardieron en Alejandría cuarenta mil rollos».

Como en una novela policiaca, cada nueva voz cuenta una versión distinta y aporta pistas contradictorias. ¿Qué podemos sacar en limpio de este rompecabezas desconcertante? ¿Cuál es la realidad desenfocada que se oculta detrás de los relatos y de los silencios? Una posible solución del enigma se basa en un detalle que mencionan de refilón dos autores muy posteriores: Dion Casio y Orosio. Ambos dicen que el incendio provocado por César destruyó el arsenal, los depósitos de grano y unos almacenes del puerto, donde se encontraban —por casualidad— varios miles de rollos, libros que podían ser nuevas adquisiciones de la Biblioteca que esperaban su traslado definitivo al Museo, o simplemente rollos en blanco propiedad de los mercaderes, que los destinaban a la venta por las rutas comerciales del Mediterráneo.

Tal vez Plutarco interpretó mal las fuentes que describían la quema de ese depósito de libros —que en griego se llamaría también *bibliothéke*— e imaginó una hoguera apocalíptica en el Museo. Quizá esta primera destrucción de la Gran Biblioteca es, después de todo, un recuerdo inventado, o una pesadilla premonitoria, o un incendio mítico que, en el fondo, simbolizaba el ocaso de una ciudad, de un imperio y de una dinastía que empezó con el sueño de Alejandro y acabó con la derrota de Cleopatra.

80

Las alianzas políticas y sexuales de Cleopatra —con César primero y más tarde con Marco Antonio— pretendían evitar que la voracidad romana engullese el reino de Egipto. Solo consiguieron retrasar la dentellada. Después del suicidio de la reina en el año 30 a. C., el país del Nilo fue anexionado al naciente Imperio romano. Alejandría dejó de ser la capital de un territorio orgulloso para convertirse en periferia de la nueva globalización.

Los fondos para financiar a la comunidad de sabios, que hasta entonces dependían de los reyes Ptolomeos, pasaron a ser responsabilidad de los emperadores de Roma. El Museo y su Biblioteca remontaron la crisis dinástica, pero pronto resultó evidente que los mejores tiempos pertenecían ya al pasado. Aquel ambicioso centro del conocimiento y de la creación había

vivido sus días dorados gracias a una mezcla explosiva de riqueza, vanidad y cálculo imperialista por parte de la estirpe macedonia. Pero el dinero y la vanidad de los emperadores romanos tenían muchos otros reclamos fuera de Alejandría. No sabemos si el incendio cesariano llegó a afectar a la Biblioteca, pero sin duda la sequía de fondos imperiales desencadenó el lento hundimiento de la misma.

Durante los dos primeros siglos la Biblioteca encontró todavía protectores generosos, como Adriano, pero el siglo tercero tuvo un comienzo oscuro con las insensatas amenazas de Caracalla. El emperador creía saber —a la insignificante distancia de siete siglos— que fue Aristóteles quien envenenó a Alejandro Magno y, para vengar a su ídolo, tramaba prender fuego al Museo, por donde aún vagaba el espectro del filósofo. Nuestra fuente, el historiador Dion Casio, no aclara si Caracalla llegó a ejecutar tan enorme fechoría, pero precisa que suprimió el comedor gratuito de los sabios y abolió muchos de sus privilegios. Tiempo después, a causa de un delito trivial, ordenó a sus tropas saquear Alejandría, matando a miles de inocentes, y —en una versión mediterránea del Berlín de la Guerra Fría— atravesarla con un muro patrullado por guardias a intervalos regulares, para que la población de uno y otro sector no pudiera visitarse libremente.

Durante la segunda mitad del siglo III se agudizó la crisis romana. La situación económica del imperio fue empeorando progresivamente, y el interés cultural de los emperadores, agobiados por graves desafíos bélicos y políticos, fue menguando. En un mundo en el que las glorias de Alejandría no eran más que un destello lejano, las ayudas para mantener la colección fueron sufriendo recortes sucesivos. Cada vez había menos dinero para reponer los rollos deteriorados, envejecidos o perdidos, y para la adquisición de novedades. La decadencia era ya imparable.

Lo que vino a continuación fue un ciclo caótico de pillajes y depredaciones. En tiempos del emperador Galieno, el prefecto de Egipto se proclamó emperador y cortó el suministro de víveres a Roma. Como Galieno no podía permitirse prescindir de los graneros alejandrinos, envió a su general Teodoto a recuperar la ciudad. El violento ataque dejó maltrecha Alejandría. Poco después la conquistó y la perdió la reina árabe Zenobia de Palmira, que decía ser descendiente de Cleopatra. El emperador Aureliano, y luego Diocleciano, se sumaron a la orgía destructiva de asedios y sublevaciones sofocadas a sangre y fuego. El soldado e historiador Amiano Marcelino escribió, quizá cargando las tintas con fines dramáticos, que a finales del

siglo III el barrio amurallado donde una vez se irguió el Museo había sido barrido del mapa.

No tenemos ninguna crónica detallada de aquel ocaso, pero me gusta pensar que eso es precisamente lo que intentaba describir Paul Auster en el postapocalíptico *País de las últimas cosas*. La novela relata el viaje de una mujer, Anna Blume, a una ciudad sin nombre, en plena desintegración, sacudida por las secuelas de un periodo de conflictos y purgas. En ese territorio opresivo, los nombres de las calles —Bulevar Ptolomeo, Perspectiva Nerón, Terminal Diógenes, Carretera de las Pirámides— sugieren la cartografía imposible de una Alejandría saqueada y fantasmal, en el naufragio de su memoria.

Anna llegó a la ciudad siguiendo el rastro de su único hermano, un joven periodista que desapareció allí sin explicación. La esperanza del reencuentro está condenada al fracaso en un lugar donde todas las certezas se están esfumando y la catástrofe final parece inminente. Un día, durante sus vagabundeos, Anna recorre el Bulevar Ptolomeo y desemboca por azar en la asolada Biblioteca Nacional («Era un edificio magnífico, hileras de columnas de estilo italiano y hermosas incrustaciones de mármol, uno de los edificios más distinguidos de la ciudad. Sus mejores días habían quedado atrás, sin embargo, como ocurría con todo lo demás. Un techo del segundo piso se había derrumbado, las columnas se ladeaban y agrietaban, había libros y papeles tirados por todas partes»).

Anna se instala en la buhardilla de la biblioteca junto a Sam, un corresponsal de la prensa extranjera que conoció a su hermano e inyecta vida a sus débiles esperanzas de encontrarlo. Aunque la Gran Biblioteca es poco más que una ruina, sirve de refugio para náufragos de tiempos mejores. Allí vive una pequeña comunidad de sabios perseguidos que, en una provisional tregua a sus feroces discrepancias, colabora para proteger el último caudal de palabras, ideas y libros («No sé exactamente cuánta gente vivía en la Biblioteca en aquella época, pero creo que más de cien, tal vez muchos más. Los residentes eran todos profesores o escritores, supervivientes del Movimiento de Purificación que tuvo lugar durante los disturbios de la década anterior. Entre las distintas camarillas de la Biblioteca había surgido una cierta camaradería, al menos hasta el punto de que muchos de ellos estaban dispuestos a reunirse para hablar o intercambiar ideas. Cada mañana durante dos horas [denominadas "horas peripatéticas"], se llevaban a cabo coloquios públicos. Decían que en una época la Biblioteca Nacional albergaba más de un millón de volúmenes; este número ya se había reducido mucho cuando yo

llegué allí, pero aún quedaban cientos de miles, un asombroso alud de palabras impresas»).

El desorden y la catástrofe también se han filtrado en la Biblioteca. Anna observa que el sistema de clasificación se ha desorganizado por completo y es casi imposible localizar ningún libro en los siete pisos de archivos. Que un libro esté perdido en el laberinto de salas mohosas es lo mismo que si hubiese dejado de existir: nadie volverá a encontrarlo.

De repente se abate sobre la ciudad una durísima ola de frío que pone en peligro a los refugiados de la Biblioteca. A falta de otro tipo de combustible, deciden quemar libros en la estufa de hierro. Anna escribe: «Sé que parece horrible, pero no teníamos otra opción; había que escoger entre eso o morirnos de frío. Lo curioso es que yo nunca sentí remordimientos, para ser sincera; creo que incluso disfrutaba tirando aquellos libros a las llamas. Tal vez manifestara un rencor oculto; tal vez fuera solo el simple reconocimiento de que no importaba lo que pasara con los libros. El mundo al que pertenecían esos libros había terminado. De cualquier modo, la mayoría de ellos no merecían abrirse. Cuando encontraba alguno que parecía aceptable, lo guardaba para leerlo. Así leí a Heródoto. Pero, al final, todo acababa en la estufa, todo se transformaba en humo».

Así imagino a los científicos y eruditos del Museo, contemplando con espanto cómo su tesoro de hallazgos era sistemáticamente saqueado, ardía y se desmoronaba. En un imperdonable anacronismo, me parece ver a aquellos sesudos intelectuales, víctimas de un brote de humor negro y nihilista, imitando a Bajtín durante los días oscuros del cerco nazi a Leningrado. Se cuenta que el escritor ruso, fumador compulsivo, estaba encerrado en un apartamento bajo el terror cotidiano de los bombardeos. Tenía reservas de tabaco pero no podía conseguir papel de fumar. Entonces usó para liar sus cigarrillos las páginas de un ensayo al que había dedicado diez años de trabajo. Hoja a hoja, bocanada a bocanada, fumó gran parte del manuscrito, en la seguridad de conservar a buen recaudo en Moscú otra copia que, al final, en el caos de la guerra, también se perdería. Recuerdo que William Hurt cuenta la anécdota —casi legendaria— en la fascinante película *Smoke*, cuyo guion escribió Paul Auster. Creo que los bibliotecarios alejandrinos habrían apreciado la desesperanzada comicidad de ese relato de supervivencia. Al fin y al cabo, los libros que ellos custodiaban también estaban convirtiéndose en aire, en humo, en soplo, en espejismo.

La Alejandría del siglo IV era un lugar turbulento. Sus habitantes, conocidos por su cultura y su sensualidad, también se dedicaban a pasatiempos más brutales. La ciudad tenía un largo historial de revueltas callejeras. Los problemas sociales, las diferencias religiosas y las luchas de poder estallaban en forma de peleas tumultuosas y sangrientas al aire libre. Nos podemos imaginar algo similar a los barrios atravesados por salvajes batallas urbanas que nos mostró Scorsese en *Gangs of New York*.

En la capital egipcia se estaban materializando las convulsiones de una gran crisis imperial romana. Por alguna misteriosa ley de reincidencia, ciertos territorios reciben constantemente las descargas de tensiones mundiales y de conflictos que nadie consigue remediar. La zona del Levante mediterráneo ha sido desde épocas remotas uno de esos pararrayos geopolíticos.

Por las arterias de Alejandría bullían exaltados cabecillas de distintos credos (judíos, paganos y cristianos —que a su vez se dividían en facciones enfrentadas: niceos, arrianos, origenistas, monofisitas y otros—). Eran habituales los ataques entre ellos, con una rivalidad mixta de combinatoria variable. Sin embargo, no todo era caos, furia y barullo. Por debajo de la violencia confusa se estaba gestando un enorme cambio histórico. A principios de siglo, el emperador Constantino legalizó el cristianismo, y en el año 391, Teodosio promulgó una serie de edictos que prohibieron los sacrificios públicos paganos y ordenaron el cierre de sus principales centros de culto. A lo largo de esas décadas vertiginosas, perseguidos y perseguidores intercambiaron los papeles. Ya nada volvería a ser igual: el Estado se había convertido a la nueva fe y había emprendido la demolición del paganismo.

El Museo y la biblioteca filial del Serapeo fueron centros neurálgicos de las batallas religiosas. Los dos edificios eran santuarios, y sus bibliotecarios, sacerdotes. Los intelectuales que trabajaban en ambas instituciones componían un *thíaso*, es decir, una comunidad de culto a las musas —las nueve diosas que protegían la creación humana—. Su jornada laboral discurría entre estatuas de divinidades, altares y otros símbolos litúrgicos del culto pagano, pues los Ptolomeos habían mantenido la antigua tradición oriental de custodiar los libros en el interior de los templos. La continuidad de las bibliotecas, creadas al servicio de la cultura clásica pagana, no resultaba fácil bajo un régimen que la perseguía.

El Serapeo —o templo de Zeus Serapis—, que albergaba la biblioteca hermana, era una de las maravillas arquitectónicas de Alejandría. Con sus elegantes patios porticados, sus dioses esculpidos, sus obras de arte y su boato

anticuado, era un lugar de devoción y encuentro para los paganos que estaban perdiendo la partida histórica. Allí se reunían, como veteranos de una guerra olvidada, a rezongar, nutrir sus añoranzas y clamar —como se ha hecho en todas las épocas— que cualquier tiempo pasado fue mejor.

En el año 391, todo saltó por los aires.

El obispo Teófilo, líder espiritual de la comunidad cristiana alejandrina, hizo cumplir los edictos del emperador Teodosio con violencia. Grupos de zelotes cristianos se lanzaron a hostigar a los paganos. El pánico y el odio empezaron a cargar la atmósfera de una peligrosa electricidad. En esos momentos de tensión extrema, un escándalo desestabilizó la situación. Durante las obras de renovación de una basílica cristiana construida sobre una capilla del dios Mitra, los operarios sacaron a la luz diversos objetos de los misterios paganos. El patriarca Teófilo ordenó que esos símbolos secretos del culto fueran exhibidos en procesión por el centro de la ciudad. Podemos hacernos una idea del impacto de ese gesto si pensamos en el provocador paseo de Ariel Sharón por la Explanada de las Mezquitas que, hace apenas dos décadas, prendió la mecha de la Segunda Intifada. Los alejandrinos paganos —y, en especial, los profesores de filosofía, según especifican las fuentes—, viendo cómo sus creencias eran profanadas y expuestas a las burlas de la muchedumbre, atacaron con ferocidad a los cristianos. Las calles se tiñeron de sangre. Temiendo las posibles represalias, los amotinados corrieron al Serapeo y se atrincheraron en las dependencias del santuario. Como escudo, habían capturado rehenes cristianos y, una vez dentro, los obligaron a arrodillarse ante los viejos dioses ilegalizados. Al otro lado de las barricadas, una muchedumbre armada con hachas asediaba el templo.

El cerco terminó tras unos días de tenso compás. Cuando ya parecía imposible, se evitó la masacre. Llegó una carta del emperador que reconocía como mártires a los cristianos muertos en la trifulca, perdonaba a los paganos rebeldes y ordenaba acabar con las imágenes del Serapeo, como exigía la nueva legislación religiosa. Un destacamento de soldados romanos y un refuerzo de aguerridos monjes anacoretas llegados del desierto se abrieron paso hasta el interior del santuario, hicieron añicos la famosa estatua de mármol, marfil y oro del dios Serapis —que una turbamulta enfurecida arrastró pedazo a pedazo al teatro para quemarlo en público— y destruyeron las instalaciones. Sobre los restos del edificio se construyó una iglesia.

El desmembramiento de la estatua de Serapis y el pillaje del templo conmocionaron a los paganos de Egipto, incluso a aquellos que no eran particularmente devotos. Había sucedido algo más grave, más definitivo que

la profanación de un antiguo altar y el ataque a una valiosa colección de libros. Lo interpretaron como una sentencia colectiva. Comprendieron que todos ellos, con su politeísmo hedonista, su pasión filosófica y su bagaje de clásicos, habían sido arrojados a la cuneta de la historia.

Todavía conmueve la voz de uno de estos exiliados en el tiempo, el profesor y poeta pagano Páladas. Nació y murió en Alejandría en el tránsito del siglo IV al V. Su profundo desarraigo late en los epigramas —unos ciento cincuenta— conservados en la *Antología griega*. Contempló cómo la ciudad fundada por Alejandro Magno para ser la síntesis de Oriente y Occidente hervía agitada por los disturbios sangrientos y la intransigencia. Vio las ruinas de sus dioses vencidos. Atestiguó la destrucción de la Biblioteca y el brutal asesinato de Hipatia —a la que llamó en sus versos «estrella inmaculada de la sabiduría»—. Supo de la irrupción de los hunos y la entrada en Roma de los bárbaros germanos. Leyéndolo hoy, nos impacta su testimonio actualísimo de otro apocalipsis. Ante el trauma del Serapeo, escribió su desconsolado poema «Espectros»: «¿No es cierto, griegos, que en la profunda noche, mientras todo se hunde en el abismo, vivimos solo en apariencia, imaginando que un mero sueño es vida? ¿O acaso estamos vivos cuando la vida ha muerto?».

El último huésped del Museo fue el matemático, astrónomo y músico Teón, en la segunda mitad del siglo IV. Es difícil imaginar lo que quedaría por entonces del viejo esplendor de la institución, pero Teón intentó salvar los rescoldos. En medio de batallas callejeras salvajes y luchas sectarias, se dedicó a predecir eclipses solares y lunares, y a preparar la edición definitiva de los *Elementos*, de Euclides. Educó a su hija Hipatia —el nombre significa «la más grande»— en la ciencia y en la filosofía como si hubiera nacido hombre. Ella colaboró con su padre y, en opinión de sus contemporáneos, llegó a aventajarlo en brillo intelectual.

Hipatia decidió dedicar su vida al estudio y la enseñanza. Nunca quiso casarse, seguramente por voluntad de mantener su independencia y no tanto por amor a la virginidad, como suponen las fuentes. Aunque sus obras se perdieron —salvo breves fragmentos— en el caos de esos siglos turbulentos, sabemos que escribió sobre geometría, álgebra y astronomía. A su alrededor reunió un grupo muy selecto de alumnos que acabarían ocupando puestos importantes entre las élites del poder de Egipto. Por influencia de sus creencias gnósticas —y de sus prejuicios aristocráticos—, no aceptaban en su círculo a personas de rango inferior, incapaces de entender sus excelsas doctrinas. Todo indica que Hipatia fue clasista, pero no sectaria. No practicaba el paganismo, simplemente lo consideraba un elemento más del

paisaje cultural griego que era el suyo. Entre sus discípulos hubo cristianos —dos de ellos llegaron a obispos, como Sinesio de Cirene—, paganos y ateos filosóficos. Hipatia fomentaba la amistad entre todos ellos. Pero, por desgracia, comenzaba una de esas épocas en las que los moderados, los que prefieren la reflexión pausada, los conciliadores —aquellos a quienes los exaltados llaman tibios— son un blanco fácil, lejos de la protección de las filas cerradas.

Hasta su trágico final, consiguió vivir según sus propias reglas, con una insólita libertad. En su juventud fue una mujer de atractivo legendario, pero con las ideas muy claras respecto a los hombres. Se cuenta que un alumno, locamente enamorado de ella, le propuso matrimonio. Hipatia, seguidora de Platón y Plotino, le explicó que ella solo aspiraba al elevado mundo de las ideas, que no le atraían los placeres bajos y canallas de la materia, etc. Como el pretendiente seguía con la rodilla hincada en el suelo, ella optó por un insólito —y escatológico— gesto para cerrarle la boca. Conocemos la anécdota gracias a Damascio, director de la escuela neoplatónica de Atenas, que, oscilando entre la repugnancia y la admiración, describe a su manera la insólita escena: «Ella cogió unos paños que había manchado con la menstruación y dijo: "Esto es lo que tú amas, joven, y no es bello". Él se sintió tan avergonzado y asustado ante la horrible visión, que experimentó un cambio en su corazón y se convirtió rápidamente en un hombre mejor». Porque esta es la moraleja de la historia: sobrecogido por el paño higiénico, el alumno de Hipatia dejó de amar la podredumbre de los cuerpos y perseveró buscando la perfección de la belleza en sí, a través de la filosofía.

En todo caso, Hipatia resistió soltera, sin dejarse distraer de sus pasiones intelectuales. Antigua maestra de muchos dirigentes de la ciudad, intervenía en la vida pública, y las autoridades municipales alejandrinas la respetaban. Todo el mundo sabía que los altos funcionarios buscaban su consejo, y la influencia política de aquella mujer tan segura de sí misma empezó a despertar envidias. Circulaban rumores calumniosos sobre sus supuestos poderes mágicos. Su interés por la astronomía y las matemáticas debían de ocultar por fuerza un trasfondo más siniestro: brujería y hechizos satánicos.

En un ambiente cada vez más enrarecido, el prefecto Orestes, cristiano moderado, rompió relaciones con el obispo Cirilo, sobrino de Teófilo. La atmósfera explosiva de aquel desgraciado año 415 está bien retratada en la película *Ágora*, aunque Hipatia, que en efecto seguía dando clase, rondaría por aquel entonces los sesenta años. Había estallado una nueva oleada de disturbios en Alejandría, esta vez entre cristianos y judíos. Se produjeron los

acostumbrados episodios de violencia en el teatro, las calles y a las puertas de iglesias y sinagogas. Cirilo exigió la expulsión de la numerosa colonia judía de la ciudad. Orestes, con el apoyo de Hipatia y de la intelectualidad pagana, se negó a aceptar la injerencia del patriarca. En los mentideros se rumoreaba que ella era la verdadera causa de discordia entre Orestes y Cirilo.

En plena cuaresma, una muchedumbre exacerbada, a las órdenes de un tal Pedro, seguidor de Cirilo, secuestró a Hipatia acusándola de bruja. Ella se defendió y gritó mientras los agresores se abalanzaban sobre su litera, pero nadie se atrevió a ayudarla. Los fanáticos pudieron arrastrarla sin oposición hasta la iglesia de Cesario, que en otro tiempo había sido un templo de los dioses de la antigua religión. Allí, a la vista de todos, comenzaron a golpearla brutalmente con cascotes de cerámica. Le arrancaron los ojos de las órbitas y la lengua. Cuando ya estaba muerta, llevaron su cuerpo fuera de la ciudad, le extrajeron los órganos y los huesos y finalmente quemaron los restos en una pira. Se ensañaron con su cadáver intentando aniquilar del todo lo que representaba Hipatia como mujer, como pagana y como maestra.

Las fuentes no se ponen de acuerdo en el grado de responsabilidad de Cirilo como instigador del crimen. Las pruebas de lo que hoy llamaríamos autoría intelectual son siempre muy huidizas, pero las sospechas recayeron inmediatamente en él. No se llevó a cabo una verdadera investigación. Orestes fue trasladado a un nuevo destino, y los espantosos hechos quedaron impunes. Pocos años después, otra turba asesinó al sucesor de Orestes como prefecto. Cirilo es considerado hoy santo por las Iglesias católica, ortodoxa, copta y luterana.

El linchamiento de Hipatia marcó el hundimiento de una esperanza. El Museo y su sueño de reunir todos los libros y todas las ideas habían sucumbido en el brutal *ring* de los disturbios alejandrinos. Desde entonces, la Gran Biblioteca deja de ser mencionada, como si su gran colección hubiera desaparecido para siempre.

No sabemos qué fue de los restos del naufragio durante esos siglos de silencio. Las bibliotecas, las escuelas y los museos son instituciones frágiles, que no pueden sobrevivir mucho tiempo rodeadas por un entorno de violencia. En mi imaginación, la antigua Alejandría se tiñe de la tristeza de tantas personas mansas, cultas, pacíficas que se sintieron apátridas en su propia ciudad, ante el espanto, ya sin asideros, de los años de fanatismo. Páladas, aquel viejo profesor de letras, escribió: «Pasé la vida entera conversando en la paz de los libros con los difuntos. Traté de propagar la

admiración en una época desdeñosa. Del principio al final tan solo he sido el cónsul de los muertos».

82

Cuando ya no esperábamos más noticias, la Biblioteca reaparece por última vez en dos crónicas árabes. El punto de vista del relato ya no es pagano ni cristiano, sino musulmán, y nos obliga a saltar en el tiempo hasta el vigésimo año de la hégira, es decir, el 642 de la era cristiana. «He conquistado Alejandría, la gran ciudad del Occidente, por la fuerza y sin tratado», escribe el comandante Amr ibn al-As en una carta al segundo sucesor de Mahoma, el califa Omar I. Tras la feliz noticia, Amr hace inventario de las riquezas y bellezas de la ciudad: «Cuenta con cuatro mil palacios, cuatro mil baños públicos, cuatrocientos teatros o lugares de diversión, doce mil comercios de fruta y cuarenta mil tributadores hebreos».

El cronista y pensador Alí ibn al-Kifti y el docto Abd al-Latif afirman que, algunos días más tarde, un viejísimo erudito cristiano pidió permiso al comandante musulmán para usar los libros de la Gran Biblioteca, incautados desde la invasión. Amr escuchó con curiosidad las noticias del anciano sobre el antiguo esplendor del Museo y su colección arrasada por el tiempo, pero valiosa a pesar de todo. Amr, que no era un guerrero inculto, entendía la importancia de aquel tesoro polvoriento y apolillado, pero no se atrevió a disponer libremente de él, sino que prefirió enviar otra misiva para pedir instrucciones a Omar.

Antes de seguir adelante, hemos de hacer una advertencia. Es cierto que Amr conquistó Alejandría en el año 640 y también el marco general de los hechos parece verídico, pero muchos especialistas creen que Alí ibn al-Kifti y Abd al-Latif inventaron la historia del trágico final de la Gran Biblioteca. Los dos escribieron varios siglos después de que tuvieran lugar los acontecimientos y, al parecer, tenían interés en desacreditar la dinastía del califa Omar frente al culto sultán Saladino. Quizá cualquier parecido entre este relato y la realidad sea pura coincidencia, o tal vez no.

Una carta necesitaba, como media, doce días de navegación y otro trayecto equivalente por tierra hasta llegar a Mesopotamia. Durante un mes, Amr y el anciano esperaron la respuesta del califa. Entre tanto, el comandante pidió visitar el desconchado edificio de la Biblioteca. Lo guiaron por una red de pequeñas callejuelas y vías mugrientas hasta un palacio en avanzado estado de abandono, vigilado por un grupo de soldados. Dentro, los pasos

producían eco y casi se podía escuchar el susurro de todas aquellas palabras dormidas. Los manuscritos descansaban en los estantes como grandes crisálidas dentro de sus capullos de polvo y telarañas. «Conviene —dijo el anciano— que los libros permanezcan conservados y custodiados por los soberanos y por sus sucesores hasta el fin de los tiempos».

Amr se aficionó a la conversación del viejo y solía visitarlo a diario. Escuchó de sus labios, como si fuera un cuento de *Las mil y una noches*, la increíble historia del rey griego que quiso reunir en su palacio un ejemplar de todos los libros del mundo y las búsquedas de su diligente siervo Zamira —así llamaba Ibn al-Kifti a Demetrio de Falero— por la India, Persia, Babilonia, Armenia y otros lugares.

Por fin, el enviado de Omar llegó a Alejandría con la respuesta del califa. Amr leyó el mensaje con el corazón en vilo. «Por lo que se refiere a los libros de la Biblioteca, he aquí mi respuesta: si su contenido coincide con el Corán, son superfluos; y, si no, son sacrílegos. Procede y destrúyelos».

Desilusionado, Amr obedeció. Distribuyó los libros entre los cuatro mil baños públicos de Alejandría, donde los utilizaron como combustible en las estufas. Se cuenta que fueron necesarios seis meses para quemar aquel tesoro de imaginación y sabiduría. Únicamente fueron perdonados los libros de Aristóteles. Entre el vapor de aquellos baños, la última utopía de su discípulo Alejandro ardió crepitando hasta el silencio de las cenizas sin voz.

83

Tras doce años de obras y 120 millones de dólares, en octubre del año 2002 se inauguró, con fastos espectaculares, la nueva Biblioteca de Alejandría, en el mismo enclave donde un día estuvo su antepasada. El edificio representa el astro del saber iluminando el mundo; alberga una inmensa sala de lectura articulada en siete pisos con un único techo formado por miles de paneles de colores que regulan la luz solar durante el día. El presidente de Egipto y alrededor de tres mil dignatarios de todo el mundo asistieron a la ceremonia. Los discursos proclamaron, con el oportuno énfasis, que era un momento de orgullo para la población egipcia; que renacía el antiguo espacio de diálogo, entendimiento y racionalidad; que desde allí se daría alas al espíritu crítico. Y se certificó la resurrección de las glorias pasadas. Pero los fantasmas de la intransigencia, obstinados, acudieron a la cita. El reportero de la BBC que cubrió las celebraciones buscó entre los recién estrenados anaqueles los libros del escritor egipcio Naguib Mahfuz, prohibido por las autoridades religiosas

del país. No encontró ninguno. Un alto responsable, preguntado por su ausencia, respondió: «Los libros difíciles se irán adquiriendo lentamente». El sueño loco de aquel joven macedonio prosigue su interminable batalla con los viejos prejuicios.

Botes salvavidas y mariposas negras

84

Las tres destrucciones de la Biblioteca de Alejandría pueden parecer confortablemente antiguas, pero por desgracia la inquina contra los libros es una tradición firmemente arraigada en nuestra historia. La devastación nunca deja de ser tendencia. Como decía una viñeta de El Roto: «Las civilizaciones envejecen; las barbaries se renuevan».

De hecho, el XX ha sido un siglo de espeluznante biblioclastia (las bibliotecas bombardeadas en las dos guerras mundiales, las hogueras nazis, los regímenes censores, la Revolución Cultural china, las purgas soviéticas, la Caza de Brujas, las dictaduras en Europa y Latinoamérica, las librerías quemadas o atacadas con bombas, los totalitarismos, el *apartheid*, la voluntad mesiánica de ciertos líderes, los fundamentalismos, los talibanes o la fetua contra Salman Rushdi, entre otros subapartados de la catástrofe). Y el siglo XXI empezó con el saqueo, consentido por las tropas estadounidenses, de museos y bibliotecas de Irak, donde la escritura caligrafió el mundo por primera vez.

Trabajo en este capítulo durante los últimos días de agosto, justo veinticinco años después del salvaje ataque a la Biblioteca de Sarajevo. Entonces yo era una niña y, en mi memoria, aquella guerra significó el descubrimiento del mundo allá fuera, más grande —y también más oscuro— de lo que había imaginado. Recuerdo que en aquel verano empecé a interesarme por esos libros crujientes de los mayores que antes no me importaban. Sí, fue entonces cuando leí mis primeros periódicos, sujetándolos ante mi cara con los brazos abiertos, como los espías de los dibujos animados. Las primeras noticias, las primeras fotografías que me impactaron fueron las de aquellas masacres del verano de 1992. Al mismo tiempo, aquí vivíamos la euforia y los fastos de las Olimpiadas de Barcelona, la Exposición Universal de Sevilla y el triunfalismo repentino de un país apresuradamente moderno y rico. Queda poco de aquel sueño hipnótico, pero el paisaje de una Sarajevo gris y acribillada permanece en mi retina. Recuerdo que una mañana en el colegio, nuestra maestra de ética nos hizo cerrar los cuadernos —éramos solo tres o cuatro niños— y, por sorpresa, nos propuso hablar sobre la guerra de la

antigua Yugoslavia. He olvidado lo que dijimos, pero nos sentimos mayores, importantes y solo a un paso de convertirnos en cualificados expertos internacionales. Recuerdo que un día abrí un atlas y viajé con la punta del dedo índice desde Zaragoza hasta Sarajevo. Pensé que los nombres de las dos ciudades compartían una misma melodía. Recuerdo las imágenes de su Biblioteca herida por las bombas incendiarias. La fotografía de Gervasio Sánchez —en la que un haz de sol atraviesa el atrio destrozado, acariciando los escombros amontonados y las columnas mutiladas— es el icono de aquel agosto quebrado.

El escritor bosnio Ivan Lovrenović ha contado que, en la larga noche de verano, Sarajevo brilló con el fuego que brotaba de Vijećnica, el imponente edificio de la Biblioteca Nacional junto al río Miljacka. Primero, veinticinco obuses incendiarios alcanzaron el tejado, a pesar de que las instalaciones estaban marcadas con banderas azules para indicar su condición de patrimonio cultural. Cuando el resplandor —dice Ivan— alcanzó proporciones neronianas, empezó un constante bombardeo maniaco para impedir el acceso a Vijećnica. Desde las colinas que contemplan la ciudad, los francotiradores disparaban contra los vecinos de Sarajevo, flacos y agotados, que salían de sus refugios a intentar salvar los libros. La intensidad de los ataques no permitió acercarse a los bomberos. Finalmente, las columnas moriscas del edificio cedieron, y las ventanas estallaron para dejar salir las llamas. Al amanecer, habían ardido cientos de miles de volúmenes —libros raros, documentos de la ciudad, colecciones enteras de publicaciones, manuscritos y ediciones únicas—. «Aquí no queda nada», dijo Vkekoslav, un bibliotecario. «Yo vi una columna de humo, y los papeles volando por todas partes, y quería llorar, gritar, pero me quedé arrodillado, con las manos en la cabeza. Toda mi vida tendré esta carga de recordar cómo quemaron la Biblioteca Nacional de Sarajevo».

Arturo Pérez-Reverte, entonces corresponsal de guerra, contempló el fuego de artillería y el incendio. A la mañana siguiente pudo ver, en el suelo de la devastada biblioteca, los escombros de las paredes y las escaleras, los restos de manuscritos que nadie volvería a leer, obras de arte desmembradas: «Cuando un libro arde, cuando un libro es destruido, cuando un libro muere, hay algo de nosotros mismos que se mutila irremediablemente. Cuando un libro arde, mueren todas las vidas que lo hicieron posible, todas las vidas en él contenidas y todas las vidas a las que ese libro hubiera podido dar, en el futuro, calor y conocimientos, inteligencia, goce y esperanza. Destruir un libro es, literalmente, asesinar el alma del hombre».

Los rescoldos ardieron durante días, humeantes, flotando sobre la ciudad como una nevada oscura. «Mariposas negras», llamaron los habitantes de Sarajevo a esas cenizas de los libros destruidos que caían sobre los transeúntes, sobre los solares bombardeados, sobre las aceras, sobre los edificios semiderruidos, y al final se descompusieron y se mezclaron con los fantasmas de los muertos.

Curiosa coincidencia: el capitán de los bomberos incendiarios que conocimos en *Fahrenheit 451* utilizaba la misma metáfora. Con un libro entre las manos, dictaba sus poéticas instrucciones para destruirlo: «Quema la primera página; luego, la segunda. Cada una se convierte en una mariposa negra. Hermoso, ¿verdad?». En el sombrío futuro descrito en la novela de Bradbury, está terminantemente prohibido leer, y todos los libros son denunciados y destruidos. Allí las brigadas de bomberos, en lugar de sofocar incendios, los provocan y los atizan para quemar los hogares que esconden esos peligrosos objetos clandestinos. Solo hay un libro legal: el reglamento de las propias brigadas encargadas de prender fuego a todos los demás. Y en ese único texto permitido se lee que el cuerpo fue creado en 1790 para quemar libros ingleses en los Estados Unidos, y que el primer bombero fue Benjamin Franklin. No sobrevive ningún escrito que permita rebatir esas afirmaciones, y ya nadie las pone en duda. Donde los documentos se eliminan y los libros no circulan libremente, es muy fácil modificar a placer, impunemente, el relato de la historia.

En el caso de la antigua Yugoslavia, arrasar el pasado era una finalidad del odio étnico. Desde 1992 hasta el final de la guerra, sufrieron ataques 188 bibliotecas y archivos. Un melancólico informe de la Comisión de Expertos de Naciones Unidas estableció que en la ex Yugoslavia hubo una «destrucción intencional de bienes culturales que no se puede justificar por necesidad militar». Juan Goytisolo, que viajó a la capital bosnia respondiendo al llamamiento de Susan Sontag, escribió en su *Cuaderno de Sarajevo*: «Cuando ardió la Biblioteca, pasto del odio estéril de los cerriles lanzadores de cohetes, fue peor que la muerte. La rabia y dolor de aquellos instantes me perseguirán a la tumba. El objetivo de los sitiadores —barrer la sustancia histórica de esta tierra para montar sobre ella un templo de patrañas, leyendas y mitos— nos hirió en lo más vivo».

Sobre las cenizas de los textos que han ardido se puede erigir una versión interesada de los hechos. Sin duda, los libros quemados o destrozados por los obuses también albergaban sus propias interpretaciones sesgadas. Las obras que forman parte de las colecciones bibliotecarias y reposan en los estantes de

las librerías son a su vez parciales, en ocasiones incluso propagandísticas —recuerdo la anécdota de un librero londinense que, durante los meses de los bombardeos nazis, cubrió el tejado del establecimiento con los ejemplares de *Mein Kampf* que tenía a la venta en su tienda—. Pero es la multiplicidad de voces que hablan, matizan y se contradicen desde un número incalculable de páginas la que permite confiar en que no quedarán ángulos ciegos y habrá posibilidad de detectar las manipulaciones. Quienes aniquilan bibliotecas y archivos abogan por un futuro menos dispar, menos discrepante, menos irónico.

Aunque la Biblioteca de Alejandría ardió varias veces hasta su completa aniquilación, no todo en ella fue naufragio. Siglos de esfuerzos por salvar la herencia de la imaginación no fueron en vano. Muchos de los ejemplares que han sobrevivido hasta hoy mantienen huellas textuales y símbolos que solían usar los filólogos alejandrinos en sus ediciones. Y eso significa que, en un accidentado trayecto, han llegado a nuestras manos copias de copias de copias cuyo primer eslabón se remonta a la Biblioteca perdida. Durante cientos y cientos de años, las cuidadas ediciones de los libros disponibles en Alejandría se copiaron y se diseminaron por una red de bibliotecas más humildes y de colecciones privadas, nutriendo una geografía creciente de lectores. Multiplicar el número de ejemplares era la única —remota— posibilidad de salvaguardar las obras. Si algo ha sobrevivido a las devastaciones fue gracias a esa lenta, suave, fértil irrigación de literatura manuscrita que se propagaba con enorme trabajo y llegaba a lugares escondidos, retirados, seguros; lugares modestos que nunca serían campos de batalla. Las obras que todavía leemos permanecieron en esos rincones —refugios periféricos, marginales— durante los siglos peligrosos, resistiendo a la devastación, mientras las destrucciones, los saqueos y los incendios iban arruinando las grandes concentraciones de libros, ubicadas habitualmente en centros del poder.

Durante la Antigüedad grecorromana, nació en Europa una comunidad permanente, una llama que, aunque se encoja, nunca se apaga del todo, una minoría hasta ahora inextinguible. Desde entonces, a lo largo del tiempo, anónimos lectores han conseguido proteger, por pasión, un frágil legado de palabras. Alejandría fue el lugar donde aprendimos a preservar los libros al abrigo de las polillas, del óxido, del moho y de los bárbaros con cerillas.

85

En los suplementos literarios de verano insisten en preguntar a los próceres literarios qué libro llevarían a una isla desierta. No sé a quién se le ocurriría por primera vez incluir la famosa isla en la pregunta y por qué extraño mimetismo ha quedado ahí incorporada, exótica e incongruente. La mejor respuesta se la debemos a G. K. Chesterton: «Nada me haría más feliz que un libro titulado *Manual para la construcción de lanchas*». Como Chesterton, yo también querría escapar de un lugar así. No me interesa una isla desierta donde falte —qué menos— una librería provista de la *Odisea*, *Robinson Crusoe*, *Relato de un náufrago* y *Océano mar*.

Lo curioso es que se puede seguir el rastro salvador de los libros en casi cualquier lugar del mundo, incluso en los más siniestros. Como explica Jesús Marchamalo en su gozoso *Tocar los libros*, el poeta Joseph Brodsky, prisionero en Siberia por un delito de «parasitismo social», encontró consuelo en la lectura de Auden; y Reinaldo Arenas, recluido en las cárceles castristas, en la *Eneida*. Sabemos también que Leonora Carrington, ingresada en un psiquiátrico de Santander durante la inmediata posguerra, soportó la sórdida situación leyendo a Unamuno.

También en los campos de concentración nazis había bibliotecas. Se nutrían de los libros requisados a los prisioneros a su llegada. Con el dinero usurpado a los propios presos se pagaban las nuevas adquisiciones. Aunque las SS invertían buena parte de los fondos en tratados propagandísticos, no faltaban novelas populares ni los grandes clásicos, junto a diccionarios, ensayos filosóficos y textos científicos. Incluso había volúmenes prohibidos, cuyas encuadernaciones habían sido camufladas por los prisioneros bibliotecarios. La aventura de estas bibliotecas empezó en 1933, y sabemos que en el otoño de 1939 había seis mil títulos solo en Buchenwald; en Dachau llegó a haber trece mil. Las SS las usaban como mero atrezo para demostrar a los visitantes que en aquellos humanitarios campamentos de trabajo no se descuidaban ni siquiera los intereses intelectuales de los prisioneros. Parece que durante los primeros tiempos, los reclusos pudieron disponer de sus propios libros, pero pronto les suprimieron ese privilegio.

¿Los libros de las bibliotecas —cercanos pero inaccesibles— trajeron algún alivio a los reclusos? Y, lo que es aún más esencial: ¿puede la cultura ser un bote salvavidas para alguien sometido al maltrato, el hambre y la muerte?

Tenemos un testimonio contundente y visceral, *Goethe en Dachau*. Su autor, Nico Rost, fue un traductor holandés de literatura alemana. Durante la guerra, incluso después de la invasión de su país, contribuyó a publicar

autores alemanes incómodos para los nazis. Además, era comunista —doble desafío—. Detenido en mayo de 1943 y enviado a Dachau, ingresó como paciente en la enfermería, donde acabaría trabajando en tareas administrativas. Allí evitaba las extenuantes jornadas de trabajo al aire libre o como mano de obra esclava en las fábricas de armamento. Pero permanecer en la enfermería era una bendición peligrosa. Si se fijaban en ti, inválido y parasitario, era fácil que te destinasen a los trenes con rumbo al exterminio.

En medio de la angustia, sin ninguna información sobre los avances de los Aliados, diezmados por una letal epidemia de tifus y con raciones menguantes de alimentos —Nico cuenta que un compañero adelgazó tanto que le venía grande incluso la dentadura postiza—, los presos estaban cada vez más convencidos de que no conseguirían sobrevivir. En esas circunstancias, Rost tomó varias decisiones peligrosas. La primera, llevar un diario, consiguiendo papel con enormes dificultades, ocultándose para garrapatear unas líneas cada día y guardando sus notas en un escondrijo. Lo curioso es que ese diario, publicado tras la liberación del campo, no contiene el relato de sus penurias, sino una crónica de sus pensamientos. Escribe: «Quien habla del hambre acaba teniendo hambre. Y los que hablan de la muerte son los primeros que mueren. Vitamina L (literatura) y F (futuro) me parecen las mejores provisiones». Escribe: «Nos vamos a contagiar todos y por la malnutrición todos moriremos. A leer todavía más». Escribe: «En el fondo es cierto: la literatura clásica puede ayudar y dar fuerzas». Cita: «Vivir entre los muertos con Tucídides, Tácito y Plutarco en Maratón o Salamina es, al fin y al cabo, lo más honroso, cuando a uno no se le permite otra actividad».

La segunda decisión arriesgada de Nico fue organizar un club de lectura clandestino. Un kapo amigo y algunos médicos aceptan pedir prestados libros de la biblioteca para los miembros del grupo. Cuando no es posible conseguir textos, ellos mismos recuerdan de memoria frases de antiguas lecturas y las comentan. Dan breves conferencias sobre su literatura nacional —pertenecen a un mosaico de países europeos—. Se reúnen de pie entre las camas, disimulando, asustados, siempre con un vigilante para dar la alarma en cuanto asoma un alemán. Una vez, el kapo que solía hacer la vista gorda se cabrea y disuelve el corrillo entre exabruptos: «¡Cerrad la boca! ¡Basta de cháchara! En Mauthausen os fusilarían por esto. No hay disciplina aquí. ¡Una maldita guardería!».

Dos miembros del club estaban escribiendo libros en su mente: una monografía sobre derecho de patentes y un cuento infantil para los niños que crecerán entre las ruinas. Hablan de Goethe, de Rilke, de Stendhal, de

Homero, de Virgilio, de Lichtenberg, de Nietzsche, de Teresa de Ávila, mientras los bombardean y el barracón tiembla, mientras arrecia la epidemia de tifus y algunos médicos dejan morir a cuantos más pacientes mejor para caer en gracia a los SS.

La muerte cambia constantemente la composición del club. Nico, que aglutina y sostiene el grupo, se esfuerza por sondear y captar a los nuevos enfermos que van llegando. Sus amigos lo apodan «el holandés loco que engulle papel». Ese diario redactado a escondidas es un gesto de rebelión a través de la escritura y la lectura, que le estaban prohibidas. Mientras se acumulan los cadáveres, él se obstina en ejercer su derecho a pensar. El 4 de marzo de 1945, apenas un mes antes de ser liberado —pero sin saber que la salvación está cerca—, se siente en la frontera entre la vida y la muerte. Escribe: «Me niego a hablar de tifus, de piojos, de hambre y de frío». Sabe y sufre la existencia de todos esos tormentos, pero piensa que los nazis los han concebido para desesperar y animalizar a los reclusos. Rost no quiere centrar su atención en el engranaje del matadero; se aferra a la literatura con urgencia, sin escepticismo, buscando un salvavidas. Hay algo paradójico en este comunista que predica el materialismo más radical mientras sobrevive a las condiciones extremas gracias a la fe en una idea.

Las personas con las que comparte conversaciones y lecturas son disidentes de diversos países (rusos, alemanes, belgas, franceses, españoles, holandeses, polacos, húngaros). En la entrada del 12 de julio de 1944, afirma: «Formamos una especie de comunidad europea —aunque sea por obligación — y podríamos aprender mucho del trato con otras naciones». Me gusta pensar que, en realidad, frente a lo que cuentan los sesudos manuales de historia, la Unión Europea nació en un peligroso club de lectura tras las alambradas de un *Lager* nazi.

Más allá del fin de Europa —dondequiera que esté la frontera imaginaria del continente—, en el gulag soviético, otras voces descubrían por aquellos mismos años el sentido de la cultura cuando te rodea la moridera. Galia Safónovna nació en los barracones de un campo siberiano durante los años cuarenta del pasado siglo. Su infancia transcurrió prisionera entre aullidos de viento, junto a unas minas de fama pavorosa, en el país de las nieves perpetuas. Su madre, prestigiosa epidemióloga, fue condenada a trabajos forzados por haberse resistido a denunciar a un compañero de laboratorio. En aquella cárcel helada, donde estaba prohibido escribir más de dos cartas al año y donde escaseaban el papel y los lápices, las prisioneras fabricaron a escondidas cuentos artesanales para la niña que solo conocía el gulag, cosidos

a mano, con dibujos temblorosos trazados en la oscuridad y el texto garabateado a plumilla. «¡Qué feliz me hizo cada uno de esos libros!», explicaba una anciana Galia a la escritora Monika Zgustova. «De niña esos fueron mis únicos puntos de referencia culturales. Los he guardado toda la vida; ¡son mi tesoro!». Elena Korybut, que cumplió condena durante más de diez años en las minas de Vorkutá, en la tundra que queda mucho más allá del círculo polar, enseñó a Zgustova un libro de Pushkin adornado con antiguos grabados. «En el campo, este volumen de procedencia desconocida pasó por centenares, tal vez miles de manos. Nadie puede imaginarse lo que para los presos significaba un libro: ¡era la salvación! ¡Era la belleza, la libertad y la civilización en medio de la barbarie!». En *Vestidas para un baile en la nieve*, su fascinante libro de entrevistas a mujeres que sobrevivieron al gulag, Monika Zgustova muestra hasta qué punto, incluso en los abismos de la vida, somos criaturas sedientas de historias. Por esa razón llevamos libros con nosotros —o dentro de nosotros— a todas partes; también a los territorios del espanto, como eficaces botiquines contra la desesperanza.

Nico, Galia y Elena no fueron los únicos. A Viktor Frankl le arrebataron en la cámara de desinfección de Auschwitz un manuscrito que contenía las investigaciones de toda su carrera, y el deseo de reescribirlo le ató a la vida. El filósofo Paul Ricoeur, detenido por el Gobierno de Vichy, se dedicó a dar clases y a organizar la biblioteca del centro de prisioneros. La única posesión del jovencísimo Michel del Castillo en Auschwitz fue —simbólicamente— *Resurrección*, de Tolstói. Más adelante afirmó: «la literatura constituye mi única biografía y mi única verdad». Eulalio Ferrer, hijo de un dirigente socialista cántabro, tenía solo dieciocho años cuando ingresó en un campo de prisioneros de Francia. Un miliciano le propuso cambiar un libro por cigarrillos. Era *Don Quijote de la Mancha*, que releyó durante meses, «acicateado por una lectura que se repetía y me acompañaba en horas de aliento propio y de delirio ajeno». Todos ellos fueron como Sherezades, se salvaron gracias al poder de la imaginación y a la fe en las palabras. El propio Frankl escribiría después que, paradójicamente, soportaban mejor la vida en Auschwitz muchos intelectuales, pese a tener peor condición física, que otros presos más fornidos. Al final —dice el psiquiatra de origen judío—, sufrían menos quienes eran capaces de aislarse del terrible entorno, refugiándose en su interior.

Los libros nos ayudan a sobrevivir en las grandes catástrofes históricas y en las pequeñas tragedias de nuestra vida. Como escribió Cheever, otro explorador del subsuelo oscuro: «No poseemos más conciencia que la

literatura… La literatura ha sido la salvación de los condenados, ha inspirado y guiado a los amantes, vencido la desesperación, y tal vez en este caso pueda salvar al mundo».

86

Lo peor fue el silencio. Entonces no había una palabra para llamarlo. Podías decir: en clase se ríen de mí. O más dramática: en el colegio me pegan. Pero eso solo arañaba la superficie de la realidad. No necesitabas rayos X en los ojos para ver formarse en la mente de los adultos un diagnóstico instantáneo: cosas de niños.

Era la revelación temprana de un mecanismo tribal, primitivo, predador. Me habían retirado la protección del grupo. Había una alambrada imaginaria y yo estaba fuera. Si alguien me insultaba o me tiraba de la silla a empujones, los demás le quitaban importancia. La agresión llegó a adquirir un aire rutinario, habitual, poco llamativo. No quiero decir que sucediera todos los días. A veces, sin saber por qué, se declaraban extraños periodos de calma, el cerrojo de la caja de los truenos permanecía cerrado durante semanas, la trayectoria de los balones en el recreo dejaba de apuntar hacia mí. Hasta que, de repente, la profesora reñía en clase a alguno de mis perseguidores, y al salir, entre la algarabía de niños impacientes por jugar, en los pasillos pintados de azul, me devolvían la humillación: empollona, hijaputa, ¿tú qué miras?, ¿quieres cobrar? Y otra vez se abría la veda.

Los perseguidores se repartían los papeles; uno era el líder, y otros sus fieles secuaces. Inventaban motes para mí; hacían imitaciones grotescas de mi aparato de dientes; me lanzaban esos balonazos cuyo golpe seco, cuyo aturdimiento todavía me parece sentir; me rompieron el dedo meñique en clase de gimnasia; disfrutaban con mi miedo. Los demás imagino que ni siquiera se acuerdan. Tal vez, escarbando en su memoria, dirían, bueno, le gastamos algunas bromas pesadas. Colaboraban precisamente así, con su indiferencia.

Durante el periodo más crudo, entre mis ocho y doce años, hubo otras marginadas; no fui la única. Una repetidora, una inmigrante china que apenas hablaba nuestro idioma, una chica exuberante con la pubertad adelantada. Éramos los ejemplares débiles de la manada, que el depredador observa y aisla desde lejos.

Mucha gente idealiza su infancia, la convierte en el territorio sobrevalorado de la inocencia perdida. Yo no tengo ningún recuerdo de esa

presunta inocencia de los otros niños. Mi infancia es un extraño revoltijo de avidez y miedo, de debilidad y resistencia, de días tenebrosos y de alegrías eufóricas. Allí están los juegos, la curiosidad, las primeras amigas, el amor medular de mis padres. Y la humillación cotidiana. No sé cómo encajan esas dos partes fracturadas de mi experiencia. La memoria las ha archivado por separado.

Pero lo peor, insisto, fue el silencio. Acepté el código vigente entre los niños, acepté la mordaza. Todo el mundo sabe, desde los cuatro años, desde siempre, que chivarse está muy mal. El chivato es un cagón, un mal compañero, merece que le hostien. Lo que pasa en el patio se queda en el patio. A los adultos no se les cuenta nada —o si acaso solo lo mínimo imprescindible para que no se les ocurra intervenir—. Los rasguños me los hacía yo sola. Perdía las cosas que en realidad me habían robado y aparecían flotando en el agua amarillenta del fondo del váter. Interioricé que el único atisbo de dignidad a mi alcance consistía en resistir, en callarme, en no llorar ante los demás, en no pedir ayuda.

No soy un caso aislado. La violencia entre los niños, entre los adolescentes, se desarrolla protegida por una barrera de silencio turbio. Durante años me reconfortó no haber sido la chivata de la clase, la acusica, la cobarde. No haber caído tan bajo. Por autoestima mal entendida, por vergüenza, obedecí la norma: ciertas cosas no se cuentan. Querer ser escritora ha sido una tardía rebelión contra esa ley. Esas cosas que no se cuentan son precisamente las que es obligado contar. He decidido convertirme en esa chivata que tanto temí ser. La raíz de la escritura es muchas veces oscura. Esta es mi oscuridad. Ella alimenta este libro, quizá todo lo que escribo.

Durante los años humillantes, además de mi familia, me ayudaron cuatro personas a las que nunca he visto: Robert Louis, Michael, Jack, Joseph. Más adelante descubriría que son más conocidos por sus apellidos: Stevenson, Ende, London y Conrad. Gracias a ellos aprendí que mi mundo es solo uno de los muchos mundos simultáneos que existen, incluidos los imaginarios. Gracias a ellos descubrí que podía almacenar fantasías acogedoras y guardarlas en mi habitación interior para buscar refugio cuando allá fuera arreciase el granizo. Esa revelación cambió mi vida.

Hurgo entre mis viejos papeles en busca de un cuento titulado «Las tribus salvajes», que escribí en mis primeros años de exploración literaria. Al releerlo tanto tiempo después, tropiezo con una escritura primeriza, pero renuncio a introducir el bisturí. Es un extraño ejercicio de arqueología personal, cavando hasta un estrato del pasado donde la cercanía de los hechos

me protegía aún de los filtros bienintencionados y tramposos de la memoria. Y entre sus líneas inexpertas descubro que también yo, en mi pequeña tragedia, encontré el salvavidas de los libros.

Era la capitana del barco. Estaba en la cubierta cuando oigo un grito. ¡Tierra a la vista! Voy a proa y saco el catalejo. En la isla hay palmeras y cocoteros y rocas de extrañas formas. ¡La isla del tesoro! Timonel, tres grados a estribor. Arríen velas. Atracamos. Exploraré la isla yo sola porque toda la tripulación tiene miedo. Los marineros cuentan historias terroríficas sobre los salvajes que viven en la isla.

—¿Qué haces ahí?

—Está comiéndose el bocadillo. Tiene que comer mucho para ser la más lista y saberlo todo.

—Trae. Hey, mira, un bocata de queso.

—¿Está bueno?

—Psa. Vas a ver. Ahora sí que va a estar bueno.

—Eso ha estado bien.

—Toma, escupe tú también, así.

—Ahora devuélveselo. Que se lo coma.

—Eso, cómetelo. Vamos, come, que te veamos. No irás a ponerte a llorar.

—No, no llorará. Todos dicen lo lista que es. Se lo va a comer todo y no se chivará.

Me encuentro con una tribu y me armo de valor. ¡Tenía que pasar! Es mejor no irritarlos. En su lengua me llaman diablo blanco y astuto. Ahora me llevan ante sus jefes. Son dos. Me invitan a comer su comida y, si no, me matan. Pueden ser amistosos y pueden ser muy crueles. Veo alrededor los esqueletos de sus víctimas. Me dan gusanos vivos en una hoja grande de planta tropical. Se me retuerce la tripa de asco pero tengo que soportarlo y mastico. Luego trago. Me lo acabo todo. Se ríen de alegría y me dejan marchar. ¡Salvada! Según el mapa, el poblado de la tribu está cerca del escondite del tesoro. Llego a una cueva de paredes húmedas y desiguales, avanzo cautelosa por si hay trampas. Después de emplear varios días en deambular por los pasillos excavados en la roca, encuentro el tesoro justo cuando oigo la sirena de que se acaba el recreo.

Así empezamos a ser tan extraños

87

En realidad, somos bastante extraños y, como dice Amelia Valcárcel, fueron los griegos quienes empezaron a ser tan extraños como nosotros. En Alejandría sucedieron —por primera vez y a gran escala— algunas rarezas que hoy forman parte de nuestra vida normal. Lo que los Ptolomeos materializaron en su capital del Nilo es una idea a la vez asombrosa y familiar para nosotros. Tras la Revolución Tecnológica que habían representado la escritura y el alfabeto, los sucesores de Alejandro pusieron en marcha un ambicioso proyecto de acumulación de conocimiento y acceso al saber. El Museo atrajo a los mejores científicos e inventores de la época con la promesa de que podrían dedicar su vida a la investigación —además, se apelaba a los bolsillos de sus túnicas, con el aliciente de la exención de impuestos—. La Gran Biblioteca y su filial del Serapeo hicieron saltar los cerrojos que mantenían custodiadas todas las ideas y todos los hallazgos. La atmósfera electrizante en torno a aquellos rollos escritos y su acumulación en la gigantesca Biblioteca tuvo que ser algo similar a la explosión creativa que significan hoy internet y Silicon Valley.

Hay más: los encargados de la Biblioteca desarrollaron sistemas eficaces para orientarse entre aquella información que empezaba a desbordar todos los diques de la memoria. Inventar métodos como el sistema alfabético de ordenación y los catálogos, y formar al personal que cuidaría de los rollos —filólogos para sanear los errores en los libros, amanuenses para multiplicarlos, bibliotecarios pedantes y risueños para guiar a los no iniciados por el laberinto virtual de los textos escritos— fue un paso tan importante como inventar la escritura. Muchos sistemas de escritura surgieron de forma independiente en culturas distantes entre sí en el tiempo y en el espacio, pero relativamente pocos lograron subsistir. Los arqueólogos han descubierto numerosos vestigios de lenguas olvidadas que se extinguieron porque no contaban con métodos eficientes para catalogar sus textos y optimizar las búsquedas. ¿De qué sirve acumular documentos si el desorden los embarulla, y los datos necesarios en cada momento son como agujas en pajares infinitos? Lo que distinguió a la Gran Biblioteca en su tiempo, como hoy a internet,

fueron sus técnicas simplificadas y avanzadísimas para encontrar la hebra buscada en la caótica maraña de la sabiduría escrita.

Organizar la información sigue siendo un desafío fundamental en la era de las nuevas tecnologías, como ya lo fue en la época de los Ptolomeos. No es casual que en varios idiomas —francés, catalán y español— llamemos a nuestros aparatos informáticos precisamente «ordenadores». Fue un profesor de lenguas clásicas de la Sorbona, Jacques Perret, quien propuso en 1955 a los directivos franceses de IBM, en vísperas de lanzar al mercado las nuevas máquinas, sustituir el nombre anglosajón *computer*, que alude solo a las operaciones de cálculo, por *ordinateur*, que incide en la función —mucho más importante y decisiva— de ordenar los datos. La historia de las peripecias tecnológicas desde la invención de la escritura hasta la informática es, en el fondo, la crónica de los métodos creados para disponer del conocimiento, archivarlo y recuperarlo. La ruta de todos estos avances contra el olvido y la confusión, que empezó en Mesopotamia, alcanzó su apogeo, en la Antigüedad, en el palacio de los libros de Alejandría y serpentea sinuosamente hasta las redes digitales de hoy.

Los reyes coleccionistas dieron otro paso anómalo y genial: traducir. Jamás nadie había abordado un proyecto de traducción universal con una curiosidad tan amplia y tal profusión de medios. Herederos de la ambición de Alejandro, los Ptolomeos no se conformaron con cartografiar el mundo inexplorado, sino que quisieron abrir caminos hacia las mentes de los otros. Y fue un giro decisivo, porque la civilización europea se ha construido por medio de traducciones —del griego, del latín, del árabe, del hebreo, de los distintos idiomas de Babel—. Sin traducciones, habríamos sido otros. Los habitantes de cada región de una Europa obstaculizada por montañas, ríos, mares y fronteras lingüísticas habríamos ignorado los hallazgos ajenos, y nuestras limitaciones nos habrían aislado más. Es imposible que todos conozcamos cada uno de los idiomas en los que habla la literatura y el saber y, por desgracia, la mayoría de las palomas no son capaces de irradiar el don de lenguas. Pero nuestro antiguo hábito de traducir ha tendido puentes, ha amalgamado ideas, ha originado una conversación polifónica infinita, y nos ha protegido de los peores peligros de nuestro chovinismo aldeano, enseñándonos que nuestra lengua es una más —y, en realidad, más de una—.

El acto de traducir, que todos damos por supuesto, alberga aspectos misteriosos. En *La invención de la soledad*, Paul Auster reflexiona sobre esta experiencia casi mágica, este juego de espejos. Sus entresijos le intrigan porque, durante muchos años, el escritor se ha ganado la vida traduciendo los

libros de otros escritores. Se ha sentado en su escritorio, ha leído un libro en francés y, a continuación, con esfuerzo, ha escrito el mismo libro en inglés. En realidad, es y no es el mismo libro, y por eso la tarea nunca ha dejado de asombrarle. Hay una fracción de segundo en la que toda traducción roza el vértigo, el inquietante encuentro cara a cara con el propio doble, el desconcierto cuántico de la superposición de estados. Auster se sienta ante su mesa para traducir el libro de otra persona y aunque solo haya una presencia en la habitación, en realidad hay dos. Auster se imagina a sí mismo como una especie de fantasma vivo de otra persona —muchas veces muerta—, que está y no está, y cuyo libro es y no es el que traduce en ese mismo instante. Entonces se dice a sí mismo que es posible estar solo y no estarlo en el mismo momento.

El trasvase de lenguas es hijo de un concepto que, en gran medida, inventó Alejandro y que todavía denominamos con un nombre griego: el cosmopolitismo. La mejor parte del sueño megalómano de Alejandro —la realización, como en toda utopía que se precie, cojeó de manera manifiesta— consistía en dar vida a una unión duradera de todos los pueblos de la *oikoumene*, creando una forma política nueva capaz de asegurarles a todos los seres humanos paz, cultura y leyes. Plutarco escribió: «Alejandro no trató a los griegos como caudillos y a los bárbaros despóticamente, como Aristóteles le había aconsejado, ni se comportó con los otros como si fueran plantas o animales. Por el contrario, ordenó que todos consideraran al mundo su patria, parientes a los buenos y extraños a los malos». Se trata, sin duda, de un resumen hagiográfico que esconde cuidadosamente los aspectos más escabrosos de la aventura imperial griega. No obstante, a través de un prisma deformado, refleja el excepcional proceso de globalización iniciado por Alejandro.

El proyecto de crear un reino que se extendiera hasta los confines del mundo habitado murió con el joven macedonio, pero sus conquistas abrieron un espacio ampliado de relaciones humanas. La civilización helenística fue, de hecho, la mayor red de intercambios culturales y mercantiles que el mundo había conocido hasta entonces. Y las nuevas ciudades, fundadas por Alejandro y por sus sucesores como celebración viviente de su gloria, inauguraron una forma innovadora de vivir en el ocaso de la civilización clásica. Mientras en la Grecia europea la existencia discurría todavía según pautas tradicionales, en las aglomeradas calles de las grandes ciudades alejandrinas de Oriente Medio y Asia Menor, la cotidiana mezcolanza de

gentes con orígenes, costumbres y creencias variadas abrió el camino a híbridos atrevidos.

Muchos estudiosos creen que quien mejor encarnó los nuevos horizontes del helenismo fue Eratóstenes, llamado en el siglo III a. C. por el rey Ptolomeo III para dirigir la Biblioteca de Alejandría. El nuevo director rectificó el antiguo mapa geográfico sobre la base de las informaciones traídas por la expedición de Alejandro. Según el investigador Luca Scuccimarra, «Eratóstenes expresó, con una claridad sin precedentes, el pleno reconocimiento de la diversidad étnica y lingüística del género humano». La Alejandría que conoció este nuevo cartógrafo de la realidad global era una proyección del mundo futuro: una ciudad griega en África, la más extraordinaria de las Babeles, el más prodigioso punto de contacto de ideas, artes y creencias de nuestro viejo mundo.

Allí, a orillas del mar Mediterráneo, nació la primera cultura que quiso acoger los saberes de toda la humanidad. Tan fantástica ambición heredaba el afán de entrar en contacto con los otros al que dedicó su vida Heródoto y que aguijoneó a Alejandro en su galopada rumbo a los confines de la tierra. Como recuerda el maestro George Steiner, Heródoto planteó la cuestión al afirmar: «Todos los años enviamos nuestros barcos con gran peligro para las vidas y grandes gastos a África para preguntar: ¿Quiénes sois? ¿Cómo son vuestras leyes y vuestra lengua? Ellos nunca enviaron un barco a preguntarnos a nosotros». El helenismo perfiló y extendió la idea del viaje de conocimiento, bajo dos formas: el desplazamiento físico —en caravanas, barcos, carros, a lomos de cabalgaduras— y el trayecto inmóvil del lector que atisba la inmensidad del mundo desde los senderos de tinta de un libro. Alejandría, representada por el Faro y el Museo, fue el símbolo de ese doble caminar. En la ciudad-crisol encontramos los cimientos de una Europa que, con sus luces y sus sombras, sus tensiones y desvaríos, incluso con su periódica inclinación a la barbarie, nunca ha perdido la sed de conocimiento ni el impulso de explorar. En *Visión desde el fondo del mar*, Rafael Argullol reclama para sí mismo un epitafio simple, compuesto por una sola palabra: «¡Viajó!». Y añade: «He viajado para escapar y para intentar verme desde otro mirador. Cuando alcanzas a verte desde fuera, contemplas la existencia con mayor humildad y perspicacia que cuando, como un tonto jaleado por otros tontos, imaginabas tu yo como el mejor yo, tu ciudad como la mejor ciudad y eso que llamabas vida como la única vida concebible».

Alejandría, en su ambigua condición de ciudad griega más allá de Grecia y germen de Europa fuera de la geografía europea, inauguró esa mirada

exterior sobre sí misma. Durante los mejores tiempos de la Biblioteca y siguiendo la estela de Alejandro, los filósofos estoicos se atrevieron a enseñar por primera vez que todas las personas son miembros de una comunidad sin fronteras y que están obligadas a respetar la humanidad en cualquier lugar y circunstancia en que la encuentren. Recordemos la capital griega del Delta como el lugar donde bullía todo ese magma, donde empezaron a ser importantes las lenguas y tradiciones ajenas, junto a la comprensión del mundo y del conocimiento como un territorio compartido. En esas aspiraciones descubrimos el precedente del gran sueño europeo de una ciudadanía universal. La escritura, el libro y su incorporación a las bibliotecas fueron las tecnologías que hicieron posible esa utopía.

Lo habitual es el olvido, la desaparición del legado de palabras, el chovinismo y las murallas lingüísticas. Gracias a Alejandría nos hemos vuelto extremadamente raros: traductores, cosmopolitas, memoriosos. La Gran Biblioteca me fascina —a mí, la pequeña marginada del colegio de Zaragoza—, porque inventó una patria de papel para los apátridas de todos los tiempos.

II

LOS CAMINOS DE ROMA

Una ciudad con mala reputación

1

El nuevo centro del mundo era una ciudad con muy mala reputación. Desde sus orígenes, los romanos poseyeron una terrible leyenda negra, con la particularidad de haberla inventado ellos mismos. Para empezar, un fratricidio. Cuenta el mito que los hermanos Rómulo y Remo, nietos impacientes del rey de Alba Longa, partieron a fundar su propia ciudad en aquel legendario 21 de abril del año 753 a. C. Estuvieron de acuerdo al escoger el emplazamiento de la futura Urbe a orillas del río Tíber, pero enseguida se enzarzaron en una pelea por el poder. Al ser gemelos, ninguno tenía sobre el otro la ventaja de la edad, y los dos alegaban presagios divinos en su favor —los dioses también saben nadar y guardar la ropa—. El caso es que Remo saltó de manera provocativa sobre las murallas que Rómulo había empezado a construir por su cuenta. Tito Livio dice que, en la subsiguiente pelea, el calor de las ambiciones condujo al derramamiento de sangre. Rómulo asesinó a su hermano y, temblando de rabia, gritó: «Así morirá todo el que salte por encima de estos muros». Sentó así un precedente útil para la futura política exterior romana, que, después de haber golpeado, aduciría siempre para justificarse una agresión o ilegalidad previa de la otra parte.

El siguiente paso fue organizar una auténtica agrupación de delincuentes. La urbe recién inaugurada necesitaba ciudadanos. El joven rey, sin miramientos, declaró Roma territorio de asilo para criminales y fugitivos, anunciando que entre sus muros no serían perseguidos. Una muchedumbre indiscriminada de convictos y gente de origen oscuro —cuenta Tito Livio— huyó de los territorios vecinos, convirtiéndose en los primeros romanos. El problema más acuciante pasó a ser la ausencia de mujeres. Y así llegamos al tercer episodio abyecto: una violación masiva.

Rómulo invitó a las familias de las aldeas vecinas a la celebración de unos juegos en honor del dios Neptuno. Al parecer, las gentes de los alrededores estaban ansiosas por ver la nueva ciudad, que por entonces era todavía un lodazal de cabañas de barro con alguna que otra oveja como gran atracción. Aún así, el día previsto acudió a Roma una multitud curiosa. Acompañados por sus mujeres e hijas, aparecieron los habitantes de aldeas próximas con

nombres estrafalarios como Caenina, Antemnae y Crustumerium —si la última hubiera llegado a gran potencia imperial en lugar de Roma, hoy seríamos todos crustumerianos—. Pero la fiesta religiosa era en realidad una treta. Cuando llegó la hora de los juegos, y los ojos y las mentes de todos los invitados sabinos estaban fijos en el espectáculo, se dio la señal convenida. Entonces los romanos raptaron a las chicas jóvenes que habían acudido allí con sus familias. Comenta Livio que casi todos se apoderaron a bulto de la primera mujer que cayó en sus manos pero, como en todo hay jerarquías, los patricios principales se reservaron a las más guapas y pagaron para que se las llevasen a casa. En inferioridad numérica, los padres y maridos de las secuestradas huyeron, aturdidos por el dolor, lanzando amargos reproches a sus violentos vecinos.

El historiador se apresura a explicar, para evitar malentendidos, que el rapto fue una medida necesaria si los romanos querían asegurar la supervivencia de su ciudad. Además, los presenta haciendo promesas de afecto, reconciliación y amor a las asustadas muchachas. «Esos argumentos —añade— fueron reforzados por la ternura de aquellos maridos, quienes excusaron su conducta invocando la fuerza irresistible de su pasión, argumento siempre efectivo porque apela a la naturaleza femenina». Por si fuera poco, esta legendaria salvajada colectiva sirvió de modelo para la ceremonia romana de matrimonio, que durante siglos escenificó el rapto de las mujeres. El ritual exigía que la novia se refugiase en brazos de su madre y el novio fingiese quitársela por la fuerza mientras ella lloraba, se resistía y gritaba.

El argumento del mito llegó hasta *Siete novias para siete hermanos*, una inofensiva comedia romántica de 1954 en la que una simpática canción sobre las sabinas ayuda a los rudos chicos protagonistas a resolver de una vez por todas sus problemas de soltería. Y, aliviados, los alegres compadres cantan a coro: «Aquellas sabinas lloraban y lloraban pero por dentro estaban contentas. Gritaban y besaban, besaban y chillaban por la campiña romana. No olvidéis a las dispuestas sabinas. Nunca se ha visto nada más hogareño, un bebé romano en cada rodilla, llamados Claudio o Bruto. Y aquellas lloronas sabinas, cuando los romanos salían a alternar y pelear, pasaban las noches muy entretenidas cosiendo togas pequeñitas para sus críos». Al parecer, el pudibundo Hollywood del código Hays, que censuraba los besos y las camas matrimoniales en pantalla, consideraba en cambio edificante la vieja historia del secuestro múltiple como paso previo a una feliz y hogareña vida familiar.

Sin embargo, los enemigos de Roma veían en sus turbios mitos fundacionales un anticipo y una advertencia de su posterior talante depredador. Siglos después, uno de esos adversarios escribiría: «Desde el principio mismo, los romanos no han poseído nada, excepto lo que han robado: su hogar, sus esposas, sus tierras, su imperio». Pues los descendientes de aquel oscuro y desaprensivo Rómulo, en solo cincuenta y tres años —según cálculos de Polibio—, conquistaron la mayor parte del mundo conocido.

2

La creación del gran Imperio mediterráneo necesitó, en realidad, varios siglos. Esos cincuenta y tres años del siglo II a. C. demarcan el periodo en el que todos los demás pueblos fueron comprendiendo con pasmo y terror que Roma había fabricado el engranaje bélico más demoledor jamás conocido.

Las primeras batallas no legendarias de Roma datan del V a. C. Fueron cotidianas escaramuzas locales —a veces defensivas, a veces agresivas— en los territorios lindantes. Solo en el IV a. C., la expansión romana empezó a llamar la atención de los griegos, la fuerza dominante en aquella época. En el año 240 a. C., tras una progresión vertiginosa de victorias, el territorio romano abarcaba ya casi toda Italia y Sicilia. Siglo y medio después, dominaba casi toda la península ibérica, la Provenza, Italia, toda la costa adriática, Grecia, Asia Menor occidental y el litoral norteafricano entre las actuales Libia y Túnez. Entre el 100 y el 43 a. C., se anexionó la Galia, el resto de la península de Anatolia, la costa del mar Negro, Siria, Judea, Chipre, Creta, la franja costera de la actual Argelia y parte de Marruecos. Los habitantes de la pequeña ciudad de las marismas del Tíber habían pasado de vivir encharcados en su fétido lodazal a disponer de todo el mar Mediterráneo como si se tratara de un lago interior para su exclusivo disfrute.

Las campañas militares se convirtieron en un rasgo cotidiano de la vida de los romanos. Un historiador hispano del siglo V solo consigna —como una inaudita rareza— un año sin guerra a lo largo de aquel largo periodo de expansión imperial. Aquellos insólitos meses de holgazanería bélica sucedieron en el año 235 a. C., durante el consulado de Gayo Atilio y Tito Manlio. Lo habitual, sin embargo, era que dedicasen inmensos esfuerzos y recursos a guerrear y, aunque contaban sus batallas por victorias, dejaron un terrible reguero de víctimas propias en el camino —por no mencionar las

ajenas—. Mary Beard afirma que, durante la etapa de conquistas, entre el 10 y el 25 por ciento de la población masculina adulta tenía que servir en las legiones cada año, en una proporción mucho mayor que la de cualquier otro Estado preindustrial y, según los cálculos más elevados, equivalente al índice de reclutamiento de la Primera Guerra Mundial. En la batalla de Cannas frente a Aníbal, que duró una sola tarde, el ritmo de muertes romanas se estima en cien por minuto. Y debemos tener en cuenta que muchos combatientes sucumbirían más tarde a causa de las heridas, pues las armas antiguas servían más bien para mutilar que para matar, y la muerte sobrevenía después, por infección.

El sacrificio fue enorme, pero los beneficios sobrepasaron las fantasías más codiciosas de aquellos implacables legionarios. A mediados del siglo II a. C., el botín de tantas victorias había convertido a la población romana en la más rica del mundo conocido. La guerra engrasaba el negocio lucrativo por excelencia de la época: la esclavitud. Miles y miles de cautivos se convirtieron en mano de obra esclava que trabajaba en los campos, minas y molinos romanos. Carretas cargadas de lingotes saqueados en las ciudades y reinos orientales abarrotaban el tesoro romano hasta rebosar. En el año 167 a. C., la sobreabundancia de oro era tan insultante que el Estado decidió suspender los impuestos directos a sus ciudadanos. Es cierto que esas súbitas riquezas resultaron también desestabilizadoras para los romanos —sobre todo, para los que no pudieron echarles mano—. Se reprodujo el panorama habitual: los ricos se hicieron más ricos, y los pobres, aún más pobres. Las familias patricias se lucraron con grandes latifundios, baratos gracias a la mano de obra esclava, mientras los pequeños agricultores libres, cuyas tierras arrasó Aníbal durante la segunda guerra púnica, se empobrecieron todavía más por culpa de esa competencia desleal. El mejor de los mundos posibles nunca lo es para todos.

Desde tiempos remotos, una enorme cantidad de guerras se han desencadenado con el fin de capturar prisioneros, poseerlos y traficar con ellos. La riqueza mundial a menudo ha ido del brazo de la esclavitud. Este es un nexo real entre la Antigüedad y épocas más modernas: de la muralla china a la Autopista de los Huesos de Kolimá, del sistema de regadío en Mesopotamia a las plantaciones de algodón estadounidenses, de los burdeles romanos a la trata de mujeres en el presente, de las pirámides egipcias a la ropa barata *made in Bangladesh*. En la Antigüedad, sin duda, los esclavos eran uno de los motivos principales —y a menudo la única razón— para lanzar una expedición de conquista. Representaban un resorte económico tan

poderoso que ni siquiera se intentaba ocultar. Cierta vez, Julio César, famoso por su clemencia, vendió a toda la población de una aldea recién conquistada en la Galia, no menos de 53.000 personas, sobre el terreno. El negocio se pudo resolver rápido porque los tratantes de esclavos formaban un segundo ejército rezagado detrás de las legiones para ir comprando la mercancía fresca en cuanto caía la noche en los campos de batalla.

Prisioneros, vecinos y adversarios sufrieron en su propio pellejo la eficiencia de la organización romana. El nuevo imperio hizo realidad la ambición unificadora que los griegos nunca cumplieron porque, a la hora de la verdad, siempre resultaban ser unos incapaces políticos. Los sucesores de Alejandro, como ya he dicho, crearon dinastías rivales que se enzarzaron en una serie de guerras unas contra otras, fragmentando el imperio heredado y sumiéndolo en la zozobra de sus alianzas cambiantes y sus constantes estallidos de brutal violencia. Todos los bandos contendientes se acostumbraron a recurrir a los romanos como aliados en sus luchas locales o como árbitros de sus conflictos, y al final terminaron engullidos por tan peligrosos amigos.

No se puede afirmar que los romanos inventasen la globalización, porque ya existió en el troceado mundo helenístico, pero la elevaron a un grado de perfección que todavía hoy nos impresiona. De un confín a otro del imperio, de España a Turquía, una constelación expansiva de ciudades romanas permanecía comunicada gracias a calzadas tan sólidas y bien trazadas que muchas de ellas aún existen. Aquellas ciudades plasmaban un modelo de urbanismo reconocible y confortable: anchas avenidas que se cortaban en ángulo recto, gimnasios, termas, foro, templos de mármol, teatros, inscripciones en latín, acueductos, alcantarillado. Los forasteros encontraban allá donde fueran rasgos de una cartografía uniforme, igual que los turistas de hoy tropezamos con franquicias de las mismas marcas de ropa, informática y hamburguesas en idénticas arterias comerciales de una punta a otra del planeta.

Estas transformaciones provocaron un hormigueo de gente yendo y viniendo como nunca se había visto antes en el mundo antiguo. Al principio se trató sobre todo de movimientos de los ejércitos y migraciones masivas forzadas. Se calcula que, a comienzos del siglo II a. C., llegaban a la península itálica un promedio de ocho mil esclavos cada año, capturados en la guerra. Por esa misma época se lanzaron al Mediterráneo viajeros, comerciantes y aventureros romanos, que se desplazaban durante largos periodos fuera de Italia. Las aguas de este mar, que para no andarse con rodeos procedieron a

llamar *nostrum*, eran un hervidero de hombres de negocios que sacaban tajada de las oportunidades comerciales abiertas por la conquista. Comerciar con esclavos o proveer armas se transformaron en oficios con gran demanda en el mercado laboral. A mediados de ese mismo siglo II a. C., más de la mitad de los ciudadanos varones adultos habían visto los horizontes del mundo exterior, y habían contribuido con gusto a la variedad étnica dejando a su paso —y a su suerte— abundantes hijos mestizos.

Todo su poderío militar, su riqueza, las asombrosas redes de transporte y las obras de ingeniería componían una maquinaria poderosa, invencible pero árida sin el rocío de la poesía, de los relatos y de los símbolos. Las grietas abiertas por esas ausencias serían las rutas imprevisibles por las que Edipo, Antígona y Ulises se lanzaron a las calzadas del mundo globalizado.

La literatura de la derrota

3

Los romanos consiguieron su extraordinaria sucesión de victorias gracias a una mezcla muy eficaz de violencia y capacidad de adaptación, en la mejor tradición darwiniana. Los pueblerinos secuaces de Rómulo aprendieron pronto a imitar lo mejor de sus enemigos, a apoderarse de lo que les gustaba sin la menor terquedad chovinista y a combinar todos los ingredientes copiados para crear nuevas formas propias. Desde las primeras escaramuzas, se acostumbraron a saquear a sus adversarios vencidos no solo en el terreno material, sino también en el simbólico. Durante las luchas contra los samnitas, imitaron sus estrategias bélicas —sobre todo, el manípulo como unidad básica de la legión— y las utilizaron de forma muy efectiva para derrotarlos con sus propias armas. En la primera guerra púnica, los destripaterrones romanos se las ingeniaron para construir una flota lo más parecida posible a la cartaginesa y con ella ganaron sus primeras batallas navales. Los terratenientes itálicos de ideas más tradicionales y abolengo más rancio se apuntaron rápidamente a las modernas explotaciones agrícolas helenísticas en forma de plantación.

Gracias a todas esas apropiaciones, crearon una fuerza invasora tan invencible como el Ejército de Alejandro, y administraron mejor que él sus conquistas. Pero, más allá de sus incontestables habilidades para la guerra y la barbarie, tuvieron un fogonazo de asombrosa humildad al asumir que la cultura griega era muy superior. Los miembros más lúcidos de las clases dirigentes comprendieron que toda gran civilización imperial necesita fabricar un relato unificador y victorioso sostenido por símbolos, monumentos, arquitecturas, mitos forjadores de identidades y formas sofisticadas de discurso. Y para conseguirlo rápido, según su costumbre, decidieron imitar a los mejores. Sabían dónde encontrar el modelo. Mary Beard resume la situación de aquellos tiempos con un aforismo contundente: «Grecia lo inventa, y Roma lo quiere». Los romanos se lanzaron a hablar la lengua de los griegos, a copiar sus estatuas, a reproducir la arquitectura de sus templos, a escribir poemas de tipo homérico y a imitar sus refinamientos con celo de advenedizos.

El poeta Horacio captó esa paradoja cuando escribió que Grecia, la conquistada, había invadido a su fiero vencedor. Hoy nos resulta difícil determinar hasta qué punto Roma tomó prestada toda la cultura griega y en qué medida los romanos fueron —o no— unos bárbaros salvajes hasta que los civilizaron los griegos, pero así es como las dos partes contaban la historia. Los intelectuales y creadores latinos siempre se presentaron como discípulos de los clásicos griegos. Los vestigios de formas culturales autóctonas fueron orillados o borrados. Y muchos romanos ricos aprendieron a defenderse en la lengua de sus súbditos helenísticos —aunque sabemos que los verdaderos griegos se burlaban despiadadamente del macarrónico acento romano—. Hay constancia de que a principios del siglo I a. C. una delegación griega tomó la palabra ante el Senado de Roma sin necesidad de traductor. Este esfuerzo de los conquistadores por hablar en sus cenáculos más cultos el idioma de una de sus muchas colonias es un gesto asombroso y extraordinario, en las antípodas de la habitual arrogancia cultural de las metrópolis imperiales. Imaginemos a los británicos manteniendo sus tertulias literarias de Bloomsbury en un esforzado sánscrito, o a Proust sudando para entablar una charla refinada en bantú con los aristócratas parisinos que tanto le fascinaban.

Por primera vez, una gran superpotencia antigua asumía el legado de un pueblo extranjero —y derrotado— como un ingrediente esencial de su propia identidad. Sin rasgarse las vestiduras, los romanos reconocieron la superioridad griega y se atrevieron a explorar sus hallazgos, interiorizarlos, protegerlos y prolongar su onda expansiva. Esta seducción ha tenido enormes consecuencias para todos nosotros. Allí nació la hebra que entreteje nuestro presente con el pasado, el hilo que nos mantiene unidos a un brillante mundo extinguido. Por encima, como funambulistas, caminan de un siglo a otro las ideas, los descubrimientos de la ciencia, los mitos, los pensamientos, la emoción, y también los errores y las miserias de nuestra historia. Hemos llamado clásicos a toda esa hilera de palabras en equilibrio sobre el vacío. A causa de la fascinación que aún despiertan en nosotros, Grecia pervive como el kilómetro cero de la cultura europea.

4

La literatura latina es un caso muy peculiar: no nació espontáneamente, sino que fue gestada por encargo, *in vitro*. El parto inducido tuvo lugar un día concreto del año 240 a. C., para celebrar la victoria de Roma sobre Cartago.

Mucho antes de aquel día inaugural, los romanos habían aprendido a escribir —como no podía ser menos— a imitación de los griegos, que, desde el siglo VIII a. C., vivían en las prósperas colonias del sur de Italia, en la región conocida como Magna Grecia. Por la vía del comercio y los viajes, su cultura y su escritura alfabética habían desembarcado en el norte. Los primeros italianos septentrionales en aprender el alfabeto griego y adaptarlo a su lengua fueron los etruscos, que dominaron el centro de la península entre el siglo VII y el IV a. C. Sus vecinos del sur, los romanos —quienes, aunque no les gustaba reconocerlo, estuvieron durante décadas sometidos a una dinastía de Etruria—, se abalanzaron ávidos sobre aquella maravillosa innovación, y adoptaron a su vez la escritura etrusca con ciertos ajustes para adecuarla al latín. El alfabeto de mi infancia, el que me observa ahora mismo desde las hileras oscuras del teclado de mi ordenador, es una constelación de letras errantes que los fenicios embarcaron en sus naves. Surcaron el mar rumbo a Grecia, luego navegaron hacia Sicilia, buscaron las colinas y los olivares de la actual Toscana, merodearon por el Lacio y, de mano en mano, fueron cambiando hasta alcanzar el trazo que hoy acarician mis dedos.

Los testimonios más antiguos de este alfabeto viajero no dejan resquicios a las ensoñaciones. Los romanos —pragmáticos, organizadores natos— limitaron su uso a registros de hechos y normas. Los textos más tempranos —de los siglos VII y sobre todo VI a. C.— son un grupo de inscripciones breves (por ejemplo, marcas de propiedad garabateadas en un recipiente). De los siglos siguientes conocemos únicamente leyes y rituales escritos. No ha quedado ninguna huella de escritos de ficción —se estaba luchando a vida o muerte por el poder en los campos de batalla y corrían malos tiempos para la lírica—. La literatura romana tuvo que esperar; fue un acontecimiento tardío, gestado en un descanso de los guerreros. Solo cuando el enemigo más peligroso ya había mordido el polvo, con la tarea cumplida, en la relajación y el ocio de la victoria, los romanos se permitieron pensar en los juegos del arte y los placeres de la vida. La primera guerra púnica acabó en el año 241 a. C. Apenas unos meses más tarde, los romanos disfrutaron de la primera obra literaria en latín. El público la conoció en septiembre del año 240 a. C., sobre las tablas de un teatro de la capital, con motivo de los *Ludi Romani*. Como gran atracción de las festividades, se estrenó allí un drama —no sabemos si comedia o tragedia— traducido del griego, cuyo título ha caído en el olvido. No es casualidad que una traducción marque el arranque de la literatura romana, siempre hechizada por los maestros griegos, siempre en un ambiguo

juego de ecos, nostalgia, envidia, homenaje y todos los matices del amor acomplejado.

Aquella representación inicial encierra una extraña historia: la poesía llegó a Roma entre el estrépito de las armas, desde el bando contrario, por obra de un esclavo extranjero. Livio Andrónico, el improbable iniciador de la literatura latina, no era romano de nacimiento. Se ganaba la vida como actor en Tarento, uno de los mayores enclaves de cultura griega del sur de Italia, ciudad suntuosa, refinada y amante del teatro. El joven cayó prisionero durante la conquista, en el año 272 a. C., y conoció la amarga suerte de los vencidos: el mercado de esclavos. Lo imagino vislumbrando la Urbe por primera vez entre las rendijas de la carreta donde lo transportaban como si fuera ganado para la venta. Algún hábil vendedor consiguió colocarlo en la rica mansión de los Livios. Su inteligencia y su labia le libraron de los trabajos más penosos. Se cuenta que dio clases a los hijos del amo y que la familia, agradecida, años más tarde lo manumitió. Como era costumbre entre los libertos, mantuvo el apellido familiar de sus antiguos dueños, al que añadió un apodo griego que simbolizaba su identidad escindida. Bajo la protección de la poderosa familia que lo había comprado y después liberado, abrió una escuela en la capital. En ausencia de poetas autóctonos, sería este extranjero, bilingüe a la fuerza, quien recibiría los encargos literarios en Roma. Me pregunto qué emociones contradictorias le asaltarían al escribir en la lengua de su derrota. Sabemos que tradujo las primeras tragedias y comedias que se representaron en la capital del imperio, y también la *Odisea* homérica. Gracias a él se creó una congregación de escritores y actores al amparo del templo de Minerva en el Aventino. Apenas han quedado fragmentos de sus versos inaugurales. Me gusta el sonido evocador de una frase truncada de su *Odusia*: «los montes abruptos y los campos polvorientos y el inmenso mar».

Queda un pequeño misterio por resolver. Todo indica que Roma era en aquel entonces un páramo sin apenas libros, ni bibliotecas públicas, ni libreros. ¿Cómo conseguiría Livio Andrónico los originales para sus traducciones? Los ricos patricios podían permitirse enviar mensajeros a las ciudades griegas del sur de Italia, donde había comerciantes de libros, pero esa solución era impensable para un humilde liberto.

Los letraheridos de hoy apenas podemos imaginar el desierto de libros de la época manuscrita. En nuestro siglo XXI, la catarata de letra impresa desborda todos los diques de la mesura. Se publica un nuevo título cada medio minuto, ciento veinte cada hora, dos mil ochocientos al día, ochenta y

seis mil al mes. Un lector medio alcanza a leer en toda su vida lo que el mercado editorial produce en una sola jornada laboral, y cada año se destruyen millones de ejemplares huérfanos. Pero esta abundancia es muy reciente. Durante siglos, conseguir libros exigía estar bien relacionado e, incluso con los contactos adecuados, conllevaba gastos, esfuerzos, tiempo y, en ocasiones, arrostrar los peligros del viaje.

Por sus propios medios y con el estigma de sus orígenes, Livio Andrónico nunca hubiera podido dedicarse a leer, traducir y dirigir una escuela sin el apoyo de sus poderosos protectores. Probablemente fueron los Livios quienes afrontaron los gastos de reunir —con la intención de exhibir su riqueza y alardear de cultura— una pequeña biblioteca de clásicos griegos. A su antiguo sirviente le tocaría madrugar todas las mañanas para hacerles una visita de respeto —la *salutatio matutina*—, aburrirse en la antesala hasta que su patrono se dignase aparecer y, como el actor que fue en su juventud, inclinar la cabeza y hablar en el tono apropiado, diariamente agradecido por que le permitieran sostener entre sus manos griegas, antes esclavas, los rollos de la lujosa colección.

5

Los nobles romanos se encapricharon de los libros, esos objetos escasos y exclusivos que no estaban al alcance de todos. Al principio, enviaban pacíficamente a sus servidores rumbo a Alejandría y otros grandes centros culturales con la misión de encargar copias a los expertos mercaderes. Pronto descubrieron que era mucho más práctico arramblar con bibliotecas enteras durante sus expediciones bélicas por territorio griego. Así, la literatura se convirtió en botín de guerra.

En el año 168 a. C., el general Emilio Paulo derrotó al último rey de Macedonia. Permitió que Escipión Emiliano y otro hijo suyo, ambos amantes del saber, se llevasen a Roma todos los libros de la casa real macedonia, a la que perteneció Alejandro. Gracias a esa valiosa rapiña, los Escipiones fueron propietarios de la primera gran biblioteca privada de la ciudad y oficiaron como patrocinadores de la joven generación de literatura romana. Uno de los escritores-satélites que gravitaban en torno a sus libros fue el dramaturgo Terencio, de quien se decía que era de origen esclavo. Su apodo *Afer* («el Africano») da pistas sobre su procedencia y el color de su piel. Por aquel entonces, se imponía un reparto de tareas culturales. Los poderosos patricios se encargaban de saquear libros —a veces, en un alarde de honradez, incluso

los compraban— para enriquecer sus colecciones privadas y aglutinar a su alrededor a los autores con más talento. Los escritores propiamente dichos eran, salvo excepciones, desharrapados a su servicio (esclavos, extranjeros, prisioneros de guerra, pobres pluriempleados y demás morralla social).

En la estela de los Escipiones, otros generales siguieron la cómoda senda del pillaje librario. El despiadado Sila se apoderó del que quizá fuera el trofeo más apetecible: la colección del mismísimo Aristóteles, que durante mucho tiempo permaneció escondida y reapareció a tiempo de convertirse en botín de guerra. En Roma fue también famosa la biblioteca de Lúculo, adquirida gracias a un metódico saqueo durante sus victoriosas campañas militares en el norte de Anatolia. Privado del mando en el año 66 a. C., Lúculo se dedicó a partir de ese momento a una vida de suntuosa vagancia sostenida por las riquezas que había ido acumulando en sus años depredadores. Cuentan que su biblioteca privada seguía el modelo arquitectónico de Pérgamo y Alejandría: rollos almacenados en estrechas salas, pórticos donde leer, y salones para reunirse y hablar. Lúculo fue un ladrón generoso: puso sus libros a disposición de sus parientes, amigos y de los estudiosos afincados en Roma. Plutarco dice que en su mansión se reunían y conferenciaban catervas de intelectuales, como en una perpetua recepción de las musas.

La mayoría de los textos que embellecían las bibliotecas de los Escipiones, de Sila y de Lúculo eran griegos. Con el tiempo se irían añadiendo algunos en latín, pero serían minoría. Como los romanos habían empezado tarde a escribir, toda su literatura junta representaba una fracción bochornosamente minúscula de los fondos disponibles.

Imagino que los artistas romanos de aquella época se sentirían desbordados y empequeñecidos ante el aluvión de obras artísticas que llegaban en el equipaje de los ávidos conquistadores. Gran parte de este botín eran apabullantes obras maestras. Para entonces, la literatura y el arte griego tenían detrás más de medio milenio de historia. No es fácil competir con quinientos años de apasionada creación.

El arrebato coleccionista romano recuerda al de los ricos capitalistas estadounidenses, que, maravillados ante los largos siglos del arte europeo y por un puñado de dólares, expoliaban retablos, frescos arrancados de los muros, claustros completos, portadas de iglesias, frágiles antigüedades y lienzos de los grandes maestros. También bibliotecas enteras. Así imaginó Scott Fitzgerald al joven millonario Jay Gatsby. Su fortuna, procedente de oscuros contrabandos, brillaba en una gran mansión de Long Island donde no faltaba ningún lujo ni refinamiento. Gatsby era conocido por sus fiestas

carísimas y extravagantes en las cuales nunca participaba. En realidad, un amor infantil y conmovedor latía detrás de sus exhibiciones de opulencia. El derroche, la luz, los bailes hasta la madrugada, los coches llamativos y el arte europeo eran fuegos de artificio para deslumbrar a la chica que lo abandonó años atrás, cuando aún no era lo suficientemente rico. En el palacio que Gatsby había construido como celebración *kitsch* de su ascenso social no podía faltar «una biblioteca gótica, artesonada con roble inglés tallado, que probablemente había sido trasladada completa desde alguna ruina situada al otro lado del mar».

La percepción mutua de romanos y griegos se nutría de estereotipos parecidos a los nuestros sobre estadounidenses y europeos. Pragmatismo, poder económico y militar, frente al bagaje de una larga historia, una gran cultura y la nostalgia de esplendores pasados. Marte y Venus. Aunque en general expresaban un respeto recíproco, los dos tenían un repertorio de chistes y caricaturas nacionales para reírse a espaldas del otro. Puedo imaginar a los griegos bromeando en la intimidad sobre los legionarios brutos y descerebrados que no eran capaces de hacer una mísera inscripción sin faltas de ortografía. Al otro lado de la barrera, los viejos romanos conservadores también despotricaban. En una de sus sátiras, Juvenal exclama que no puede soportar la ciudad llena de griegos, esa chusma charlatana y parásita que ha traído consigo sus vicios junto a su lengua, corrompiendo las costumbres y desplazando a los auténticos ciudadanos.

En efecto, no todo era admiración. Los procesos globalizadores siempre despiertan reacciones contradictorias y complejas. Algunas de las voces más cáusticas de los siglos III y II a. C. atacaron el influjo de las culturas extranjeras en general y la griega en particular. Les molestaban las novedades que empezaban a convertirse en peligrosas modas, como la filosofía, los lujos gastronómicos o la depilación. El campeón de estos críticos fue Catón el Viejo, contemporáneo y rival de Escipión el Africano, al que ridiculizaba por brincar en gimnasios griegos y mezclarse con el populacho en los teatros sicilianos. Según este cascarrabias oficial, las costumbres sofisticadas de los extranjeros acabarían minando la fuerza del carácter romano. Por otro lado, sabemos que el propio Catón enseñó griego a su hijo, y los fragmentos conservados de sus discursos demuestran que se apresuró a estudiar los artificios de la retórica griega que tanto denostaba en público.

Todas estas ambivalencias de la identidad romana se reflejan en su primera literatura. Las obras teatrales de Plauto y Terencio son ya algo más que meras traducciones calcadas del griego. Se presentan como adaptaciones

fieles que respetan la trama de los originales helenísticos, manteniendo la ambientación en Grecia, pero en realidad son híbridos pensados para complacer al público ruidoso y festivo de Roma. A diferencia de la Atenas clásica, en la Urbe el teatro tenía que competir con otras diversiones populares como los combates de lucha libre, el funambulismo o las peleas de gladiadores. Por eso, casi todas las comedias giraban sobre un argumento básico e infalible: «chico consigue chica». La gente esperaba que en cada comedia apareciera el típico esclavo astuto y embaucador que causaba mil enredos. Para agradar a todos, el final feliz estaba garantizado. Pero, por debajo de la epidermis frívola de estas obras romanas, había un ingrediente nuevo. A través de ellas, los espectadores se asomaban a la complejidad cultural del nuevo y ancho mundo imperial.

La acción de todas las comedias sucedía en Grecia y, por tanto, exigía al público ciertas nociones de geografía lejana. En una de sus representaciones, Plauto se atrevió a dar protagonismo a un cartaginés, que se expresa en su genuina lengua púnica —de hecho, los lingüistas actuales encuentran allí un testimonio único para conocer esa lengua extinta—. En otra, un par de personajes se disfrazan de persas. En el prólogo de varias comedias, aparece un chiste recurrente sobre las adaptaciones. Refiriéndose a su traducción, Plauto dice: «Un griego escribió esto, y Plauto lo barbarizó». Este verso, como explica Mary Beard, era un sofisticado guiño al público. Al escucharlo, los espectadores de origen griego esbozaban una risita disimulada a expensas de los nuevos y bárbaros dueños del mundo.

Entre risas y bromas, el teatro ayudaba a comprender mejor la nueva realidad de horizontes ensanchados. El público aprendía que las viejas tradiciones ya no podían mantener su pureza ancestral; que, pese a las resistencias conservadoras, la forma más inteligente de transitar por los nuevos caminos era adaptar y adaptarse a la sabiduría del mundo que habían conquistado. La joven literatura híbrida era la avanzadilla de una sociedad cada día más mestiza. Roma estaba descubriendo las mecánicas de la globalización y su paradoja esencial: también lo que adoptamos de otras partes nos hace ser quienes somos.

6

Los imperios jóvenes tienen apetitos simples; sencillamente, lo quieren todo. Aspiran a la pujanza militar, al poder económico y, también, a los esplendores del viejo mundo. Con ese afán los Escipiones trasplantaron la biblioteca real

de Macedonia a Roma y, al calor de aquellos valiosos libros, atrajeron a un círculo de escritores griegos y latinos. Por la fuerza de las armas y del dinero, estaban intentando desplazar los centros de gravedad de la creación literaria. Ha sucedido muchas veces: la política redibuja los mapas culturales.

El anhelo de apropiación de aquellos romanos ricos no se diferencia tanto, en el fondo, del entusiasmo que llevó a la norteamericana Peggy Guggenheim a trasplantar la pintura abstracta europea a su país en los años cuarenta del pasado siglo, trazando nuevas geografías artísticas. Su padre, miembro de una dinastía de magnates de las minas y fundiciones, murió en el hundimiento del Titanic. Ella se instaló en París para vivir la bohemia desde el cómodo mirador de su herencia millonaria. Allí comenzó su famosa colección de arte vanguardista. Permanecía aún en París cuando sobrevino la invasión nazi de Francia. En lugar de huir, aprovechó para comprar obras de arte como si no hubiera un mañana. Su lema era «una pintura al día». Con el Ejército alemán irrumpiendo por el norte del país, no faltaban vendedores. A menudo compraba a familias judías en fuga desesperada, o directamente a los artistas, a precios de ganga. Cuando faltaban apenas dos días para la caída de París, escondió su colección en el granero de un amigo y huyó a Marsella, donde vivió un amorío con Max Ernst, fugitivo de un campo de concentración. Su dinero le permitió rescatar a Ernst y a un grupo de amigos artistas, con los que escapó rumbo a los Estados Unidos.

En Nueva York abrió una galería donde exponía el arte de la escuela parisina. Alrededor de esas obras y de los refugiados europeos que buscaban cobijo en la galería neoyorquina de Peggy —Duchamp, Mondrian, Breton, Chagall y Dalí, entre otros—, nació la vanguardia norteamericana. Los jóvenes artistas del momento pudieron ver las obras del arte nuevo y quedaron impactados. El Gobierno estadounidense, interesado en arrebatarle a Europa su primacía artística, había creado un programa, el Federal Art Project, que ofrecía una paga de veintiún dólares semanales a pintores parados para que decorasen instituciones públicas. Allí se conocieron Pollock, Rothko o De Kooning, que se convertirían en los nuevos protegidos de Peggy. Jackson Pollock declaró en una entrevista: «La pintura más importante de los últimos cien años se ha realizado en Francia. Los pintores norteamericanos, por lo general, no han acertado en absoluto con la pintura moderna. Es muy importante que los grandes artistas europeos estén entre nosotros». Muchas tardes, estos jóvenes pintores se reunían en el MoMA para contemplar el *Guernica* de Picasso, refugiado en el museo, a salvo de las dictaduras y las

guerras de Europa. El expresionismo abstracto norteamericano nació a la sombra de la vanguardia europea.

En mayo de 1940, tres semanas antes de la ocupación de París, otro exiliado huyó a los Estados Unidos en el que sería el penúltimo viaje del buque Champlain antes de que lo hundieran. Como muchos escritores europeos perseguidos, Vladimir Nabokov encontró asilo en las universidades norteamericanas. Él, además, se exilió voluntariamente de su lengua, aventurándose al abismo de escribir sus libros decisivos en inglés. Llegó a declarar que se sentía tan americano como el mes de abril en Arizona. Al mismo tiempo, detectaba en su nuevo país el halo de aquella Europa que las revoluciones y las guerras le habían arrebatado. En una carta a su agente literaria, escribió: «Lo que me cautiva de la civilización norteamericana es justamente ese toque del viejo mundo, ese aspecto anticuado que se le adhiere pese al duro exterior brillante, a la agitada vida nocturna, a los lavabos último modelo, las publicidades refulgentes y todo lo demás».

El cine, inventado en Francia, también trasladó su meca a los Estado Unidos. Los creadores de los grandes estudios del cine clásico de Hollywood fueron, en su mayoría, emigrantes centroeuropeos, muchos de los cuales camuflaron sus nombres y su origen bajo una pátina americana. Estos hombres de origen humilde, que desembarcaron en Nueva York con solo un puñado de dólares cosidos al forro del chaleco, pusieron en pie la gran industria cinematográfica que pronto atrajo a una pléyade de directores, actores y técnicos europeos —Fritz Lang, Murnau, Lubitsch, Chaplin, Frank Capra, Billy Wilder, Preminger, Hitchcock, Douglas Sirk y tantos otros—. Curiosamente, John Ford, en una operación de camuflaje inversa a la que hicieron los pioneros de los estudios, se disfrazó de europeo. El Homero del *western* estadounidense, nacido en Maine, fantaseaba con un pasado en Innisfree, una inexistente aldea irlandesa. Inventó un relato conscientemente mítico de su historia familiar y en más de una ocasión llegó a declarar que había venido al mundo en una casa con tejado de paja que dominaba la bahía de Galway. Ford, patriarca del cine estadounidense, sabía que la época dorada de Hollywood fue, en gran medida, un invento europeo.

Todos estos ejemplos —a los que se podrían añadir los nombres de filósofos como Hannah Arendt, científicos como Einstein o Bohr, o escritores españoles emigrados con la dictadura, como Juan Ramón Jiménez o Sender— evidencian que, a mediados del siglo XX, gracias a un esfuerzo muy calculado de acogida y gasto, el epicentro del arte y el saber cambió de continente. En la Antigüedad grecolatina, el trasvase cultural sucedió en condiciones más

despiadadas. No hubo sueño romano, ni galerías de arte ni universidades ávidas de albergar el talento extranjero, sino que un enorme número de intelectuales y artistas griegos desembarcaron en la Urbe para ser vendidos como esclavos.

El umbral invisible de la esclavitud

7

La esclavitud era, para griegos y romanos, el monstruo que acechaba bajo la cama, el terror que siempre reptaba cerca. Nadie podía vivir totalmente seguro de que nunca sería esclavizado, sin importar lo rico y aristocrático que fuese su linaje. Había muchas puertas abiertas al infierno, incluso para los nacidos libres. Si tu ciudad o tu país eran golpeados por la guerra —una experiencia casi cotidiana durante la Antigüedad—, la derrota te convertía en botín del ejército victorioso. *Vae victis* («¡Ay de los vencidos!») era una descriptiva máxima latina. Las leyendas más antiguas dejaban claro que no habría compasión con la que hoy llamamos «población civil». En *Las troyanas*, de Eurípides paseamos entre las cenizas humeantes de Troya y la desolación de su reina y sus princesas, sorteadas entre los generales invasores. La víspera todavía vestían trajes lujosos y se las recibía entre reverencias. Tras una noche de matanzas y conquista, los griegos las arrastran del pelo, se las reparten y las violan.

Si viajando por mar te atacaban los piratas —un término comodín para todo tipo de enemigos o malhechores provistos de barco—, tenías pocas posibilidades de escapar a la esclavitud.

Si alguien te secuestraba en tierra firme, probablemente no pediría rescate a tu familia. Resultaba más rápido y menos peligroso venderte a un tratante. Ese cruel comercio de gentes arrancadas de sus hogares libres se convirtió en un negocio muy lucrativo, con el que se podía hacer dinero rápido. Las comedias de Plauto sacan a escena a menudo a niños raptados, a hermanos separados, a padres que han envejecido buscando a sus hijos desaparecidos y los encuentran convertidos en siervos o prostitutas al servicio del villano de turno.

Si atravesabas una mala racha económica, tus acreedores podían venderte como último recurso para cobrar sus deudas.

Si un personaje poderoso quería vengarse de ti, podía elegir entre matarte o, si era todavía más cruel, entregarte a un traficante. El mismísimo filósofo Platón sufrió esa suerte en su propio pellejo. Cuentan que, durante su estancia en Sicilia, enfureció al tirano Dionisio con una resabiada observación sobre su

forma de gobernar y su ignorancia. Dionisio pretendía ejecutarlo, pero su cuñado Dion, discípulo del filósofo, insistió en que se le perdonase la vida. Como su insolencia merecía un castigo, lo llevaron a la isla de Egina para venderlo en el animado bazar de esclavos. Por suerte para él, la historia tuvo un final feliz. Lo compró un colega filósofo —partidario de otra escuela de pensamiento antagónica a la de Platón, aunque no de un modo demasiado encarnizado— y lo dejó marchar, escaldado pero libre, de regreso a su casa ateniense.

Según la ley romana, los esclavos eran propiedad de sus amos y no tenían personalidad legal. Podían sufrir castigos corporales y, de hecho, muchos eran azotados con frecuencia, para mantener la disciplina o como mero desahogo. El comprador estaba en su derecho si decidía separarlos de sus hijos, acostarse con ellos, venderlos, apalearlos o ejecutarlos sumariamente. Estaba permitido sacarles partido económico de cualquier forma, incluyendo las luchas de gladiadores o la explotación sexual —la mayoría de las prostitutas eran esclavas—. En los juicios, el testimonio de un esclavo solo tenía validez si se había obtenido bajo tortura.

Hachazo. Abismo. Calvario. ¿Cómo describir el doloroso cambio de vida de todos aquellos ciudadanos libres sometidos a la esclavitud por culpa de un azar, una deuda, una derrota o un tráfico despiadado? Personas con vidas pacíficas, laboriosas, incluso felices, eran arrancadas con extrema violencia del cobijo de sus esperanzas y sus derechos, para arrojarlas a la intemperie radical de convertirse en propiedades humanas. La película *12 años de esclavitud* retrata un contexto similar, muchos siglos después, en las plantaciones norteamericanas. Encadenado a oscuras en un sótano, Solomon Northup intenta recomponer el rompecabezas de su memoria. A medida que los recuerdos emergen en el caos de su mente aturdida, este hombre negro nacido en libertad, culto, violinista, que vivía con su mujer y sus dos hijos en el estado de Nueva York, comprende que lo han engañado, drogado y secuestrado para venderlo como esclavo. Busca en vano sus documentos, única prueba de su condición libre. Encarcelado en el subsuelo de Washington, a la sombra del Capitolio, Solomon inicia su aprendizaje del dolor. Sus carceleros emprenden la doma del rebelde: palizas, latigazos, raciones insuficientes de comida, suciedad, ropa apestosa. Una noche lo embarcan clandestinamente hacia el sur y allí lo entregan a un tratante de Luisiana. Perderá una década de su juventud recolectando algodón en las plantaciones de diversos amos sureños, que lo maltrataban constantemente para doblegarlo, sin noticias de sus seres queridos. El film, basado en un

personaje real, describe la odisea de un individuo atónito e indefenso —como cualquiera de nosotros, si nos arrebatasen todo auxilio posible, todo el amparo de las leyes— a quien intentan deshumanizar a través del miedo.

En el mundo antiguo, muchas personas atravesaron a la fuerza ese umbral invisible donde perdían su condición de seres libres para convertirse en mercancías.

Durante doscientos años, llegaron a Roma cantidades gigantescas de estos esclavos griegos, resultado de las victorias sobre los reinos helenísticos de Macedonia, la Grecia continental, Turquía, Siria, Persia o Egipto. La irrupción de los conquistadores romanos desencadenó un largo periodo de violencia y caos en el Mediterráneo oriental, creando las condiciones propicias para la captura masiva de esclavos. El mar estaba plagado de piratas. Los ejércitos marchaban a través de extensos territorios, ensombreciendo el horizonte con su presencia amenazadora. Ciudades y estados enteros caían en el abismo de las deudas a causa de los despiadados tributos que imponían los romanos. Las cifras son estremecedoras. A mediados del siglo I a. C. debía de haber alrededor de dos millones de esclavos en Italia, que rondarían el 20 por ciento del censo. Cuando en la primera época imperial alguien tuvo la brillante idea de obligarles a llevar uniforme, el senado rechazó la medida con espanto —nadie deseaba que la población esclava se percatase de lo numerosa que era—.

Los griegos no fueron el único pueblo que esclavizaron los romanos, también una multitud de hispanos, galos y cartagineses, entre otros, cayeron en la servidumbre. La peculiaridad de los cautivos griegos consistía en que muchos de ellos eran más cultos que sus amos. Las profesiones de prestigio que hoy practican los hijos de las clases medias y altas fueron en Roma territorio de esclavos. Para nuestra sorpresa, los médicos, banqueros, administradores, notarios, asesores fiscales, burócratas y profesores de aquella época eran a menudo griegos privados de libertad. Los nobles romanos con aspiraciones culturales podían acudir una mañana cualquiera a los mercados bien abastecidos de la capital para comprarse un intelectual griego a su gusto, que educaría a sus hijos, o simplemente les otorgaría el prestigio de tener un filósofo de guardia en casa. Fuera de los hogares, la mayoría de los maestros de escuela eran también esclavos o libertos griegos. Todo el trabajo de cuello blanco y de escritorio era su especialidad. Además, sostenían la administración del Imperio y su sistema legal.

Cicerón deja entrever en sus cartas que era propietario de unos veinte esclavos de este tipo, entre secretarios, empleados, bibliotecarios,

amanuenses, «lectores» —que leían libros o documentos en voz alta para comodidad de su amo—, asistentes, contables y chicos de los recados. El famoso orador poseía varias bibliotecas, una en su casa de la capital y otras repartidas por sus numerosas propiedades rurales. Necesitaba personal muy cualificado para gestionar tanto esas colecciones como su propia obra. Sus esclavos se ocupaban de las tareas cotidianas: devolver los rollos a sus estantes respectivos, reparar los volúmenes dañados y llevar al día el catálogo. Escribir con hermosa caligrafía era una parte esencial de su trabajo. Si los amigos del amo le prestaban libros en los que él estaba interesado, ellos realizaban copias a mano de todas las obras, por extensas que fueran. En cuanto el jefe terminaba de redactar un nuevo ensayo o discurso, tenían que elaborar a toda prisa una tirada manuscrita que el ufano autor repartía entre sus amigos y colegas. Se trataba de una tarea ardua (Cicerón era un autor muy engreído, muy prolífico y con muchos amigos).

Para la organización general de su biblioteca no le bastó su personal ordinario. Enamorado de sus libros, quiso hacerse con los servicios de un experto. Recurrió entonces a Tiranión, uno de esos muchos estudiosos griegos arrancados de su patria para ser vendidos como esclavos. A pesar de su duro destino, el escritor cautivo destacaba por su carácter amable. Anteriormente ya se había labrado una gran reputación ordenando la famosa biblioteca de Sila según el modelo de Alejandría. Cicerón escribe a un amigo: «Cuando vengas, podrás ver la maravillosa organización que ha realizado Tiranión de mis libros en la biblioteca». Pero no todos los esclavos ilustrados de Cicerón fueron tan dóciles, ni le dieron tantas alegrías. En el otoño del año 46 a. C., el orador escribió una carta a su amigo el gobernador de Iliria (un territorio que hoy forma parte de Albania, Croacia, Serbia, Bosnia y Montenegro). Estaba irritado y decepcionado. Su bibliotecario jefe, un esclavo llamado Dionisio, había estado robándole libros para venderlos y, cuando por fin fue descubierto e iba a recibir su merecido, puso pies en polvorosa. Un conocido creía haberlo visto en Iliria. Cicerón ruega a su amigo, general de los ejércitos destacados en la zona, que le haga el insignificante favor —una menudencia— de atraparlo y traérselo de regreso. Pero, para disgusto de Cicerón, los ladrones de libros no eran una de las prioridades del gobernador romano en la provincia, y las legiones romanas no se movilizaron para atrapar al fugitivo.

La historia de los libros en Roma tiene como protagonistas a los esclavos. Participaban en todas las facetas de la producción de obras literarias, desde enseñar a escribir hasta elaborar las copias. Llama la atención el contraste entre la muchedumbre de esclavos griegos ilustrados y el analfabetismo

obligatorio de civilizaciones posteriores. En los Estados Unidos, hasta la derrota de la Confederación, en 1865, era ilegal en muchos estados del sur que los esclavos aprendieran a leer o a escribir, y los siervos capaces de hacerlo eran considerados una amenaza para la continuidad del sistema esclavista. Daniel Doc Dowdy, un hombre negro que nació siendo esclavo en 1856, describió los terribles castigos reservados a los infractores de esa ley: «La primera vez que te pillaban tratando de leer o escribir te azotaban con una correa de cuero, la segunda con un látigo de siete colas y la tercera te cortaban la primera falange del dedo índice». A pesar de todo, algunos esclavos analfabetos se empeñaron en aprender a leer, desafiando a sus amos y arriesgando la vida. La tarea, debido a la prohibición, les llevaba varios años, en paciencia y secreto. Los relatos de esos aprendizajes son muchos y heroicos. Belle Myers, entrevistada en los años treinta del siglo XX, explicó que había aprendido las letras mientras cuidaba al bebé del propietario, que jugaba con un rompecabezas alfabético. El dueño, sospechando las intenciones de su esclava, le propinó varios puntapiés preventivos. Sin embargo, Belle perseveró, estudiando a escondidas las letras del rompecabezas y unas pocas palabras de una cartilla infantil. «Un día encontré un libro de himnos y deletreé: “Cuando Leo Con Claridad Mi Nombre”. Me sentí tan feliz que corrí a contárselo a los demás esclavos».

En *12 años de esclavitud*, Solomon debe ocultar a toda costa que sabe leer y escribir si quiere evitar las salvajes palizas. Su tragedia consiste en que, al mismo tiempo, está obsesionado con hacer llegar una carta a su familia neoyorquina en la que les explique dónde encontrarlo, para que lo rescaten de ese infierno de hambre, explotación y brutalidad. Durante años aprovecha cualquier mínima ocasión para ir robando pequeños pedazos de papel a sus amos y, cuando ha conseguido suficientes, fabrica en la clandestinidad de la noche una tosca pluma y un sucedáneo de tinta con jugo de moras. Los mensajes prohibidos que consigue redactar con esfuerzo y enorme peligro representan su única y endeble esperanza de llegar a recuperar algún día su vida anterior de hombre libre. En su *Historia de la lectura*, Alberto Manguel escribe: «Por todo el Sur de Estados Unidos, era frecuente que los propietarios de las plantaciones ahorcasen a cualquier esclavo que tratase de enseñar a otros a deletrear. Los dueños de esclavos (como los dictadores, los tiranos, los monarcas absolutos y otros ilícitos detentadores del poder) creían firmemente en la fuerza de la palabra escrita. Sabían que la lectura es una fuerza que requiere apenas unas pocas palabras para resultar aplastante. Alguien que es capaz de leer una frase es capaz de leerlo todo; una multitud

analfabeta es más fácil de gobernar. Dado que el arte de leer no puede desaprenderse una vez que se ha adquirido, el mejor recurso es limitarlo. Por todos esos motivos había que prohibir la lectura».

En cambio, los habitantes de la civilización grecolatina consideraban apropiado que sus esclavos se encargasen de los trabajos de copia, escritura y documentación, por razones que hoy resultan, cuando menos, sorprendentes.

Como ya he explicado, la lectura antigua no era el acto mudo que hoy practicamos. Salvo llamativas excepciones, entonces se leía siempre en voz alta, incluso en privado. A ojos de los antiguos, la operación de hacer sonoras las letras escritas encerraba un hechizo inquietante. Las más antiguas creencias enseñaban que el aliento era la sede del espíritu de una persona. En las inscripciones funerarias tempranas, los muertos rogaban al paseante: «préstame tu voz», para revivir y anunciar quién yacía en el sepulcro. Los griegos y romanos creían que todo texto escrito necesita apropiarse de una voz viva con el fin de completarse y alcanzar su plenitud. Por eso, el lector que paseaba su mirada por las palabras y empezaba a leerlas sufría una especie de posesión espiritual y vocal: su laringe era invadida por el aliento del escritor. La voz del lector se sometía, se unía a lo escrito. El escritor, aun después de su muerte, utilizaba a otros individuos como instrumento vocal, es decir, los ponía a su servicio. Ser leído en voz alta significaba ejercer un poder sobre el lector, incluso a través de las distancias del espacio y el tiempo. Por eso —pensaban los antiguos—, resultaba adecuado que los profesionales de la lectura y la escritura fuesen esclavos. Porque su función era precisamente servir y someterse.

En contrapartida, el amor de los hombres libres por la lectura se veía con cierto recelo. Solo quedaban a salvo los oyentes de un texto, los que escuchaban leer a otra persona sin someter su voz a lo escrito. Quienes, como Cicerón, disponían de esclavos lectores. Esos servidores, poseídos por el libro, dejaban de pertenecerse a sí mismos durante el instante de la lectura. Ponían en su boca un «yo» que no era suyo. Eran meros instrumentos de una música ajena. Curiosamente, las metáforas utilizadas para esta actividad en la obra de Platón y otros autores hasta Catulo son las mismas que se usaban para designar la prostitución o para el compañero pasivo en las relaciones sexuales. El lector es sodomizado por el texto. Leer uno mismo es prestar el cuerpo a un escritor desconocido, un acto audazmente promiscuo. No se consideraba del todo incompatible con el rango de ciudadano, pero los bienpensantes de la época proclamaban que debía practicarse con cierta moderación, para que no se convirtiese en vicio.

En el principio fueron los árboles

8

Los libros son hijos de los árboles, que fueron el primer hogar de nuestra especie y, tal vez, el más antiguo recipiente de nuestras palabras escritas. La etimología de la palabra encierra un viejo relato sobre los orígenes. En latín, *liber*, que significaba «libro», originariamente daba nombre a la corteza del árbol o, para ser más exactos, a la película fibrosa que separa la corteza de la madera del tronco. Plinio el Viejo afirma que los romanos escribían sobre cortezas antes de conocer los rollos egipcios. Durante muchos siglos, diversos materiales —el papiro, el pergamino— desplazarían a aquellas antiguas páginas de madera, pero, en un viaje de ida y vuelta, con el triunfo del papel, los libros volvieron a nacer de los árboles.

Como ya he explicado, los griegos llamaban *biblíon* al libro, rememorando la ciudad fenicia de Biblos, famosa por la exportación de papiros. En nuestra época, el uso del término, en su evolución, ha quedado reducido al título de una sola obra, la Biblia. Para los romanos, *liber* no evocaba ciudades ni rutas comerciales, sino el misterio del bosque donde sus antepasados empezaron a escribir, entre los susurros del viento en las hojas. También los nombres germánicos —*book, Buch, boek*— descienden de una palabra arbórea: el haya de tronco blanquecino.

En latín, el término que significaba «libro» sonaba casi igual que el adjetivo que significaba «libre», aunque las raíces indoeuropeas de ambos vocablos tenían orígenes distintos. Muchas lenguas romances, como el español, el francés, el italiano o el portugués, han heredado el azar de esa semejanza fonética, que invita al juego de palabras, identificando la lectura y la libertad. Para los ilustrados de todas las épocas, son dos pasiones que siempre acaban por confluir.

Aunque hoy hemos aprendido a escribir con luz sobre pantallas de cristal líquido o de plasma, todavía sentimos la llamada originaria de los árboles. En sus cortezas estamos redactando un disperso inventario amoroso de la humanidad. Antonio Machado, en sus paseos por los *Campos de Castilla*, solía detenerse junto al río para leer algunas líneas de ese libro de los amantes:

He vuelto a ver los álamos dorados,
álamos del camino en la ribera
del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas
de Soria (…).
Estos chopos del río, que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas.

Cuando un adolescente traza a punta de navaja unas iniciales en la corteza plateada de un álamo, reproduce, sin saberlo, un gesto muy antiguo. Calímaco, el bibliotecario de Alejandría, ya menciona en el siglo III a. C. un mensaje amoroso en un árbol. No es el único. Un personaje de Virgilio imagina cómo la corteza, con el paso de los años, ensanchará y corroerá su nombre y el de ella: «Y grabar mis amores en los jóvenes árboles; crecerán los árboles y con ellos creceréis vosotros, amores míos». Quizá la costumbre, todavía viva, de tatuar letras en la piel de un tronco para conservar el recuerdo de alguien que vivió y amó fue uno de los episodios más tempranos de la escritura en Europa. Tal vez a orillas de un río que corre y pasa y sueña, como decía Machado, los antiguos griegos y romanos escribieron los primeros pensamientos y las primeras palabras de amor. Quién sabe cuántos de esos árboles terminarían convertidos en libros.

Escritores pobres, lectores ricos

9

El acceso a los libros en el mundo romano era, sobre todo, una cuestión de contactos. Los antiguos forjaron su peculiar versión de la sociedad del conocimiento, basada en quién conocía a quién.

La literatura antigua nunca llegó a crear un mercado ni una industria tal como hoy los entendemos, y el engranaje de circulación libraria siempre funcionó gracias a una combinación de amistades y copistas. Durante la época de las bibliotecas privadas, cuando un individuo rico deseaba un libro antiguo, lo pedía prestado a un amigo —si algún amigo suyo lo tenía— y ordenaba copiarlo a un empleado, a veces un esclavo propio, o a veces el esforzado amanuense de algún taller. A las novedades contemporáneas se llegaba por la vía del obsequio. En aquellos tiempos, en que no había editoriales, cuando un autor daba su libro por concluido encargaba un determinado número de copias y empezaba a regalarlas a diestro y siniestro. La suerte de su obra dependía del perímetro y la importancia de su círculo de conocidos, colegas y clientes dispuestos a leerla, por afecto y sobre todo por compromiso. Nos cuentan que un rico orador llamado Régulo hizo realizar mil copias del espantoso texto que había escrito sobre su hijo muerto —Plinio comenta venenosamente que más parecía un libro escrito por un niño que sobre un niño— y las envió a sus conocidos por toda Italia y las provincias. Además, se puso en contacto con varios decuriones de las legiones romanas, pagándoles para que eligiesen entre sus filas a los soldados con mejor voz y organizasen lecturas públicas de la obra —una especie de presentaciones— en diversas regiones del imperio. Promocionar y difundir la literatura corría a cargo del escritor —si se lo podía permitir, como Régulo— o de sus aristocráticos protectores —cuando era un forastero desharrapado, como solía suceder—.

Había, claro está, personas que deseaban leer un libro recién publicado pero no conocían personalmente al escritor y, por tanto, no estaban en sus listas de reparto. En esos casos, solo quedaba recurrir a alguien que sí estuviera en el circuito, y encargar una copia de su ejemplar. En cuanto el escritor empezaba a «distribuir» una nueva obra, el libro se consideraba ya del dominio público, y cualquiera podía reproducirlo. El verbo latino que hoy

traducimos como «editar» —*edere*— tenía en realidad un significado más próximo a «donación» o «abandono». Implicaba dejar la obra a su suerte. No existía nada remotamente parecido a los derechos de autor o el *copyright*. En toda la cadena del libro, solo recibía un pago directo a tanto por línea quien realizaba la copia (suponiendo que no fuera un esclavo doméstico), al igual que hoy nos cobran por página cuando hacemos fotocopias.

El doctor Johnson, gran ilustrado inglés, decía que nadie, salvo un cabeza de alcornoque, ha escrito jamás por otra razón que no fuera el dinero. Ignoramos de qué material estaban formadas las cabezas de los escritores antiguos, pero todos ellos sabían de entrada que no existía la más mínima esperanza de hacer dinero a través de la venta de volúmenes. En el siglo I, el humorista Marcial se quejaba: «Mis páginas solo gustan gratis». Desde su llegada a Roma, el bilbilitano había comprobado en sus propias carnes que la profesión literaria no era rentable, ni siquiera para un autor de éxito. Cuenta que cierta vez un desconocido ricachón lo abordó por la calle, señalándole con el dedo y con la mirada, como hacen hoy los cazadores de selfis con famosos: «¿No eres tú, sí, tú, ese Marcial cuyas maldades y chistes conoce todo el mundo?», le dijo. Y a continuación añadió: «¿Y por qué llevas un abrigo tan raído?». «Porque soy un mal escritor», respondió Marcial, con una retranca que anticipaba el futuro humor *somarda* aragonés.

¿Qué perseguía alguien como Cicerón al publicar sus discursos y ensayos? Expandir sus ambiciones sociales y políticas, aumentar su fama y su influencia; fabricar una imagen pública a la medida de sus intereses; asegurarse de que sus amigos —y enemigos— conocían sus éxitos. Algo parecido buscaban los mecenas que mantenían económicamente a brillantes escritores pobres: gloria, lucimiento, adulación. Los libros servían, sobre todo, para crear o afianzar el prestigio de ciertas personas. La literatura circulaba libre y voluntariamente, en calidad de regalo o préstamo personal, de unas manos a otras, entre individuos interesados, ayudando a demarcar un pequeño grupo de élite cultural, una comunidad íntima de gente rica donde se admitía, por su talento, a algunos protegidos de origen humilde o esclavo. A la intemperie, sin relaciones poderosas, tanto los lectores como los escritores se enfrentaban a una imposible supervivencia.

Tras el origen forastero y servil de la cultura literaria, tímidamente habían empezado a surgir algunos escritores autóctonos, pero a condición de escribir en prosa sobre asuntos respetables como historia, guerra, derecho, agricultura o moral. Cicerón y César fueron las dos figuras más conocidas en esa primera cosecha republicana de autores romanos de buena familia. Frente a los poetas

esclavos traídos del mundo griego, ellos eran ciudadanos que, además, escribían. Y lo hacían sobre temas serios. Al extranjero no se le habría permitido escribir sobre leyes o tradiciones patrias, pero tampoco estaba bien visto que un romano de buena familia dedicara su tiempo a la poesía —como a muchas personas en nuestros tiempos les parecería fuera de lugar que el jefe del Estado escribiese letras de canciones pop—.

Por eso, durante mucho tiempo existieron dos literaturas paralelas y contemporáneas. Por una parte, los versos que los esclavos o libertos griegos componían para agradar a sus cultos protectores aristocráticos, y, por otra, la obra diletante —siempre en prosa— de los ciudadanos respetables. «La poesía no está en un lugar de honor y si alguien se consagra a ella lo llaman pordiosero», escribió Catón el Viejo. Desde entonces, los titiriteros, músicos y artistas han mantenido esta fama de gentes de baja estofa, de Caravaggio a Van Gogh; de Shakespeare y Cervantes a Genet.

En Roma, los ciudadanos de pleno derecho podían dedicarse a actividades artísticas y literarias si lo deseaban, siempre que fueran ocasionales y, sobre todo, desinteresadas. En cambio, pretender ganarse la vida con las letras era un afán poco decoroso para la gente de bien. Cuando los conocimientos se mezclaban con el ánimo de lucro, quedaban inmediatamente desprestigiados. Ya he dicho que hasta los oficios intelectuales de mayor sabiduría, como la arquitectura, la medicina o la enseñanza, eran propios de clases bajas. Los maestros de la escuela antigua, en su mayoría esclavos o libertos, ejercían una tarea humilde y menospreciada. «Tenía orígenes oscuros», comenta Tácito de un individuo —un advenedizo— que había empezado su carrera ejerciendo ese oficio plebeyo. Los patricios y aristócratas valoraban el saber y la cultura, pero despreciaban la docencia. Se daba la paradoja de que era innoble enseñar lo que era honorable aprender.

Quién nos iba a decir que en tiempos de la gran Revolución Digital volvería a tomar fuerza la antigua idea aristocrática de la cultura como pasatiempo de aficionados. El viejo estribillo suena otra vez, repitiendo que si escritores, dramaturgos, músicos, actores, cineastas quieren comer deberían buscarse un oficio serio y dejar el arte para los ratos libres. En el nuevo marco neoliberal y el mundo en red —curiosamente, como en la Roma patricia y esclavista—, el trabajo creativo se reclama que sea gratuito.

10

En ese universo de riqueza y alta sociedad donde la cultura empezó a arraigar, también había mujeres que coleccionaban libros. Gracias a las cartas de Cicerón conocemos a Caerellia, ávida lectora y propietaria de una biblioteca filosófica. Resulta que esa rica dama patricia consiguió, de alguna manera —tal vez recurriendo al soborno—, una copia pirata del tratado ciceroniano *Sobre el supremo bien y el supremo mal*, antes de que el autor pusiera oficialmente el libro en circulación. «Sin duda Caerellia rebosa un encendido entusiasmo por la filosofía», escribió un irritado Cicerón con tono sarcástico.

El caso de esta lectora impaciente no fue una excepción. En las familias romanas de alto rango era frecuente encontrar mujeres muy cultas. En el siglo II a. C., Cornelia, madre de los Gracos, dirigía en persona los estudios de sus hijos y se preocupaba por elegir para ellos a los maestros mejor preparados. Además, era la anfitriona de unas reuniones literarias que anticipan el salón francés de Madame de Staël, donde se reunían los políticos y escritores de la época. Sempronia, madre de aquel Bruto que asesinó a César, amaba la lectura, tanto en latín como en griego. Cicerón describe a su hija Tulia como *doctissima*. Una de las varias esposas —no simultáneas— de Pompeyo era muy aficionada a la literatura, la geografía y la música de la lira. Además, como Caerellia, «asistía con gusto a las discusiones filosóficas».

Los aristócratas romanos solían dar educación a sus hijas. En general no las llevaban a la escuela, sino que preferían los preceptores privados en casa para mantener vigilada la castidad de las niñas. A los antiguos siempre les preocuparon los peligros de la calle para sus nobles cachorros. En un mundo donde la pederastia flotaba en el ambiente, todas las precauciones eran pocas. Por eso las familias nobles reservaban un esclavo para escoltar a los pequeños en sus trayectos cotidianos hasta el colegio —lo llamaban «pedagogo», *paedagogus*, que en origen significaba solo «acompañante del niño»—. Sin embargo, la solución doméstica también entrañaba sus peligros. Las relaciones entre un célebre maestro llamado Quinto Cecilio Epirota y la hija de su amo, a la que daba clases, despertaron un mar de murmuraciones en el siglo I a. C., y acabaron con el exilio del liberto libertino.

A las mujeres les estaban vedados los últimos peldaños del conocimiento: la educación superior era un coto cerrado masculino. Tampoco les permitían, como a los chicos, cursar un año de estudios en Atenas o Rodas, lo que venía a ser la beca Erasmus de aquel tiempo. Las chicas de buena familia no acudían a las clases de retórica, ni viajaban a Grecia para mejorar el idioma, ni hacían turismo en la Acrópolis, ni saboreaban la libertad lejos de sus padres. Mientras sus hermanos estaban admirando las estatuas griegas y

disfrutando el amor griego, las adolescentes, a las que casaban muy jóvenes con hombres ya maduros, andaban a la caza de marido. Los antiguos pensaban que el matrimonio era para las mujeres lo que la guerra para los varones: el cumplimiento de su auténtica naturaleza.

A lo largo de los siglos encontramos huellas de un debate acalorado sobre las ventajas y peligros de enseñar las letras a las chicas. La vida nocturna tuvo una importancia decisiva en esta controversia. Los griegos dejaban a las mujeres en casa e iban solos a los banquetes, donde les agasajaban hasta la madrugada hetairas contratadas. Las romanas, en cambio, asistían a las cenas fuera de sus mansiones, y por eso era importante para sus maridos que supieran mantener diálogos inteligentes con los demás comensales. Por este motivo, en los hogares aristocráticos romanos era posible encontrar mujeres orgullosas de su ingenio, su conversación y sus conocimientos.

Encontramos un reflejo ácido y caricaturizado de aquellas damas cultas en las sátiras de Juvenal. A finales del siglo I, el poeta cómico se lanzó a escribir unos versos que, según decía él mismo, nacían de la indignación. Era un humorista gruñón y reaccionario invadido por la nostalgia de un pasado inexistente. No es casual que conservemos tantos manuscritos medievales de sus *Sátiras*, pues los monjes adoraban sus apabullantes denuncias de la depravación humana —un material insuperable para sermones edificantes—. En uno de sus poemas, Juvenal advierte a los hombres de los tormentos del matrimonio. Presenta un catálogo de «maldades» femeninas: su lujuria con los gladiadores, sus infidelidades con extranjeros piojosos —«serás padre de un etíope, pronto llenará tu testamento un heredero negro que no podrás ver jamás a la luz del día»—, sus gastos extravagantes, su crueldad con los esclavos, sus supersticiones, su descaro, su mal humor, los celos… y la cultura («Es una pesada la mujer que al empezar la cena cita a Virgilio y lo coloca en la balanza con Homero. Se retiran los maestros, quedan derrotados los profesores, todos callan, ni el abogado ni el pregonero dirán ni palabra. Aborrezco a la marisabidilla que repasa y memoriza la gramática, manteniendo siempre las reglas y la norma del lenguaje, y que sabe versos que yo ignoro y corrige a la cateta de su amiga expresiones de las que ningún marido se preocupa»).

El estallido misógino de esta sátira es tan virulento que algunos especialistas dudan si de verdad Juvenal era un carca vociferante o si daba voz a los argumentos más extremistas para ridiculizarlos. Resulta casi imposible juzgar la seriedad o la ironía de un texto en la distancia de veinte siglos. En todo caso, el humor de Juvenal no habría triunfado si no hubiera

ingredientes verídicos tras la burla. Es indudable que, a comienzos de nuestra era, el placer de la lectura había anidado en muchas mujeres romanas. Y algunas de ellas, enamoradas de la literatura y el lenguaje, eran capaces de poner en aprietos a sus maridos. Por primera vez hubo en las familias nobles madres e hijas ilustradas que conversaban, leían, conocían la libertad de los libros y sabían utilizar el poder indestructible —«como un dios o como un diamante»— de la palabra.

11

¿Quién aprendía a leer y poseía libros en la civilización romana? Nada demuestra la existencia de algo remotamente parecido a la educación universal en la Antigüedad. Solo en la Edad Moderna, hace muy poco tiempo, algunos países han logrado una alfabetización generalizada, y no ha ocurrido de forma espontánea, sino que ha sido necesario un gran esfuerzo colectivo. Los romanos nunca intentaron universalizar las letras, ni crearon una escuela pública. La educación era voluntaria, no obligatoria. Y cara. Es difícil reconstruir el grado de alfabetización de la época, que oscila desde aquellos que escribían a duras penas su nombre hasta los que devoraban la enrevesada prosa de Tácito. Las destrezas de escritura y lectura no eran uniformes entre hombres y mujeres, ni entre regiones rurales y urbanas. Los expertos son en general cautos y vagos en sus conjeturas. El historiador W. V. Harris se atreve a ofrecer cifras precisas para la población de Pompeya, que quedó sepultada por la lava del Vesubio en el siglo I y donde se han podido estudiar en detalle los miles de grafitis y pintadas de las paredes —mensajes de gente corriente, como el anuncio del alquiler de una casa, declaraciones de amor, objetos perdidos, insultos y obscenidades varias parecidas a las que encontramos en las puertas de nuestros baños públicos, tarifas de putas, un hincha que anima a su gladiador favorito…—. Según Harris, en aquella ciudad habrían estado en condiciones de leer y escribir menos del 60 por ciento de los hombres y menos del 20 por ciento de las mujeres; en total, no más de dos o tres mil pompeyanos. Aunque esas cifras puedan parecernos pobres, revelan un nivel de educación nunca antes alcanzado, y un acceso a la cultura más abierto que en ninguna época anterior.

La vida de los niños de la clase privilegiada daba un vuelco cuando cumplían siete años. A esa edad abandonaban el cobijo de su casa, donde su madre los educaba y algún esclavo griego les enseñaba su lengua —como la institutriz extranjera de las novelas decimonónicas—. Acabada la época del

aprendizaje hogareño, debían afrontar una experiencia dura, incluso violenta. Hasta los once o doce años iban a padecer la didáctica obsesiva y monótona de la escuela primaria. Se insistía machaconamente en cada fase —las letras, las sílabas, los textos—, sin intentar atrapar la curiosidad del estudiante, con una absoluta indiferencia hacia la psicología infantil. Como en Grecia, el método era pasivo: la memoria y la imitación eran los talentos más valorados.

Además, el maestro no solía hacer agradable el aprendizaje. Para todos los escritores antiguos, el recuerdo de la escuela está asociado a los golpes y el terror. En el siglo IV, el poeta Ausonio envió una carta a su nieto para animarlo a empezar sin miedo su nueva vida de colegial: «Ver a un maestro no es una cosa tan espantosa», le decía. «Aunque tenga una voz desagradable y amenace con ásperos regaños arrugando la frente, te acostumbrarás a él. No te asustes si en la escuela resuenan muchos golpes de fusta. Que no te perturbe el griterío cuando el mango de la vara vibre y vuestros banquitos se muevan por los temblores y el miedo». Supongo que estas palabras presuntamente tranquilizadoras le provocarían más de una pesadilla al pobre niño. Agustín de Hipona, que no olvidó jamás sus sufrimientos de colegial, escribió a los setenta y dos años: «¡Quién no retrocedería horrorizado y preferiría perecer si le dieran a elegir entre la muerte o volver a la infancia!».

El oficio de los maestros de primaria se denominaba en latín *litterator*, es decir, «el que enseña las letras». Aquellos pobres diablos, en general severos, desabridos y mal pagados —no debe asombrarnos que muchos cayeran en el pluriempleo—, han legado su nombre a la «literatura», otra profesión propensa a las penurias. Tampoco los establecimientos donde impartían sus clases eran precisamente monumentales: locales de alquiler barato, a veces simples pórticos separados de los ruidos de la calle y de los curiosos por delgadas cortinas de tela. Los alumnos se sentaban en sencillos taburetes sin respaldo y escribían sobre sus propias rodillas, pues no había mesas. Horacio los describe camino a la escuela «cargando en su brazo izquierdo la cajita con las piedras para hacer las cuentas y la tablilla para escribir». Ese fue el contenido de las primeras mochilas infantiles.

Los niños necesitaban materiales baratos de escritura para sus tareas escolares, los dictados, las prácticas de caligrafía, los borradores. Como el papiro era una mercancía lujosa, las tablillas enceradas fueron, desde los romanos, el soporte de la escritura cotidiana e íntima de la infancia. En ellas aprendían a leer y en ellas plasmaban sus éxitos, sus amores, sus recuerdos. En general eran simples piezas lisas de madera o metal con un ligero vaciado, donde recibían un revestimiento de cera de abejas mezclada con resina. Sobre

esa capa blanda se trazaban las letras con un estilete afilado de hierro o hueso. Por el otro extremo, el punzón acababa en una especie de espátula con la que alisar la cera y así poder reutilizar la tablilla o borrar una equivocación. El soporte permitía un reciclaje infinito, sencillamente cambiando la capa de cera. En el yacimiento de Pompeya han aparecido, casi intactos, dos retratos de mujeres pensativas con la punta de un *stilus* rozando su boca, como podría haber posado un intelectual del siglo XX con sus gafas, su cigarrillo y su barba esmeradamente descuidada. En el más conocido de los dos —que, fantaseando con una imagen inexistente, hemos bautizado como «la poeta Safo»—, una mujer joven medita con el estilete apoyado en los labios y las ceras sujetas en una mano, mientras su mente forja un verso. Cada vez que mordisqueamos la punta de un bolígrafo o de un lápiz, concentrados, con la mirada perdida, estamos perpetuando, sin ser conscientes, un repertorio de gestos tan antiguos como la escritura.

La mano de la joven Safo pompeyana sujeta un bloque de cinco o seis tablillas. Era habitual perforar pequeños orificios en una esquina de las tablillas para después atarlas con anillas, cordones o correas. A veces, se fabricaban dípticos o polípticos unidos por bisagras. Gracias a un gran depósito de material encontrado en Vindolanda, junto a la muralla de Adriano en Gran Bretaña, conocemos también la existencia de objetos del tamaño de un cuaderno, confeccionados con planchas de madera corriente o tiras de abedul plegadas como un acordeón. La madera se extraía de los árboles en primavera, cuando circula la savia por ellos y la madera es más flexible para que se pudiera doblar, como los modernos folletos desplegables. En estos conjuntos de tablillas encuadernadas como páginas de madera —en latín, *codices*—, encontramos el eslabón entre el pasado más remoto de la escritura y el presente. Fueron los precursores del libro tal como hoy lo conocemos.

Las tablillas eran muy corrientes y tenían usos muy diversos. Numerosas actas de nacimiento y documentos de manumisión de esclavos —dos maneras de iniciar una nueva vida— se escribieron en ellas. También sirvieron para las anotaciones personales, la contabilidad doméstica y los apuntes comerciales de pequeños negocios, los archivos, las cartas y las primeras versiones de los poemas que todavía hoy leemos. En su manual erótico *El arte de amar*, Ovidio advierte a los amantes clandestinos que borren con mucho cuidado las frases comprometedoras antes de volver a utilizar una tablilla. Según el poeta, muchas infidelidades se descubrían por descuidos de este tipo —las ceras antiguas eran, al parecer, tan delatoras como los móviles de hoy—. El asunto causó, sin duda, bastantes disgustos a nuestros antepasados de la era

predigital, ya que también el popular *Kamasutra,* de Vatsvâyâna dedica amplio espacio a instruir a las mujeres en el arte de ocultar las cartas incriminatorias de sus escarceos amorosos.

A veces las tablillas recibían una mano de yeso para escribir en ellas con tinta usando el cálamo, una caña rígida que terminaba en una punta hendida con un corte en el centro, como el plumín de las estilográficas. De esta forma, era más fácil para una mano poco experta dibujar las letras con palotes y líneas simples. El poeta Persio describe a un niño en edad escolar rezongando y desesperándose con cada goterón de tinta que caía desde la punta del cálamo y salpicaba sus ejercicios de caligrafía. Esa escena se ha repetido en las aulas durante muchos siglos, hasta un pasado muy reciente. Mi madre aún recuerda el paisaje de sus cuadernos escolares rociado con aquellas lágrimas negras.

Yo, en cambio, pertenezco a la era del bolígrafo, invento genial del periodista húngaro László Bíró. Cuentan que a László se le ocurrió la idea básica —fabricar un nuevo instrumento de escritura con una bola de metal dura dentro de un hueco— mientras observaba a unos niños jugar con la pelota. Se dio cuenta de que el balón dejaba rastro al rodar tras haber pasado por un charco de agua. Imagino aquel partido de fútbol en una ciudad lluviosa —los gritos, las risas, el día gris, el suelo salpicado de espejos, las huellas húmedas de la pelota, como un nuevo alfabeto recién inventado—. De allí descienden los inolvidables Bic Cristal hexagonales de mi infancia, con su capuchón azul y su agujerito lateral. Vuelven a mi memoria las largas tardes aburridas en que los usábamos como cerbatanas para lanzar granos de arroz contra la nuca de los compañeros, y yo apuntaba —con torpeza adolescente— intentando llamar la atención de alguien que tal vez me atraía.

12

La estética gore y la fascinación por la violencia extrema, que tan contemporáneas nos parecen, ya tenían adeptos entre los romanos. La mitología griega posee su repertorio de salvajadas —violaciones, ojos arrancados, hígados humanos devorados por buitres y gente desollada con saña—, pero en la cumbre del género reinan, sin ninguna duda, las crónicas de mártires cristianos, con sus descripciones explícitas de torturas, desmembramientos, mutilaciones y sangre, mucha sangre.

Uno de los grandes maestros sádicos y truculentos nació en Hispania a mediados del siglo IV, probablemente en Cesaraugusta —es decir, su infancia

debió de transcurrir entre los mismos ríos y vientos que la mía—. Aurelio Prudencio Clemente recibió de sus padres un nombre pacífico y ocupó diversos cargos poco aventureros como funcionario imperial, pero detrás de esa fachada rutinaria se agazapaba el bisabuelo romano de Tarantino o Dario Argento. Cerca ya de los cincuenta años, este hispano tranquilo experimentó un fuerte arrebato creativo, dejó sus responsabilidades oficiales y escribió veinte mil versos febriles en siete años. Entre otros libros, publicó una colección de poemas con nombre griego, *Peristephanon*, «Sobre las coronas de los mártires», que relata, con gran lujo de detalles y estilizadas coreografías del tormento, el suplicio de catorce cristianos a los que torturaron para hacerles renegar de su fe.

San Casiano fue víctima de uno de esos morbosos martirios que tanto conmovían a Prudencio. La crónica de su muerte es uno de los textos más terroríficos de la literatura latina e, inesperadamente, también un documento extraordinario para conocer —desde una perspectiva macabra— la vida cotidiana de la escuela antigua y los útiles de escritura de nuestros antepasados romanos. Prudencio cuenta que Casiano era maestro de primaria, y no demasiado amable con sus discípulos. Dirigía las tareas de los más pequeños, les enseñaba a escribir al dictado y solía infligirles duros castigos. Azotados a diario, sus alumnos incubaron una peligrosa mezcla de miedo, violencia y resentimiento, como esos niños rubios de mirada gélida que nos erizan la piel en *La cinta blanca*, de Haneke.

Corrían los años oscuros de las persecuciones religiosas. Cuando se desencadenó la enésima ola de represión contra los cristianos, detuvieron a Casiano por negarse a rendir culto a los dioses paganos. Según Prudencio, las autoridades decidieron entregarlo, sin manto y con las manos atadas a la espalda, a los chiquillos de su clase, para que ellos fuesen sus verdugos. La narración, hasta este momento bastante predecible, se oscurece de repente. La muerte y la crueldad tienen aquí rostro infantil: «Todos dejan escapar con ansia la hiel y el odio que habían ido almacenando en forma de ira silenciosa. Lanzan y rompen, contra la cara de su maestro, frágiles pizarras y el puntero salta al chocar contra su frente. Le golpean con las tablillas de cera de la escritura, y las páginas partidas y húmedas quedan rojas de sangre. Otros hacen vibrar en sus manos estiletes y punzones de hierro con cuya punta, trazando surcos, se escribe en la cera. Doscientas manos pinchan, a la vez, su cuerpo; unos penetran en alguna víscera, otros le arrancan la piel».

Prudencio quiere estremecer al lector impresionable para que se fortalezca su fe. Maneja con habilidad los recursos del terror: alarga la escena, se

demora en los detalles, los movimientos, los sonidos y los impactos. Convierte en armas los objetos cotidianos, explora el dolor que pueden causar. Nos descubre que los punzones utilizados para dibujar las palabras en la cera estaban afilados como cuchillos. Esa escritura con puñales simboliza la violencia que imperaba en la escuela romana de la letra y la sangre. Así, el poema se convierte, paradójicamente, en un negrísimo alegato contra los castigos físicos a los niños. Todos los alumnos parecen haber soportado los sarcasmos y los golpes del maestro, y el terrible relato de su venganza nos obliga a contemplar la transformación de los niños en verdugos, de los inocentes en asesinos. Es un espectáculo inquietante, malsano: «¿De qué te quejas? —dice con crueldad un chico al maestro caído en desgracia—. Tú mismo nos entregaste el punzón y armaste con él nuestras manos. Ahora te devolvemos las miles de señales que recibimos durante la enseñanza. No debería irritarte que escribamos. ¡Pedimos tantas veces descansos que tú nos negabas, avaro maestro de nuestros esfuerzos! Anda, ejerce tu autoridad, tienes derecho a castigar al discípulo más perezoso». El final del poema es absolutamente macabro. Los niños se divierten alargando el tormento de su maestro, mientras el calor de la vida escapa poco a poco por los cortes del taladrado cuerpo.

Aunque la intención de Prudencio era denunciar los crímenes contra los cristianos, en su atroz relato se filtran también las tinieblas de la vida escolar. Otro hispano, nacido a mediados del siglo I en Calagurris —la actual Calahorra—, fue uno de los primeros escritores en cuestionar los métodos brutales en la educación. En sus *Instituciones oratorias*, Quintiliano afirmaba que el deseo de aprender depende solo de la voluntad, «donde no cabe violencia». Se oponía a los castigos humillantes en la escuela —«apropiados solo para esclavos», decía, demostrando que sus impulsos humanitarios tenían sus excepciones y boquetes—. Tal vez recordaba su propia infancia vapuleada cuando escribía que los niños a los que se golpea a menudo sufren miedo, dolor y vergüenza, una vergüenza tan honda que quebranta la felicidad infantil. Por eso, añade, siendo la niñez una edad desvalida, nadie debería tener un poder ilimitado sobre las criaturas más indefensas.

La espeluznante historia de Casiano parece demostrar que los azotes y golpes nunca desaparecieron de las aulas romanas, pero también detectamos zonas de luz en el tétrico panorama. Hacia el comienzo de nuestra era, surgieron defensores de una pedagogía más compasiva y divertida. Esta corriente prefería las recompensas a los castigos, y se esforzaba por despertar en los niños la sed de aprender. Sabemos que algunos maestros empezaron a

fabricar juguetes educativos para sus alumnos y, para premiar sus primeros balbuceos en la lectura, les regalaban pastelillos y galletas con la forma de las letras que estaban aprendiendo. Semejantes excesos de indulgencia provocaron la reacción inmediata de los adalides de la vieja tradición. Un personaje del *Satiricón* de Petronio arremete contra las costumbres depravadas y blandengues de su época —el reinado de Nerón, en el siglo I—, y anuncia la decadencia inminente de Roma si —¡habrase visto!— los niños estudian jugando. Las batallas entre la vieja y la nueva escuela son muy antiguas.

Una joven familia

13

En realidad, si volvemos la mirada hacia nuestros orígenes, descubrimos que los lectores somos una familia muy joven, una meteórica novedad. Hace unos 3.800 millones de años en el planeta Tierra, ciertas moléculas se unieron para formar unas estructuras particularmente grandes e intrincadas llamadas organismos vivos. Animales muy parecidos a los humanos modernos aparecieron por primera vez hace 2,5 millones de años. Hace 300.000 años, nuestros antepasados domesticaron el fuego. Hace unos 100.000 años, la especie humana conquistó la palabra. Entre el año 3500 y el 3000 a. C., bajo el sol abrasador de Mesopotamia, algunos genios sumerios anónimos trazaron sobre el barro los primeros signos que, superando las barreras temporales y espaciales de la voz, lograron dejar huella duradera del lenguaje. Solo en el siglo XX, más de cinco milenios después, la escritura se convirtió en una habilidad extendida, al alcance de la mayoría de la población —un largo recorrido; una adquisición muy reciente—.

Hemos tenido que esperar hasta las últimas décadas del siglo pasado, ante el umbral del siglo XXI, para que gentes de orígenes muy humildes, pertenecientes a las subculturas de las grandes ciudades, inmersas en un mundo de bandas callejeras y tribus urbanas, aprendieran el alfabeto y se apropiasen de él para dar rienda suelta a sus protestas, su disconformidad y sus desencantos. Los grafitis contemporáneos han sido uno de los sucesos más innovadores que, en muchos siglos, ha experimentado el alfabeto romano, icono imprevisto de décadas de duro trabajo para extender la alfabetización. Por primera vez en nuestra historia, un grupo de personas muy jóvenes —niños y adolescentes de edad escolar, muchos de ellos nacidos en guetos y periferias—, han tenido los medios y la seguridad en sí mismos para inventar sus propias expresiones gráficas, creando un arte original basado en garabatos y letras. Jean-Michel Basquiat, un joven negro de raíces haitianas, vivía como un vagabundo antes de empezar a colgar, en los años ochenta del pasado siglo, sus grafitis en galerías de arte. Las letras invaden como cataratas muchos de sus lienzos, tal vez como autoafirmación dentro de un sistema que mantenía apartados a los marginales. Escribía y luego tachaba algunas

palabras para que se vieran más; decía que el mero hecho de que estuvieran vedadas nos obliga a leerlas con más atención.

Curiosamente, los grafitis —o *writing*, como lo llamaban los implicados— se extendieron por los edificios, los andenes de metro, las tapias y las vallas publicitarias de Nueva York, Los Ángeles y Chicago, y luego por los de Ámsterdam, Madrid, París, Londres y Berlín, en los mismos años en que tenía lugar la Revolución Informática en los patios traseros de Silicon Valley. Mientras los nuevos expertos en tecnología exploraban las fronteras del ciberespacio, la juventud urbana que vivía en las barriadas marginales conocía por primera vez el placer de trazar letras en paredes y vagones, y la belleza del acto físico de escribir. En los mismos años en que los teclados empezaban a revolucionar los gestos de la escritura, la cultura juvenil alternativa descubrió con pasión la caligrafía, que hasta entonces había sido un deleite minoritario. Fascinados por el poder de dar nombre a las cosas, por las posibilidades creativas que encierran las letras y por el sentido del riesgo en la escritura —es una acto peligroso, siempre al borde de la fuga—, los adolescentes adoptaron el alfabeto manuscrito como una nueva forma de expresarse, de emplear el tiempo libre y de merecer el respeto de sus iguales. Que esta apropiación sea tan actual solo se explica por la juventud de la escritura en relación con el largo trayecto de la humanidad —la escritura constituye tan solo el último parpadeo de nuestra especie, el latido más reciente de un viejo corazón—.

Vladimir Nabokov tenía razón al reprocharnos en *Pálido fuego* nuestra falta de asombro ante esta prodigiosa innovación: «Estamos absurdamente acostumbrados al milagro de unos pocos signos escritos capaces de contener una imaginería inmortal, evoluciones del pensamiento, nuevos mundos con personas vivientes que hablan, lloran, se ríen». Y lanza una pregunta inquietante: «¿Y si un día nos despertáramos, todos nosotros, y descubriéramos que somos absolutamente incapaces de leer?». Sería un regreso a un mundo no tan lejano, anterior al milagro de las voces dibujadas y las palabras silenciosas.

14

La expansión de la lectura provocó un nuevo equilibrio de los sentidos. Hasta entonces, el lenguaje se abría camino a través de los oídos pero, tras el hallazgo de las letras, parte de la comunicación emigró a la mirada. Y los lectores pronto empezaron a sufrir problemas de visión. Por las quejas de

algunos escritores romanos, descubrimos que el uso cotidiano de las tablillas enceradas fatigaba y «oscurecía» la vista. En la superficie de cera, los trazos eran simples hendiduras sin contraste —trabajosos surcos de palabras—. El poeta Marcial mencionó en sus versos «los desfallecientes ojos» de quien lee en tablillas, y Quintiliano recomendaba a todas las personas de vista frágil leer solo libros escritos con tinta en la superficie del papiro o pergamino, negro sobre pardo. Así averiguamos que el soporte más barato y accesible al alcance de nuestros antepasados dejaba secuelas.

En aquel tiempo, no había forma de corregir las dioptrías. Por eso, la vista cansada de muchos lectores y estudiosos del pasado estaba con frecuencia condenada a sumergirse lentamente en una neblina sin regreso o a deshacerse en una tormenta de manchas de donde huían los colores y la luz. Las gafas todavía estaban por inventar. Se cuenta que el emperador Nerón miraba a través de una enorme esmeralda para poder ver desde el palco los detalles de sus amadas peleas entre gladiadores. Es posible que tuviese la vista corta y emplease sus grandes joyas labradas como la lente de un catalejo. En todo caso, las piedras preciosas de tamaño gigantesco estaban al alcance de emperadores, pero no de intelectuales con la bolsa flaca y telarañas en los bolsillos de la túnica.

Largos siglos después, en 1267, Roger Bacon demostró científicamente que la letra pequeña podía verse más clara y aumentada usando lentes esmeriladas de una forma precisa. A raíz de este descubrimiento, las fábricas de Murano empezaron a experimentar con el vidrio, convirtiéndose en la cuna de las gafas. Descubiertas las lentes, había que crear monturas cómodas, ligeras y que no dejasen resbalar los anteojos. Aunque algunas de esas primeras soluciones recibieron el apodo de «estrujanarices», los nuevos artilugios se convirtieron rápidamente en un apetecible símbolo de prestigio social.

En una escena de *El nombre de la rosa*, Guillermo de Baskerville, ante un maravillado Adso, extrae un par de gafas de la bolsa que lleva colgando del sayo a la altura del pecho y se las coloca en el rostro. En el siglo XIV, cuando sucede la historia, eran todavía una rareza. Los monjes de la abadía, que nunca antes habían visto nada semejante, observan con curiosidad, pero sin atreverse a preguntar, la extraña prótesis de vidrio. El joven Adso la describe como «una horquilla, construida de tal modo que pudiera montarse en la nariz de un hombre como el jinete en el lomo de su caballo. Por ambos lados, la horquilla continuaba en dos anillas ovaladas de metal que, situadas delante de cada ojo, llevaban engastadas dos almendras de vidrio, gruesas como fondos

de vaso». Guillermo explica a su atónito ayudante que el paso de los años endurece los ojos y que, sin ese prodigioso instrumento, muchos sabios, al cumplir cincuenta primaveras, morirían para la lectura y la escritura. Los dos dan gracias al Señor porque alguien haya descubierto y fabricado esos fabulosos discos capaces de resucitar la visión.

Los lectores ricos de la Antigüedad no podían comprar aún las inexistentes gafas, pero tenían a su disposición los rollos más lujosos del mercado con los que proteger y agasajar sus ojos. La mayoría de los libros se elaboraban por encargo, y la calidad del producto artesano dependía, como en todas las épocas, del gasto que estaba dispuesto a afrontar el comprador. Para empezar, había distintas calidades de papiro. Como Plinio documenta, el más fino procedía de tiras rebanadas de la pulpa interior del junco egipcio. Si el coleccionista tenía la bolsa bien repleta, la caligrafía del copista sería más grande y bella, y el libro se leería con mayor facilidad y perduraría más tiempo.

Imaginemos por un momento los rollos más hermosos, más refinados, más exclusivos. Los bordes de las hojas de papiro, alisadas laboriosamente con piedra pómez, se adornaban con una franja de color. Para reforzar la consistencia de los libros, se labraban unos bastoncillos llamados «ombligos», de marfil o maderas valiosas, a veces recubiertas de pan de oro. Los remates del ombligo eran unas empuñaduras muy adornadas. Los rollos de la Torá judía utilizados en las sinagogas mantienen vivo el aspecto de aquellos primeros libros. Para los judíos, los cilindros de madera con sus pomos —«árboles de la vida»— son imprescindibles por la prohibición ritual de tocar con la mano el pergamino o las letras de los libros sagrados. Entre los griegos y romanos, acariciar el texto nunca fue sacrilegio, y los ombligos sencillamente ayudaban a desplegar y rebobinar el rollo con más facilidad.

Los artesanos inventaron otros caros accesorios para bibliófilos caprichosos, como cajas de viaje y fundas de piel para preservar el papiro de las inclemencias. En los ejemplares de lujo, esa funda se teñía de púrpura, el color del poder y la riqueza. Sabemos que existía también un caro ungüento —el aceite de cedro— con el que untar el papiro con el propósito de ahuyentar a las polillas que devoraban palabras.

Solo los aristócratas y patricios romanos podían presumir de bibliotecas tan fastuosas. Exhibían así el orgullo de su fortuna, como los que hoy se pavonean conduciendo un Rolls-Royce. Los poetas, sabios y filósofos, salvo excepciones, no pertenecían a esos círculos privilegiados. Algunos de ellos miraban de reojo los bellísimos libros que quedaban fuera de su alcance y,

rezongando entre dientes, escribían como venganza agudas sátiras contra los coleccionistas incultos. Ha llegado hasta nosotros uno de esos rencorosos libelos, titulado *Contra un ignorante que compraba muchos libros*: «Quien no obtiene ningún beneficio de los libros ¿qué hace al comprarlos sino dar trabajo a los ratones, guarida a las polillas y golpes a los esclavos que no los cuidan bastante? Podrías prestarlos a quienes harían más provecho, ya que no sabes qué hacer con ellos. Pero eres como el perro que, tendido en la cuadra, ni come la cebada ni deja que el caballo la coma, él que podría hacerlo». Esta obra maestra del cabreo y el insulto pinta con ira el paisaje de escasez anterior a la imprenta, cuando leer era, demasiadas veces, un signo de inmerecido privilegio.

15

Durante mucho tiempo los libros circularon de mano en mano dentro de los círculos cerrados de las amistades y las clientelas más exclusivas. En la Roma republicana, leían las élites y sus satélites. Transcurrieron largos siglos en los que, a falta de bibliotecas públicas en la Urbe, solo podías posar los ojos en los libros si poseías un gran patrimonio, o si tenías habilidad para la adulación.

Hacia el siglo I a. C. atisbamos por primera vez la existencia de lectores por placer, sin gran fortuna ni pretensiones sociales. Esa rendija se abrió gracias a las librerías. Sabemos que ya hubo comercio librario en Grecia, pero apenas poseemos datos para reconstruir la imagen de aquellos primeros tenderetes de libros. Acerca del mundo romano, en cambio, nos han llegado sustanciosos detalles (nombres, direcciones, gestos, precios e incluso bromas).

El joven poeta Catulo —siempre fue joven, pues murió a los treinta años — cuenta una reveladora anécdota de amistad y librerías ambientada a mediados del siglo I a. C. Como precedente de nuestras inocentadas navideñas, a finales de un frío mes de diciembre, durante las fiestas saturnales, recibió un regalo en son de broma de parte de su amigo Licinio Calvo: una antología poética de los autores que ambos consideraban los más nefastos del momento. «Grandes dioses, qué horrible y condenado librito has enviado a tu Catulo para que se muriera de una vez», refunfuña Catulo. Y a continuación trama su venganza: «Esta fechoría no te saldrá barata, gracioso, porque en cuanto amanezca correré a los arcones de los libreros y compraré

los peores venenos literarios para devolverte estos suplicios. Mientras tanto, volved allí de donde en mala hora salisteis, calamidad de nuestros tiempos, pésimos poetas».

Por medio de estos versos juguetones descubrimos que en aquella época ya era una costumbre habitual regalar libros adquiridos en el mercado por las saturnales. Es más, el vengativo Catulo puede confiar en que, al alba del día siguiente, encontrará abiertas en Roma varias librerías donde comprar lo peor y más mortífero de la producción poética contemporánea, que le servirá para vengarse de la malicia de su amigo.

Esas librerías madrugadoras eran, principalmente, talleres de copia por encargo. A esos establecimientos acudían sobre todo personas de baja estofa que no tenían ni siquiera un mal esclavo al que encomendar la tarea. Llegaban con un original bajo el brazo y ordenaban un determinado número de copias manuscritas, más o menos lujosas según sus posibilidades económicas. Los empleados del taller, en su mayoría esclavos, manejaban rápido el cálamo. El bilbilitano Marcial, que fue el gran adalid antiguo de la poesía breve, afirmaba que una copia de su segundo libro de epigramas —de treinta páginas en mi edición impresa— se hacía esperar tan solo una hora. Argumentaba así las múltiples ventajas de su literatura rápida y ecológica: «Lo primero, consumo menos papiro; lo segundo, mis versos los copia todos el copista en una sola hora, y no es esclavo de mis bagatelas durante mucho tiempo; en tercer lugar, aunque el libro sea malo desde el principio hasta el final, solo dará la tabarra un ratito».

La misma palabra, *librarius*, designaba al copista y al librero, porque se trataba de un solo oficio. Antes de la invención de la imprenta, los libros eran reproducidos de uno en uno, letra a letra, palabra por palabra. El precio del material y del trabajo eran constantes. Producir de una sola vez, como hacemos hoy, una tirada de miles de ejemplares no hubiera significado ningún ahorro. Más bien al contrario, elaborar muchos libros sin un comprador garantizado habría colocado al negocio en peligro de quiebra. Los romanos hubieran arqueado una ceja incrédula ante nuestros conceptos actuales de público potencial y ampliación de mercado. Sin embargo, la anécdota de Catulo da a entender que se podía acudir a las librerías en busca de algunas obras ya listas para su compra, sin necesidad de aportar el original —seguramente se trataría de un puñado de novedades y ciertos clásicos imprescindibles—. Los libreros empezaban a asumir un cierto grado de riesgo empresarial, ofreciendo libros *prêt-à-porter* de autores en quienes confiaban.

Marcial fue el primer escritor que hizo gala de una relación amistosa con el gremio de los libreros. Seguramente él mismo, que siempre protestaba de la tacañería de sus mecenas, se surtiría de libros en las tiendas. Varios de sus modernísimos poemas contienen publicidad encubierta, tal vez pagada: «En el barrio del Argileto, frente al foro de César, hay una librería cuya puerta está totalmente llena de rótulos, de suerte que puedes leer rápidamente los nombres de todos los poetas. Búscame allí. Atrecto —así se llama el dueño de la librería— te dará del primer o segundo estante un Marcial pulido con piedra pómez y adornado con púrpura, por cinco denarios».

A juzgar por el precio de cinco denarios que menciona el poeta para su flaco librito —un denario era el salario de una jornada de trabajo—, Atrecto y los escribas de su taller elaboraban productos de lujo, aunque suponemos que también fabricarían libros baratos para presupuestos más escuálidos.

Junto con Atrecto, Marcial deja caer en sus versos los nombres de otros tres libreros: Trifón, Segundo y Quinto Polión Valeriano. Al último le dedica unas socarronas palabras de gratitud por mantener en venta sus libros primerizos: «Todas las fruslerías que escribí cuando era joven, lector, se las pedirás a Quinto Polión Valeriano, gracias al cual no perecen mis tonterías». Y publicita el negocio de Segundo, dirección incluida: «Para que no ignores dónde estoy en venta y no andes vagando de un lado a otro por toda la ciudad, sigue mis instrucciones: busca a Segundo, el liberto del culto Lucense, detrás del templo de la Paz y del Foro de Palas». En una sociedad que no reconocía los derechos de autor, Marcial no recibía ningún porcentaje de la venta de sus libros en esas librerías —ni en ninguna otra—, pero quizá cobraba por anunciarlas dentro de sus poemas, lo que convertiría a nuestro poeta en el precursor romano del *product placement* de las series de televisión actuales. Es probable, además, que le gustase merodear por esas tiendas en sus horas de ocio y que quisiera inmortalizarlas en sus epigramas. Seguramente se sentiría más cómodo comentando los últimos chascarrillos literarios en compañía de aquellos inteligentes empresarios libertos que en las mansiones de los desdeñosos aristócratas que le hacían entrar por la puerta de servicio.

Los poemas de Marcial nos ayudan a reconstruir cómo serían aquellas primeras librerías: establecimientos con letreros en las puertas y filas de nichos o estantes en el interior. Por analogía con algunos comercios pompeyanos preservados por la lava volcánica, imagino una tienda de libros recorrida por un mostrador macizo y con abigarrados frescos mitológicos en las paredes; una puerta trasera comunicaría la sala donde el dueño atendía al público con el taller en el que trabajaban a ritmo despiadado los esclavos

copistas, encorvados hora tras hora sobre las páginas de papiro o pergamino, soportando con estoicismo el dolor de espalda y los calambres en los brazos.

Por medio de los libreros, los versos de Marcial empezaron a llegar a manos de lectores desconocidos, fuera del círculo de sus mecenas, y el poeta estaba encantado con esa nueva promiscuidad literaria. Otros escritores, sin embargo, vivían con miedo y pudor la apertura incontrolada a un público cada vez más amplio y sin rostro. Horacio confesó su timidez en una epístola donde dialoga con su propio libro. Riñe a su obra más reciente como si tuviera vida propia o, para ser exactos, como si fuera un joven efebo con demasiadas ganas de salir a la calle y exhibirse ante el público. La discusión se calienta y el poeta echa en cara a su presumida criatura que está deseando llegar a la librería de los Sosios para prostituirse: «Odias los cerrojos y sellos que agradan al pudoroso, te quejas de ser mostrado a pocos y alabas, a pesar de tu crianza, los lugares públicos. ¿Qué he hecho, pobre de mí?, dirás, cuando saciado se canse tu amante. Cuando, manoseado por el vulgo, empieces a ensuciarte».

Detrás de estas bromas en clave erótica, late un cambio histórico del acceso a la lectura. Entre los siglos I a. C. y I d. C., nació en el Imperio romano un nuevo destinatario: el lector anónimo. Hoy podría resultar triste publicar un libro que solo leerán parientes y amigos; para los autores romanos, en cambio, era la situación más habitual, segura y confortable. Abolir esas fronteras, aceptar que cualquiera podía asomarse a sus pensamientos y emociones a cambio de un puñado de denarios, fue una experiencia vivida como una traumática desnudez por muchos escritores.

La epístola de Horacio anuncia el fin del monopolio aristocrático sobre los libros. Además, expresa una profunda desconfianza hacia un público de lectores extraños —e incluso plebeyos—, ajenos a sus relaciones, lejanos en el espacio y en el tiempo. El autor acaba amenazando al descarado librito con un destino humillante: «Servirás de pasto en silencio a las torpes polillas o te alcanzará la vejez en un pequeño rincón enseñando a los niños las letras, o en un paquete serás enviado a Ilerda (la actual Lérida)». A menos que el desvergonzado ejemplar se comporte con decencia, quedándose en casa y entre personas de confianza, sufrirá la insoportable vejación de convertirse en texto escolar o, peor aún, el ultraje de pertenecer a la biblioteca de un rudo lector hispano.

Frente a la de Horacio, destaca la actitud abierta e irreverente de Marcial, nacido todavía más allá de Ilerda, en la celtíbera Bilbilis (hoy Calatayud) y, por tanto, desprovisto de prejuicios contra los provincianos. Empezaba una

nueva época en la que ya no haría falta cortejar a los ricos para acceder a los libros. Marcial y los libreros aplaudían esta ampliación del campo de batalla.

Librero: oficio de riesgo

16

Helene era hija de emigrantes. Su padre, un humilde camisero, conseguía entradas para los teatros de Filadelfia a cambio de las prendas de ropa que vendía. Gracias a esos mercadeos, en plena Gran Depresión estadounidense, Helene podía arrellanarse en las gastadas butacas y, cuando las luces se apagaban en la sala para iluminar el escenario, su corazón latía deprisa, como un caballo desbocado en la oscuridad del teatro. Con veinte años y una escasa beca, se instaló en Manhattan para inaugurar su vida de escritora. Durante décadas se alojó en cochambrosas habitaciones con muebles destartalados y cocinas plagadas de cucarachas, sin poder prever de un mes para otro cómo pagaría el alquiler. Malvivía como guionista de televisión mientras creaba, una tras otra, decenas de piezas que nadie quería producir.

Su mejor obra, que fue creciendo y tomando forma lentamente durante los siguientes veinte años, nació de la forma más inocente y más imprevista. Helene tropezó con un minúsculo anuncio de una librería londinense especializada en libros agotados. En el otoño de 1949, envió su primer pedido al número 84 de Charing Cross Road. Los libros, asequibles gracias al cambio de moneda, empezaron a viajar a través del océano, rumbo a las estanterías de sus sucesivos apartamentos, fabricadas con cajas de naranjas.

Desde el principio, Helene envió a la librería algo más que frías listas y el dinero de los pagos correspondientes. Sus cartas explicaban el placer de desembalar el libro recién llegado y acariciar las páginas de un hermoso color crema, suaves al tacto; su cómica decepción si la obra no estaba a la altura de las expectativas previas; sus impresiones al leer los textos, sus apuros económicos, sus manías —«me encantan esos libros de segunda mano que se abren por aquella página que su anterior propietario leía más a menudo»—. El tono, al principio envarado, de las respuestas que enviaba el librero, llamado Frank, se fue relajando con el paso de los meses y las cartas. En diciembre, llegó a Charing Cross Road un paquete navideño de Helene para los empleados de la librería. Contenía jamón, latas de conserva y otros productos que, en la dura posguerra inglesa, solo se podían conseguir en el mercado negro. En primavera, ella pidió a Frank, por favor, una pequeña antología de

poetas «que sepan hablar del amor sin gimotear» para leerla al aire libre, en Central Park.

Lo extraordinario de esas cartas es cómo dejan entrever lo que no cuentan. Frank nunca lo dice, pero es indudable que se deja la piel, recorriendo grandes distancias y registrando cada rincón de remotas bibliotecas privadas en venta, a la búsqueda de los libros más bellos para Helene. Y ella responde con nuevos paquetes de regalo, con nuevas confidencias humorísticas sobre sí misma, con nuevos encargos apremiantes. Una emoción sin palabras y un deseo callado se infiltran en esta correspondencia comercial que ni siquiera es privada, porque Frank saca una copia de cada carta para el archivo del negocio. Transcurren los años, y los libros. Frank, casado, contempla cómo sus dos hijas dejan atrás la infancia y la adolescencia. Helene, siempre sin un céntimo, sigue subsistiendo gracias a la escritura alimenticia de guiones televisivos. Los dos intercambian regalos, encargos y palabras, cada vez más espaciadas. Han depurado un lenguaje propio para comunicarse, limpio de sentimentalismos, reticente, plagado de frases ingeniosas para quitar hierro a su amor omitido.

Helene siempre anunciaba que viajaría a Londres —y a la librería— en cuanto reuniera dinero para los billetes, pero las eternas penurias de la escritura, un percance dental y los gastos de sus incesantes mudanzas retrasaban verano tras verano el encuentro. Con frases siempre pudorosas, Frank lamentaba que, entre tantos turistas americanos fascinados por los Beatles, nunca llegase Helene. En 1969 Frank murió de repente a causa de una peritonitis aguda. Su viuda escribió unas líneas a la norteamericana: «No me importa reconocer que a veces me he sentido muy celosa de ti». Helene reunió todas las cartas y publicó la correspondencia de los dos en forma de libro. Entonces conoció el éxito fulgurante que durante años de duro trabajo siempre le había vuelto la espalda. *84, Charing Cross Road* se convirtió pronto en una novela de culto, adaptada al cine y al teatro. Después de décadas escribiendo piezas teatrales que nadie estaba dispuesto a producir, Helene Hanff triunfó en los escenarios con una obra que nunca pretendió serlo. Gracias a la publicación del libro, por fin pudo viajar a Londres —por primera vez pero demasiado tarde: Frank estaba muerto y la librería Marks & Co. ya había desaparecido—.

Solo la mitad de la historia de la escritora y su librero-confidente está contenida en su correspondencia. La otra mitad palpita en los libros que él buscó para ella, porque recomendar y entregar a otro una lectura elegida es un poderoso gesto de acercamiento, de comunicación, de intimidad.

Los libros no han perdido del todo ese primitivo valor que tuvieron en Roma, la sutil capacidad de trazar un mapa de los afectos y las amistades. Cuando unas páginas nos conmuevan, un ser querido será el primero a quien hablaremos de ellas. Al regalar una novela o un poemario a alguien que nos importa, sabemos que su opinión sobre el texto se reflejará sobre nosotros. Si un amigo, una amada o un amante coloca un libro en nuestras manos, rastreamos sus gustos y sus ideas en el texto, nos sentimos intrigados o aludidos por las líneas subrayadas, iniciamos una conversación personal con las palabras escritas, nos abrimos con mayor intensidad a su misterio. Buscamos en su océano de letras un mensaje embotellado para nosotros.

Cuando apenas se conocían, mi padre le regaló a mi madre un ejemplar de *Trilce*, los poemas de juventud de César Vallejo. Tal vez nada de lo que sucedió después hubiera sido posible sin la emoción que esos versos despertaron. Ciertas lecturas son una forma de derribar barreras, ciertas lecturas nos recomiendan al desconocido que las ama. No tengo parentesco con el prodigioso César Vallejo, pero lo he injertado en mi árbol genealógico. Igual que mis remotos bisabuelos, el poeta fue necesario para que yo existiera.

A pesar del empuje de la mercadotecnia, los blogs y las críticas, las cosas más bellas que hemos leído se las debemos casi siempre a un ser querido —o a un librero convertido en amigo—. Los libros nos siguen uniendo y anudando de una forma misteriosa.

17

Las librerías desaparecen rápido, sus rastros en el tiempo son más tenues que las huellas de las grandes bibliotecas. En su imprescindible ensayo —y ruta de viajes bibliófilos—, Jorge Carrión escribe que el diálogo entre las colecciones privadas y las colecciones públicas, entre la librería y la biblioteca, es tan viejo como la civilización; pero la balanza histórica siempre se inclina por la segunda. Mientras que el bibliotecario acumula, atesora, a lo sumo presta temporalmente la mercancía, el librero adquiere para librarse de lo adquirido, compravende, pone en circulación. Lo suyo es el tráfico, el pasaje. Si las bibliotecas están atadas al poder, a los gobiernos municipales, a los Estados y sus ejércitos, las librerías vibran con el nervio del presente, son líquidas, temporales. Y, añadiría yo, peligrosas.

Ya desde tiempos de Marcial, los libreros ejercen un oficio de riesgo. El poeta pudo presenciar en Roma la ejecución de Hermógenes de Tarso, un

historiador que molestó al emperador Domiciano con ciertas alusiones contenidas en su obra. Para mayor escarmiento, sufrieron también pena de muerte los copistas y libreros que pusieron en circulación el volumen maldito. Suetonio explicó la condena de estos últimos con unas palabras que no necesitan traducción: *librariis cruci fixis*.

Domiciano inauguró con esos crucificados un triste cómputo de opresiones. Desde entonces, incontables censores han aplicado el mismo método del emperador, castigando responsabilidades indirectas. El éxito del mecanismo represor estriba precisamente en extender la amenaza de represalias, multas o cárcel a todos los eslabones de la cadena de difusión (desde los amanuenses o impresores de antaño, al administrador de un foro o proveedor de internet). Amedrentar a esos agentes ayuda a acallar los textos incómodos, pues es poco probable que todos los involucrados estén dispuestos a correr los mismos riesgos que el autor, más visceralmente comprometido con la publicación de su propia obra. Por tanto, las amenazas a los libreros son parte esencial de esta guerra sin cuartel contra los libros libres.

Casi nada sabemos de los libreros a quienes el emperador ajustició por copiar y vender la historia de Hermógenes, que tal vez ni siquiera les gustaba. Solo los salva del olvido una frase veloz de Suetonio, en un párrafo sobre el terror que instauró Domiciano. Aparecen y desaparecen al instante, dejándonos un regusto de curiosidad insatisfecha. Se les nombra por primera vez cuando mueren, y ahí queda todo. ¿Qué historia habrían contado ellos? ¿Qué penurias pasaron, y qué alegrías conocieron en su profesión? ¿Fueron víctimas de un escarmiento arbitrario o apoyaban el espíritu subversivo del autor del texto que les costó la vida?

Un apasionante libro de memorias da voz a los libreros de otra época incierta, caótica y autoritaria: la España del siglo XIX que salía del reinado absolutista de Fernando VII. El autor, George Borrow, al que los madrileños llamaban «don Jorgito el inglés», vino a nuestro país enviado por la British and Foreign Bible Society con la misión de difundir los libros sagrados en su versión anglicana. Borrow recorrió la geografía de la península por caminos polvorientos y casi clandestinos para ir depositando sus ejemplares de la Biblia en las principales librerías de capitales y pueblos. Entre un paisaje abigarrado de venteros, gitanos, meigas, labriegos, arrieros, soldados, contrabandistas, bandoleros, toreros, partidas carlistas y funcionarios cesantes, retrata el famélico mundo editorial que conoció. Al publicar en 1842 el relato de sus viajes peregrinos, *La Biblia en España*, afirmó sin rodeos: «la

demanda de obras literarias de cualquier género es en España miserablemente reducida».

La obra despliega una impagable galería de libreros que hablan en primera persona, testarudos, quejosos, maltratados —y, en algún caso, inquietantes—. El librero de Valladolid, «hombre sencillo, de corazón bondadoso», solo podía dedicarse a la venta de libros en combinación con otros negocios heterogéneos, ya que la librería no le daba para vivir. Borrow logró que un intrépido librero de León aceptase vender sus biblias anglicanas y anunciarlas. Pero los leoneses, «furibundos carlistas, con raras excepciones», incoaron un proceso ante el tribunal eclesiástico contra su heterodoxo convecino. El librero, lejos de acobardarse, sostuvo el reto y llegó hasta fijar un anuncio en la misma puerta de la catedral. En Santiago de Compostela, Borrow trabó amistad con un veterano del oficio, que lo llevaba a recorrer las cercanías de la ciudad durante los suaves atardeceres veraniegos. Tras varias caminatas, se atrevió a hablarle a corazón abierto y confiarle las persecuciones sufridas: «Los libreros españoles somos todos liberales. Somos muy amantes de nuestra profesión y, más o menos, todos hemos padecido por su causa. Muchos de los nuestros fueron ahorcados en los tiempos de terror, por vender inofensivas traducciones del francés o del inglés. Yo tuve que huir de Santiago y refugiarme en la parte más agreste de Galicia. A no ser por los buenos amigos, no lo contaría ahora; con todo, me costó mucho dinero arreglar el asunto. Mientras estuve escondido, se hicieron cargo de la librería los funcionarios de la curia eclesiástica, y le decían a mi mujer que era menester quemarme por haber vendido libros malos».

El más oscuro de todos —un Sweeney Todd ibérico— fue el librero-barbero loco de Vigo, que, según le cuentan a Borrow, igual te vendía un libro que intentaba rebanarte el cuello so pretexto de afeitarte. No queda claro de qué dependía la actitud amable u homicida del buen hombre. Me pregunto si su menguante clientela se jugaba el pescuezo al opinar sobre literatura.

Hay casi mil ochocientos años de distancia entre Domiciano y Fernando VII, pero la historia de sus libreros respira una atmósfera compartida. En épocas tiránicas, las librerías suelen ser lugares de acceso a lo prohibido y, por tanto, despiertan sospechas. En épocas de fobia al influjo extranjero, son puertos en tierra firme, pasos fronterizos difíciles de vigilar. Las palabras forasteras, las palabras repudiadas o incómodas encuentran allí su escondrijo. Mi madre todavía guarda el recuerdo intacto de las trastiendas de ciertas librerías durante la dictadura, el ritual de entrada, el miedo y la alegría rebelde e infantil de ser admitida en el escondite, y, por fin, tocar la

mercancía peligrosa: libros exiliados, ensayos revoltosos, novelas rusas, literatura experimental, títulos que los censores habían calificado como obscenos. Comprabas un libro y además la necesidad de ocultarlo siempre; comprabas sigilo y peligro; pagabas por ser bautizado como proscrito.

Recuerdo una mañana de los años noventa del pasado siglo, con mi padre, en Madrid. Habíamos entrado en una librería de viejo de las que tanto le gustaban (reinos del caos y del desorden). Allí podía pasar horas. Él lo llamaba curiosear o bien olfatear, pero más bien parecía que estaba cavando en una mina. Hundía los brazos hasta las axilas para llegar hasta los libros que yacían en la base de las pilas, palpaba, tanteaba, provocaba derrumbamientos. Si se colocaba bajo el cono de luz de una lámpara, descubrías que a su alrededor flotaba una aureola de polvo. Era feliz hurgando en los montones, en las cajas, en las estanterías colonizadas por tres filas de lomos. El esfuerzo físico de la búsqueda formaba parte del placer comprador. Aquella mañana de los años noventa en Madrid, mi padre desenterró una curiosa pepita. En apariencia, un *Quijote*. El hidalgo flaco en la cubierta de tela, el primer capítulo, la adarga antigua, la olla con más vaca que carnero, los duelos y quebrantos los sábados. Pero en el lugar del segundo capítulo arrancaba otra obra, *El capital*. Mi padre sonrió con una plenitud poco habitual. Se iluminó. El tándem de Cervantes y Marx no era un exótico error de impresión, sino un libro clandestino, un recuerdo vivo de la juventud de mi padre, un fantasma llegado de los mismos años, ambientes, susurros y escamoteos que él había vivido. Cientos de recuerdos mínimos lo inundaron por sorpresa. Aquel extraño injerto —Karl incrustado en Miguel— significaba mucho para él, quizá porque despertó la nostalgia de sus lecturas enmascaradas. A mí también me sobrevoló la memoria y la amenaza de esos años de los que no tengo recuerdos, esos años en los que no nací —mis padres se prohibieron tener hijos mientras viviese Franco—.

18

Poco antes de escribir este capítulo, cayó en mis manos *Una librería en Berlín*, de Françoise Frenkel, el absorbente relato autobiográfico de una librera judía expropiada y nómada. Me atraparon de inmediato las primeras palabras de la obra: «Es deber de los supervivientes rendir testimonio para que los muertos no sean olvidados ni los oscuros sacrificios sean desconocidos. Ojalá estas páginas puedan inspirar un pensamiento piadoso

hacia aquellos que fueron silenciados para siempre, exhaustos por el camino o asesinados».

El título original, más expresivo —*Ningún lugar donde reposar la cabeza* —, resume su historia de desarraigo. Françoise nació en Polonia, pero sus pasos vagabundos la llevaron a París, donde aprendió el oficio de librera y sus sutilezas («Conseguía desentrañar un carácter, un estado de ánimo o un pensamiento solo por el modo casi tierno que tenía alguien de coger un volumen, por la delicadeza con que pasaba sus páginas, por cómo las leía piadosamente o las hojeaba a toda velocidad, sin prestar atención, poniéndolo enseguida otra vez sobre la mesa, a veces tan descuidadamente que llegaba a estropearse esa parte tan sensible que son las puntas. Con discreción, me aventuraba a colocar a mano del lector el libro que yo consideraba el adecuado para él, con el fin de evitarle el embarazo de verse influido por una recomendación. Si le parecía de su agrado, yo me sentía exultante»).

Años más tarde, en 1921, fundó una librería francesa en Berlín, La Maison du Livre. En ella acogía a una clientela cosmopolita y organizaba conferencias de escritores de paso por Alemania (Gide, Maurois, Colette). La colonia de rusos blancos afincados en Charlottenburg era el público principal del negocio de Françoise. Nabokov, que vivía en el mismo barrio, seguramente dejó transcurrir allí tristes tardes crepusculares de invierno. Fueron años efervescentes para la librera.

En 1935, con los nazis al timón del país, empezaron las dificultades.

Primero fue la obligación de someterse a un servicio especial encargado de evaluar los libros de importación. A veces aparecía la policía y requisaba algunos volúmenes y periódicos franceses que figuraban en su lista negra. El número de publicaciones francesas autorizadas era cada vez más limitado, y la mera difusión de obras prohibidas conducía a los libreros directamente al campo de concentración —una vez más, la estrategia de Domiciano—.

Tras la aprobación de las leyes raciales de Núremberg, el cerco empezó a estrecharse. Françoise sufrió un interrogatorio de la Gestapo. En la oscuridad, desde la cama, escuchaba las rondas nocturnas de los camisas pardas. Desafiantes, cantaban himnos que glorificaban la fuerza, la guerra y el odio.

Durante la Noche de los Cristales Rotos, Berlín crepitó a la luz de las teas y las sinagogas incendiadas. Al alba, Françoise, sentada en los escalones de su librería, vio acercarse a dos individuos armados con largas barras de hierro. Se detenían ante ciertos escaparates y los rompían. Los cristales saltaban en pedazos. Entraban al escaparate por el afilado agujero que habían abierto para patear y pisotear el género. Ante La Maison du Livre, consultaron su lista.

«No está», dijeron, y pasaron de largo. La precaria protección de la Embajada Francesa había evitado por el momento el asalto de la tienda. Françoise pensó que, si se hubiera dado el caso, aquella noche, en su librería, habría defendido cada libro con todas sus fuerzas, no solo por apego a su oficio, sino también por repugnancia, «por una nostalgia infinita de la muerte».

Fue durante la primavera de 1939 cuando se rindió ante la evidencia: ya no había lugar en Berlín para su pequeño oasis de libros franceses. Lo más sensato sería escapar. Pasó su última noche en Alemania velando los estantes repletos, el pequeño perímetro donde sus clientes acudían a olvidar, a consolarse, a respirar libremente. Ya en París se enteró de que las colecciones de libros y discos, así como los muebles, habían sido confiscados por el Gobierno alemán por motivos raciales. Lo había perdido todo. Estalló la guerra. El monstruoso termitero humano que Françoise había visto nacer en Alemania amenazaba con extenderse por Europa. Ella, sin casa, sin apenas equipaje, sin ningún lugar donde descansar, era solo una gota en el oleaje oceánico de fugitivos europeos. Sus memorias relatan sus peripecias y su vida amenazada hasta cruzar clandestinamente la frontera suiza.

Es poco probable que Hitler cruzase alguna vez el umbral de La Maison du Livre. Sin embargo, la literatura había sido un refugio también para él. Debido a sus problemas pulmonares en la adolescencia, se convirtió en un lector compulsivo. Según sus amigos de juventud, frecuentaba librerías y bibliotecas de préstamo. Lo evocaban rodeado de pilas de libros, sobre todo tratados de historia y sagas de héroes alemanes. A su muerte, dejó una biblioteca con más de mil quinientos volúmenes. *Mein Kampf* lo convirtió en el autor del gran *best seller* en alemán de los años treinta del pasado siglo. En esa década, su libro fue el más vendido después de la Biblia. Cobró liquidaciones millonarias por las ventas y, nimbado por el éxito y el dinero, consiguió borrar su imagen de fanfarrón de cervecería. Tras su fracaso como golpista, la escritura le devolvió la autoestima. Desde 1925, año de publicación del primer volumen de *Mi lucha*, rellenó en sus declaraciones de renta la casilla correspondiente a la profesión de «escritor» —el liderazgo de masas, la intimidación y el genocidio eran por entonces aficiones no remuneradas—. Acabada la guerra, se calcula que habían sido distribuidos diez millones de ejemplares de la obra, traducida a dieciséis idiomas. Desde que en 2015 el libro entró en dominio público, se han vendido otros cien mil ejemplares en Alemania. Los responsables de las sucesivas ediciones reconocen: «las cifras nos abruman».

En 1920 —casi al mismo tiempo que Françoise se lanzaba a su aventura berlinesa, y mientras Hitler pronunciaba con sus característicos aspavientos los primeros discursos multitudinarios—, Mao Zedong abrió una librería en Changsha. El negocio funcionó tan bien que llegó a tener contratados seis empleados —esa temprana aventura capitalista resultó tan asombrosamente rentable que durante años financió su incipiente carrera revolucionaria—. Tiempo atrás había trabajado en una biblioteca universitaria, donde se le recordaba como un lector voraz. Cuarenta y seis años más tarde, con inexplicable ensañamiento, impulsaría la Revolución Cultural, que dejó una estela de libros quemados y de intelectuales sometidos a humillantes sesiones de autocrítica, encarcelados o asesinados. Como escribe Jorge Carrión, quienes diseñaron los mayores sistemas de control, represión y ejecución del mundo contemporáneo, quienes demostraron ser los más eficientes censores de libros, eran también estudiosos de la cultura, escritores, grandes lectores.

Aunque las librerías parecen espacios serenos y alejados del mundo trepidante, en sus anaqueles palpitan las luchas de cada siglo.

19

Hace tres años, *Heraldo de Aragón* me encargó un artículo para la sección cultural de un suplemento conmemorativo. Decidí escribir sobre librerías; sobre su silenciosa irradiación, sobre los campos magnéticos que crean en las calles y barrios donde anidan. Mi punto de partida era una reflexión del librero Paco Puche en su *Memoria de librería*: «No se puede medir el efecto que tiene una librería en la ciudad que la acoge, ni la energía que despliega en sus calles, que transmite a sus habitantes. Desde luego, no bastan números de clientes y ventas, ni cifras de negocios, porque el influjo de la librería en la ciudad es sutil, secreto, inaprensible».

Entrevisté a cinco libreros de dos ciudades —herederos de aquellos que conoció Borrow—. Los elegí por motivos íntimos, porque de todos ellos, en distintas épocas de mi vida, he aprendido a leer. Desde la infancia me divierte atravesar el umbral de estas tiendas-guaridas y encontrar a los libreros apostados como centinelas entre montañas de libros que hojear, que olfatear, que acariciar, libros ordenados y desordenados, libros triunfadores o desmedrados huérfanos, hechos con delicada artesanía o acartonados hijos de la rentabilidad. Montañera de anaqueles, siempre respiro a pleno pulmón cuando me asomo a esas cordilleras de papel y polvo. Aunque parezcan abarrotadas, las librerías ensanchan el espacio.

Fue apasionante preguntar, escuchar y garrapatear las páginas de una libreta con mi escritura nerviosa —la hojeo en estos momentos: flechas y corchetes en los márgenes, aureolas de una taza de té sobre las páginas, subrayados, esquinas dobladas y mis tachaduras rabiosas—. Ahí consta que Chema, librero de ese pequeño torreón encantado que es Anónima, me dijo que le movía el apoyo a las causas perdidas. Imposible resistirse al filón literario de ese romanticismo empedernido. La ironía y la pasión, juntas o separadas, fueron los registros más frecuentes en las voces de mis cinco entrevistados. Tiempos difíciles, claro. Algunos todavía recordaban el daño que causaron al negocio las fotocopiadoras; otros se lamentaban de las heridas abiertas por la venta en internet. Riesgo altísimo, repetían, recordando proyectos personales y hermosos que han fracasado. Qué complicado se presenta alcanzar hoy un éxito empresarial como el de Mao Zedong, cuando creó seis puestos de trabajo en su librería y pudo dedicarse a planear sin agobios la demolición del capitalismo.

En el bosque misterioso y orgiástico de su Librería Antígona, Julia y Pepito dijeron sentirse médicos de cabecera recetando la medicina de las lecturas —de cualquiera de ellos, bromistas y ácratas, puedes esperar que te prescriba un libro recóndito o que te prohíba uno aplaudido—. «Consejero» era una palabra recurrente en boca de Pablo, de la mítica Librería París, con su atmósfera de barco pilotado por curtidos y joviales marinos. La coincidencia me pareció llamativa y me llevó a pensar en las peculiares habilidades que requiere este oficio milenario; regentar farmacias de libros; comprender los gustos, las opiniones y tendencias de los lectores, entender las razones de su admiración, de su entusiasmo, de su alegría o su descontento a propósito de tal o cual obra; es decir, colarse en el feudo de los caprichos y obsesiones individuales; y abrir la persiana día tras día para un trabajo de largos horarios, albaranes, acarreo y espaldas doloridas, a menudo idealizado. George Orwell, que fue ayudante a media jornada en una librería entre 1934 y 1936, comentó en sus *Bookshop Memories* que, si no has trabajado en una, fácilmente te la representarás como una especie de paraíso donde viejecitos venerables merodean eternamente entre volúmenes encuadernados con piel de ternera. Pero, en la realidad, los clientes no eran tan excéntricos y adorables como Eric Blair —el verdadero nombre de Orwell— hubiera deseado, y el escritor rechinaba de dientes en su puesto viendo cómo los títulos que él amaba languidecían sin encontrar hogar. Hay que advertir que sus amigos evocan a Eric como un vendedor envarado y huraño. Parece que le faltó creatividad para construir un personaje carismático que tutelase con gracia su

reino de papel. Tal vez no entendió que el librero es un fingidor, el ilusionista de un teatro mágico.

Frente a la amplia cristalera de Los Portadores de Sueños, que dejaba entrar cascadas de luz a su espacio de paz y palabras, Eva y Félix me hablaron del esfuerzo de las librerías por tomar el testigo de las tertulias artísticas y literarias de los antiguos cafés. El deseo de que en ellas ocurran cosas (el azar del encuentro, la posibilidad de los reencuentros, exposiciones, planes, efervescencias, ideas que construyen un hábitat cultural), rituales en los que se integran tanto los tímidos como aquellos que tienen la palabra exuberante. La vocación de nuestros libreros ha abonado el terreno para el nacimiento de editoriales, el auge de ilustradores, la ebullición de escritores. Cuando una guarida como Los Portadores de Sueños cierra sus puertas, experimentamos una soledad extrañamente desapacible.

Vivo, lo sé, en un territorio de clima áspero y librerías hospitalarias, un lugar afortunado para la tribu incorregible y reincidente de los lectores, que necesitamos dejar transcurrir el tiempo entre libros bien seleccionados, recorriendo, acariciando, preguntando, a la caza de descubrimientos. Quién sabe si es el cierzo —que se desata en nuestros inviernos y nos azota, hace crujir los árboles, nos despeina, nos roba la vertical y nos lanza tierra a los ojos, acostumbrándonos a lidiar con lo invisible— el que ha hecho de nosotros, en el cobijo de nuestras casas, una de las comunidades más lectoras de España.

Terminando el acopio de materiales, cuando el artículo parecía ya resuelto, descubrí de pronto un rincón inquietante, un recodo olvidado, la sombra de otro artículo aún por escribir. Sucedió por azar, como llega todo lo que después parece inevitable. Charlaba en la Librería Cálamo con Paco, sin tomar notas, sin grabadora, relajados los dos, en los pequeños gestos de clausura —leves carraspeos, encaje de la caperuza del bolígrafo—. En su jardín colgante de libros y pajaritas de papel enjauladas, Paco recordaba la inauguración de Cálamo treinta años atrás, aquellas ganas de participar en la vida de la ciudad por medio de los libros, y el miedo. Gracias a él averigüé que también nosotros tuvimos nuestras noches de los cristales rotos.

Siempre que evoca la Transición, mi madre lleva una mano al pecho. Es el subrayado mímico de las palabras que siempre usa para describir esa etapa de su juventud: «años de infarto». Lo que nadie me había contado es que los libreros sufrieron en primera línea la angustia de esa taquicardia histórica. Durante largos meses —el apogeo duró desde 1976 a la primavera de 1977—, librerías de Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valencia, Pamplona, Tenerife,

Córdoba, Tolosa, Getxo, Valladolid, entre otras ciudades, fueron el objetivo de una serie de atentados que recuerdan la atmósfera de los últimos días berlineses de Françoise Frenkel. De hecho, varios de estos asaltos fueron reivindicados por un grupo que se denominaba «Comando Adolfo Hitler». En sus comunicados, justificaban sus acciones por la presencia de libros marxistas, liberales y de izquierdas en las librerías. «Una librería atacada cada dos semanas», anuncia un titular de prensa de la época. Más de doscientos establecimientos sufrieron sabotaje, y algunos resultaron víctimas de múltiples atentados —como la Librería Pórtico de Zaragoza, por ejemplo—. Los procedimientos de agresión eran variados: envío de anónimos, amenazas verbales, llamadas telefónicas anunciando estallidos de artefactos, incendios provocados, ráfagas de metralleta, tiros de revólver, lanzamiento de botes de tinta y colocación de cargas explosivas, cuando no utilizaban excrementos para embadurnar con ellos los escaparates.

En la esquina de la calle Baltasar Gracián estuvo la Librería Pórtico. Una noche de noviembre de 1976 explotó allí un potente artefacto. El blindaje de acero que guardaba puertas y escaparates del establecimiento saltó en pedazos, y las gruesas chapas metálicas, convertidas en trozos de metralla, estallaron en todas direcciones. Los impactos arañaron los porches de piedra que bordean la plaza. Era el quinto atentado en pocos meses. No hubo detenidos. El librero José Alcrudo declaró a la prensa: «Yo solo vendo libros. Por eso pienso que estos atentados no son contra mí, aunque sea yo quien los sufra, sino contra la cultura. Y si no se toman medidas claras tendremos que acabar cerrando, porque sabemos que contra las bombas no hay defensa ni blindajes posibles».

La frágil librería sobrevivió a la violencia. Años más tarde, yo jugaría al escondite por sus intrincados islotes de libros, escuchando —sin saber quién era— a Charlie Parker, mientras mi padre, remangado hasta los codos, practicaba su pasión por la minería libraria o mantenía largas conversaciones, llenas de meandros, con José Alcrudo. Yo, entonces niña, escuchaba aquellas charlas lentas, fluviales, extrañas e indescifrables como conjuros. Hablar, me parecía, era el objetivo de la existencia adulta.

Las librerías han sido siempre un refugio asediado. Todavía lo son. Los libreros se definen como médicos sin bata, pero no es descartable que en los malos tiempos necesiten llevar chaleco antibalas al trabajo. Cuando Salman Rushdie publicó en 1988 sus satíricos *Versos satánicos*, se desencadenó una acelerada espiral de censura y violencia que, por primera vez, tuvo alcance global. Un ministro de la India prendió la mecha al condenar la obra por

blasfema. Una semana más tarde, miles de fotocopias con los pasajes considerados más ofensivos comenzaron a circular en los centros de estudios islámicos. En enero de 1989, las televisiones mostraron imágenes de musulmanes quemando ejemplares en las calles. Los incidentes se extendieron a todo el planeta, y en pocas semanas el autor recibió amenazas de muerte en su casa londinense. Una turbamulta asaltó el Centro de Información estadounidense en Islamabad, donde cinco personas murieron a causa de los disparos mientras la multitud gritaba: «Rushdie, eres hombre muerto». En febrero, el ayatolá Jomeini decidió acabar con las irreverencias del libro mediante una fetua que incitaba a ejecutar lo más rápido posible al autor y a todos aquellos que estuvieran relacionados con la edición y difusión del libro. Un artefacto explosivo estalló en una librería de Berkley, y en Londres y en Australia otros establecimientos fueron atacados con bombas incendiarias. El traductor al japonés del libro, Hitoshi Igarashi, fue asesinado; el traductor al italiano Ettore Capriolo fue apuñalado, y el editor noruego William Nygaard sufrió tres disparos en su propia casa. Varias librerías fueron destruidas y saqueadas en su totalidad. Treinta y siete personas murieron en otra protesta. La editorial Penguin jamás se planteó retirar el libro de las librerías, aunque ello implicase que su personal tuviese que llevar chalecos antibalas. Rushdie vivió once años escondido. En 1997, la recompensa por su cabeza alcanzaba los dos millones de dólares.

Días antes de que *Los versos satánicos* llegaran a las librerías, en plena campaña promocional, un periodista indio hizo un aparte con Salman Rushdie. «¿Es usted consciente del follón que se avecina?», le preguntó. El novelista fue tajante: «Es absurdo pensar que un libro pueda provocar tumultos. ¡Qué forma más rara de ver el mundo!».

En realidad, pasando revista a la historia universal de la destrucción de los libros, se observa que la forma rara de ver el mundo —el oasis, el insólito paraíso, Shangri-La, el bosque de Lothlórien— es más bien la libertad de expresión. La palabra escrita ha sido tenazmente perseguida a lo largo de los siglos, y son más bien extraños los tiempos de paz en los cuales las librerías solo tienen visitantes tranquilos, que no enarbolan estandartes, ni agitan dedos fiscalizadores, ni rompen escaparates, ni encienden hogueras, ni se abandonan a la atávica pasión de prohibir.

20

El caos de las librerías se parece mucho al caos de los recuerdos. Sus pasillos, sus anaqueles, sus umbrales son espacios habitados por la memoria colectiva y por las memorias individuales. Allí tropezamos con biografías, con testimonios y con largos estantes de ficciones donde los escritores desnudan la verdad de muchas vidas. Los lomos gruesos de los libros de historia, como camellos de una lenta caravana, nos ofrecen guiarnos en la ruta hacia el pasado. Investigaciones, sueños, mitos y crónicas dormitan juntos en la misma penumbra. El azar de un encuentro o de un rescate es siempre posible.

No es casual que en *Austerlitz*, de W. G. Sebald, el protagonista recupere el recuerdo suprimido de su niñez precisamente en una librería. Criado en un pequeño pueblo de Gales por unos ancianos padres adoptivos que nunca le revelaron su procedencia, Jacques Austerlitz arrastraba desde siempre una tristeza inexplicable. Como un sonámbulo que teme su propio despertar, durante años se había cerrado a cualquier conocimiento de la tragedia de la cual su propia vida era un capítulo arrancado. No leía periódicos, encendía la radio solo a horas determinadas, perfeccionaba un sistema de cuarentena que lo mantenía a salvo de cualquier contacto con su historia anterior. Pero ese intento de inmunizarse contra la memoria venía acompañado de alucinaciones y sueños angustiosos, y finalmente estalló en forma de derrumbamiento nervioso. Cierto día de primavera en Londres, durante uno de sus abatidos paseos por la ciudad, entró en una librería en las proximidades del Museo Británico. La propietaria, que estaba sentada en posición ligeramente ladeada junto a su escritorio cargado de papeles y libros, respondía al mitológico nombre de Penelope Peacefull. Y es que, sin saberlo, el viajero reticente acababa de encontrar el camino de regreso a Ítaca.

Reinaba la calma en la librería. Penelope levantaba de vez en cuando la cabeza, sonreía a Jacques y luego volvía a mirar a la calle, sumida en sus pensamientos. De la vieja radio encendida brotaban voces chisporroteantes pero suaves, que cautivaron al recién llegado. Poco a poco, este fue quedándose inmóvil, como si no pudiera perderse ni una sílaba de aquella emisión. Dos mujeres recordaban cómo, en el verano de 1939, siendo niñas, las habían enviado a Inglaterra desde Centroeuropa para salvarlas de la persecución nazi. Austerlitz, aterrorizado, supo que los recuerdos fragmentarios de esas mujeres eran también los suyos. De golpe volvió a ver el agua gris del puerto, las sogas y cadenas del ancla, la proa del buque, más alta que una casa, las gaviotas que sobrevolaban su cabeza chillando furiosamente. Las esclusas de su memoria se abrieron ya sin remedio, liberando una catarata de certezas angustiosas. Que era un refugiado judío.

Que su primera infancia transcurrió en Praga. Que a los cuatro años fue separado para siempre de su familia verdadera. Que el resto de su vida consistiría en buscar —casi seguro inútilmente— el rastro de todas sus pérdidas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la librera Penelope, preocupada por su gesto petrificado.

Austerlitz supo por fin el motivo de haberse sentido siempre un transeúnte en todas partes, sin tierra ni brújula, solitario y perdido.

A partir de esa mañana en la librería, seguimos al protagonista en su deambular por una dolorosa ruta de ciudades europeas, rastreando la identidad que le arrebataron. Se suceden una serie de epifanías. Jacques consigue reconstruir la figura de su madre, una actriz de variedades asesinada en el campo de concentración de Theresienstadt. En Praga encuentra a una vieja amiga de sus padres, con la que se entrevista. Recupera fotografías antiguas. Examina a cámara lenta un documental propagandístico de los nazis, buscando un rostro de mujer que hiera su memoria. Acude a lugares donde reverberan ecos: a bibliotecas, a museos, a centros de documentación, a librerías. La novela es, en el fondo, una loa de esos territorios donde se conjura el olvido.

En la obra de Sebald, la proporción de ficción y no ficción acostumbra a ser una incógnita. Tenemos la impresión de que sus criaturas proceden de zonas fronterizas entre ambas. Aunque ignoramos si el melancólico Austerlitz es un individuo real o un símbolo, caminamos a su vera, interpelados por el espanto y la tristeza de sus palabras. Sea como sea, queda claro que el escritor, como su personaje, necesita dejar testimonio de una época infernal que se está desvaneciendo como niebla dispersada por el viento. El dolor que atraviesa la historia no se puede reparar, los vacíos son imposibles de llenar, pero la tarea de documentarse y testificar nunca será en vano. El incesante olvido engullirá todo, a no ser que le opongamos el esfuerzo abnegado de registrar lo que fue. Las generaciones futuras tienen derecho a reclamarnos el relato del pasado.

Los libros tienen voz y hablan salvando épocas y vidas. Las librerías son esos territorios mágicos donde, en un acto de inspiración, escuchamos los ecos suaves y chisporroteantes de la memoria desconocida.

Infancia y éxito de los libros de páginas

21

Hace tiempo que los catastrofistas nos lo advierten con los peores augurios: los libros son una especie en peligro de extinción y en algún momento del futuro próximo desaparecerán devorados por la competencia de otras formas más perezosas de ocio y la expansión caníbal de internet.

Este pronóstico concuerda con nuestras sensaciones como habitantes del tercer milenio. Todo avanza cada día más rápido. Las últimas tecnologías ya están arrinconando a las triunfantes novedades de anteayer. Los plazos de la obsolescencia se acortan cada vez más. El armario debe renovarse con las tendencias de temporada, el móvil más reciente sustituye al antiguo; nuestros equipos nos piden constantemente actualizar programas y aplicaciones. Las cosas engullen a las cosas precedentes. Si no permanecemos alerta, tensos y al acecho, el mundo nos tomará la delantera.

Los *mass media* y las redes sociales, con su vértigo instantáneo, alimentan estas percepcciones. Nos empujan a admirar todas las innovaciones que llegan corriendo como surfistas en la cresta de la ola, sostenidas por la velocidad. Pero los historiadores y antropólogos nos recuerdan que, en las aguas profundas, los cambios son lentos. Víctor Lapuente Giné ha escrito que la sociedad contemporánea padece un claro sesgo futurista. Cuando comparamos algo viejo y algo nuevo —como un libro y una tableta, o una monja sentada junto a un adolescente que chatea en el metro—, creemos que lo nuevo tiene más futuro. En realidad, sucede lo contrario. Cuantos más años lleva un objeto o una costumbre entre nosotros, más porvenir tiene. Lo más nuevo, como promedio, perece antes. Es más probable que en el siglo XXII haya monjas y libros que WhatsApp y tabletas. En el futuro habrá sillas y mesas, pero quizá no pantallas de plasma o teléfonos móviles. Seguiremos celebrando con fiestas el solsticio de invierno cuando ya hayamos dejado de tostarnos con rayos UVA. Un invento tan antediluviano como el dinero tiene muchas posibilidades de sobrevivir al cine 3D, a los drones y a los coches eléctricos. Muchas tendencias que nos parecen incuestionables —desde el consumismo desenfrenado a las redes sociales— remitirán. Y viejas tradiciones que nos han acompañado desde tiempo inmemorial —de la

música a la búsqueda de la espiritualidad— no se irán nunca. Al visitar las naciones socioeconómicamente más avanzadas del mundo, en realidad sorprende su amor por los arcaísmos —de la monarquía al protocolo y los ritos sociales, pasando por la arquitectura neoclásica o los vetustos tranvías—.

Si el poeta Marcial pudiese agenciarse una máquina del tiempo y visitar esta tarde mi casa, encontraría pocos objetos conocidos. Le asombrarían los ascensores, el timbre de la puerta, el *router*, los cristales de las ventanas, el frigorífico, las bombillas, el microondas, las fotografías, los enchufes, el ventilador, la caldera, la cadena del váter, las cremalleras, los tenedores y el abrelatas. Se asustaría al escuchar el silbido de la olla exprés y daría un respingo cuando empezasen las embestidas de la lavadora. Alarmado, buscaría dónde se esconden las personas que hablan desde la radio. Le angustiaría —como a mí, por otro lado— el pitido de la alarma del despertador. A simple vista, no tendría ni la más remota idea de la utilidad de los esparadrapos, los *sprays*, el sacacorchos, la fregona, las brocas, el secador, el exprimelimones, los discos de vinilo, la maquinilla de afeitar, los cierres de velcro, la grapadora, el pintalabios, las gafas de sol, el sacaleches o los tampones. Pero entre mis libros se sentiría cómodo. Los reconocería. Sabría sujetarlos, abrirlos, pasar las páginas. Seguiría el surco de las líneas con su dedo índice. Sentiría alivio —algo queda de su mundo entre nosotros—.

Por eso, ante la catarata de predicciones apocalípticas sobre el futuro del libro, yo digo: un respeto. No subsisten tantos artefactos milenarios entre nosotros. Los que quedan han demostrado ser supervivientes difíciles de desalojar (la rueda, la silla, la cuchara, las tijeras, el vaso, el martillo, el libro…). Algo hay en su diseño básico y en su depurada sencillez que ya no admite mejoras radicales. Han superado muchas pruebas —sobre todo, la prueba de los siglos— sin que hayamos descubierto ningún artilugio mejor para cumplir su función, más allá de pequeños ajustes en sus materiales o componentes. Rozan la perfección en su humilde esfera utilitaria. Por eso creo que el libro seguirá siendo el soporte esencial para la lectura —o algo muy parecido a lo que el libro nunca ha dejado de ser, incluso desde antes de la invención de la imprenta—.

Es más, los objetos longevos, aquellos que llevan siglos entre nosotros, moldean las novedades y les imprimen su sello. Los arcaicos libros sirvieron como modelo para nuestros avanzados ordenadores personales. A finales de los años sesenta del pasado siglo, las grandes computadoras ocupaban habitaciones enteras y costaban tan caras como casas. Había que programar aquellos mamotretos de dimensiones inmobiliarias usando tarjetas perforadas.

Estaban concebidos para un uso militar y empresarial. Alan Kay, cuando era un joven científico informático contratado en el Palo Alto Research Center (PARC) de Xerox, tuvo una visión que daría un giro espectacular a nuestras vidas. Reflexionando sobre la relación que podían establecer los seres humanos con los ordenadores, intuyó su potencial como un medio más íntimo. Comprendió que podrían convertirse en un fenómeno de masas y en una tecnología situada en la sala de estar de cualquier casa, usada por millones de personas independientemente de su dedicación profesional. Kay bosquejó cómo podría ser su nuevo ordenador: tenía que ser pequeño y portátil como un libro, asequible y fácil de usar. Construyó modelos de cartón, confiando en que en unos pocos años la capacidad informática habría progresado hasta el punto de hacer realizable su idea. En PARC, Kay siguió desarrollando su visión. Llamó a su invento Dynabook. El nombre sugiere lo que iba a ser: un libro dinámico. Es decir, parecido a los arcaicos códices, pero interactivo y controlado por el lector. Proporcionaría los andamios cognitivos, de la misma forma en la que los libros y los medios impresos lo habían hecho en los últimos siglos, añadiendo las ventajas del nuevo medio de computación.

Los primeros Dynabooks provisionales recibieron el nombre de «Alto». En la segunda mitad de los años setenta del siglo XX el ordenador Alto ya estaba en funcionamiento. Se usaban casi mil aparatos, no solo en el PARC, sino también en universidades, en el Senado y en el Congreso de los Estados Unidos, así como en la Casa Blanca, todos regalados por Xerox. Estaba surgiendo un nuevo mundo. En la mayoría de estos centros, a pesar de las numerosas funciones del Alto, se empleaba sobre todo para tratamiento de textos, diseño y comunicación. En esencia, como libro informático. En 1979, Steve Jobs visitó PARC. Quedó anonadado por lo que vio. El aspecto y la estética del Alto se integraron en todos los ordenadores Apple que vendrían después, y hoy su fisonomía esencial sigue presente en los productos más nuevos. Los portátiles, las tabletas y los teléfonos inteligentes han profundizado en esa búsqueda del ordenador ligero, compacto y transportable como el libro de bolsillo.

En 1984 el calígrafo Sumner Stone se convirtió en el primer director de tipografía de la empresa Adobe. Contrató a un equipo de diseñadores a quienes encargó nuevas fuentes, recomendándoles buscar inspiración en las tradiciones más antiguas. El programa Adobe Originals seleccionó tres cumbres estilísticas de la evolución de la caligrafía anterior a la imprenta: «Lithos», una forma de inspiración griega —el diseñador se fijó en la

inscripción de la dedicatoria del templo de Atenea en Priene, hoy en el Museo Británico—; «Trajan», un intento meticuloso de trasladar a caracteres las letras de la columna de Trajano en Roma; y «Charlemagne», que, a pesar de su nombre, se inspiraba en las letras capitales del anglosajón *Benedictional* de san Ethelwold. Así, la tradición occidental del manuscrito llegó a la era digital. Además, Adobe desarrolló en los años ochenta del pasado siglo el lenguaje de programación PostScript, que ofrecía un aspecto informático muy parecido al de una página de papel. Con la introducción en 1993 del PDF, un formato de documento portátil (*portable document format*), Adobe dio un paso más. Hizo posible trazar marcas sobre los documentos electrónicos igual que en los originales mecanografiados o escritos a mano. Y consolidó una forma de entender la arquitectura entera de un documento inspirada en los viejos libros.

Fueron decisiones inteligentes. Sin introducir al menos una cierta correspondencia entre el aspecto y la sensación del mundo antiguo —en papel — y el nuevo —en la pantalla—, los ordenadores hubieran parecido a su público inicial artefactos ajenos, confusos e inviables. Sin una organización visual identificable y una estrecha relación con los documentos cotidianos, nadie hubiera captado tan deprisa lo útil que podía ser el nuevo medio. Esta es la paradoja del progreso tecnológico, que el hecho de conservar unas coordenadas tradicionales —estructuras de página, convenciones tipográficas, formas de letras y maquetaciones limitadas— fue clave para abrir paso a los cambios transformadores que traía la esfera digital. Es un error pensar que cada novedad borra y reemplaza las tradiciones. El futuro avanza siempre mirando de reojo al pasado.

22

En 1976, el escritor bosnio Izet Sarajlić escribió un poema titulado «Carta al año 2176»: «¿Qué?/ ¿Todavía escucháis a Mendelssohn?/ ¿Todavía recogéis margaritas?/ ¿Todavía celebráis los cumpleaños de los niños?/ ¿Todavía ponéis nombres de poetas a las calles?/ Y a mí, en los años setenta de dos siglos atrás, me aseguraban que los tiempos de la poesía habían pasado —al igual que el juego de las prendas, o leer las estrellas, o los bailes en casa de los Rostov—./ ¡Y yo, tonto, casi lo creí!».

23

Nuestro «libro de páginas», que hoy es el libro por definición —ese que dejamos abierto por el lomo como si fuera el tejado de una pagoda, que señalamos doblándoles las esquinas a las hojas a falta de un marcapáginas y amontonamos en pilas verticales como estalagmitas de palabras—, ronda los dos mil años de edad. Es un gran invento anónimo que nunca sabremos a quién agradecer. Para lograrlo hicieron falta siglos de búsquedas, ensayos y tanteos. A la solución más simple se llegó, como tantas veces, por un itinerario tortuoso.

Desde la invención de la escritura, nuestros antepasados miraban alrededor preguntándose qué superficie conservaría mejor la huidiza huella de las letras (piedra, tierra, corteza, juncos, pieles, madera, marfil, tela, metal…). Pretendían desafiar a las fuerzas del olvido fabricando el libro perfecto, transportable, duradero y cómodo. En Próximo Oriente y Europa, los protagonistas de esta temprana etapa fueron los rollos de papiro o pergamino y las tablillas rígidas. Los romanos convivieron con ambos métodos hasta que, en un feliz hallazgo, inventaron un nuevo objeto mestizo que todavía nos acompaña.

Los rollos siempre fueron una mercancía lujosa y cara. Para la escritura más cotidiana —ejercicios escolares, cartas, documentos oficiales, anotaciones, borradores—, los antiguos solían recurrir a las tablillas. El lector que quería consultarlas en un orden determinado las conservaba en cajas o bolsas, o bien las agujeraba en la esquina y las enlazaba juntas con anillas o correas. «Códices» llamaban en latín a esos conjuntos de tablillas atadas. La idea revolucionaria consistió en sustituir las pequeñas placas de madera o metal por hojas flexibles de pergamino o papiro, el material de los rollos. El resultado inicial tuvo que ser poco más que una libreta rudimentaria, aunque cargada de futuro.

Ese primer híbrido abrió el camino hacia el códice más avanzado, compuesto por hojas de papiro o piel que se doblaban en forma de pliegos. Los romanos probaron a coser esos pliegos y así nació el arte de encuadernar. Pronto aprendieron a proteger los cuadernillos mediante tapas duras, generalmente de madera forrada con cuero. El cuerpo de los libros desarrolló un nuevo elemento anatómico al que hemos llamado «lomo», como si nuestras lecturas fueran tranquilos animales de compañía. Desde entonces escribimos en esas dóciles espaldas el título de cada obra, y nuestra mirada puede viajar con rapidez a lo largo de los estantes de una biblioteca identificando por el lomo los ejemplares que en ella dormitan.

Estamos en deuda con las personas olvidadas que inventaron el códice. Gracias a ellas, la esperanza de vida de los textos aumentó. Con el nuevo formato, la página escrita, protegida por la encuadernación, conseguía perdurar sin deteriorarse ni romperse más tiempo que en los rollos. Por su forma plana y compacta, los nuevos libros se podían almacenar cómodamente en las baldas de los armarios. Abultaban menos, se transportaban mejor y eran ligeros. Por añadidura, podían utilizarse los dos lados de cada hoja. Se calcula que, con la misma superficie, el códice ofrecía una capacidad seis veces superior a la del rollo. El ahorro de material abarató el precio de un producto aún minoritario, y su flexibilidad favoreció la aparición de los primeros libros de bolsillo de los que tenemos noticia: los códices *pugillares*, llamados así porque se podían abarcar con el puño. El tamaño de los códices permitía descender hasta la miniatura (Cicerón afirmó haber visto un pergamino de la *Ilíada* de Homero que cabía en la cáscara de una nuez).

Los nuevos inventos y los avances materiales suelen ir de la mano de las grandes revoluciones del conocimiento. En la civilización romana, el precio más asequible de los libros permitió que muchas personas hasta entonces excluidas del perímetro de los privilegios pudieran leer. Entre los siglos I y III, hay abundantes evidencias de la ampliación de la cultura a lectores ajenos a los círculos de la nobleza. En los muros y casas de Pompeya —engullida y conservada por la erupción del Vesubio en el año 79—, los arqueólogos han descubierto inscripciones que incluyen obscenidades, chistes, eslóganes políticos y anuncios de burdeles. Esos grafitis revelan la existencia de una población de clase media o media-baja capaz de comprender la letra escrita. Además, a lo largo y ancho del Imperio, los mosaicos, los frescos y los relieves de la época muestran cada vez con mayor frecuencia escenas de lectura. Por los mismos años florecieron las bibliotecas públicas romanas. Tenemos noticia de un librero que ofrecía su mercancía de puerta en puerta, como nuestros obsoletos vendedores de enciclopedias.

Es arriesgado conjeturar cifras, pero parece evidente que el número de lectores creció de forma llamativa. Esos primeros siglos del milenio fueron una época dorada de los panfletos con afán proselitista —entre ellos, llaman la atención los textos subversivos de los rebeldes a la dominación de Roma—. Tampoco es casual que por aquel entonces triunfase, al margen de los géneros tradicionales, una literatura de evasión y consumo (tratados de cocina y deportes, relatos eróticos con ilustraciones explícitas, textos mágicos o de interpretación de los sueños, horóscopos, novelas de enredo, historias contadas en viñetas —precursoras de la novela gráfica—). Algunos autores

prestigiosos se divertían escribiendo obras frívolas o híbridos de alta y baja cultura. Ovidio, adelantándose a los tutoriales de maquillaje de hoy, publicó un librito en verso con consejos de cosmética para mujeres. Suetonio estaba encantado de mezclar historia y crónica amarilla en sus biografías de emperadores. Petronio escandalizó a la sociedad bienpensante con sus personajes canallas, inmorales y deslenguados. Los tres miraban amistosamente a esos nuevos lectores libres, no aristocráticos, inexpertos, hombres y mujeres que leían por placer.

24

Marcial fue un emigrante hispano en Roma. En el año 64, cuando tenía unos veinticinco años, se instaló en la que entonces era la capital de las oportunidades —un precedente del sueño americano—, que recibía oleadas de gente procedente de todas las provincias del imperio. Marcial descubrió pronto que la Urbe era un lugar duro. Habla en sus poemas de multitudes pálidas de hambre. No era fácil hacerse rico; ni siquiera ganarse la vida. En cierto epigrama, Marcial cuenta que había en Roma muchos abogados que no podían pagar el alquiler completo y muchos poetas con talento tiritando porque no tenían ropa de abrigo. La competencia era feroz; todos querían prosperar. La riqueza del prójimo se observaba, se envidiaba. Se salía a la caza de herencias, acechando a los ancianos potentados. El propio poeta llegó a tenerlo en mente, si creemos sus palabras: «Paula desea casarse conmigo, yo no quiero casarme con Paula: es vieja. Querría, si fuese más vieja».

Seguramente al bilbilitano le castañetearon los dientes con la túnica agujereada en los inviernos de Roma. El frío, los alojamientos sórdidos y las dificultades para salir adelante explican tal vez sus decisiones literarias insólitas. Decidió romper el silencio protocolario y pactado para dirigir sus burlas contra el dinero. En su poesía, transgrediendo los imperativos de la elegancia, se lanzó a satirizar a los mecenas tacaños, a la intelectualidad dedicada a sablearlos, la pasión social por el lujo, la ostentación y la apariencia, la vanidad de los ricos, y la gran red de amos y aduladores que enmarañaba las vidas de todos los habitantes de la urbe imperial.

Marcial fue un poeta cómico, irreverente, sin sentimentalismos, interesado en la dimensión material de las cosas y su enorme poder para definir a las personas que las poseen. Cuando en sus poemas mencionaba libros, no eran símbolos abstractos del talento literario, sino objetos concretos que se regalaban para escalar socialmente o se vendían en las librerías. Esos libros,

que en la obra de Horacio y Ovidio encarnaban la inmortalidad del acto creativo, en sus epigramas aparecían como libritos perecederos, manoseados, baratos o caros, muchas veces defectuosos por culpa de la prisa del copista, a la venta en tiendas de Roma —tiendas que Marcial aprovecha para anunciar—. Eran libros de todos los tipos (de papiro o de pergamino, rollos o códices que cabían en una mano o que viajaban junto con su lector; libros que son la mercancía con la que gana o pierde dinero un liberto —su vendedor—; libros de éxito que todos quieren leer gratis, pero por los que no están dispuestos a pagar; libros sin lectores que acaban en una negra cocina usados para envolver con sus hojas unas crías de atún o convertidos en un cucurucho para guardar la pimienta).

Marcial fue el primer autor que se interesó por la irrupción de los códices. Lo hizo en uno de sus primeros libros, titulado con ironía *Apophoreta*, una palabra rimbombante que en griego significaba «regalo». El poeta tuvo la brillante idea de publicar en el mes de diciembre —temporada universal del obsequio— catálogos en verso de objetos para regalar (delicias gastronómicas, libros, cosméticos, tintes de pelo, ropa, lencería, utensilios de cocina, adornos…). Marcial le dedicaba a cada producto un epigrama que informaba al lector sobre los materiales, el precio, las características o el uso al que estaba destinado. En el libro, el repertorio de regalos se organizaba en una secuencia alterna de propuestas caras (para ricos) y baratas (para ricos tacaños): un broche de oro y un palito para limpiar las orejas; una estatua y un sostén; una esclava gaditana y una carraca; la última extravagancia de moda —un bello frasco para beber nieve— y un orinal de barro. Estos poemas nos permiten hoy asomarnos a la vida cotidiana de la Antigüedad, y asombrarnos por la naturalidad descarada y sicalíptica de Marcial. Sobre el sujetador, escribe: «Sujeta tu pecho con una piel de toro, porque tu piel no sostiene tus tetas». Y sobre la bailaora gaditana: «Tan estremecedoramente se cimbrea que haría masturbarse al más casto».

Apophoreta era un manual humorístico para indecisos, un sorprendente ejercicio de poesía aplicada a las necesidades de la vida diaria. En cierta medida, el poeta estaba inventando las campañas publicitarias de Navidad, pero lo hacía con una mordaz propuesta literaria. En su época suponía un uso transgresor, bajo y frívolo del verso. Con este libro-catálogo, Marcial expresaba su simpatía por el nuevo público lector recién llegado al mundo de los libros, que agradecía la poesía fácil, la ausencia de esnobismo, el humor sin tapujos, los toques de realismo reconocible y la frescura; el público que era el destinatario natural de los códices.

En *Apophoreta*, Marcial proponía al comprador incauto catorce obras literarias. Cinco de ellas, descritas como códices «de bolsillo» en pergamino —*pugillares membranei*—, ocupaban el lugar de los regalos baratos. Gracias a este testimonio, sabemos que en los años ochenta del siglo I, el libro de páginas estaba ya en el mercado, y a un precio asequible. Sus ventajas, además de las económicas, eran evidentes. Varios epigramas expresan maravilla ante la mayor capacidad del códice, comparado de forma implícita con los rollos: «Virgilio en pergamino. ¡Qué pequeño pergamino recoge al inmenso Virgilio!»; «Tito Livio en pergamino. En estas pequeñas pieles se condensa el gran Livio». Marcial afirmaba que los quince libros —equivalentes a quince rollos— de *Las metamorfosis* de Ovidio cabían en un solo códice. Esta condensación no solo significaba un ahorro de espacio y dinero, sino que garantizaba que las partes de una misma obra no se iban a dispersar y a perderse. Por tanto, aumentaban exponencialmente las posibilidades de supervivencia de los textos. Para el difícil camino hacia el futuro, ese avance se revelaría decisivo.

El poeta reconoció en el códice a un compañero de ruta cómodo y portátil: «Cicerón en pergamino. Si este pergamino te acompaña, piensa que emprendes un largo viaje con Cicerón». Años más tarde, también promocionaría la versión en códice de sus propios poemas, con el mismo argumento: «Tú que deseas que mis libritos estén contigo en todas partes y quieres tenerlos como acompañantes de un largo viaje, compra los ejemplares que el pergamino oprime en pequeñas páginas. Deja la biblioteca para los libros grandes; a mí una sola mano me abarca».

El libro de páginas, tal como nosotros lo conocemos, había irrumpido con fuerza en el mercado. Algunos autores, como Marcial, lo recibían entusiasmados. Otros intelectuales más chapados a la antigua se aferraban al aristocrático rollo de papiro, lamentándose porque los tiempos estaban cambiando y todo degeneraba. Suponemos que la mayor parte de los romanos sencillamente se acostumbraron a convivir con la variedad de formatos. En los talleres libreros, se ofrecían las dos variantes, a elección de la clientela.

Para los siglos siguientes, ya no tenemos un testigo atento, curioso y abierto a las novedades como Marcial. Sabemos que el códice fue ganando terreno frente al rollo gracias a la decidida preferencia de los cristianos. Víctimas de persecuciones durante siglos, obligados a buscar escondites y a interrumpir bruscamente sus reuniones, se organizaban en grupúsculos clandestinos. El libro de bolsillo resultaba más fácil de esconder a toda prisa entre los pliegues de la túnica. Permitía localizar más rápido un determinado

párrafo de texto —una epístola, una parábola evangélica, una homilía— y comprobarlo para tener la seguridad de que era correcto, pues un error podía poner en peligro la salvación del alma. Se podían hacer anotaciones al margen y dejar marcapáginas en los pasajes importantes. Además, estos libros eran cómodos de transportar con disimulo en viajes de apostolado. Ventajas todas ellas enormes para comunidades de lectores furtivos. Por otra parte, los cristianos deseaban romper con el simbolismo judío y pagano del rollo, y afirmar su identidad peculiar. Los ligeros libros de páginas empezaron a circular en abundancia por las manos ávidas de un público de cultura media o media-baja, allí donde el mensaje cristiano encontraba más prosélitos. El nuevo formato favoreció la lectura individual secreta, así como la lectura en voz alta durante las peligrosas reuniones comunitarias. Los fieles desarrollaron un vínculo muy profundo con esos textos religiosos, cuidadosamente seleccionados. De hecho, siglos más tarde el Corán describirá a los cristianos como «gentes del libro» (*ahl al-kitâb*), con una mezcla de respeto y asombro.

Quienes hemos leído alguna vez a escondidas, desafiando la prohibición de los adultos —en el sigilo de la noche, a horas intolerables para los niños, bajo el camuflaje de la manta, con la linterna encendida, apagándola cada vez que sonaban unos pasos que se acercaban—, somos descendientes directos de aquellos primeros lectores furtivos. No deberíamos olvidar que el libro de páginas triunfó, en gran medida, porque favorecía las lecturas clandestinas, negadas, no consentidas.

25

Entre los siglos III y V, el códice se impuso gradualmente, primero en Occidente y más tarde en Oriente. Fuera del mundo cristiano, los pioneros del cambio fueron los profesionales del derecho, ya que el libro de páginas les ayudaba a localizar más rápido artículos concretos en los repertorios de leyes. Precisamente la recopilación legal ordenada por el emperador Justiniano fue llamada el *Código* —es decir, el códice por antonomasia—, legando a la posteridad ese término para todos los compendios legales hasta la actualidad. También para los libros de estudio resultaba muy útil por su capacidad y resistencia, y pronto lo adoptaron los médicos para sus vademécums, objeto de muchas consultas. La invención de los índices de contenidos facilitó las búsquedas. Con el tiempo los códices se convirtieron en el soporte preferido para la literatura —sobre todo para las largas narraciones, conjuntos de

tragedias o comedias y antologías—. Frente al complicado manejo del rollo, que exigía el uso de las dos manos, los lectores soñadores se enamoraron de los libros de páginas, que se leen con una sola mano, por usar la expresión de Luis García Berlanga para la literatura erótica. El códice podía acompañar a su lector a cualquier parte. Gracias a las fuentes literarias averiguamos que los romanos se sintieron libres de leer a todas horas: cuando iban de caza, mientras esperaban que la pieza cayera en la red; o durante la noche para vencer el tedio del insomnio. Nos describen a una mujer que lee caminando, o a un viajero en su carruaje, a un comensal tumbado y a una adolescente de pie en una galería, absortos todos en sus libros.

Pero nunca hubo un afán compulsivo de sustituir lo viejo por lo nuevo. Igual que hoy conviven los libros de papel y los electrónicos, durante muchos siglos coexistieron los rollos y los códices. Los antiguos cilindros de escritura se usaban para textos honoríficos y diplomáticos —documentos rituales en los que la tradición aún dejaba sentir su peso—. También formaron parte del paisaje de la vida cotidiana en la Edad Media. Las instituciones y las órdenes monásticas recurrían a ellos por amor a la antigua solemnidad. Las letanías y las crónicas se prestaban a ser copiadas en el antiguo formato. Los rollos asoman incluso en territorio adversario —los reconocemos en las miniaturas que iluminaron los códices medievales más lujosos—.

Los llamados *rotuli mortuorum* eran rollos de pergamino en los que se anunciaba la defunción de alguna persona de calidad; un mensajero, en rutas que en ocasiones superaban los mil kilómetros, iba transportando el rollo por diversas instituciones relacionadas de algún modo con el difunto, y en cada una de ellas se añadía al rollo una oración u otra expresión de condolencia. El «Rollo de Matilda», hija de Guillermo el Conquistador y abadesa de la Trinidad de Caen, que alcanzó los veinte metros de longitud, fue destruido durante la Revolución francesa. En Inglaterra y Gales todavía se denomina Master of the Rolls al archivero de la corte real. A falta de apuntador, los actores de teatro en el medievo solían usar rollos como ayuda para la memoria en sus representaciones. De allí deriva el término «rol» del actor.

En realidad, no nos han abandonado por completo. En nuestras tradiciones, pero también en nuestras palabras, en nuestros ordenadores, en internet, en las proyecciones de futuro, sobrevive el recuerdo de los rollos. Algunas universidades siguen otorgando sus diplomas con este arcaico ropaje. Cuando hablamos de un libro «largo» o «extenso», de forma involuntaria somos herederos de la terminología específica del rollo. Llamamos impropiamente «volúmenes» —del latín *volvo* (‘dar vueltas, girar’)— a los

códices, que ya no se rebobinan. En el lenguaje coloquial todavía decimos que es «un rollo» algo que nos aburre, que se desenrolla y se desenrolla y parece no acabar nunca. Y hoy la palabra *scroll*, que designaba en inglés al rollo manuscrito, se usa para describir el acto de hacer avanzar o retroceder verticalmente el texto en la pantalla de cualquier aparato informático, como se manejaban los viejos *rotuli*. Además, las compañías tecnológicas más innovadoras están desarrollando pantallas de televisión enrollables que se puedan guardar cuando no se utilizan. En la historia de los formatos, la pauta es la convivencia y la especialización, no el relevo. Los primeros libros se niegan a extinguirse del todo.

26

Marcial y Perec tienen razón: los objetos, su materialidad, sus características, los gestos que llevan aparejados no son mera anécdota. De hecho, son decisivos. En la lucha por hacer sobrevivir las palabras —tan frágiles, meros pedazos de aire—, siempre han jugado un papel crucial el formato y la materia prima de los libros: cuánto duran, de qué materiales están fabricados, cuánto cuestan, cada cuánto tiempo hay que volver a copiarlos.

Los cambios de formato dejan en la cuneta enormes cantidades de víctimas. Todo lo que no es transferido del viejo al nuevo soporte desaparece para siempre. Este peligro nos sigue amenazando en el presente. Si, tras la llegada de los primeros ordenadores en los años ochenta del pasado siglo, no hemos sido capaces de reciclar nuestra memoria informática pasando de un *floppy disk* a un disco de 3½, luego un CD y ahora a un *pen drive*, hemos perdido nuestros datos mil veces, parcial o íntegramente. Está claro que ningún ordenador puede leer ya los primeros disquetes, que pertenecen a la era prehistórica de la informática.

En el siglo XX, el cine ha sufrido sucesivas oleadas de destrucción producidas por los cambios de soportes. Agustín Sánchez Vidal ofrece un cómputo de pérdidas: «El material más afectado es el anterior a 1920, ya que hacia esa fecha las cintas son destruidas, al pasar las películas de una o dos bobinas (con una duración de entre diez y treinta minutos) a la duración estándar de hora y media. La emulsión se aprovecha para recuperar las sales de plata, y el soporte de celulosa, para fabricar peines y otros objetos. Las pérdidas por este concepto rondan el 80 por ciento. En torno a 1930 se pierde cerca de un 70 por ciento al producirse una oleada de destrucciones, todavía más sistemáticas, debidas al paso del cine mudo al sonoro. Y en la década de

los cincuenta tiene lugar la tercera, al sustituir la película inflamable de nitrocelulosa por la seguridad del acetato. En este caso las pérdidas no resultan fáciles de cuantificar. Si se toma como ejemplo nuestro país, puede estimarse que se conserva solo un 50 por ciento de la películas del periodo sonoro hasta 1954». Cada paso del progreso ha supuesto a su vez una devastación.

Martin Scorsese recreó este triste naufragio en *La invención de Hugo*. Recuerdo especialmente una escena melancólica donde el celuloide de las deliciosas películas de Georges Méliès acaba reutilizado por la industria del zapato para producir tacones. Este es un capítulo insólito de la historia de los objetos: la belleza de las historias y las imágenes que habitaron en la mente de los pioneros del cine terminó reciclada en peines y tacones. En la década de los veinte del siglo pasado, personas anónimas caminaron sobre obras de arte. Las hundieron en los charcos de las aceras. Se peinaron con ellas. Dejaron allí rastros de su caspa. Nunca sospecharon que esos utensilios eran, en realidad, pequeñas tumbas, monumentos cotidianos de la destrucción.

Con la sustitución de los antiguos rollos, sin duda, perdimos para siempre todo un tesoro de versos, crónicas, aventuras, ficciones, ideas. A lo largo de los siglos, la desidia y el olvido han destruido aún más libros que la censura o el fanatismo. Pero también sabemos de grandes esfuerzos por salvar el legado de las palabras. Ciertas bibliotecas —es imposible averiguar cuántas— se embarcaron en la paciente tarea de transcribir sus fondos al soporte triunfador, volviendo a copiarlos a mano, trazo a trazo, frase por frase, libro por libro. En el siglo IV, el filósofo y alto funcionario Temistio dejó escrito que en la biblioteca de Constantinopla trabajaban para el emperador Constancio II artesanos capaces de «trasladar el pensamiento de un envoltorio desgastado a otro nuevo, recientemente confeccionado». En el siglo V, Jerónimo de Estridón mencionó otra biblioteca, en la ciudad romana de Cesarea —situada en la costa mediterránea del actual Israel, entre Tel Aviv y Haifa—, donde también habían acometido la tarea de transferir todos sus libros al formato códice.

Hasta la reciente aparición de las tabletas y los libros digitales, durante veinte siglos, los lectores no hemos vuelto a sufrir el seísmo de un gran cambio de formatos. Aquellos libros de páginas que Marcial acogió con entusiasmo en el siglo I permanecen junto a nosotros en el siglo XXI fieles, simples, conservando nuestra memoria, transportando nuestra sabiduría, soportando los ultrajes del tiempo.

Bibliotecas públicas en los palacios del agua

27

El 15 de marzo del año 44 a. C. —en los idus de marzo, según el calendario romano—, asesinaron a Julio César apuñalándolo en el Senado, frente a la estatua de su viejo enemigo Pompeyo, que quedó manchada por las salpicaduras de su sangre. En nombre de la libertad, un grupo de senadores hundieron una y otra vez sus dagas en el cuerpo de un hombre de sesenta y seis años, en su cuello, su espalda, su pecho y su vientre. Viendo puñales levantados por todas partes, el último movimiento de César fue un gesto de pudor. Al borde de la muerte, cegado por la sangre, se preocupó de estirar su túnica sobre las piernas para caer más noblemente, sin enseñar su sexo. Las dagas siguieron asestándole salvajes picotazos mientras yacía indefenso junto a las escaleras del pórtico. Recibió veintitrés puñaladas, de las que, según Suetonio, solo una fue mortal.

A los conspiradores les gustaba referirse a sí mismos como «los libertadores». Consideraban a César un tirano que aspiraba a ser rey. Aquel asesinato político, tal vez el crimen más famoso de la historia, ha despertado tanta admiración como repugnancia. No es ninguna casualidad que, mil novecientos años después, John Wilkes Booth utilizara «idus» como contraseña para el día que mató a Abraham Lincoln, ni que, mientras huía del escenario del crimen, Booth gritase una frase en latín: *Sic semper tyrannis* («Este es el destino de los tiranos»).

¿Era Julio César un tirano en ciernes? Sin duda, fue un general carismático y un político sin escrúpulos. Algunos de sus contemporáneos calificaron su campaña en las Galias como genocidio. Es cierto que, en sus últimos años de vida, cada vez se esforzaba menos en disimular su gigantesca ambición. Había sido nombrado dictador vitalicio y se atribuyó el derecho a llevar el atuendo triunfal siempre que quisiera —con la corona de laurel, que no podía ser más práctica para disimular su calvicie—. Para la posteridad, su nombre ha simbolizado siempre un título de poder autoritario (césar, zar). Sin embargo, su asesinato no salvó la República. El crimen de los idus fue un salvaje derramamiento de sangre que no logró ninguno de sus objetivos. Desencadenó una larga guerra civil, más muertes, nuevas destrucciones y, al

final, sobre las ruinas humeantes, Augusto instauró la monarquía imperial. El joven emperador, heredero y sucesor de su tío, hizo colocar una estructura de hormigón para señalar y clausurar el escenario del crimen. Hoy, tantos siglos después, los gatos callejeros de Roma se refugian en el Largo di Torre Argentina, el lugar donde agonizó Julio César.

Como daño colateral, en los idus de marzo salieron perdiendo los lectores pobres. Entre otros planes, César tenía previsto construir la primera biblioteca pública de Roma, lo más rica posible, y había confiado al sabio Marco Varrón la tarea de adquirir y clasificar los libros. El nombramiento era lógico, porque Varrón había escrito un ensayo titulado *Sobre bibliotecas*, del que apenas han sobrevivido unos escasos fragmentos.

Años después, Asinio Polión, seguidor de César, hizo realidad su sueño con el jugoso botín de una expedición militar de saqueo. Inauguró una biblioteca en el mismo edificio que —simbólicamente— albergaba el santuario de la diosa Libertad. Solo conocemos este primer templo público de los libros a través de las menciones de varios escritores, ya que sus restos han desaparecido sin dejar huella. Sabemos que el espacio interior estaba dividido en dos secciones, una para obras en griego y otra para obras en latín. Esta organización bilingüe y bimembre se repetiría en todas las bibliotecas romanas posteriores. Por imperativo del amor propio nacional, las dos secciones debían tener idénticas dimensiones, aunque por el momento una estuviese llena a rebosar y la otra acusadoramente vacía. Frente a unos siete siglos de textos griegos, para el apartado romano apenas se podía elegir entre dos siglos de literatura. Sin atender a esas minucias, el mensaje que transmitía la biblioteca oficial de Polión era doble: las obras griegas quedaban incorporadas en su lengua original al bagaje de los romanos; a cambio, había que fingir que los jefes del poderoso Imperio valían tanto como sus brillantes súbditos helenos. Ningún aspecto de la puesta en escena podía delatar que, de hecho, los colonizadores se sentían acomplejados ante el apabullante patrimonio intelectual de un territorio conquistado.

Otro rasgo que heredarían todas las bibliotecas romanas fueron las estatuas de autores famosos. En Roma aquellos bustos en los espacios públicos eran el equivalente literario de las estrellas del paseo de la fama de Hollywood. Quien conseguía ese homenaje había entrado en el canon. Polión encargó para su biblioteca un solo retrato de un escritor vivo: Varrón. Décadas más tarde, el deslenguado Marcial, atento a todos los afanes de la feria de las vanidades romanas, presumía de que su busto adornaba ya algunas mansiones aristocráticas. En realidad, él ambicionaba una estatua en las

galerías de personajes ilustres de las bibliotecas públicas. Todo parece indicar que, como esos eternos aspirantes al premio Nobel, se quedó siempre a las puertas. En sus epigramas abundan los estribillos de pedigüeño, mendigando sin tapujos honores, halagos o dinero, pero en general, como él mismo contó con humor y autoironía, sus esperanzas desembocaban en grandes chascos.

La biblioteca de Asinio estaba abierta a los lectores seguramente desde el alba hasta el mediodía. Allí debía de acudir un público variado: escritores, estudiosos, amantes del conocimiento, pero también copistas enviados por sus amos o por los libreros con el encargo de hacer copias de las obras. Lo más probable es que, para buscar los libros en los armarios, hubiera personal especializado. También sabemos que algunas bibliotecas autorizaban el préstamo. El escritor Aulo Gelio cuenta una anécdota que lo prueba. Se había reunido con unos amigos para cenar y charlar. Cuando les sirvieron nieve derretida para beber, un invitado experto en Aristóteles les advirtió de que, según el filósofo, era perjudicial para la salud. Como alguien negó esa afirmación, el terco comensal, lastimado en su orgullo, se tomó la molestia de ir hasta la biblioteca de la ciudad, consiguió que la abriesen para él y regresó con un ejemplar de la obra de Aristóteles que incluía el párrafo en cuestión —esa era la laboriosa forma de zanjar las discusiones antes de que existieran los buscadores de internet—. También el emperador Marco Aurelio y su maestro Frontón mencionan en sus cartas que se llevaban a casa libros prestados. Además de esos testimonios casuales, se ha conservado en Atenas una inscripción de época imperial avisando de que los directores prohibían el servicio de préstamo, de donde se deduce que en otros establecimientos sí estaría permitido. La inscripción reza textualmente: «De aquí no saldrá ningún libro; así lo hemos jurado».

Las dos siguientes bibliotecas públicas de la Urbe las hizo construir Augusto, una en el monte Palatino y la otra en el Pórtico de Octavia. Los arqueólogos han encontrado restos de la Biblioteca Palatina. Gracias a las excavaciones tenemos una imagen fiable de su diseño arquitectónico y de su interior. Se han hallado dos cámaras contiguas de tamaño idéntico para la colección bilingüe. En ambas, los libros reposaban dentro de unos armarios de madera con estantes y puertas, empotrados en grandes nichos, numerados con cifras que remitían al catálogo. Dada la gran altura de los nichos, debían de contar con pequeñas escaleras portátiles para alcanzar las repisas superiores. En conjunto, el edificio recuerda más a nuestras salas de lectura contemporáneas que a las bibliotecas griegas, donde no había instalaciones para los lectores. Los lectores griegos escogían un rollo de los estantes y se

trasladaban a un pórtico contiguo. En Roma, las estancias estaban diseñadas para ofrecer un ambiente amplio, bello y lujoso. Los libros descansaban en los armarios, al alcance de la mano pero sin obstruir el paso. Había mesas, sillas, maderas talladas, mármoles: un placer para la vista, y un derroche de espacio.

A medida que las colecciones crecían, se necesitaban nuevos armarios. Los problemas de almacenamiento resultaban difíciles de resolver porque los nichos para libros estaban integrados en la estructura arquitectónica del edificio y no se podían improvisar. Había que fundar nuevas bibliotecas. El emperador Tiberio sumó una o tal vez dos durante su reinado, y Vespasiano levantó otra en el templo de la Paz, probablemente para celebrar con libros y proclamas de concordia que había sometido a sangre y fuego la revuelta de Judea.

Los restos mejor conservados corresponden a las bibliotecas gemelas construidas por orden de Trajano en el año 112 como parte de su foro monumental. La sala griega y la latina estaban una frente a la otra, separadas por un pórtico en cuyo centro todavía se yergue la famosa columna de Trajano. Los arqueólogos creen que el emblemático monumento representaba un gran rollo de piedra, con sus treinta y ocho metros de escenas en bajorrelieve a todo color sobre las guerras de la Dacia —como viñetas de un cómic bélico—. El relato de las campañas se desarrolla en una cinta continua que asciende en espiral: miles de romanos y dacios esculpidos minuciosamente marchan, construyen, luchan, navegan, se escabullen, negocian, suplican y perecen en ciento cincuenta y cinco escenas —una auténtica novela gráfica—.

El interior de las dos bibliotecas era un prodigio de lujo abierto a todos los públicos: dos pisos de armarios, columnas, galerías, cornisas, revestimientos de mármol multicolor de Asia Menor y estatuas. Imagino los rostros boquiabiertos de la gente común ante un despliegue de belleza estética y comodidades que hasta entonces habían sido prerrogativa de la aristocracia, y una colección de unos veinte mil libros accesibles a cualquier lector. Gracias al primer emperador hispano, en Roma ya no hacía falta cortejar a los ricos para leer en un ambiente fastuoso.

28

La biblioteca de Trajano fue la última de su especie. A partir del siglo II, las nuevas salas de lectura se integraron en los baños públicos imperiales. Además de ofrecer todas las prestaciones de unas termas —salas templadas,

salas calientes, saunas, baños fríos, salas de masajes—, aquellos edificios llegaron a ser auténticos complejos de ocio, que anticipaban nuestros centros comerciales. Las termas de Caracalla, inauguradas en el año 212, incluían gimnasios, espacios para la lectura, salas para la conversación, un teatro, los propios baños, jardines, espacios destinados al ejercicio o el juego, establecimientos para comer y biblioteca griega y latina separadas; todo pagado por el Estado.

Con la construcción de estos baños grandiosos y gratuitos, los emperadores conquistaban a sus súbditos. «¿Qué hay peor que Nerón?», se preguntaba Marcial. «¿Y qué mejor que sus termas?». Allí acudían todos los romanos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres. Algunos se bañaban y se tendían en los lechos de masaje, otros jugaban a la pelota o juzgaban el juego del prójimo con consejos que nadie les había pedido, acudían a conferencias, charlaban con los amigos, murmuraban a las espaldas de sus conocidos, despotricaban contra los cargos municipales, se quejaban del precio del grano, comían salchichas a dos carrillos o curioseaban en la biblioteca. El filósofo Séneca, que se desesperaba intentando concentrarse en su despacho situado justo sobre unas termas, escribió una divertida descripción del jolgorio y la alegría de los baños: «Cuando los atletas se ejercitan con pesas de plomo, escucho sus chiflidos y sus jadeantes respiraciones. Oigo el chasquido de la mano del masajista al sacudir una espalda. Si llega de repente el jugador de pelota y empieza a contar los tantos, uno está perdido. Añade al camorrista, al ladrón atrapado y los que saltan a la piscina produciendo gran estrépito con sus zambullidas. Piensa en el depilador que lanza un grito agudo para hacerse notar y fuerza a gritar a otros cuando les afeita los sobacos. Luego el vendedor de bebidas, el salchichero, el pastelero y los vendedores que pregonan su mercancía con una peculiar modulación». Sin duda, la atmósfera más adecuada para el autor de las reflexiones sobre la serenidad en *De tranquilitate animi*.

A diferencia de las exquisitas bibliotecas de los foros, las salas de lectura de los baños se orientaban a los gustos de un público amplio, dispar y frívolo. Sus lectores debieron de ser ante todo gentes curiosas en busca de entretenimiento, que acudían a los libros como alternativa a los juegos de pelota, los chapuzones y la conversación insustancial. Suponemos que las colecciones de libros incluían sobre todo clásicos de renombre en ambas lenguas, autores contemporáneos de moda, y acaso algún que otro filósofo. La creación de bibliotecas ubicadas dentro de los abarrotados baños romanos fue un enorme logro. Unió cultura, entretenimiento, negocios y educación en una

vigorosa fusión bajo un mismo techo. Supuso un enorme impulso para universalizar los libros, colocándolos en un entorno popular y bullicioso que no intimidaba a los lectores inexpertos.

Además, las bibliotecas de las termas llevaron la lectura a todos los rincones del Imperio. Los centros de ocio no eran exclusivos de la capital, sino que formaron una auténtica red a lo largo y ancho de los territorios conquistados por los romanos. De hecho, algunos especialistas creen que la cultura del baño era la única institución pública compartida que unía a los distantes ciudadanos imperiales.

El goce de los placeres del agua llegó a convertirse en una seña de identidad de la cultura pagana y la civilización de Roma, hasta tal punto que los cristianos más estrictos abominaban de las termas como síntoma de sibaritismo, sensualidad y corrupción espiritual. Se conserva la carta de un monje campesino del siglo V que afirmaba: «No queremos lavarnos en los baños». Los hombres santos entendieron el hedor como una medida de devoción ascética. Rechazaban el aseo para expresar su oposición al estilo de vida de los romanos. Simeón el Estilita se negaba a dejarse tocar por el agua y «tan potente y hediondo era el hedor que resultaba imposible ascender aunque solo fuera hasta mitad de la escalera sin malestar; algunos de los discípulos que se obligaban a llegar hasta él no podían subir hasta que no se habían untado en la nariz incienso y ungüentos fragantes». Después de pasar dos años en una cueva, san Teodoro de Siqueón emergió «con un hedor tal que nadie soportaba estar cerca de él». Clemente de Alejandría escribió que el buen gnóstico cristiano no quiere oler bien: «Repudia los placeres espectaculares y los demás refinamientos del lujo, como los perfumes que halagan el sentido del olfato o las atracciones de los diversos vinos que seducen el paladar o las guirnaldas fragantes hechas con distintas flores que debilitan el alma a través de los sentidos». En aquel tiempo, el «olor de santidad» era fétido.

No obstante, dejando de lado a las minorías rigoristas, los habitantes de las provincias imperiales abrazaron con entusiasmo los placeres del baño, y las termas trajeron consigo, entre otros pasatiempos y lujos, una marea de libros.

29

La ciudad de las veintinueve bibliotecas: un catálogo de los edificios emblemáticos de Roma fechado en el año 350 menciona esa cifra precisa.

Fuera de la capital, en cambio, es difícil seguir rastro de los libros. Solo poseemos informaciones caprichosas, incompletas, a veces desconcertantes. En Pompeya, los arqueólogos han descubierto restos de una sala de lectura. Una inscripción de la ciudad de Comum —hoy Como— recuerda que el escritor Plinio el Joven donó a su ciudad de origen una biblioteca y la suma de cien mil sestercios para mantenerla. Otra inscripción hallada en la costa, no lejos de Nápoles, habla de una biblioteca sufragada por Matidia, la suegra del emperador Adriano. Hay huellas azarosas de otras colecciones públicas donadas, en Tibur (actual Tívoli) y en Volsinii (Umbría).

Por lo general, el dinero para financiar esas colecciones no procedía del erario público, sino de las arcas de donantes generosos. Durante toda la Antigüedad, pesaba sobre los ricos la obligación no escrita de gastar parte de su riqueza en la comunidad: financiar juegos circenses, construir anfiteatros, pavimentar caminos o levantar acueductos. Si, como escribió Balzac, detrás de toda gran fortuna siempre hay un crimen, invertir en mejoras colectivas les parecía a los antiguos la mejor fórmula para indemnizar a la sociedad por aquellas fechorías iniciales. En los edificios públicos abundan las siglas DSPF (*de sua pecunia fecit*) junto al nombre de un ciudadano. Estos alardes de filantropía no siempre eran estrictamente voluntarios: los potentados que se resistían a contribuir sufrían presiones, y no podían negarse durante mucho tiempo, a riesgo de perder su prestigio. Si un millonario rácano necesitaba un suave empujón para abrir la bolsa, los plebeyos acudían a la puerta de su casa a cantarle coplas sarcásticas y a burlarse de él. Es muy posible que alguna biblioteca de provincias se gestase en uno de esos antiguos escraches.

En la zona de habla griega del Imperio, existían bibliotecas públicas desde la época helenística. Los emperadores romanos apoyaron aquellos prestigiosos centros del saber, invirtiendo en las colecciones de Alejandría y Pérgamo. La venerable ciudad de Atenas ganó dos nuevas bibliotecas en el siglo II, una de ellas regalo de Adriano, y la otra de un conciudadano que pagó un pórtico, una sala con sus libros y toda la decoración del recinto «de su propio dinero» —así lo proclama en una inscripción, con énfasis y al parecer con el bolsillo todavía dolorido—. En Éfeso, un tal Tiberio Julio Celso erigió una biblioteca en memoria de su padre, gran amante de los libros.

En cambio, Occidente aparece a simple vista como un gran erial. En toda la zona geográfica que hoy abarca Inglaterra, España, Francia y la costa septentrional de África, solo hay pruebas de la existencia de bibliotecas en dos lugares: Cartago, en Túnez, y Timgad, en Argelia. De la primera tenemos noticia por la mención de un escritor; de la segunda, gracias a la arqueología.

Es cierto que, según los estereotipos de la época, el foco de la civilización radicaba en Oriente, mientras que los habitantes de poniente chapoteaban en la barbarie, el subdesarrollo y la incultura. En todas las épocas, las potencias más poderosas construyen sus oposiciones geográficas —norte/sur, este/oeste— y no permiten que los hechos les estropeen un buen prejuicio. En la Antigüedad, Europa occidental conoció culturas muy sofisticadas y casi todas ellas fueron destruidas por sus civilizados invasores. En todo caso, para comienzos de la época imperial la globalización romana había paliado las diferencias entre territorios. Los arquitectos e ingenieros de Roma urbanizaron a conciencia Occidente, sustituyendo las aldeas nativas por una red de ciudades, pequeñas y grandes, dotadas de alcantarillado, acueductos, templos, foros y termas. En ellas tuvo que haber libros. Durante aquellos años la cultura escrita, aunque no tan arraigada como en el mundo griego, se expandió en las comunidades romanizadas. Había maestros de escuela que enseñaban latín en las principales poblaciones, mientras que los grandes centros ofrecían educación secundaria y retórica. En capitales como Cartago o Marsella, los habitantes más ricos podían cursar el equivalente a la formación universitaria de la época. Marcial, que nació en la celtíbera Bilbilis y llegó a Roma al cumplir veinte años, demostró un excepcional dominio de la lengua latina. Si no fue en su municipio natal, con seguridad tuvo acceso a una biblioteca en Caesaraugusta o en Tarraco. Y como Bilbilis o Caesaraugusta, decenas de centros importantes de Occidente albergaron ciudadanos —hombres y mujeres— con riqueza, ambiciones culturales y apetito de libros.

Cuando camino por las calles de trazado romano de mi ciudad, pienso que en algún lugar, como en la mágica Oxford, duerme una gran biblioteca en el subsuelo. Aplastadas por el bullicio de las calles, bajo el asfalto y la prisa, mil veces pisadas y saqueadas, sin duda deben de sobrevivir las últimas esquirlas de los nichos donde nuestros remotos antepasados conocieron los libros.

Dos hispanos: el primer fan y el escritor maduro

30

La imagen de adolescentes gritando, sollozando y desmayándose a la llegada de sus ídolos musicales no nació con Elvis y los Beatles. En realidad, ni siquiera es un fenómeno surgido con el *rock'n'roll*, sino con la música clásica. Ya los *castratti* del siglo XVIII despertaban pasiones desde los escenarios. Y en las civilizadas salas de conciertos del siglo XIX, un pianista húngaro que agitaba la melena al inclinarse sobre el teclado provocó un auténtico delirio de masas conocido como lisztomanía, o «fiebre Liszt». Si a las estrellas de rock sus fans les lanzan la ropa interior a la cara, a Franz Liszt le arrojaban joyas. Fue el icono erótico del siglo victoriano. En la época se decía que sus balanceos y sus estudiadas poses al interpretar producían en la audiencia éxtasis místicos. Primero niño prodigio y después joven histriónico, protagonizó giras multimillonarias por el continente. Durante las apariciones públicas de Liszt, sus fans se arremolinaban, chillando, suspirando y sufriendo mareos. Lo seguían por las sucesivas capitales donde ofrecía conciertos. Intentaban robarle sus pañuelos y guantes, y llevaban su retrato en broches y camafeos. Las mujeres trataban de cortarle mechones de pelo, y cada vez que se rompía una cuerda del piano estallaban auténticas batallas campales por conseguirla para fabricarse una pulsera con ella. Algunas admiradoras lo acechaban por la calle y por las cafeterías, provistas de frascos de vidrio donde vertían los posos del café de su taza. Cierta vez, una mujer recogió los restos de su puro junto al pedal del piano, y los llevó en el escote, dentro de un medallón, hasta el día de su muerte. La palabra *celebrity* se usó por primera vez para referirse a él.

A pesar de ello, todavía podemos retroceder más en el tiempo. Seguramente, las primeras estrellas internacionales fueron un grupo de escritores de la época imperial romana (Tito Livio, Virgilio, Horacio, Propercio y Ovidio).

De hecho, el primer fan conocido de la historia fue un hispano de Gades, obsesionado por conocer a su ídolo, el historiador Tito Livio. Nos cuentan que a comienzos del siglo I emprendió un peligroso viaje «desde el rincón más remoto del mundo», o sea, la actual Cádiz, hasta Roma para ver de cerca,

con sus propios ojos deslumbrados, a su artista favorito. Suponiendo que hiciese la ruta por tierra, el devoto gaditano necesitó más de cuarenta días de trayecto para realizar su peregrinación idólatra, sufriendo las pésimas comidas y el suplicio de los piojos en las fondas polvorientas, traqueteando a lomos de jamelgos y en carros viejos, temblando por miedo a los salteadores de caminos en los bosques solitarios. Recorrió las calzadas del imperio, bordeadas por los cadáveres de bandidos ejecutados que se pudrían empalados en estacas allí donde habían cometido su delito. Por las noches rezaba para que los esclavos que lo escoltaban no huyesen o se volviesen contra él en tierra extranjera. Vació varias bolsas de monedas por el camino. Él mismo adelgazó a causa de unas gigantescas diarreas provocadas por el mal estado de las aguas. En cuanto llegó a Roma, preguntó por el famoso Livio. Consiguió verlo de lejos, tal vez se fijó en su forma de peinarse y vestir la toga para imitarlo y, sin atreverse siquiera a dirigirle la palabra, dio media vuelta, de regreso —otras cuarenta jornadas de viaje— a su hogar. Plinio el Joven contó la anécdota en una de sus cartas, sin saber que estaba describiendo al primer perseguidor de celebridades conocido.

La globalización romana generó lectores en territorios muy alejados de la Urbe. Horacio presumía de que sus libros eran conocidos en el Bósforo, en Libia, en los actuales Cáucaso y Hungría, en el país del Rin y en Hispania. Propercio afirmaba que su gloria había alcanzado las invernales orillas del río Borístenes, hoy Dniéper. Ovidio escribió, sin rodeos ni falsa modestia, que era muy leído «en todo el mundo». En general, los romanos tendían a confundir los límites de su imperio con los del planeta. Es un rasgo típico de las visiones imperiales —ya el rey acadio Sargón el Grande, cuyos dominios se extendían del golfo Pérsico al Mediterráneo, se jactaba de haber conquistado el mundo entero—. En el caso de los escritores romanos, dejando de lado las imprecisiones geográficas y las fanfarronadas, era cierto que las fronteras de la lectura se estaban expandiendo en una progresión asombrosa: los libros de éxito empezaban a atravesar continentes, mares, desiertos, montañas y selvas, en vida de sus autores. Las ideas y las palabras circulaban por las modernas calzadas. Los libros de Marcial se podían comprar en Viena y Britania; los de Plinio el Joven, en una librería de Lyon. Juvenal, un conservador reacio a la nueva cultura inclusiva y global, se indignaba al imaginar a un mugriento cántabro con libros de filosofía romana entre sus bárbaras manos: «Ahora el orbe entero posee una cultura griega y romana; la elocuente Galia ha formado britanos como abogados y en Thule se habla ya

de contratar a un profesor de retórica. ¿Dónde había, en la época del viejo Metelo, un estoico cántabro?».

En la capital, nativos y forasteros eran capaces de reconocer por la calle a los escritores más famosos, y los perseguían como los admiradores y *groupies* de nuestro tiempo. Virgilio, que padecía timidez patológica, muchas veces salió huyendo de los grupos de seguidores que lo asediaban, señalándolo con el dedo. No todo eran inconvenientes, sin embargo. Entre la nobleza romana, existía la costumbre de legar una parte de los grandes patrimonios a individuos importantes para la comunidad, y, en esos casos, no se olvidaban de los escritores. De hecho, se cuenta que los dos grandes autores rivales Tácito y Plinio el Joven medían su fama por la cantidad de herencias que les donaban a uno y otro. En un tiempo en que no podían competir acerca de la cantidad de ejemplares vendidos —era imposible establecer un cálculo fiable —, el *top ten* de las estrellas del firmamento literario se medía por las propinas que les dejaban los testamentos aristocráticos.

De Livio a Liszt, hay una larga historia desconocida de fama, fetichismo, fans avasalladores y pasiones desbordadas hacia los clásicos.

31

Este será tu último gran viaje. Con casi sesenta años, mientras dejas atrás Roma, te agita el entusiasmo de la aventura. La navegación de Ostia a Tarraco es tranquila; balanceado por las olas y los vientos favorables, el barco te mece en el mar de la memoria. Has vivido treinta y cinco años en la Urbe. Llegaste muy joven a la capital del Imperio, donde conseguiste sobrevivir escribiendo libros —y dando sablazos a los ricos—. Has sido un parásito simpático y ocurrente en las mansiones nobles, el gracioso imprescindible de sus fiestas. Te trataban algo mejor que a un mayordomo, pero bastante peor que a un amigo.

Sin contratiempos, la nave te deja en Hispania, un día azul de luz cegadora. En Tarraco contratas a un guía con un carro y dos mulas. Emprendéis la marcha sin prisa: pasaréis seis días en los caminos hasta llegar a tu tierra natal.

Una tarde os sorprende una brusca tormenta en un atajo sin pavimentar. Tenéis que tirar como animales del carro, que una y otra vez se atasca en el barro. Cuando cruzas la muralla de Cesaraugusta, sucio y con ojos inyectados, más pareces un mendigo costroso que una celebridad de Roma. Vas a las termas, donde sudas, charlas y te adormilas. Vagabundeas entre el ajetreo del

puerto, junto al río amarillento, y aprovechas para comprar dos esclavos en una subasta. Alguien que ha triunfado fuera debe llegar escoltado por hombretones de espaldas anchas y pecho frondoso.

Otra vez en marcha, te emociona contemplar la solitaria silueta del monte Cayo —al que siglos después llamaremos Moncayo, y cuya sombra ofrecerá refugio e inspiración a otros escritores, como un tal Bécquer y un tal Machado —. Al acercarte al río Jalón, revives los ruidosos chapoteos de tu infancia junto a otros niños en sus aguas poco profundas. De nuevo mugriento por el polvo del camino, sueñas con volver al tranquilo balneario de Aquae Bilbilitanorum —las mismas aguas tibias que más adelante recibirán el nombre musulmán de Alhama—. Reconoces el paisaje de tu infancia: los cerros, el meandro del río, las minas de hierro, las espigas altas que esperan la siega, los pinos, las encinas, la sombra de los pámpanos. Una liebre desaparece tras un matorral, despertando tu apetito por los manjares de la caza. Por fin, allí se alza la escarpada Bilbilis, los tejados de las casas en pendiente, la silueta del templo, los recuerdos. Tu corazón retumba. ¿Te esperan en tu tierra los laureles de la gloria, o las dentelladas de la envidia? Conociendo a tus vecinos, más bien alguna frase despectiva dicha entre dientes. Al menos, acabará el insomnio de Roma, el concierto de cocheros que se insultan de noche, la obligación de madrugar y sudar la toga corriendo a casa de los poderosos, las palabras falsas. Bajo el cielo tranquilo de Celtiberia, amigo Marcial, dormirás a pierna suelta.

Aún no lo sabes, pero vas a conocer a una viuda madura y rica, llamada Marcela, que admira tus versos. Halagada por la idea de tener un amante famoso en Roma, te regalará una finca con sus prados, sus rosales, una fuente que susurra estrofas de agua, estanques cubiertos donde nadan las anguilas, un huerto de hortalizas y un blanco palomar. Gracias a ella —cuerpo recio y cálido, tu última compañera de cama, tu mecenas más generosa—, escaparás por fin a la amenaza de la miseria, que nunca te abandonó del todo en Roma. Comerás en una mesa repleta. Holgazanearás. Dormirás largas siestas panza arriba bajo las sombras de los árboles que mitigan los veranos sin nubes. Durante el invierno dejarás transcurrir horas fascinado por el baile hipnótico del fuego del hogar. Conocerás por fin la calma, pero dejarás de escribir. Con el estómago lleno, tu rabia se apaciguará y dejarás atrás tu disfraz de niño terrible.

Cuando estabas en Roma, te irritaba la vida artificial y la hipocresía que observabas a tu alrededor. Estabas harto de halagar a los poderosos. Entonces la nostalgia te dictaba poemas en los que enumerabas los ásperos nombres de

tu tierra. Bien, ya has regresado a tu pequeño paraíso de sosiego. Pronto empezarás a rezongar entre dientes, mascullando tu añoranza de las reuniones, los teatros, las bibliotecas de Roma, la agudeza de tu círculo social, los placeres y el bullicio de la capital; en suma, de todo lo que has dejado por afán de tranquilidad.

Herculano: la destrucción que preserva

32

Las majestuosas bibliotecas de Roma que poblaban los sueños nostálgicos de Marcial en Hispania, terminarían por sucumbir tras una sucesión de desastres, saqueos, incendios y accidentes. Paradójicamente, la única biblioteca antigua que conservamos ha sobrevivido gracias a la acción de fuerzas destructivas.

El 24 de octubre del año 79, bajo el Imperio de Tito, el tiempo se detuvo en Pompeya y Herculano, dos ciudades de moda en la bahía de Nápoles. Allí se habían hecho construir sus mansiones los ciudadanos más ricos de la capital. El sol resplandecía, las aguas eran de un azul muy puro, el olor del mirto endulzaba el aire, se sucedían las fiestas para diversión de los veraneantes, la vida era relajada y los placeres fáciles. Sin embargo, aquel día de otoño, desde primera hora de la mañana, un jirón de humo negro se alzó desafiante del cráter del Vesubio hacia el cielo. Pronto empezó a caer sobre las calzadas de Herculano una especie de fango, mezcla de lluvia, cenizas y lava. Cubrió los tejados y penetró por ventanas y rendijas. Por fin, un flujo volcánico a 600 °C arrasó con todo. Solo quedaron los huesos de sus habitantes. Pompeya quedó envuelta en vapores de azufre que volvieron el aire irrespirable. A una finísima llovizna de cenizas siguió un granizo de pequeñas piedras volcánicas y, por último, piedras pómez de varios kilos. La gente salía horrorizada de sus casas, pero ya era tarde para huir.

La ciudad, sepultada durante cerca de mil años bajo una capa de cenizas solidificadas y *lapilli*, se convirtió en una especie de cápsula del tiempo. La temperatura de 300 °C generó costras de ceniza volcánica en torno a los retorcidos cuerpos de sus habitantes. En el siglo XIX, los arqueólogos inyectaron escayola en los huecos fantasmales que dejaron los cuerpos muertos en las cenizas. Esos moldes de escayola nos permiten contemplar a los pompeyanos eternizados en el último acto de sus vidas: una pareja busca refugio en un abrazo imperecedero, un hombre muere solo con la cabeza hundida en las manos, un perro guardián intenta frenéticamente liberarse de su correa, una niña se cobija convulsa en el regazo de su madre como si quisiera volver a su vientre. Algunos de ellos aún parecen retorcerse, encogidos de miedo, dos mil años después. En *Te querré siempre*, de

Rossellini, un matrimonio en crisis que viaja por Italia asiste con angustia al vaciado de las estatuas de yeso de dos amantes que encontraron la muerte juntos, engullidos por la lava.

Varias generaciones antes de la catástrofe, Lucio Calpurnio Pisón, suegro de Julio César, encargó un palacio de doscientos metros cuadrados en Herculano. Cuando, a mediados del siglo XVIII, los arqueólogos sacaron a la luz los restos de la fastuosa residencia, encontraron más de ochenta estatuas de bronce y mármol, y la única biblioteca superviviente del mundo clásico. La colección contiene unos dos mil rollos carbonizados, que la erupción destruyó y preservó simultáneamente. A consecuencia de este hallazgo sin precedentes, la gran villa de Pisón es conocida como la Villa de los Papiros. Aquella mansión romana sepultada por la lava impresionó de tal manera al magnate del petróleo Jean Paul Getty que se hizo construir una villa idéntica en Malibú —hoy esa réplica alberga una sede del Museo Getty—.

Durante décadas, la villa de Lucio Calpurnio había sido lugar de reunión para un conocido círculo de filósofos epicúreos, entre los que se encontraba el poeta Virgilio. Pisón fue un poderoso magistrado y lector entusiasta de las obras del pensamiento griego. Cicerón, su enemigo político, retrató al riquísimo aristócrata cantando coplas obscenas y refocilándose desnudo «en medio de la fetidez y el lodazal de sus queridos griegos» —la sutileza no abundaba en las invectivas políticas de la época—. Al margen de que Pisón organizase o no sus esporádicas orgías, a juzgar por el contenido de su biblioteca parece probable que los invitados de la villa pasaran las tardes en Herculano dedicados a entretenimientos apasionantes, aunque quizá menos sensuales.

Los romanos poderosos de finales del periodo republicano y principios del Imperio consideraban que el ocio intelectual era uno de sus privilegios más queridos. Muchos de ellos destinaban largas horas de sus vidas, por lo demás ocupadísimas, a debatir con ingenio y seriedad sobre los dioses, sobre las causas de los terremotos, el trueno y los eclipses, sobre la definición del bien y el mal, sobre las metas legítimas de la vida y sobre el arte de morir. Agasajados por esclavos, en el confort de sus elegantes villas, se aferraban a los tesoros de sus bibliotecas y a aquellas civilizadas charlas intelectuales como si, de algún modo, quisieran creer que su viejo mundo seguía intacto, a pesar de las guerras civiles, la violencia, las tensiones sociales, los rumores de disturbios, el aumento de los precios del grano y las lentas columnas de humo que vomitaba el Vesubio. Esos hombres y mujeres privilegiados que vivían en el epicentro de la mayor potencia del mundo se refugiaban en sus lujosas

mansiones para olvidar todos los peligros, reduciéndolos a amenazas remotas, a asuntos de importancia ínfima por los que no merecía la pena perder las formas o interrumpir una conversación especulativa sobre, por ejemplo, los testículos de los castores, tema que tanto interesaba a Aristóteles. De aquel gusto de los nobles romanos por tumbarse en sus cómodos divanes —triclinios o lechos de mesa— sobre almohadones de púrpura bordada, mientras les servían bebida y manjares, para razonar tranquilamente los unos con los otros, procede nuestra expresión «hablar largo y tendido».

Las excavaciones de la Villa de los Papiros revelaron que los libros del sibarita Pisón se guardaban en una habitación de tres por tres metros con estantes en las paredes y una librería exenta de madera de cedro en el centro con estantes a ambos lados. Los rollos se trasladaban al patio contiguo para poder leerlos con buena luz, entre lujosas estatuas. En ese diseño, el arquitecto de la villa seguía el precedente griego.

Aquel 24 de octubre, la explosión de gas del volcán carbonizó los rollos de papiro antes de que la ciudad quedase enterrada bajo una fina ceniza volcánica que después se enfrió y solidificó. Cuando los excavadores y cazadores de tesoros exploraron la villa en el siglo XVIII, confundieron los restos de los rollos con trozos de carbón y troncos quemados. De hecho, llegaron a usar algunos de ellos como antorchas, donde ardieron las antiguas palabras de libros perdidos —un curioso caso de comunicación por señales de humo—. Cuando comprendieron lo que tenían entre manos, se preguntaron si sería posible leerlos. En la euforia del hallazgo, recurrieron a métodos poco delicados (usaron las uñas o, peor aún, cuchillos de carnicero para cortarlos, con resultados predecibles y lamentables). Poco después, un italiano inventó una máquina para intentar abrirlos con delicadeza, pero era una labor desesperadamente lenta. Hicieron falta cuatro años para desplegar el primer rollo. Y, de todas formas, los fragmentos obtenidos con la máquina, negros como un periódico quemado, eran frágiles y difíciles de conservar porque tendían a despedazarse.

Desde entonces, los investigadores han buscado herramientas tecnológicas para descifrar los secretos ocultos en los rollos carbonizados de Pisón. En algunas piezas no se distingue nada; en otras, se pueden identificar pocas letras con microscopios. La manipulación constante conlleva el riesgo de que los rollos queden convertidos en polvo negro sobre la mesa. En 1999, científicos de la Universidad Brigham Young, en los Estados Unidos, examinaron los papiros con radiación infrarroja. A una determinada longitud de onda, lograron un buen contraste entre el papel y la tinta. Tocadas por la

luz invisible, empezaron a aflorar letras. En lugar de tinta negra sobre papel negro, los expertos distinguieron líneas oscuras sobre un fondo gris pálido. Las posibilidades de reconstruir los textos mejoraron notablemente. En 2008, las imágenes multiespectrales propiciaron un nuevo avance. Sin embargo, ninguno de los rollos identificados hasta ahora —todos ellos en griego— contiene uno de esos tesoros destruidos que tanto codiciamos —ni poemas desconocidos de Safo, ni tragedias naufragadas de Esquilo y Sófocles, ni los diálogos extraviados de Aristóteles—. Los libros que han vuelto a la luz son, en su mayoría, tratados filosóficos sobre asuntos muy especializados. Probablemente el hallazgo más notable sea el ensayo *Sobre la naturaleza*, de Epicuro. Pero muchos expertos sospechan que en la mansión de Lucio Calpurnio hubo una biblioteca latina, todavía por descubrir. Mientras tanto, la moderna ciudad de Ercolano ruge y vibra sobre las viejas ruinas, obstaculizando excavaciones más profundas. Quizá en el futuro se encuentren allí —y sea posible leerlos— fascinantes libros perdidos. Tal vez en las próximas décadas vivamos un pequeño milagro literario bajo el volcán.

Los primeros arqueólogos de Herculano descubrieron un buen número de rollos esparcidos por la finca de los Papiros, apilados en el suelo e introducidos en fundas de viaje, como si su dueño de entonces hubiera hecho un último esfuerzo por trasladar la colección antes de que quedase sepultada bajo los veinte metros de detritos volcánicos que la cubrieron. Imagino a ese hombre que hace dos mil años se preocupaba por salvar sus libros mientras su mundo desaparecía, carbonizado por el flujo abrasador de roca y aire ardiendo que se abalanzó sobre Herculano a treinta metros por segundo y a 600 °C de temperatura. Por una extraña ironía histórica, para nosotros esa biblioteca del apocalipsis es la única superviviente de una extensa cartografía borrada.

33

Los yacimientos del pasado atrajeron las peregrinaciones de un ejército de nuevos fans. Cuando el rey de Nápoles y futuro rey de España Carlos III ordenó las excavaciones de Pompeya, Herculano y Estabia en el siglo XVIII, se desató la fiebre por las antigüedades. Las ciudades conservadas gracias a la catástrofe levantaron jóvenes pasiones en Europa. Un mundo hasta entonces solo imaginado se había vuelto visible de pronto, y la civilización antigua fue la última moda en el continente. Desde aquel reducto de una época perdida, se perfilaron e irradiaron ciertos rasgos de la modernidad: el Grand Tour y los inicios del turismo, la arqueología como disciplina científica, los grabados de

ruinas, la arquitectura neoclásica de los centros del poder, la utopía estética de Winckelmann, la vocación grecolatina que latía tras el alma revolucionaria de los ilustrados.

Ovidio choca contra la censura

34

Tuvo éxito —mucho éxito—, y lo disfrutaba. No se avergonzaba de sus lectores sin apellidos aristocráticos. Era divertido, sociable, hedonista. La *dolce vita* romana le gustaba tal y como era —a veces vulgar, fastuosa, glotona; otras, melancólica, poética y frágil—. Escribía con facilidad, sin sufrimiento y, aún así, sabía ser deslumbrante. Resultaba difícil perdonar a un hombre tan feliz.

Había nacido en una familia tradicional de ambiciosos terratenientes. Su padre lo envió a estudiar a Roma con la esperanza de convertirlo en un gran abogado, rico y respetable, pero él frustró todas sus esperanzas: le gustaba más la poesía que el derecho. Aburrido de tribunales y buenos propósitos, no tardó en abandonar su prometedora carrera para dedicarse por completo a la literatura. Con sus poesías, no solo defraudó a su padre biológico, sino que tiempo después disgustó también al padre simbólico de todos los romanos, el emperador Augusto. Pagaría muy cara su segunda rebeldía. No obstante, antes de resbalar por el precipicio, saboreó a fondo la gloria y los aplausos.

Ovidio fue un explorador de nuevos territorios literarios, y el primer escritor que prestó atención singularizada a sus lectoras. Ya he mencionado que escribió un tratado específico dedicado a los cosméticos y el maquillaje femenino. Su *Arte de amar*, un manual en verso para aprender a ligar, dedicaba un largo capítulo —un tercio de la extensión total de la obra— a dar consejos de conquista a las mujeres, y a explicarles las tretas de los seductores para engañarlas en el amor. Estableció con ellas una intimidad hasta entonces desconocida entre un autor y sus lectoras. En una época de rápida expansión en los horizontes de lectura, Ovidio se sumó con gusto a la transgresión de los valores arcaicos y las viejas normas. Su literatura joven, inconformista y erótica atraía a las romanas de la época; él lo sabía y jugaba con los límites. No veía el abismo que pisaba.

Algunos contemporáneos lo acusaron de frívolo, olvidando que la frivolidad puede ser profundamente subversiva. Ovidio lanzó una mirada revolucionaria sobre algunos asuntos esenciales en la Roma del siglo I a. C.: el placer, el consentimiento y la belleza. En aquella época, los matrimonios

eran un arreglo de las familias, que solían entregar muchachas adolescentes a hombres poderosos entrados ya en la madurez. Eran tiempos de débito conyugal, tiempos en los que los esclavos de ambos sexos estaban a disposición de los apetitos de sus amos, como un harén en potencia. Por definición, las relaciones sexuales no eran recíprocas ni igualitarias: se era pasivo o activo, se era penetrado o se penetraba. Existían distinciones muy intrincadas, reglas asumidas y límites codificados —como siempre, el principal era una cuestión de privilegio—. Lo que era aceptable para un hombre rico no lo era para uno pobre; lo que se les consentía a los hombres era inadmisible para las mujeres. La pedofilia estaba permitida con alguien de rango inferior —esclavo, extranjero, no ciudadano—. Marcial no se avergonzó de hacer público el deseo y la atracción que sentía hacia una esclava de su propiedad, a la que en sus poemas llama Erotión, muerta a los seis años de edad. Ovidio hizo añicos todas esas convenciones y lugares comunes al escribir que le gustaban las mujeres maduras, no las niñas. Y que su placer erótico necesitaba del placer de su compañera. Traduzco libremente un pasaje del *Arte de amar*: «Prefiero una amante que haya sobrepasado la edad de treinta y cinco años y encuentre ya cabellos canos en su melena: que los apresurados beban el vino nuevo; a mí me gusta más una mujer madura que conoce su placer. Tiene experiencia, que constituye todo el talento, y conoce en el amor mil posiciones. La voluptuosidad en ella no es falsa. Y, cuando la mujer goza al mismo tiempo que su amante, es el colmo del placer. Odio el abrazo en que uno y otra no se dan enteramente. Odio esas uniones que no dejan exhaustos a los dos. Odio a una mujer que se entrega porque hay que hacerlo, que no se humedece, que piensa en sus labores. No quiero una mujer que me dé placer por deber. ¡Que ninguna mujer haga conmigo el amor por obligación! Me gusta oír que su voz traduzca su alegría, que murmure que es preciso ir más despacio, que debo contenerme todavía. Me gusta ver a mi amante gozando con los ojos vencidos y que desfallezca y no permita que la acaricie más».

La norma tradicional dictaba que, para los hombres libres, el sentimiento era una debilidad, y la voluntad de ponerse en el lugar de otro, una locura. Como escribe Pascal Quignard, Ovidio es el primer abanderado del deseo recíproco, y también el primer romano en defender que es preciso dominar la urgencia masculina a fin de esperar el placer de la matrona.

El *Arte de amar* fue considerado un libro inmoral y peligroso. Ovidio, años más tarde, recordando el comienzo de sus desgracias, escribió que a causa de esa obra muchos lo llamaron «maestro de adulterios obscenos». Es

cierto que los juegos eróticos que él enseñaba a practicar ocurrían fuera del matrimonio. Y no podía ser de otra forma: el deseo y la atracción rara vez entraban en el horizonte de la vida en pareja. Las bodas de los romanos ricos eran sobre todo una decisión dinástica, un cálculo de alianzas y pactos familiares. Los padres utilizaban a sus hijas como peones de sus maniobras políticas, y no tenían inconveniente en divorciarlas de su marido para casarlas con otro, incluso estando embarazadas del primero, si convenía a sus intereses políticos. No era extraño que dos patricios se intercambiasen la mujer amistosamente: Catón de Útica, recordado como un dechado de virtudes, «prestó» su esposa Marcia a un amigo —es decir, pidió el divorcio para ceder el paso al nuevo pretendiente— y se casó con ella por segunda vez en cuanto quedó viuda, haciéndose de paso con una enorme herencia. Cuando estaba tramando esa maniobra nupcial, Catón consultó al padre de Marcia, pero a ella no le preguntó su opinión: para la mentalidad tradicional, las mujeres eran subalternas y adolescentes de por vida. La forma de actuar de los ambiciosos padres de familia no fomentaba el afecto ni la lealtad entre maridos y mujeres. Ante este panorama, las pasiones estallaban fuera del matrimonio. Ovidio tuvo el descaro de plasmar esa realidad en sus versos. En mal momento lo hizo: chocó directamente con el programa de moralización del emperador Augusto y, sobre todo, con sus Leyes Julias, aprobadas entre el año 18 a. C. y el 9 d. C., que pretendían asumir la defensa de la familia y las tradiciones antiguas, castigando el adulterio con el exilio y multando a quienes no tenían hijos.

En el año 8, Ovidio, apenas cumplidos los cincuenta, fue desterrado repentinamente, mediante edicto imperial, a la aldea de Tomi —la actual Constanza, en Rumanía—. Su tercera esposa permaneció en Roma, para administrar las propiedades comunes y suplicar el indulto. El poeta partió solo al exilio. Nunca volverían a encontrarse. Augusto había elegido para él un escarmiento severo, de calculada crueldad. No se conformó con expulsarlo a una de las islas del Mediterráneo habitualmente empleadas para estos propósitos, sino que lo arrojó a un territorio salvaje situado en los confines del Imperio, fronterizo con lo desconocido, donde Ovidio iba a permanecer separado de todo lo que en su opinión hacía la vida digna de vivirse: amigos, amor, libros, conversaciones y, sobre todo, paz. En ese villorrio desolado, sometido a los fríos de un clima hostil, entre gentes que hablaban un idioma ininteligible, temiendo siempre las razias de ejércitos nómadas, Ovidio estaba sentenciado a muerte. Sobrevivió nueve años, enviando constantes súplicas a Roma y escribiendo sus *Tristia*, un precedente de la carta *De profundis* que

siglos más tarde redactaría desde prisión otro gran vividor castigado, Oscar Wilde.

Sobre los motivos de su destierro, Ovidio afirmó que su perdición fueron dos delitos: «un poema y un error». Nunca explica en qué consistió su error para no poner el dedo en la llaga —posiblemente fuera testigo de las orgías clandestinas de alguna persona muy encumbrada, o se involucrara en alguna conspiración política—. En cuanto al poema, hay pocas dudas. Se trata de su manual para amantes. «Ya no soy preceptor de amor», escribió desde el exilio, «esa obra pagó el castigo que merecía». Dos siglos después, un historiador afirmó, tajante: «Augusto castigó con el exilio al poeta Ovidio porque escribió tres libritos sobre el arte de amar». Ovidio lloró al saber que en su ausencia se tomaban represalias contra sus obras. Augusto se aseguró de desterrar sus versos de las bibliotecas públicas, tras el destierro del hombre.

Por lo que sabemos, este episodio inauguró en Europa la censura de tipo moralizante, una obsesión de control que encontró aquí su primer fracaso. El *Arte de amar*, ese librillo alegre y erótico, perseguido por uno de los emperadores más poderosos del Imperio y varias veces prohibido en épocas posteriores por obsceno y escandaloso, ha encontrado el camino hasta nuestras bibliotecas. Su historia es la de un largo salvamento, ejecutado siglo tras siglo por los lectores en quienes confió Ovidio, frente a las autoridades. También la subversión forja clásicos.

La dulce inercia

35

A principios del siglo II, Roma había conocido ya una larga retahíla de emperadores suspicaces, sin demasiado sentido del humor. La censura y el miedo empezaban a pudrir la atmósfera. El historiador Tácito palpó las cicatrices de la amputación y se atrevió a nombrarlas. Nostálgico de un pasado inexistente, fantaseaba con «la rara felicidad de los tiempos en los que está permitido pensar como se quiera y decir lo que se piensa». Decidió investigar lo que hiere a los poderosos, por qué se escandaliza la gente que suele escandalizarse, cuáles son sus prohibiciones y sus fobias, qué intentan sumergir en el silencio y todo lo que acecha tras las tachaduras de los textos mutilados.

Tácito relata con detalle un episodio de represión sucedido durante el mandato de Tiberio, poco después de la muerte de Ovidio en el destierro. El historiador Cremucio Cordo, de ideas republicanas, fue procesado por culpa de una frase audaz. Había escrito en sus *Anales* que Bruto y Casio, los asesinos de Julio César, fueron «los últimos romanos». Acusado por esas palabras del delito de lesa majestad, tuvo que comparecer ante el Senado. Se defendió con valor, pero al salir del interrogatorio ya había decidido dejarse morir de hambre para escapar a la condena que cabía esperar de la independencia judicial de la época. Como era costumbre, el proceso siguió adelante pese al pequeño contratiempo de la muerte del acusado. Al final, el veredicto exigió la quema de todos los ejemplares de su obra. En Roma la tarea fue asignada a los ediles, y en las restantes ciudades del Imperio, a los magistrados correspondientes.

Los *Anales* se salvaron de la destrucción gracias a la valentía de Marcia, la hija de Cremucio, que se arriesgó a esconder un único ejemplar. Marcia conocía el valor de los libros: era una gran lectora, con especial apetito por la filosofía. Séneca le dedicó un ensayo donde decía que «las mujeres tienen el mismo poder intelectual que los hombres, y la misma capacidad para las acciones nobles y generosas». Sin duda, admiraba a la joven Marcia por atreverse a desobedecer. Aunque su vida peligraba en cada registro de la casa, guardó oculto el último manuscrito de su padre hasta que el nuevo emperador

Calígula levantó la prohibición. Después de conseguir el indulto, la hija encargó nuevas copias de la obra y la hizo circular de nuevo. Las generaciones siguientes leyeron con avidez aquella crónica histórica que tanto ofendió al poder. Algunos fragmentos —los más polémicos— han llegado hasta nosotros.

Los censores de todas las épocas corren el peligro de desencadenar un efecto contraproducente, y esta es su gran paradoja: dirigen los focos de atención precisamente sobre aquello que pretendían ocultar. Tácito escribió: «Son necios quienes creen que con su poder del momento pueden incluso extinguir el recuerdo de la posteridad. Al contrario, la estimación de los talentos castigados crece, y aquellos que emplean la severidad no consiguen otra cosa que su propio deshonor y la gloria de quienes castigaron». En nuestros tiempos, internet y las redes sociales otorgan atención instantánea a cualquier mensaje prohibido por las autoridades. Si se ordena retirar una obra de arte, todo el mundo empieza a hablar de ella. Si se condena a un rapero por injurias, se disparan las descargas de sus canciones. Si una denuncia provoca la decisión judicial de secuestrar un libro, la gente se lanza a comprarlo.

Aunque la censura rara vez hace desaparecer las ideas que persigue —y a menudo les da alas—, los gobernantes poseen una extraña vena reincidente. Por la mente de Calígula pasó la idea de retirar los ejemplares de Homero de las bibliotecas, siguiendo las ideas de Platón. Cómodo prohibió la lectura de la biografía de Calígula escrita por Suetonio, bajo pena de morir en el anfiteatro despedazado por las fieras. Caracalla, gran admirador de Alejandro Magno, consideraba que Aristóteles no había sido ajeno a su muerte y acarició la idea de quemar todas sus obras. Durante la persecución de Diocleciano, a principios del siglo IV, hubo un auténtico furor incendiario de libros cristianos comparable al de los nazis en 1934. Sabemos de mártires que se sacrificaron para proteger sus escrituras. Tres hermanas de Tesalónica, Ágape, Quionia e Irene, murieron en la hoguera por haber escondido en su casa libros proscritos. Y, como ellas, Felipe, Euplo, Vincencio, Félix, Dativo y Ampelio fueron mártires por negarse a entregar sus libros. Más adelante, cuando el cristianismo se convirtió en religión oficial, se desataron cremaciones igual de violentas de libros paganos.

Todos esos esfuerzos destructivos tuvieron escaso efecto: los emperadores lograron éxitos influyendo sobre los escritores a los que protegían, pero rara vez consiguieron hacer triunfar sus prohibiciones, como prueban los fallidos intentos de destruir los poemas eróticos de Ovidio o la crónica republicana de Cremucio Cordo. El sistema de circulación de libros en la Antigüedad —sin

distribuidores ni editores— era demasiado incontrolable para que la censura del poder lograse imponerse. A través de esclavos entrenados para copiar libros o de los amanuenses profesionales, era fácil multiplicar de manera clandestina las obras condenadas.

Como ya comprendió Tácito, el efecto más poderoso de esta pulsión perseguidora es principalmente atemorizar a los demás, a los menos valientes, a la creatividad misma. Siempre resulta más decisiva la autocensura que la censura. El historiador la llamó *inertiae dulcedo* («la dulce inercia»). Se refería a la renuncia acomodaticia a correr riesgos, a la tentación íntima de no transgredir la escala de valores vigentes para evitarse conflictos o preocupaciones; la peligrosa cobardía que atenaza a los creadores. Tácito fue testigo de una época sumisa, en la que incluso los rebeldes callaban y obedecían. Escribió: «Dimos, sin duda, gran muestra de paciencia. Habríamos perdido la memoria junto con la voz, si hubiera estado en nuestra mano el olvidar como el callar». Sus textos rozan la dolorosa herida, nos abren los ojos: en todas las épocas, el campo de batalla no es tan solo la censura del poder, sino también los miedos interiores.

Viaje al interior de los libros y cómo nombrarlos

36

Hasta la invención de la imprenta, los libros fueron objetos artesanales, es decir, de laboriosa fabricación, únicos e incontrolables. Copiados uno por uno, a demanda, muchas veces en el propio hogar del lector por mano de sus esclavos privados, ¿qué orden podía detener su difusión?

Los libros electrónicos de hoy son la antítesis de aquellos antiguos manuscritos: objetos baratos, etéreos, sin peso, fáciles de multiplicar hasta el infinito, plácidamente albergados en servidores y unidades de almacenamiento en centros de datos por todo el mundo; pero estrictamente controlados. En 2009, en un disparatado intento de censura, Amazon borró sigilosamente de los Kindles de sus clientes la novela *1984*, de George Orwell, alegando un supuesto conflicto de derechos de autor. Miles de lectores denunciaron que de pronto el libro desapareció de sus dispositivos, sin previo aviso. Un estudiante de Detroit que estaba preparando un trabajo académico protestó porque, junto con el archivo, se desvanecieron todas sus anotaciones de lectura. No sabemos si Amazon era consciente del simbolismo literario implícito. En *1984*, los censores gubernamentales borran toda huella de la literatura molesta para el Gran Hermano arrojándola a una incineradora a la que denominan «el agujero de la memoria».

En los foros de internet, abundan los comentarios que denuncian la desaparición de ediciones digitales de diversos títulos. En realidad, cuando elegimos la opción «Comprar ahora» para incorporar un nuevo libro en formato PDF a nuestra cuenta, no estamos adquiriendo nada tangible. Casi no tenemos ningún derecho sobre esos textos que flotan tras el cristal de la pantalla. El agujero de la memoria anda al acecho, y podría engullir nuestras bibliotecas virtuales.

Yo, que de niña pensaba que todos los libros habían sido escritos para mí y que el único ejemplar del mundo estaba en mi casa, caigo con facilidad en la tentación de idealizar aquellos antiguos manuscritos irrepetibles. En realidad, eran libros mucho menos acogedores que los nuestros. La antigua escritura adoptaba la apariencia de una selva intrincada y agobiante, donde las palabras se amontonaban sin separación, no se distinguían minúsculas y

mayúsculas, y los signos de puntuación solo se usaban de forma errática. El lector debía abrirse paso entre aquella espesura de letras con esfuerzo, jadeando, dudando y volviendo atrás para estar seguro de no extraviarse. ¿Por qué los antiguos no dejaban respirar al texto? En parte, para aprovechar al máximo el papiro o pergamino, materiales caros. Además, los primeros libros estaban destinados a personas que leían en voz alta, desentrañando con el oído lo que para el ojo solo era una sucesión ininterrumpida de signos. Por último, los aristócratas, orgullosos de su superioridad cultural, no tenían ningún interés en dar facilidades a lectores advenedizos —con menor acceso a la educación— para que se colasen en el exclusivo feudo de los libros.

Los avances hacia la simplificación de la lectura fueron lentos, indecisos, graduales. Los eruditos de la Biblioteca de Alejandría inventaron un sistema de acentos y puntuación. Ambos se atribuyen al bibliotecario de memoria fabulosa Aristófanes de Bizancio. Cuando las palabras no estaban separadas, colocar unos pocos acentos —como indicadores de ruta en un camino sinuoso — proporcionaba una ayuda enorme al lector.

La separación de las letras en palabras y frases avanzó de forma paulatina. Existió un método de escritura que consistía en dividir el texto en líneas con sentido completo, para ayudar a los lectores menos seguros a subir o bajar la voz al final de un pensamiento. Jerónimo de Estridón, a finales del siglo IV, al descubrir este sistema en ejemplares de Demóstenes y de Cicerón, fue el primero en describirlo y recomendarlo. Aun así, no se impuso, y las vicisitudes de la puntuación continuaron. A partir del siglo VII, una combinación de puntos y rayas indicaba el punto; un punto elevado o alto equivalía a nuestra coma, y el punto y coma se utilizaba ya como hoy en día. En el siglo IX, la lectura silenciosa era probablemente lo bastante habitual como para que los escribas o copistas empezaran a separar cada palabra de sus entrometidas vecinas, aunque quizá lo hicieran también por razones estéticas.

En los manuscritos, también las ilustraciones eran, por fuerza, artesanales. Desde sus orígenes en los *Libros de los muertos* egipcios, tenían una intención más explicativa que ornamental. La imagen nació como una ayuda visual para aclarar y complementar los textos, debido a lo difícil que resultaba leerlos. Cuando el contenido era científico, se usaban diagramas; cuando era literario, escenas narrativas. En la tradición grecolatina, la cabeza o el busto del escritor aparecía a veces dibujado en un medallón como marca de autoría. El primer ejemplo conocido son las *Imagines* de Varrón, una obra perdida pero descrita por Plinio, que explicaba las vidas de setecientos griegos y

romanos célebres. Publicado en torno al año 39 a. C., este ambicioso libro combinaba un retrato de cada famoso con un epigrama y una descripción. La envergadura del proyecto sugiere que los romanos tal vez desarrollaron algún método de estampa con destino al comercio librario.

La apropiación cristiana del libro como símbolo teológico abrió nuevos caminos decorativos. Las palabras mismas se convirtieron en formas ornamentales. Las páginas se tiñeron de la púrpura imperial, la escritura se ejecutaba en tinta de oro y plata. Los libros ya no eran solo artefactos de lectura, sino reliquias y obras de arte en sí mismos que distinguían a sus propietarios. El trabajo se especializó: el escriba solía dejar indicaciones precisas y reservaba los espacios destinados a las ilustraciones; a continuación, los pergaminos se entregaban a miniaturistas e iluminadores. Ya en el siglo XIII, los espacios de la página habían adquirido una condición selvática, compleja y utópica. Allí tiene su origen marginal el cómic. Literalmente: las primeras tiras ilustradas de la historia aparecieron en los márgenes de aquellos antiguos manuscritos. En torno a las letras, surgieron en las páginas increíbles encajes de dragones, serpientes y plantas trepadoras que se enlazaban y se entrecruzaban con una gran riqueza de formas retorcidas. Se poblaron de seres humanos, animales, paisajes, escenas vivaces desarrolladas en series de dibujos. Las pequeñas ilustraciones tenían un marco de orlas vegetales —de ahí deriva el término «viñeta», porque franjas de hojas de vid bordeaban cada recuadro—. Desde la época medieval gótica, de las bocas de los personajes emergen unas pequeñas cintas con las frases pronunciadas, antecedentes de los bocadillos de nuestras historietas infantiles. Más allá del texto, las miniaturas nacieron para revitalizar el apetito humano por lo maravilloso. Detallistas o fantasiosas, tomadas del natural o soñadas por la imaginación, estas ilustraciones demuestran cómo pueden nacer y triunfar nuevas formas artísticas partiendo de lugares subordinados. El cómic, heredero de ese elegante pasado gráfico, ha conservado rasgos que nos recuerdan cuáles son sus orígenes. Los personajes de los álbumes de hoy, como los seres que habitaban el espacio de los remotos manuscritos, a menudo pertenecen a mundos fronterizos, extraños, hipnóticos, distorsionados. Y, como ellos, reclaman nuestra mirada, luchando por no quedar al margen.

El gran cambio en la cartografía interior de los libros llegó con la página impresa, que intentaba facilitar una lectura ágil mediante una estructura diáfana. El texto, hasta entonces apelmazado en bloques compactos, empezó a subdividirse en párrafos. Los encabezamientos, los capítulos y la paginación

servían como brújula para orientarse en la lectura. Como la imprenta producía ejemplares idénticos en toda la edición, se desarrolló una nueva parafernalia de consulta: índices con referencias a las páginas, notas a pie de página y acuerdos duraderos en las convenciones de puntuación. Los libros impresos se volvieron cada vez más fáciles de leer y, por tanto, más hospitalarios. Gracias a los índices, los lectores poseían un mapa del interior de los libros. Podían adentrarse y navegar por ellos de manera cada vez más libre. Con el paso de los siglos, las cerradas junglas de letras por las que se avanzaba sudoroso, machete en mano, se fueron convirtiendo en ordenados jardines de palabras para tranquilos paseantes.

37

Si un libro es un viaje, el título será la brújula y el astrolabio de quienes se aventuran por sus caminos. Sin embargo, no siempre estuvo ahí para orientar a los navegantes. Los primeros relatos, los más remotos, llegaron al mundo sin nombre ni bautismo. Nuestros antepasados dirían, por ejemplo: madre, cuéntame la historia de la niña que metió una montaña en su cesta, o: ¿Quieres escuchar el cuento de la grulla que robaba sueños?

Es seguro que en la época más temprana de los poemas y las narraciones escritas, no hubo una forma única de nombrarlos. Las listas de libros de las primeras bibliotecas de la historia, en el Oriente antiguo, mencionan las obras por su tema. «Para rogar al Dios-Tempestad», se lee en una tablilla de arcilla encontrada en Hattusa. La siguiente entrada del listado dice: «Sobre la purificación de un asesinato». Con todo, el método más habitual fue usar las primeras palabras del texto: *Enûma Elish* (en acadio: «cuando en lo alto…»). Como los viejísimos catálogos de barro, también los *Pínakes* de la Biblioteca de Alejandría ofrecían listas de obras identificadas mediante la frase inicial. Todavía en la Roma del siglo I detectamos formas fluidas de nombrar los libros. Algunas veces se menciona la *Odisea* como «Ulises», anticipando veinte siglos a Joyce. Marcial llama a la *Eneida* «Arma virumque», y Ovidio, «Eneas prófugo». Aunque casi desaparecidas, estas fórmulas antiguas sobreviven en ciertos reductos: las encíclicas papales aún toman su título en latín de las palabras iniciales del texto.

Mênin áeide theá. Es hermoso el viejo modo de nombrar las historias por el comienzo, como si, sin querer, arrastrados por su hechizo, empezásemos ya a narrarlas. Italo Calvino rescató ese antiguo procedimiento cuando tituló una de sus más fascinantes novelas: *Si una noche de invierno un viajero*.

Los primeros títulos fijos, únicos e inamovibles pertenecieron a las obras teatrales. Los dramaturgos atenienses fueron pioneros en titular sus piezas, con las que competían en certámenes públicos y debían quedar a salvo de toda confusión al anunciarlas, promocionarlas o declararlas ganadoras. *Prometeo encadenado*, *Edipo Rey* o *Las troyanas* nunca tuvieron otro nombre o apellido. La prosa, en cambio, tardó más en adquirir títulos duraderos y, cuando los tuvo, fueron a menudo meramente descriptivos: *Historia de la guerra del Peloponeso*, *Metafísica*, *La guerra de las Galias*, *Sobre el orador*.

Por lo general, los nombres que los griegos y romanos dieron a las piezas de su literatura son escuetos, ajustados, desprovistos de ambición. Suenan monótonos, carentes de originalidad y burocráticos. Cumplen una función esencialmente identificadora. Casi sin excepciones recurren a nombres propios o comunes, sin conjunciones ni verbos —no encontramos nada comparable a *El hombre que fue Jueves*, de Chesterton, o *Mientras agonizo*, de Faulkner—. Ni los sustantivos ni la adjetivación tienen una gran densidad expresiva, y suelen carecer de cualidades poéticas —no encontramos nada parecido a *Ancho mar de los Sargazos*, de Jean Rhys, o *La historia universal de la infamia*, de Borges—. A pesar de todo, nos han legado un puñado de títulos misteriosos y destellantes en su sencillez, como *Los trabajos y los días*, de Hesíodo —que Alejandra Pizarnik reescribió en su poemario *Los trabajos y las noches*—; *Vidas paralelas*, de Plutarco; *El arte de amar*, de Ovidio —que Erich Fromm calcó—; o *Ciudad de Dios*, de Agustín de Hipona —que dio título a la trepidante película de Fernando Meirelles sobre las favelas de Río de Janeiro—.

En los tiempos de los rollos de papiro, el lugar preferido para anotar el título y el nombre del autor era el final del texto, la parte más protegida del libro rebobinado —el comienzo, en el exterior del cilindro, padecía un especial deterioro, y con frecuencia se rompía—. Fue en el formato códice donde el título conquistó la posición inicial, el rostro de los libros —y también se apoderó del lomo, su espalda—. Agustín de Hipona deja claro que ya en el siglo IV era habitual buscar esa información «en la página liminar», es decir, al principio, en el umbral del relato. Hoy es lo primero que leemos cuando el libro es todavía una incógnita, y esperamos que en menos de diez palabras defina su universo. Si el embrujo actúa, alguien levantará el libro de la mesa y querrá averiguar más sobre él.

En realidad, hasta el siglo XIX los títulos no empezaron a desarrollar su propia poesía y sus señuelos. Cuando se consolidaron los periódicos, el mercado, la competencia y, por tanto, la necesidad de llamar la atención del

lector, los escritores se lanzaron a seducir ya desde la misma cubierta de sus libros. En el recorrido entre el siglo XIX y el XXI, han surgido sin ninguna duda los más bellos, los más audaces. Trazo aquí un catálogo incompleto y rebatible.

Por la densidad poética: *El corazón es un cazador solitario,* de Carson McCullers; *En busca del tiempo perdido,* de Marcel Proust; *Suave es la noche*, de Scott Fitzgerald; *Cien años de soledad,* de García Márquez; *Mañana en la batalla piensa en mí*, de Javier Marías; *El general del ejército muerto,* de Ismail Kadaré.

Por la ironía: *Obras completas (y otros cuentos)*, de Augusto Monterroso; *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole; *La vida instrucciones de uso*, de Georges Perec; *Mala noche y parir hembra*, de Angélica Gorodischer; *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?*, de Raymond Carver.

Por el desasosiego: *Arrancad las semillas, fusilad a los niños*, de Kenzaburō Ōe; *Las vírgenes suicidas*, de Jeffrey Eugenides; *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, de Cesare Pavese; *Matar a un ruiseñor,* de Harper Lee; *Los suicidas del fin del mundo*, de Leila Guerriero; *Perra mentirosa*, de Marta Sanz.

Por inesperados y enigmáticos: *En Grand Central Station me senté y lloré*, de Elizabeth Smart; *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams; *Todos nuestros ayeres*, de Natalia Ginzburg; *El ruido de las cosas al caer*, de Juan Gabriel Vásquez; *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick.

Por los secretos presentidos: *Debí decir te amo,* de Juan Gelman; *Paraíso inhabitado,* de Ana María Matute; *Cerrado por melancolía,* de Isidoro Blaisten; *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton; *Juegos de la edad tardía*, de Luis Landero; *La ridícula idea de no volver a verte*, de Rosa Montero.

Es un misterio cómo acontece un buen título. A veces es lo primero que se manifiesta —«en el principio fue la palabra»—, y todo el libro se expande como un *big bang* verbal a partir de ese estallido diáfano. Otras veces se hace esperar y martiriza al escritor durante un largo periplo de indecisión, o bien brota donde menos se esperaba, en una frase oída de pasada, o lo propone un tercero inspirado. Hay varias anécdotas célebres sobre libros que su autor quería llamar con nombres lacios o imposibles, y, gracias a otras personas —amigos escritores, editores, agentes—, encontraron el camino hacia su título imprescindible. *Bien está lo que bien acaba* quería llamar Tolstói a *Guerra y paz*; *Las lesbianas*, pensó Baudelaire para el poemario que sería *Las flores del*

mal; Onetti propuso *La casona* pero le regalaron *Cuando ya no importe*; advirtieron a Bolaño que *La tormenta de mierda* no era una gran idea y lo sustituyó por *Los detectives salvajes*. En ciertas raras ocasiones, una libre traducción da con el nombre feliz que no supo encontrar el propio autor. *Los buscadores* es un título pálido para la novela y película que John Ford convertiría en un clásico. Sin embargo, un anónimo distribuidor español, en un fogonazo de inspiración, decidió estrenarla con un maravilloso *Centauros del desierto*. Escribe Leila Guerriero que, cuando se produce la epifanía del nombre exacto, se siente algo parecido a la felicidad, porque el título de un libro no es una sucesión de palabras ingeniosas, sino «un estambre soldado al corazón de una historia de la que ya no podrá volver a separarse».

Tras una larga travesía entre la indiferencia de los siglos, los títulos se han transformado en poemas mínimos; barómetros, mirillas, ojos de la cerradura, carteles luminosos, anuncios de neón; la clave musical que define la partitura venidera; un espejo de bolsillo, un umbral, un faro en la niebla, un presentimiento, el viento que hace girar las aspas.

¿Qué es un clásico?

38

El artista moderno tiene la obligación de ser original; debe ofrecer algo nuevo, nunca visto. Cuanto más rompedora parezca su obra respecto a la tradición y las normas, mejores críticas recibirá. Cada creador intenta ser rebelde a su manera —como todos los demás—. Seguimos siendo fieles a un conjunto de ideas románticas: la libertad es el oxígeno de los verdaderos artistas, y la literatura que nos importa es aquella que construye mundos propios, un lenguaje liberado de convencionalismos y formas inexploradas de narrar.

No era así para los romanos. Ellos querían una literatura lo más parecida posible a la griega. Por eso copiaron uno a uno sus géneros —la épica, la lírica, la tragedia, la comedia, la historia, la filosofía, la oratoria—. Por eso adoptaron las formas métricas de los griegos, que no encajaban bien en su lengua y al principio hacían que sus poemas sonaran artificiales y postizos. Por eso construyeron bibliotecas dobles —como torres gemelas— para subrayar la hermandad. Creyeron que podrían superar a los mejores si los imitaban sin disimulo. Asumieron voluntariamente un conjunto enorme de limitaciones y moldes importados. Y lo sorprendente es que, con tan rígidas normas, esta literatura esquizofrénica creó algunas obras maravillosas.

La obsesiva emulación se expresa en las críticas literarias de un interesante personaje: Quintiliano. Nació en Calagurris Nassica Iulia —me gusta la sonoridad del nombre—, hoy Calahorra, a apenas 120 kilómetros de donde escribo. En el año 35, venir al mundo en un rincón remoto del imperio no suponía un inconveniente para triunfar: si pertenecías a una familia rica, la geografía no era el destino. Quintiliano conoció pronto el éxito profesional. Abogado y profesor de elocuencia, fue el primer catedrático de la historia cuyo salario se pagaba con cargo al erario público. El emperador Vespasiano le concedió ese honor sin precedentes, y Domiciano lo eligió para educar a sus sobrinos nietos. Aduló sin pudor a los dos emperadores que le dieron empleo. En aquellos tiempos, los halagos eran el lenguaje protocolario de palacio, y resultaba muy difícil ascender sin caer en el servilismo. En todo caso, a Quintiliano le gustaba la compañía de los poderosos. Era un

conservador tranquilo, agasajado, satisfecho de sus logros. Solo en la madurez le golpearon las desgracias personales. Después de perder a su jovencísima esposa —de diecinueve años— y a sus dos hijos, escribió: «No sé qué envidia secreta corta el hilo de nuestras esperanzas».

Los doce libros de las *Instituciones oratorias*, el ensayo pedagógico donde condensó toda su experiencia como educador, lanzan mensajes pioneros. Como ya he dicho, en una época que practicaba el vapuleo sistemático, Quintiliano rechazaba los castigos violentos en la educación. Pensaba que eran más eficaces las alabanzas que la violencia, y el amor al maestro, que poco a poco se transforma en amor por la asignatura. No creía en la validez universal de los preceptos, prefería adaptar sus métodos a las circunstancias y a las capacidades individuales. Afirmó que la finalidad de la pedagogía es dejar que los estudiantes encuentren por sí mismos las respuestas y hagan superfluo al maestro. Fue uno de los primeros defensores de la educación continua. Animaba a los profesionales del discurso a leer todo lo posible después de acabar sus estudios, sabía que la lectura ayuda a hablar mejor. Y, para guiarles por los caminos de la literatura, redactó dos listas paralelas de los mejores escritores de Grecia y Roma (treinta y uno de los primeros frente a treinta y nueve de los segundos).

En los listados de Quintiliano, la competición se vuelve obsesiva. Intenta establecer una simetría perfecta: cada autor griego debía tener un gemelo latino a su altura. Virgilio era el Homero romano. Cicerón era el Demóstenes y el Platón romano —¿quién ha dicho que uno de los suyos no podía contar por dos griegos?—. Tito Livio era Heródoto resucitado, y Salustio, el nuevo Tucídides. Al leer este texto, se tiene la impresión de que el orgullo nacional necesitaba clonar uno por uno a los grandes escritores de Grecia. Estaba en marcha un extraño experimento de imitación programada. Así se comprende la necesidad patriótica de la *Eneida* incluso antes de que estuviera escrita. También explica el éxito de las *Vidas paralelas* que el astuto Plutarco escribió con el *leitmotiv* de emparejar grandes personajes de Grecia y Roma: Teseo y Rómulo; Alejandro y Julio César, y así sucesivamente.

El espíritu de emulación, ambición y competición encajaba con la mentalidad de las élites de la sociedad romana. Pero la competitividad desenfrenada tuvo que ser agotadora para los creadores. Imagino que por cada escritor estimulado por el reto, hubo otro oprimido por el peso de la tradición. Las comparaciones eran constantes, hasta la asfixia. Los poetas y narradores trabajaban siempre a la sombra de un complejo de inferioridad colectivo.

La paradoja es que, después de todo, los romanos fueron originales. Crearon un mestizaje sin precedentes. Por primera vez una civilización adoptó una literatura extranjera, la leyó, la conservó, la tradujo, la cuidó y la amó por encima de las barreras chovinistas. En Roma se anudó un hilo que todavía nos entreteje con el pasado y con otras culturas, lenguas, horizontes. Por encima del mismo, como funambulistas, caminan de un siglo a otro las ideas, los descubrimientos de la ciencia, los mitos, los pensamientos, los sentimientos, además de los errores (que también inspiran). Algunos resbalan y caen; y otros logran mantener el equilibrio (estos últimos son los clásicos). Ese nexo, esa transmisión ininterrumpida, esa conversación infinita, que todavía continúa, es un prodigio.

La pasión nostálgica, el doloroso complejo de los romanos, su soberanía militar, su envidia y sus apropiaciones son fenómenos fascinantes. Porque ese amor difícil, construido con deseo y furia, tejido de retales diversos, abrió paso al futuro que somos nosotros.

39

Hasta tiempos muy recientes, solo se dedicaban a la literatura los ricos o las personas que merodeaban a su alrededor al acecho de sus encargos y su dinero. Como dice Steven Pinker, la historia no la escriben tanto los vencedores como la gente pudiente, esa pequeña fracción de la humanidad que dispone del tiempo, el ocio y la educación necesarios para permitirse reflexionar. Solemos olvidar la miseria de otras épocas, en parte porque la literatura, la poesía y las leyendas celebran a aquellos que vivieron bien y olvidan a quienes se ahogaron en el silencio de la pobreza. Los periodos de escasez y hambre han sido mitificados e incluso se recuerdan como edades doradas de simplicidad pastoril. No lo fueron.

¿Cuál es el mapa de procedencia de los clásicos literarios, los escritores más admirados y sus obras emblemáticas? No debería sorprendernos saber que la misma palabra «clásico» deriva del vocabulario de la riqueza y la propiedad. Al principio no tuvo el más mínimo nexo con la creación o el arte. Hablamos de asuntos serios; las minucias llegarían más tarde. *Classici* proviene de la terminología específica censal. Los romanos llamaban *classis* al estamento más rico de la sociedad, por contraste con la chusma de los restantes ciudadanos, denominados sin rodeos *infra classem*. El censo tenía una enorme importancia en la antigua Roma porque definía los derechos y deberes de cada ciudadano, y servía para armar las legiones. La cantidad de

bienes —o, en la mayoría de los casos, su escasez— decidía el lugar que cada individuo ocupaba en la sociedad.

Según una antigua tradición, el censo había sido creado por el antiguo rey Servio Tulio, y debía efectuarse cada cinco años. Al acabar, se celebraba una ceremonia de purificación en la que se pedía a los dioses bendiciones para el catastro y contra las catástrofes. El rito se llamó *lustrum* y por eso llamamos «lustros» a los periodos de cinco años. Cada cabeza de familia debía concurrir obligatoriamente —con el resto de su cuerpo— y declarar bajo juramento sus bienes, así como el número de miembros de su familia, es decir, los hijos y los esclavos con su correspondiente valor. Esos datos determinaban quiénes participaban en las asambleas y quiénes no podían hacerlo. Eran proletarios aquellos que carecían de bienes, por lo que su única posesión eran sus descendientes (*prole*). No eran llamados a filas salvo situaciones de máxima emergencia y se les eximía de pagar tributos. En contrapartida, no participaban en la toma de decisiones políticas mediante el voto. Quienes declaraban bienes eran los *adsidui*, aptos para el servicio militar y miembros de las asambleas. En función de sus propiedades, les correspondía entrar en alguna de las seis clases censitarias. El sistema era diáfano. Los ricos pagaban impuestos y, en compensación, influían en política. Los pobres, en cambio, no aportaban y no contaban para nada.

El abogado y escritor Aulo Gelio aclara que los llamados «clásicos» eran *la crème de la crème* económica, las grandes fortunas, la sangre azul republicana, los ricos hasta la extravagancia que monopolizaban la primera clase. A la literatura, la palabra llegó como metáfora. Con una jerga que trasladaba al arte la obsesión por hacer negocio, algunos críticos decidieron que había autores de primera clase, o sea, fiables y solventes, a los que se podía prestar (atención) y en los que era recomendable invertir (tiempo). En el otro extremo de jerarquía estaban los escritores «proletarios», los pobres emborronadores de papiro, sin patrimonio ni padrinos. No sabemos si el término «clásico» llegó a tener un uso habitual: aparece en apenas un par de textos latinos conservados. El verdadero éxito de la palabra llegó cuando la rescataron varios humanistas a partir de 1496 y cuando más tarde se extendió por todas las lenguas romances. Durante siglos, ha seguido viva y su uso se ha extrapolado a otros ámbitos. Ya no se aplica solo a la literatura; ni siquiera solo a la creación; para mucha gente, un clásico no es más que vocabulario futbolístico.

Es cierto que hablar de «clásicos» implica utilizar una terminología de origen clasista, como su propio nombre indica. El concepto nos llega desde

una época que lanzaba una mirada jerárquica sobre el mundo, imbuida por arrogantes nociones de privilegio, como casi todas las épocas, por otra parte. Sin embargo, hay algo conmovedor en el hecho de considerar las palabras una forma —aunque sea metafórica— de riqueza, frente a la siempre avasalladora soberanía de la propiedad inmobiliaria y del dinero.

De la misma manera que las estirpes de los ricos, los clásicos no son libros aislados, sino mapas y constelaciones. Italo Calvino escribió que un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lea aquel reconoce enseguida su lugar en la genealogía. Gracias a ellos descubrimos orígenes, relaciones, dependencias. Se esconden unos en los pliegues de otros: Homero forma parte de la genética de Joyce y Eugenides; el mito platónico de la caverna regresa en *Alicia en el País de las Maravillas* y *Matrix*; el doctor Frankenstein de Mary Shelley fue imaginado como un moderno Prometeo; el viejo Edipo se reencarna en el desgraciado rey Lear; el cuento de Eros y Psique, en *La Bella y la Bestia*; Heráclito en Borges; Safo en Leopardi; Gilgamesh en Supermán; Luciano en Cervantes y en *La guerra de las galaxias*; Séneca en Montaigne; las *Metamorfosis* de Ovidio en el *Orlando*, de Virginia Woolf; Lucrecio en Giordano Bruno y Marx; y Heródoto en *La ciudad de cristal*, de Paul Auster. Píndaro canta: «Sueño de una sombra es el ser humano». Shakespeare lo reformula: «Somos de la misma materia de la que están hechos los sueños, y nuestra breve vida está circundada por el sueño». Calderón escribe *La vida es sueño*. Schopenhauer entra en el diálogo: «La vida y los sueños son páginas del mismo libro». El hilo de las palabras y las metáforas atraviesa el tiempo, ovillando las épocas.

El problema, para algunos, es la llegada a los clásicos. Incrustados en los programas escolares y universitarios, se han convertido en lecturas obligatorias. Corremos el riesgo de percibirlos como imposiciones que nos ahuyentan. En *La desaparición de la literatura*, Mark Twain proponía una definición irónica: «Clásico es un libro que todo el mundo quiere haber leído pero nadie quiere leer». Pierre Bayard toma prestada esa veta de humor para su ensayo *Cómo hablar de los libros que no se han leído*. Allí analiza los resortes que nos impulsan a la hipocresía lectora. Por el miedo infantil a defraudar, para no quedar excluidos de una conversación, jugando de farol en un examen, decimos que sí, casi sin darnos cuenta de la mentira, que sí, que hemos leído ese libro que nunca estuvo entre nuestras manos. Recién enamorados, afirma Bayard, tal vez fingiremos ser lectores de los libros que ama la otra persona para aproximarnos a ella. Al mentir, ya no hay marcha

atrás: nos obligamos a hablar sobre ciertos textos sin conocerlos, a tientas, por las opiniones que otros tienen de ellos. Este tipo de impostura es más fácil de sostener cuando se trata de clásicos, porque de alguna manera nos resultan familiares. Si no han entrado por otra ruta en nuestras vidas, están ahí como ruido de fondo, como presencia atmosférica. Forman parte de la biblioteca colectiva. Al conocer las coordenadas, conseguimos salir del atolladero.

Pero, volviendo a Italo Calvino, los clásicos son libros que, cuanto más creemos conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad. Nunca terminan de decir lo que tienen que decir. Naturalmente, esto ocurre cuando emocionan y alumbran a quien los lee. No han sido los lectores coaccionados quienes han protegido esos textos como talismanes en las largas épocas de peligro, sino los enamorados.

Los clásicos son grandes supervivientes. En el lenguaje ultracontemporáneo de las redes sociales, podríamos decir que su poder —su riqueza, en términos censales— se mide en el número de sus seguidores. Son libros que siguen atrayendo nuevos lectores cien, doscientos, dos mil años después de ser escritos. Esquivan las variaciones del gusto, de las mentalidades, de las ideas políticas; las revoluciones, los ciclos cambiantes, el desapego de las nuevas generaciones. Y en ese trayecto, donde tan fácil sería perderse, consiguen acceder al universo de otros autores, a los que influyen. Continúan subiendo a los escenarios de los teatros mundiales, son adaptados al lenguaje del cine y emitidos por televisión, incluso se han desprendido de la encuadernación y la tinta para hacerse luz en internet. Cada nueva forma de expresión —la publicidad, el manga, el rap, los videojuegos— los adopta y los realoja.

Hay una gran historia casi ignorada detrás de la supervivencia de los clásicos más antiguos, la de todas las personas anónimas que consiguieron conservar, por pasión, un frágil legado de palabras, la historia de su misteriosa lealtad a esos libros. Mientras los textos e incluso los idiomas de las primeras civilizaciones que inventaron la escritura en el Creciente Fértil —Mesopotamia y Egipto— quedaron olvidados con el transcurso de los siglos y, en el mejor de los casos, volvieron a ser descifrados largos siglos después, la *Ilíada* y la *Odisea* nunca han dejado de tener lectores. En Grecia comenzó una cadena de transmisión y traducción que nunca se ha roto y ha logrado mantener viva la posibilidad de recordar y de conversar a través del tiempo, la distancia y las fronteras. Los lectores de hoy podemos sentirnos solos, en medio de las prisas, al cultivar nuestros rituales lentos. Pero tenemos detrás

una larga genealogía y no deberíamos olvidar que, entre todos, sin conocernos, hemos protagonizado un fantástico salvamento.

40

No todo lo nuevo merece la pena: las armas químicas son una invención más reciente que la democracia. Tampoco las tradiciones son siempre convencionales, encorsetadas y aburridas. Las rebeldías de hoy se inspiran en corrientes del pasado, como el movimiento abolicionista o el sufragismo. Una herencia puede ser revolucionaria, como también puede resultar retrógrada. Los clásicos fueron en ocasiones profundamente críticos, con su mundo y con el nuestro. No hemos avanzado tanto como para prescindir de sus reflexiones sobre la corrupción, el militarismo o la injusticia.

En el año 415 a. C., Eurípides presentó su tragedia *Las troyanas* durante un festival religioso, en un teatro abarrotado. La obra recreaba el fin de la guerra de Troya —el mito fundacional de los griegos, la gran victoria patriótica de sus antepasados—. La inmensa mayoría de los atenienses que esperaban en las gradas el comienzo de la función comiendo pan, queso y aceitunas estaban tan orgullosos de las hazañas de Aquiles en Troya como nosotros de haber derrotado al nazismo en la Segunda Guerra Mundial. Pero si esperaban un Spielberg ático que halagase su orgullo de estar en el bando correcto de la historia como en *La lista de Schindler*, tenían por delante un chasco de dimensiones épicas. Eurípides desplegó ante sus ojos una feroz matanza, un arrebato de destrucción vengativa violaciones colectivas, el asesinato a sangre fría de un niño lanzado al abismo desde las murallas, los horrores de la guerra cayendo sobre las mujeres derrotadas…

Lo que escucharon los atenienses en aquella tarde convulsa del siglo V a. C. fue la rabia y la desesperanza de las madres del bando enemigo, que les acusaban de crueldad. Al final, la anciana reina Hécuba, iluminada por un incendio apocalíptico, denuncia con su boca desdentada la orfandad universal de las víctimas («Ay de mí, el fuego devora ya el elevado alcázar, y la ciudad entera, y las más altas murallas. El polvo y el humo, en alas de los vientos, me roban mi palacio. Se olvidará el nombre de este lugar, como todo se olvida. Tiembla, tiembla la tierra al desplomarse Troya; temblorosos miembros míos, arrastrad mis pies. Vamos a vivir en la esclavitud»).

Ni que decir tiene que Eurípides no ganó el premio en el festival de teatro de aquel año. En tiempo de guerra —el mundo antiguo estaba permanentemente en guerra—, en una producción financiada con dinero

público, se atrevió a tomar partido por las mujeres frente a los hombres, por los enemigos frente a sus compatriotas, por las perdedoras frente a los ganadores. No consiguió el premio, pero después de cada una de las grandes guerras europeas —recientemente, en honor de las viudas y las madres de Sarajevo—, esta obra se ha vuelto a representar, y la desdentada Hécuba ha hablado de nuevo, desde las trincheras calientes y los escombros aún sin retirar, en nombre de los atropellados por la guerra, antes de que empezásemos a olvidar.

La imagen consagrada e intocable de los clásicos nos impide imaginar el enorme cuestionamiento sufrido por algunos de ellos y los tremendos alborotos que organizaron con sus obras. Si hubo un personaje polémico fue el multimillonario Séneca. Avispado inversor, organizó lo que hoy llamaríamos un banco de crédito y se enriqueció gracias al cobro de intereses desorbitados. Compró fincas en Egipto, el paraíso de la inversión inmobiliaria por aquel entonces. Multiplicó varias veces su patrimonio y, a través de prebendas y redes de contactos, llegó a amasar una de las mayores fortunas del siglo, más de la décima parte de la recaudación anual de impuestos de todo el Imperio romano. Hubiera podido dedicarse al lujo, a exhibir su riqueza en inmensas y costosas mansiones con miles de tejas —en Roma el tamaño de las viviendas no se medía por los metros cuadrados de suelo sino por el número de tejas que protegían la cabeza del propietario—, a coleccionar antigüedades, esclavos y trofeos de caza. Pero le apasionaba la filosofía, la filosofía estoica, para mayor ironía. Dedicó páginas rebosantes de convicción a sus ideas, páginas donde afirmaba que un hombre es rico cuando sus necesidades son sobrias. Sin necesidad de listas de la revista *Forbes*, sus contemporáneos sabían que su fortuna alcanzaba niveles extravagantes. Era muy tentador hacer chistes y tomarse a guasa todas aquellas apologías del desapego, la frugalidad y las ventajas de conformarse con pan tosco. Una y otra vez, Séneca fue ridiculizado por defender su credo de parquedad y filantropía mientras administraba sus negocios con métodos de capitalista desenfrenado. Es difícil saber a qué atenerse con este ambivalente personaje, banquero y filósofo, que nunca llegó a resolver la contradicción entre lo pensado y lo vivido. Sin embargo, algunos de los textos que tantas burlas le granjearon en vida nos siguen desafiando hoy. Un pasaje de sus *Epístolas a Lucilio* marca un punto sin retorno en la historia del pacifismo occidental: «Los homicidios individuales los castigamos, pero ¿qué decir de las guerras y del glorioso delito de arrasar pueblos enteros? Hechos que se pagarían con la pena de muerte los elogiamos porque los comete quien lleva insignias de

general. La autoridad pública ordena lo que está prohibido a los particulares, la violencia se ejerce mediante decisiones del Senado y decretos de la plebe. El ser humano, el más dulce de los animales, no se avergüenza de hacer la guerra y de encomendar a sus hijos que la hagan».

Estos textos acumulan siglos, pero recrean el mundo que nos rodea con una veracidad asombrosa. ¿Cómo es posible? Porque desde Grecia y Roma no dejamos de reciclar nuestros signos, nuestras ideas, nuestras revoluciones. Los tres filósofos de la sospecha —Nietzsche en la metafísica, Freud en la ética y Marx en la política— partieron del estudio de los antiguos para realizar el giro a la modernidad. Incluso la creación más innovadora contiene, entre otras cosas, fragmentos y despojos de ideas anteriores. Los clásicos son esos libros que, como los viejos rockeros siempre en activo, envejecen sobre el escenario y se adaptan a nuevos tipos de público. Los mitómanos se rascan el bolsillo para ir a sus conciertos, los irreverentes los parodian, pero nadie los ignora. Demuestran que lo nuevo mantiene con lo viejo una relación más compleja y creativa de lo que parece a simple vista. Como escribió Hannah Arendt, «El pasado no lleva hacia atrás sino que impulsa hacia delante y, en contra de lo que se podría esperar, es el futuro el que nos conduce hacia el pasado».

Canon: historia de un junco

41

Esta historia empieza en los cañaverales de un río que espejea bajo el sol, en latitudes orientales casi desnudas de arbolado. El agua lame las riberas húmedas, donde nace una vegetación enmarañada, los grillos cantan obstinados y brilla el vuelo azul de los caballitos del diablo. Al amanecer, un cazador que acecha a sus presas junto al ribazo escucha los chapoteos débiles del agua y el crujido de los carrizos movidos por la brisa.

En un lugar así crecían, erguidos como cipreses, los tallos de las cañas orientales (*Arundo donax*). El nombre de esta especie contiene una raíz semítica muy antigua (en lengua asirio-babilonia, *qanu*; en hebreo, *qaneh*; y en arameo, *qanja*). De esa raíz extranjera viene el griego *canon*, que significa literalmente «recto como una caña».

¿Qué era un canon? Una vara de medir. Los albañiles y los constructores antiguos llamaban de esa forma a unos sencillos listones de madera que servían para trazar líneas rectas y fijar con precisión tamaños, proporciones y escalas. En el ágora, donde los mercaderes y sus clientes discutían a gritos, acusándose mutuamente de timadores, solía haber un patrón de pesos y medidas esculpidos en piedra. Alguien rezongaba: «¡Esta pieza de tela no mide tres codos; borracho, cara de perro, vas a ser mi ruina!». Y el interpelado aullaba: «Muerto de hambre, hogar de todas las pulgas, ¿y tú te atreves a acusarme de ladrón?». Ante los cánones —antecedentes de nuestro metro de platino iridiado— se solventaban la mayoría de las broncas y regateos de nuestros antepasados griegos. En un salto hacia la abstracción, el escultor Policleto tituló *Kanón* su tratado sobre las proporciones físicas ideales. La figura humana perfecta mide, afirmó, siete veces el tamaño de la cabeza. Parece que su escultura el *Doríforo* ejemplificaba esas medidas masculinas deseables —e inauguró la dictadura de la imagen: los jóvenes se atormentaban en el *gymnásion* soñando con esculpir su cuerpo a imagen y semejanza de ese modelo de mármol—.

Nuestra humilde caña llegó, a través de Aristóteles, al alejado terreno de la ética. El filósofo escribió que la norma de acción —el canon moral— no debían ser las ideas absolutas y eternas de Platón, sino «la forma de

comportarse de un hombre honrado y cabal». Esta receta aristotélica para resolver dilemas de conciencia me recuerda a una frase de Cary Grant en la película *Vivir para gozar*: «Cuando estoy en un apuro, me pregunto: ¿qué haría la General Motors en mi situación? Y hago lo contrario». Por arcaico que pueda parecer, todavía nuestro Código Civil nos exige asumir nuestras obligaciones «con la diligencia de un buen padre de familia».

Las listas de los mejores escritores y las mejores obras nunca se llamaron cánones en tiempos de los griegos y romanos. ¿Cómo hemos llegado a nuestro controvertido concepto de «canon literario»? A través del filtro cristiano. En medio de agitadas discusiones sobre la autenticidad de los relatos evangélicos, las autoridades eclesiásticas fueron perfilando el contenido del Nuevo Testamento: los Evangelios de san Marcos, san Mateo, san Lucas y san Juan —esos cuatro y no otros—, los Hechos de los apóstoles y las Epístolas. El debate entre comunidades cristianas que llevó a la exclusión de los textos considerados apócrifos fue largo, y muchas veces enconado. En el siglo IV, cuando el repertorio estaba ya casi cerrado, el historiador Eusebio de Cesarea llamó «canon eclesiástico» a la selección de libros que las autoridades declararon de inspiración divina y donde los creyentes podían encontrar una pauta de vida. Más de mil años más tarde, en 1768, un erudito alemán utilizó por primera vez la expresión «canon de escritores» en el sentido actual. El problema es que la palabra llegaba cargada de rasgos y connotaciones. Por la analogía bíblica, el canon literario parecía perfilarse como una jerarquía vertical, dictada por expertos, apoyada en la autoridad de un grupo de elegidos, intencionalmente cerrada, permanente e intemporal. No es extraño que, desde entonces, muchos lectores apasionados, en defensa de su libertad, hayan sentido la tentación, como Cary Grant respecto a la General Motors, de hacer —y leer— justo lo contrario.

En realidad, muchos clásicos han llegado a serlo ganando la partida a las autoridades que intentaban destruirlos. Así, por ejemplo, los libros de Ovidio vencieron a Augusto; los versos de Safo, al papa Gregorio VII. Las amenazas de Platón contra los poetas no tuvieron consecuencias, ni siquiera allí donde el filósofo tuvo influencia política. Calígula no acabó con los poemas de Homero, ni Caracalla con las obras de Aristóteles. Han sobrevivido en el canon obras consideradas heréticas y peligrosas como *De rerum natura*, de Lucrecio; *Gargantúa y Pantagruel*, de Rabelais; o las narraciones de Sade. Los nazis no consiguieron convencer al mundo de que ninguna obra escrita por judíos era valiosa.

El canon literario tiene poco en común con el religioso. El repertorio bíblico, sostenido por la fe, pretende ser inmutable; el literario no. Para este último encaja mucho mejor la imagen elegida por los romanos: el censo, una clasificación jerárquica, sí, pero constantemente actualizada. Si puede llegar a ser una herramienta útil, es precisamente porque su flexibilidad le permite registrar los cambios. En la cultura no existen las rupturas totales, ni tampoco una continuidad absoluta. Algunas obras son mejor o peor recibidas de acuerdo con los cambios de las circunstancias históricas. Los críticos ilustrados, en su obsesión por las obras didácticas y morales, estaban mucho menos cautivados por Shakespeare que nosotros. Hoy apenas nos interesa leer sermones o discursos, que fueron géneros mayores en otras épocas. En el siglo XVIII, los intelectuales condenaron de forma bastante unánime la novela, sin sospechar su ascenso a la cumbre del canon actual. La literatura infantil no ha triunfado hasta que la infancia ha empezado a ser una etapa vital valorada —y reinventada—. Con el auge del feminismo, las novelas con heroínas perseguidas, como las que escribió en el Siglo de Oro María de Zayas, han dejado de ser consideradas curiosidades menores y han adquirido una importancia renovada. Como las empresas, algunos autores abren o cierran según los cambios de sensibilidad del público. Baltasar Gracián tuvo que esperar hasta los años noventa del siglo pasado para que los ejecutivos agresivos de los Estados Unidos y Japón convirtieran su *Arte de la prudencia* en un libro de cabecera y *best seller* internacional. Casi no se representa el teatro del flamante premio Nobel Jacinto Benavente y, en cambio, nos apasiona el de su contemporáneo Valle-Inclán, un estrafalario marginal que mantuvo una relación esquiva con el público y con el éxito. Marcial solía tener que defenderse de la acusación de escribir poemas demasiado cortos, mientras que ahora la brevedad de sus epigramas —con las dimensiones de un tuit— juega a su favor. Las novelas de caballerías, que causaron furor durante siglos, han ido quedando arrinconadas mientras se consagraba su parodia, *El Quijote*. El humor y la ironía han ganado terreno —hoy preferimos los libros ambiguos a los que intentan adoctrinarnos—.

A lo largo del tiempo han convivido numerosos cánones, con infinitas ramificaciones parciales. En casi todos los periodos, distintos críticos se enfrentan y construyen listas rivales. Los objetores siempre necesitan algo que objetar. Cada generación distingue entre el buen gusto —el mío— y la vulgaridad —la tuya—. Cada corriente literaria vacía los pedestales para aupar en ellos a sus favoritos. Al final, solo el tiempo tiene la última palabra. Cicerón creía que el innovador Catulo era un jovenzuelo vanidoso sin una

pizca de talento, y Catulo aborrecía a Julio César. Sin embargo, los tres terminaron juntos en el canon romano. Emily Dickinson publicó apenas siete poemas en vida, y sus editores consideraron necesario corregirle la sintaxis y la puntuación. André Gide rechazó el manuscrito de Proust para la editorial Gallimard. Borges publicó en la revista *El Sur* una crítica demoledora de *Ciudadano Kane*, que más tarde negaría haber escrito.

Como todas las taxonomías, los cánones revelan mucho de quien los formula y de su época. Así, en los nombres elegidos afloran prejuicios, aspiraciones, sentimientos, ángulos ciegos, estructuras de poder y autovalidaciones. El estudio de las obras clásicas que han dejado de serlo, de aquellas que han emergido tras ser arrinconadas y de las que han mantenido de manera ininterrumpida su influjo, es decir, la historia de las metamorfosis del canon a través de los siglos, ofrece una fascinante perspectiva de nuestra vida cultural. Reconocer el contexto variable en el que suceden nuestros juicios con vocación de eternidad es un avance en la comprensión histórica, que consiste, según J. M. Coetzee, en entender el pasado como una fuerza que modela el presente. «¿Qué es lo que queda del clásico, si algo queda después de ser historizado, que pueda aún seguir hablándonos a través de las épocas?», se pregunta el escritor sudafricano. El clásico supera los límites temporales, retiene un significado para las épocas venideras, vive. Emerge indemne del proceso de ser puesto a prueba día a día. Aunque atraviese épocas oscuras, no se rompe su continuidad. Supera giros históricos, incluso sobrevive al beso de la muerte de su consagración por parte de fascismos y dictaduras. Algo nos sigue impresionando en las películas propagandísticas de Einsestein para los comunistas soviéticos, o en las de Leni Riefenstahl para los nazis.

Los estudios culturales han atacado el canon por autoritario y opresivo, y se han lanzado a proponer cánones alternativos dando protagonismo a los excluidos. El debate, iniciado en la década de los sesenta, se revitalizó a finales del siglo XX. En el contexto de un mundo académico que había tomado conciencia del multiculturalismo, el crítico norteamericano Harold Bloom, con tono elegiaco, denunció el enfoque moralizante de la que llama «escuela del resentimiento» y publicó su propia versión —descaradamente anglosajona, blanca y masculina— del canon occidental. Nunca antes había habido tantos reparos y al mismo tiempo tanta actividad canonizadora. Internet alberga infinitas listas de libros, películas y canciones. Los suplementos culturales clasifican sin cesar las novedades del año. Los premios y festivales enuncian selecciones de las mejores obras publicadas. Se

editan innumerables libros titulados *Los cien mejores*… Las redes sociales acogen millones de recomendaciones compartidas por lectores expertos o *amateurs*. Detestamos las listas y, al mismo tiempo, somos adictos a ellas. Imprescindible pero imperfecto, el canon expresa esta contradictoria pasión. Y, en medio de la inundación de libros, aflora nuestro deseo de descansar de la agitación de lo inabarcable.

Pero volvamos al cañaveral donde empezó esta larga andadura. Asomada entre los carrizos y las espadañas, con sus prietas mazorcas, pienso que hemos elegido una metáfora imperfecta. Los tallos rectos y rígidos de la junquera no evocan el sinuoso camino del canon. Sería más bien el río, que cambia, serpea, dibuja meandros, se llena y se vacía, pero sigue ahí y parece siempre el mismo que canta su inagotable estrofa, pero con distinta agua.

42

Cuando, en algún lugar, el último ejemplar de un libro ardía, se mojaba hasta la podredumbre o era lentamente devorado por insectos, moría un mundo. Nadie más podría leerlo, copiarlo y salvarlo. A lo largo de los siglos, sobre todo durante la Antigüedad y la Edad Media, muchas voces callaron para siempre por extinción. Resulta difícil imaginar a través de qué extraños vericuetos algunas obras minúsculas, infantiles o procaces han llegado hasta nosotros, mientras que otras han sucumbido fruto de los más extravangantes sistemas destructivos.

Los sabios de Alejandría eran muy conscientes de la fragilidad de las palabras. En principio, el olvido es el destino más previsible de cualquier relato, de cualquier metáfora, de cualquier idea. Los años robados al silencio y a la desaparición constituyen, en cambio, la excepción; una excepción que, antes de la imprenta, solo podía sostenerse gracias al gigantesco esfuerzo de copiar los textos a mano, letra por letra, para multiplicarlos y mantenerlos en circulación. El canon de los bibliotecarios alejandrinos fue, sobre todo, un programa de salvamento; una concentración de las energías disponibles en unas pocas obras elegidas, ya que era impensable mantenerlas todas vivas; un pasaporte al futuro para ciertos relatos, versos y pensamientos, los que más les importaban.

Los mecanismos del canon fueron cuestión de supervivencia —en aquella época la palabra escrita era una especie en peligro de extinción—. De los libros elegidos había más ejemplares; su prestigio se traducía en números, que no eran cifras de negocio sino de esperanza. Todos ellos recalaban en las

bibliotecas públicas, que los protegían de la intemperie. El otro gran refugio fue la escuela. Los textos utilizados en las lecciones de escritura y lectura se copiaban en todos los rincones del territorio: el seguro de vida más duradero para un libro. Ante un sistema educativo sin el mínimo atisbo de centralización y sin autoridades académicas, cada maestro podía elegir libremente los títulos que leía con sus alumnos. Esa suma de decisiones individuales se inspiraron en el canon y, al mismo tiempo, influyeron en él y lo transformaron.

Solo hay un género literario en Grecia y Roma que, sin poseer orígenes aristocráticos ni pretensiones de alta cultura, logró consagrar a sus propios clásicos: las fábulas de animales. La figura borrosa de Esopo tuvo —cómo no — su mellizo romano: el exesclavo Fedro. Las fábulas antiguas miraban la realidad de abajo arriba, como un enfrentamiento entre los animales más pequeños y humildes —las ovejas, las gallinas, las ranas, las golondrinas— y las criaturas más poderosas —los leones, las águilas, los lobos—. La analogía resulta transparente, y también el diagnóstico: los seres desvalidos suelen salir trasquilados. En pocas ocasiones, y solo a través de la astucia, el débil consigue vencer; en general, es atropellado con total desenvoltura por los fuertes. En una de estas historias pesimistas, una grulla mete la cabeza en la garganta de un león para sacarle un hueso con el que se ha atragantado, pero no recibe la recompensa prometida —¿acaso no es suficiente que no le haya arrancado la cabeza de un mordisco?—. En otra fábula, un cordero intenta rebatir las arbitrarias acusaciones de un lobo, pero sus razonamientos solo sirven para que el depredador se acerque a él con disimulo en el calor de la discusión y se lo zampe sin contemplaciones. La moraleja final del género parece concluir que cada cual ha de apechugar con su propia suerte. Los más vulnerables no encontrarán ayuda ninguna en las leyes, esa telaraña que atrapa a las moscas pero deja pasar a los pájaros de cuidado. No hay nada parecido, por su crudeza y su desencanto, en el canon. Y, si estas fábulas tan ajenas a la élite se abrieron un hueco, fue sin duda porque durante siglos los maestros las utilizaban en sus clases.

Uno de aquellos maestros romanos, Quinto Cecilio Epirota, tomó la revolucionaria decisión de estudiar con sus discípulos la obra de escritores vivos. Gracias a la escuela, algunos autores del siglo I empezaron a saborear, sin tener que morirse, el estatus de clásicos. Virgilio fue el más favorecido de ellos. Como explica Mary Beard, se han descubierto cincuenta citas de la poesía virgiliana garabateadas en las paredes de Pompeya. La mayoría de los versos provienen del principio de los libros I y II de la *Eneida*, seguramente

los pasajes preferidos por los maestros. Parece que en el año 79 todo el mundo conocía el arranque del poema, «*Arma virumque cano*», sin necesidad de haberlo leído de principio a fin, igual que hoy no hace falta ser un experto en Cervantes para poder citar el lugar de la Mancha de cuyo nombre no queremos acordarnos. Un bromista parodió la *Eneida* en la pared de una lavandería pompeyana, para burlarse de los dueños. Aludiendo al ave que era mascota de los tintoreros, el desconocido humorista escribió: «Los bataneros y su lechuza canto, no las armas y el varón». La broma es muy obvia, pero Beard destaca que presupone un asombroso marco de referencias compartidas entre el mundo callejero y el de la literatura clásica. Otros gamberros eran menos sutiles en sus insultos —y más parecidos a quienes decoran hoy las puertas de los lavabos públicos—: «yo me follé a la dueña», escribió un remoto pompeyano en la pared de una taberna.

El siglo I a. C. fue una época de esperanza para los escritores. Ciertos títulos elegidos se copiaban y se distribuían por una geografía inmensa, integrándose en una red sin precedentes de bibliotecas públicas y privadas, así como de escuelas. Quizá por primera vez en la historia, los autores más aplaudidos tenían sólidos motivos para confiar en un largo porvenir. La condición para lograrlo, eso sí, era entrar en las listas. En uno de los pasajes más explícitos del ansia canónica romana, Horacio sugiere sin rodeos a su protector Mecenas que lo incluya en el pódium de los mejores: «Si me colocas entre los poetas líricos, tocaré con mi elevada frente las estrellas». Con el verbo *inserere* traducía el griego *enkrínein* —separar el grano de la paja, cribar—, metáfora que en el lenguaje de los bibliotecarios de Alejandría significaba seleccionar a un autor. Encantado de leerse, Horacio se consideraba un digno colega de los famosos nueve líricos griegos, y no dudó en compartir con sus lectores una opinión tan imparcial acerca de sí mismo. En el mismo libro de odas, asegura que sus poemas, escritos sobre frágiles hojas de papiro, sobrevivirán al metal y la piedra: «He concluido un monumento más duradero que el bronce y más alto que las regias tumbas de las pirámides, que no podrán destruir las lluvias persistentes, los fríos vientos ni el paso del tiempo con su serie innumerable de años. No moriré del todo». Unos años más tarde, Ovidio expresó idéntica confianza en la duración de sus *Metamorfosis*: «Ya he culminado una obra que no podrán destruir ni la cólera de Júpiter ni el fuego ni el hierro ni el tiempo voraz». Aunque estas profecías puedan parecer imprudentes, la verdad es que hasta hoy se han cumplido.

No todos los escritores se atrevieron a imaginar tan larga vida para sus obras. Marcial, un autor sin presencia en la escuela, tenía fantasías menos

optimistas. En sus *Epigramas* bromea sobre la suerte de los libros descartados, el maltrecho grupo de los excluidos de la cumbre: *morituri te salutant*. Nos revela que muchos terminaron como envoltorio de comida o destinados a otros usos de escasa solemnidad. Y este es el fin que amenaza a su propio libro: «No vaya a ser que, llevado a una negra cocina, cubras con tus hojas mojadas unas crías de caballa o te conviertas en un cucurucho para el incienso o la pimienta». Las imágenes humorísticas del fracaso literario se suceden en sus versos: rollos convertidos en togas para atunes, túnicas para las aceitunas, o capuchas para el queso. Marcial posiblemente temía ingresar en ese submundo de la literatura que moría en las cocinas, entre rastros de escamas y hedor a pescado atrasado.

Durante siglos, los tenderos han envuelto sus mercancías en hojas arrancadas de viejos libros. Los sueños del escritor y el esfuerzo del copista —o, más adelante, del tipógrafo— perecían en una mísera reventa. Cervantes cuenta en *El Quijote* la misma triste historia que Marcial, pero con final feliz. Recién empezado el libro, en un audaz capítulo metaliterario, encontramos al narrador de la historia deambulando por los comercios de la calle Alcaná de Toledo. Ve pasar a un muchacho cargado con unos cartapacios rebosantes de papeles usados para vender a un sedero. Aunque todavía no lo sospecha, esos viejos documentos contienen la crónica de las aventuras de don Quijote de la Mancha. «Como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de la calle, tomé un cartapacio de los que el muchacho ofrecía», escribe el narrador. Gracias a la curiosidad de ese lector *in extremis*, el manuscrito se salva de envolver piezas de tela, y la novela puede continuar. Este episodio es un juego literario, una ficción urdida por Cervantes como parodia del recurso a los manuscritos hallados que tanto abundaba en las novelas de caballerías. Sin embargo, la imagen del chiquillo que vende papel usado por los comercios de la calle Alcaná tiene el aroma de la vida cotidiana, y deja vislumbrar una realidad paralela en la que nuestro gran clásico pudo haber sido destruido hoja a hoja en una anónima sedería de Toledo.

En el umbral del siglo XX, el bibliómano británico William Blades compró los restos de un valioso libro salvado de un naufragio escatológico. Cuenta Blades que, en el verano de 1887, un caballero amigo suyo alquiló unas habitaciones en Brighton. Encontró en el retrete unas hojas de papel disponibles para limpiarse. Las colocó sobre sus rodillas desnudas y, antes de usarlas con finalidad higiénica, paseó la mirada por el texto, escrito en letras góticas. Tuvo el presentimiento de un hallazgo. Emocionado, resolvió con prisa sus asuntos corporales y las minucias de limpieza, y salió a preguntar si

había más hojas en el lugar de donde habían cogido aquellas. La casera le vendió los restos desencuadernados que quedaban y le contó que su padre, a quien le encantaban las antigüedades, tuvo en tiempos un arcón lleno de libros. Tras su muerte ella los guardó, hasta que se cansó del estorbo. Imaginando que carecían de valor, los dedicó a suministro para el retrete, donde estaban a punto de naufragar los últimos pecios de la biblioteca heredada. El libro que tenían entre manos resultó ser uno de los ejemplares más raros y escasos de la imprenta de Wynkyn de Worde, una obra titulada *Gesta Romanorum* en la que Shakespeare había encontrado inspiración para sus piezas teatrales. Solo quedaba imaginar los tesoros bibliográficos que estuvieron abasteciendo diariamente las letrinas de aquella pensión inglesa.

En nuestros días, hemos organizado racionalmente la destrucción de libros. Como dice Alberto Olmos, nuestras respetuosas sociedades exterminan anualmente tanta letra escrita como los nazis, la Inquisición o Shi Huandi juntos. Con sigilo, sin la épica de las hogueras públicas, cada año solo en España eliminamos millones de ejemplares. Los almacenes de las editoriales han devenido en tanatorios que acogen a los títulos huérfanos en su primera muerte, es decir, cuando son devueltos por las librerías. El saldo negativo es enorme: en 2016 se publicaron en nuestro país 224 millones de libros, de los cuales casi 90 millones terminaron en el purgatorio. De los títulos con ínfulas de *best sellers* se imprimen a sabiendas muchos más ejemplares de los que pueden absorber sus lectores, porque se piensa que son las gigantescas pilas de libros las que venden los libros. Los cálculos erróneos y las esperanzas frustradas de los editores también llevan cientos de miles de libros directos al tanatorio. Como el almacenamiento tiene un alto coste para las empresas del sector, esos millones de desahuciados acaban en talleres de las afueras donde son triturados, aplastados y convertidos en una masa amorfa: la pulpa de papel. Calladamente, se transforman en otros libros, nacidos a costa de canibalizar a sus predecesores fracasados, o los reciclan en otros productos nuevos y útiles, como tetrabriks, servilletas, pañuelos, posavasos, cajas de zapatos, embalajes —la versión contemporánea de las togas para atunes de Marcial—, o incluso rollos de papel higiénico, que nos convierten a todos en émulos intestinales de los huéspedes de aquella pensión de Brighton.

El escritor checo Bohumil Hrabal trabajó como empacador en una prensa de reciclar papel. Basada en aquella experiencia, su novela *Una soledad demasiado ruidosa* transcribe el monólogo de un operario recluido en un subterráneo —con las ratas y con sus reflexiones— mientras forma una tras otra balas de papel viejo que debe entregar a los transportistas. Su cueva

apesta como un infierno porque la papelería amontonada no está seca, sino húmeda y podrida, y empieza a fermentar, «esparciendo una peste tal que, en comparación, el estiércol exhala un perfume delicioso». Tres veces por semana los camiones se llevan sus balas a la estación, las meten en los vagones y las transportan a las fábricas de papel donde los obreros las sumergen en turbios estanques de álcalis y ácidos que las disuelven. El protagonista, enamorado de los libros, sabe que en su prensa expiran obras maravillosas, pero no puede detener el flujo de la destrucción. «No soy sino un tierno carnicero», escribe. Su ritual de supervivencia consiste en ser el último lector de los libros que llegan al subsuelo donde trabaja y en preparar con esmero sus tumbas, es decir, los paquetes que elabora: «Tengo la necesidad de embellecer cada paquete, de darle mi carácter, mi firma. El mes pasado tiraron a mi subterráneo seiscientos kilos de reproducciones de maestros célebres, de modo que ahora embellezco cada una de mis balas con los campeones de la pintura europea y, al anochecer, mientras mis balas esperan en fila india delante del montacargas, me deleito contemplando aquella belleza, aquellos paquetes adornados con *Ronda de noche*, *Saskia*, *El desayuno sobre la hierba* o el *Guernica*. Y solo yo sé que en el corazón de cada paquete descansa, abierto, aquí *Fausto*, aquí, entre papeles chorreando sangre de las carnicerías, *Hiperión* y *Así habló Zaratustra*. Yo soy al mismo tiempo el artista y el único espectador». Hrabal escribió esta novela cuando su obra había sido prohibida por el régimen comunista. En ese tiempo de escritura prisionera, le obsesionaban los problemas de la creación y la destrucción, la razón de ser de la literatura y el por qué de la soledad. El monólogo del viejo operario es una fábula sobre la crueldad del tiempo. E, indirectamente, un testimonio informado acerca de la fantástica e improbable aventura que supone para un libro sobrevivir durante milenios.

Añicos de voces femeninas

43

En un paisaje de sombras, ella tiene cuerpo, presencia, voz. Es un caso único en Roma: una joven independiente y culta que insiste en su derecho al amor; una poeta de cuya vida y sentimientos habla ella misma, con sus propias palabras, sin mediaciones masculinas.

Sulpicia vivió en el siglo dorado del emperador Augusto. Fue una mujer excepcional por muchos motivos —el más importante de ellos era que pertenecía a ese 1 por ciento de la población romana que hoy clasificamos como élite, situada en la cumbre de un mundo duro y jerárquico—. Su madre era hermana de Marco Valerio Mesala Corvino, un poderoso general y mecenas literario. En la mansión de su tío conoció a algunos de los poetas más aclamados de la época, como Ovidio o Tibulo. Favorecida por la riqueza y el parentesco, Sulpicia se atrevió a escribir poemas autobiográficos, los únicos versos de amor escritos por una mujer romana de la época clásica que han llegado hasta nosotros. En sus poesías habla una voz femenina que reclama algo poco común en la época: libertad y placer. Convencida de que podía permitirse cualquier atrevimiento, se queja de la vigilancia que ejerce sobre ella su tío, llamándolo —con ironía y descaro— «pariente desalmado».

Son solamente seis los poemas de Sulpicia que nos han llegado. Cuarenta versos en total, seis episodios de su pasión por un hombre al que llama Cerinto. Queda claro que no es el novio elegido por la familia. Por el contrario, sus padres y su tío-tutor temen que se acueste con él. Ella misma dice que algunos sufren ante la sola idea de que sucumba, dejándose llevar a una «cama innoble». Seguramente Cerinto pertenezca a otro mundo, a otra clase social, quizá incluso sea un liberto. Quién sabe. En cualquier caso, no parece un pretendiente adecuado para la aristócrata Sulpicia; algo que no preocupa en absoluto a la joven. Si sufre, y a veces sufre, es por otras razones. Por ejemplo, se reprocha a sí misma su falta de valor, siente angustia porque el lastre de su educación le impide mostrar su deseo.

El poema de Sulpicia que más me impacta es una declaración pública, provocadora y desafiante, de sus sentimientos. Traduzco libremente los dísticos de la elegía:

¡Al fin llegaste, Amor!
Llegaste con tal intensidad
que me causa más vergüenza
negarte
que afirmarme.
Cumplió con su palabra Amor,
te acercó a mí.
Conmovido por mis cantos,
te trajo Amor a mi regazo.
Me alegra haber cometido esta falta.
Revelarlo y gritarlo.
No, no quiero confiar mi placer
a la estúpida intimidad de mis notas.
Voy a desafiar la norma,
me asquea fingir por el qué dirán.
Fuimos la una digna del otro,
que se diga eso.
Y la que no tenga su historia
que cuente la mía.

¿Qué fue de los amantes? No lo sabemos, pero es poco probable que su relación lograse sobrevivir a los obstáculos familiares. Tarde o temprano, ella tendría que claudicar. Entre las clases altas, a las que Sulpicia pertenecía, el paterfamilias decidía los matrimonios basándose en motivos estratégicos de oportunidad. Los clanes unían así a dos personas por conveniencia social, política o económica, no por pasión. Seguramente, el deseado Cerinto fue expulsado de la vida de Sulpicia, y solo quedaron el recuerdo y los poemas —«desierta cama y turbio espejo y corazón vacío», como escribió Machado —.

Rebelarse contra la moral sexual, aunque fuese durante un breve paréntesis juvenil, supuso un viaje al borde del abismo para Sulpicia. Estaba cometiendo un delito. Poco tiempo antes, Augusto había hecho aprobar una ley —la *lex Iulia de adulteriis*— que condenaba en procesos públicos las relaciones sexuales de las mujeres fuera del matrimonio —también si eran solteras o viudas—. Tanto ellas como sus cómplices sufrían un severo castigo. Solo quedaban excluidas de la condena las prostitutas y las concubinas. Por

eso, cuentan las fuentes que mujeres patricias, de rango senatorial o ecuestre, empezaron a declarar en público que ejercían la prostitución. Se trataba de un acto de desobediencia civil, de un desafío abierto a los tribunales. Las protestas consiguieron que, en la práctica, la norma se aplicase muy poco. Ya a finales del siglo I, Juvenal, en su feroz diatriba contra el género femenino, exclamaba exasperado: «¿Dónde estás, *lex Iulia*, acaso durmiendo?».

La otra gran transgresión de Sulpicia fue hacer públicos sus sentimientos y su rebeldía a través de la escritura. Como los griegos, también los romanos pensaban que la palabra, herramienta fundamental de la lucha política, era prerrogativa masculina. Esas ideas se plasmaron incluso en el universo religioso, a través del culto a una diosa femenina del silencio, llamada Tácita Muda. Contaba la leyenda que Tácita fue una ninfa descarada que solía hablar demasiado y, sobre todo, a destiempo. Júpiter, para acabar con tanta charlatanería y dejar claro a quién correspondía la jurisdicción verbal, le arrancó la lengua. Impedida para hablar, Tácita Muda era un símbolo elocuente. Las romanas no podían ejercer cargos públicos ni participar en la vida política. Una sola generación permitió la existencia de oradoras, en la primera mitad del siglo I a. C., pero muy pronto esa actividad fue legalmente prohibida. Las mujeres romanas de buena familia solían tener acceso a la lectura, sí, pero encaminada a que la aplicaran en su función de madres y maestras de futuros oradores. Educadas para que educasen, aprendían a hablar bien en beneficio de sus hijos, no para ejercer ellas, porque eso significaría saltar el límite de la esfera privada que les era propia y usurpar un puesto en el campo de los oficios masculinos. Pocas eran sus oportunidades de destacar o hacerse oír fuera de la demarcación hogareña. Cuando el biógrafo Plutarco intentó repetir el éxito de sus *Vidas paralelas* con una obra sobre proezas protagonizadas por mujeres griegas, romanas y bárbaras, cosechó una fría acogida. De hecho, el libro ha recibido escasa atención y estudio hasta tiempos muy recientes.

Resulta muy revelador estudiar las razones que ayudaron a la supervivencia de los versos de Sulpicia. No han llegado bajo su nombre, sino insertos entre los poemas atribuidos a un escritor del círculo de su tío, Tibulo. Las dudas sobre la autoría y el gran prestigio de Tibulo contribuyeron a preservar los textos durante siglos. Hoy, tras atentos análisis filológicos, los estudiosos aceptan de forma casi unánime que los poemas serían obra de Sulpicia, aunque algunos escépticos siguen objetando que su contenido es demasiado atrevido para una dama romana. A la vez, hasta hace pocos años era habitual desestimarla, como si se tratara de una simple aficionada —triste

redundancia, pues en aquella época ninguna mujer podía hacer de la literatura su profesión—. Las romanas de aquel tiempo no tenían medios para lograr que sus obras se conocieran y se difundieran. La mayoría ni se planteaba hacerlo. Y lo más importante: quienes valoraban si un libro merecía pasar a la posteridad ni siquiera tomaban en consideración lo que escribían las mujeres. En realidad, no debería sorprendernos que estos poemas solo hayan sobrevivido incrustados en un libro ajeno.

A pesar de los impedimentos, Sulpicia no fue la única que lo intentó. Nos quedan breves fragmentos, citas o referencias de veinticuatro autoras. Todas ellas tuvieron rasgos comunes: eran ricas, pertenecían a familias importantes y escribieron al abrigo de hombres poderosos. Como escribe Aurora López, poseían dote, fortuna, y poder sobre sus esclavos; la ciudad les facilitó tiempo libre; regentaban un espacio siempre privado, la casa, pero a fin de cuentas un espacio en el que eran señoras. Es decir, como quería Virginia Woolf, tuvieron dinero y una habitación propia, requisitos necesarios para que una mujer sea escritora. Destaca entre ellas Julia Agripina —hija de Germánico, esposa de Claudio, madre de Nerón—, cuyas memorias perdidas conocemos solo por alusiones; o Cornelia, madre de los famosos Gracos, de la que se conservan dos cartas incompletas.

Pero las atrevidas damas patricias que se lanzaron a invadir el terreno de los hombres tuvieron que respetar ciertas delimitaciones y leyes fronterizas. Solo se les permitió practicar géneros considerados menores o asociados a la vida interior: lírica —Hostia y Perila—, elogios —Aconia Fabia Paulina—, epigramas —Cornificia—, elegías —Sulpicia—, sátira —otra Sulpicia—, cartas —Cornelia, Servilia, Clodia, Pilia, Cecilia Ática, Terencia, Tulia, Publilia, Fulvia, Acia, Octavia Menor, Julia Drusila—, memorias —Agripina —. Conocemos los nombres de tres oradoras que ejercieron durante el breve periodo en el que les estuvo permitido —Hortensia, Mesia y Carfania—, pero no nos ha llegado ni un párrafo original de sus discursos. No hay la menor noticia sobre autoras de épica, ni tampoco de tragedia o comedia, pues de ninguna forma hubieran podido llevar sus obras a los escenarios.

Los textos que escribieron estas mujeres romanas han llegado hasta nosotros hechos añicos. En su totalidad se pueden leer en apenas una o dos horas. Así se vislumbra el alcance de lo perdido. Sulpicia se benefició de un error y avanzó hacia el futuro con su involuntario pseudónimo masculino. Las demás naufragaron lentamente en el silencio. Dentro del canon, ellas son fragmentadas excepciones. Como Eurídice, vuelven a hundirse en la oscuridad cuando alguien intenta rescatarlas. Al seguir el rastro de sus huellas

borradas, tanteamos un paisaje de sombras donde ya solo es posible conversar con los ecos.

44

Y, sin embargo, desde tiempos remotos las mujeres han contado historias, han cantado romances y enhebrado versos al amor de la hoguera. Cuando era niña, mi madre desplegó ante mí el universo de las historias susurradas, y no por casualidad. A lo largo de los tiempos, han sido sobre todo las mujeres las encargadas de desovillar en la noche la memoria de los cuentos. Han sido las tejedoras de relatos y retales. Durante siglos han devanado historias al mismo tiempo que hacían girar la rueca o manejaban la lanzadera del telar. Ellas fueron las primeras en plasmar el universo como malla y como redes. Anudaban sus alegrías, ilusiones, angustias, terrores y creencias más íntimas. Teñían de colores la monotonía. Entrelazaban verbos, lana, adjetivos y seda. Por eso textos y tejidos comparten tantas palabras: la trama del relato, el nudo del argumento, el hilo de una historia, el desenlace de la narración; devanarse los sesos, bordar un discurso, hilar fino, urdir una intriga. Por eso los viejos mitos nos hablan de la tela de Penélope, de las túnicas de Nausícaa, de los bordados de Aracne, del hilo de Ariadna, de la hebra de la vida que hilaban las moiras, del lienzo de los destinos que cosían las nortas, del tapiz mágico de Sherezade.

Ahora mi madre y yo susurramos las historias de la noche en los oídos de mi hijo. Aunque ya no soy aquella niña, escribo para que no se acaben los cuentos. Escribo porque no sé coser, ni hacer punto; nunca aprendí a bordar, pero me fascina la delicada urdimbre de las palabras. Cuento mis fantasías ovilladas con sueños y recuerdos. Me siento heredera de esas mujeres que desde siempre han tejido y destejido historias. Escribo para que no se rompa el viejo hilo de voz.

Lo que se creía eterno resultó efímero

45

Un día del año 212, más de treinta millones de personas se acostaron con una identidad distinta de la que tenían al levantarse por la mañana temprano. El motivo no fue una invasión masiva de los ladrones de cuerpos, sino la asombrosa decisión de un emperador romano. Las fuentes no nos dicen cómo fue recibido el cambio, si ganó la partida la desconfianza o el alborozo. Con seguridad predominaría la sorpresa: no había precedentes históricos para algo así —y estoy segura de que no veré nada remotamente parecido en nuestro siglo XXI—.

¿Cuál fue la causa de tanta conmoción repentina? El emperador Caracalla había decretado que todos los habitantes libres del imperio, dondequiera que viviesen, desde Escocia hasta Siria, desde Capadocia a Mauritania, adquirían a partir de ese momento la ciudadanía romana. Fue una decisión revolucionaria que borró de un plumazo la distinción entre autóctonos y extranjeros. Un largo proceso integrador culminó en el instante de la aprobación del decreto. Fue una de las mayores concesiones de ciudadanía documentadas en la historia, si no la mayor: decenas de millones de provincianos se convirtieron legalmente en romanos de la noche a la mañana. Ese repentino regalo todavía desconcierta a los historiadores, porque rompió con la política antiquísima —y tan contemporánea— de convertir en ciudadanos plenos solo a un pequeño porcentaje de los aspirantes, de forma gradual y restrictiva. El político y cronista antiguo Dion Casio sospechaba que bajo la aparente generosidad de Caracalla se ocultaba la necesidad de recaudar dinero, puesto que los nuevos romanos contraían *ipso facto* la obligación de pagar el impuesto de sucesiones y el gravamen por la manumisión de esclavos. Como afirma Mary Beard, si ese fue el motivo, resultó una manera harto engorrosa de abordar el asunto. No creo que ningún estado actual se plantee legalizar a treinta millones de individuos de golpe, por muy suculenta que resulte la perspectiva de cobrarles impuestos. Sin duda, la decisión del emperador tuvo una importante carga simbólica. En tiempos de crisis, dar a más gente razones personales para identificarse con Roma podía ser una medida inteligente.

Como es lógico, la extensión de la ciudadanía devaluó su importancia. Al caer una barrera de privilegio, rápidamente se alzó otra en su lugar. A lo largo del siglo III, ganó importancia la distinción entre los *honestiores* —la élite enriquecida y los veteranos del Ejército— y los *humiliores* —los más humildes, concepto intemporal que no necesita traducción—. La legislación reconocía derechos desiguales a estos dos grupos: los *honestiores* quedaron exentos, por ley, de castigos degradantes o crueles como la crucifixión o la flagelación, mientras que los *humiliores* permanecían expuestos a las humillaciones antaño reservadas a los esclavos y los no ciudadanos. La frontera de la riqueza sustituyó a las fronteras geográficas.

Aunque no faltaron en la práctica grandes dosis de prejuicios, fricciones y rapacidad, la civilización romana poseyó desde sus orígenes una clara vocación integradora. Caracalla culminó una evolución que, según la leyenda, había iniciado Rómulo mil años antes, cuando ofreció acogida —sin hacer preguntas— a todos los forasteros que acudieron a la recién fundada Roma. Lo que distinguió a la nueva ciudad fue su bienvenida a los más desesperados fugitivos y demandantes de asilo. Y, de hecho, los descendientes de Rómulo practicaron una política de fusión sin precedentes en la historia universal: consideraban irrelevante la pureza de la estirpe, no se preocupaban demasiado por el color de la piel, liberaban a los esclavos con procedimientos simples y le reconocían al liberto un estatus casi de ciudadano —los hijos de los libertos lo eran de pleno derecho—. No sabemos hasta qué punto era multicultural la población romana, entre otras cosas, porque no se prestaba atención a ese asunto; probablemente fue el grupo étnicamente más diverso antes de la época moderna. En Roma no faltaron, por supuesto, quienes clamaban que tantos esclavos acabarían minando las esencias patrióticas, y muchos acusaban a los extranjeros de hacer pocos esfuerzos por integrarse. Pero ni el más recalcitrante de aquellos cascarrabias con ganas de protestar habría entendido nuestros conceptos modernos de «inmigrantes ilegales» o «sin papeles».

Es un hecho que la población se movía a lo largo y ancho de los territorios romanos como nunca antes: comerciantes, militares, administradores y burócratas, traficantes de esclavos, provinciales ricos con sueños de éxito en la capital. Había ciudadanos de clase alta en Britania procedentes del norte de África. Cada año, gobernadores y altos funcionarios eran enviados a destinos lejanos. Las legiones se formaban con soldados de todas las procedencias. Incluso los más desposeídos se sumaban al flujo de las migraciones. La moraleja de una fábula decía: «los pobres, al ser más ligeros de equipaje, con facilidad pasan de una ciudad a otra».

Los emperadores estaban obsesionados con la iconografía global, de la que hacían propaganda. Se proclamaba que Roma no era solo la dominadora del mundo, sino también la patria común de toda la humanidad; la gran ciudad mundial, la cosmópolis realizada, capaz de ofrecer acogida en su interior a todas las gentes dispersas por geografías lejanas. Este ideal encontró tal vez su expresión más característica en el pomposo y adulador *Encomio* del rétor Elio Arístides: «Ni el mar ni todas las distancias de la tierra impiden obtener la ciudadanía, y aquí no hay distinción entre Asia y Europa. Todo está abierto para todos. En Roma, nadie que sea digno de confianza es extranjero». Los filósofos de la época insistieron en que el imperio realizaba el sueño cosmopolita heredado del helenismo. Con su *Constitutio antoniniana*, del año 212, Caracalla dio culminación jurídica a estas ideas. Por lo demás, no ha dejado un gran recuerdo como gobernante. Caprichoso y homicida, acabó asesinado a los veintinueve años por uno de sus guardaespaldas mientras meaba en la cuneta de una calzada en Mesopotamia. Aunque en su reinado no dio muchas muestras de idealismo, admiraba a Alejandro y quiso imitar su proyecto de un imperio basado en la ciudadanía del mundo. Él mismo, nacido en Lugdunum —actual Lyon—, era hijo del mestizaje: su padre, Septimio Severo, descendía de estirpe bereber y tenía la piel oscura; y su madre, Julia Domna, había nacido en Emesa —actual Homs, en Siria—. Y no fue la excepción. Cuando lo nombraron, hacía tiempo ya que los emperadores no eran nativos de Roma, ni siquiera italianos. Las élites del poder romano no tenían el cutis tan blanco como el mármol de sus estatuas.

Si no era la raza, el color de la piel o el lugar de nacimiento, ¿qué unía a los habitantes de Escocia, Galia, Hispania, Siria, Capadocia y Mauritania? ¿Cuáles eran los vínculos que a lo largo y ancho de tan enormes extensiones ayudaban a los romanos a entenderse, compartir aspiraciones y descubrirse miembros de una misma comunidad? Una urdimbre de palabras, ideas, mitos y libros.

Sentirse romano consistía en habitar ciudades de anchas avenidas que se cruzaban en ángulo recto; en tener acceso a gimnasios, termas, foros, templos de mármol, bibliotecas, inscripciones en latín, acueductos, alcantarillado; en saber quiénes eran Aquiles, Héctor, Eneas, Dido; en contemplar sin extrañeza los rollos y los códices como parte del paisaje cotidiano; en pagar impuestos a los temidos recaudadores; en haber estallado en carcajadas por un chiste de Plauto en las gradas de un teatro; en conocer los episodios de la Roma primitiva contados por Tito Livio en *Ab urbe condita*; en haber escuchado a un filósofo estoico hablar de autodominio; en conocer —o incluso haber

servido en— la imparable maquinaria bélica de las legiones. Mosaicos, banquetes, estatuas, rituales, frontones, bajorrelieves, leyendas de triunfo y de dolor, fábulas, comedias y tragedias modelaban —con aire, piedra y papiro— aquella identidad romana ampliada hasta límites inimaginables, el primer relato común europeo.

Por las calzadas del imperio globalizado, ensayos y ficciones transitaron de un confín a otro de la geografía conocida. Encontraron cobijo en una constelación de bibliotecas públicas y privadas como no se había conocido antes. Fueron copiados y puestos a la venta en librerías de ciudades lejanas entre sí, como Brindisi, Cartago, Lyon o Reims. Sedujeron a gentes de diversos orígenes, a quienes las escuelas romanas enseñaron a leer tras generaciones de inmemorial analfabetismo. Como los aristócratas de la capital, los provinciales más ricos compraron esclavos especializados en la copia de textos —el inventario de los bienes de un acaudalado ciudadano romano, propietario de una finca de Egipto, incluye, entre sus cincuenta y nueve esclavos, cinco notarios, dos amanuenes, un escriba y un restaurador de libros—. Eran muchos los copistas que, al servicio de particulares o de comerciantes, pasaban sus largas jornadas delante del pupitre, pertrechados de tinteros, reglas y plumas de caña dura, para satisfacer la demanda de letra escrita. Nunca antes había existido una comunidad semejante de lectores extendida por varios continentes y unida por los mismos libros. Es cierto que no eran millones de personas; tampoco cientos de miles; tal vez, en los mejores tiempos, varias decenas de millar. Pero contempladas con la mirada de aquella época, hablamos de cifras prodigiosas.

Como dice Stephen Greenblatt, en el mundo antiguo hubo un tiempo —por lo demás larguísimo— en el que pudo parecer que uno de los principales problemas culturales era la inagotable producción de libros. ¿Dónde se podían poner? ¿Cómo había que organizarlos en las estanterías? ¿Cómo retener en la cabeza aquella profusión de conocimiento? La pérdida de tanta riqueza habría resultado sencillamente inconcebible para cualquiera que viviese en aquellos ambientes. Luego, no repentinamente sino con la lógica gradual de una extinción en masa, toda aquella empresa llegó a su fin. Lo que parecía estable resultó frágil, y lo que se creía eterno acabó por demostrarse efímero.

46

El suelo tembló bajo los pies. Llegaron siglos de anarquía, de fraccionamiento, de invasiones bárbaras, de seísmos religiosos.

Probablemente, los copistas fueran los primeros en percibir la gravedad de la situación: cada vez recibían menos encargos. El trabajo de copia se interrumpió casi por completo. Las bibliotecas entraron en decadencia, saqueadas durante guerras y altercados, o simplemente desatendidas. Durante sucesivas décadas terribles, sufrieron el pillaje de los bárbaros y la destrucción a manos de fanáticos cristianos. A finales del siglo IV, el historiador Amiano Marcelino se quejaba de que los romanos estaban abandonando la lectura seria. Con un enfoque moralista característico de su clase social, se indignaba de que sus compatriotas chapoteasen en la trivialidad más absurda mientras el imperio iba desmoronándose de modo inexorable, y la ligazón cultural se disolvía: «Los pocos hogares que antes eran respetados por el cultivo serio de los estudios ahora se dejan llevar por los deleites de la pereza. Y así, en lugar de un filósofo se reclama a un cantante, y en lugar de a un orador a un experto en artes lúdicas. Y, mientras las bibliotecas permanecen siempre cerradas como sepulcros, se fabrican órganos hidráulicos, enormes liras que parecen carrozas y flautas para los histriones». Además, comentaba con pena, la gente se dedica a conducir sus carros a velocidad de vértigo —como conductores suicidas— por las calles atestadas de gente. La angustia previa al naufragio se palpaba en la atmósfera.

En el siglo V, la comunidad de la cultura clásica sufrió terribles golpes. Las invasiones bárbaras fueron destruyendo poco a poco el sistema escolar romano en las provincias de Occidente. Declinaron las ciudades. El público culto disminuyó hasta cifras ínfimas —incluso en los mejores momentos había sido una minoría entre la población, pero era una minoría tan considerable que en algunos lugares resultaba una verdadera multitud—. De nuevo, los lectores volvieron a ser tan escasos que, en sus pequeñas islas, perdieron el contacto unos con otros.

Tras una larga y lenta agonía, el Imperio romano de Occidente se vino abajo en el año 476, cuando Rómulo Augústulo —el último emperador— abdicó sin hacer demasiado ruido. Las tribus germánicas que se sucedieron en el poder de las provincias no se sentían atraídas por la lectura. Seguramente aquellos bárbaros que asaltaron los edificios públicos y requisaron las mansiones particulares no eran activamente hostiles a la ciencia ni al estudio, pero tampoco tenían el menor interés en conservar los libros que albergaban los tesoros intangibles del conocimiento y la creación. Los romanos expropiados de sus mansiones, convertidos en esclavos o relegados a cualquier finca rústica perdida, tuvieron necesidades más apremiantes y duelos más hondos que la nostalgia de sus bibliotecas perdidas. Angustiosas

preocupaciones absorbieron a los lectores de otro tiempo: la inseguridad, las enfermedades, las malas cosechas, la violencia de los recaudadores de impuestos que exprimían el trabajo de los humildes hasta la última gota, las plagas, la subida de los precios de los alimentos, el miedo a quedar en el lado equivocado del umbral de subsistencia.

Empezó una época, un largo trayecto de cientos de años, en el que gran parte de las ideas que nos definen estuvieron al borde del abismo. Entre las antorchas de los soldados y la lenta labor secreta de las polillas, el sueño de Alejandría volvió a correr peligro. Hasta la invención de la imprenta, milenios de saber quedaron en manos de muy pocas personas, embarcadas en una heroica y casi inverosímil tarea de salvamento. Si no todo se hundió en la nada; si las ideas, los logros científicos, la imaginación, las leyes y las rebeldías de griegos y romanos sobrevivieron, lo debemos a la sencilla perfección que, tras siglos de búsqueda y experimentación, habían alcanzado los libros. Gracias a ellos y a pesar de los viajes al fondo de la noche, la historia europea es, como escribió la filósofa María Zambrano, un camino siempre abierto a los renacimientos y las ilustraciones.

47

Con el lento desmoronarse del Imperio romano, empezaron los siglos que los libros vivieron peligrosamente. En el año 529, el emperador Justiniano prohibió a quienes permanecían «bajo la locura del paganismo» dedicarse a la enseñanza, «a fin de que ya no puedan corromper las almas de los discípulos». Su edicto obligó a cerrar la Academia de Atenas, cuyos orígenes se remontaban orgullosamente al milenio anterior, hasta el propio Platón. Las almas descarriadas necesitaban la protección de las autoridades frente a los peligros de la literatura pagana. Desde principios del siglo IV, fervientes funcionarios irrumpían en los baños y en las casas particulares para requisar libros «heréticos y mágicos», que se convertían en humo en las hogueras públicas. No es extraño que la copia de obras clásicas —y de cualquier texto — cayese en picado.

Imagino a uno de aquellos filósofos proscritos en sus melancólicos paseos por una fantasmal Atenas. Le sobran razones para el pesimismo. Los templos paganos permanecen cerrados, derrumbándose a causa del abandono, y las maravillosas estatuas de otros tiempos han sido desfiguradas o retiradas. Los teatros han enmudecido, las bibliotecas son reinos de polvo y gusanos tras sus cerrojos. En la capital de las luces, los últimos discípulos de Sócrates y Platón

tienen prohibido enseñar filosofía. No pueden ganarse la vida. Si se niegan a bautizarse, deberán marchar al exilio. Los bárbaros que invaden y saquean el viejo imperio en hundimiento prenden fuego a las maravillas de la antigua cultura con ferocidad o, peor aún, con indiferencia. ¿Qué destino aguarda a las ideas que ya no se permite enseñar, a los libros condenados a arder?

Es el fin.

Entonces, como en un sueño, el filósofo es asaltado por una jauría de extrañas visiones. En una Europa dominada por caudillos guerreros analfabetos, cuando el ocaso parece inevitable, las fábulas, ideas y mitos de Roma encuentran un paradójico refugio en los monasterios. Cada abadía, con su escuela, biblioteca y *scriptorium*, alberga un destello del Museo de Alejandría en tiempos menguantes. Allí, algunos monjes —y también monjas— se convierten en infatigables lectores, conservadores y artesanos librarios. Aprenden el laborioso arte de la fabricación de pergaminos. Letra a letra, palabra por palabra, copian y preservan los mejores libros paganos. Incluso inventan el arte de la iluminación, que transforma las páginas de los códices medievales en pequeñas vidrieras donde brillan selvas de figuras, oro y colores. Gracias a la paciencia minuciosa de esos copistas y miniaturistas —hombres y mujeres—, el saber resistirá el embate del caos en rincones aislados y bien defendidos.

Pero todo esto es tan improbable —se dice, recayendo en el fatalismo— que solo puede ser un sueño.

De pronto el filósofo es invadido por la bulliciosa estampa de las primeras universidades en las ciudades de Bolonia y Oxford —la Academia resucitada—, algunos siglos más tarde. Los profesores y estudiantes, sedientos de alegría y belleza, como si volvieran a casa, buscan otra vez las palabras de los viejos clásicos. Y nuevos libreros abren de par en par las puertas de sus talleres para suministrarles el alimento de las palabras.

Desde inverosímiles distancias, por las rutas musulmanas y los territorios fronterizos entre varias civilizaciones, polvorientos mercaderes traen de China y Samarcanda una maravillosa novedad hasta la península ibérica: el papel, así llamado porque recuerda al viejo papiro. Si todo sucede en su justo momento, ese nuevo material, mucho más barato que el pergamino y más fácil de producir en grandes cantidades, llegará a las encrucijadas de Europa a tiempo para nutrir el despegue de las imprentas que revolucionarán la cultura occidental.

Pero todas estas fantasías —se dice, recurriendo a la fría lógica— solo pueden ser alucinaciones provocadas por una mala digestión; imágenes

engendradas por un pedazo de queso enmohecido o un guiso de pescado rancio.

Se le aparecen entonces, empuñando plumas de ave, las figuras de unos tercos soñadores, los humanistas, empeñados en restaurar el esplendor de la Antigüedad. Todos ellos se lanzan a leer, copiar, editar y comentar con pasión los textos paganos a su alcance —los restos del naufragio—. Los más valientes se aventuran a caballo por rutas apartadas, valles nevados, bosques oscuros y senderos casi borrados en los repliegues de las montañas para buscar algunos libros únicos que aún custodian los aislados monasterios medievales. Con esos manuscritos náufragos de la vieja sabiduría intentarán modernizar Europa.

Mientras tanto, un tallador de piedras preciosas llamado Gutenberg inventa un extraño copista de metal, que no descansa jamás. Los libros vuelven a expandirse. Los europeos recuperan el sueño alejandrino de las bibliotecas infinitas y el saber sin límites. El papel, la imprenta y la curiosidad liberada de miedos y pecados conducirán a los mismos umbrales de la modernidad.

Pero todas estas visiones —se dice el filósofo, hundiéndose otra vez en su pesimismo— son solo disparates.

Y cuando su imaginación desbordante se adentra aún unos siglos más lejos, adivina a unos hombres tocados con extrañas pelucas que, en honor de la antigua *paideía*, se embarcan en la aventura de la Enciclopedia para extender el conocimiento y derrotar la terca obra de la destrucción. Los revolucionarios intelectuales de ese lejano siglo XVIII levantarán sobre los cimientos del esplendor antiguo el edificio de su fe en la razón, la ciencia y el derecho.

Y, aunque la gente del futuro siglo XXI rendirá culto a las novedades y a las tecnologías —especialmente a unas raras tablillas luminosas que acarician con las yemas de los dedos—, seguirán dando forma a sus ideas fundamentales sobre el poder, la ciudadanía, la responsabilidad, la violencia, el imperio, el lujo y la belleza en diálogo con los libros donde hablan los clásicos. Y así es como todo lo que amamos se salvará a través de un camino accidentado y aventurero, plagado de bifurcaciones y desvíos, que en muchos momentos amenazará con perderse en la nada.

Pero todo esto es inverosímil como un sueño, y nadie en su sano juicio creería una hipótesis tan descabellada, se dice. Solo un prodigio —o uno de esos milagros con los que se ilusionan los cristianos— podría salvar nuestra sabiduría y cobijarla en las bibliotecas imposibles del mañana.

Atrévete a recordar

48

La invención de los libros ha sido tal vez el mayor triunfo en nuestra tenaz lucha contra la destrucción. A los juncos, a la piel, a los harapos, a los árboles y a la luz hemos confiado la sabiduría que no estábamos dispuestos a perder. Con su ayuda, la humanidad ha vivido una fabulosa aceleración de la historia, el desarrollo y el progreso. La gramática compartida que nos han facilitado nuestros mitos y nuestros conocimientos multiplica nuestras posibilidades de cooperación, uniendo a lectores de distintas partes del mundo y de generaciones sucesivas a lo largo de los siglos. Como afirma Stefan Zweig en el memorable final de *Mendel, el de los libros*: «Los libros se escriben para unir, por encima del propio aliento, a los seres humanos, y así defendernos frente al inexorable reverso de toda existencia: la fugacidad y el olvido».

En diferentes épocas, hemos ensayado libros de humo, de piedra, de tierra, de hojas, de juncos, de seda, de piel, de harapos, de árboles y, ahora, de luz —los ordenadores y *e-books*—. Han variado en el tiempo los gestos de abrir y cerrar los libros, o de viajar por el texto. Han cambiado sus formas, su rugosidad o lisura, su laberíntico interior, su manera de crujir y susurrar, su duración, los animales que los devoran y la experiencia de leerlos en voz alta o baja. Han tenido muchas formas, pero lo incontestable es el éxito apabullante del hallazgo.

Debemos a los libros la superpervivencia de las mejores ideas fabricadas por la especie humana. Sin ellos, tal vez habríamos olvidado a aquel puñado de griegos temerarios que decidieron entregar el poder al pueblo —y llamaron «democracia» a ese osado experimento—; a los médicos hipocráticos, que crearon el primer código deontológico de la historia donde se comprometían a cuidar también a los pobres y esclavos: «Ten en cuenta los medios de tu paciente. En ocasiones debes incluso prestar tus servicios gratuitamente; y, si tienes oportunidad de servir a un extranjero que se encuentra en dificultades económicas, préstale plena asistencia»; a Aristóteles, que fundó una de las más tempranas universidades, y decía a sus alumnos que la diferencia entre el sabio y el ignorante es la misma que entre el vivo y el muerto; a Eratóstenes, que usó el poder del razonamiento para calcular la circunferencia de la Tierra

con un margen de error de apenas ochenta kilómetros utilizando tan solo un palo y un camello; o los códigos legales de aquellos locos romanos que un día reconocieron la ciudadanía a todos los habitantes de su enorme imperio; o a ese griego cristiano, Pablo de Tarso, que pronunció quizá el primer discurso igualitario cuando dijo: «No hay judío ni griego, ni esclavo ni hombre libre, ni hombre ni mujer». Conocer todos esos precedentes nos ha inspirado ideas tan extravagantes en el reino animal como los derechos humanos, la democracia, la confianza en la ciencia, la sanidad universal, la educación obligatoria, el derecho a un juicio justo y la preocupación social por los débiles. ¿Quiénes seríamos hoy si hubiéramos perdido el recuerdo de todos esos hallazgos, igual que olvidamos durante siglos las lenguas y los saberes de las civilizaciones egipcia y mesopotámica? El escritor Elias Canetti, búlgaro sefardí de lengua alemana con apellido español —sus antepasados paternos cambiaron Cañete por Canetti—, respondió: si cada época perdiese el contacto con las anteriores, si cada siglo cortase el cordón umbilical, solo podríamos construir una fábula sin porvenir. Sería la asfixia.

No pretendo omitir las zonas de sombra de esta historia. La palabra «cooperación» tiene un halo benéfico y altruista que en ocasiones puede encubrir realidades oscuras. A menudo las redes de colaboración sirven también para explotar y oprimir al prójimo. Muchas sociedades se han organizado para garantizar la continuidad de su sistema esclavista; y los nazis, para orquestar la solución final. Los libros también pueden ser vehículo de ideas dañinas. Platón, que creía en la reencarnación, inventó un mito para explicar la existencia del sexo femenino: nacer mujer es el castigo y la expiación para aquellos hombres que fueron injustos en una vida previa. Aristóteles escribió que los esclavos son inferiores por naturaleza. En su colección de epigramas, Marcial no parece sentir escrúpulos morales cuando adula hasta el empalago a un emperador cruel, ni al hacer chistes a costa de gente con defectos físicos. La mayoría de los escritores romanos consideraban parte de su civilización los combates de gladiadores, donde el público se divertía contemplando la agonía de los luchadores. Los libros nos convierten en herederos de todos los relatos: los mejores, los peores, los ambiguos, los problemáticos, los de doble filo. Disponer de todos ellos es bueno para pensar, y permite elegir. Resulta difícil evitar el sobresalto ante la extraña mezcla de creatividad, esplendor, violencia y atropellos característica de las civilizaciones que construyeron los cimientos de Europa. Este desasosiego es casi un axioma de la modernidad tardía. En 1940, uno de los años más oscuros de la historia europea, Walter Benjamin, prófugo en la Francia

ocupada, escribió su célebre reflexión incendiaria: «No hay documento de cultura que no lo sea al mismo tiempo de barbarie». Ante la desconsoladora evidencia de que la barbarie perseveraba en las regiones de la razón y de que la ilustración no había disipado el mal, otro europeo entusiasta, Stefan Zweig, se suicidó en 1942.

A estas alturas, sabemos que toda imagen edulcorada o reverencial de la cultura es ingenua, además de estéril. Petrarca, cegado por su admiración sentimental de la antigua Roma, se enfureció al descubrir las epístolas de Cicerón, a quien siempre había considerado un alma gemela. Los documentos íntimos de su *alter ego* revelaron a un personaje ambicioso, a ratos mezquino, a ratos cínico, y muy poco clarividente en sus maniobras políticas. Petrarca zanjó el asunto escribiéndole una carta moralizante al muerto, cargada de reproches. Todos podríamos lanzar justas recriminaciones contra nuestros imperfectos antepasados —y con seguridad sufriremos las andanadas de nuestros descendientes, que diagnosticarán todas las contradicciones e insensibilidades que habitan en nosotros—. Pero, si resistimos el impulso de simplificar la literatura con juicios meridianos, la leeremos mejor. Cuanto más sensata y perspicaz sea nuestra comprensión histórica, más seremos capaces de proteger aquello que valoramos. Como escribe el poeta y viajero Fernando Sanmartín: «El pasado nos define, nos da una identidad, nos empuja al psicoanálisis o al disfraz, a los narcóticos o al misticismo. Los que somos lectores tenemos un pasado dentro de los libros. Para bien o para mal. Porque leímos cosas que hoy nos causarían perplejidad, incluso aburrimiento. Pero también leímos páginas que todavía nos provocan entusiasmo o certezas. Un libro siempre es un mensaje».

Los libros han legitimado, es cierto, acontecimientos terribles pero también han sustentado los mejores relatos, símbolos, saberes e inventos que la humanidad construyó en el pasado. En la *Ilíada* contemplamos el desgarrador acercamiento entre un anciano y el asesino de su hijo; en los versos de Safo descubrimos que el deseo es una forma de rebeldía; en la *Historia* de Heródoto aprendimos a buscar la versión del otro; en *Antígona* vislumbramos la existencia de la ley internacional; en *Las troyanas* nos enfrentamos a la barbarie propia; en una epístola de Horacio encontramos la máxima ilustrada «atrévete a saber»; en el *Arte de amar* de Ovidio hicimos un curso intensivo de placer; en los libros de Tácito comprendimos los mecanismos de la dictadura; y en la voz de Séneca escuchamos un primer grito pacifista. Los libros nos han legado algunas ocurrencias de nuestros antepasados que no han envejecido del todo mal: la igualdad de los seres

humanos, la posibilidad de elegir a nuestros dirigentes, la intuición de que tal vez los niños estén mejor en la escuela que trabajando, la voluntad de usar —y mermar— el erario público para cuidar a los enfermos, los ancianos y los débiles. Todos estos inventos fueron hallazgos de los antiguos, esos que llamamos clásicos, y llegaron hasta nosotros por un camino incierto. Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido.

Epílogo

Los olvidados, las anónimas

Un pequeño ejército de caballos y mulas se aventura cada día por las resbaladizas pendientes y quebradas de los montes Apalaches, con las alforjas cargadas de libros. Los jinetes de esa tropa son, en su mayoría, mujeres —amazonas de las letras—. Al principio, los lugareños del este de Kentucky, en sus valles aislados de los Estados Unidos y del resto del mundo, las observan con ancestral suspicacia. ¿Alguien en su sano juicio cabalgaría durante el frío invierno por ese territorio desprovisto de carreteras, tierra de caminos borrosos, frágiles puentes que se columpian sobre el abismo y lechos de arroyo donde las patas de los animales derrapan entre cataratas de guijarros? Aguzan la mirada, escupen con energía. En otros tiempos vieron llegar a forasteros llamados a trabajar en las minas o en los aserraderos, pero eso sucedió antes de la Gran Depresión. Desde luego, no están acostumbrados a la estampa siniestra de estas mujeres solas, jóvenes, con un alarmante aire de servir a remotas autoridades, merodeando como tramperos. Cuando llega una de ellas, pesa en el ambiente la presencia sombría de una amenaza. Las familias de los condados de la montaña sienten un miedo difuso, primario, a la llegada de extraños. Son pobres y temen a la autoridad tanto como a los criminales. Solo un tercio de esa buena gente rural sabe leer, pero incluso ellos se asustan cuando un desconocido enarbola un papel. Una deuda sin pagar, una denuncia malintencionada o un pleito incomprensible podrían arrasar sus escasas propiedades. Jamás lo admitirían, pero esas mujeres a caballo les inspiran temor. El miedo se convierte en sorpresa cuando las ven desmontar, abrir las alforjas y sacar —espanto y rechinar de dientes— libros.

El misterio se resuelve, y los lugareños no dan crédito. ¿De verdad? ¿Bibliotecarias a caballo? ¿Suministro literario? No acaban de entender la jerga extraña que utilizan las mujeres: proyecto federal, New Deal, servicio público, planes para favorecer la lectura. Empiezan a sentir alivio. Nadie menciona impuestos, tribunales o desahucios. Además, las jóvenes bibliotecarias tienen aspecto amistoso, parecen creer en Dios y en la bondad.

Combatir el desempleo, la crisis y el analfabetismo mediante amplias dosis de cultura sufragada por el Estado: ese era uno de los cometidos de la Work Progress Administration. En torno a 1934, cuando se concibió el proyecto, las estadísticas solo registraban un libro per cápita en el estado de Kentucky. En el empobrecido territorio montañoso del este, sin carreteras ni electricidad, era impensable poner en marcha un sistema de bibliotecas móviles en vehículos, que tanto éxito estaban alcanzando en otras zonas del país. La única alternativa era lanzar a las aguerridas bibliotecarias por las trochas de los Apalaches para que llevasen a cuestas los libros hasta los reductos más aislados. Una de ellas, Nan Milan, bromeaba diciendo que sus caballos tenían las patas más cortas en un lado que en otro, para no resbalar en los escarpados senderos de la sierra. Cada jinete recorría tres o cuatro rutas distintas cada semana, con trayectos de hasta treinta kilómetros por día. Los libros, procedentes de donaciones, se almacenaban en oficinas de correos, barracones, iglesias, juzgados o en viviendas particulares. Las mujeres, que tomaban su trabajo tan en serio como los infatigables carteros de la época, recogían los lotes en las distintas sedes y los distribuían por escuelas rurales, centros comunitarios y hogares campesinos. No faltaba la épica en sus cabalgadas solitarias: los documentos recogen anécdotas de caballos reventados en medio de ninguna parte, ante lo cual las mujeres continuaban el camino a pie, acarreando la pesada alforja de mundos imaginarios. «Tráeme un libro para leer», era el grito de los niños que veían llegar a las forasteras. Aunque en 1936, el circuito alcanzaba a 50.000 familias y 155 escuelas, con un total de 8.000 kilómetros recorridos al mes, las bibliotecarias montadas de Kentucky apenas cubrían un décimo de las peticiones. Vencido el primer brote de desconfianza, los montañeses se habían transformado en ávidos lectores. En Whitley County, las porteadoras literarias encontraban comités de bienvenida de hasta treinta lugareños. En cierta ocasión, una familia se negó a mudarse a otro condado porque allí no había servicio bibliotecario. Una vieja fotografía en blanco y negro muestra a una joven amazona leyendo en voz alta junto al catre de un anciano enfermo. La afluencia de libros mejoró la salud y los hábitos de higiene en la región —las familias aprendieron, por

ejemplo, que lavarse las manos era mucho más efectivo para evitar cólicos que soplar humo de tabaco sobre una cucharada de leche—. Los adultos y los niños se enamoraron del sentido del humor de Mark Twain, pero el título más demandado con diferencia fue *Robinson Crusoe*. Los clásicos pusieron en contacto a los nuevos lectores con un tipo de magia que siempre se les había negado. Los escolares letrados los leían a sus padres analfabetos. Un joven dijo a su bibliotecaria: «Esos libros que nos trajiste nos han salvado la vida».

El programa empleó a casi mil bibliotecarias hípicas durante una década. La financiación terminó en 1943, el año de la disolución de la WPA, cuando la Guerra Mundial sustituyó a la cultura como antídoto frente al desempleo.

Somos los únicos animales que fabulan, que ahuyentan la oscuridad con cuentos, que gracias a los relatos aprenden a convivir con el caos, que avivan los rescoldos de las hogueras con el aire de sus palabras, que recorren largas distancias para llevar sus historias a los extraños. Y cuando compartimos los mismos relatos, dejamos de ser extraños.

Hay algo asombroso en el hecho de haber conseguido preservar las ficciones urdidas hace milenios. Desde que alguien narró por primera vez la *Ilíada*, las peripecias del viejo duelo entre Aquiles y Héctor en las playas de Troya nunca han caído en el olvido. Como escribe Harari, un sociólogo arcaico que hubiera vivido hace 20.000 años, bien pudiera haber llegado a la conclusión de que la mitología tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir. Al fin y al cabo, ¿qué es un cuento? Una secuencia de palabras. Un soplo. Una corriente de aire que sale de los pulmones, atraviesa la laringe, vibra en las cuerdas vocales y adquiere su forma definitiva cuando la lengua acaricia el paladar, los dientes o los labios. Parece imposible salvar algo tan frágil. Pero la humanidad desafió la soberanía absoluta de la destrucción al inventar la escritura y los libros. Gracias a esos hallazgos, nació un espacio inmenso de encuentro con los otros y se produjo un fantástico incremento en la esperanza de vida de las ideas. De alguna forma misteriosa y espontánea, el amor por los libros forjó una cadena invisible de gente —hombres y mujeres— que, sin conocerse, ha salvado el tesoro de los mejores relatos, sueños y pensamientos a lo largo del tiempo.

Esta es la historia de una novela coral aún por escribir. El relato de una fabulosa aventura colectiva, la pasión callada de tantos seres humanos unidos por esta misteriosa lealtad: narradoras orales, inventores, escribas, iluminadores, bibliotecarias, traductores, libreras, vendedores ambulantes,

maestras, sabios, espías, rebeldes, viajeros, monjas, esclavos, aventureras, impresores. Lectores en sus clubs, en sus casas, en cumbres de montaña, junto al mar que ruge, en las capitales donde la energía se concentra y en los enclaves apartados donde el saber se refugia en tiempos de caos. Gente común cuyos nombres en muchos casos no registra la historia. Los olvidados, las anónimas. Personas que lucharon por nosotros, por los rostros nebulosos del futuro.

Agradecimientos

Muchas personas me ayudaron, de distintas maneras, en la travesía de la escritura. Vaya mi agradecimiento a todas ellas:

Rafael Argullol, que imaginó este libro antes que yo misma, y desplegó ante mis ojos el mapa de este viaje.

Julio Guerrero, por tenderme la mano.

El equipo editorial de Siruela, por su prodigiosa magia en el viejo oficio de los juncos infinitos.

Alfonso Castán y Francisco Muñiz, por su insólita generosidad.

Carlos García Gual, que me ha guiado con sus señales de luz.

Agustín Sánchez Vidal, que compartió conmigo sus conocimientos y la llave maestra.

Luis Beltrán, por aguzarme la mirada.

Ana María Moix, que me acogió en un jardín entrevisto desde el exterior.

Guillermo Fatás, por sus lecciones de historia, periodismo e ironía.

Encarna Samitier, por las primeras oportunidades y la amistad duradera.

Antón Castro, que sostiene nuestro frágil paisaje de letras.

Fergus Millar, por abrirme las puertas de Oxford y por los viajes en el tiempo.

Mario Citroni, por su hospitalidad florentina, su sabiduría y su atención.

Ángel Escobar, por enseñarme el rigor.

El personal de las bibliotecas de Oxford, Cambridge, Florencia, Bolonia, Roma, Madrid y Zaragoza, por facilitarme la exploración de esas regiones de papel.

Mis maestras inolvidables Pilar Iranzo, Carmen Romeo, Inocencia Torres y Carmen Gómez Urdáñez.

Anna Caballé, que ensancha horizontes con sus palabras.

Carmen Peña, Ana López-Navajas, Margarita Borja, Marifé Santiago, por inspirarme.

Andrés Barba, por las conversaciones sobre la risa y el futuro.

Luis Landero, por creer en mí.

Belén Gopegui, por los ecos de una conversación y por el misterioso principio de la amistad.

Jesús Marchamalo, por la jovialidad y un sombrero compartido.

Fernando López, por los días dionisiacos.

Stefania Ferchedau y Natalie Tchernetska, presencias en la distancia.

Mis amigas creadoras Ana Alcolea, Patricia Esteban, Lina Vila, Sandra Santana y Laura Bordonaba.

Las personas que hacen la vida más acogedora: María Ángeles López, Francisco Gan, Teresa Azcona, Valle García, Reyes Lambea, Leticia Bravo, Albano Hernández, María Luisa Grau, Cristina Martín, Gloria Labarta, Pilar Pastor, María Jesús Pardos, María Gamón, Liliana Vargas, Diego Prada, Julio Cristellys y Ricardo Lladosa.

Los primeros lectores, los libreros Pepe Fernández, Julia Millán y Pablo Muñío.

Todos esos profesores de instituto que son sembradores de entusiasmo, en particular Chus Picot, Ana Buñola, Paz Hernández, David Mayor, Berta Amella, Laura Lahoz, Fernando Escanero, José Antonio Escrig, Marcos Guillén, Amaia Zubilaga, Eva Ibáñez, Cristóbal Barea, Irene Ramos, Pilar Gómez, Mercedes Ortiz, Félix Gay y José Antonio Laín.

El fabuloso equipo de pediatría neonatal del Hospital Miguel Servet de Zaragoza, las enfermeras que nos regalaron tanta vida y todos esos niños que, hoy también, estarán luchando con todas sus fuerzas por agarrarse a la vida.

Las cuidadoras: Esther, Pilar, Cristina, Zara, Nuria y mi tata María.

Mi madre, Elena, la domadora del caos.

Enrique, mi faro y mi brújula.

El pequeño Pedro, doctorando en sabotaje, que me ha enseñado en qué consiste la esperanza.

Mi familia, mis amigos y los lectores, que sois otra familia de amigos.

Bibliografía

Prólogo

Apuleyo, *El asno de oro*, III 28 (un cuento de bandidos de la Antigüedad); Horacio, *Sátiras*, I 5, 7 (diarreas de los viajeros por beber agua en mal estado); L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, Editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, pág. 44 (agentes al servicio de los reyes de Egipto para comprar libros); *Carta de Aristeas*, 9 (la Biblioteca de Alejandría aspira a reunir todos los libros del mundo); Galeno, *Comentario a «Sobre los humores de Hipócrates»*, XVII, pág. 607, ed. Kühn (engaño a los atenieneses para quedarse los originales de las tragedias); Galeno, *Comentario a «Sobre los humores de Hipócrates»*, XVII, pág. 601, ed. Kühn (el fondo de las naves); Epifanio, *Sobre medidas y pesos*, XLIII, pág. 252, Migne, *Patrologia Graeca* (carta a todos los soberanos de la tierra); Galeno, *Comentario a «Sobre los humores de Hipócrates»*, XV, pág. 109, ed. Kühn (falsificaciones); Marcelino, *Vida de Tucídides* 31-34 (lo que Tucídides no contó); *Carta de Aristeas*, 10 (¿cuántos libros tenemos ya?).

I. Grecia

CAPÍTULO 1: Herodas, *Mimiambos*, I, 26-32 (una alcahueta enumera las seducciones de Alejandría).

CAPÍTULO 2: Plinio el Viejo, *Historia natural*, IX, 58, 119-121 (la perla disuelta en vinagre); Plutarco, *Vidas paralelas. Antonio*, 58, 5 (Marco Antonio regala 200.000 libros) y 27 (descripción de Cleopatra).

CAPÍTULO 3: Plutarco, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, I, 5 = *Moralia* 328C (Alejandro fundó setenta ciudades); Plutarco, *Vidas paralelas.*

Alejandro, 8, 2 (Alejandro dormía con la *Ilíada* debajo de la almohada) y 26, 5 (sueño homérico y fundación de Alejandría); Homero, *Odisea*, canto IV, 351-359 (la isla de Faro); Estrabón, *Geografía*, XVII, 1, 8 (el trazado de Alejandría).

CAPÍTULO 4: Plutarco, *Vidas paralelas. Alejandro*, 21 (generosidad con la familia de Darío); 26, 1 (el cofre de la *Ilíada*).

CAPÍTULO 5: Arriano, *Anábasis de Alejandro*, V, 25-29 (los oficiales macedonios se niegan a seguir adelante).

CAPÍTULO 6: Arriano, *Anábasis de Alejandro*, VII, 4 (bodas en Susa).

CAPÍTULO 8: Antiguo Testamento, Libro de los Macabeos, 1, 1-9 (Alejandro en la Biblia); Asura XVIII, versículos 82-98 (Alejandro en el Corán); Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, XVII, 72 (Alejandro incendia Persépolis); Estrabón, *Geografía*, II, 1, 9 (todos los que escriben sobre Alejandro prefieren lo maravilloso a la verdad).

CAPÍTULO 9: *Astronomical Diaries from Babilonia*, vol. I, 207, ed. A. J. Sachs y H. Hunger (un escriba babilonio anota la muerte de Alejandro); Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, XVIII, 1, 4 y ss. (los combates entre los amigos de Alejandro tras su muerte); Plutarco, *Vidas paralelas. Alejandro*, 77 (Roxana, embarazada, elimina a su rival, y otros crímenes familiares); Estrabón, *Geografía*, XV, 2, 9 (Seleuco vende la India por quinientos elefantes de guerra).

CAPÍTULO 10: *Greek Historical Inscriptions 404-323 BC* 433, ed. P. J. Rhodes y R. G. Osborne (Alejandro declara en un decreto que considera suya toda la tierra); Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, XVIII, 4, 4 (Alejandro soñaba con crear una comunidad entre Asia y Europa); Tzetzes, *De comoedia*, pág. 43, ed. Koster (traducciones de los libros de todos los pueblos para la Biblioteca de Alejandría); *Carta de Aristeas*, 30 y ss. (la Biblia de los Setenta); Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXX, 2, 4 (traducción de los textos atribuidos a Zoroastro); Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*, I, 14 (el historiador egipcio Manetón); Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, III, 6 (la historia de Beroso el caldeo); Arriano, *Anábasis de Alejandro*, V, 6, 2 (mención del ensayo sobre la India escrito por Megástenes).

CAPÍTULO 11: Lawrence Durrell, *Justine*, parte tercera (el *khamsin*); Plinio el Viejo, *Historia natural*, XIII, 22, 71 (descripción de la planta del papiro

y sus usos); Antiguo Testamento, Éxodo 2, 3 (Moisés abandonado en una cesta de papiro).

CAPÍTULO 13: Enciclopedia bizantina *Suda, sub voce* Leonatos (un comandante de Alejandro imita su pelo y su estilo); Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 6, 2, y Teócrito, *Idilio XVII. Encomio de Ptolomeo*, 20-34 (alusiones a Ptolomeo como hermanastro de Alejandro); Plutarco, *Vidas paralelas. Eumenes*, 13, 6-8 (Eumenes habla en sueños con Alejandro); Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, XIX, 15, 3-4 (reunión presidida por el trono vacío de Alejandro) y XVIII, 26-28 (el carro fúnebre y el secuestro del cadáver de Alejandro); Olaf B. Rader, *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, editorial Siruela, Madrid, 2006, págs. 165-186 (peripecias del cadáver de Alejandro); Suetonio, *Vida de los doce Césares. Augusto*, 18, 1 (Augusto ante el cuerpo embalsamado de Alejandro); Dion Casio, *Historia romana*, LI, 16, 5 (Augusto rompe la nariz de la momia); *Vita Marciana*, 6 (Aristóteles, «el lector»); Estrabón, *Geografía*, XIII, 1, 54 (Aristóteles fue el primero en reunir una colección de libros y enseñó a los reyes de Egipto cómo organizar una biblioteca).

CAPÍTULO 14: *Carta de Aristeas*, 29 (informe de Demetrio al rey sobre las adquisiciones de la biblioteca), 35-40 (carta a Eleazar), 301-307 (la traducción de los Setenta).

CAPÍTULO 15: Plutarco, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, I, 5 = *Moralia* 328D (Homero se lee en Asia y los trágicos en Persia, Susa y Gedrosia); Flavio Josefo, *Contra Apión*, II, 35 (los judíos ocupan el mejor barrio de Alejandría); Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, XL, 3, 4 (Hecateo se queja de la xenofobia judía), y I, 83, 8-9 (un extranjero linchado por matar a un gato).

CAPÍTULO 16: Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 41 (Atenas, escuela de Grecia); Plutarco, *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum* 1095d (Ptolomeo I funda el Museo); Estrabón, *Geografía*, XVII, 1, 8 (descripción del Museo); Dion Casio, *Historia romana*, LXXVIII, 7 (privilegios materiales de los miembros del Museo); Ateneo, *Banquete de los eruditos*, I, 22D (picotazos en la jaula de las musas); Calímaco, *Yambos* I (los miembros del Museo se guardan resentimiento unos a otros).

CAPÍTULO 17: Judith McKenzie, *Architecture of Alexandria and Egypt 300 B.C. to A.D. 700*, pág. 41 (descripciones árabes del Faro).

CAPÍTULO 18: Estrabón, *Geografía*, XVII, 1, 6 (el dique, el puerto y el Faro de Alejandría); Sinesio, *Elogio de la calvicie*, 6 (estatuas del Museo de Alejandría).

CAPÍTULO 19: Agustín, *Confesiones*, VI, 3 (lectura silenciosa de Ambrosio).

CAPÍTULO 20: Estrabón, *Geografía*, XVII, 1, 8 (el sarcófago de oro de Alejandro sustituido por uno más barato); Aftonio, *Progymnásmata* XII (descripción de la biblioteca del Serapeo, que puso a la ciudad en condiciones de filosofar); Tzetzes, *De comoedia*, XX (número de libros de las bibliotecas alejandrinas); Epifanio, *Sobre medidas y pesos*, 324-329 (54.800 libros de la Gran Biblioteca); *Carta de Aristeas*, 10 (doscientos mil libros de la Gran Biblioteca); Aulo Gelio, *Noches áticas*, VII, 17, 3, y Amiano Marcelino, *Historias*, XXII, 16, 13 (setecientos mil libros de la Gran Biblioteca).

CAPÍTULO 21: *http://www.bodleian.ox.ac.uk/bodley/news/2015/oct-19* (cada día hay que encontrar espacio para mil libros nuevos en la Biblioteca Bodleiana); *http://www.oxfordtoday.ox.ac.uk/features/oxford-underground* (túneles de libros bajo la ciudad de Oxford). *http://www.cherwell.org/2007/11/16/feature-the-bods-secret-underbelly/* (una visita a los túneles).

CAPÍTULO 22: H. M. Vernon, *A History of the Oxford Museum*, pág. 15 (el primer museo en sentido moderno).

CAPÍTULO 23: L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, Editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, pág. 23 (bibliotecas del Próximo Oriente antiguo).

CAPÍTULO 24: Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, I, 49, 3 (la biblioteca, «lugar de cuidado del alma»); F. Báez, *Los primeros libros de la humanidad. El mundo antes de la imprenta y el libro electrónico*, editorial Fórcola, Madrid, 2013, pág. 108 (ventajas de ser escriba en Egipto); *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*, 131, 1994, págs. 16-18 (la última inscripción en escritura jeroglífica); *http://rosettaproject.org* (Proyecto Rosetta).

CAPÍTULO 25: Plinio el Viejo, *Historia natural*, XIII, 23, 74-77 (ocho variedades de papiro); N. Lewis, *Papyrus in Classical Antiquity*, pág. 92 (comercio del papiro); Enciclopedia bizantina *Suda*, *sub voce* Aristophanes Byz. (el bibliotecario encarcelado por intentar huir a

Pérgamo); Plinio el Viejo, *Historia natural*, XIII, 21, 70 (embargo de papiro a la Biblioteca de Pérgamo y descubrimiento del pergamino).

CAPÍTULO 26: Heródoto, *Historia*, V, 35, 3, y Polieno, *Estratagemas* I, 24 (el mensaje tatuado).

CAPÍTULO 27: P. Watson, *Ideas, historia intelectual de la humanidad*, 2006, pág. 601 (cálculo del número de pieles necesarias para un manuscrito).

CAPÍTULO 28: P. Nelles, «Renaissance Libraries», en: D. H. Stam, *International Dictionary of Library History*, 2001, pág. 151 (la Biblioteca del Convento de San Marcos y el concepto moderno de la biblioteca pública).

CAPÍTULO 29: Quintiliano, *Instituciones oratorias*, I, 8, 20 (Dídimo el Olvida-Libros); Séneca, *Epístolas a Lucilio*, 88, 37 (Dídimo escribió 4.000 libros); Plinio el Viejo, *Historia natural*, pref. 25 (mote de Apión).

CAPÍTULO 30: Heródoto, *Historia*, II, 53, 2 (Homero vivió en el siglo IX); B. Graziosi, *Inventing Homer*, 2002, pág. 98 y ss. (discusiones sobre la época y lugar de nacimiento de Homero); Ateneo, *Banquete de los eruditos*, VIII 277E (las migajas del banquete de Homero); Platón, *La República*, X, 606d-607a (Platón expulsa a Homero de su república ideal); Vitrubio, *Arquitectura*, VII, prefacio 8-9 (Zoilo, el fustigador de Homero); *Ilíada*, XXIV, 475 y ss. (lágrimas de Aquiles y del rey troyano); Homero, *Odisea*, V, 1-270 (Ulises abandona a Calipso).

CAPÍTULO 31: Robin Lane Fox, *El mundo clásico. La epopeya de Grecia y Roma*, pág. 52 (el primer héroe épico de Europa, un negro); Matías Murko, *La poésie populaire épique en Yougoslavie au début du XX^e^ siècle*, París, 1929 (los cantores orales eslavos).

CAPÍTULO 34: Homero, *Odisea*, I, 356-359 (Telémaco manda callar a su madre); Homero, *Ilíada*, I, 545-550 (Zeus abronca a Hera); Mary Beard, *Mujeres y poder. Un manifiesto*, editorial Crítica, Barcelona, 2008, pág. 15 (las voces de las mujeres acalladas en la esfera pública); Homero, *Ilíada*, II, 212 y ss. (Ulises da un escarmiento al plebeyo Tersites).

CAPÍTULO 35: Eric A. Havelock, *La musa aprende a escribir*, 1994, pág. 135 y ss. (la escritura transforma la conciencia, el pensamiento, la sintaxis y el vocabulario); Evangelio según san Juan, 8, 8 (Jesús escribe en la arena); Albert B. Lord, *The Singer of Tales*, 1960, págs. 272-275 (el bardo Milovan Vojicic compone en 1933 la «Canción de Milman Parry»); Daniel Sánchez Salas, *La figura del explicador en los inicios del*

cine español, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002 (la figura del explicador); Varios autores, *No lo comprendo, no lo comprendo. Conversaciones con Akira Kurosawa*, editorial Confluencias, 2014, pág. 41 y ss. (Heigo Kurosawa, narrador de películas mudas).

CAPÍTULO 38: Fernando Báez, *Los primeros libros de la humanidad*, editorial Fórcola, Madrid, 2013, pág. 36 (el origen múltiple de la escritura).

CAPÍTULO 39: Ewan Clayton, *La historia de la escritura*, editorial Siruela, Madrid, 2015, pág. 19 y ss. (los cimientos de la escritura).

CAPÍTULO 40: Chinua Achebe, *Me alegraría de otra muerte*, editorial Debolsillo, Barcelona, 2010, pág. 146 (un nigeriano analfabeto reflexiona sobre la palabra escrita).

CAPÍTULO 41: Sergio Pérez Cortés, «Un aliento poético: el alfabeto», *Éndoxa*: Series filológicas n.° 8, 1997, UNED, Madrid (un griego adapta el sistema de escritura fenicio).

CAPÍTULO 42: Sergio Pérez Cortés, «Un aliento poético: el alfabeto», *Éndoxa*: Series filológicas n.° 8, 1997, UNED, Madrid (inscripciones griegas más antiguas); Homero, *Odisea*, VIII, 382 (concursos de baile en los banquetes).

CAPÍTULO 43: Hesíodo, *Trabajos y días*, 633-640 (Hesíodo despotrica de su aldea natal); Hesíodo, *Teogonía*, 22 y ss. (Hesíodo recibe la visita de las musas); Hesíodo, *Trabajos y días*, 27 y ss. (pleitos con su hermano Perses).

CAPÍTULO 44: Eric A. Havelock, *La musa aprende a escribir*, 1994, pág. 123 (lento avance de la alfabetización en Grecia); Platón, *Fedro o de la belleza*, 274d y ss. (Sócrates contra la escritura); B. Sparrow, J. Liu y D. M. Wegner, «Google Effects on Memory: Cognitive Consequences of Having Information at Our Fingertips», *Science*, agosto de 2011, vol. 333, págs. 776-778; *http://science.sciencemag.org/content/333/6043/776* (Efecto Google).

CAPÍTULO 45: Jorge Luis Borges, *Borges oral*, Madrid, 1999, pág. 9 (el libro, extensión de la memoria y la imaginación).

CAPÍTULO 46: Hölderlin, «Grecia», *Poesía completa. Edición bilingüe*, Barcelona, 1995, pág. 37 (Hölderlin sueña con la antigua Atenas).

CAPÍTULO 47: Fernando Báez, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, Barcelona, 2011, págs. 50 y 102 (incendio de Persépolis y

hogueras en la China de Shi Huandi); Anna Caballé, *El bolso de Ana Karenina*, Barcelona, 2009, pág. 27 (los amigos de Anna Ajmátova memorizan sus poemas para salvarlos); Agustín de Hipona, *Naturaleza y origen del alma*, IV, 7, 9 (Simplicio, el lector memorioso).

CAPÍTULO 48: Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 6, 3 (los griegos y las armas); Pausanias, *Descripción de Grecia*, VI, 9, 6 (matanza en una escuela del archipiélago del Dodecaneso); Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 109 (ritual judío de la iniciación a la lectura); Herodas, *Mimiambos*, III, 59-73 (el maestro azota a su alumno).

CAPÍTULO 50: Arquíloco, fragmento 6 Diehl (el escudo abandonado); fragmento 72 Diehl (deseo erótico); fragmento 64 Diehl (nadie es honrado después de muerto); Richard Jenkyns, *Un paseo por la literatura de Grecia y Roma*, Barcelona, 2015, pág. 45 (el primer incordio de Europa).

CAPÍTULO 51: Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, IX, 5 (Heráclito deposita su libro en el templo de Artemisa, y otros hechos biográficos); IX, 5-6 (Heráclito el enigmático); Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal*, II, 5, 15 (Heráclito el oscuro); Heráclito, fragmentos 111 y 62 DK; Platón, *Crátilo*, 402a (Heráclito dice que no te podrías sumergir dos veces en el mismo río); Jorge Manrique, *Coplas por la muerte de su padre*, 25-27 («Nuestras vidas son los ríos…»); Jorge Luis Borges, *Obra poética*, Madrid, editorial Alianza, 1993, pág. 322 (poema a Heráclito).

CAPÍTULO 52: Estrabón, *Geografía*, XIV, 1, 22; Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, VIII, 14, ext. 5; y Eliano, *Historia de los animales*, VI, 40 (el pirómano de Éfeso); Plutarco, *Vidas paralelas. Alejandro*, 3, 5 (Alejandro nació la misma noche que ardió el templo de Artemisa, una de las maravillas del mundo).

CAPÍTULO 53: Aristómenes, fr. 9K; Teopompo, fr. 77K; Nicofonte, fr. 19, 4K (los cómicos mencionan a los libreros de Atenas); Éupolis, fr. 304K y Platón, *Apología de Sócrates*, 26 d-e (venta de libros en el mercado del ágora); Luciano, *El solecista*, 30 (un libro vendido por la desorbitante suma de 750 dracmas); Aristófanes, *Las ranas* 943 (jugo de libros); Alexis, fr. 135K (Heracles elige un libro de cocina); Jenofonte, *Anábasis*, 7, 5, 14 (libros entre los restos de un naufragio); Zenobio, 5, 6 (un discípulo de Platón comercia con las obras de este en Sicilia); Diógenes

Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, IV, 6 (Aristóteles compra la biblioteca de Espeusipo por tres talentos); Estrabón, *Geografía*, XIII 1, 54 (Aristóteles fue el primero en reunir una colección de libros y enseñó a los reyes de Egipto cómo organizar una biblioteca).

CAPÍTULO 54: Aristóteles, *Retórica*, 1413b, 12-13 (libros con «una gran circulación»); Dionisio de Halicarnaso, *Sobre los oradores antiguos. Sobre Isócrates*, 18 (los libreros transportan libros en carros); *http://elpais.com/elpais/2014/11/24/eps/1416840075_461450.html* (librerías nómadas, artículo de Jorge Carrión).

CAPÍTULO 55: Aulo Gelio, *Noches áticas*, XIII, 17, 1 (*paideía* traducido al latín como *humanitas*); Pseudo Platón, *Axiochos*, 371 cd (la vida de ultratumba para las gentes cultas: praderas, teatros, coros, conciertos, banquetes); H.-I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, editorial Akal, 2004, 136-137 (la religión de la cultura); Pseudo Plutarco, *La educación de los hijos*, 8 (lo único que realmente merece la pena en la vida es la educación); *http://elpais.com/diario/1984/06/27/cultura/457135204_850215.html* (M. Foucault reflexiona sobre la vida como obra de arte, en su última entrevista, concedida poco antes de su muerte en 1984).

CAPÍTULO 56: P. E. Easterling y B. M. W. Knox (eds.), *Historia de la literatura clásica*, editorial Gredos, 1990, págs. 36-39 (el alcance de los libros en la época helenística); W. Dittemberger, *Sylloge inscriptionum Graecarum*, 577-579 (leyes escolares de Mileto y Teos).

CAPÍTULO 57: P. E. Easterling y B. M. W. Knox (eds.), *Historia de la literatura clásica*, editorial Gredos, 1990, págs. 36-39 (el alcance de los libros en la época helenística); Vitrubio, *Arquitectura*, VII, prefacio 4-7 (Aristófanes de Bizancio y los ladrones de versos); Enciclopedia bizantina *Suda*, *sub voce* Kallímachos (los *Pínakes*, un catálogo en 120 libros).

CAPÍTULO 58: Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, III, 4 (el verdadero nombre de Platón); R. Pfeiffer (ed.), *Callimachus I. Fragmenta*, 1949, Oxford (fragmentos de las *Pínakes* de Calímaco); Fragmento 434-435 (sección miscelánea, con los cuatro libros de repostería); G. Murray (ed.), *Aeschylus: The Creator of Tragedy*, 1955, Oxford, pág. 375 (lista de obras de Esquilo por orden alfabético).

CAPÍTULO 59: Bibliotecas públicas españolas en cifras: *http://www.mecd.gob.es/cultura-mecd/areas-cultura/bibliotecas/mc/ebp/portada.html*; F. Báez, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, Barcelona, 2011, pág. 49 (número de bibliotecas que existieron en las antiguas ciudades de Próximo Oriente); Ángel Esteban, *El escritor en su paraíso*, Cáceres, 2014 (escritores bibliotecarios); E. Rodríguez Monegal, *Borges por él mismo*, Barcelona, Laia-Literatura, 1984, pág. 112 (Borges se orienta a ciegas en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires); Julia Wells, «The female librarian in film: Has the image changed in 60 years?», *SLIS Student Research Journal*, 2013, 3(2) (arquetipos de las bibliotecarias en el cine); Rosa San Segundo Manuel, «Mujeres bibliotecarias durante la II República: de vanguardia intelectual a la depuración», CEE Participación Educativa, número extraordinario 2010, págs. 143-164 (bibliotecarias en la posguerra española); Inmaculada de la Fuente, *El exilio interior. La vida de María Moliner*, editorial Turner, Madrid, 2011, págs. 175-198 (proceso de depuración de María Moliner); *http://www.mecd.gob.es/revista-cee/pdf/extr2010-sansegundo-manuel.pdf* (bibliotecarias en la II República: de vanguardia intelectual a la depuración).

CAPÍTULO 60: Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*, editorial Debolsillo, Barcelona, 2010, pág. 20 (un libro por minuto); Enciclopedia bizantina *Suda, sub voce* Deínarchos y Lykourgos; Focio, *Biblioteca*, 20b 25 (los *enkrithéntes*); Enciclopedia bizantina *Suda*, *sub voce* Télephos (un manual titulado *Conocer los libros*); Enciclopedia bizantina *Suda*, *sub voce* Philón (un manual titulado *Sobre la elección y adquisición de libros*).

CAPÍTULO 61: Ateneo, *Deipnosofistas*, IX, 379E (los Siete Cocineros Legendarios de Grecia); Plutarco, *Moralia*, 841f (decreto para proteger las obras de los tres trágicos).

CAPÍTULO 62: Alberto Bernabé Pajares y Helena Rodríguez Somolinos (eds.), *Poetisas griegas*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994 (poemas fragmentarios de las mujeres escritoras).

CAPÍTULO 63: Gwendolyn Leick, *The A to Z of Mesopotamia*, 2010, *sub voce* Enheduanna (la sacerdotisa y poeta Enheduanna); Clara Janés, *Guardar la casa y cerrar la boca*, editorial Siruela, Madrid, 2015, pág. 17 y ss. (Enheduanna, primera voz poética conocida); Demócrito,

fragmentos B110 y B274 DK (las mujeres deben hablar lo menos posible); Platón, *La República,* IX, 575d (la patria llamada «matria»); Heródoto, *Historias,* VII, 99 (Artemisia de Halicarnaso), y VIII, 94 (recompensa por su cabeza); Plutarco, *El banquete de los siete sabios,* 3 = *Moralia*, 148 c-e (Cleobulina en el banquete de los sabios); Enciclopedia bizantina *Suda*, *sub voce* Kleoboulíne (el libro de acertijos de Cleobulina); Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres,* I, 89 (comedia de Cratino titulada *Las Cleobulinas*); Carlos García Gual, *Los siete sabios (y tres más)*, 2007, pág. 117 (las mujeres griegas eligen expresarse por medio de enigmas).

CAPÍTULO 64: Séneca, *Epístolas a Lucilio*, 88, 37 (Ensayo de Dídimo preguntándose si Safo era una puta); Fernando Báez, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, editorial Destino, Barcelona, 2011, pág. 441 (el papa Gregorio VII ordena destruir todos los ejemplares de los poemas de Safo).

CAPÍTULO 65: Pseudo Demóstenes, *Contra Neera*, 122 (hetairas, concubinas, esposas); Plutarco, *Vidas paralelas. Pericles*, 24, 8 (Pericles y Aspasia); Platón, *Menexeno*, 236b (Aspasia compuso, entre otros, el Discurso fúnebre); Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 36 y ss. (Discurso fúnebre); Juan Carlos Iglesias-Zoido, *El legado de Tucídides. Discursos e historia*, Coimbra, 2011, pág. 228 (los discursos de Obama y Kennedy buscan modelo en el Discurso fúnebre); Eurípides, *Medea*, 230 y ss. (quejas de Medea); 1088-1089 (una musa nos acompaña en busca de la sabiduría); Platón, *Timeo*, 90e-91d (los hombres injustos, mujeres en la siguiente generación); Platón, *La República*, V, 455c-456b (ninguna ocupación corresponde a la mujer por ser mujer); Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, III, 46 (filósofas de la Academia); VI, 96-98 (Hiparquia la cínica); X, 4-6 (la epicúrea Leoncio); Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, I, 93 (una putilla como Leoncio); José Solana Dueso, *Aspasia de Mileto y la emancipación de las mujeres: Wilamowitz frente a Bruns*, Amazon E-book, 2014 (movimiento de emancipación en Atenas).

CAPÍTULO 67: Pseudo Plutarco, *Vidas de los diez oradores. Licurgo*, 10 = *Moralia*, 841F, y Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 21, 1-2 (estatuas de los tres trágicos en la Acrópolis de Atenas); Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 14, 5 y Ateneo, *Deipnosofistas*, XIV, 627C (epitafio de Esquilo).

CAPÍTULO 68: Jacques Lacarrière, *Heródoto y el descubrimiento de la tierra*, editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1973, pág. 56 (las fronteras de la civilización y la barbarie); Heródoto, *Historias*, I, 1-5 (origen de la enemistad entre los occidentales y los orientales).

CAPÍTULO 69: Emmanuel Levinás, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, ed. Sígueme, 2006, pág. 100 (el otro es el hecho decisivo por el que se iluminan las cosas).

CAPÍTULO 70: Ovidio, *Metamorfosis*, II, 833 (el rapto de Europa y la búsqueda de Cadmo); Hatem N. Akil, *The Visual Divide between Islam and the West*, 2016, pág. 12 (etimología de Europa).

CAPÍTULO 71: Ryszard Kapuściński, *Viajes con Heródoto*, 2006, págs. 56, 292 y 305 (reivindicación de Heródoto); Heródoto, *Historias*, III, 38 (la fuerza de la costumbre); Luciano Canfora, *Conservazione e perdita dei classici*, págs. 9 y 29 (la división de las obras en rollos y la importancia de las cajas para guardarlos); Plinio el Viejo, *Historia natural*, XIII, 26, 83 (la vida útil de un rollo de papiro); J. M. Coetzee, «¿Qué es un clásico?, una conferencia», en *Costas extrañas. Ensayos 1986-1999*, 2004, pág. 27 (lo clásico es lo que sobrevive a cualquier barbarie).

CAPÍTULO 72: Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, editorial Lumen, Barcelona, 1983, págs. 574-577 (la chispa luciferina); Luis Beltrán, *Anatomía de la risa*, 2011, págs. 14-25 (la cultura primitiva era, en esencia, igualitaria y alegre); Andrés Barba, *La risa caníbal*, 2016, pág. 35 (Aristófanes instauró la posibilidad del humor como arma política); Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote, Obras completas I*, 1983, pág. 396 (la comedia es el género de los partidos conservadores).

CAPÍTULO 73: Isócrates, *Panegírico*, 50 (ciudadanía cultural); Juliano el Apóstata, *Contra los galileos*, 229 E (salidas profesionales de un estudiante griego en la Antigüedad); W. Dittenberger, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1917, 578.2-13 (inscripción de Teos) y 577.4-5, 50-53 (inscripción de Pérgamo).

CAPÍTULO 74: E. G. Turner, *Greek Papyri: An Introduction*, Oxford, 1980, pág. 77 (una momia acompañada por la *Ilíada* para la eternidad); Plutarco, *Vidas paralelas. Nicias*, 29, 2 (se les perdona la vida a los griegos que saben recitar versos de Eurípides); L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, págs. 61-67 (bibliotecas helenísticas).

CAPÍTULO 75: Plutarco, *Vidas paralelas. Nicias*, Demóstenes, 4 y 11 (fábula de superación de Demóstenes); Quintiliano, *Instituciones oratorias*, X, 3, 30 (Demóstenes aprende a concentrarse entre el rugido de las olas); Aristófanes, *Las avispas*, 836 y ss.(juicio a un perro por comer un queso); Heródoto, *Historias*, VIII, 74-83 (riña tumultuaria en vísperas de la batalla de Salamina); Pseudo Plutarco, *Vida de los diez oradores*, I, 18 (Antifonte abre una tienda de consuelos); H.-I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, editorial Akal, Madrid, 2004, pág. 248 (las conferencias itinerantes de la Antigüedad); Gorgias, *Encomio de Helena*, 8 (la palabra es un soberano poderoso); Evangelio según san Mateo, 8 (una palabra tuya bastará para sanarme).

CAPÍTULO 76: *https://www.nytimes.com/roomfordebate/2011/01/05/does-one-word-change-huckleberry-finn* (debate en torno a las ediciones higienizadas de *Huck Finn* y *Tom Sawyer*, de Mark Twain); James Finn Garner, *Cuentos infantiles políticamente correctos*, Barcelona, 1995, pág. 15 (versión de *Caperucita Roja* sensible a las minorías); Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, 30, 1 (descripción de la Academia platónica); Platón, *La República*, VI, 514a-517a (alegoría de la caverna); Platón, *La República*, III, 386a-398b (censura literaria en el estado ideal); Platón, *Leyes*, VII, 801d-802b (los poetas no podrán componer nada que contradiga lo que la ciudad considera legal, justo, bello o bueno); George Orwell, *1984*, Barcelona, 2000, págs. 58-60 (para el año 2050 la literatura al completo será reescrita); Platón, *Leyes*, VII, 811 c-e (su propia obra como programa educativo); Flannery O'Connor, «La esencia y el alcance de la ficción» en *El negro artificial y otros escritos*, Madrid, 2000, pág. 12 (los libros edificantes como camino seguro, pero sin esperanza); Santiago Roncagliolo, «Cuentos para niños malos», artículo publicado en *El País* el 15/12/2013 (censura literaria y PlayStation); *http://www.independent.co.uk/news/uk/home-news/soas-university-of-london-students-union-white-philosophers-curriculum-syllabus-a7515716.html* (el Sindicato de Estudiantes de la Universidad de Londres propone eliminar a Platón, Descartes, Kant y Bertrand Russell del programa de estudios).

CAPÍTULO 77: Calímaco, *Epigramas*, 25 (muerte de Cleómbroto por haber leído un diálogo de Platón); Ramón Andrés, *Semper dolens. Historia del suicidio en Occidente*, Editorial Acantilado, Barcelona, 2015, págs. 325-328 (la fiebre suicida provocada por Werther); H. P. Lovecraft, «Historia del Necronomicón» en *Narrativa completa. Volumen 2*, editorial

Valdemar, Madrid, 2007, págs. 227-229 (historia ficticia del *Necronomicón* y sus traducciones); Rafael Llopis Paret, prólogo a *Los mitos de Cthulhu*, editorial Alianza, Madrid, 1969, págs. 43-44 (bromas y estafas en torno al *Necronomicón*); *Las mil y una noches* traducidas y anotadas por Juan Vernet, editorial Planeta, Barcelona, 1990, pág. 44 (el libro envenenado del médico Ruyán); Alexandre Dumas, *La reina Margot*, editorial Cátedra, Madrid, 1995, págs. 655-663 (el libro de cetrería envenenado); Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, editorial Lumen, Barcelona, 1983, pág. 572 (la víctima se envenena sola, en la medida en que quiere leer); Fernando Báez, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, editorial Destino, Barcelona, 2011, págs. 390-391 (los libros-bomba).

CAPÍTULO 78: Galeno, XV, pág. 24, ed. Kühn (el fuego y los terremotos son las causas más frecuentes de la destrucción de libros); F. Báez, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, editorial Destino, Barcelona, 2011, págs. 270 y 297 (biblioclastia nazi y ataques contra los libros de Joyce); J. Marchamalo, *Tocar los libros*, editorial Fórcola, Madrid, 2016, pág. 92 (Joyce confía en pasar rápido por el purgatorio); Heinrich Heine, *Almanzor*, versos 242-243 (Allí donde queman libros acaban quemando personas); Jorge Luis Borges, «El congreso» en *Obras completas* (tomo III), editorial Emece, Barcelona, 1989, pág. 31 (cada tantos siglos hay que quemar la Biblioteca de Alejandría).

CAPÍTULO 79: Plutarco, *Vidas paralelas. César*, 49 (Cleopatra envuelta en la alfombra); Lucano, *Farsalia*, X, 439-454 (César sitiado en el palacio de Alejandría) y 486-505 (los soldados de César provocan el incendio del puerto); César, *Guerra civil*, III, 111 (arden las naves); Hircio, *Guerra de Alejandría*, 1 (los edificios de Alejandría no contienen madera); Séneca, *Sobre la tranquilidad del espíritu*, 9, 5 (ardieron cuarenta mil libros en Alejandría); Dion Casio, *Historia romana*, XLII, 38, 2 (el incendio destruyó los almacenes de grano y libros); Orosio, *Historias*, VI, 15, 31 (los rollos quemados estaban por casualidad en los almacenes del puerto).

CAPÍTULO 80: Dion Casio, *Historia romana*, LXXVII, 7, 3 (amenazas y ataques de Caracalla a los sabios del Museo) y 22, 1-23, 3 (un muro de Berlín en Alejandría); Amiano Marcelino, *Historias*, XXII, 16, 15 (la biblioteca del barrio de Bruquión fue destruida en el año 272 a. C.), Paul Auster, *El país de las últimas cosas*, editorial Edhasa, Barcelona, 1989,

págs. 106-132 (Anna en las ruinas de la Biblioteca Nacional); Michael Holquist, prólogo a la edición de *The Dialogic Imagination* de M. Bajtín, Texas University Press, 1981, pág. 24 (Bajtín liando sus cigarrillos con los folios del único manuscrito de su libro).

CAPÍTULO 81: Amiano Marcelino, *Historias*, XXII, 16, 15 (propensión de los alejandrinos a los alborotos callejeros); Rufino, XI, 22-30 y Sozomeno, *Historia eclesiástica*, VII, 15 (disturbios y saqueo del Serapeo); Sócrates Escolástico, *Historia eclesiástica*, V, 16 (destrucción del Serapeo) y VI, 15 (asesinato de Hipatia); Enciclopedia bizantina *Suda*, *sub voce* Théon (el último huésped del Museo); Damascio, *Vida de Isidoro*, fragmento 102 (Hipatia aterroriza a su alumno enseñándole su sangre menstrual); Juan de Nikiu, *Crónica*, LXXXIV, 87-103 (Hipatia, hechicera que usaba estratagemas satánicas); Páladas en *Antología griega*, IX, 400 (poema a Hipatia); Maria Dzielska, *Hipatia de Alejandría*, editorial Siruela, Madrid, 2004 (biografía de Hipatia).

CAPÍTULO 82: Eutiquio, *Anales*, II, pág. 316, ed. Pococke (carta de Amr: he conquistado Alejandría); Ibn al-Kifti, *Crónica de hombres sabios* (encuentro de Amr con el erudito cristiano y el trágico destino de los libros); Luciano Canfora, *La biblioteca desaparecida*, editorial Trea, Gijón, 1998, págs. 79-92 (Amr y Omar); Fernando Báez, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, editorial Destino, Barcelona, 2011, págs. 78-81 (pruebas a favor y en contra de la tesis de la destrucción musulmana).

CAPÍTULO 83: *http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/2334707.stm* (crónica sobre la inauguración de la nueva Biblioteca de Alejandría).

CAPÍTULO 84: Ivan Lovrenovic, «The Hatred of Memory», *New York Times*, 28 de mayo de 1994 (un testigo describe el bombardeo de la Biblioteca de Sarajevo); Arturo Pérez-Reverte, «Asesinos de libros», *Patente de corso (1993-1998)*, editorial Suma de Letras, Madrid, 2001, págs. 50-53 (impresiones sobre el desastre); Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*, editorial Debolsillo, Barcelona, 2015, pág. 90 (mariposas negras); Naciones Unidas, Comisión de Expertos de la ex Yugoslavia, 1994, anexo VI, parágrafos 183-193 (destrucción intencional de bienes culturales); Juan Goytisolo, *Cuaderno de Sarajevo, anotaciones de un viaje a la barbarie*, editorial El País Aguilar, Madrid, 1993, págs. 56-57 (el día en que ardió la biblioteca); Jorge Carrión, *Librerías*, editorial Anagrama, Barcelona, 2014, pág. 111 (*Mein Kampf* en el tejado); L. D. Reynolds y N.

G. Wilson, *Copistas y filólogos*, editorial Gredos, Madrid, 1995, pág. 18 y ss. (símbolos y huellas textuales de los trabajos alejandrinos en las obras supervivientes).

CAPÍTULO 85: Jesús Marchamalo, *Tocar los libros*, editorial Fórcola, Madrid, 2016, pág. 51 (lista de libros balsámicos en lugares siniestros); Leonora Carrington, *Memorias de abajo*, editorial Alpha Decay, Barcelona, 2017, pág. 68 (Leonora Carrington lee a Unamuno en un psiquiátrico de Santander); Nico Rost, *Goethe en Dachau*, editorial ContraEscritura, Barcelona, 2016, pág. 35 (bibliotecas en los campos de concentración), pág. 237 (vitaminas L y F), pág. 146 (el club de lectura), pág. 251 (me niego), pág. 56 (una especie de comunidad europea); Monika Zgustova, *Vestidas para un baile en la nieve*, editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017, págs. 13-14 y 215 (libros de Galia y Elena en el gulag); Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, editorial Herder, Barcelona, 1983, pág. 24 (destrucción del manuscrito que contenía su obra) y pág. 44 (paradójicamente, los intelectuales soportaban mejor la vida en Auschwitz que otros presos más robustos); Michel del Castillo, *Tanguy*, editorial Ikusager, Vitoria-Gasteiz, 2010, pág. 104 (Tolstói en Auschwitz); Javier Barrio, «Eulalio Ferrer, la memoria de *El Quijote*», *El País*, 26 de abril de 1990 (*El Quijote* a cambio de cigarrillos).

CAPÍTULO 87: Amelia Valcárcel en conversación con Emilio Lledó en «Crisis de valores y ética democrática», charla celebrada el 22 de noviembre de 2013 dentro del ciclo titulado «El Mundo que Queremos», *https://www.youtube.com/watch?v=c_gZcZFq-YE* (los griegos empezaron a ser tan raros como nosotros); René Berger y Solange Ghernaouti-Hélie, *Technocivilisation*, EPFL Press, 2010, pág. 1 (etimología de «ordenador»); Paul Auster, *The invention of Solitude*, Sun Publising, 1982, pág. 136 (reflexiones sobre la traducción); Plutarco, *Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro*, I, 6, 329cd (ordenó que todos considerasen el mundo su patria); Luca Scuccimarra, *Los confines del mundo. Historia del cosmopolitismo desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII*, KRK Ediciones, Oviedo, 2017, págs. 88-94 (el sueño de Alejandro, Eratóstenes y el nuevo mapa); George Steiner, *La idea de Europa*, editorial Siruela, Madrid, 2005, pág. 68 (ellos nunca enviaron un barco a preguntar por nosotros), Rafael Argullol, *Visión desde el fondo del mar*, editorial Acantilado, Barcelona, 2010, pág. 708 (¡Viajó!).

II. Roma

CAPÍTULO 1: Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, I, 7 (fratricidio fundacional), 8 (los primeros romanos, convictos y gente de origen oscuro) y 9 (rapto de las sabinas); Mitrídates en Salustio, *Historias*, IV, 69, 17 (no han poseído nada a no ser lo que han robado).

CAPÍTULO 2: Orosio, *Historias contra los paganos*, IV, 12 (único año sin guerras); Mary Beard, *SPQR*, editorial Crítica, Barcelona, 2016, pág. 187 y ss. (esfuerzo bélico romano); Julio César, *La guerra de las Galias*, II, 33 (53.000 prisioneros vendidos como esclavos sobre el terreno).

CAPÍTULO 3: Michael von Albrecht, *Historia de la literatura romana*, editorial Herder, Barcelona, 1997, pág. 78 (contexto cultural); Mary Beard y John Henderson, *El mundo clásico: Una breve introducción*, Alianza Editorial, Madrid, 2015, pág. 38 (Grecia lo inventa, y Roma lo quiere); Horacio, *Epístolas*, II, 1, 156 (la Grecia conquistada invadió a su fiero vencedor); Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, II, 2, 3 (una delegación griega se dirige en su idioma al Senado romano); George Steiner y Cécile Ladjali, *Elogio de la transmisión*, editorial Siruela, Madrid, 2005, pág. 159 (la fábula sin porvenir de Canetti).

CAPÍTULO 4: Cicerón, *Bruto*, 72 (partida de nacimiento de la literatura latina); Hipólito Escolar, *Manual de historia del libro*, editorial Gredos, Madrid, 2000, pág. 88 (los romanos adaptan el alfabeto etrusco); Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 37, 7 (el poeta Livio Andrónico recibe encargos); Michael von Albrecht, *Historia de la literatura romana*, editorial Herder, Barcelona, 1997, pág. 127 (biografía de Livio Andrónico); Jesús Marchamalo, *Tocar los libros*, editorial Fórcola, Madrid, 2016, pág. 62 (un libro cada treinta segundos).

CAPÍTULO 5: Plutarco, *Vidas paralelas. Paulo Emilio*, 28, 6 (biblioteca macedonia); Estrabón, *Geografía*, XIII, 1, 54 (biblioteca de Sila); Canfora, *La biblioteca desaparecida*, editorial Trea, Gijón, 1998, págs. 29-32 y 51-56 (peripecias de la biblioteca de Aristóteles); Isidoro, *Etimologías*, VI, 5, 1 (biblioteca de Lúculo); Plutarco, *Vidas paralelas. Luculo*, 42, 1 (la recepción de las musas en la biblioteca de Lúculo); F. Scott Fitzgerald, *El gran Gatsby*, editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1975, pág. 56 (la biblioteca traída de Europa para Gatsby); Juvenal, *Sátiras*, III, 60 (no puedo soportar la ciudad llena de griegos); Terencio, *La suegra*, segundo prólogo (el teatro compite en Roma con los

espectáculos de púgiles y funambulistas); Mary Beard, *SPQR*, editorial Crítica, Barcelona, 2016, pág. 215 (Plauto bromea llamándose a sí mismo «bárbaro»).

CAPÍTULO 6: Francine Prose, *Peggy Guggenheim: The shock of the Modern*, Yale University Press, 2015, pág. 28 y ss. (Peggy Guggenheim huye de París y Marsella); Serge Gilbaut, *De cómo Nueva York robó la idea de arte moderno*, editorial Mondadori, Madrid, 1990, págs. 86-93 (ansiedad por convertir a Nueva York en la nueva capital de la cultura); Irving Sandler, *El triunfo de la pintura norteamericana*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pág. 65 (relaciones entre los artistas emigrados y los norteamericanos); Jackson Pollock, «My Painting», en Barbara Rose (ed.), *Pollock: Painting*, Nueva York, 1980, pág. 97 (es muy importante que los grandes artistas europeos estén entre nosotros); Vladimir Nabokov, «Carta a Altagracia de Jannelli del 16 de noviembre de 1938», en Dmitri Nabokov, *Vladimir Nabokov Selected Letters, 1940-1977*, Harcourt Brace Jovanovich Ediciones, 1989 (lo que me cautiva de la civilización norteamericana es justamente ese toque del viejo mundo); Román Gubern, *Historia del cine*, Ediciones Dánae, Barcelona, 1971, pág. 117 (orígenes de los pioneros de los grandes estudios); Agustín Sánchez Vidal, *Historia del cine*, editorial Historia 16, Madrid, 1997, pág. 79 (oleadas de emigrantes europeos en el cine norteamericano); Joseph McBride, *Tras la pista de John Ford*, T&B Editores, Madrid, 2004, pág. 40 (mito del nacimiento irlandés de John Ford).

CAPÍTULO 7: Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, III, 19 (Platón vendido como esclavo); P. Hunt, *Ancient Greek and Roman Slavery*, Wiley-Blackwell editores, Hoboken, 2017, pág. 93 y ss. (esclavos griegos y cultura romana); Mary Beard, *SPQR*, editorial Crítica, Barcelona, 2016, pág. 351 (la esclavitud en cifras); L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, pág. 76 y ss. (esclavos bibliotecarios de Cicerón); Cicerón, *Epístolas a Ático*, 4, 4a, 1 (la maravillosa labor bibliotecaria de Tiranión); Cicerón, *Epístolas familiares*, 13, 77, 3 (Dionisio el ladrón de libros); Janet Duisman Cornelius, *When I Can Read My Title Clear: Literacy, Slavery, and Religion in the Antebellum South*, Columbia S. C., 1991 (castigos a los esclavos norteamericanos por leer); Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 388 (los dueños de esclavos creían en la fuerza de la palabra; por ese motivo prohibían la lectura); Jesper Svenbro, «La Grecia Arcaica y Clásica: La invención de

la lectura silenciosa», en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, editorial Taurus, Madrid, 2001, págs. 81-82 (lectura como sodomización).

CAPÍTULO 8: Plinio, *Historia natural*, XIII, 21 (libros escritos en cortezas); Calímaco, *Aitia*, fragmento 73 Pfeiffer (mensaje de amor en un árbol); Virgilio, *Églogas*, X, 53-54 (los nombres de los amantes crecen con la corteza).

CAPÍTULO 9: Charles W. Hedrick Jr., «Literature and comunication», en Michael Peachin (ed.), *The Oxford Handbook of Social Relations in the Roman World*, Oxford University Press, Nueva York, 2011, pág. 180 y ss. (libros y relaciones sociales); Plinio el Joven, *Epístolas*, IV, 7, 2 (Régulo organiza la promoción de su espantoso libro); Marcial, *Epigramas*, V, 16, 10 (mis páginas solo gustan gratis) y VI, 82 (¿por qué llevas un abrigo tan raído?); Catón citado por Aulo Gelio en *Noches áticas*, X, 2, 5 (la poesía no ocupaba una posición de honor); Mario Alighiero Manacorda, *Historia de la educación, 1. De la antigüedad al 1500*, Siglo XXI Editores, México, 2006, pág. 131 y ss. (la educación, una profesión humilde y despreciada); Tácito, *Anales*, III, 6, 4 (orígenes oscuros).

CAPÍTULO 10: Cicerón, *Cartas a Ático*, XIII, 21a, 2 (la copia pirata de Caerellia). Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, IV, 4 (Cornelia se preocupa por la educación de sus hijos); Plutarco, *Vidas paralelas. Gayo Graco*, 19 (salón literario de Cornelia); Salustio, *La conjuración de Catilina*, 25, 2 (Sempronia, lectora en latín y griego); Cicerón en Lactancio, *Instituciones divinas*, I, 15, 20 (la doctísima hija de Cicerón); Plutarco, *Vidas paralelas. Pompeyo*, 55 (la mujer de Pompeyo tocaba la lira y amaba la geografía, la literatura y las discusiones filosóficas); Suetonio, *Sobre los gramáticos ilustres*, 16, 1 (relaciones sospechosas entre un esclavo culto y la hija del amo); Juvenal, *Sátiras*, VI, 434-456 (caricatura de las mujeres que han leído más que los hombres); Martha Asunción Alonso, *Wendy*, editorial Pre-Textos, Valencia, 2015, pág. 74 (no siempre ni a todos por igual,/ nos queda indestructible,/ como un dios o un diamante,/ la palabra).

CAPÍTULO 11: W. V. Harris, «Literacy and Epigraphy», *ZPE*, 1983, 52, págs. 87-111 (datos de alfabetización en Pompeya); Ausonio, *Libro de exhortación a mi nieto*, 2, 15 y ss. (no tengas miedo, aunque resuenen golpes de fusta); Agustín, *La ciudad de Dios*, XXI, 14 (quién no

preferiría perecer si le dieran a elegir entre la muerte y volver a la infancia); H.-I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, editorial Akal, Madrid, 2004, pág. 347 (el oficio mal pagado de los maestros de primaria); Horacio, *Sátiras*, I, 6, 74 (los niños camino a la escuela con su cajita y sus tablillas); Ovidio, *El arte de amar*, II, 395 (tablillas e infidelidades); Persio, *Sátiras*, III, 10-14 (goterones de tinta); Elisa Ruiz García, *Introducción a la codicología*, editorial Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2002, págs. 96 y 122 (tintas y tablillas antiguas).

CAPÍTULO 12: Prudencio, *Peristephanon*, IX (martirio del maestro de primaria san Casiano, asesinado por sus alumnos); Quintiliano, *Instituciones oratorias*, I, 3, 14-17 (contra los castigos corporales en la escuela), Horacio, *Sátiras*, I, 25-26 (preceptores complacientes dan galletas a los niños para que aprendan las primeras letras); Petronio, *Satiricón*, IV, 1 (ahora los niños estudian jugando); H.-I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, editorial Akal, Madrid, 2004, págs. 352-353 (teorías pedagógicas compasivas en la escuela romana).

CAPÍTULO 13: Yuval Noah Harari, *Sapiens: de animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*, editorial Debate, Barcelona, 2014, pág. 15 (cronología de la humanidad); Ewan Clayton, *La historia de la escritura*, editorial Siruela, Madrid, 2015, pág. 328 (grafitis); Vladimir Nabokov, *Pálido fuego*, editorial Anagrama, Barcelona, 2006, pág. 143 (estamos absurdamente acostumbrados al milagro de la escritura).

CAPÍTULO 14: Marcial, *Epigramas*, XIV, 5 (para que las sombrías ceras no oscurezcan tus desfallecientes ojos); Quintiliano, *Instituciones oratorias*, X, 3, 31 (recomendación para lectores con vista frágil); Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXXVII, 16, 64 (la esmeralda de Nerón); Edward Grom y Leon Broitman, *Ensayos sobre historia, ética, arte y oftalmología*, Caracas, 1988 (historia de las gafas); Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, editorial Lumen, Barcelona, 1983, pág. 95 (un misterioso instrumento óptico causa asombro); Plinio, *Historia natural*, XIII, 23, 74-77 (papiro basto y papiro fino); Marcial, *Epigramas*, I, 117, 16 (rollos alisados con piedra pómez) y IV, 89, 2 (los ombligos de los libros); Vitrubio, *Arquitectura*, II, 9, 13 (propiedades del aceite de cedro contra los insectos); Luciano de Samósata, *Contra un ignorante que compraba muchos libros*, Barcelona, 2013, págs. 46 y 67 (sátira del coleccionista inculto).

CAPÍTULO 15: Marcial, *Epigramas*, II, 1, 5 (un libro copiado en una hora); Catulo, *Poemas*, XIV (correré a los arcones de los libreros); Marcial, *Epigramas*, I, 117, 9 (publicidad encubierta de una librería); I, 2 y 113, y IV, 72 (los libreros mencionados por Marcial); Horacio, *Epístolas*, I, 20 (el libro desvergonzado y exhibicionista); Mario Citroni, *Poesia e lettori in Roma Antica*, ed. Laterza, Roma-Bari, 1995, págs. 12-15 (aparecen los lectores anónimos, más allá de las amistades).

CAPÍTULO 17: Jorge Carrión, *Librerías*, editorial Anagrama, Barcelona, 2014, págs. 53-54 (sobre el diálogo entre bibliotecas y librerías); Suetonio, *Vida de los doce Césares. Domiciano*, 10, 1 (ejecución de un historiador incómodo, sus copistas y libreros); George Borrow, *La Biblia en España*, Ediciones Cid, Madrid, 1967, págs. 223, 234, 247, 289 y 300 (retratos de libreros españoles).

CAPÍTULO 18: Françoise Frenkel, *Una librería en París*, ed. Seix Barral, Barcelona, 2017, pág. 20 (aprendizaje de librera); Jorge Carrión, *Librerías*, editorial Anagrama, Barcelona, 2013, págs. 112-114 (amor-odio hacia los libros de Hitler y Mao Zedong); Jonathan Spence, *Mao Zedong. A Life*, Penguin Books, Nueva York, 2006 (cómo Mao Zedong abrió una librería y gracias al éxito empresarial de esa aventura pudo dedicarse tranquilamente a derribar el capitalismo); *http://www.abc.es/cultura/libros/abci-mein-kampf-exito-ventas-alemania-201801180148* (Hitler, autor de *best seller*).

CAPÍTULO 19: C. Pascual, F. Puche y A. Rivero, *Memoria de la librería*, Trama Editorial, Madrid, 2012 (energía de las librerías, influjo en las calles); Jon Kimche, en Stephen Wadhams (ed.), *Remembering Orwell, vol. 1: An Age to Read*, Harmondsworth, 1984 (experiencia de Orwell como librero); *Barómetro de los hábitos de lectura y compra de libros en España en 2017* de la Federación de Gremios de Editores de España (cifras de lectores en Aragón); Aránzazu Sarría Buil, *Atentados contra librerías en la España de los setenta, la expresión de una violencia política*, en Marie-Claude Chaput, Manuelle Peloille (eds.), *Sucesos, guerras, atentados*, PILAR editores, París, 2009, págs. 115-144 (ataques contra librerías en la Transición); https://elpais.com/diario/1976/11/27/ultima/217897202_850215.html (noviembre de 1976: estallido de bomba en la librería Pórtico de Zaragoza); *https://elpais.com/diario/1976/05/25/sociedad/201823203_850215.html*

(mayo de 1976: una librería asaltada cada dos semanas); Salman Rushdie, *Joseph Anton*, Barcelona, 2012, y Fernando Báez, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, Barcelona, 2011, págs. 300-301 (el *affaire* Rushdie).

CAPÍTULO 21: John W. Maxwell, *Tracing the Dynabook: A Study of Technocultural Transformations*, University of British Columbia, 2006 (el ordenador personal como evolución del libro); Ewan Clayton, *La historia de la escritura*, editorial Siruela, Madrid, 2015, pág. 322 (la tradición manuscrita llega a la era digital).

CAPÍTULO 22: Izet Sarajlić, *Después de mil balas*, editorial Seix Barral, Barcelona, 2017, pág. 90 (yo, tonto, casi lo creí).

CAPÍTULO 23: C. H. Roberts y T. C. Skeat, *The Birth of the Codex*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, pág. 76 (en un códice cabe seis veces más texto que en un rollo); Plinio, *Historia natural*, VII 21, 85 (Cicerón afirma haber visto una *Ilíada* que cabía en la cáscara de una nuez); E. G. Turner, *Greek Papyri. An introduction*, Oxford, 1980, pág. 204 (un vendedor de libros a domicilio en la antigua Roma); Guglielmo Cavallo, «Entre el *volumen* y el *codex*. La lectura en el mundo romano», en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, editorial Taurus, Madrid, 2001, pág. 111 y ss. (nacimiento del códice y ampliación del número de lectores).

CAPÍTULO 24: Marcial, *Epigramas*, X, 8 (Paula desea casarse conmigo, y yo no quiero casarme con Paula: es vieja. Querría, si fuese más vieja); Marcial, *Apophoreta*, 183-196 (epigramas sobre libros); Marcial, *Epigramas*, I, 2 (promoción de su propio libro en formato códice); Guglielmo Cavallo, «Entre el *volumen* y el *codex*. La lectura en el mundo romano», en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, editorial Taurus, Madrid, 2001, pág. 143 (preferencia de los cristianos por el códice).

CAPÍTULO 25: Elisa Ruiz García, *Introducción a la codicología*, editorial Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2002, págs. 120-135 (del rollo al códice); *https://elpais.com/tecnologia/2019/01/07/actualidad/1546837065_27928* (televisiones enrollables); Hipólito Escolar, *Manual de historia del libro*, editorial Gredos, Madrid, 2000, págs. 99-100 (sustitución y supervivencia del rollo).

CAPÍTULO 26: Agustín Sánchez Vidal, *Historia del cine*, editorial Historia 16, Madrid, 1997, págs. 9-10 (películas transformadas en peines); Temistio, *Discursos*, IV 59d-60c, y Jerónimo, *Epístolas*, 141 (esfuerzo de salvamento en las bibliotecas de Constantinopla y Cesarea).

CAPÍTULO 27: Suetonio, *Vida de los doce Césares. Cayo Julio César*, 82, 2 (asesinato de César); Barry Strauss, *La muerte de César*, ediciones Palabra, Madrid, 2016 (el asesinato más famoso de la historia); Suetonio, *Vida de los doce Césares. Cayo Julio César*, 44, 2 (César tenía previsto construir la primera biblioteca pública de Roma); Jerónimo, *Epístolas*, 33, 2 (Varrón escribió un tratado sobre bibliotecas); Plinio el Viejo, *Historia natural*, VII, 30, 115 y XXXV, 2; Isidoro, *Etimologías*, 6, 5, 1 (datos sobre la biblioteca de Asinio Polión); T. Keith Dix, «Public Libraries in Ancient Rome: Ideology and Reality», *Libraries & Culture* 29, 1997, pág. 289 (bibliotecas como vehículo de reconocimiento oficial y de ingreso en el canon); Marcial, *Epigramas*, IX, prefacio (Marcial y los bustos en bibliotecas); Aulo Gelio, *Noches áticas*, XIX, 5 (discusión nocturna sobre Aristóteles y la nieve); Frontón, *Epístolas*, IV, 5, 2 (Marco Aurelio y Frontón se llevan libros prestados de las bibliotecas romanas); Filippo Coarelli, *La Colonna Traiana*, editorial Colombo, Roma, 1999 (la columna de Trajano como un rollo de piedra); L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, págs. 88-94 (reconstrucción de las bibliotecas romanas).

CAPÍTULO 28: L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, págs. 95-98 (las bibliotecas en los baños romanos); Marcial, *Epigramas*, VII, 34, 4-5 (¿Qué hay peor que Nerón? ¿Y mejor que sus termas?); Séneca, *Epístolas a Lucilio*, 56, 1-2 (griterío en las termas); *Vida de San Teodoro de Siqueón*, 20 (hedor de santidad); Clemente de Alejandría, *Stromata*, VII, 7, 36 (el buen cristiano no quiere oler bien); Jerry Tonner, *Setenta millones de romanos*, editorial Crítica, Barcelona, 2012, págs. 230-231 (los placeres del agua en Roma).

CAPÍTULO 29: *Corpus Inscriptionum Latinarum* (*CIL*), 5.5262 (Plinio el Joven dona una biblioteca a su ciudad natal); *CIL* 10.4760 (biblioteca donada por Matidia); *CIL* 11.2704 (biblioteca de Volsinii); W. V. Harris, *Ancient Literacy*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., y Londres, 1989, pág. 273 (solo dos bibliotecas conocidas en Occidente); Apuleyo, *Florida* XVIII, 8 (biblioteca de Cartago); L. Casson, *Las bibliotecas del*

mundo antiguo, editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, pág. 113 y ss. (las bibliotecas fuera de Roma).

CAPÍTULO 30: Oliver Hilmes, *Franz Liszt: Musician, Celebrity, Superstar*, Yale University Press, 2016 (el fenómeno fans empezó con Liszt); Plinio el Joven, *Epístolas*, II, 3 (el viaje aventurero de un admirador hispano de Tito Livio para conocer a su ídolo); Horacio, *Odas*, II, 20; Propercio, *Elegías*, II, 7, y Ovidio, *Tristes*, IV 9 y 10 (los autores de éxito se sienten estrellas internacionales); Marcial, *Epigramas*, VII, 88 y XI, 3 (las novedades de Marcial se podían comprar en Viena y se cantaban en Britania); Plinio el Joven, *Epístolas*, IX, 11 (una librería en Lyon); Juvenal, *Sátiras*, XV, 108 (¿dónde se ha visto un estoico cántabro?); Suetonio, *Vida de Virgilio*, 6, 11 (Virgilio huye de sus admiradores).

CAPÍTULO 31: Marcial, *Epigramas*, XII, 31 (descripción de la finca que regaló a Marcial la viuda Marcela); Marcial, *Epigramas*, prefacio del libro XII (Marcial añora las bibliotecas, los teatros, las reuniones, la sutileza de los asuntos, la agudeza de las opiniones: los placeres de Roma).

CAPÍTULO 32: Cicerón, *Contra Pisón*, 22 (Pisón en la fetidez y el lodazal de sus griegos); Stephen Greenblatt, *El giro*, editorial Crítica, Barcelona, 2014, pág. 65 y ss. (conversaciones filosóficas en la mansión de Lucio Calpurnio Pisón); Mary Beard, *Pompeya*, editorial Crítica, Barcelona, 2009, pág. 7 y ss. (vidas interrumpidas).

CAPÍTULO 34: Mario Citroni, *Poesia e lettori in Roma Antica*, ed. Laterza, Roma-Bari, 1995, págs. 459-464 (Ovidio y la expansión del público lector); Ovidio, *Tristia*, IV, 10, 21-26 (advertencias paternas: la poesía no da de comer); Marcial, *Epigramas*, V, 34; V, 37 y X, 61 (pasión de Marcial por Erotión, su esclava muerta a los seis años); Ovidio, *Arte de amar*, II, 665 y ss. (prefiero una amante que haya sobrepasado la edad de treinta y cinco años); Pascal Quignard, *El sexo y el espanto*, editorial Minúscula, Barcelona, 2014, pág. 15 (Ovidio es el primer romano que piensa que el deseo es recíproco); Ovidio, *Tristia*, II, 212 (maestro de adulterios obscenos); Plutarco, *Vidas paralelas. Catón el Joven*, 25 (Marcia, la esposa prestada); Ovidio, *Tristia*, II, 207 (me perdieron dos delitos: un poema y un error); Ovidio, *Tristia*, I, 1, 67 (ya no soy preceptor de amor; esa obra pagó ya el castigo que merecía); Aurelio Víctor, *Epítome de los Césares*, I, 24 (Augusto castigó con el exilio al poeta Ovidio porque escribió tres libritos sobre el arte de amar); Ovidio, *Tristia*, III, 1 (versos desterrados).

CAPÍTULO 35: Tácito, *Historias*, I, 1 (tiempos de rara felicidad, en los que está permitido pensar como se quiere y decir lo que se piensa); Suetonio, *Vida de los doce Césares. Tiberio*, 45, y Tácito, *Anales*, IV, 34 (el proceso de Cremucio Cordo); Séneca, *Consolación a Marcia*, XVI, 1 (las mujeres tienen el mismo poder intelectual que los hombres, y la misma capacidad para las acciones nobles y generosas); Tácito, *Anales*, IV, 35 (la estimación de los talentos castigados crece); Luis Gil, *Censura en el mundo antiguo*, Alianza Editorial, Madrid, 2007, pág. 190 y ss. (censura imperial romana); Suetonio, *Vida de los doce Césares. Calígula*, 34 (Calígula está a punto de acabar con los libros de Homero); Elio Lampridio, *Historia Augusta. Cómodo*, 10, 2 (Cómodo prohibe la lectura de Suetonio so pena de morir en el anfiteatro despedazado por las fieras); Dion Casio, *Historia romana*, LXXVIII, 7 (Caracalla acarició la idea de quemar todas las obras de Aristóteles); Tácito, *Vida de Agrícola*, 2 (habríamos perdido la memoria junto con la voz, si hubiera estado en nuestra mano el olvidar como el callar).

CAPÍTULO 36: K. Houston, *The Book: A Cover-to-Cover Exploration of the Most Powerful Object of Our Time*, W. W. Norton & Company, Londres, 2016, introducción; *https://www.nytimes.com/2009/07/18/technology/companies/18amazon.ht* (Amazon borra sin previo aviso *1984* de los dispositivos de lectura); L. D. Reynolds y N. G. Wilson, *Copistas y filólogos*, editorial Gredos, Madrid, 1995, pág. 19 (Aristófanes de Bizancio inventa un sistema de puntuación); Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, págs. 76-79 (vicisitudes de la puntuación y la separación de palabras); Elisa Ruiz García, *Introducción a la codicología*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, colección Biblioteca del libro, Madrid, 2002, pág. 283 (las primeras ilustraciones de los libros fueron ayudas a la lectura); Plinio, *Historia natural*, XXXV, 11 (*Imágenes* de Varrón); Marcial, *Epigramas*, XIV, 186 (un retrato de Virgilio en el frontispicio de un códice); F. Báez, *Los primeros libros de la humanidad*, editorial Fórcola, Madrid, 2013, pág. 501 (manuscritos iluminados).

CAPÍTULO 37: L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, editorial Bellaterra, Barcelona, 2003, págs. 19-20 (cómo nombraban los libros en las primeras bibliotecas); Xaverio Ballester, *Los mejores títulos y los peores versos de la literatura latina*, publicaciones de la Universitat de Barcelona, 1998 y «La titulación de las obras en la literatura romana»,

Cuadernos de Filología Clásica 24, 1990, págs. 135-156 (monotonía de los títulos de la literatura antigua); Agustín de Hipona, *Epístolas* II, 40, 2 (el título en la página liminar); Leila Guerriero, «El alma de los libros», en *http://cultura.elpais.com/cultura/2013/06/26/actualidad/1372256062_358*

CAPÍTULO 38: Suetonio, *Vida de los doce Césares. Vespasiano*, 18 (Quintiliano, el primer catedrático); Quintiliano, *Instituciones oratorias*, I, 3, 14-17 (crítica de los castigos corporales en la escuela); X, 1, 4 (en defensa de la educación permanente); II, 5, 13 (hacer superfluo al maestro); X, 1, 46-131 (listas paralelas de grandes autores); VI, prefacio, 10 (no sé qué secreta envidia corta el hilo de nuestras esperanzas).

CAPÍTULO 39: Steven Pinker, *En defensa de la Ilustración*, editorial Paidós, Barcelona, 2018, pág. 113 (la historia no la escriben tanto los vencedores como los ricos); Aulo Gelio, *Noches áticas*, VI, 13, 1 (clásicos son los dueños de las grandes fortunas); Cicerón, *Academica Priora*, 73 (escritores de quinta clase); Frontón citado por Aulo Gelio, *Noches áticas*, XIX, 8, 15 (autores clásicos, no proletarios); Silvia Rizzo, *Il lessico filologico degli umanisti*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1973, pág. 379 (Filippo Beroaldo el Viejo recupera el término «clásico» en 1496); Irene Vallejo, «Una fábula con porvenir», en Luis Marcelo Martino y Ana María Risco (compiladores), *La profanación del Olimpo*, editorial Teseo, Buenos Aries, 2018, págs. 335-355 (historia de la palabra «clásico»); Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, editorial Siruela, Madrid, 2009; Mark Twain, *Disappearance of Literature*, *https://www.gutenberg.org/files/3188/3188-h/3188-h.htm#link2H_4_0053*; Pierre Bayard, *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, editorial Anagrama, Barcelona, 2007.

CAPÍTULO 40: Eurípides, *Troyanas*, 1295 y ss. (lamento de Hécuba); Séneca, *Epístolas a Lucilio*, 95, 30-31 (sobre la guerra); Hannah Arendt, *Entre el pasado y el presente*, editorial Península, Barcelona, 1996, pág. 16 (es el futuro el que nos lleva hacia el pasado).

CAPÍTULO 41: Herbert Oppel, «KANWN. Zur Bedeutungsgeschichte des Wortes und seiner lateinischer Entsprechungen (Regula-norma)», *Philologus Supplementband* XXX, 1-116 (historia de la palabra «canon»); Plinio el Viejo, *Historia natural*, XXXIV, 19, 55 (el Doríforo representa las proporciones del canon de Policleto); Aristóteles, *Ética nicomaquea*, 1113a, 29 (el hombre honrado y cabal como pauta de

conducta); Eusebio, *Historia eclesiástica*, VI, 25, 3 (canon eclesiástico); David Ruhnken, *Historia critica oratorum Graecorum*, Leiden, 1786, pág. 386 (primera aparición del concepto de «canon literario»); Terry Eagleton, *Cómo leer literatura*, editorial Península, Barcelona, 2016, págs. 195-227 (cambios históricos de las preferencias literarias); J. M. Coetzee, «¿Qué es un clásico?, una conferencia», en *Costas extrañas. Ensayos 1986-1999*, 2004, pág. 25: (el pasado como una fuerza que modela el presente).

CAPÍTULO 42: Suetonio, *Sobre los gramáticos ilustres*, 16, 2 (Quinto Cecilio Epirota decide estudiar autores vivos en la escuela); Mary Beard, *SPQR*, editorial Crítica, Barcelona, 2016, pág. 503 (versos virgilianos en Pompeya); Horacio, *Odas*, I, 1, 35-36 (si me incluyes entre los poetas) y III, 30, 1 (más duradero que el bronce); Ovidio, *Metamorfosis*, XV, 871 (una obra que no podrán destruir ni la cólera de Júpiter, ni el fuego, ni el hierro, ni el tiempo voraz); Marcial, *Epigramas*, III, 2 (cucuruchos de incienso y pimienta); Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, primera parte, Capítulo IX (cartapacios para el sedero de la calle Alcaná); William Blades, *Los enemigos de los libros*, editorial Fórcola, Madrid, 2016, pág. 62 (un libro valioso abastece una letrina); *https://www.elconfidencial.com/cultura/2015-06-27/asi-mueren-los-libros-que-no-se-venden_899696/* (destrucción y reciclaje de los libros que no se venden). Alberto Olmos, «Los nazis no quemaron tantos libros como nosotros», en *https://blogs.elconfidencial.com/cultura/mala-fama/2016-07-20/nazis-quemar-destruir-libros_1235594/*.

CAPÍTULO 43: Tibulo, *Elegías*, III, 13 (= IV, 7) y III, 14, 6 (Sulpicia proclama su pasión y se queja de la vigilancia de su tío); Suetonio, *Vida de los doce Césares. Tiberio*, 35, 2; Tácito, *Anales*, II, 85, 1, y *Digesto*, 48, 5, 11 (mujeres de alta cuna se declaran públicamente prostitutas para protestar contra la ley de adulterio); Juvenal, *Sátiras*, II, 37 (¿duermes, *lex Iulia*?); Ovidio, *Fastos*, II, 583-616 (leyenda de la diosa Tácita Muda); Eva Cantarella, *Pasado próximo. Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*, Ediciones Cátedra, Universitat de València e Instituto de la Mujer, Madrid, 1997, págs. 181-188 (los poemas de Sulpicia sobreviven gracias a un error); María Dolores Mirón, «Plutarco y la virtud de las mujeres», en Marta González González (ed.), *Mujeres de la Antigüedad: texto e imagen*, ediciones electrónicas de la Universidad de Málaga, 2012 (proezas de mujeres según Plutarco); Aurora López, *No sólo hilaron*

lana. Escritoras romanas en prosa y en verso, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994 (veinticuatro mujeres romanas publicaron libros).

CAPÍTULO 44: Agustín Sánchez Vidal, *La especie simbólica*, Universidad Pública de Navarra, Cátedra Jorge Oteiza, Pamplona, 2011, pág. 38 y ss. (textos y textiles).

CAPÍTULO 45: Dion Casio, *Historia romana*, LXXVIII, 9, 4 (Caracalla concede la ciudadanía a todos los habitantes libres del imperio); Mary Beard, *SPQR*, editorial Crítica, Barcelona, 2016, pág. 561 (edicto de Caracalla); Elio Arístides, *Encomio de Roma*, XXVI, 60 (nadie que merezca confianza es extranjero); Luca Scuccimarra, *Los confines del mundo. Historia del cosmopolitismo desde la Antigüedad hasta el siglo* XVIII, KRK Ediciones, Oviedo, 2017, págs. 127-140 (la cosmópolis romana); Stephen Greenblatt, *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, editorial Crítica, Barcelona, 2014, pág. 81 (lo que parecía estable resultó que era frágil).

CAPÍTULO 46: Amiano Marcelino, *Historias*, XIV, 6, 18 (las bibliotecas permanecían cerradas como sepulcros); Erich Auerbach, *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media*, editorial Seix Barral, Barcelona, 1966, pág. 229 y ss. (número de lectores en el tránsito de la Antigüedad a la Edad Media).

CAPÍTULO 47: Catherine Nixey, *La edad de la penumbra. Cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico*, Editorial Taurus, Barcelona, 2018, pág. 19 y ss. (el emperador Justiniano prohíbe enseñar a los paganos y desmantela la Academia); L. D. Reynolds y N. G. Wilson, *Copistas y filólogos*, editorial Gredos, Madrid, 1995, pág. 81 y ss. (bibliotecas monásticas en los siglos oscuros); F. Báez, *Los primeros libros de la humanidad*, editorial Fórcola, Madrid, 2013, pág. 501 y ss. (iluminación de manuscritos); S. Greenblatt, *El giro*, editorial Crítica, Barcelona, 2014, pág. 23 y ss. (buscadores de libros en el humanismo); L. D. Reynolds y N. G. Wilson, *Copistas y filólogos*, editorial Gredos, Madrid, 1995, pág. 121 (apetito de los humanistas por los textos clásicos); Reinhard Wittmann, «¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?», en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, editorial Taurus, Madrid, 2001, págs. 497-537 (la manía lectora y cifras de alfabetización).

CAPÍTULO 48: Stefan Zweig, *Mendel el de los libros*, editorial Acantilado, Barcelona, 2015, pág. 57 (los libros se escriben para unir a los seres

humanos); Walter Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos I*, Taurus Ediciones, Madrid, 1973, pág. 182 (jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de barbarie).

Epílogo

Jeanne Cannella Schnitzer, «Reaching Out to the Mountains: The Pack Horse Library of Eastern Kentucky», *The Register of the Kentucky Historical Society*, vol. 95, n.° 1, 1997, págs. 57-77 (bibliotecarias a caballo de Kentucky); Yuval Noah Harari, *Sapiens: de animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*, editorial Debate, Madrid, 2014, pág. 122 (la mitología tenía muy pocas posibilidades de salir airosa).

ADICHIE, CH. N., *El peligro de la historia única*, traducción de Cruz Rodríguez Juiz, editorial Random House, Barcelona, 2018 (edición original: *The Danger of a Single Story*, 2009).

AGUIRRE, J., *Platón y la poesía*, editorial Plaza y Valdés, Madrid, 2013.

ALTARES, G., *Una lección olvidada. Viajes por la historia de Europa*, Tusquets Editores, Barcelona, 2018.

ANDRÉS, R., *Semper dolens. Historia del suicidio en Occidente*, editorial Acantilado, Barcelona, 2015.

ARGULLOL, R., *Visión desde el fondo del mar*, editorial Acantilado, Barcelona, 2010.

AUERBACH, E., *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media*, traducción de Luis López Molina, editorial Seix Barral, Barcelona, 1966 (edición original: *Literatursprache und Publikum in der lateinischen Spätantike und im Mittelalter*, 1957).

BÁEZ, F., *Los primeros libros de la humanidad. El mundo antes de la imprenta y el libro electrónico*, editorial Fórcola, Madrid, 2013.

—, *Nueva historia universal de la destrucción de los libros. De las tablillas sumerias a la era digital*, editorial Destino, Barcelona, 2011.

BAJTÍN, M., *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, traducción de Julio Forcat y César Conroy, Barral editores, Barcelona, 1971 (edición original: *Tvoscerstvo Fransua Rable i narodnaja kul'tura srednevekov'ja Renessansa*, 1965).

BARBA, A., *La risa caníbal. Humor, pensamiento cínico y poder*, editorial Alpha Decay, Barcelona, 2016.

BASANTA, A., (ed.), *La lectura*, editorial CSIC y Los libros de la Catarata, Madrid, 2010.

—, *Leer contra la nada*, editorial Siruela, Madrid, 2017.

BAYARD, P., *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, traducción de Albert Galvany, editorial Anagrama, Barcelona, 2008 (edición original: *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus*?, 2007).

BEARD, M., *Mujeres y poder: un manifiesto*, traducción de Silvia Furió, editorial Crítica, Barcelona, 2018 (edición original: *Women & Power*, 2017).

—, *SPQR. Una historia de la antigua Roma*, traducción de Silvia Furió, editorial Crítica, Barcelona, 2016 (edición original: *SPQR. A History of Ancient Rome*, 2015).

BEARD, M. y J. HENDERSON, *El mundo clásico: Una breve introducción*, traducción de Manuel Cuesta, Alianza Editorial, Madrid, 2016 (edición original: *Classics. A very Short Introduction*, 1995).

BELTRÁN, L., *Estética de la risa. Genealogía del humorismo literario*, Ficticia Editorial, México, 2016.

—, *La imaginación literaria. La seriedad y la risa en la literatura occidental*, editorial Montesinos, Barcelona, 2002.

BENJAMIN, W., *Desembalo mi biblioteca. Un discurso sobre el coleccionismo*, traducción de Fernando Ortega, José J. de Olañeta editor, Mallorca, 2015 (edición original: *Ich packe meine Bibliothek aus. Eine Rede über das Sammeln*, 1931).

—, *Discursos interrumpidos I*, traducción de Jesús Aguirre, editorial Taurus, Madrid, 1973.

BERNAL, M., *Atenea negra*, traducción de Teófilo de Lozoya, editorial Crítica, Barcelona, 1993 (edición original: *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, 1987).

BLADES, W., *Los enemigos de los libros. Contra la biblioclastia, la ignorancia y otras bibliopatías*, traducción de Amelia Pérez de Villar, editorial Fórcola, Madrid, 2016 (edición original: *The Enemies of Books*, 1896).

BLOM, P., *El coleccionista apasionado. Una historia íntima*, traducción de Daniel Najmías, editorial Anagrama, Barcelona, 2013 (edición original: *To Have and to Hold*, 2002).

—, *Gente peligrosa. El radicalismo olvidado de la Ilustración europea*, traducción de Daniel Najmías, editorial Anagrama, Barcelona, 2012 (edición original: *A Wicked Company*, 2010).

BLOOM, H., *El canon occidental*, traducción de Damián Alou, editorial Anagrama, Barcelona, 1995 (edición original: *The Western Canon: The Books and School of Ages*, 1994).

BOARDMAN, J., J. GRIFFIN y O. MURRAY, *Historia Oxford del mundo clásico. 1. Grecia*, traducción de Federico Zaragoza, Alianza Editorial, Madrid, 1993 (edición original: *The Oxford History of the Classical World*, 1986).

BROTTMAN, M., *Contra la lectura*, traducción de Lucía Barahona, Blackie Books, Barcelona, 2018 (edición original: *The Solitary Vice. Against Reading*, 2008).

CABALLÉ, A., *Una breve historia de la misoginia*, editorial Lumen, Barcelona, 2005.

CALVINO, I., *Por qué leer los clásicos*, traducción de Aurora Bernárdez, editorial Siruela, Madrid, 2009 (edición original: *Perché leggere i classici*, 1995).

CANFORA, L., *Conservazione e perdita dei classici*, editorial Stilo, Bari, 2016.

—, *La biblioteca desaparecida*, traducción de Xilberto Llano Caelles, Ediciones Trea, Gijón, 1998 (edición original: *La biblioteca scomparsa*, 1990).

CANTARELLA, E., *Pasado próximo. Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*, traducción de Isabel Núñez, Ediciones Cátedra, Universitat de València e Instituto de la Mujer, Madrid, 1997 (edición original: *Passato prossimo: donne romane da Tacita a Sulpicia*, 1996).

—, *La calamidad ambigua: condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana*, traducción de Andrés Pociña, Ediciones Clásicas, Madrid, 1991 (edición original: *L'ambiguo malanno. La donna nell'antichità greca e romana*, 1981).

CARRÈRE, E., *El Reino*, traducción de Jaime Zulaika, editorial Anagrama, Barcelona, 2015 (edición original: *Le Royaume*, 2014).

CARRIÓN, J., *Librerías*, editorial Anagrama, Barcelona, 2014.

CARSON, A., *Eros. Poética del deseo*, traducción de Inmaculada C. Pérez Parra, editorial Dioptrías, Madrid, 2015 (edición original: *Eros the Bittersweet*, 1986).

CASSON, L., *Las bibliotecas del mundo antiguo*, traducción de María José Aubet, editorial Bellaterra, Barcelona, 2003 (edición original: *Libraries in the Ancient World*, 2001).

CAVALLO, G. y R. CHARTIER (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental,* traducción de María Barberán y Mari Pepa Palomero, editorial Taurus, Madrid, 2001 (edición original: *Histoire de la lecture dans le monde occidental*, 1997).

CERVELLÓ, J., *Escrituras, lengua y cultura en el antiguo Egipto,* Ediciones UAB, colección El espejo y la lámpara, Barcelona, 2016.

CITRONI, M., *Poesia e lettori in Roma antica,* Ediciones Laterza, Roma-Bari, 1995.

CLAYTON, E., *La historia de la escritura*, traducción de María Condor, editorial Siruela, Madrid, 2015 (edición original: *The Golden Thread. The Story of Writing*, 2013).

COETZEE, J. M., *Costas extrañas. Ensayos 1986-1999*, traducción de Pedro Tena, editorial Debate, Barcelona, 2004 (edición original: *Stranger Shores*, 2001).

CRIBIORE, R., *Gymnastics of the Mind: Greek Education in Hellenistic and Roman Egypt,* Princeton University Press, Princeton, 2001.

DE LA FUENTE, I., *El exilio interior. La vida de María Moliner,* editorial Turner, Madrid, 2011.

DZIELSKA, M., *Hipatia de Alejandría*, traducción de José Luis López Muñoz, editorial Siruela, Madrid, 2009 (edición original: *Hypatia of Alexandria*, 1995).

EAGLETON, T., *Cómo leer literatura*, traducción de Albert Vitó i Godina, editorial Península, Barcelona, 2016 (edición original: *How to Read Literature*, 2013).

EASTERLING, P. E. y B. M. W. KNOX (eds.), *Historia de la literatura clásica. Cambridge University. 1. Literatura griega*, traducción de Federico Zaragoza Alberich, editorial Gredos, Madrid, 1990 (edición original: *The Cambridge History of Classical Literature. 1. Greek Literature,* 1985).

ECO, U., *El vértigo de las listas,* editorial Lumen, Barcelona, 2009 (edición original: *Vertigine della lista*, 2009).

ECO, U. y J.-C. CARRIÈRE, *Nadie acabará con los libros. Entrevistas realizadas por Jean-Philippe de Tonnac*, traducción de Helena Lozano Miralles, editorial Lumen, Barcelona, 2010 (edición original: *N'espérez pas vous débarraser des livres,* 2009).

ESCOLAR, H., *Manual de historia del libro*, editorial Gredos, Madrid, 2000.

ESTEBAN, Á., *El escritor en su paraíso,* editorial Periférica, Cáceres, 2014.

FRÄNKEL, H., *Poesía y filosofía de la Grecia arcaica*, traducción de Ricardo Sánchez Ortiz, editorial Visor, Madrid, 1993 (edición original: *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums,* 1962).

GARCÍA GUAL, C., *La muerte de los héroes*, Editorial Turner, Madrid, 2016.

—, *Los siete sabios (y tres más)*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

GENTILI, B., *Poesía y público en la Grecia antigua*, traducción de Xavier Riu, editorial Quaderns Crema, Barcelona, 1996 (edición original: *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, 1984).

GIL, L., *Censura en el mundo antiguo*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. y A. GUZMÁN GUERRA, *Alejandro Magno,* Alianza Editorial, Madrid, 2005.

GREENBLATT, S., *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, traducción de Juan Rabaseda y Teófilo de Lozoya, editorial Crítica, Barcelona, 2014 (edición original: *The Swerve. How the World Became Modern,* 2011).

HARARI, Y. N., *Sapiens: de animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*, traducción de Joandomènec Ros, editorial Debate, Madrid, 2014 (edición original: *Sapiens: A Brief History of Humankind*, 2011).

HARRIS, W. V., *Ancient Literacy*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., y Londres, 1989.

HAVELOCK, E. A., *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente,* traducción de Luis

Bredlow Wenda, editorial Paidós, Barcelona, 1996 (edición original: *The Muse Learns to Write*, 1986).

—, *Prefacio a Platón*, traducción de Ramón Buenaventura, editorial Visor, Madrid, 1994 (edición original: *Preface to Plato*, 1963).

HOUSTON, K., *The Book: A Cover-to-Cover Exploration of the Most Powerful Object of Our Time*, W. W. Norton & Company, Londres, 2016.

HUSTVEDT, S., *Vivir, pensar, mirar*, traducción de Cecilia Ceriani, editorial Anagrama, Barcelona, 2013 (edición original: *Living, Thinking, Looking*, 2012).

JANÉS, C., *Guardar la casa y cerrar la boca. En torno a la mujer y la literatura*, editorial Siruela, Madrid, 2015.

JENKYNS, R., *Un paseo por la literatura de Grecia y Roma*, traducción de Silvia Furió, editorial Crítica, Barcelona, 2015 (edición original: *Classical Literature*, 2015).

JULLIEN, F., *De lo universal, de lo uniforme, de lo común y del diálogo entre las culturas*, traducción de Tomás Fernández y Beatriz Eguibar, editorial Siruela, Madrid, 2010 (edición original: *De l'universel, de l'uniforme, du commun et du dialogue entre les cultures*, 2008).

—, *La identidad cultural no existe*, traducción de Pablo Cuartas, editorial Taurus, Barcelona, 2017 (edición original: *Il n'y a pas d'identité culturelle*, 2016).

KAPUŚCIŃSKI, R., *Viajes con Heródoto*, traducción de Agata Orzeszek, editorial Anagrama, Barcelona, 2006 (edición original: *Podróze z Herodotom*, 2004).

LAÍN ENTRALGO, P., *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, editorial Anthropos, Barcelona, 2005.

LANDA, J., *Canon City*, editorial Afínita, México, 2010.

LANDERO, L., *El balcón en invierno*, editorial Tusquets, Barcelona, 2014.

—, *Entre líneas: el cuento o la vida*, editorial Tusquets, Barcelona, 2001.

LANE FOX, R., *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*, traducción de Maite Solana Mir, editorial Acantilado, Barcelona 2007 (edición

original: *Alexander the Great*, 1973).

LEVINAS, E., *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, traducido por Daniel E. Guillot, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006 (edición original: *Totalité et infini*, 1971).

LEWIS, N., *Papyrus in Classical Antiquity*, Clarendon Press, Oxford, 1974.

LLEDÓ, E., *Los libros y la libertad*, editorial RBA, Barcelona, 2013.

—, *El silencio de la escritura*, editorial Austral, Barcelona, 2015.

—, *Sobre la educación*, editorial Taurus, Barcelona, 2018.

LÓPEZ, A., *No solo hilaron lana. Escritoras romanas en prosa y en verso*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994.

LORAUX, N., *Los hijos de Atenea: Ideas atenienses sobre la ciudadanía y la división de sexos*, traducido por Montserrat Jufresa Muñoz, editorial Acantilado, Barcelona, 2017 (edición original: *Les enfants d'Athéna. Idées athéniennes sur la citoyenneté et la division des sexes*, 1981).

LORD, A. B., *The Singer Resumes the Tale*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1995.

MADRID, M., *La misoginia en Grecia*, editorial Cátedra, Madrid, 1999.

MANGUEL, A., *Una historia de la lectura*, traducción de José Luis López Muñoz, Alianza Editorial, Madrid, 2002 (edición original: *A History of Reading*, 1996).

MARCHAMALO, J., *Tocar los libros*, editorial Fórcola, Madrid, 2016.

MARROU, H.-I., *Historia de la educación en la Antigüedad*, traducción de Yago Barja de Quiroga, editorial Akal, Madrid, 2004 (edición original: *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, 1948).

MARTINO, G. y M. BRUZZESE, *Las filósofas: Las mujeres protagonistas en la historia del pensamiento*, traducción de Mercè Otero Vidal, editorial Cátedra, Madrid, 1996 (edición original: *Le filosofe. Le donne protagoniste nella storia del pensiero*, 1994).

MÉNAGE, G., *Historia de las mujeres filósofas*, traducción de Mónica Poole, editorial Cátedra, Madrid, 2000 (edición original: *Historia mulierum philosopharum*, 1690).

MORSON, G. S. y M. SCHAPIRO, *Cents and Sensibility. What Economics Can Learn from the Humanities*, Princeton University Press, Princeton, 2017.

MOVELLÁN, M. y J. PIQUERO (eds.), *Los pasos perdidos. Viajes y viajeros en la Antigüedad*, editorial Abada, Madrid, 2017.

MUÑOZ PÁEZ, A., *Sabias*, editorial Debate, Barcelona, 2017.

MURRAY, S. A. P., *Bibliotecas. Una historia ilustrada*, traducción de J. M. Parra Ortiz, editorial La Esfera de los Libros, Madrid, 2014 (edición original: *The Library. An Illustrated History*, 2009).

NIXEY, C., *La edad de la penumbra. Cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico*, traducción de Ramón González Férriz, editorial Taurus, Barcelona, 2018 (edición original: *The Darkening Age*, 2017).

ORDINE, N., *Clásicos para la vida*, traducción de Jordi Bayod Brau, editorial Acantilado, Barcelona, 2017 (edición original: *Classici per la vita*, 2017).

OTRANTO, R., *Antiche liste di libri su papiro*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 2000.

PADRÓ, J., *Historia del Egipto faraónico*, editorial Alianza Universidad, Madrid, 1999.

PASCUAL, C., F. PUCHE y A. RIVERO, *Memoria de la librería*, Trama Editorial, Madrid, 2012.

PENNAC, D., *Como una novela*, traducción de Joaquín Jordá, editorial Anagrama, Barcelona, 1993 (edición original: *Comme un roman*, 1992).

PFEIFFER, R., *Historia de la filología clásica. De los comienzos hasta el final de la época helenística*, traducción de Justo Vicuña y M.ª Rosa Lafuente, editorial Gredos, Madrid, 1981 (edición original: *History of Classical Scholarship. From the Beginnings to the End of the Hellenistic Age*, 1968).

PINKER, S., *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*, traducción de Pablo Hermida Lazcano, editorial Paidós, Barcelona, 2018 (edición original: *Enlightment Now*, 2018).

POPPER, K. R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, traducción de Eduardo Loedel Rodríguez, editorial Paidós, Barcelona, 2010 (edición original: *The Open Society and Its Enemies*, 1945).

QUIGNARD, P., *El sexo y el espanto*, traducción de Ana Becciú, editorial Minúscula, Barcelona, 2014 (edición original: *Le sexe et l'effroi*, 1994).

RADER, O. B., *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, traducción de María Condor, editorial Siruela, Madrid, 2006 (edición original: *Grab und Herrschaft. Politischer Totenkult von Alexander dem Großen bis Lenin*, 2003).

REYNOLDS, L. D. y N. G. WILSON, *Copistas y filólogos*, traducción de Manuel Sánchez Mariana, editorial Gredos, Madrid, 1995 (edición original: *Scribes and Scholars*, 1974).

ROBERTS, C. H. y T. C. SKEAT, *The Birth of the Codex*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

ROBINSON, M., *Cuando era niña me gustaba leer*, traducción de Vicente Campos González, editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017 (edición original: *When I Was a Child I Read Books*, 2012).

RUIZ GARCÍA, E., *Introducción a la codicología*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, colección Biblioteca del libro, Madrid, 2002.

SÁNCHEZ VIDAL, A., *La especie simbólica*, Universidad Pública de Navarra, Cátedra Jorge Oteiza, Pamplona, 2011.

SAUNDERS, N. J., *Alejandro Magno: El destino final de un héroe*, traducción de Emma Fondevila, editorial Círculo de Lectores, Barcelona, 2010 (edición original: *Alexander's Tomb: The Two-Thousand Year Obsession to Find the Lost Conquerer*, 2007).

SCUCCIMARRA, L., *Los confines del mundo. Historia del cosmopolitismo desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII*, traducción de Roger Campione, KRK Ediciones, Oviedo, 2017 (edición original: *I confini del mondo. Storia del cosmopolitismo dall'Antichità al Settecento*, 2006).

SOLANA DUESO, J., *Aspasia de Mileto. Testimonios y discursos*, editorial Anthropos, Barcelona, 1994.

—, *Aspasia de Mileto y la emancipación de las mujeres,* Amazon e-Book, 2014.

STEINER, G., *La idea de Europa*, traducción de María Condor, editorial Siruela, Madrid, 2005 (edición original: *The Idea of Europe. An Essay*, 2004).

STRATEN, G., *Historia de los libros perdidos*, traducción de María Pons, Pasado & Presente Ediciones, Barcelona, 2016 (edición original: *Storie di libri perduti*, 2016).

SULLIVAN, J. P., *Martial: The Unexpected Classic*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

TODOROV, T., *La literatura en peligro*, traducción de Noemí Sobregués, editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009 (edición original: *La Littérature en péril*, 2007).

TONNER, J., *Sesenta millones de romanos. La cultura del pueblo en la antigua Roma*, traducción de Luis Noriega, editorial Crítica, Barcelona, 2012 (edición original: *Popular Culture in Ancient Rome*, 2009).

TURNER, E. G., *Greek Papyri: An Introduction*, Clarendon Press, Oxford, 1980.

VALCÁRCEL, A., *Sexo y filosofía. Sobre «mujer» y «poder»*, editorial Horas y Horas, Madrid, 2013.

VEYNE, P., *Sexo y poder en Roma*, traducción de María José Furió, editorial Paidós, Barcelona, 2010 (edición original: *Sexe et pouvoir à Rome*, 2005).

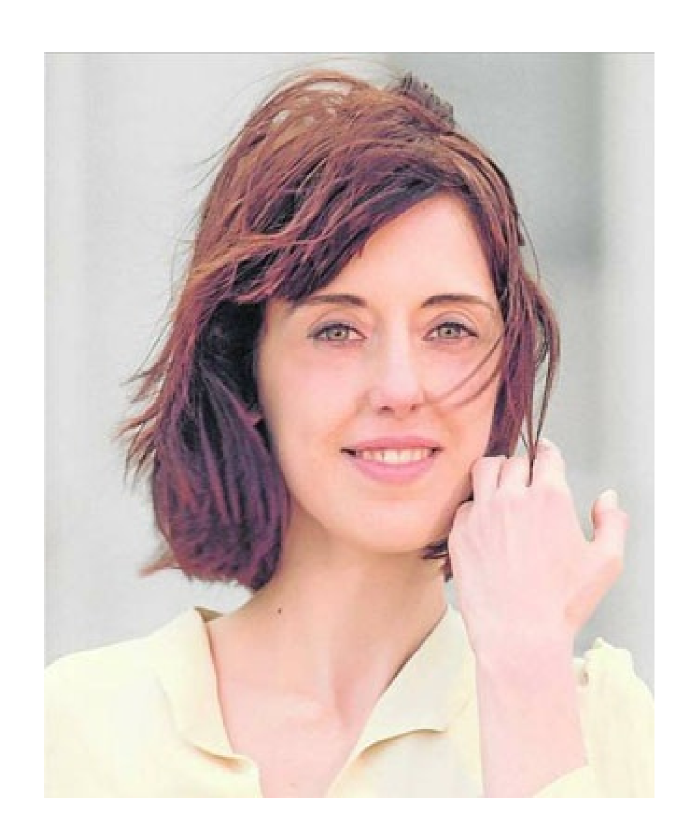
WATSON, P., *Ideas, historia intelectual de la humanidad*, traducción de Luis Noriega, editorial Crítica, Barcelona 2006 (edición original: *Ideas: A History of Thought and Invention, from Fire to Freud*, 2006).

ZAFRA, R., *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, editorial Anagrama, Barcelona, 2017.

ZAID, G., *Los demasiados libros*, editorial Debolsillo, Barcelona, 2010.

ZAMBRANO, M., *La agonía de Europa*, editorial Trotta, Madrid, 2000.

ZGUSTOVA, M., *Vestidas para un baile en la nieve*, editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.



IRENE VALLEJO (Zaragoza, 1979). Estudio Filología Clásica y obtuvo el doctorado europeo por las universidades de Zaragoza y Florencia. En la actualidad lleva a cabo una intensa labor de divulgación del mundo clásico impartiendo conferencias y a través de su columna semanal en el diario *Heraldo de Aragón*. De su obra literaria destacan las novelas *La luz sepultada* (2011) y *El silbido del arquero* (2015), la antología periodística *Alguien habló de nosotros* (2017) y los libros infantiles *El inventor de viajes* (2014) y *Las leyendas de las mareas mansas* (2015).